

THE EARLY

ASIMOV

Lectulandia

Contiene las siguientes historias cortas:

La amenaza de Calixto (The Callistan menace; 1940).

Un anillo alrededor del Sol (*Ring* around the Sun; 1940).

La magnífica posesión (The magnificent possession; 1940).

Tendencias (Trends; 1939).

Un arma demasiado terrible para emplear (The weapon too dreadful to use; 1939).

Fraile negro de la llama (Black friar of the flame; 1942).

Mestizo (Half-Breed; 1940).

El sentido secreto (The secret sense; 1941).

Homo Sol (Homo sol; 1940).

Mestizos en Venus (Half-Breeds on Venus; 1940).

El número imaginario (The Imaginary; 1942).

Herencia (Heredity; 1941).

Historia (History; 1941).

Navidad en Ganímedes (Christmas on Ganymede; 1942).

El hombrecillo del metro (The Little Man on the Subway; 1950).

La novatada (The Hazing; 1942).

Super-Neutron (Super-neutron; 1941).

¡No definitivo! (Not Final!; 1941).

Ritos legales (Legal Rites; 1950. —como James MacCreigh).

Cronogato (Time Pussy; 1942).

¡Autor! ¡Autor! (Author! Author!; 1964).

Sentencia de muerte (Death Sentence; 1943).

Callejón sin salida (Blind Alley; 1945).

¡No hay relación! (No Connection; 1948).

Las propiedades endocrónicas de la tiotimolina re-sublimada (The Endochronic Properties of Resublimated Thiotimoline; 1948).

La carrera de la reina encarnada (The Red Queen's Race; 1949).

Madre Tierra (Mother Earth; 1949).

Lectulandia

Isaac Asimov

Early Asimov

ePub r1.0

Titivillus 09.06.16

Título original: *The early Asimov*

Isaac Asimov, 1972

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*En memoria de John W. Campbell Jr. (1910-71),
por razones que esta obra revelará ampliamente.*

INTRODUCCIÓN

Aunque he escrito más de ciento veinte libros, sobre casi todos los temas, desde astronomía a Shakespeare y desde matemáticas a sátira, se me conoce sobre todo como autor de ciencia-ficción.

Comencé escribiendo relatos de ciencia ficción, y durante los primeros once años de mi carrera literaria y sólo para publicaciones periódicas y por una retribución insignificante. En realidad, la idea de publicar libros completos nunca pasó por mi mente esencialmente modesta.

Pero llegó el tiempo en que empecé a escribir libros, y entonces me dispuse a reunir todo el material que antes había publicado en revistas. Entre 1950 y 1969 aparecieron diez colecciones (todas fueron publicadas por Doubleday). Contenían ochenta y cinco relatos (más cuatro obras cómicas en verso) originalmente destinados a revistas de ciencia ficción y ya publicados.

Casi una cuarta parte de ellos provenía de esos primeros once años.

Estos libros son:

- *Yo, robot* (1950).
- *Fundación* (1951).
- *Fundación e imperio* (1952).
- *Segunda fundación* (1953).
- *La senda marciana y otros relatos* (1955).
- *Con la Tierra nos basta* (1957).
- *Nueve futuros* (1959).
- *El resto de los robots* (1964).
- *Misterios de Asimov* (1968).
- *Cae la noche y otros relatos* (1969).

Puede afirmarse que eso era suficiente, pero al hacerlo, uno omite el voraz apetito de mis lectores (¡benditos sean!).

Constantemente recibo cartas pidiendo listas de mis antiguos relatos para que los solicitantes puedan acudir a las librerías de segunda mano en busca de revistas. Hay gente que prepara bibliografías de mi obra (no me pregunten por qué) y quiere conocer toda clase de detalles medio olvidados sobre ella. Incluso se enfadan cuando descubren que algunos de los primeros relatos no se vendieron y ya no existen. Al parecer, también los quieren, y posiblemente crean que he destruido con gran negligencia un recurso natural.

Así que cuando Panther Books, en Inglaterra, y Doubleday me sugirieron que formara una compilación con aquellos de mis primeros relatos que no constaban en los diez libros detallados arriba, con la historia literaria de cada uno, no pude resistir más. Cualquiera que me conozca sabe lo sensible que soy a los halagos, y si ustedes

creen que soy capaz de resistir esta clase de lisonjas más de medio segundo (como un cálculo aproximado), están completamente equivocados.

Por fortuna tengo un diario, que he llevado desde el día 1 de enero de 1938 (el día antes de mi decimoctavo cumpleaños); él me proporcionará fechas y detalles.

Empecé a escribir cuando era muy joven... a los once años, me parece. Las razones son oscuras. Podría decir que fue el resultado de un impulso irracional, pero eso no haría más que indicar que no se me ocurría ninguna razón.

Quizá se debió a que era un lector ávido en una familia demasiado pobre para comprar libros, incluso los más baratos, y además, una familia que consideraba estos libros como lectura inconveniente. Tuve que acudir a la biblioteca (mi primera tarjeta de lector la obtuvo mi padre cuando yo tenía seis años) y contentarme con dos libros por semana.

Pero eso no era suficiente, y mi ansia me condujo a los extremos. Al principio de cada período escolar, leía impacientemente todos los libros de texto que me daban, yendo de cubierta a cubierta como una conflagración personificada. Como estaba dotado de una prodigiosa memoria y una instantánea recordación, ése era todo el estudio que hacía durante aquel curso, pero lo terminaba antes de que finalizara la semana, y entonces ¿que? Así que; cuando cumplí once años, se me ocurrió que si escribía mis propios libros, podría releerlos cuando quisiera.

Naturalmente, no llegué a escribir un libro completo. Empezaba uno y lo llenaba de divagaciones hasta que me cansaba y empezaba otro. Todos estos primeros escritos se han perdido, aunque recuerdo algunos detalles con toda claridad.

En la primavera de 1934 me matriculé en un curso especial de inglés que tenía lugar en mi escuela superior (escuela superior de muchachos de Brooklyn) y daba especial importancia a la composición. El profesor también era asesor de la revista literaria semestral realizada por los estudiantes, y tenía la intención de reunir material. Seguí el curso.

Fue una experiencia humillante. En aquel tiempo tenía catorce años, y bastante verdes e inocentes. Escribí insignificancias, mientras que el resto de la clase (que debía tener dieciséis años) escribió complicadas obras trágicas. Ninguno de ellos mantuvo en secreto su desprecio hacia mí, y aunque yo lo sentí mucho, no pude hacer nada.

Hubo un momento en que creí haberlos vencido, cuando uno de mis productos fue aceptado para la revista literaria semestral mientras que muchos de los suyos fueron rechazados. Por desgracia, el profesor me dijo, con despiadada insensibilidad, que el mío era el único tema humorístico de todos los presentados y que, como necesitaba una obra que no fuera trágica, se veía obligado a tomarla. Se llamaba Hermanitos, trataba de la llegada al mundo de mi propio hermano pequeño cinco años antes, y fue mi primera obra publicada. Supongo que puede encontrarse en los registros de la escuela superior de muchachos, pero yo no la tengo.

A veces me pregunto qué debe haberles ocurrido todos esos grandes trágicos de la

clase. No recuerdo ni un solo nombre y no tengo la intención de averiguarlo... pero a veces me lo pregunto.

Hasta el 29 de mayo de 1937 (según una fecha que apunté... aunque fue antes de que empezara mi diario, así que no lo afirmaré bajo juramento), no se me ocurrió la vaga idea de escribir algo para una publicación profesional; ¡algo por lo que me pagaran! Naturalmente tenía que ser un relato de ciencia-ficción, pues yo había sido un ávido aficionado a este género desde 1929 y no reconocía que ninguna otra forma de literatura fuera digna de mis esfuerzos.

El relato que empecé a componer para tal propósito, el primero que escribí con vistas a convertirme en «escritor», se titulaba *Tirabuzón cósmico*.

En él presentaba el tiempo como una hélice (es decir, algo parecido a un bastidor de muelles). Uno podía ir directamente de una vuelta a la siguiente, o sea, introducirse en el futuro por un intervalo de tiempo determinado, pero sin poder acortar la estancia ni un solo día. Mi protagonista hizo el viaje a través del tiempo y encontró la Tierra desierta. Toda vida animal había desaparecido; sin embargo, todo indicaba que ésta había existido hasta hacía poco... y ninguna indicación sobre lo que había producido la desaparición. Estaba escrito en primera persona desde un asilo de lunáticos, porque el narrador, naturalmente, había sido internado en un manicomio cuando regresó e intentó contar su historia.

Sólo escribí unas cuantas páginas en 1937, y después dejé de interesarme. El mero hecho de pensar en publicarlo debió paralizarme. Mientras mis escritos estuvieron destinados sólo para mí, pude ser lo bastante despreocupado. La idea de otros posibles lectores caía pesadamente sobre cada palabra que escribía. Así que lo abandoné. Después, en mayo de 1938, la revista más importante en la especialidad, *Astounding Science Fiction*, cambió su fecha de publicación del tercer miércoles del mes al cuarto viernes. Cuando el ejemplar de junio no llegó el día que acostumbraba, me sumé en un gran decaimiento.

El 17 de mayo no pude aguantar más y tomé el Metro hasta el 79 de la Séptima Avenida, donde se encontraba la editorial Street & Smith Publications, Inc. Allí, un funcionario de la firma me informó sobre el cambio de fechas, y el 19 de mayo llegó el ejemplar de junio.

El inminente golpe del destino, y el estático alivio que siguió, reactivaron mi deseo de escribir y publicar. Volví a *Tirabuzón cósmico* y el 19 de junio estaba acabado.

La siguiente cuestión era qué hacer con él. Yo no tenía ni la más mínima idea de lo que debía hacerse con un manuscrito destinado a ser publicado, y las personas que yo conocía, tampoco. Lo comenté con mi padre, cuyo conocimiento del mundo no era mucho mayor que el mío, y él tampoco tenía ni idea.

Pero entonces recordé que, el mes anterior, había ido al 79 de la Séptima Avenida únicamente para informarme sobre la no aparición de *Astounding*. No me había fulminado ningún rayo por hacerlo. ¿Por qué no repetir el viaje y entregar el

manuscrito en persona? La idea me aterraba. Y más aún cuando mi padre sugirió que eran necesarios ciertos preliminares como un afeitado y mi mejor traje. Eso significaba que tendría que tomar un tiempo adicional, y el día ya estaba muy avanzado y yo debía estar de vuelta a tiempo para el reparto del periódico vespertino. (Mi padre tenía una pastelería y un puesto de periódicos, y en aquellos días la vida era muy complicada para un escritor creativo de inclinaciones artísticas y sensible como yo. Por ejemplo, vivíamos en un apartamento que tenía todas las habitaciones en línea y la única forma de ir del salón al dormitorio de mis padres, o de mi hermana, o de mi hermano, era a través de mi dormitorio. Así pues, mi dormitorio era muy frecuentado, y el hecho de que yo pudiera hallarme en pleno esfuerzo creativo no significaba nada para nadie).

Me avine a ello. Me afeité, pero no me molesté en cambiarme de traje, y salí. Era el 21 de junio de 1938.

Estaba convencido de que, por osar pedir una entrevista con el director de *Astounding Science Fiction*, me echarían del edificio, y que mi manuscrito sería roto en pedazos y lanzado tras de mí en una lluvia de confeti. Sin embargo, mi padre (que poseía elevadas teorías) estaba convencido de que un escritor —término en el que incluía a cualquiera con un manuscrito— sería tratado con el respeto debido a un intelectual. Él no abrigaba ningún temor..., pero el que tenía que entrar en el edificio era yo.

Tratando de ocultar el pánico, pedí ver al director. La muchacha que había detrás del mostrador (ahora puedo ver la escena con los ojos de la mente tal como pasó) habló brevemente por teléfono y dijo: «El señor Campbell le recibirá».

Me guió a través de una gran estancia parecida a un desván, llena de inmensos rollos de papel y enormes pilas de revistas impregnadas del celestial olor a imprenta (un olor que siempre me recordará mi juventud con doliente detalle y me reducirá a lágrimas de nostalgia). Y allí, en una pequeña habitación que había al otro lado, estaba el señor Campbell.

John Wood Campbell, Jr., hacía un año que trabajaba en Street & Smith y sólo un par de meses que había asumido la total dirección de *Astounding Stories* (que rápidamente volvió a bautizar como *Astounding Science Fiction*). Entonces sólo contaba veintiocho años de edad. Bajo su propio nombre y bajo su seudónimo, Don A. Stuart, era uno de los autores de ciencia ficción más famosos y altamente considerados, pero se hallaba a punto de enterrar su fama de escritor para siempre bajo el renombre mucho mayor que alcanzaría como editor.

Continuaría como editor de *Astounding Science Fiction* y su sucesora, *Analog Science Fact-Science Fiction*, durante un tercio de siglo. A lo largo de todo ese tiempo, él y yo íbamos a convertirnos en amigos, pero a pesar de ir creciendo hasta llegar a ser una estrella venerada y famosa de nuestra mutua especialidad, nunca me acerqué a él mas que con el temor reverente que me inspiró en nuestro primer encuentro.

Era un hombre grande, obstinado, que fumaba y hablaba sin cesar, y al que gustaba, por encima de todo, inventar ideas extravagantes, que lanzaba a la cara de su interlocutor y te impedía refutarlas. Era difícil contradecir a Campbell incluso cuando sus ideas resultaban completa y locamente ilógicas.

En aquel primer encuentro hablamos durante más de una hora. Me enseñó próximos números de la revista (verdaderos ejemplares futuros con carne de celulosa).

Descubrí que había incluido una entusiasta carta mía en la edición próxima a publicarse, y otra en la siguiente... así que conocía la autenticidad de mi interés.

Me habló de sí mismo, de su seudónimo y de sus opiniones. Me dijo que su padre había enviado uno de sus manuscritos a *Amazing Stories* cuando él tenía diecisiete años y que hubiera sido publicado, pero la revista lo extravió y él no tenía ninguna copia. (En esto yo le llevaba ventaja. Había llevado el relato yo mismo y tenía una copia). Me prometió leer mi historia aquella noche y enviarme una carta, fuera de aceptación o rechazo, al día siguiente.

También me prometió que, en caso de rechazo, me diría lo que estaba mal y así podría mejorar.

Cumplió todas sus promesas. Dos días más tarde, el 23 de junio, recibí noticias tuyas. Era un rechazo. (Ya que este libro trata de hechos reales y no es una fantasía..., no pueden ustedes sorprenderse de que mi primer relato fuera instantáneamente rechazado).

Esto es lo que escribí en mi diario sobre el rechazo:

«A las 9,30 me han remitido *Tirabuzón cósmico* con una amable carta de rechazo.

No le gustó el principio lento, el suicidio al final».

A Campbell tampoco le gustó la narración en primera persona ni el rígido diálogo, y después señalaba que la longitud (nueve mil palabras) era inconveniente... demasiado largo para una historia corta, demasiado corto para una novela. Las revistas tenían que ordenarse como rompecabezas y algunas longitudes para relatos eran más convenientes que otras.

Sin embargo, para entonces yo había salido y corría. La alegría de haber pasado más de una hora con John Campbell, la emoción de hablar cara a cara y en términos iguales con un ídolo, ya me había llenado con la ambición de escribir otro relato de ciencia-ficción, mejor que el primero, para presentárselo de nuevo. La agradable carta de rechazo, dos páginas enteras, en la que discutía mi relato seriamente, sin trazas de paternalismo o desdén, reforzó mi alegría. Antes de que el 23 de junio tocara a su fin, ya había escrito la mitad del primer borrador de otro relato.

Muchos años después pregunté a Campbell (con el cual, por entonces, sostenía las más estrechas relaciones) por qué se había molestado por mí, puesto que seguramente aquel relato era por completo impublicable.

«Lo era —dijo con franqueza, ya que nunca adulaba—. Por otra parte, vi algo en ti. Eras impaciente y escuchabas y yo sabía que no renunciarías a pesar de cuantos

rechazos te impusiera. Mientras tú quisieras trabajar de firme para mejorar, yo deseaba trabajar contigo».

Ése era John. Yo no era el único escritor, fuera novel o consagrado, con el que trabajaría de esta forma. Pacientemente, y a costa de su enorme vitalidad y talento, construyó un grupo que incluía a los mejores escritores de ciencia ficción que el mundo nunca había visto.

Lo que ocurrió con *Tirabuzón cósmico* después de esto, no lo sé. Lo abandoné y no volví a ofrecerlo en ningún otro sitio. Ni siquiera lo rompí y tiré; simplemente languideció en el cajón de algún escritorio hasta que un día perdí su pista. En cualquier caso, ya no existe.

Esta parece ser una de las principales causas de aflicción entre los archivistas — creen que el primer relato que escribí para publicar, por malo que pudiera ser, era un documento importante—. Todo lo que puedo decir, muchachos, es que lo siento, pero en 1938 yo no podía imaginarme que mi primera tentativa tendría algún día interés histórico. Es posible que sea un monstruo de vanidad y arrogancia, pero no hasta tal extremo.

Además, antes de que finalizara el mes yo había terminado mi segundo relato, *Polizón*, y estaba concentrado en él. El 18 de julio de 1938 lo llevé a la oficina de Campbell, que tardó poco en devolvérmelo, pues el rechazo llegó el 22 de julio. Sobre la carta que lo acompañaba escribí en mi diario:

«... Era el rechazo más amable que se pueda imaginar. En efecto, algo casi tan bueno como una aceptación. Me decía que la idea era buena y la trama pasable. El diálogo y el desarrollo, continuaba, no eran ni rígidos ni afectados (esto constituyó una deliciosa sorpresa para mí) y no había ninguna falta particular a excepción de un aire general de amateurismo, forzamiento y compulsión. El relato no transcurría suavemente. Esto, decía, lo eliminaría en cuanto tuviera experiencia suficiente. Me aseguraba que probablemente llegaría a vender mis historias, pero que eso quizá requeriría un año de trabajo y una docena de relatos antes de tener éxito...»

No es de extrañar que tal «carta de rechazo» me produjera un enorme entusiasmo por escribir, y me puse rápidamente a trabajar en un tercer relato.

Lo que es más, me sentí lo bastante animado como para presentar *Polizón* en otro lugar. En aquellos días había tres revistas de ciencia-ficción en los quioscos.

Astounding era la aristócrata del grupo, una publicación mensual de cantos suaves y cierta apariencia de clase. Las otras dos, *Amazing Stories* y *Thrilling Wonder Stories*, tenían un aspecto algo más primitivo y editaban relatos con más acción y tramas menos complicadas. Envié *Polizón* a *Thrilling Wonder Stories*, que, sin embargo, también lo rechazó rápidamente el 9 de agosto de 1938 (con una carta convencional).

Sin embargo, para entonces yo ya estaba muy ocupado con mi tercer relato, el cual, tal como ocurrió, debía ser mejor... No obstante, en este libro incluyo mis relatos no en orden de publicación sino en el orden que fueron escritos —lo que

considero más significativo desde el punto de vista del desarrollo literario—. Así pues continuemos con *Polizón*.

En el verano de 1939, época en que ya había obtenido mis primeros éxitos, volví a dedicarme a *Polizón*, lo retoqué un poco, y lo envié de nuevo a *Thrilling Wonder Stories*.

Indudablemente yo sospechaba que el nuevo lustre de mi nombre les impulsaría a leer con una actitud diferente a cuando yo era un desconocido. Estaba completamente equivocado. Volvieron a rechazarlo.

Entonces lo envié a *Amazing*, y fue rechazado de nuevo.

Eso significaba que el relato no servía, o lo hubiera significado a no ser por el hecho de que la ciencia ficción entró en una época de auge al finalizar los años 30. Se fundaron nuevas revistas, y a el término de 1939 se preparó la publicación de una que se llamaría *Astonishing Stories*, y cuyo precio de venta sería de diez centavos. (*Astounding* costaba veinte centavos el ejemplar).

La nueva revista, junto con una gemela, *Super Science Stories*, sería editada con escasos recursos por un joven aficionado a la ciencia ficción, Frederik Pohl, que entonces aún no había cumplido los treinta años (era aproximadamente un mes mayor que yo), y que, de esta forma, hizo su entrada en lo que iba a ser una notable carrera profesional en el campo de la ciencia ficción.

Pohl era un joven delgado, de voz suave, cabello que ya empezaba a escasear, rostro solemne, y unos grandes dientes superiores que le daban cierto aspecto de conejo al sonreír. Los factores económicos de su vida no le permitieron asistir a la Universidad, pero era mucho más inteligente (y sabía más) que la mayoría de graduados universitarios que he conocido.

Pohl era amigo mío (y todavía lo es), y quizá fue el que hizo más para a darme a iniciar mi carrera literaria excepto, naturalmente, el mismo Campbell.

Habíamos asistido juntos a reuniones de un club de aficionados. Había leído mis manuscritos y los había alabado... y ahora necesitaba relatos con urgencia, y a bajo precio, para sus nuevas revistas.

Solicitó volver a leer mis manuscritos.

Empezó escogiendo uno de mis relatos para su primer ejemplar. El 17 de noviembre de 1939, casi un año y medio después de que *Polizón* fuera escrito por primera vez, Pohl seleccionó para incluirlo en el segundo ejemplar de *Astonishing*. Sin embargo, solía variar los títulos y mi relato se llamó *La amenaza de Calixto*, y como tal fue publicado.

Así que éste es el segundo relato que he escrito en mi vida y el primero que se publicó en una revista profesional. El lector puede juzgar por si mismo si la crítica de Campbell, facilitada antes, era excesivamente benévola o si estuvo acertado al predecirme una carrera de escritor profesional sobre la base de esta historia *La amenaza de Calixto* aparece aquí (como todos los relatos de este volumen) tal como apareció en la revista, sólo con la revisión y arreglo requeridos para corregir errores

tipográficos.

Isaac Asimov

LA AMENAZA DE CALIXTO

—¡Maldito Júpiter! —gruñó Ambrose Whitefield malhumoradamente, y yo me mostré conforme con él.

—He estado en la órbita del satélite joviano —dije— quince años y he oído pronunciar estas dos palabras más de un millón de veces. Probablemente es la maldición más sincera de todo el sistema solar.

Acabábamos de ser relevados de nuestro turno en los mandos de la nave de exploración Ceres y bajamos los dos niveles hasta nuestra habitación con pasos lentos.

—Maldito Júpiter... y mil veces maldito —insistió Whitefield de mal talante—. Es demasiado grande para el sistema. ¡Sigue ahí detrás de nosotros y tira, tira y tira! Hemos de tener los átomos disparando todo el camino. Debemos comprobar nuestra trayectoria completamente todas las horas.

¡Sin descansar, sin parar el motor, sin tranquilidad! Sólo un trabajo de lo más horrible.

Tenía la frente perlada de gotas de sudor y se las limpió con el dorso de la mano. Era un hombre joven, de apenas treinta años, y en sus ojos podía verse que estaba nervioso, e incluso un poco asustado.

Y no era Júpiter lo que le preocupaba, a pesar de su imprecación. Júpiter era la menor de nuestras preocupaciones. ¡Era Calixto! Era aquella pequeña luna que despedía un fulgor azul pálido sobre nuestras visiplacas, lo que hacía sudar a Whitefield y lo que ya me había quitado el sueño durante cuatro noches. ¡Calixto! ¡Nuestro punto de destino! Incluso el viejo Mac Steeden, veterano de bigote gris que, en su juventud, había navegado con el gran Peewee Wilson en persona, realizaba sus obligaciones con mirada ausente. Cuatro días de viaje —y diez días más frente a nosotros— y el pánico había hecho su aparición.

Todos éramos bastante valientes en el curso normal de los acontecimientos. Los ocho del Ceres nos habíamos enfrentado con las purpúreas Lectrónicas y los peligrosos Disintos de piratas y rebeldes y con los ambientes hostiles de media docena de mundos. Pero se necesitaba más que un valor corriente para enfrentarse con lo desconocido; para enfrentarse con Calixto, «el mundo misterioso» del sistema solar.

Se sabía una cosa acerca de Calixto...

Un siniestro y único hecho. Durante un periodo de veinticinco años, habían aterrizado siete naves, progresivamente mejor equipadas... y nunca se había sabido nada más de ellas. Los suplementos dominicales atribuían al satélite cualquier especie de habitantes, desde superdinosaurios hasta fantasmas invisibles de la cuarta dimensión, pero esto no resolvió el misterio.

Nuestra nave era la octava y, sin duda, mucho mejor que cualquiera de las que nos precedieron. Éramos los primeros en llevar el recién descubierto casco de

berilotungsteno, el doble de resistente que el viejo recubrimiento de acero. Poseíamos un armamento superpesado y los últimos motores de propulsión atómica.

Aun así, nuestra nave no era más que la octava, y todos sin excepción lo sabíamos.

Whitefield entró silenciosamente en nuestra habitación y se desplomó en su litera. Tenía los puños cerrados debajo de la barbilla y sus nudillos estaban blancos. Me pareció que se hallaba próximo al límite de sus fuerzas. Era un caso que requería una gran diplomacia.

—Lo que necesitamos —dije— es una buena bebida muy cargada.

—Lo que necesitamos —contestó ásperamente—, es una gran cantidad de bebida buena y cargada.

—Bien, ¿qué nos lo impide? Me miró con recelo.

—Sabes que no hay ni una gota de licor a bordo de esta nave. ¡Va contra las reglas! — Espumosa agua verde de Jabra —dije lentamente, dejando que las palabras salieran despacio de mi boca—. Envejecida bajo los desiertos de Marte. Espeso jugo esmeralda. ¡Botellas llenas! ¡Cajas llenas! —¿Dónde? —Yo sé dónde. ¿Qué te parece? Unas cuantas copas, sólo unas cuantas, nos animarán.

Sus ojos centellearon un momento, y luego volvieron a apagarse.

—¿Y si el capitán nos descubre? Es muy rígido en cuestión de disciplina, y en un viaje como éste podría costarnos el puesto.

Yo parpadeé y sonreí.

—Es la reserva del propio capitán. No puede castigarnos sin destruirse él mismo... el viejo hipócrita. Es el capitán mejor que ha existido, pero le encanta el agua esmeralda.

Whitefield me miró larga y fijamente.

—De acuerdo. Muéstrame el camino.

Nos descolgamos hasta el cuarto de provisiones que, naturalmente, estaba desierto. El capitán y Steeden se encontraban en los controles; Brock y Charney se hallaban en los motores; y Harrigan y Tuley roncaban en su habitación.

Moviéndome lo más silenciosamente posible, gracias a una adquirida costumbre, separé varias cajas de comida y abrí un panel oculto cerca del suelo. Metí la mano y saqué una polvorienta botella, que, en la escasa claridad, despidió un centelleo verde mar.

—Siéntate —dije— y ponte cómodo. —Cogí dos copas pequeñas y las llené.

Whitefield bebió lentamente y con grandes muestras de satisfacción. Vació la segunda copa de un solo trago.

—¿Por qué te presentaste voluntario para este viaje, Whitey? —pregunté—. Eres un poco joven para una cosa así.

Agitó la mano.

—Ya sabes lo que ocurre. Las cosas se vuelven monótonas después de un tiempo.

Me dediqué a la zoología al salir de la Universidad —un gran campo desde los

viajes interplanetarios— y tuve un cómodo cargo en Ganímedes. Sin embargo, era monótono; me moría de aburrimiento. Así que me enrolé siguiendo un impulso, y después me presenté voluntario para este viaje. —Suspiró tristemente—. Estoy un poco arrepentido de haberlo hecho.

—No hay que tomarlo así muchacho. Yo tengo experiencia y lo sé. Cuando te domina el pánico, estás acabado. Al fin y al cabo, dentro de dos meses estaremos de vuelta en Ganímedes.

—No estoy asustado, si eso es lo que crees —exclamó airadamente—. Es que..., es que... —Hubo una larga pausa en la que con el ceño fruncido miró su tercera copa llena—. Bueno, es sólo que estoy cansado de intentar imaginarme lo que nos espera.

Mi mente trabaja excesivamente y tengo los nervios destrozados.

—Claro, claro —le consolé—. No te culpo. Supongo que a todos nos ocurre lo mismo.

Pero has de tener cuidado.

Recuerdo que en un viaje Marte-Titán tuvimos...

Whitefield interrumpió una de mis historias favoritas —y yo las contaba mejor que cualquiera de las fuerzas armadas— con un golpe en las costillas que me cortó la respiración.

Dejó cuidadosamente su Jabra.

—Dime, Jenkins —tartamudeó—, ¿acaso he tragado bastante licor como para imaginarme cosas? —Eso depende de lo que te imagines.

—Juraría que he visto algo que se movía entre la pila de cajas vacías de aquel rincón.

—Es una mala señal —dije mientras bebía otro trago—. Los nervios te afectan la vista y ahora vuelven a dominarte. Deben ser fantasmas, o la amenaza de Calixto que nos vigila con anticipación.

—Te digo que lo he visto. Allí hay algo vivo.

Se inclinó hacia mí —tenía los nervios desatados— y durante un momento, en aquella luz escasa y llena de sombras, incluso yo me estremecí.

—Estás loco —dije en voz alta, y el eco me tranquilizó un poco. Dejé mi copa vacía y me puse en pie con algo de inseguridad—. Acerquémonos y echemos una ojeada.

Whitefield me imitó y juntos empezamos a mover los ligeros cubículos de aluminio hacia uno y otro lado. No estábamos completamente sobrios e hicimos mucho ruido. Por el rabillo del ojo, vi a Whitefield tratando de mover la caja que había junto a la pared.

—Ésta no está vacía —gruñó, mientras la alzaba ligeramente del suelo.

Murmurando algo entre dientes, hizo saltar la tapa y miró al interior. Durante medio segundo permaneció inmóvil y después se alejó, retrocediendo lentamente.

Tropezó con algo y cayó sentado, mientras seguía mirando fijamente la caja.

Contemplé sus acciones con asombro, y luego di un rápido vistazo a la caja en

cuestión. El vistazo se convirtió en una larga mirada, y emití un ronco alarido que resonó en cada una de las cuatro paredes.

Un muchacho asomaba la cabeza fuera de la caja; un joven pelirrojo de cara sucia que no tendría más de trece años.

—Hola —dijo el muchacho mientras saltaba por la abertura. Ninguno de nosotros dos encontró fuerza suficiente para contestarle, así que prosiguió—: Me alegro de que me hayan encontrado. Me ha dado un calambre en un hombro al tratar de acurrucarme ahí dentro.

Whitefield tragó saliva.

—¡Buen Dios! ¡Un muchacho de polizón! ¡Y en un viaje a Calixto! —Y no podemos regresar —recordé con voz quebrada— sin destrozarnos nosotros mismos. La órbita del satélite es veneno.

—Mira —Whitefield se volvió hacia el muchacho con súbita beligerancia—. ¿Quién eres, jovencuelo, y qué estás haciendo aquí? El muchacho titubeó.

—Me llamo Stanley Fields —contestó, un poco atemorizado—. Soy de Nuevo Chicago, de Ganímedes. Me he escapado al espacio, como hacen en los libros. —Hizo una pausa y después preguntó animadamente—: ¿Cree que lucharemos con piratas en este viaje, señor? No había duda de que el muchacho estaba lleno a rebosar de Astronautas a diez centavos. Yo solía leerlos cuando era jovencito.

—¿Qué hay de tus padres? —preguntó Whitefield, severamente.

—Oh, sólo tengo un tío. Supongo que no le importará mucho —había superado su primitiva inquietud y seguía sonriéndonos.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer? —dijo Whitefield, mirándome con completa impotencia.

Yo me encogí de hombros.

—Llevarlo al capitán. Dejar que él se preocupe.

—¿Y cómo lo tomará? —Del modo que prefiera. No es culpa nuestra. Además, no se puede hacer absolutamente nada.

Y agarrando un brazo cada uno, nos alejamos, llevando al muchacho entre nosotros.

El capitán Bartlett es un competente oficial y pertenece al tipo impassible que sólo muy raramente muestra alguna emoción.

Pero en esas pocas ocasiones en que lo hace, es como un volcán de Mercurio en plena erupción... y no has vivido hasta ver uno de ellos.

Era un caso comprometido. El viaje a un satélite siempre es agotador. La imagen de Calixto frente a nosotros era más intensa para él que para cualquier miembro de la tripulación. Y ahora había aquel polizón.

¡Era intolerable! Durante media hora, el capitán descargó salva tras salva de las peores maldiciones. Empezó con el Sol y agotó la lista de planetas, satélites, asteroides, cometas, y de los mismísimos meteoros. Estaba empezando con las estrellas fijas más cercanas; cuando se desplomó a causa de un completo agotamiento

nervioso. Estaba tan excitado que no se le ocurrió preguntarnos lo que hacíamos en el almacén, y Whitefield y yo estuvimos debidamente agradecidos.

Pero el capitán Bartlett no es tonto. Una vez hubo eliminado de su sistema la tensión nerviosa, vio claramente que lo que no puede curarse ha de soportarse.

—Que alguien se lo lleve y lo lave —gruñó con agotamiento— y que no se ponga ante mi vista por ahora. —Entonces, dulcificándose un poco, me atrajo hacia él—. No le asusten diciéndole adónde vamos. Se ha metido en un mal sitio, el pobre muchacho.

Cuando salimos, el viejo tramposo de corazón blando se disponía a enviar un mensaje urgente a Ganímedes para tratar de ponerse en comunicación con el tío del muchacho.

Naturalmente, entonces no lo sabíamos, pero aquel muchacho fue un enviado de Dios... un verdadero regalo de la diosa Fortuna. Desvió nuestros pensamientos de Calixto. Nos proporcionó algo más en qué pensar. La tensión, que al término de cuatro días casi había alcanzado su punto límite, cesó por completo.

Había algo refrescante en la natural alegría del chico, en su radiante ingenuidad. Paseaba por la nave preguntando las cosas más absurdas. Insistía en esperar piratas en cualquier momento. Y, sobre todo, seguía mirándonos a todos y cada uno de nosotros como héroes de Astronautas a diez centavos.

Como es natural, esto último halagaba nuestro ego y nos daba nuevos bríos. Competíamos entre nosotros en jactancia y en narrar aventuras imaginarias, y el viejo Mac Steeden, que a los ojos de Stanley era un semidiós, batió todos los récords de caprichosas y fantásticas mentiras.

Recuerdo, particularmente, la conversación que tuvimos el séptimo día de viaje. Ya habíamos llegado a mitad de camino y debíamos iniciar una cautelosa reducción de la velocidad. Todos nosotros (excepto Harrigan y Tuley, que se hallaban en los motores) estábamos sentados en la cabina de mando. Whitefield, sin perder de vista el computador, iniciaba la maniobra, y, como de costumbre, hablaba de zoología.

—Es una cosa parecida a una babosa pequeña —decía—, que no se ha encontrado más que en Europa. Se llama el Carolus Europis, pero siempre nos referimos a él como el Gusano Magnético. Tiene unos quince centímetros de longitud y es de un color gris pizarra... lo más desagradable que os podáis imaginar.

»Pasamos seis meses estudiando ese gusano y nunca había visto al viejo Mornikoff tan excitado como entonces.

Veréis, mata por medio de cierta clase de campo magnético. Pones el Gusano Magnético en un extremo de la habitación y una oruga, por ejemplo, en el otro. Esperas unos cinco minutos y la oruga se enrosca y muere.

»Y lo más curioso es esto. No matará a una rana... demasiado grande; pero si coges a esa rana y la rodeas de una banda de hierro, ese Gusano Magnético la mata con toda facilidad. Por eso sabemos que es con una especie de campo magnético como lo hace... la presencia de hierro cuadruplica su fuerza.

Esta historia nos impresionó a todos. Se oyó la profunda voz de bajo de Joe Brock:

—Me alegro de que esos bichos no tengan más que diez centímetros de longitud, si lo que dices es verdad.

Mac Steeden se desperezó y después se atusó el bigote gris con exagerada indiferencia.

—Dices que ese gusano es extraño. No es nada comparado con las dos cosas que yo he visto en mis épocas...

Movió la cabeza con lentitud y remembranza, y comprendimos que estaba a punto de contar un cuento largo y horrible. Alguien lanzó un gemido sordo, pero Stanley se entusiasmó al ver que el viejo veterano estaba en vena de contar historias.

Steeden se fijó en los centelleantes ojos del muchacho, y se dirigió al él.

—Me encontraba con Peewee Wilson cuando ocurrió... Has oído hablar de Peewee Wilson, ¿verdad? —Oh, sí —los ojos de Stanley revelaban claramente su adoración por el héroe—. He leído libros acerca de él. Fue el mejor astronauta que ha habido jamás.

—Puedes apostar todo el radio de Titán a que lo era, muchacho. No era más alto que tú, y no pesaba mucho más de cincuenta kilos, pero valía cinco veces su peso en diablos de Venus en cualquier lucha. Y él y yo éramos inseparables. Nunca iba a ningún sitio si yo no estaba con él.

Cuando las cosas se ponían difíciles siempre recurría a mí.

Suspiró lúgubrementemente.

—Estuve con él hasta el final. No fue más que una pierna rota lo que me impidió acompañarle en su último viaje...

Se interrumpió súbitamente y nos invadió un silencio tenso. El rostro de Whitefield se volvió blanco, la boca del capitán se torció en una extraña mueca, y yo sentí que el corazón me descendía, hasta las plantas de los pies.

Nadie habló, pero los seis pensamos lo mismo. El último viaje de Peewee Wilson había sido a Calixto. Fue el segundo... y no regresó. La nuestra era la octava expedición.

Stanley nos contempló uno a uno con asombro, pero todos evitamos su mirada.

El capitán Bartlett fue el que se recobró primero.

—Dígame, Steeden, usted tiene un viejo traje espacial de Peewee Wilson, ¿verdad? —Su voz era tranquila y reposada, pero vi que le costaba un gran esfuerzo mantenerla así.

Steeden levantó la vista con los ojos brillantes. Había estado mascando las puntas de su bigote (siempre lo hacía cuando estaba nervioso) y ahora le colgaban de forma descuidada.

—Desde luego, capitán. Me lo dio él mismo, vaya si lo hizo. Fue antes del 23 cuando los nuevos trajes de acero acababan de salir. Peewee ya no necesitaba su viejo artefacto de vitri-caucho, así que me lo dio... y lo conservo desde entonces. Me da

buena suerte.

—Bueno, estaba pensando que podríamos arreglar ese viejo traje para el muchacho.

No le irá bien ningún otro y necesita uno.

Los apagados ojos del veterano se endurecieron y sacudió vigorosamente la cabeza.

—No señor, capitán. Nadie toca ese viejo traje. El mismo Peewee me lo dio. ¡Con sus propias manos! Es..., es sagrado, eso es lo que es.

Los demás nos pusimos inmediatamente de parte del capitán, pero la obstinación de Steeden persistió y aumentó. Repetía inexpresivamente una y otra vez: «Ese traje se quedará donde está».

Y recalca la afirmación con un golpe de su nudoso puño.

Estábamos a punto de darnos por vencidos, cuando Stanley, que hasta entonces había guardado discretamente silencio, intervino en la discusión.

—Por favor, señor Steeden —la voz le temblaba ligeramente. Por favor, déjemelo.

—Tendré mucho cuidado con él. Apuesto a que si Peewee Wilson viviera accedería a prestármelo —sus ojos azules se empañaron y el labio inferior le tembló un poco. El muchacho era un actor perfecto.

Steeden parecía irresoluto y empezó a masticar su bigote de nuevo.

—Bueno... oh, diablos, todos os habéis confabulado contra mí. Que el muchacho lo use, pero ¡no esperéis que yo lo arregle! Vosotros podéis perder horas de sueño... Yo me lavo las manos.

Y así el capitán Bartlett mató dos pájaros de un tiro. Desvió nuestros pensamientos de Calixto en un momento en que la moral de la tripulación era muy baja y nos proporcionó algo en que pensar durante el resto del viaje... pues renovar aquella vieja reliquia suponía casi una semana de trabajo.

Trabajamos en aquella antigualla con una concentración totalmente desproporcionada respecto a la importancia de la tarea. Con esta insignificancia, nos olvidamos del orbe creciente de Calixto.

Soldamos hasta la última grieta y cámara de aire de aquel venerable traje. Arreglamos el interior con una tupida red de alambre de aluminio. Restauramos la pequeña unidad calorífica e instalamos nuevos depósitos de oxígeno y tungsteno. Incluso el capitán nos ayudaba de vez en cuando, y Steeden, después del primer día, a pesar de su diatriba del principio, se dedicó a la tarea con todo su empeño.

Lo acabamos el día antes del previsto para el aterrizaje, y Stanley, cuando se lo probó, resplandecía de orgullo, mientras Steeden le contemplaba, sonriendo y retorciéndose el bigote. Y a medida que los días pasaban, el círculo azul pálido que era Calixto aumentaba de tamaño sobre la visiplaca hasta ocupar la mayor parte del cielo. El último día fue inquietante. Realizamos abstraídamente nuestras tareas, y de un modo deliberado evitamos mirar el cruel e inclemente satélite que teníamos

delante.

Nos lanzamos... en una espiral larga y gradualmente contráctil. Por medio de esta maniobra, el capitán había esperado lograr algún conocimiento preliminar de la naturaleza del satélite y sus eventuales habitantes, pero la información que conseguimos fue casi totalmente negativa.

El gran porcentaje de dióxido de carbono, presente en la delgada y fría atmósfera era compatible con la vida de las plantas, así que la vegetación era abundante y diversa.

Sin embargo, el índice del tres por ciento de oxígeno parecía excluir la posibilidad de cualquier clase de vida animal, excepto las especies más simples, y primitivas.

Tampoco había ninguna evidencia de ciudades o estructuras artificiales de cualquier clase.

Dimos cinco vueltas alrededor de Calixto antes de divisar un gran lago, cuya forma recordaba la cabeza de un caballo.

Descendimos suavemente en dirección hacia él, pues el último mensaje de la segunda expedición —la de Peewee Wilson— habló de aterrizar cerca de dicho lago.

Todavía nos hallábamos a unos ochocientos metros del suelo, cuando localizamos el brillante ovoide de metal que era el Fobos, y cuando al fin nos posamos suavemente sobre el verde rastrojo de vegetación, no nos separaban más de quinientos metros de la desafortunada embarcación.

—Es extraño —murmuró el capitán, cuando todos nos hubimos congregado en la cabina de mandos, en espera de nuevas órdenes—, parece que no hay ninguna señal de violencia.

¡Era cierto! El Fobos estaba allí, al parecer intacto. Su anticuado casco de acero brillaba bajo la luz amarillenta de un convexo Júpiter, pues el escaso oxígeno de la atmósfera no podía llegar a oxidar su resistente exterior.

El capitán salió de su ensimismamiento y se volvió hacia Charney, que estaba en la radio.

—¿Ganímedes ha contestado? —Sí, señor. Nos desean buena suerte. —Lo dijo con sencillez, pero un escalofrío me recorrió la espina dorsal.

No se movió ni un solo músculo del rostro del capitán.

—¿Ha intentado establecer comunicación con el Fobos? —No contestan, señor.

—Tres de nosotros investigarán el Fobos.

Algunas respuestas, por lo menos, deben estar allí.

—¡Palillos de cerillas! —gruñó Brock, con impasibilidad.

El capitán asintió gravemente.

Puso ocho cerillas en la palma de su mano, rompió tres por la mitad, y extendió el brazo hacia nosotros, sin decir ni una palabra.

Charney dio un paso adelante y cogió el primero. Estaba rota y se dirigió lentamente hacia el perchero del traje espacial. Tuley le siguió y tras él Harrigan y

Whitefield.

Después yo, y saqué la segunda cerilla rota.

Sonreí y seguí a Charney, y al cabo de treinta segundos, el viejo Steeden en persona se reunió con nosotros.

—La nave les respaldará, muchachos —dijo el capitán tranquilamente, mientras nos estrechaba la mano—. Si ocurre algo peligroso, echen a correr. Nada de heroísmos ahora, no podemos permitirnos el lujo de perder hombres.

Inspeccionamos nuestras Lectrónicas de bolsillo y salimos. No sabíamos con exactitud lo que debíamos esperar y no estábamos seguros de que nuestros primeros pasos sobre suelo de Calixto no pudieran ser los últimos, pero ninguno de nosotros vaciló un solo instante. En los Astronautas a diez centavos, el valor es una mercancía muy barata, pero es mucho más cara en la vida real. Recuerdo con considerable orgullo los firmes pasos con los que los tres abandonamos la protección del Cenes.

Miré hacia atrás una sola vez y distinguí el rostro de Stanley pegado al grueso vidrio de la portilla. Incluso a distancia, su nerviosismo era evidente. ¡Pobre chico! Durante los últimos dos días había estado convencido de que nos hallábamos en camino hacia una ciudadela de piratas y casi se moría de impaciencia porque la lucha empezara. Naturalmente, ninguno de nosotros se cuidó de desilusionarle.

El casco exterior del Fobos se levantaba ante nosotros y nos dominaba con su presencia. La gigantesca embarcación reposaba sobre la hierba verde oscura, silenciosa como la muerte. Una de las siete que lo habían intentado y habían fracasado.

Y la nuestra era la octava.

Charney rompió el inquieto silencio.

—¿Qué son esas manchas blancas del casco? Levantó un dedo forrado de metal y lo paseó por la plancha de acero. Lo retiró y contempló la blanda pulpa de color blanco que lo cubría. Con un involuntario estremecimiento de repugnancia, se lo limpió restregándolo en la gruesa hierba del suelo.

—¿Qué creéis que es? Toda la nave, excepto la parte cercana al suelo estaba recubierta de una fina capa de la pulposa sustancia. Parecía espuma seca... parecía...

Dije:

—Es como fango que una babosa gigante hubiera dejado tras salir del lago y deslizarse sobre la nave.

Naturalmente, no hice tal afirmación en serio, pero los otros dos lanzaron una apresurada mirada a la superficie lisa como un espejo del lago en la que se reflejaba con claridad la imagen de Júpiter. Charney sacó su Lectrónica de mano.

—¡Aquí! —gritó repentinamente Steeden, cuya voz sonaba ronca y metálica a través de la radio—. Es inútil seguir hablando. Hemos de encontrar algún medio de entrar en la nave; debe haber una grieta en alguna parte del casco. Tú irás hacia la derecha, Charney, y tú, Jenkins, hacia la izquierda. Yo intentaré llegar arriba de alguna forma.

Mirando cuidadosamente el casco redondeado, retrocedió y dio un salto. En Calixto, desde luego, sólo pesaba diez kilos o menos, con traje y todo, así que se elevó unos diez o doce metros. Golpeó ligeramente el casco, y cuando empezaba a deslizarse hacia abajo, se agarró a la cabeza de un remache y gateó hasta la parte superior. En ese momento yo hice un gesto de despedida a Charney, y me alejé.

—¿Todo va bien? —La voz del capitán sonó tenuemente junto a mi oído.

—Todo bien —repuse con aspereza— hasta ahora. —Y mientras lo decía, el Ceres desapareció detrás del saliente convexo del fallecido Fobos y me encontré completamente solo en la misteriosa luna.

A partir de entonces proseguí mi ronda en silencio. La «piel» de la nave espacial no estaba rota, a excepción de las oscuras portillas, las más bajas de las cuales se hallaban muy por encima de mi cabeza. Una o dos veces me pareció ver a Steeden gateando como un mono sobre la superficie del casco, pero quizá no fue más que una ilusión.

Al final llegué a la proa, que aparecía bañada por la clara luz de Júpiter. Allí, la hilera inferior de portillas estaba lo bastante baja como para ver el interior, y mientras pasaba de una a otra, me dio la impresión de que estaba contemplando una nave llena de espectros, pues en aquella luz fantasmal todos los objetos parecían sombras oscilantes.

La última ventana de la línea resultó ser de un interés irresistible. En el rectángulo amarillo de la luz de Júpiter estampada en el suelo, yacía lo que quedaba de un hombre. Su ropa le cubría con holgura y la camisa estaba levantada, como si las costillas le hubieran hecho adoptar esta posición. En el espacio entre el cuello abierto de la camisa y el casco de ingeniero, se veía un sonriente cráneo sin ojos. El casco, reposando oblicuamente sobre la calavera, parecía añadir el último refinamiento de horror a la escena.

Un grito penetrante hizo que mi corazón latiera con fuerza. Era Steeden, que lanzaba exclamaciones irreverentes desde algún lugar de la parte superior de la nave. Casi en seguida, vi su torpe cuerpo recubierto de acero que resbalaba y se deslizaba por el costado de la nave. Corrimos hacia él con largos y flotantes saltos y nos hizo señales de que le siguiéramos, mientras avanzaba delante nuestro, hacia el lago. En la misma orilla, se detuvo y se inclinó sobre un objeto medio enterrado. En dos saltos estuvimos junto a él, y vimos que el objeto era un hombre vestido con un traje espacial, tendido boca abajo. Estaba recubierto por una gruesa capa de la misma sustancia viscosa que había en el Fobos.

—Lo he visto desde encima de la nave —dijo Steeden, sin aliento, mientras daba la vuelta a la figura.

Lo que vimos nos hizo lanzar a los tres un grito simultáneo. A través de la visera de vidrio, se distinguía un semblante de leproso. Las facciones estaban putrefactas, caídas a pedazos, como si la descomposición hubiera empezado y cesado a causa de la limitada provisión de aire. Aquí y allí aparecían pedazos de hueso gris. Era la

escena más repulsiva que he presenciado en mi vida, a pesar de que he visto muchas similares.

—¡Dios mío! —La voz de Charney era casi un sollozo—. Sólo se murieron y descompusieron.

Explicué a Steeden que había visto un esqueleto vestido a través de la portilla.

—Maldita sea, esto es un rompecabezas —gruñó Steeden—, y la solución ha de estar dentro del Fobos. —Hubo un silencio momentáneo—. Os diré lo que haremos.

Uno de nosotros puede regresar y pedir al capitán que desmonte el Desintegrador.

Debe ser lo bastante ligero como para manejarlo en Calixto y, a baja intensidad, podemos conseguir la precisión suficiente para practicar un agujero sin hacer que explote toda la nave. Ve tú, Jenkins. Charney y yo intentaremos encontrar otros pobres diablos.

Me dirigí hacia el Ceres sin necesidad de que me lo repitieran, cubriendo la distancia con enormes saltos. Ya había recorrido tres cuartas partes del camino cuando un fuerte grito, que sonó metálicamente junto a mi oído, me hizo parar en seco. Di media vuelta con desaliento y quedé petrificado ante la escena que se desarrollaba frente a mis ojos.

La superficie del lago se había convertido en espuma hirviente, y de ella salían las partes delanteras de lo que parecían ser orugas gigantes. Llegaron serpenteando a la orilla, con sus cuerpos de un color gris oscuro chorreando fango y agua. Tenían un metro de longitud, unos treinta centímetros de ancho, y su método de locomoción era lento y reptante. A excepción de una protuberancia alargada en su extremo anterior, cuya punta era de un tenue color rojo, carecían de rasgos característicos.

Mientras yo las miraba, su número aumentaba, hasta que la orilla se convirtió en una compacta masa de nauseabunda carne gris.

Charney y Steeden corrían hacia el Ceres, pero no habían cubierto la mitad de la distancia cuando dieron un traspié, y su carrera se convirtió en un tambaleo a ciegas.

Incluso eso cesó, y casi al mismo tiempo cayeron de rodillas.

La voz de Charney sonó débilmente junto a mi oído:

—¡Ve a buscar ayuda! Me duele muchísimo la cabeza. ¡No puedo moverme! Me... —Ahora los dos estaban inmóviles en el suelo.

Mi primer impulso fue dirigirme hacia ellos, pero una súbita y aguda punzada justo encima de las sienes me hizo tambalear, y por un momento me sentí desconcertado.

Entonces oí un repentino grito sobrenatural de Whitefield.

—¡Vuelve a la nave, Jenkins! ¡Vuelve! ¡Vuelve! Me volví para obedecer, pues el dolor se había trocado en continuo e irresistible sufrimiento. Avancé zigzagueando y haciendo eses hacia la esclusa abierta, y creo que estaba a punto de desmayarme cuando me caí en ella. Después de eso, lo único que puedo recordar es una gran confusión.

Mi siguiente impresión clara fue de la cabina de mandos del Ceres. Alguien me

había quitado el traje, y al mirar a mí alrededor con desaliento presencié una escena de la mayor confusión. Mi cerebro todavía estaba algo embotado y vi doble la imagen del capitán Bartlett cuando éste se inclinó sobre mí.

—¿Sabe lo que eran esas malditas criaturas? —señaló hacia las orugas gigantes del exterior.

Moví la cabeza mudamente.

—Son los bisabuelos del Gusano Magnético del que nos habló Whitefield en una ocasión. ¿Se acuerda del Gusano Magnético? Yo asentí.

—El que mata por medio de un campo magnético reforzado por hierro a su alrededor.

—Maldita sea, sí —gritó Whitefield, interrumpiéndonos repentinamente—. Podría jurarlo. Si no fuera por la afortunada casualidad de que nuestro casco es de berilotungsteno y no de acero —como el Fobos y el resto—, a estas alturas todos estaríamos inconscientes y muertos dentro de poco.

Así que ésa es la amenaza de Calixto —mi voz se alzó con súbita consternación—.

Pero ¿qué hay de Charney y Steeden? —Están perdidos —murmuró el capitán sombríamente—. Inconscientes... quizá muertos. Esos inmundos gusanos se dirigen hacia ellos y no podemos hacer nada para evitarlo —fue contando los obstáculos con los dedos—. No podemos ir a rescatarlos con el traje espacial sin firmar nuestra propia muerte... Los trajes espaciales son de acero, y nadie puede sobrevivir ahí fuera sin uno. No tenemos armas con un rayo lo bastante fino como para destruir a los gusanos sin abrasar también a Charney y Steeden. Había pensado en acercar el Ceres y recogerlos rápidamente, pero no se puede manejar una astronave en superficies planetarias como ésta... No, sin hacerse pedazos. Nosotros...

—Abreviando —interrumpí sordamente—, tenemos que permanecer aquí y ver cómo se mueren.

Él asintió y yo me alejé con amargura.

Sentí un ligero estirón de mi manga, y cuando me volví, encontré los dilatados ojos azules de Stanley mirándome fijamente. Con la excitación, me había olvidado de él, y ahora le contemplé con mal humor.

—¿Qué hay? —pregunté con brusquedad.

—Señor Jenkins —sus ojos estaban enrojecidos, y creo que hubiera preferido piratas que Gusanos Magnéticos—. Señor Jenkins, quizá pudiera ir yo a rescatar al señor Charney y al señor Steeden.

Suspiré, y di media vuelta para alejarme.

—Pero, señor Jenkins, yo podría. Oí lo que decía el señor Whitefield, y mi traje espacial no es de acero. Es de vitri-caucho.

—El muchacho tiene razón —susurró Whitefield con lentitud, cuando Stanley repitió su oferta a los hombres congregados—. El campo sin reforzar no nos afecta, eso es evidente. No correrá ningún peligro con un traje de vitri-caucho.

—¡Pero ese traje está destrozado! —objetó el capitán—. En realidad nunca tuve la intención de que el muchacho lo utilizara.

—Se le veía vacilar y su comportamiento era evidentemente irresoluto.

—No podemos abandonar a Neal y Mac ahí fuera sin intentarlo, capitán —dijo Brock impasiblemente.

El capitán se decidió de pronto y se convirtió en un torbellino de actividad. El mismo entró en el perchero de los trajes espaciales, en busca de la deteriorada reliquia, y ayudó a Stanley a ponérsela.

—Primero trae a Steeden —dijo el capitán, mientras aseguraba el último cierre—. Es más viejo y tiene menos resistencia al campo. Que tengas buena suerte, muchacho, y si lo consigues, regresa inmediatamente. Inmediatamente, ¿me oyes? Stanley se tambaleó al dar el primer paso, pero la vida en Ganímedes le había acostumbrado a las gravedades por debajo de lo normal y se recuperó con rapidez. No dio muestras de vacilación mientras saltaba hacia las dos figuras tendidas, lo cual nos animó. Evidentemente, el campo magnético aún no le afectaba.

Ahora tenía uno de los cuerpos sobre los hombros y se disponía a regresar a la nave a un paso ligeramente más lento. Al desembarazarse de su carga en la esclusa, agitó el brazo frente a la ventana donde estábamos y nosotros le respondimos del mismo modo.

Apenas se había alejado, cuando tuvimos a Steeden dentro. Le quitamos el traje y lo estiramos, macilento y pálido como estaba, sobre el diván.

El capitán acercó un oído a su pecho y de repente se echó a reír con súbito alivio.

—El viejo excéntrico sigue en plena forma.

Al oír aquello nos arremolinamos a su alrededor con alegría, impacientes por colocar un dedo sobre su muñeca y asegurarnos de que seguía con vida. Su cara se crispó, y cuando una voz baja y confusa murmuró súbitamente: «Así se lo dije a Peewee, se lo dije...», nuestras últimas dudas se desvanecieron.

Fue un repentino y agudo grito de Whitefield lo que nos atrajo de nuevo a la ventana.

—Algo malo le ocurre al muchacho.

Stanley se encontraba a medio camino de regreso hacia la nave con su segunda carga, pero ahora se tambaleaba... avanzando irregularmente.

—No puede ser —susurró Whitefield, con voz ronca—. No puede ser. ¡El campo no puede haberle afectado! —¡Dios mío! —El capitán se mesaba el cabello con violencia—, esa maldita antigualla no tiene radio. No puede decirnos qué ocurre. —De repente hizo ademán de alejarse—. Me voy a buscarle. Con campo o sin campo, me voy a buscarle.

—Espere, capitán —dijo Tuley, agarrándole por el brazo—, aún puede lograrlo.

Stanley corría de nuevo, pero de forma curiosa, en zigzag, revelando claramente que no sabía adónde iba. Resbaló dos o tres veces y se cayó, pero cada vez logró ponerse en pie de nuevo. Por último, tropezó contra el casco de la nave, y buscó

frenéticamente a tuestas la esclusa abierta.

Nosotros gritamos y rezamos y sudamos, pero no podíamos ayudar en nada.

Y entonces desapareció. Había tropezado con la esclusa y se había caído dentro.

Los tuvimos dentro en un tiempo récord, y los despojamos de sus trajes. Charney estaba vivo, lo supimos a la primera mirada, y, enseguida le abandonamos muy poco ceremoniosamente por Stanley. El color azul de su rostro, la lengua hinchada, el reguero de sangre fresca que corría de la nariz a la barbilla nos contaron su propia historia.

—El traje se ha agrietado —dijo Harrigan.

—Apártense de él —ordenó el capitán—, denle aire.

Aguardamos. Finalmente, un débil gemido del muchacho nos indicó que recuperaba el conocimiento y todos sonreímos a la vez.

—Un muchachito valiente —dijo el capitán—. Ha recorrido los últimos cien metros gracias a su temple y nada más —y repitió—: Un muchachito valiente.

Conseguirá una medalla por esto, aunque tenga que darle la mía.

Calixto no era más que una pequeña bola azul en el televisor —un mundo cualquiera desprovisto de todo misterio—. Stanley Fields, capitán honorario de la gran nave Ceres, le hizo gestos de burla, sacando la lengua al mismo tiempo. Un gesto muy poco elegante, pero que simbolizaba el triunfo del Hombre sobre el hostil sistema solar.

Ahora que releo la historia (es la primera vez que lo hago desde que fue publicada) me divierte ver que el nombre de mi joven polizón es Stanley. Es el nombre de mi hermano pequeño, que sólo contaba nueve años cuando escribí el relato (el mismo hermano pequeño que protagonizó mi ensayo de la escuela superior de muchachos, y que ahora es subdirector del *Newsday* de Long Island). No sé por qué es necesario emplear «nombres reales», pero me parece que casi todos los escritores noveles lo hacen.

Observarán que no hay chicas en el relato.

En realidad no es nada extraño. A los dieciocho años yo estaba muy ocupado con mis estudios de la Universidad, trabajando en la pastelería de mi padre y ocupándome de repartir periódicos a domicilio mañana y tarde, así que nunca había tenido tiempo de salir con una chica. No sabía absolutamente nada sobre chicas (excepto la biología que aprendí en libros y de otra fuente, mejor informada que son los muchachos).

Eventualmente tuve compromisos y eventualmente introduje chicas en mis relatos; pero la primera impresión tuvo su efecto. Hasta el momento actual, el elemento romántico de mis relatos es mínimo y el elemento sexual, casi nulo.

Por otro lado, me pregunto si la explicación anterior sobre la carencia de sexo en mis relatos no está demasiado simplificada. Al fin y al cabo, yo también soy abstemio y sin embargo, observo que mis personajes beben agua de Jabra marciana (sea lo que eso fuere).

Mis conocimientos sobre astrología eran bastante respetables, pero me dejé influir demasiado por las convenciones comunes de la ciencia ficción de aquella época. Entonces, todos los mundos eran similares a la Tierra y estaban deshabitados, así que doté a Calixto de una atmósfera que sólo contenía una pequeña cantidad de oxígeno libre. También lo doté de agua corriente, y vida animal y vegetal.

Todo esto es, naturalmente, por completo inverosímil, y las pruebas que tenemos nos inducen a creer que Calixto es un mundo sin aire y sin agua, igual que nuestra Luna (y, desde luego, yo lo sabía ya entonces).

Retrocedamos a mi tercera historia, ahora...

El 30 de julio de 1938, después de sólo ocho días del segundo rechazo de Campbell, había

finalizado mi tercer relato, *Abandonados cerca de Vesta*. Sin embargo, pensé que no era conveniente ver a Campbell más de una vez al mes, pues consideré que, de lo contrario, abusaría de su hospitalidad. Por lo tanto, guardé el manuscrito y me puse a escribir otros relatos. A final de mes tenía dos más: *Este planeta irracional* y *Un anillo alrededor del sol*.

Mis primeros tres relatos, incluido *Abandonados cerca de Vesta*, fueron mecanografiados con una máquina de escribir Underwood n.º 5, vieja, pero perfectamente utilizable, que mi padre me había conseguido en 1936 por diez dólares. Sin embargo, cuando hube presentado mi segundo relato a Campbell, mi padre juzgó que mi deseo de ser escritor iba en serio, y considerando que mi fracaso para vender era improcedente y, en cualquier caso, temporal, se dispuso a comprarme una máquina de escribir completamente nueva.

El 10 de agosto de 1938, entró en casa una Smith-Corona portátil, y fue con esta nueva máquina de escribir con la que mecanografié mi cuarto y quinto relatos.

De los tres, el que me pareció más flojo fue *Este planeta irracional*, así que no lo ofrecí a Campbell. Lo envié directamente a *Thrilling Wonder Stories* el 26 de agosto, y no fue rechazado hasta el 24 de setiembre. Campbell me había mal acostumbrado, y las cuatro semanas que mediaron entre el envío y el rechazo me consternaron. Incluso acudí, durante el intervalo, a pedir una explicación... sin saber que una simple demora de cuatro semanas era realmente breve para cualquiera, excepto Campbell.

Pero, por lo menos, el rechazo, cuando llegó, estaba mecanografiado y no era una forma impresa. Lo que es más, incluía la frase: «Lo intentará de nuevo, ¿verdad?» Eso me animó. Quizá había sobrestimado el relato. Lo sometí a Campbell, y lo rechazó al cabo de seis días. A continuación lo rechazaron otras cinco revistas. No logré venderlo, y *Este planeta irracional* tampoco existe en la actualidad. Ni siquiera recuerdo el tema, aunque estoy totalmente seguro de que el planeta del título era la misma Tierra. (El único otro dato que tengo sobre él es que era muy corto, sólo contenía tres mil palabras. De hecho, la mayoría de relatos de esos primeros eran cortos. El más largo fue el primero, *Tirabuzón cósmico*).

A los otros dos relatos escritos el mismo mes les aguardaba un destino mejor, aunque al principio no lo pareció. El 30 de agosto de 1938 visité a Campbell por tercera vez y le entregué *Abandonados cerca de Vesta* y *Un anillo alrededor del sol*... y ambos me fueron devueltos el 8 de setiembre.

Al día siguiente envié *Abandonados cerca de Vesta*, que consideré el mejor de los dos, a *Amazing Stories*. No supe nada de él hasta al cabo de un mes y medio, pero esta vez la espera valió la pena. El 21 de octubre de 1938 llegó una carta de aceptación de Raymond A. Palmer, que entonces era director de *Amazing*, y que desde aquella época ha alcanzado un gran renombre como la figura principal en cuestión de Plátanos volantes y otras formas de ocultismo. Hasta ahora no he conocido personalmente al señor Palmer.

Era mi primera aceptación, cuatro meses justos después de mi primera visita a John Campbell. Para entonces ya había escrito seis relatos y recibido nueve rechazos de diversas revistas. El cheque, de 64 dólares (un centavo por palabra), llegó el 31 de octubre, y éste fue el primer dinero que gané en mi vida como escritor profesional.

He guardado esta primera carta de aceptación, de Palmer, durante muchos años, enmarcada y colgada en la pared de mi habitación. Pero con las vicisitudes de la vida también ha desaparecido y confieso que lo lamento.

El relato apareció en el ejemplar de *Amazing Stories* de marzo de 1939, que llegó a los quioscos el 10 de enero de 1939, justo ocho días después de mi decimonoveno cumpleaños. Era la primera ocasión en que yo publicaba profesionalmente; y todavía conservo un ejemplar intacto de aquel número de la revista. No guardé ninguno en aquel tiempo (mi sentido de la importancia histórica, como ya he explicado, es deficiente), sino que extraje mi relato para encuadernar y descarté el resto.

Normalmente, no me importa hacerlo y siempre lo he hecho así (el espacio es limitado, incluso en el mejor de los apartamentos, cuando se es tan prolífico como yo), pero un día me arrepentí de no haber conservado aquel ejemplar intacto. El conocido aficionado a la ciencia ficción Forrest J. Ackerman oyó que lo lamentaba y me envió amablemente un ejemplar en excelente estado.

Este ejemplar, por cierto, contiene un pequeño pasquín autobiográfico escrito por mí antes de los veinte años. Al volver a leerlo, años más tarde, se reveló como algo exquisitamente desconcertante.

Abandonados cerca de Vesta no está incluido aquí, puesto que apareció en *Misterios de Asimov*. (Esto no significa que fuera un misterio. La razón de su inclusión en aquella serie particular está explicada allí. Bien, adelante, compren el libro y satisfagan su curiosidad).

En cuanto a *Un anillo alrededor del sol*, fue rechazado por *Thrilling Wonder Stories*, pero luego, el 5 de febrero de 1939, fue aceptado por *Future Fiction*, una de las nuevas revistas de ciencia ficción que estaban surgiendo.

Apareció en el segundo número de la revista que, sin embargo, no llegó a los quioscos hasta casi un año después de la venta. El pago (teóricamente por su publicación, y no por su aceptación tal como era el procedimiento más civilizado de Campbell) se retrasó más todavía y además, era por la cantidad de sólo medio centavo por palabra, así que el cheque se elevó únicamente a veinticinco dólares. *Astonishing Stories* tampoco pagaba más de medio centavo por palabra en aquel tiempo, pero *La amenaza de Calixto* fue el relato más largo —6500 palabras— así que me produjo una ganancia de 32.50 dólares.

Sin embargo, me consideré bien pagado.

Sabía muy bien que en la todavía temprana historia de las revistas de ciencia ficción, el pago de un cuarto de centavo por palabra era lo usual, y no por publicación sino (como se murmuraba) tras entablar un pleito. Además, aquéllos eran tiempos de escasez, y para mí veinticinco dólares significaban algo así como cinco meses de dinero de bolsillo (sin bromear).

En aquella época, el director de *Future Fiction* era Charles D. Hornig. Ocasionalmente acudí a su oficina para preguntar cuándo aparecería un relato, o cuándo me enviarían el cheque, pero no recuerdo haberlo encontrado nunca en ella. De hecho, que yo sepa, todavía no le conozco.

UN ANILLO ALREDEDOR DEL SOL

Jimmy Turner canturreaba alegremente, quizá con cierta estridencia, cuando entró en la sala de recepción.

—¿Está el viejo aguafiestas ahí dentro? —preguntó, acompañando la interrogación con un guiño que hizo sonrojar de agradecimiento a la bonita secretaria.

—Así es; y esperándole. —Le indicó una puerta en la que estaba escrito en gruesas letras negras, «Frank McCutcheon, director general, Correos del Espacio Unido».

Jim entró.

—Hola, capitán, ¿qué pasa ahora? —Oh, es usted. —McCutcheon levantó la vista de su mesa, mordisqueando un maloliente cigarro—. Siéntese.

McCutcheon le miró fijamente por debajo de sus tupidas cejas. Ni aún los residentes más antiguos recordaban haber visto reír al «viejo aguafiestas», como le designaban todos los miembros de Correos del Espacio Unido, aunque los rumores aseguraban que había sonreído, cuando era pequeño, al ver caer a su padre de un manzano. En aquel momento, su expresión hacía creer que el rumor era exagerado.

—Ahora, escuche, Turner —bramó—. Correos del Espacio Unido piensa inaugurar un nuevo servicio y usted ha sido elegido para abrir el camino. —Haciendo caso omiso de la mueca de Jimmy, continuó—: De ahora en adelante, el correo venusiano funcionará todo el año.

—¡Cómo! Siempre he creído que era la ruina, desde el punto de vista financiero, repartir el correo venusiano, excepto cuando Venus estaba a este lado del Sol.

—Claro —admitió McCutcheon—, si seguimos las rutas ordinarias. Pero podríamos cortar directamente a través del sistema sólo con aproximarnos lo bastante al Sol. ¡Y aquí interviene usted! Se ha fabricado una nueva nave que está equipada para llegar a sólo treinta millones de kilómetros del Sol y que podrá mantenerse indefinidamente a esta distancia.

Jimmy le interrumpió con nerviosismo

—No corra tanto, aguaf..., señor McCutcheon, no acabo de comprenderlo.

¿De qué clase de nave se trata?

—¿Cómo quiere que yo lo sepa? No me he escapado de ningún laboratorio. Por lo que me han dicho, emite una especie de campo magnético que encauza las radiaciones del Sol alrededor de la nave. ¿Lo entiende? Todo se desvía. El calor no te alcanza. Puedes permanecer allí para siempre y estar más fresco que en Nueva York.

—Oh, ¿de veras? —Jimmy se mostraba escéptico—. ¿Ha sido comprobado, o quizá han dejado ese pequeño detalle para mí? —Naturalmente que ha sido comprobado, pero no bajo las actuales condiciones solares.

—Entonces está descartado. He hecho mucho por Correos, pero esto es el límite. No estoy loco, todavía.

McCutcheon se puso rígido.

—¿Debo recordarle el juramento que hizo al entrar en el servicio, Turner? «Nuestro vuelo a través del espacio...

—«... nunca debe ser detenido por nada excepto la muerte —terminó Jimmy—. Lo sé tan bien como usted y también me doy cuenta de que es muy fácil citarlo desde un cómodo sillón. Si es usted idealista hasta este punto, puede hacerlo usted mismo. Por lo que a mí respecta, está descartado. Y si quiere, puede echarme a patadas. Conseguiré otro trabajo así de pronto —chasqueó los dedos airadamente.

La voz de McCutcheon se transformó en un suave murmullo.

Vamos, vamos, Turner, no se apresure.

Todavía no ha oído todo lo que tengo que decirle. Roy Snead será su compañero.

—¡Uf! ¡Snead! Pero si ese fanfarrón no tendría agallas para aceptar un trabajo como éste ni dentro de un millón de años.

Cuénteme algún otro cuento de hada

—Bueno, en realidad, ya ha aceptado. A mí se me ocurrió que usted podría acompañarle, pero veo que él tenía razón.

Insistió en que usted se echaría atrás. Al principio pensé que no lo haría.

McCutcheon le hizo un gesto de despedida y se enfrascó de nuevo con indiferencia en el informe que estaba estudiando cuando Jimmy entró. Este dio media vuelta, vaciló, y entonces regresó.

—Espere un poco, señor McCutcheon; ¿quiere decir que Roy irá realmente? —Éste asintió, al parecer todavía absorto en otros asuntos, y Jimmy explotó—: ¡Vamos, ese tipo vil, zanquilargo y tramposo! ¡Así que cree que soy demasiado cobarde para ir! Bien, yo le enseñaré. Aceptaré el trabajo y apostaré diez dólares contra un níquel venusiano a que se pone enfermo en el último minuto.

—¡Estupendo! —McCutcheon se levantó y le estrechó la mano—. Sabía que entraría en razón. El mayor Wade tiene todos los detalles. Creo que partirán dentro de unas seis semanas, y como yo salgo hacia Venus mañana, probablemente nos veremos allí.

Jimmy salió, aún indignado, y McCutcheon se puso en comunicación con la secretaria.

—Ah, señorita Wilson, póngame con Roy Snead en el visor.

Al cabo de unos minutos de espera, se encendió una luz de señales roja. Se conectó el visor y el moreno y apuesto Snead apareció en la visiplaca.

—Hola, Snead —gruñó McCutcheon—. Ha perdido la apuesta, Turner ha aceptado el trabajo. Por poco se muere de risa cuando le he dicho que usted no creía que fuese. Envíeme los veinte dólares, por favor.

—Espere un poco, señor McCutcheon —el rostro de Snead se congestionó de furia—. ¿Para qué decir a ese imbécil de remate que no iré? Seguro que lo ha hecho usted, traidor. Pues iré, pero vaya preparando otros veinte y le apuesto a que todavía cambiará de parecer. Pero yo sí que iré —Roy Snead seguía gesticulando cuando McCutcheon desconectó.

El director general se retrepó en el sillón, tiró el despedazado cigarro, y encendió uno nuevo. Su rostro conservaba su expresión agria, pero hubo una nota de gran satisfacción en su tono cuando dijo:

—¡Ah! Ya sabía que eso los convencería.

Fue una pareja cansada y sudorosa la que dirigió la gran nave Helios a través de la órbita de Mercurio. A pesar de la amistad superficial impuesta por las semanas que llevaban solos en el espacio, Jimmy Turner y Roy Snead apenas se dirigían la palabra.

Añadamos a esta hostilidad oculta el calor del hinchado Sol y la torturante incertidumbre del resultado del viaje y tendremos a una pareja verdaderamente desdichada.

Jimmy escudriñaba con cansancio las numerosas esferas que tenía frente a sí, y, apartando de un manotazo un húmedo mechón de cabello que le caía sobre los ojos, gruñó:

—¿Qué marca ahora el termómetro, Roy? —Cincuenta y dos grados centígrados y sigue subiendo —fue el gruñido que recibió como respuesta.

Jimmy blasfemó con rabia.

—El sistema de refrigeración trabaja al máximo, el casco de la nave refleja el 95% de la radiación solar y sigue en los cincuenta. —Hizo una pausa—. El indicador de la gravedad señala que todavía estamos a unos cincuenta y cinco millones de kilómetros del Sol. Veinticinco millones de kilómetros antes de que el campo deflector sea efectivo. La temperatura todavía subirá a sesenta y cinco grados. ¡Es una bonita perspectiva! Comprueba los desecadores. Si el aire no es completamente seco, no duraremos demasiado.

—¡Y pensar que estamos en la órbita de Mercurio! —La voz de Snead era ronca—. Nadie se había acercado tanto al Sol hasta ahora. Y nosotros vamos a acercarnos aún más.

—Ha habido muchos que han estado tan cerca y todavía más —recordó Jimmy—, pero ellos perdieron el control y aterrizaron en el Sol: Friedländer, Debuc, Anton... —Su voz se desvaneció en un amargo silencio.

Roy se movió con desasosiego.

—¿Hasta qué punto es efectivo este campo deflector, Jimmy? Tus alegres pensamientos no son muy tranquilizadores, ¿sabes? —Bueno, ha sido experimentado bajo las condiciones más adversas que los técnicos del laboratorio pudieron idear. Yo lo he presenciado. Ha sido bañado en una radiación parecida a la solar a una distancia de veinte millones de kilómetros. El campo funcionó a la perfección. Enfocaron la luz hacia él para que la nave se tornara invisible: Los hombres de dentro de la nave afirmaron que todo el exterior se había tornado invisible y que el calor no les alcanzaba. Es curioso, sin embargo, que el campo no funcione más que bajo ciertas intensidades de radiación.

—Pues espero que así ocurra —gruñó Ron—. Si el viejo aguafiestas piensa

asignarme este itinerario..., perderá su mejor piloto.

—Perderá sus dos mejores pilotos —corrigió Jimmy Los dos guardaron silencio y el Helios siguió su ruta.

La temperatura aumentaba: 54, 55. 56.

Después, tres días más tarde, con el mercurio rozando los 65 grados, Roy anunció que se estaban aproximando a la zona crítica, donde la radiación solar alcanzaba la intensidad suficiente para excitar el campo.

Los dos aguardaron, con la mente sumida en una concentración febril, y el pulso latiendo apresuradamente —¿Ocurrirá de repente? —No lo sé. Tendremos que esperar.

A través de las portillas, sólo se veían las estrellas. El Sol, tres veces mayor a como se ve desde la Tierra, lanzaba sus rayos cegadores sobre metal opaco, pues en aquella nave, especialmente diseñada, las portillas se cerraban automáticamente cuando incidía una radiación potente.

Y entonces las estrellas empezaron a desaparecer. Lentamente, en primer lugar, las más mortecinas se desvanecieron... después las más brillantes: la estrella polar, Régulo, Arturo, Sirio. El espacio aparecía en la más completa oscuridad.

—Funciona —susurró Jimmy.

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando las portillas que miraban hacia el Sol se abrieron. ¡El Sol había desaparecido! —¡Ah! Ya estoy más fresco —Jimmy Turner dio rienda suelta a su júbilo—. Chico, ha funcionado a la perfección. Si pudieran adaptar este campo deflector a todas las intensidades, disfrutaríamos de una invisibilidad perfecta. Sería un arma de guerra muy efectiva. —Encendió un cigarrillo y se recostó sensualmente.

—Pero mientras tanto volamos a ciegas —insistió Roy.

Jimmy sonrió paternalmente.

—No debes preocuparte por eso, niño guapo. Ya me he ocupado de todo. Estamos en una órbita alrededor del Sol. Dentro de dos semanas, nos encontraremos en el lado opuesto y entonces los cohetes nos impulsarán fuera de este anillo, encaminándonos rápidamente a Venus —estaba muy satisfecho de sí mismo—. Dejémoslo para Jimmy «Cerebro» Turner. Te llevaré en dos meses, en vez de los seis reglamentarios. Ahora estás con el mejor piloto de Correos.

Roy se echó a reír maliciosamente.

—Oyéndote, cualquiera diría que tú haces todo el trabajo. Todo lo que haces es llevar la nave por la ruta que yo he trazado.

Tú eres el mecánico; yo soy el cerebro.

—Oh, ¿de verdad? Cualquier estudiante para piloto puede trazar una ruta. Pero se necesita un hombre para pilotar la nave.

—Bueno, ésa es tu opinión. Sin embargo, ¿quién está mejor pagado, el piloto o el que traza las rutas? Jimmy encajó aquella derrota y Roy salió triunfalmente de la cabina de mandos.

Ajeno a todo esto, el Helios seguía su ruta.

Durante dos días, todo transcurrió a la perfección; pero el tercero, Jimmy inspeccionó el termómetro y movió la cabeza con desconfianza y preocupación.

Roy entró, vigiló el curso de acción y levantó las cejas con asombro.

—¿Algo va mal? —Se inclinó para leer la altura de la fina columna roja—. Sólo 37 grados. No es como para tener este aspecto de pato mareado. Por tu expresión, creía que algo iba mal con el campo deflector y la temperatura volvía a subir. —Se alejó con un ostentoso bostezo.

—Oh, cállate, mono insensato. —El pie de Jimmy se levantó en una patada indiferente—. Estaría mucho más tranquilo si la temperatura subiera. Este campo deflector funciona demasiado bien para mi gusto.

—¡Uh! ¿Qué quieres decir? —Te lo explicaré, y si me escuchas atentamente quizá lo comprendas. Esta nave está construida igual que un termo. No se calienta más que con la mayor de las dificultades y tampoco se enfría. —Hizo una pausa y dejó caer sus palabras—: A temperaturas normales, esta nave no pierde más de un grado al día si no existe ninguna fuente de calor exterior. Es posible que, a la elevada temperatura que estábamos, el descenso pudiera llegar a tres grados al día.

¿Me entiendes? Roy estaba con la boca abierta y Jimmy continuó:

—Pero esta maldita nave ha perdido veintisiete grados en menos de tres días.

—Pero eso es imposible.

Allí lo marca —señaló irónicamente Jimmy—. Te diré lo que falla. Es el campo:

Actúa como un agente repulsivo de las radiaciones electromagnéticas y aumenta de alguna forma la pérdida de calor de nuestra nave.

Roy se puso a pensar e hizo unos rápidos cálculos mentales.

—Si lo que dices es cierto —dijo al fin—, dentro de cinco días alcanzaremos el punto de congelación y después pasaremos una semana en lo que corresponde al clima invernal.

Así es. Incluso teniendo en cuenta la disminución del descenso térmico cuando la temperatura baje, probablemente terminaremos con el mercurio entre los treinta y cinco y cuarenta grados bajo cero.

Roy tragó saliva.

—¡Y a treinta millones de kilómetros del Sol! —Eso no es lo peor —observó Jimmy—. Esta nave, como todas las utilizadas para viajes dentro de la órbita de Marte, no tiene sistema de calefacción. Con el Sol brillando furiosamente y sin otra forma de perder calor más que por radiaciones inútiles, las naves espaciales de Marte y Venus siempre se han caracterizado por sus sistemas de refrigeración. Nosotros, por ejemplo, tenemos un aparato de refrigeración muy eficaz.

—Así que nos encontramos en un aprieto de mil diablos. Ocurre lo mismo con nuestro traje espacial.

A pesar de la temperatura, todavía asfixiante, los dos empezaban a sentir escalofríos.

—Pues no voy a soportarlo —exclamó Roy—. Voto por salir de aquí inmediatamente y dirigirnos a la Tierra. No pueden esperar más de nosotros.

—¡Adelante! Tú eres el teórico. ¿Puedes trazar un rumbo a esta distancia del Sol y garantizarme que no caeremos en él? —¡Diablos! No había pensado en eso.

Ninguno de los dos sabía qué hacer. La comunicación por radio no era posible desde que habían pasado la órbita de Mercurio. El Sol estaba demasiado cerca y su fuerte radiación habría anulado cualquier tentativa.

Así que decidieron esperar.

Los días siguientes transcurrieron en una continua vigilancia del termómetro, excepto los minutos en que uno de los dos soltaba una nueva maldición sobre la cabeza del señor Frank McCutcheon. Se permitían comer y dormir, pero no lo disfrutaban.

Y mientras tanto, el Helios, indiferente por completo al aprieto en que se encontraban sus ocupantes, seguía su curso.

Tal como Roy había predicho, la temperatura sobrepasó la línea roja que marcaba «Congelación» hacia el final del séptimo día en el anillo de desviación:

Ambos se sintieron terriblemente preocupados cuando ocurrió, a pesar de que ya lo esperaban.

Jimmy había sacado unos cuatrocientos litros de agua del depósito. Con ellos llenó casi todos los recipientes de a bordo.

—Quizá evitemos que las tuberías estallen cuando el agua se congele —observó—. Y si lo hacen, como es probable, es mejor que tengamos una reserva de agua. Ya sabes que aún tenemos que permanecer aquí otra semana.

Y al día siguiente, el octavo, el agua se heló. Los cubos, rebosantes de hielo, estaban fríos y relucientes. Ambos los miraron con desesperación. Jimmy rompió uno para abrirlo.

—Completamente congelada —dijo, desolado y se envolvió en otra manta.

Ahora era difícil pensar en otra cosa que no fuera el frío, siempre en aumento. Roy y Jimmy habían requisado todas las sábanas y mantas de la nave, tras haberse puesto tres o cuatro camisas e igual número de pantalones. Permanecían en la cama todo el tiempo posible, y cuando no tenían más remedio que levantarse, se acurrucaban cerca de la pequeña estufa en busca de calor. Incluso este dudoso placer les fue pronto denegado, pues, tal como Jimmy observó, «la reserva de combustible es extremadamente limitada, y necesitaremos la estufa para descongelar la comida y el agua».

Los accesos de cólera eran cortos y los choques frecuentes, pero la desgracia común impidió que siguieran discutiendo.

Sin embargo, fue el décimo día cuando los dos, unidos por un odio común, se hicieron súbitamente amigos.

La temperatura había descendido hasta diecisiete grados bajo cero, y, por las trazas, continuaría bajando. Jimmy se hallaba acurrucado en un rincón pensando en

las veces que, en Nueva York, se había quejado del calor de agosto y preguntándose cómo podía haberlo hecho.

Mientras tanto, Roy había movido sus ateridos dedos las veces suficientes para calcular que tendrían que soportar el frío durante 6354 minutos más.

Contemplaba las cifras con hastío y las leía a Jimmy. Éste frunció el ceño y gruñó —Tal como me encuentro, no duraré ni 54 minutos, así que olvídate de los 6354.

Después añadió con impaciencia

—Me gustaría que pensaras en un medio para salir de esto.

—Si no estuviéramos tan cerca del Sol —sugirió Roy—, podríamos poner en marcha los motores traseros y elevarnos rápidamente.

—Sí, y si aterrizáramos en el Sol, estaríamos muy cómodos y calientes ¡Eres una gran ayuda! —Bueno, tú eres el que se llama a sí mismo «Cerebro» Turner. Piensa tú en algo.

Por el modo como hablas, cualquiera creería que todo esto es culpa mía.

—¡Claro que lo es, mono vestido de hombre! Mi sano juicio me aconsejaba no hacer este viaje de locos. Cuando McCutcheon me lo propuso, me negué categóricamente. Sabía lo que hacía. —El tono de Jimmy era mordaz—. ¿Y qué ocurrió? Como loco que eres, tú aceptas y te precipitas donde un hombre sensato temería poner el pie. Y entonces, naturalmente, yo tuve que aceptar.

»¿Y sabes lo que debería haber hecho? —La voz de Jimmy subió de tono—. Tendría que haberte dejado marchar solo para que te helaras, mientras yo estaba sentado junto a un enorme fuego, regocijándome por tu suerte. Es decir, de haber sabido lo que iba a suceder.

Una expresión de sorpresa y amor propio ofendido apareció en el rostro de Roy.

—¿De veras? ¿Conque ésas tenemos? Bueno, lo único que puedo decir es que tienes una habilidad indudable para desvirtuar los hechos, pero para ninguna otra cosa. La cuestión es que tú fuiste lo bastante estúpido como para aceptar, y yo, pobre de mí, fui arrastrado por la fuerza de las circunstancias.

La expresión de Jimmy revelaba el desdén más absoluto.

—Evidentemente, el frío te ha vuelto chiflado, aunque reconozco que no se necesita demasiado para acabar con el poco juicio que posees.

—Escucha —contestó Roy acaloradamente—. El 10 de octubre, McCutcheon me llamó por el visor y me dijo que tú habías aceptado, riéndose de mí a mandíbula batiente porque me negaba a ir.

¿Acaso lo niegas?

—Sí, lo niego rotundamente. El 10 de octubre, el aguafiestas me dijo que tú habías decidido ir y le habías apostado que...

La voz de Jimmy se desvaneció súbitamente y una expresión de asombro apareció en su rostro.

—Dime... ¿estás seguro de que McCutcheon te dijo que yo había aceptado? Un escalofriante presentimiento atenazó el corazón de Roy al oír la pregunta de Jimmy,

un presentimiento que le hizo olvidar todo el frío que sentía.

—Absolutamente —contestó—. Te lo juro. Por eso vine.

—Pero si me dijo que tú habías aceptado y por eso me decidí...

De pronto Jimmy se sintió muy estúpido. Los dos cayeron en un largo y ominoso silencio, que al fin fue roto por Roy, cuya voz temblaba de emoción.

—Jimmy, hemos sido víctimas de un truco desdeñable, sucio y bajo. —Sus ojos se dilataron de furia—. Hemos sido estafados, engañados... —Las palabras le fallaron, pero siguió emitiendo sonidos carentes de sentido, que manifestaban toda su ira.

Jimmy era más tranquilo, pero no el menos vindicativo.

—Tienes razón, Roy; McCutcheon nos ha jugado una mala pasada. Ha sobrepasado los límites de la iniquidad humana. Pero nos vengaremos. Cuando lleguemos, dentro de 6300 minutos exactos, tendremos que ajustar las cuentas al aguafiestas.

—¿Qué liaremos? —Los ojos de Roy reflejaban una alegría sanguinaria.

—Por el momento, sugiero que le despedacemos y no dejemos de él más que diminutos trocitos.

—No es lo bastante horrible. ¿Y si lo metiéramos en aceite hirviendo? —Es algo razonable, sí; pero podría llevar demasiado tiempo. Propinémosle una buena paliza al estilo antiguo... con manoplas.

Roy se frotó las manos.

—Tenemos mucho tiempo para pensar en alguna medida realmente adecuada. El muy vil, miserable, cobarde, leproso... —El resto degeneró fluidamente hacia lo impublicable.

Y durante los cuatro días siguientes, la temperatura siguió bajando. El decimocuarto y último día, el mercurio se congeló, mientras el sólido líquido rojo indicaba con su dedo helado los cuarenta grados bajo cero.

Aquel horrible día habían encendido la estufa, empleando toda su escasa reserva de petróleo. Temblando y completamente helados, se agazaparon uno junto a otro, en un intento por aprovechar hasta la última gota de calor.

Hacía varios días que Jimmy había encontrado un par de orejeras en un rincón olvidado, y ahora se las turnaban cada hora.

Ambos se hallaban enterrados bajo una pequeña montaña de mantas, frotándose las manos y los pies casi helados. A medida que transcurrían los minutos, su conversación, que versaba casi exclusivamente sobre McCutcheon, se volvía más violenta.

—Siempre recitando esa consigna, mil veces maldita, de Correos del Espacio:

«Nuestro vuelo a través del es... —Jimmy se interrumpió con una furia impotente.

—Sí, y siempre desgastando sillas en vez de salir al espacio y hacer un trabajo de hombre, el podrido... —convino Roy.

—Bueno, saldremos de la zona de desviación dentro de dos horas. Al cabo de tres semanas estaremos en Venus —dijo Jimmy, estornudando.

—Nunca será demasiado pronto para mí —contestó Snead, que llevaba dos días resollando sin cesar—. No volveré a hacer otro viaje espacial en mi vida, excepto quizá el que me devuelva a la Tierra. Después de esto, cultivaré plátanos en Centroamérica.

Por lo menos allí se está caliente.

—Quizá no logremos salir de Venus, después de lo que vamos a hacerle a McCutcheon.

—No, en eso tienes razón. Pero no importa. Venus es aún más cálido que Centroamérica y eso es lo único que me interesa.

Tampoco tenemos problemas legales —Jimmy volvió a estornudar—. En Venus, la pena máxima por asesinato en primer grado es la cadena perpetua. Una bonita, cálida y seca celda para el resto de mi vida. ¿Qué más podría desear? La segunda manecilla del cronómetro seguía su paso uniforme; los minutos pasaban. Las manos de Roy se posaban amorosamente sobre la palanca que conectaría los cohetes traseros para alejar al Helios del Sol y de aquella horrible zona de desviación.

Y al fin:

—¡Adelante! —gritó Jimmy con ansiedad—. ¡Apriétala! Con un gran estrépito, los cohetes se pusieron en marcha. El Helios tembló de proa a popa. Los pilotos notaron que la aceleración les apretaba contra el respaldo de sus asientos, y se sintieron felices. En cuestión de minutos, el Sol volvería a brillar y ellos dejarían de tener frío, sentirían de nuevo el bendito calor.

Sucedió antes de que se dieran cuenta de ello. Hubo un momentáneo destello de luz y después un crujido y un clic, al cerrarse las portillas que miraban al Sol.

—Mira —gritó Roy—, ¡las estrellas! ¡Ya hemos salido! —Lanzó una extática mirada de felicidad hacia el termómetro—. Bueno, viejo amigo, de ahora en adelante volveremos a subir —se envolvió mejor en las mantas, pues el frío aún persistía.

Había dos hombres en el despacho de Frank McCutcheon en la sucursal de Venus de Correos del Espacio Unido: el mismo McCutcheon y el anciano de cabello blanco Zebulon Smith, inventor del campo deflector. Smith estaba hablando.

—Pero, señor McCutcheon, es realmente de la mayor importancia que sepa cómo ha funcionado mi campo deflector.

Seguramente le habrán transmitido toda la información posible.

El rostro de McCutcheon era la acritud personificada mientras mordía el extremo de uno de sus enormes cigarros y lo encendía.

—Eso, mi querido Smith —dijo—, es justo lo que no han hecho. Desde que se alejaron del Sol lo bastante como para establecer comunicación, he solicitado continuos informes sobre la eficacia del campo. Pero se niegan a contestar. Dicen que funciona y que están vivos, añadiendo que nos proporcionarán todos los detalles cuando lleguen a Venus. ¡Eso es todo! Zebulon Smith suspiró, decepcionado.

—¿No es eso un poco insólito; insubordinación, para llamarlo de algún modo? Creía que estaban obligados a facilitar informes y dar todos los detalles que se les pidiera.

—Así es. Pero son mis mejores pilotos y bastante temperamentales. Tenemos que concederles cierto margen. Además, les engañé para que hicieran este viaje, bastante arriesgado por cierto, así que me siento inclinado a ser indulgente...

—Bien, en este caso, supongo que tendré que esperar.

—Oh, no demasiado tiempo —le aseguró McCutcheon—. Les esperamos hoy mismo, y le aseguro que en cuanto me ponga en contacto con ellos le enviaré un informe detallado. Después de todo, han sobrevivido durante dos semanas a una distancia de treinta millones de kilómetros del Sol, así que su invento es un éxito. Eso debería satisfacerle.

Smith acababa de irse cuando la secretaria de McCutcheon entró, con una expresión preocupada en su rostro.

—Algo va mal con los dos pilotos del Helios, señor McCutcheon —le informó—. Acabo de recibir una comunicación del mayor Wade desde Pallas City, donde han aterrizado. Se han negado a asistir a los festejos que se les había preparado, pero en cambio fletaron inmediatamente un cohete para venir aquí, negándose a revelar la razón. Cuando el mayor Wade trató de detenerlos, se pusieron violentos, según me dijo.

La muchacha dejó la comunicación sobre la mesa. McCutcheon la miró superficialmente

—¡Humm! Son demasiado temperamentales. Bueno, hágalos entrar en cuanto lleguen. Yo haré que dejen de serlo.

Unas tres horas más tarde, el problema de los dos rebeldes pilotos volvió sobre el tapete, esta vez a causa de una súbita conmoción en la sala de espera.

McCutcheon oyó las coléricas voces de dos hombres y después las aterrorizadas protestas de su secretaria. De repente, la puerta se abrió de par en par y Jim Turner y Roy Snead irrumpieron en el despacho.

Roy cerró tranquilamente la puerta y apoyó la espalda contra ella.

—No permitas que nadie me moleste hasta que haya terminado —le dijo Jimmy.

—Nadie atravesará esta puerta durante un buen rato —repuso sombríamente Roy—, pero recuerda que prometiste dejar algo para mí.

McCutcheon todavía no había pronunciado ni una palabra, pero cuando vio que Turner sacaba casualmente un par de manoplas del bolsillo y se las ponía con actitud resuelta, decidió que era hora de detener la comedia.

—Hola, muchachos —dijo, con una cordialidad desacostumbrada en él—. Me alegro de volver a verles. Tomen asiento.

Jimmy ignoró la oferta.

—¿Tiene algo que decir, algún postrer deseo, antes de que empiece las operaciones? —preguntó e hizo rechinar los dientes con un desagradable sonido.

—Bueno, si me lo ponen de este modo —dijo McCutcheon—, tendré que preguntarles exactamente lo que significa todo esto... si no es demasiado pedir. Quizá el deflector ha sido ineficaz y han tenido un viaje caluroso.

La única respuesta que recibió fue un resoplido de Roy y una fría mirada por parte de Jimmy.

—Primero —dijo éste—, ¿de quién fue la idea del odioso y repugnante engaño que nos perpetró? Las cejas de McCutcheon se alzaron por la sorpresa.

—¿Se refiere a las mentiras piadosas que les conté para convencerles de que fueran? Pero si eso no fue nada. Simple práctica del oficio, nada más. Todos los días hago cosas peores que ésa y la gente las considera como rutina. Además, ¿qué mal les ha hecho? — Cuéntale nuestro agradable viaje, Jimmy —apremió Roy.

—Eso es exactamente lo que voy a hacer —fue la respuesta. Se volvió hacia McCutcheon y adoptó un aire de mártir—. Primero, en este maldito viaje, nos freímos en una temperatura que alcanzó los sesenta y cinco grados, pero era de esperar y no nos quejamos; estábamos a media distancia entre Mercurio y el Sol.

»Pero después, entramos en esa zona donde la luz nos rodea y empezamos a perder calor, pero no un solo grado al día tal como te enseñan en la escuela de pilotos —se interrumpió para soltar unas cuantas maldiciones nuevas que se le acababan de ocurrir, y luego continuó—: Al cabo de tres días, estábamos a treinta y siete y después de una semana, habíamos bajado de cero.

»Entonces, durante una semana entera, siete largos días, seguimos nuestro curso a una temperatura muy inferior a cero. El último día hacía tanto frío que el mercurio se congeló.

La voz de Jimmy se elevó hasta quebrarse, y en la puerta, un acceso de compasión de sí mismo hizo que Roy lanzara un fuerte suspiro. McCutcheon permaneció inescrutable.

Jimmy prosiguió:

—Allí estábamos sin un sistema de calefacción, de hecho, sin calor de ninguna clase, ni siquiera ropa caliente. Nos congelamos, maldita sea. Teníamos que fundir la comida y derretir el agua.

Estábamos rígidos, no podíamos movernos.

Le aseguro que era un infierno, con la temperatura contraria. —Hizo una pausa, como si le faltaran las palabras.

Roy Snead le relevó de la carga.

—Estábamos a treinta millones de kilómetros del Sol y yo tenía las orejas congeladas. Congeladas, he dicho. —Sacudió amenazadoramente el puño debajo de la nariz de McCutcheon—. Y fue culpa suya. ¡Usted nos convenció con engaños! Mientras nos helábamos, nos prometimos que volveríamos y le daríamos su merecido, y ahora vamos a cumplir nuestra promesa.

—Se volvió hacia Jimmy—. Adelante, empieza, ¿quieres? Jimmy gruñó un lacónico asentimiento.

—¿Y se congelaron durante una semana a causa de eso? —continuó McCutcheon. Un nuevo gruñido.

Y entonces sucedió algo muy extraño e insólito. McCutcheon, «el viejo aguafiestas», el hombre sin el músculo de la risa, sonrió.

Realmente mostró sus dientes en una media sonrisa. Y lo que es más, la sonrisa se ensanchó más y más hasta convertirse en verdadera risa, y la risa en un bramido. Con una estentórea carcajada, McCutcheon compensó toda una vida de triste acritud.

Las paredes retumbaron, los vidrios de las ventanas temblaron, y las homéricas carcajadas no cesaron, Roy y Jimmy, completamente estupefactos, no daban crédito a sus ojos. Un desconcertado contable asomó la cabeza por la puerta en un acceso de temeridad y se quedó inmóvil por la sorpresa. Otros se agolparon junto a la puerta, hablando en asombrados susurros. ¡McCutcheon se había reído! La hilaridad del viejo director general se calmó gradualmente. Terminó con un súbito ahogo y al fin volvió un rostro de color púrpura hacia sus dos mejores pilotos, cuya sorpresa hacía rato que se había trocado en indignación.

—Muchachos —les dijo—, ha sido el mejor chiste que he oído en mi vida. Pueden contar con una paga doble, los dos. —Seguía sonriendo con precisión y había desarrollado un buen ataque de hipo.

Los dos pilotos se quedaron fríos ante el atractivo ofrecimiento.

—¿Qué es tan sumamente divertido? —quiso saber Jimmy—, yo no encuentro ningún motivo de risa.

La voz de McCutcheon se hizo melosa.

—A ver, muchachos, antes de irme les di a cada uno de ustedes varias hojas mimeografiadas con instrucciones especiales. ¿Qué ha sido de ellas? La atmósfera se llenó de un súbito desconcierto.

—No lo sé. Debí perder las mías —murmuró Roy.

—No las leí; lo olvidé —Jimmy estaba genuinamente consternado.

—Ya lo ven —exclamó McCutcheon con aire de triunfo—, todo se ha debido a su propia estupidez.

—¿Cómo se le ocurrió? —quiso saber Jimmy—. El mayor Wade nos dijo todo lo que teníamos que saber acerca de la nave, y por otra parte, me parece que usted no puede decirnos nada nuevo sobre su funcionamiento.

—Oh, ¿así lo cree? Evidentemente Wade se olvidó de informarles sobre un pequeño detalle que hubieran encontrado en mis instrucciones. La intensidad del campo deflector era ajustable. Dio la casualidad de que, cuando ustedes partieron, estaba en su punto máximo, eso es todo. —Ahora empezaba a reír de nuevo débilmente—. Si se hubieran tomado la molestia de leer las hojas, se hubiesen enterado de que un sencillo movimiento de una pequeña palanca —hizo el gesto apropiado con el pulgar— habría debilitado el campo en la cantidad deseada y permitido que penetrara tanta radiación como se quisiera.

Y ahora la risa fue más fuerte.

—Y se helaron durante una semana porque no tuvieron el sentido común de empujar una palanca. Y después mis mejores pilotos llegan aquí y me culpan.

¡Qué divertido! —Y empezó a reír de nuevo, mientras un par de jóvenes muy avergonzados se dirigían miradas de soslayo.

Cuando McCutcheon volvió a su estado normal, Jimmy y Roy se habían marchado.

Abajo, en la calle contigua al edificio, un muchacho de diez años contemplaba, con la boca abierta y abstracción intensa, a dos hombres jóvenes que se hallaban comprometidos en la ocupación extraña y bastante sorprendente de darse patadas uno a otro alternativamente. ¡Y además, eran patadas con muy mala intención!

Cuando escribí *Un anillo alrededor del sol* me gustaron mucho los dos protagonistas, Turner y Snead. Recuerdo que tuve la intención de escribir otros relatos sobre la pareja. Era una idea natural, pues a finales de los años 30 había muchas «series» de relatos acerca de un protagonista, o varios, determinado. El propio Campbell había escrito unas deliciosas historietas sobre dos hombres llamados Penton y Blake, y yo ansiaba realizar una imitación de estos personajes.

Escribir «series» tenía cierto interés práctico. Por una parte, tenías un trasfondo determinado que se proseguía de relato en relato, así que la mitad del trabajo ya estaba hecho. En segundo lugar, si la «serie» se hacía popular, era difícil rechazar nuevos relatos que encajaran en ella.

No lo hice con Turner y Snead. De hecho, ni siquiera lo intenté. Llegaría un día, dos años más tarde, en que inventaría una pareja de protagonistas muy similares, Powell y Donovan, que aparecerían en cuatro relatos y que realmente iban a formar parte de una «serie» que tuvo mucho éxito.

A finales de agosto de 1938, había escrito cinco relatos, de los cuales se publicaron tres.

¡No está mal! Sin embargo, siguió una temporada sin inspiración. Estaba terminando mi tercer año de Universidad e intentaba, sin éxito, lograr mi admisión en la Facultad de Medicina. La situación en Europa era inquietante. Era la época de la capitulación de Munich, y para un adolescente judío había algo de perturbador en las rápidas y triunfales victorias de Hitler.

Los tres relatos siguientes no me llevaron un mes, como los tres precedentes, sino tres meses. Y todos estaban muy por debajo de los límites de una posible venta aun en el mercado más indulgente. Eran *El proyectil*, *El curso del destino* y *Knossos en su esplendor*. Campbell los rechazó enseguida, y todos hicieron la ronda sin éxito. Llegó un día, tres años después, en que *Astonishing* pareció interesarse por *El proyectil*, pero el intento fracasó y los otros dos ni siquiera llegaron a esto.

Ahora los tres relatos han desaparecido para siempre. No recuerdo nada en absoluto de los dos primeros, pero *Knossos en su esplendor* era una ambiciosa tentativa por repetir el mito de Teseo en términos de ciencia ficción. El minotauro era un extraterrestre que llegó a la antigua Creta con las mejores intenciones, y recuerdo que escribí una prosa terriblemente ampulosa al tratar de que mis cretenses hablaran tal como yo creía que debían hablar los personajes de Homero. Campbell, siempre amable, dijo al rechazarlo que mi trabajo «estaba mejorando mucho, en especial cuando no me esforzaba en causar efecto».

Cuando estaba escribiendo *Knossos en su esplendor* acababa de recibir el cheque por *Abandonados cerca de Vasta* y ya era un profesional. Mi animación aumentó en la debida forma, y hacia finales de noviembre escribí, *Amonio*, que también era una tentativa (como *Un anillo alrededor del sol*) humorística.

Sin embargo, estaba seguro de que a Campbell no le gustaría y no llegué a mostrárselo. En lugar de eso, lo envié a *Thrilling Wonder Stories*. Cuando lo rechazaron, me desanimé y lo retiré. Sólo después de que *Future Fiction* aceptara *Un anillo alrededor del sol*, pensé que también haría la prueba con este otro.

El 23 de agosto de 1939, lo envié a *Future Fiction*, que lo aceptó, cambiando su nombre por el de *La magnífica posesión*.

LA MAGNÍFICA POSESIÓN

Walter Sills estaba meditando, como hacía muy a menudo, que la vida era dura y triste. Paseó una mirada por su sórdido laboratorio químico y sonrió cínicamente...

Trabajar en un sucio agujero como aquél, vivir de ocasionales análisis minerales cuya paga apenas llegaba para comprar el equipo absolutamente indispensable, mientras otros, que valían mucho menos que él, trabajaban para grandes empresas industriales y vivían con más comodidades...

Contempló el río Hudson a través de la ventana, bañado por la luz rojiza del sol poniente, y se preguntó con mal humor si los últimos experimentos que había realizado le proporcionarían finalmente la fama y el éxito que perseguía, o si no eran más que otra falsa alarma.

La puerta chirrió al ser abierta y el alegre rostro de Eugene Taylor hizo su aparición. Sills le hizo un gesto de bienvenida y el cuerpo de Taylor siguió a su cabeza y entró en el laboratorio.

—Hola, viejo amigo —fue el alegre y despreocupado saludo—. ¿Cómo van las cosas? Sills meneó la cabeza ante la exuberancia del otro.

—Me gustaría poseer tu confianza en la vida, Gene. Para tu información, las cosas van mal. Necesito dinero, y cuanto más necesito, menos tengo.

—Bueno, yo tampoco tengo dinero —repuso Taylor—. Pero ¿por qué preocuparse? Tienes cincuenta años, y las preocupaciones no te han aportado más que una buena calvicie. Yo tengo treinta, y quiero conservar mi bonito cabello castaño.

El químico sonrió.

—Aún conseguiré el dinero, Gene. Déjalo de mi cuenta.

—¿Acaso tus nuevas ideas están tomando forma? —Casi no te he hablado de ellas, ¿verdad? Pues acércate y te mostraré los progresos que he realizado.

Taylor siguió a Sills hasta una mesa pequeña, en la que había un soporte lleno de tubos de ensayo, en uno de los cuales había unos diez milímetros de una brillante sustancia metálica.

—Mezcla de sodio y mercurio, o aleación de sodio, como se la denomina —explicó Sills señalándola.

Tomó una botella con la etiqueta «Cloruro de amonio Sol» y vertió un poco en el tubo. Inmediatamente, la aleación de sodio empezó a convertirse en una sustancia esponjosa y suelta.

—Esto, —observó Sills— es aleación de amonio. El radical de amonio (NH_4) actúa aquí como un metal y se une al mercurio.

Aguardó a que se consumara la transformación y entonces separó el líquido flotante.

—La aleación de amonio no es muy estable —informó a Taylor—, así que he de actuar deprisa.

Cogió un frasco lleno de un líquido de color paja y olor agradable y lo vertió en el

tubo de ensayo. Al agitarlo, la suelta aleación de amonio se desvaneció y en su lugar apareció una pequeña bola de líquido metálico.

Taylor contemplaba el tubo de ensayo con la boca abierta.

—¿Qué ha pasado? —Éste, líquido es un complejo derivado de la hidrazina que yo he descubierto y denominado amonalina. Todavía no he trabajado en su fórmula, pero eso no tiene importancia. Lo esencial es que tiene la propiedad de disolver el amonio a partir de la aleación. Esas gotas del fondo son mercurio puro; el amonio está en solución.

Taylor continuó silencioso y Sills se entusiasmó.

—¿No ves las implicaciones? ¡Estoy a medio camino de aislar el amonio puro, algo que nunca se había logrado hasta ahora! Una vez hecho, significará la fama, el éxito, el premio Nobel, y quién sabe qué más.

—¡Caramba! —La mirada de Taylor se hizo más respetuosa—. Esa sustancia amarilla no me parecía tan importante. —Trató de agarrarla, pero Sills se lo impidió.

—No he terminado, en ningún aspecto, Gene. Tengo que convertirla en su estado metálico libre, y hasta ahora no he podido.

Cada vez que intento evaporar la amonalina, el amonio se descompone en los eternos amoníaco e hidrógeno... Pero lo conseguiré... ¡lo conseguiré! Dos semanas después, tuvo lugar el epílogo de la escena anterior. Taylor recibió una rápida y enfática llamada de su amigo químico y apareció en el laboratorio invadido por una gran curiosidad.

—¿Lo has conseguido? —Lo he conseguido— ¡y es aún más importante de lo que creía!— Me proporcionará millones —los ojos de Sills brillaron de embeleso.

—Había estado trabajando desde un ángulo equivocado —explicó—. Al calentar el disolvente siempre se descompone el amonio disuelto, así que lo he separado por congelación. Ocurre lo mismo que con las soluciones salinas, que al ser congeladas lentamente, se transforman en hielo, y la sal se cristaliza. Por suerte, la amonalina se congela a 18 °C y no requiere mucho enfriamiento.

Señaló dramáticamente una pequeña cubeta, dentro de un recipiente de cristal.

La cubeta contenía unos cristales sin brillo, de color paja y similares a una aguja y, en la parte superior, se distinguía una delgada capa de una sustancia amarillenta y opaca.

—¿Para qué sirve el recipiente? —preguntó Taylor.

—Lo he llenado de argón para mantener el amonio (que es la sustancia amarilla de encima de la amonalina) puro. Es tan activo que reacciona con cualquier cosa que no sea un gas similar al helio.

Taylor estaba maravillado y dio unos golpecitos en la espalda de su sonriente amigo.

—Espera, Gene, aún falta lo mejor.

Taylor se vio arrastrado hasta el otro extremo de la habitación y el tembloroso dedo de Sills señaló otro recipiente herméticamente cerrado que contenía una masa

de metal de color amarillo brillante, que relucía y centelleaba.

—Esto, amigo mío, es óxido de amonio, formado al pasar aire absolutamente seco sobre metal de amonio libre. Es inerte por completo (el recipiente sellado contiene un poco de cloro, por ejemplo, y sin embargo no hay reacción). Puede ser tan económico como el aluminio, si no menos, y sigue teniendo más aspecto de oro que el mismo oro. ¿Te haces cargo de sus posibilidades? —¿Y cómo no? —explotó Taylor—. Arrasaré el país. Se harán joyas de amonio, vajillas plateadas con amonio, y un millón de cosas más. ¿Quién sabe las innumerables aplicaciones industriales que puede tener? Eres rico, Walt..., ¡eres rico! —Somos ricos —corrigió amablemente Sills. Se dirigió al teléfono—. Los periódicos van a enterarse de esto. Voy a empezar a hacerme famoso en seguida.

Taylor frunció el ceño.

—Quizá sería mejor que guardaras el secreto, Walt.

—Oh, no les diré nada sobre el proceso. No les revelaré más que la idea general.

Además, estamos a salvo; la solicitud de la patente ya debe estar en Washington.

¡Pero Sills se equivocaba! El artículo del periódico iba a ocasionarles dos días muy, muy agitados a los dos.

J. Throgmorton Bankhead es a quien comúnmente conocemos como «rey de la industria». Como director de la Sociedad Anónima de Plateados y Cromados no hay duda de que merecía el título; pero para su paciente y resignada esposa, no era más que un marido dispéptico y gruñón, sobre todo a la hora de desayunar... y ahora estaba desayunando.

Estrujando bruscamente el periódico matinal, farfullando entre mordisco y mordisco a una tostada con mantequilla:

—Este hombre arruinará al país —señaló horrorizado los grandes titulares de letra negra—. Ya lo he dicho antes y lo repito ahora, que el hombre está más loco que una cabra. No estará satisfecho...

—Joseph, por favor —rogó su esposa—, tienes la cara congestionada. Acuérdate de tu presión alta. Ya sabes que el médico te dijo que dejaras de leer las noticias de Washington si te trastornan tanto. Ahora escucha, querido, se trata de la cocinera.

Está...

—El médico es un tonto de remate y tú también —gritó J. Throgmorton Bankhead—. Leeré todas las noticias que quiera y tendré la cara congestionada, si así me place.

Se llevó la taza de café a la boca y tomó un sorbo. Mientras tanto, sus ojos tropezaron con un titular más insignificante hacia el final de la página: «Un científico descubre un sustituto del oro». La taza de café permaneció en el aire mientras recorría el artículo rápidamente. «Este nuevo metal» —leyó— está considerado por su descubridor como superior al cromo, níquel, o plata para joyería económica. «El funcionario que cobre un sueldo de veinte dólares por semana —dice el profesor Sills — comerá en una vajilla de amonio que tendrá un aspecto más impresionante que la

vajilla de oro de un nabab indio». No tiene...

Pero J. Throgmorton Bankhead había dejado de leer. Visiones de una Sociedad Anónima de Plateados y Cromados arruinada danzaban ante sus ojos; y mientras lo hacían, la taza de café se tambaleó en su mano, y el líquido caliente cayó sobre sus pantalones.

Su esposa se levantó, alarmada —¿Qué ocurre Joseph? ¿Qué ocurre? —Nada —gritó Bankhead—. Nada, por el amor de Dios, vete, ¿quieres? Salió a grandes zancadas de la habitación, mientras su esposa buscaba en el periódico lo que le había perturbado de aquel modo.

La Taberna de Bob de la calle quince suele estar llena a todas horas, pero la mañana a la que nos referimos no había más que cuatro o cinco hombres bastante mal vestidos rodeando la corpulenta y digna figura de Peter Q. Hornswoggle, eminente excongresista.

Peter Q. Hornswoggle hablaba, como de costumbre, con fluidez. Su tema, también como siempre, era la vida de un congresista.

—Recuerdo un caso parecido —estaba diciendo— que se presentó a discusión en la Cámara, y sobre el que respondí lo siguiente: «El eminente caballero de Nevada ha descuidado en su informe un aspecto muy importante del problema. No se da cuenta de que, en interés de toda la nación, los mondadores de manzanas del país deben ser atendidos rápidamente; porque, caballeros, de la prosperidad de los mondadores de manzanas depende el futuro de toda la industria frutera y sobre la industria frutera se basa toda la economía de esta gran y gloriosa nación, los Estados Unidos de América». Hornswoggle hizo una pausa, bebió media pinta de cerveza de un trago y luego sonrió triunfante.

—No vacilo en decirles, caballeros, que ante dicha declaración, toda la Cámara estalló en entusiásticos y tumultuosos aplausos.

Uno de los oyentes allí congregados sacudió lentamente la cabeza en señal de admiración.

—Debe ser fantástico poder hablar así, senador. Debía causar sensación.

—Sí —convino el camarero—, es una lástima que le derrotaran en las últimas elecciones.

El excongresista hizo una mueca y en un tono muy digno comenzó:

—He sido informado, por fuentes de toda confianza, de que el uso del soborno en esta campaña alcanzó proporciones in...

Su voz se extinguió súbitamente al distinguir cierto artículo en el periódico de uno de sus oyentes. Se lo arrebató y lo leyó en silencio, mientras sus ojos brillaban con una nueva idea.

—Amigos míos —dijo, volviéndose de nuevo hacia ellos—, creo que debo dejarles.

Tengo algo urgente que hacer en el Ayuntamiento. —Se inclinó hacia el camarero para susurrarle—: ¿No tendrías veinticinco centavos por casualidad? Me he olvidado

la cartera en el despacho del alcalde. Mañana te los devolveré sin falta.

Agarrando la moneda, entregada de mala gana, Peter Q. Hornswoggle salió.

En una reducida y mal iluminada habitación enclavada en el primer tramo de la Primera Avenida, Michael Maguire, conocido por la policía por el nombre más eufónico de Mike el Bala, limpiaba su fiel revólver y tarareaba una discordante melodía. La puerta se abrió lentamente y Mike levantó la vista.

—¿Eres tú, Slappy? —Sí —un tipo enjuto y de baja estatura se introdujo en la habitación—. Te traigo el diario de la noche. Los polis siguen creyendo que Bragoni hizo el trabajo.

—¿Sí? Eso es bueno. —Se inclinó despreocupadamente sobre el revólver—. ¿Alguna otra cosa? —¡No! Una mujer que se ha suicidado, pero nada más.

Lanzó el periódico a Mike y se fue. Mike se recostó y hojeó el diario con aburrimiento.

Un titular le llamó la atención y leyó el corto artículo que seguía. Al acabarlo, tiró el periódico, encendió un cigarrillo y se puso a pensar intensamente. Luego abrió la puerta. —Eh tú, Slappy, ven aquí. Tenemos que hacer un trabajo.

Walter Sills era feliz, deliciosamente feliz. Recorría su laboratorio como un rey sus dominios, contoneándose como un pavo real, complaciéndose en su recién adquirida gloria. Eugene Taylor estaba sentado y le miraba, casi tan satisfecho como él mismo.

—¿Qué se siente al ser famoso? —quiso saber Taylor.

—Como si tuvieras un millón de dólares; y ésta es la cantidad por la que venderé el secreto del metal de amonio. De ahora en adelante viviré en la opulencia.

—Déjame los detalles prácticos a mí, Walt. Hoy me pondré en contacto con Staples, de Aceros Águila. Te ofreceré un precio decente.

Sonó el timbre y Sills se levantó de un salto. Corrió a abrir la puerta.

—¿Vive aquí Walter Sills? —El corpulento y ceñudo visitante le contempló con arrogancia.

—Sí, yo soy Sills. ¿Quería verme? —Sí. Me llamo J. Throgmorton Bankhead y represento a la Sociedad Anónima de Plateados y Cromados Me gustaría hablar un momento con usted.

—Entre. ¡Entre! Éste es Eugene Taylor, mi socio. Puede hablar con toda libertad delante de él.

—Muy bien. —Bankhead se sentó pesadamente—. Supongo que se imaginan la razón de mi visita.

—Seguramente habrá leído lo del nuevo metal de amonio en los periódicos.

—Así es. He venido para saber si la historia es cierta y comprarle el proceso, si lo hay.

—Puede verlo por sí mismo, señor —Sills guió al magnate hasta donde se hallaba el recipiente lleno de argón que contenía los pocos gramos de amonio puro— Ése es el metal. Aquí encima, a la derecha, está el óxido, un óxido que es más metálico que

el mismo metal. El óxido es lo que los periódicos llaman «sustituto del oro».

El rostro de Bankhead no mostró ni una pizca de la consternación que sintió al contemplar el óxido con desánimo.

—Sáquelo de ahí —dijo—, y déjeme verlo.

Sills movió negativamente la cabeza.

—No puedo, señor Bankhead. Éstas son las primeras muestras de amonio y óxido de amonio que se han conseguido. Son piezas de museo. No me cuesta nada hacerle más, si lo desea.

—Tendrá que hacerlo, si espera que invierta mi dinero en esto. Convéncame y estaré dispuesto a comprarle la patente hasta por... digamos, mil dólares.

—¡Mil dólares! —Exclamaron al unísono Sills y Taylor.

—Un buen precio, caballeros.

—Un millón sería mejor —gritó Taylor en tono ultrajado—. Este descubrimiento es una mina de oro.

—¡Nada menos que un millón! Ustedes sueñan, caballeros. La cuestión es que mi compañía hace años que está sobre la pista del amonio, y nos hallamos a punto de resolver el problema. Desgraciadamente, usted nos ha vencido por una semana, y yo quiero comprarle la patente para evitar a mi compañía mayores molestias.

Naturalmente, comprenderá que si rehusa mi precio, puedo seguir adelante y fabricar el metal, empleando mi propio proceso.

—Le demandaremos si lo hace —dijo Taylor.

—¿Acaso tienen dinero para un pleito largo, lento y caro? —Bankhead sonrió aviesamente—. Yo sí que lo tengo. No obstante, para demostrarles que soy razonable, fijaré el precio en dos mil dólares —Ya ha oído nuestro precio —contestó inflexiblemente Taylor—, y no tenemos nada más que decir.

—De acuerdo, caballeros —Bankhead se dirigió hacia la puerta—, piénsenlo. Estoy seguro de que entrarán en razón.

Abrió la puerta y descubrió la simétrica silueta de Peter Q. Hornswoggle inclinado ante el ojo de la cerradura en extasiada concentración. Bankhead dejó oír una risita despectiva y el excongresista se puso en pie de un salto, saludando dos o tres veces con la cabeza, a falta de algo mejor que hacer.

El financiero pasó desdeñosamente junto a él y Hornswoggle entró, dio un portazo y se encaró con los dos asombrados amigos.

—Ese hombre, queridos señores, es un malhechor de gran riqueza, un realista económico. Pertenece a ese tipo de personas dominadas por el interés que son la ruina de este país. Han hecho muy bien rechazando su oferta —se puso la mano sobre el amplio pecho y les sonrió con afabilidad.

—¿Quién diablos es usted? —exclamó Taylor, recuperándose súbitamente de su sorpresa inicial.

—¿Yo? —Hornswoggle se sintió desconcertado—. Pues..., soy Peter Quintus Hornswoggle. Seguramente me conocen.

Formé parte del Congreso el año pasado.

—Nunca había oído su nombre con anterioridad. ¿Qué es lo que quiere? —
¡Válgame Dios! He leído en los periódicos su magnífico descubrimiento y he venido a ofrecerles mis servicios.

—¿Qué servicios? —Bueno, al fin y al cabo, ustedes dos no son hombres de mundo. Con su nuevo invento, son una presa fácil para cualquier persona egoísta y con pocos escrúpulos que se presente... como Bankhead, por ejemplo.

Por lo tanto, un hombre de negocios práctico, como yo, con experiencia del mundo, sería una inestimable ayuda para ustedes. Podría ocuparme de sus asuntos, cuidar los detalles, procurar que...

—Todo por nada, naturalmente, ¿eh? —preguntó Taylor con sarcasmo.

Hornswoggle sufrió un ataque de tos convulsiva.

—Pues, como es natural, había pensado que podrían asignarme un reducido interés de su descubrimiento.

Sills, que había permanecido silencioso durante toda la conversación, se puso repentinamente en pie.

—¡Váyase de aquí! ¿Me ha oído? Váyase, antes de que llame a la policía.

—Pero, profesor Sills, no se excite. —Hornswoggle retrocedió hacia la puerta que Taylor había abierto. La traspasó, todavía protestando, y murmuró un juramento cuando la puerta se cerró de golpe tras él.

Sills se dejó caer en la silla más cercana con cansancio.

—¿Qué debemos hacer, Gene? No ofrece más que dos mil. Hace una semana eso hubiera superado todas mi esperanzas, pero ahora...

—No pienses más en eso. Este tipo ha pretendido engañarnos. Escucha, voy a llamar a Staples inmediatamente. Se lo venderemos por lo que podamos conseguir (lo más posible), y si entonces hay dificultades con Bankhead... bueno, será asunto de Staples. —Le dio una palmada en la espalda—. Nuestras dificultades prácticamente han terminado.

Sin embargo, por desgracia, Taylor estaba en un error; sus dificultades no habían hecho más que comenzar.

Al otro lado de la calle, una figura furtiva, de ojos pequeños y brillantes que asomaban tras el cuello levantado del abrigo, vigilaba cuidadosamente la casa. Un policía curioso lo hubiera identificado como Slappy Egan si se hubiera molestado en mirarle, pero ninguno lo hizo y Slappy continuó vigilando.

—¡Caracoles! —murmuró para sí—, eso va a estar chupado. Está en el piso de abajo, la ventana de atrás puede abrirse con un pico cualquiera, no hay alarma, ni nada —emitió una risita entre dientes y se alejó.

Slappy no era el único que tenía un plan.

Peter Q. Hornswoggle, mientras se alejaba, maduraba las extrañas ideas que producía su macizo cráneo..., ideas que implicaban cierta cantidad de acciones poco ortodoxas.

Y J. Throgmorton Bankhead desarrollaba igual actividad. Como miembro de esa clase de personas imperiosas conocidas como «trafagonas» y carente por completo de escrúpulos sobre el medio de conseguir lo que quería, sin la menor intención de pagar un millón de dólares por el secreto del amonio, consideró necesario recurrir a uno de sus conocidos.

Éste, aunque muy útil, era un poco desagradable, y Bankhead creyó conveniente tener mucho cuidado y prudencia a lo largo de su entrevista. Sin embargo, la conversación que sobrevino concluyó de forma muy agradable para ambos.

Walter Sills despertó de un sueño intranquilo con sorprendente brusquedad.

Escuchó ansiosamente un momento y luego se inclinó para sacudir a Taylor. No recibió más respuesta que unos sonidos incoherentes.

—Gene, Gene, ¡despiértate! ¡Vamos, levántate! —¿Eh? ¿Qué pasa? ¿Por qué me molestas...? —¡Calla! Escucha, ¿lo oyes? —No oigo nada. Déjame en paz, ¿quieres? Sills se puso un dedo sobre los labios y Taylor calló. Se oía un ruido de pisadas abajo, en el laboratorio.

Los ojos de Taylor aumentaron de tamaño y el sueño los abandonó completamente.

—¡Ladrones! —susurró.

Los dos se deslizaron fuera de la cama, se pusieron la bata y las zapatillas, y avanzaron de puntillas hacia la puerta.

Taylor llevaba un revólver y abrió la marcha escaleras abajo.

Quizá se hallaban a mitad del tramo, cuando oyeron un repentino grito de sorpresa, seguido por una serie de ruidos estridentes. Esto duró unos momentos y después se oyó un gran estrépito de cristales.

—¡Mi amonio! —gritó Sills con voz alarmada, y se precipitó escaleras abajo, evitando los brazos de Taylor, que trataba de detenerle.

El químico irrumpió en el laboratorio, seguido de cerca por su iracundo socio y encendió la luz. Dos personas que estaban luchando parpadearon, cegadas por la súbita iluminación y se separaron.

Taylor las apuntó con el revólver.

—Bueno, es un bonito espectáculo —dijo.

Uno de los dos se puso tambaleantemente en pie en medio de un montón de cubetas y frascos rotos, y, apretándose un corte que tenía en la muñeca, inclinó su grueso cuerpo en un saludo todavía digno. Era Peter Q. Hornswoggle.

—No hay duda —dijo, mirando con nerviosismo el arma de fuego— de que las circunstancias parecen sospechosas, pero puedo explicarlo todo fácilmente. Verán, a pesar del rudo trato que he recibido tras formular mi razonable proposición, sentía un gran interés por ustedes dos.

»Por lo tanto, como hombre de mundo, y conociendo la maldad del género humano, decidí vigilar su casa esta noche, ya que vi que no habían tomado precauciones contra los ladrones. Juzguen mi sorpresa al ver a esa sospechosa

criatura —señaló al matón de nariz aplastada que aún continuaba en el suelo, completamente aturdido— introduciéndose en la casa por la ventana posterior.

»Inmediatamente, he arriesgado vida y miembros en seguir al criminal, intentando salvar su gran descubrimiento por todos los medios. Realmente creo que lo que he hecho tiene mucho mérito. Estoy seguro de que verán que soy una persona útil y que reconsiderarán sus respuestas a mis proposiciones.

Taylor escuchó todo esto con una sonrisa cínica.

—No hay duda de que miente con mucha facilidad, ¿verdad, P. Q.? Hubiera proseguido largo rato y con mayor energía si el otro ladrón no hubiese levantado súbitamente la voz en una decidida protesta:

—Caracoles, jefe, ese gordo patán sólo intenta meterme en un lío. Yo no hago más que obedecer órdenes, jefe. Un tipo me ha contratado para venir a robar la caja fuerte y sólo estoy ganando un dinero honrado.

Nada más que un pequeño robo de dinero, jefe, no pensaba hacer daño a nadie.

»Entonces, justo cuando iba a ponerme a trabajar... entrando en calor, por así decirlo... entra ese tipejo con un cincel y un soplete y va hacia la caja. Bueno, naturalmente, no me gusta tener competencia, así que me lanzo sobre él y luego...

Pero Hornswoggle se había erguido con helada arrogancia.

—Veremos si la palabra de un gángster vale más que la de alguien que, puedo decirlo sinceramente, fue, en su tiempo, uno de los miembros más eminentes del gran...

—Callen los dos —gritó Taylor, moviendo amenazadoramente la pistola—. Voy a llamar a la policía y podrán molestarlos a ellos con sus historias. Dime, Walt, ¿está todo en orden? —Creo que sí. —Sills regresó de su inspección por el laboratorio—. Sólo han destrozado cubetas vacías. Todo lo demás está intacto.

—Perfectamente —empezó Taylor, y entonces se interrumpió, consternado.

Desde el pasillo, entró un individuo tranquilo, con el sombrero muy tirado sobre los ojos. Un revólver, sostenido con experiencia, cambió considerablemente la situación.

—O. K. —gruñó a Taylor—, ¡tira la pistola! El arma de este último resbaló por sus dedos recios y golpeó el suelo con un ruido seco.

El nuevo intruso examinó a los otros cuatro con una mirada sardónica.

—¡Bueno! Así que había otros dos tratando de adelantárseme. Este lugar parece muy concurrido.

Sills y Taylor permanecieron inmovilizados por la sorpresa, mientras los dientes de Hornswoggle castañeteaban enérgicamente. El primer gángster retrocedió unos pasos con intranquilidad, mientras murmuraba:

—Por todos los diablos, es Mike el Bala.

—Sí —gruñó Mike—, el mismo. Hay muchos tipos que me conocen y saben que no me asusta apretar el gatillo siempre que tengo ganas. Vamos, calvo, empieza a trabajar. Ya sabes... el material sobre tu oro falso. Vamos, antes de que cuente cinco.

Sills se dirigió lentamente hacia la antigua caja fuerte que había en un rincón.

Mike retrocedió con negligencia para dejarle paso y, al hacerlo, la manga de su abrigo rozó un estante. Una botellita de solución de sulfato de sodio se tambaleó y cayó.

Súbitamente inspirado, Sills gritó:

—¡Dios mío, cuidado! ¡Es nitroglicerina! La botella golpeó el suelo con un gran tintineo de cristales rotos, e, involuntariamente, Mike dio un grito y saltó a un lado con violenta consternación. Y al hacerlo, Taylor se abalanzó sobre él con un rápido movimiento. Al mismo tiempo, Sills se apresuró a recuperar la caída arma de Taylor para apuntar a los otros dos. Sin embargo, ya no era necesario. Al iniciarse la confusión, ambos habían desaparecido apresuradamente en la oscuridad de la noche de donde habían venido Taylor y Mike el Bala rodaron por el suelo del laboratorio, abrazados en una lucha desesperada mientras Sills les seguía, rogando por un momento de relativa quietud que le permitiera poner el revólver en súbito y agudo contacto con el cráneo del gángster.

Pero tal momento no llegó. De repente Mike se abalanzó, agarró por sorpresa a Taylor por debajo de la barbilla, y se liberó.

Sills gritó con consternación y apretó el gatillo en dirección a la figura que huía. El disparo no dio en el blanco y Mike escapó ileso. Sills no intentó seguirle.

Un chorro de agua fría devolvió el conocimiento a Taylor. Sacudió la cabeza con aturdimiento al contemplar el desorden reinante.

—¡Caramba! —dijo—. ¡Vaya noche! Sills gruñó:

—¿Qué vamos a hacer ahora, Gene? Nuestras mismas vidas están en peligro.

Nunca pensé en la posibilidad de unos ladrones, si no, no hubiera comunicado el descubrimiento a los periódicos.

—Oh, bueno, el mal ya está hecho. No sirve de nada lamentarse. Ahora, escucha, lo primero que tenemos que hacer es acostarnos otra vez. No volverán a molestarnos esta noche. Mañana ve al banco y pon los papeles que esbozan los detalles del proceso en la cámara acorazada (cosa que ya tendrías que haber hecho).

Staples vendrá a las tres de la tarde; cerraremos el trato, y después, por fin, viviremos felizmente para siempre.

El químico movió la cabeza con tristeza.

—Hasta ahora el amonio nos ha causado muchos trastornos. Casi me gustaría no haber conocido su existencia. Preferiría seguir haciendo análisis minerales.

Mientras Walter Sills atravesaba traqueteando la ciudad hacia su banco, no encontraba ninguna razón para cambiar su anhelo. Ni siquiera el consolador y agradable bamboleo de su antiguo y abollado automóvil logró alegrarle. De una vida caracterizada por una pacífica monotonía, había entrado en un periodo de agitación, y no estaba nada satisfecho con este cambio.

«Los ricos, igual que los pobres, tienen sus propios problemas específicos, se dijo sentenciosamente a sí mismo mientras detenía el coche ante el edificio de mármol de

dos pisos que era el banco. Salió con cuidado, alargó sus piernas entumecidas, y se dirigió a la puerta giratoria.

Sin embargo, no llegó a ella. Dos corpulentos ejemplares de la raza humana aparecieron de repente junto a él, uno a cada lado, y Sills sintió que un objeto pesado le apretaba las costillas con dolorosa intensidad. Abrió involuntariamente la boca, y fue retribuido con una voz helada junto a su oído:

—Quieto, calvo, o recibirás lo que te mereces por el sucio truco que me jugaste anoche.

Sills se estremeció y guardó silencio.

Reconoció fácilmente la voz de Mike el Bala.

—¿Dónde está la fórmula? —preguntó Mike—, y contesta deprisa.

—En el bolsillo de la americana —murmuró Sills con voz trémula.

El compañero de Mike metió diestramente la mano en el bolsillo indicado y sacó tres o cuatro hojas dobladas.

—¿Es esto, Mike? Éste lanzó una rápida mirada e hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, ya son nuestros. De acuerdo, calvo, ¡sigue tu camino! Después de propinarle un inesperado empujón, los dos gángsters subieron a su coche y se alejaron rápidamente, mientras el químico caía tendido en la acera. Unas manos amables le levantaron.

—Estoy bien —logró articular—. Sólo he tropezado, nada más. No me he hecho daño.

Volvió a encontrarse solo, entró en el banco y se desplomó en el sillón más próximo, a punto de desmayarse. No existía ninguna duda: la nueva vida no era para él.

Pero debería habérselo imaginado.

Taylor había entrevisto la posibilidad de que ocurriera una cosa así. Incluso a él mismo le pareció que un coche le seguía. Sin embargo, con la sorpresa y el susto, había estado a punto de echarlo todo a perder.

Se encogió de hombros y, quitándose el sombrero, extrajo unas cuantas hojas de papel dobladas de la tira de tafilete. No se requerían más de cinco minutos para depositarlas en la cámara acorazada, y ver cómo se cerraba la resistente puerta de acero. Se sintió aliviado.

«Me pregunto lo que harán —se dijo cuando regresaba a su casa— cuando intenten seguir las instrucciones del papel que tienen. —Frunció los labios y movió la cabeza—. Si lo hacen, habrá una explosión tremenda.

Cuando Sills llegó a su casa, encontró a tres policías paseando arriba y abajo de la acera frente a la casa.

—Protección policíaca —explicó luego Taylor—, para que no se repita lo de anoche.

El químico relató los acontecimientos ocurridos en el banco y Taylor asintió severamente.

—Bueno, ahora les hemos hecho jaque mate. Staples vendrá dentro de dos horas, y la policía cuidará de todo hasta entonces.

Después —se encogió de hombros—, será asunto de Staples.

—Escucha, Gene —intervino repentinamente el químico—, estoy preocupado por el amonio. No he comprobado su facultad para dorar y ya sabes que esto es lo más importante. ¿Y si viene Staples y vemos que no sirve para nada? —Humm —Taylor se acarició la barbilla—, en esto tienes razón. Pero te diré lo que podemos hacer. Antes de que llegue Staples, doremos algo, una cuchara, por ejemplo, para que te convenzas.

—Es muy desagradable —se quejó Sills, de mal humor—. Si no fuera por esos molestos matones, no hubiéramos tenido que proceder de esta manera tan descuidada y poco científica.

—Bueno, comamos primero.

Comenzaron en cuanto hubieron terminado de comer. Dispusieron los aparatos con febril apresuramiento. En un tanque cúbico, de unos treinta centímetros de lado, se vertió una solución saturada de amonalina. Una cuchara vieja y abollada sirvió de cátodo y una masa de aleación de amonio (separada del resto de la solución por una división de cristal perforado) sirvió de ánodo. Tres baterías en serie proporcionaron la corriente.

Sills explicó animadamente:

—Funciona sobre el mismo principio del dorado ordinario por medio de cobre. El ion de amonio, una vez ha pasado la corriente eléctrica, es atraído hacia el cátodo, que está en la cuchara. En caso normal se disolvería, pues no es estable, pero esto no sucede cuando se ha disuelto en amonalina.

Esta amonalina está ionizada muy ligeramente y el oxígeno se evapora en el ánodo.

»Todo esto lo sé por la teoría. Veamos lo que sucede en la práctica.

Cerró el interruptor mientras Taylor observaba con inmenso interés. Durante un momento, no se distinguió ningún efecto.

Taylor pareció decepcionado.

Entonces Sills le agarró por la manga.

—¡Mira! —siseó—. ¡Observa el ánodo! Burbujas de gas se formaban lentamente sobre la esponjosa aleación de amonio. Centraron su atención en la cuchara.

Gradualmente, percibieron un cambio.

El aspecto metálico se tornó opaco, al perder su blancura el color plateado. Se estaba formando una capa amarilla que, aunque opaca, era muy precisa. La corriente pasó durante quince minutos y entonces Sills rompió el circuito con un suspiro de satisfacción.

—Dora perfectamente —dijo.

—¡Estupendo! ¡Sácala! ¡Veámosla bien! —¿Qué? —Sills estaba horrorizado—. ¡Sacarla! Pero si esto es amonio puro. Si lo expusiera al aire normal, el vapor del

agua lo disolvería en NH₄ OH antes de que nos diéramos cuenta. No podemos hacer tal cosa.

Arrastró un pesado aparato hasta la mesa.

—Esto —dijo— es un recipiente lleno de aire comprimido.

Lo pasó por secadores de cloruro de calcio y después mezcló directamente el oxígeno seco por completo (diluido con cuatro veces su propio volumen de nitrógeno) con el disolvente.

Introdujo la boquilla en la solución justo por debajo de la cuchara y dejó pasar un lento chorro de aire. Fue algo mágico. Con la rapidez del relámpago, la capa amarilla empezó a brillar y relucir, a centellear con una belleza casi etérea. Los dos hombres lo contemplaban sin aliento, con el corazón latiendo rápidamente. Sills cerró el paso del aire, y permanecieron contemplando la cuchara y sin decir nada durante un rato.

Luego Taylor susurró con voz ronca:

—Sácala. ¡Déjame tocarla! ¡Dios mío! ¡Es preciosa! Con reverente admiración, Sills se acercó a la cuchara, la cogió con unos fórceps, y la extrajo del líquido circundante.

Lo que ocurrió entonces no puede llegar a describirse. Más tarde, cuando excitados periodistas de diversos periódicos les apremiaban cruelmente, ni Taylor ni Sills recordaron en absoluto los hechos que ocurrieron durante los siguientes minutos.

¡Lo que sucedió fue que cuando la cuchara dorada con amonio fue expuesta al aire libre, el olor más horrible que pueda concebirse atacó sus fosas nasales! Un olor que no puede describirse, una terrible pestilencia que convirtió la habitación en una horrible pesadilla.

Con un estrangulado jadeo, Sills dejó caer la cuchara. ¡Ambos tosían y sentían náuseas; les acometió un tremendo dolor en la garganta y la boca, y gritaron, se lamentaron, estornudaron! Taylor se abalanzó sobre la cuchara y miró desesperadamente a su alrededor. El olor se hacía cada vez más fuerte y lo único que sus violentos esfuerzos por escapar lograron fue destruir el laboratorio y volcar el tanque de amonalina. Sólo había una cosa por hacer, y Sills la hizo. La cuchara atravesó volando la ventana abierta y cayó en medio de la Duodécima Avenida. Golpeó contra la acera justo a los pies de uno de los policías, pero a Taylor no le importó.

—Quítate la ropa. Tenemos que quemarla —estaba balbuceando Sills—. Después pulveriza alguna cosa por el laboratorio... cualquier cosa que huelga fuerte. Quema azufre. Busca un poco de bromo líquido.

Ambos estaban concentrados en la tarea de arrancarse la ropa, cuando se dieron cuenta de que alguien había entrado por la puerta sin cerrar. Había sonado el timbre, pero ninguno lo había oído. Era Staples, hombre de un metro noventa de estatura, al que llamaban el Rey del Acero.

Un solo paso en dirección al vestíbulo arruinó completamente su dignidad. Se vino abajo con un sollozo desgarrador y la Duodécima Avenida presenció el

espectáculo de un caballero anciano, ricamente vestido, dirigiéndose hacia el norte de la ciudad con toda la velocidad que le permitían sus pies, quitándose toda la ropa que pudo por el camino.

La cuchara prosiguió su trabajo mortífero. Los tres policías ya hacía rato que se habían retirado en una poco digna huida, y ahora llegó a los sentidos aturdidos y torturados de los dos inocentes y sufrida causa de todo el desastre un bramido confuso procedente de la calle.

Hombres y mujeres salían de las casas vecinas, los caballos se desbocaban.

Camiones de incendios se acercaban con estrépito, sólo para ser abandonados por sus conductores. Escuadrones de policías llegaron... y se fueron.

Por último, Sills y Taylor no resistieron más, y sólo con sus pantalones, corrieron atropelladamente hacia el Hudson. No se detuvieron hasta que el agua les cubrió el cuello, con el bendito aire puro encima de ellos.

Taylor volvió unos ojos perplejos hacia Sills.

—Pero ¿por qué emitía ese olor tan espantoso? Dijiste que era estable y los sólidos estables no huelen.

—¿Has olido almizcle alguna vez? —gruñó Sills—. Despide un aroma durante un periodo indefinido sin perder un peso apreciable. Nosotros nos hemos enfrentado con algo parecido.

Los dos reflexionaron un rato en silencio, sobresaltándose cada vez que el viento les llevaba una nueva corriente de vapor de amonio, y luego Taylor dijo en voz baja:

—Cuando logren averiguar lo que sucede con la cuchara, y sepan quién lo hizo, es posible que nos procesen... o nos encierren en prisión.

El rostro de Sills mostró la pesadumbre que sentía.

—¡Me gustaría no haber visto nunca ese maldito producto! No nos ha proporcionado nada más que problemas —se dejó llevar por su torturado espíritu y prorrumpió en sollozos.

Taylor le dio tristemente unas palmadas en la espalda.

—No es tan malo como todo eso, desde luego. El descubrimiento te hará famoso y podrás exigir tu propio precio, trabajando en cualquier laboratorio industrial del país.

Además, no hay duda de que ganarás el premio Nobel.

—Tienes razón —Sills volvía a sonreír— y también es posible que encuentre una manera de contrarrestar el olor. Así lo espero.

—Yo también lo espero —dijo fervorosamente Taylor—. Regresemos. Creo que a estas horas ya habrán retirado la cuchara.

Para cualquiera que lea *La magnífica posesión* será evidente que, en aquella época, me estaba especializando en química en la Universidad. Como relato supuestamente humorístico, es mucho más embarazoso de volver a leer que *Un anillo alrededor del sol*.

Imagínense a un diputado llamado Hornswoggle y a unos gánsters que hablan una versión ridícula de la jerga de Brooklyn.

La magnífica posesión fue el único de los primeros nueve relatos que escribí que Campbell no

vio nunca, y me alegro de ello.

A finales de año escribí un relato llamado *Ad Astra*, y el 21 de diciembre de 1938 (el día que mi padre cumplía cuarenta y dos años, aunque no recuerdo haberlo considerado como un augurio, ni en uno ni en otro sentido) fui a enseñárselo a Campbell. Era mi séptima visita a su oficina, pues aún no había faltado ningún mes, y era el noveno relato que le presentaba.

Ad Astra es el primer relato que escribí sobre el que recuerdo, incluso después de todo este tiempo, las circunstancias exactas de la naciente inspiración. Perdida ésta, solicité y recibí un empleo de la National Youth Administration (NYA), con vistas a costearme mis estudios en la Universidad. Ganaba quince dólares al mes, si la memoria no me falta, a cambio de pasar unos escritos a máquina durante varias horas. Trabajé para un sociólogo que estaba escribiendo un libro sobre el tema de la resistencia social a las innovaciones tecnológicas. Esto incluía desde la resistencia del clero de Mesopotamia a la propagación de la lectura y la escritura entre la población general, hasta las objeciones hechas al aeroplano por los que decían que el vuelo de un cuerpo más pesado que el aire era imposible.

Naturalmente se me ocurrió escribir un cuento relativo a la resistencia social a los vuelos espaciales. Por esa razón utilicé el título de *Ad Astra*. Provenía del proverbio latino *Per aspera ad astra* («A través de las dificultades, hasta las estrellas»).

Por vez primera, Campbell hizo más que limitarse a enviar un rechazo. El 29 de diciembre, recibí una carta suya en la que me pedía que acudiera a verte para discutir la teoría con todo detalle.

El 5 de enero de 1939, fui a ver a Campbell por octava vez, y por primera a solicitud suya.

Resultó que lo que le gustaba del relato era la resistencia social ante los vuelos espaciales...; los vuelos espaciales requerían, naturalmente, una corrección a fondo.

Bastante atemorizado, pues hasta entonces nunca había tenido que revisar un relato según las normas editoriales, me puse a trabajar. El 24 de enero le llevé el relato corregido y el 31 de enero descubrí el sistema que empleaba Campbell para aceptar relatos. Mientras sus rechazos solían ir acompañados de largas y útiles cartas, sus aceptaciones no consistían más que en un cheque, sin una sola palabra de acompañamiento. Seguramente pensaba que el cheque era lo bastante elocuente. En este caso era de sesenta y nueve dólares puesto que el relato constaba de 6900 palabras y Campbell pagaba, en aquel tiempo; un centavo por palabra. Fue mi primera venta a Campbell, después de siete meses de tentativas y ocho rechazos consecutivos. El relato se publicó medio año después, y entonces vi que Campbell había cambiado el título (algo muy justificable, me parece) por el de *Opinión pública*.

OPINIÓN PÚBLICA

Aquel día, John Harman estaba sentado ante su mesa, cavilando, cuando entré en su despacho. Para entonces, ya era un espectáculo normal verle contemplando el Hudson, con la cabeza apoyada en una mano, su rostro contraído por una expresión ceñuda... todo demasiado normal. No parecía justo que aquel pequeño gallo de pelea se corroyera así el corazón día tras día, cuando por derecho debería estar recibiendo las alabanzas y adulaciones del mundo.

Me dejé caer en una silla —¿Ha visto el editorial del Clarion de hoy, jefe? Volvió hacia mí unos ojos cansados e inyectados de sangre.

—No, no lo he visto. ¿Qué dicen? ¿Vuelven a pedir que la venganza de Dios caiga sobre mí? —Su voz rezumaba un amargo sarcasmo.

—Ahora van un poco más lejos, jefe —contesté—. Escuche esto:

»Mañana es el día en que John Harman intentará profanar los cielos. Mañana, desafiando la opinión y la conciencia mundial, este hombre desafiará a Dios.

»El hombre no puede ir dondequiera que la ambición y el deseo le conduzcan. Hay cosas que siempre le serán vedadas, y subir a las estrellas es una de ellas. Como Eva, John Harman desea comer del fruto prohibido, y como ella sufrirá un merecido castigo.

»Pero este simple comentario no es suficiente. Si permitimos que incurra en las iras de Dios, el pecado será del género humano y no de Harman solo. Al permitirle que lleve a cabo sus diabólicos planes, nos hacemos cómplices del crimen, y la venganza de Dios caerá de igual modo sobre todos nosotros.

»Por lo tanto, es esencial que se tomen medidas inmediatas para evitar que mañana Harman despegue en su llamada nave espacial. El Gobierno, al negarse a tomar tales medidas, puede originar una acción violenta. Si no hace nada para confiscar la nave espacial, o apresar a Harman, nuestros furiosos ciudadanos tendrán que intervenir...»

Harman saltó de su silla con ira y, arrebatándome el periódico de las manos, lo arrojó furiosamente a un rincón.

—Es un llamamiento abierto para que me linchen —bramó—. ¡Mire esto! Lanzó cinco o seis sobres en mi dirección. Una mirada me bastó para saber lo que eran.

—¿Más amenazas de muerte? —pregunté.

—Sí, exactamente eso. He tenido que solicitar un aumento de la protección policíaca del edificio y una escolta de policía motorizada para cuando cruce el río en dirección al campo de pruebas mañana.

Paseó arriba y abajo de la habitación a grandes zancadas.

—No sé qué hacer, Clifford. He trabajado casi diez años en el Prometeo. Me he esclavizado, he gastado una fortuna, renunciado a todo lo que vale la pena en la vida... ¿y para qué? Para que un puñado de predicadores locos excite la opinión pública en contra mía hasta que peligre mi misma vida.

—Usted se ha adelantado a nuestra época, jefe.

Me encogí de hombros con un gesto de resignación que le impulsó a volverse furiosamente hacia mí.

—¿Qué quiere decir que me he adelantado a nuestra época? Estamos en 1973. Ya hace medio siglo que el mundo está preparado para los viajes espaciales.

Hace cincuenta años, la gente hablaba, soñaba con el día en que el hombre podría liberarse de la Tierra y explorar la profundidad del espacio. Durante cincuenta años, la ciencia ha avanzado centímetro a centímetro hacia esta meta, y ahora... ahora yo la he alcanzado, y ¡mira por dónde!, usted dice que el mundo no está preparado para mí.

—Los años 20 y 30 fueron años de anarquía, decadencia y confusión, si recuerda su historia —le recordé amablemente—. No puede aceptarlos como criterio.

—Lo sé, lo sé. Va a hablarme de la Primera Guerra de 1914 y de la Segunda de 1940. Para mí es una historia vieja. Mi padre luchó en la segunda y mi abuelo en la primera. Sin embargo, éstos eran los días en que florecía la ciencia. Entonces los hombres no tenían miedo; soñaron y tuvieron el valor suficiente. No existía el conservadurismo en cuanto se refería a cuestiones mecánicas y científicas. No había ninguna teoría que fuera demasiado radical como para exponerse, ningún descubrimiento demasiado revolucionario para publicarse. Hoy día, la corrupción se ha adueñado del mundo y una gran aventura, como los viajes espaciales, se define como «desafío a Dios».

Bajó lentamente la cabeza, y se alejó para ocultar el temblor de sus labios y las lágrimas de sus ojos. Después se repuso de modo súbito y sus ojos brillaron.

—Pero yo les enseñaré. Seguiré adelante, a pesar del infierno, el cielo y la Tierra. He invertido demasiado en ello para abandonarlo ahora.

—Tómeselo con calma, jefe —le aconsejé—. Esto no va a hacerle ningún bien mañana, cuando esté en aquella nave. Sus posibilidades de salir con vida no son muchas, así que ¿en qué se convertirán si tiene los nervios destrozados por las preocupaciones? —Tiene razón. No pensemos más en ello. ¿Dónde está Shelton? — En el Instituto, disponiendo las placas fotográficas especiales que deben enviarnos.

—Hace mucho rato que se ha ido, ¿verdad? —No demasiado; pero escuche, jefe, hay algo raro en él. No me gusta.

—¡Tonterías! Ha pasado dos años conmigo, y no tengo quejas de él.

—Muy bien —extendí las manos con resignación—. Si no quiere escucharme, no lo haga. Pero le sorprendí leyendo uno de esos panfletos infernales que Otis Eldredge puso en circulación. Ya sabe de qué tratan:

«Prepárate, oh género humano, porque el juicio se acerca. El castigo por tus pecados es inminente. Arrepentíos y os salvaréis». Y todo el resto de disparates tradicionales.

Harman se rió con desprecio.

—¡Predicadores de pacotilla! Supongo que el mundo nunca dejará de escucharles..., no, mientras existan suficientes retrasados mentales. Sin embargo, no

puede condenar a Shelton sólo porque lea sus folletos. Yo mismo lo hice en cierta ocasión.

—Él dice que lo recogió de la acera y que lo leyó por «mera curiosidad», pero yo estoy completamente seguro de que lo sacó de su cartera. Además, va a la iglesia todos los domingos.

—¿Es eso un crimen? ¡Todo el mundo lo hace, hoy en día! —Sí, pero no todos van a la Sociedad Evangélica del Siglo Veinte. Es la de Eldredge.

Eso trastornó a Harman. Evidentemente, era la primera vez que oía algo por el estilo.

—Eso sí es significativo. Entonces, tendremos que vigilarle.

Pero, después de eso, los acontecimientos se sucedieron, y nos olvidamos completamente de Shelton... hasta que fue demasiado tarde.

Apenas quedaba nada por hacer aquel último día antes de la prueba, y yo me paseaba por la habitación vecina, donde repasaba el informe final de Harman al Instituto. Yo debía corregir cualquier error o equivocación que hubiera, pero temo que no fui muy concienzudo.

En honor a la verdad, no podía concentrarme. A menudo caía en un ensimismamiento profundo.

Resultaban extrañas todas aquellas protestas acerca de los viajes espaciales.

Cuando Harman anunció por primera vez la cercana puesta a punto del Prometeo, unos seis meses antes, los círculos científicos se mostraron entusiasmados. Naturalmente, fueron cautelosos en sus declaraciones y moderados en todo lo que dijeron, pero existía un entusiasmo real.

Sin embargo, las masas no lo tomaron así. Quizá les parezca extraño, a ustedes, hombres del siglo veintiuno, pero quizá debimos haberlo imaginado en aquellos días del año 1973. Entonces, la gente no era muy progresista. Durante años había habido una vuelta hacia la religión, y cuando las iglesias se pronunciaron unánimemente contra el cohete de Harman... bueno, he aquí lo que ocurrió:

Al principio, la oposición se limitó a las iglesias y nosotros pensamos que esto terminaría pronto. Pero no fue así. Los periódicos se hicieron cargo de ella, y literalmente difundieron el evangelio. El pobre Harman se convirtió en poco tiempo en un anatema del mundo, y entonces comenzaron sus dificultades.

Recibió amenazas de muerte, y advertencias diarias de venganza divina. No podía caminar tranquilamente por la calle.

Docenas de sectas, a ninguna de las cuales pertenecía —era uno de los escasísimos librepensadores de la época, lo que constituía otro cargo contra él—, le excomulgaron y le colocaron en especial entredicho. Y, lo peor de todo, Otis Eldredge y su Sociedad Evangélica comenzaron a agitar a la población.

Eldredge era un tipo extraño... uno de esos genios, a su manera, que surgen de vez en cuando. Dotado de una lengua locuaz y un vocabulario de azufre, hipnotizaba fácilmente a la multitud. Veinte mil personas eran tan maleables en sus manos, que le

bastaba con que le oyeran hablar. Y durante cuatro meses, tronó contra Harman; durante cuatro meses, un inacabable chorro de acusaciones vibró con frenesí oratorio. Y durante este tiempo, la cólera del mundo aumentó.

Pero Harman no se dejó atemorizar. En su reducido cuerpo de un metro sesenta de estatura, tenía toda la energía de cinco hombres de un metro noventa. Cuanto más aullaban los lobos, más firme se mantenía, Con obstinación casi divina —decían diabólicamente sus enemigos—, se negó a retroceder ni un solo centímetro. Sin embargo, su firmeza exterior era para mí, que le conocía, un encubrimiento imperfecto de la gran pena y amarga decepción que le acosaban.

En aquel punto, el timbre de la puerta interrumpió mis pensamientos y me hizo levantar con sorpresa. Los visitantes eran muy escasos en aquellos días.

Miré por la ventana y vi a una figura alta y corpulenta que hablaba con el sargento de policía Cassidy. La reconocí inmediatamente como a Howard Winstead, director del Instituto. Harman se apresuraba a saludarle, y tras un corto intercambio de frases, los dos entraron en el despacho. Yo les seguí al interior, movido por la curiosidad de saber lo que habría motivado la visita de Winstead, que era más político que científico.

Al principio, Winstead no se sintió muy cómodo; no mostraba su naturaleza amable de siempre. Evitó los ojos de Harman de una manera embarazosa y murmuró ciertas consideraciones convencionales acerca del clima. Después fue derecho al grano, con brusquedad directa y poco diplomática.

—John —dijo—, ¿y si pospusiéramos el intento durante algún tiempo? —En realidad te refieres a abandonarlo indefinidamente, ¿verdad? Pues no lo haré, y es mi última palabra.

Winstead levantó la mano.

—Espera, John, no te excites. Déjame exponer el caso. Sé que el Instituto convino en darte carta blanca, y sé que tú has costado por lo menos la mitad de los gastos de tu propio bolsillo, pero... no puedes seguir adelante.

—¿De verdad, no puedo? —dijo irónicamente Harman.

—Escucha, John, conoces tu ciencia, pero no conoces tu naturaleza humana, y yo sí. Éste no es el mundo de los «años locos», te des cuenta o no. Se han producido profundos cambios desde 1940.

Se sumergió en lo que evidentemente era un discurso preparado con cuidado.

—Después de la Primera Guerra Mundial —prosiguió—, ya sabes que el mundo entero se apartó de la religión para caer en una total anarquía libre de convencionalismos. La gente estaba disgustada y desilusionada, eran cínicos y sofisticados. Eldredge los llama «malvados y pecadores» A pesar de eso, la ciencia floreció... algunos dicen que siempre prospera más en períodos tan poco convencionales. Desde su punto de vista fue una «Edad de Oro».

»Sin embargo, conoces la historia política y económica de la época. Fue un tiempo de caos político y anarquía internacional; un período suicida, insensato e

insano... y culminó en la Segunda Guerra Mundial Así como la primera había conducido a una época de sofisticación, la de 1940 inició un retorno a la religión.

»La gente no estaba satisfecha de las “décadas locas”. Ya habían tenido bastante, y temían, antes que cualquier otra cosa, una vuelta a ellas. Para eliminar esta posibilidad, desecharon las costumbres de aquellos tiempos. Ya ves que sus motivos fueron comprensibles y loables. Toda la libertad, la sofisticación, la falta de convencionalismo desaparecieron... fueron barridos por completo. Ahora vivimos en una segunda época victoriana; y de manera natural, porque la historia humana avanza con movimientos de péndulo y atravesamos un período de religión y convencionalismos.

»Sólo queda una cosa de aquellos lejanos días: el respeto de la humanidad por la ciencia. Tenemos prohibiciones: las mujeres que fuman están fuera de la ley, los cosméticos están prohibidos, los vestidos y las faldas cortas son inauditos, el divorcio no está bien visto. Pero la ciencia no ha sido confinada... todavía.

»Así pues, a la ciencia le conviene mostrarse circunspecta, para evitar que la gente se alce contra ella. Sería muy fácil hacerles creer, y Otis Eldredge se ha acercado peligrosamente a ello en alguno de sus sermones, que fue la ciencia la que provocó los horrores de la Segunda Guerra Mundial. Dirán que la ciencia aventajó a la cultura, la tecnología a la sociología, y que fue este desequilibrio lo que estuvo a punto de destruir el mundo. En cierto modo, me siento inclinado a creer que no están tan equivocados en eso.

»Pero ¿sabes lo que ocurriría si llegáramos a eso? La investigación científica podría ser prohibida; o, si no llegan tan lejos, no hay duda de que estaría tan estrictamente regulada que se ahogaría en su propia decadencia. Sería una calamidad de la que la humanidad tardaría un milenio en recobrase.

»Y tu vuelo de prueba es lo que puede precipitar todo esto. Estás soliviantando al público hasta un nivel en que será muy difícil calmarlo. Te lo advierto, John. Las consecuencias caerán sobre tu conciencia Durante unos momentos reinó un silencio absoluto y después Harman esbozó una sonrisa forzada.

—Vamos, Howard, te estás dejando asustar por sombras reflejadas en una pared. ¿Tratas de decirme que crees seriamente que el mundo entero va a hundirse en una segunda Edad Media? Al fin y al cabo, los hombres inteligentes están del lado de la ciencia, ¿verdad? —Si lo están, no quedan demasiados por lo que veo. —Winstead sacó una pipa del bolsillo y la llenó lentamente mientras proseguía—: Eldredge formó una Liga de los Justos hace dos meses (la llaman la L. J.) y ha aumentado de forma increíble. Veinte millones de socios sólo en Estados Unidos.

Eldredge alardea de que, después de la próxima elección, el Congreso será suyo; y hay más verdad que fanfarronada en ello. Ya ha habido una enérgica solicitud en favor de una ley que prohíba los experimentos espaciales, y leyes de este tipo se han aprobado en Polonia, Portugal y Rumanía.

Sí, John, corremos el peligro de provocar una persecución de la ciencia. —Ahora

fumaba en rápidas y nerviosas bocanadas.

—Pero si tengo éxito, Howard, ¡si tengo éxito! ¿Qué pasaría entonces? —¡Bah! Ya sabes las posibilidades que hay. Tú mismo has estimado que sólo tienes una posibilidad sobre diez de salir de esto con vida.

—¿Qué significa eso? El próximo científico aprenderá gracias a mis equivocaciones, y las posibilidades aumentarán. Éste es el método científico.

—El populacho no sabe nada del método científico; y no quiere saber. Bueno, ¿qué decides? ¿Lo pospones? Harman se puso en pie de un salto, derrumbando la silla en su arrebato.

—¿Sabes lo que pides? ¿Quieres que abandone el trabajo de toda mi vida, mi sueño, como si nada? ¿Crees que voy a sentarme a esperar que tu querido público se vuelva benevolente? ¿Crees que cambiarán de opinión mientras yo viva? Ésta es mi respuesta: tengo el derecho inalienable de incrementar los conocimientos actuales. La ciencia debe progresar y desarrollarse sin interferencias.

El mundo, al oponerse a mí, se equivoca. Yo tengo razón. Las cosas pueden empeorar aún más; pero yo no abandonaré mis derechos.

Winstead movió tristemente la cabeza.

—Estás equivocado, John, al hablar de derechos «inalienables». Lo que tú llamas un derecho no es más que un privilegio reconocido por todos. Lo que la sociedad acepta está bien; lo que no acepta, no lo está.

—¿Estaría de acuerdo tu amigo Eldredge con tal definición de la «rectitud»? —No, no lo estaría, pero eso es improcedente. Observa el caso de esas tribus africanas que eran caníbales. Fueron educados así, tenían una larga tradición de canibalismo, y su sociedad aceptaba dicha práctica. Para ellos, esa costumbre estaba bien, ¿por qué no debería estarlo? Así que ya ves lo relativa que es toda la concepción, y lo necia que es tu idea de los derechos «inalienables» de realizar experimentos.

—Sabes, Howard, equivocaste tu camino al no dedicarte a la abogacía. —Harman se ponía furioso por momentos—. Has expuesto todos los argumentos más anticuados que se te han ocurrido. Por el amor de Dios, hombre, ¿tratas de decirme que es un crimen negarse a seguir la corriente? ¿Eres partidario de la absoluta uniformidad, ordinariez, ortodoxia y trivialidad? La ciencia sucumbiría mucho antes bajo el programa que tú esbozas que bajo la prohibición gubernamental.

Harman se puso en pie y apuntó al otro con un dedo acusador.

—Estás traicionando a la ciencia y la tradición de estos gloriosos rebeldes:

Galileo, Darwin, Einstein y otros por el estilo. Mi cohete partirá mañana, tal como está programado, a pesar tuyo y de cualquier otra persona de Estados Unidos.

Así es, y me niego a seguir escuchándote.

De modo que ya puedes largarte.

El director del Instituto, con el rostro congestionado, se volvió hacia mí.

—Usted es testigo, joven, de que he advertido a este obstinado papanatas, a este... este estúpido fanático. —Tartamudeó un poco, y después salió

precipitadamente de la habitación, dominado por una fiera indignación.

Harman se volvió hacia mí cuando se hubo ido.

—Bueno, ¿qué es lo que usted piensa? Supongo que está de acuerdo con él.

No existía más que una respuesta posible y fue la que di:

—Usted me paga para que obedezca órdenes, jefe. Le apoyaré.

En aquel momento entró Shelton, y Harman nos mandó a los dos que calculáramos la órbita de vuelo por enésima vez, mientras él se iba a dormir.

Al día siguiente, el 15 de julio, amaneció con un esplendor incomparable, y Harman, Shelton y yo estábamos casi alegres mientras atravesábamos el Hudson hacia el lugar donde se hallaba el Prometeo —rodeado por suficientes policías de guardia—, que relucía con magnificencia.

A su alrededor, acordonada a una distancia aparentemente segura, se agitaba una multitud de gigantescas proporciones.

La mayoría se mostraba hostil, ásperamente hostil. De hecho, durante un fugaz momento, mientras la policía motorizada que nos escoltaba nos abría paso entre el gentío, los gritos e imprecaciones que llegaron a nuestros oídos casi me convencieron de que tendríamos que haber escuchado a Winstead.

Pero Harman no les hizo ningún caso y respondió con un altanero ademán despectivo al grito de: «Ahí va John Harman, hijo de Satanás». Serenamente, nos hizo realizar nuestra tarea de inspección. Yo comprobé las gruesas paredes exteriores y las esclusas de aire en busca de alguna posible grieta, y después me aseguré de que el purificador de aire funcionara. Shelton comprobó la pantalla repelente y los depósitos de combustible. Finalmente, Harman se probó el incómodo traje espacial, lo encontró satisfactorio y anunció que ya estaba listo.

La multitud se agitó. Sobre una plataforma de tablones de madera rápidamente erigida por alguien de la masa, se elevó una impresionante figura. Alto y enjuto, con aspecto ascético, ojos hundidos y ardientes, penetrantes y medio cerrados y una espesa cabellera blanca cubriéndolo todo... era Otis Eldredge. La multitud le reconoció inmediatamente y muchos aplaudieron. El entusiasmo aumentó y pronto toda la turbulenta muchedumbre le aclamó con todas sus fuerzas.

Levantó una mano pidiendo silencio, se volvió hacia Harman, que le contemplaba con asombro y aversión, y le señaló con un dedo largo y huesudo:

—John Harman, hijo del diablo, engendro de Satanás, estás aquí para llevar a cabo una empresa diabólica. Te dispones a realizar un intento blasfemo para descender el velo que los hombres tenemos prohibido traspasar. Estás probando el fruto, prohibido del Edén, pero no intentes comerlo.

El gentío prorrumpió en aplausos y él prosiguió:

—El dedo de Dios te señala, John Harman. No permitirá que sus dominios sean profanados. Hoy morirás, John Harman. —Su voz aumentó de intensidad y las últimas palabras fueron pronunciadas con fervor verdaderamente profético.

Harman dio media vuelta con desprecio.

Con voz alta y clara se dirigió al sargento de policía:

—¿Hay algún medio, oficial, de alejar a estos espectadores? El vuelo de prueba puede provocar alguna destrucción a causa de las explosiones del cohete, y están demasiado cerca.

El policía respondió en un tono tajante y poco amigable:

—Si lo que teme es que le linchen, dígalo, señor Harman. Sin embargo, no debe preocuparse, les contendremos. Y en cuanto al peligro... de ese artefacto... — Husmeó fuertemente en dirección al Prometeo, provocando un torrente de burlas y alaridos.

Harman no dijo nada más, sino que subió a la nave en silencio. Y al hacerlo, una especie de extraña inmovilidad se apoderó de la multitud; una tensión palpable. No intentaron correr hacia la nave, cosa que yo había creído inevitable. Por el contrario, el mismo Otis Eldredge les gritó que retrocedieran.

—Dejad al pecador con sus pecados —gritó—. «Mía es la venganza», dijo el Señor.

Cuando se acercaba el momento crítico, Shelton me dio un codazo.

—Vayámonos de aquí —murmuró con voz forzada—. Esas explosiones del cohete son veneno...

No bien lo hubo dicho, rompió a correr, haciéndome ansiosas señas para que le siguiera.

Todavía no habíamos alcanzado los límites de la multitud cuando, a mi espalda, hubo un tremendo estruendo. Una oleada de aire caliente me rodeó. Se oyó el alarmante silbido de un objeto que pasaba a toda velocidad junto a mi oído, y caí violentamente al suelo. Permanecí aturdido unos momentos, mientras los oídos me zumbaban y la cabeza me daba vueltas.

Cuando volví a ponerme vacilantemente en pie, contemplé un espectáculo horrible.

Al parecer, todo el abastecimiento de combustible del Prometeo había explotado a la vez, y donde se erguía la nave hacía un momento, ahora no había más que un enorme agujero. El suelo estaba lleno de despojos. Los gritos de los heridos eran desconsoladores, y los cuerpos mutilados... pero no trataré de describirlos.

Un débil gemido a mis pies atrajo mi atención. Miré hacia allí y lancé un grito de horror, pues era Shelton, con la parte posterior de la cabeza convertida en una masa sanguinolenta.

—Yo lo he hecho. —Su voz era ronca y triunfante, pero sin embargo tan baja que apenas podía oírlo— Yo lo he hecho. He abierto los compartimentos del oxígeno líquido y cuando la chispa alcanzó la mezcla de acetileno, todo el maldito aparato explotó. —Se quedó sin aliento y trató de moverse, pero no lo logró—. Alguna pieza debe haberme golpeado, pero no me importa. Moriré sabiendo que...

Su voz no era más que un chirrido, y en su rostro se veía la extática mirada del mártir.

Entonces falleció, y mi corazón no tuvo el valor de condenarle.

Entonces fue cuando pensé en Harman.

Había muchas ambulancias de Manhattan y Jersey City y una de ellas acudió a un bosquecillo a unos quinientos metros de distancia, donde, aprisionado en las copas de los árboles, se distinguía un fragmento destrozado del compartimento anterior del Prometeo. Me arrastré hacia allí lo más rápidamente que pude, pero extrajeron a Harman y se alejaron haciendo sonar la sirena mucho antes de que yo lograra alcanzarles.

Después de eso, no permanecí allí. La multitud desorganizada ahora no pensaba más que en los muertos y heridos, pero cuando se recobraran, y sus pensamientos se decantaran hacia la venganza, mi vida no valdría nada. Seguí los dictados de la mejor parte del valor y desaparecí silenciosamente.

La semana que siguió fue muy agitada para mí. Durante ese tiempo, permanecí escondido en casa de un amigo, pues hubiera sido demasiado arriesgado exponerme a que me vieran y reconocieran.

Harman, por su parte, estaba en un hospital de Jersey City. No sufría nada más que cortes superficiales y contusiones... gracias a la fuerza trasera de la explosión y al oportuno grupo de árboles que amortiguó la caída del Prometeo. Sobre él caía el peso de la ira del mundo.

Nueva York, y también el resto del mundo, enloqueció. Todos los periódicos de última hora de la ciudad salían con gigantescos titulares: «Veintiocho muertos, setenta y tres heridos... el precio del pecado», impresos en letras rojas como la sangre. Los editoriales reclamaban la vida de Harman, solicitando que fuera arrestado y procesado por asesinato en primer grado.

El horrible grito de «¡Linchémosle!» se alzaba por doquier, y miles de personas cruzaron el río y se reunieron en Jersey City.

A la cabeza de todas ellas estaba Otis Eldredge, con las dos piernas entablilladas, dirigiéndose a la multitud desde un automóvil descubierto mientras marchaba.

Era un verdadero ejército.

Carson, el alcalde de Jersey City, movilizó a todos los policías disponibles y telefoneó frenéticamente a Trenton en demanda de la milicia del estado. Se cerraron todos los puentes y túneles que salían de Nueva York pero no hasta que miles de personas hubieron salido de la ciudad.

Hubo batallas campales en la costa de Jersey City aquel 16 de julio. La policía, con gran desventaja numérica hizo uso de sus porras indiscriminadamente, pero fue rechazada poco a poco. La policía montada trató de detener implacablemente a la multitud, pero fue frenada y vencida por la fuerza de ésta. Hasta que recurrieron a los gases lacrimógenos, la muchedumbre no se detuvo y ni siquiera entonces retrocedió.

Al día siguiente se declaró la ley marcial y la milicia del estado entró en Jersey City.

Esto significó el fin para los linchadores.

Eldredge tuvo que conferenciar con el alcalde, y después de la entrevista ordenó a sus seguidores que se dispersaran.

En una declaración a los periódicos, el alcalde Carson dijo: «John Harman debe purgar su crimen, pero es necesario que lo haga legalmente. La justicia debe seguir su curso, y el estado de Nueva Jersey tomará todas las medidas necesarias».

A finales de semana, se había restablecido la normalidad y Harman dejó de ser el centro de la atención pública. Dos semanas más tarde apenas se le nombraba en los periódicos, exceptuando algunas referencias casuales a su persona en la discusión del nuevo proyecto de ley anti-cohetes de Zittman, que acababa de lograr unánimes votos en ambas cámaras del Congreso.

Sin embargo, Harman continuaba en el hospital. No se había iniciado ninguna acción legal contra él, pero parecía que una especie de reclusión indefinida «para su propia protección» sería su destino eventual.

Por lo tanto, decidí ponerme en acción.

El hospital del Temple está situado en un solitario barrio a las afueras de Jersey City, y en una noche oscura y sin luna no me resultó nada difícil penetrar subrepticamente en el edificio. Con una facilidad que me sorprendió, me introduje por una ventana de la planta baja, reducí a un adormilado interno a la inconsciencia y me dirigí a la habitación 15E, que en el registro constaba como la de Harman.

—¿Quién está ahí? —La sorprendida exclamación de Harman sonó como música en mis oídos.

—¡Shh! ¡Silencio! Soy yo, Cliff McKenny.

—¡Usted! ¿Qué está haciendo aquí? —Tratar de sacarle de este lugar. Si no lo hago, es posible que se quede aquí el resto de su vida. Vamos, marchémonos.

Le fui poniendo rápidamente su ropa mientras hablábamos, y en un abrir y cerrar de ojos nos encontramos en el pasillo.

Estuvimos a salvo en mi coche antes de que Harman recobrará totalmente sus cinco sentidos para empezar a hacer preguntas.

—¿Qué ha ocurrido desde aquel día? —Fue la primera pregunta—. No recuerdo nada de lo que sucedió después de conectar los arranques del cohete y hasta que me desperté en el hospital.

—¿No le dijeron nada? —Ni una maldita palabra —exclamó—. Y eso que pregunté hasta volverme afónico.

Así que le conté toda la historia desde la explosión en adelante. Sus ojos se agrandaron con desagradable sorpresa cuando le hablé de los muertos y heridos, llenándose de salvaje ira al enterarse de la traición de Shelton. El relato de los disturbios y la tentativa de linchamiento provocó un ahogado juramento por su parte.

—Naturalmente, los periódicos hablaban de «asesinato» —concluí—, pero no pueden acusarle de eso. Quieren procesarle por homicidio impensado, pero había demasiados testigos presenciales que oyeron su solicitud de que apartaran a la gente y la absoluta negativa del sargento de policía a hacerlo. Esto, desde luego, le absolvió

de toda culpa. El mismo sargento de policía murió en la explosión, y no pudieron hacérselo pagar.

»Así y todo, con Eldredge aullando por su pellejo, usted sigue sin estar seguro. Sería mejor alejarnos mientras podamos.

Harman hizo un gesto de aquiescencia con la cabeza.

—Eldredge sobrevivió a la explosión, ¿verdad? —Sí, mala suerte. Se rompió las dos piernas, pero se necesita más que eso para hacerle callar.

Transcurrió otra semana antes de que encontrara nuestro futuro refugio —la granja de mi tío en Minnesota—. Allí, en una comunidad rural solitaria y apartada, permanecimos mientras el escándalo provocado por la desaparición de Harman se extinguía gradualmente y se abandonaba la búsqueda. Por cierto que ésta fue realmente corta, pues las autoridades parecían más aliviadas que preocupadas por la desaparición.

La paz y la tranquilidad obraron maravillas en Harman. Al cabo de seis meses parecía un hombre nuevo... completamente dispuesto a hacer un segundo intento de viaje espacial. Al parecer, no había calamidad en el mundo que pudiera detenerle, cuando se proponía una cosa.

—La primera vez, mi equivocación —me dijo un día de invierno— consistió en anunciar el experimento. Debería haber tomado en cuenta la opinión pública, tal como dijo Winstead. Sin embargo, esta vez —se frotó las manos y miró pensativamente hacia lo lejos— voy a ganarles con astucia. El experimento se realizará en secreto... absoluto secreto.

Yo me eché a reír sombríamente.

—Así tendrá que ser. ¿Sabe que todo futuro experimento de naves espaciales, incluidas las investigaciones completamente teóricas, es un crimen punible con la muerte? —¿Así que tiene miedo? —Claro que no, jefe. Me limito a exponer un hecho.

Y hay otra cosa muy clara: ya sabe que no podemos construir una nave por nuestros propios medios.

—He pensado en eso y se me ha ocurrido una solución, Cliff. Lo que es más, también puedo ocuparme de la cuestión monetaria. Sin embargo, usted tendrá que viajar un poco.

»Primero, tendrá que ir a Chicago, negociar con la casa Roberts & Scranton y retirar todo lo que quede de la herencia de mi padre, que —añadió en un triste aparte— en su mayor parte fue empleada en la primera nave. Después, localizará a todos los antiguos colaboradores que pueda:

Harry Jenkins, Joe O'Brien, Neil Stanton... todos ellos. Y regresen lo antes posible.

Estoy cansado de esperar.

Dos días después, partí hacia Chicago.

Obtener el consentimiento de mi tío para todo el asunto fue muy sencillo.

—Tanto pueden colgarme por mil como por mil quinientos —gruñó—, así que adelante. Ya estoy metido en un buen lío y supongo que un poco más no importa.

Necesité viajar mucho más y utilizar toda mi persuasión y facilidad de palabra para convencer a cuatro hombres: los tres mencionados por Harman y otro, un tal Saúl Simonoff. Con esta dotación básica y el medio millón que aún quedaba a Harman de los muchos millones que le dejó su padre, empezamos a trabajar.

La construcción del Nuevo Prometeo es una historia aparte... una larga historia de cinco años de desaliento e inseguridad.

Poco a poco, comprando vigas maestras en Chicago, placas de berilo-acero en Nueva York, una célula de vanadio en San Francisco y diversos artículos en distantes rincones de la nación, construimos la nave gemela del desafortunado Prometeo.

Las dificultades que encontramos en nuestro camino fueron casi insuperables.

Para no levantar sospechas sobre nosotros, tuvimos que espaciar mucho nuestras compras, y para lograrlo, también tuvimos que formular los pedidos desde diversos lugares. Para ello requerimos la cooperación de varios amigos que, para mayor seguridad, no sabían exactamente para qué se emplearían las compras.

Tuvimos que sintetizar nuestro propio combustible, diez toneladas, y ésta fue quizá la tarea más difícil de todas; por lo menos la que requirió más tiempo. Y finalmente, a medida que el dinero de Harman se consumía, nos enfrentamos con nuestro mayor problema: la necesidad de ahorrar. Desde el principio supimos que no podríamos hacer el Nuevo Prometeo tan grande ni tan perfecto como lo fuera la primera nave; pero pronto nos dimos cuenta de que deberíamos reducir su aprovisionamiento a un punto peligrosamente cercano a la línea de gran riesgo. La pantalla repelente apenas era satisfactoria y todas las tentativas para lograr una comunicación radiofónica tuvieron que ser abandonadas.

Y mientras avanzábamos penosamente a través de los años, allí en las remotas regiones del norte de Minnesota, el mundo progresaba, y las profecías de Winstead se revelaron como asombrosamente acertadas.

Los sucesos de aquellos cinco años —desde 1973 hasta 1978— son bien conocidos por todos los escolares de hoy, ya, que el período alcanzó el clímax de lo que ahora llamamos la «Edad Neovictoriana». Los acontecimientos de aquellos años parecen poco menos que increíbles cuando ahora volvemos la vista atrás.

La ley que prohibía toda investigación espacial fue promulgada al principio, pero no tuvo importancia comparada con las medidas anticientíficas que se tomaron en los años siguientes. Las siguientes elecciones del Congreso, las de 1974, dieron a Eldredge el control de la Cámara y el equilibrio del poder en el Senado.

Desde entonces no se perdió el tiempo.

En la primera sesión del nonagésimo tercer Congreso, se aprobó el famoso proyecto de ley Stonely-Carter. Establecía la Agencia Federal Investigadora de Experimentación Científica —la AFIEC—, que poseía amplios poderes para legalizar todas las investigaciones del país. Todos los laboratorios, industriales o escolásticos,

tenían la obligación de informar a la nueva agencia sobre cualquier investigación que tuvieran programada, con determinado tiempo de antelación, y la agencia podía prohibir, y lo hizo, absolutamente todo lo que desaprobara.

La inevitable apelación al Tribunal Supremo tuvo lugar el 9 de noviembre de 1974, en el caso de Westley contra Simmons, en la cual Joseph Westley, de Stanford, defendió su derecho a proseguir sus investigaciones sobre la fuerza atómica sobre la base de que la ley Stonely-Carter era anticonstitucional ¡Cómo seguimos el caso nosotros cinco, aislados en medio de las ventisqueras del Oeste Medio! Nos enviaban todos los periódicos de Minneápolis y St. Paul —siempre llegaban con dos días de retraso— y devorábamos cualquier cosa que se dijera sobre él. Durante los dos meses de mayor ansiedad, el trabajo en el Nuevo Prometeo cesó completamente.

Al principio se rumoreó que el tribunal declarararía la ley anticonstitucional, y se organizaron monstruosas manifestaciones en todas las ciudades en contra de esta eventualidad. La Liga de los Justos ejerció toda su poderosa influencia... e incluso el Tribunal Supremo se sometió. La votación fue de cinco a cuatro por la constitucionalidad.

La ciencia se vio estrangulada por el voto de un solo hombre.

Y no hay duda de que fue estrangulada.

Los miembros de la agencia eran hombres de Eldredge, en cuerpo y alma, y no se aprobaba nada que no tuviera un uso industrial inmediato.

—La ciencia ha ido demasiado lejos —dijo Eldredge en un famoso discurso pronunciado en aquella época—. Debemos detenerla indefinidamente, y permitir que el mundo le dé alcance. Sólo así, y confiando en Dios, podemos esperar el logro de una prosperidad universal y permanente.

Pero ésta fue una de las últimas declaraciones de Eldredge. No logró recuperarse totalmente de la fractura de sus piernas en aquel fatídico día de julio de 1973 y, desde entonces, su agitada vida había perjudicado considerablemente su salud. El 2 de febrero de 1976 falleció en medio de una explosión de duelo nunca igualada desde el asesinato de Lincoln.

Su muerte no tuvo un efecto inmediato en el curso de los acontecimientos. De hecho, las normas de la AFIEC ganaron en severidad a medida que pasaban los años.

La ciencia llegó a tal grado de decadencia y represión que las universidades se vieron forzadas a reinstaurar la filosofía y los clásicos como estudios principales... y así, el estudiantado cayó en el punto más bajo desde el comienzo del siglo xx.

Estas condiciones prevalecieron más o menos en todo el mundo civilizado, alcanzando incluso hasta el último rincón de Inglaterra, y encontrando quizá mayor dificultad en Alemania, que fue el último país en caer bajo la influencia «neovictoriana».

El nadir de la ciencia tuvo lugar durante la primavera de 1978, apenas un mes antes de la terminación del Nuevo Prometeo, con la aprobación del «Edicto Pascual» —fue publicado el día antes de Pascua—. Por él, toda investigación o experimento

independiente estaba absolutamente prohibido. En adelante, la AFIEC se reservó el derecho de autorizar sólo las investigaciones que ella solicitaba específicamente.

John Harman y yo estábamos frente al brillante metal del Nuevo Prometeo aquel domingo de Pascua; yo, completamente abatido, y él, de un humor casi jovial.

—Bueno, Clifford, muchacho —dijo—, la última tonelada de combustible, los últimos toques, y estaré preparado para mi segundo intento. Esta vez no habrá ningún Shelton entre nosotros.

Tararé un himno. Era lo único que transmitía la radio aquellos días, e incluso los rebeldes como nosotros los cantábamos por la fuerza de su continua repetición.

Gruñí sombríamente:

—Es inútil, jefe. Tiene diez posibilidades contra una de acabar en algún lugar del espacio, e incluso, si regresa, lo más probable es que le cuelguen. No podemos vencer.

—Moví tristemente la cabeza de un lado a otro.

—¡Bah! Este estado de cosas no puede durar, Cliff.

—Creo que sí. Winstead tenía razón. El péndulo oscila, y desde 1945 ha oscilado contra nosotros. Nos hemos adelantado al tiempo... o quizá hemos llegado tarde.

—No hable de ese loco. Está cometiendo él mismo error que él. Las corrientes de opinión pública son cosa de siglos y milenios, no de años o décadas. Durante quinientos años nos hemos decantado hacia la ciencia. No se puede destruir eso en treinta años.

—Así que, ¿qué vamos a hacer? —pregunté yo con sarcasmo.

—Estamos atravesando una reacción momentánea provocada por una época de locura. En la época del romanticismo se produjo una reacción similar —el primer periodo victoriano—, provocada por la anticipada Edad de la Razón del siglo XVIII.

—¿Realmente lo cree así? —Me sentí impresionado por su confianza en sí mismo.

—Claro que sí. Este período tiene una analogía perfecta en los espasmódicos «renacimientos» que solían florecer en las pequeñas ciudades eminentemente religiosas de América hace más o menos un siglo. Durante una semana, era posible que todos practicasen la religión, y la virtud reinaba triunfante. Después, uno por uno, iban reincidiendo en el pecado y el diablo reanudaba su dominio.

»De hecho, incluso ahora hay síntomas de reincidencia. La L. J. se ha permitido una disputa tras otra desde la muerte de Eldredge Ya ha habido media docena de cismas Las mismas medidas extremas que se toman desde el poder nos están ayudando, pues el país empieza a cansarse de todo esto.

Y eso dio fin a la discusión... Yo, totalmente derrotado, como de costumbre.

Un mes más tarde, el Nuevo Prometeo estaba terminado. No era, ni con mucho, tan reluciente y bonito como el original, y ostentaba muchas trazas de una mano de obra amateur, pero nosotros estábamos orgullosos de él... orgullosos y triunfantes.

—Voy a hacer una nueva tentativa, compañeros —la voz de Harman era ronca, y

su pequeño cuerpo vibraba de felicidad—, y aunque es posible que fracasase, no me importa. —Sus ojos brillaban con la perspectiva—. Por fin hendiré el espacio, y el sueño de la humanidad se realizará. Daré una vuelta alrededor de la Luna y regresaré; seré el primero en ver la otra cara de nuestro satélite. Vale la pena intentarlo.

—No tendrá bastante combustible como para aterrizar en la Luna, jefe, lo cual es una pena —le dije.

Mi comentario provocó un susurro de pesimismo en el reducido grupo que le rodeaba, pero él no le prestó atención.

—Adiós —dijo—. Hasta pronto.

Y con una alegre sonrisa subió a la nave.

Quince minutos después, nosotros cinco estábamos sentados alrededor de la mesa del salón, con el ceño fruncido, sumidos en nuestros pensamientos, con los ojos fijos en el lugar donde un trozo de tierra quemada marcaba el sitio donde se hallaba el Nuevo Prometeo unos minutos antes.

Simonoff expresó en palabras el pensamiento de todos:

—Quizá sea mejor para él que no vuelva.

Me parece que no le tratarían muy bien si lo hiciera.

Y todos asentimos con sombría aquiescencia.

¡Qué absurda me parece ahora esta predicción, desde la perspectiva de tres décadas! El resto de la historia no es realmente mía, pues no volví a ver a Harman hasta un mes después de que su memorable viaje concluyera en un seguro aterrizaje:

Casi treinta y seis horas después del despegue, un estridente proyectil pasó por encima de Washington y fue a enterrarse en el lodo del Potomac.

Había investigadores en el lugar del aterrizaje al cabo de quince minutos, y después de otros quince llegó la policía, pues se averiguó que el proyectil era una nave espacial. Contemplaron con involuntaria admiración al hombre despeinado y cansado que salió tambaleándose y a punto de desmayarse.

Reinó un silencio absoluto mientras levantaba un puño hacia los sorprendidos espectadores y gritaba:

—Adelante, ahórquenme, locos. Pero he llegado a la Luna y eso no pueden evitarlo.

Avisen a la AFIEC. Quizá declaren el vuelo ilegal y, por lo tanto, inexistente. — Se echó a reír débilmente y de súbito perdió el conocimiento.

Alguien gritó:

—Llévenle al hospital. No está bien.

Totalmente inconsciente, Harman fue trasladado en un coche de la policía mientras ésta formaba guardia junto al cohete.

Llegaron oficiales del Gobierno e investigaron la nave, leyeron el diario, inspeccionaron los dibujos y fotografías de la Luna y finalmente se marcharon en silencio. La multitud aumentó y corrió la voz de que un hombre había llegado a la Luna.

Cosa curiosa, el hecho no provocó su cólera. Los hombres estaban impresionados y llenos de admiración; la multitud susurraba y lanzaba inquisitivas miradas hacia la mortecina luna en cuarto creciente, apenas visible bajo la radiante luz del sol. Y dominándolo todo, una nube de silencio intranquilo, el silencio de la indecisión.

Después, en el hospital, Harman reveló su identidad, y la veleidosa humanidad se volvió loca. Incluso el mismo Harman quedó profundamente sorprendido ante el rápido cambio operado en la opinión del mundo.

Parecía casi increíble, y sin embargo era cierto. Un descontento secreto, combinado con el heroico relato del hombre que lucha contra una fuerza superior abrumadora —la clase de relato que ha conmovido el alma del hombre desde el comienzo de los tiempos— sirvió para sumir a todo el mundo en una exaltada corriente de antivictorianismo. Eldredge estaba muerto... y nadie más podía reemplazarle.

Vi a Harman en el hospital poco tiempo después. Estaba recostado y medio enterrado entre periódicos, telegramas y cartas. Me sonrió e hizo un gesto afirmativo con la cabeza. —Bueno, Cliff —murmuró—, el péndulo ha vuelto a oscilar hacia el otro lado.

En realidad, a pesar de que *Opinión pública* fue el segundo relato que vendí, fue el tercero en publicarse. Se le adelantaron no sólo *Abandonados cerca de Vesta*, sino otro relato (que pronto mencionaré) que fue escrito y vendido después de *Opinión pública*, pero que se imprimió antes. Sin embargo, ambos relatos fueron publicados en *Amazing* y, de algún modo, me cuesta incluirlos aquí. Para mí, el primer relato que vendí a Campbell y fue publicado en *Astounding* es mi primer relato importante editado. Es algo bastante ingrato por mi parte hacia *Amazing*, pero no puedo evitarlo.

El ejemplar de *Astounding* de julio de 1939 ha sido considerado por algunos aficionados posteriores como el comienzo de la llamada Edad de Oro de la ciencia ficción, un período que tuvo lugar entre 1940 y 1950. Durante dicho período, los puntos de vista de Campbell dominaban la revista, y los autores que adiestró y desarrolló escribían con todo el ardor de la juventud. Me gustaría poder decir que *Opinión pública* fue lo que marcó el comienzo de esa Edad de Oro, pero no puedo. Su inclusión en aquel ejemplar fue pura coincidencia.

Lo que realmente contó fue la novela corta principal del ejemplar de julio de 1939, *Destructor negro*, escrita por A. E. van Vogt, un primer relato de un autor nuevo, mientras que en el siguiente ejemplar, el de agosto de 1939, fue un relato corto, *Línea vital*, escrito por Robert A. Heinlein, otro primer relato de un novel.

Más adelante, Van Vogt, Heinlein y yo seríamos universalmente considerados como los mejores autores de la Edad de Oro, pero Van Vogt y Heinlein lo fueron desde el principio. Ellos brillaron como primeras estrellas desde el momento en que apareció su primer relato, y su status nunca decayó durante todo el resto de la Edad de Oro. Yo, por otra parte (no es falsa modestia), sólo progresé gradualmente. Pasé casi desapercibido durante cierto tiempo y llegué a ser considerado un buen autor por etapas tan graduales que a pesar de la considerable porción de vanidad que poseo, fui el último en saberlo.

Opinión pública es un relato divertido en algunos aspectos. Se ajusta a los primeros vuelos espaciales a la Luna de los años setenta. En aquel tiempo creí aventurarme mucho, pero resulta que retrasé toda una década la realidad eventual, puesto que lo que describí tuvo lugar, y con una sofisticación mucho mayor, en los años sesenta. Mi descripción de los primeros intentos de vuelo espacial fue, desde luego, increíblemente ingenua, vista desde ahora. Sin embargo, en un aspecto, el relato es poco corriente. Hace pocos años, Phil Klass (un escritor de ciencia ficción que publica bajo el seudónimo de William Tenn) me hizo observar que éste fue el primer relato de la historia que predijo una resistencia de cualquier clase a la idea de la exploración espacial. En todos los

demás relatos, el público en general se mostraba indiferente o entusiasmado. Esto me hace parecer extraordinaria y singularmente clarividente, pero habiendo explicado la naturaleza del libro que estaba pasando a máquina para la NYA, no puedo atribuirme el mérito de la brillantez.

(¡Diablos!) También hay que reparar en la referencia a la Segunda Guerra Mundial de 1940.

Recuerden que el relato fue escrito dos meses después de la capitulación de Munich. En aquel tiempo yo no creía que eso significara «paz en nuestro tiempo», como Neville Chamberlain había sostenido. Estimé que habría guerra al cabo de un año y medio, y en eso también fui demasiado conservador.

Incidentalmente, *Opinión pública* es uno de los pocos relatos que he escrito en primera persona, y el narrador se llama Clifford McKenny. (Nunca he logrado averiguar el porqué de mi afición a los apellidos irlandeses en aquella época). Sin embargo, detrás del nombre propio existe una historia.

Después de mi susto de mayo de 1938 sobre la desaparición de *Astounding*, empecé a enviar cartas mensuales a la revista, justipreciando cuidadosamente los relatos.

(Dejé de hacerlo cuando yo mismo empecé a vender relatos). Todas fueron publicadas, y, de hecho, envié una carta a *Astounding* que fue publicada ya en 1935. Dos consagrados escritores de ciencia ficción me escribieron personalmente en respuesta a las observaciones que hice sobre sus relatos. Eran Russell R Winterbotham y Clifford D. Simak.

Con ambos mantuve correspondencia, bastante regular al principio, y con largos intervalos años más tarde. La amistad que resultó, a pesar de la considerable distancia, perduró. No vi personalmente a Russ Winterbotham más que una vez, y eso durante la Convención Mundial de Ciencia Ficción que tuvo lugar en Cleveland en 1966. Él falleció en 1971. He visto tres veces a Cliff Simak, la última en la Convención Mundial de Ciencia Ficción de Boston en 1971, en la cual fue huésped de honor.

La primera carta que me dirigió Simak fue en respuesta a una mía, editada en *Astounding*, que daba una evaluación baja a su relato *Regla 18*, aparecido en el número de julio de 1938.

Simak me escribió para pedirme detalles que le permitieran examinar mis críticas y quizá beneficiarse de ellas. (¡Me gustaría poder reaccionar tan amable y racionalmente ante críticas adversas!) Volví a leer el relato para contestar de manera adecuada y encontré, sorprendido, que no había absolutamente nada que estuviera mal. Lo que había hecho Simak era escribir el relato en escenas separadas sin pasajes de transición explícitos entre ellas. Yo no estaba habituado a esta técnica, así que el relato me pareció discontinuo e incoherente. La segunda vez que lo leí, comprendí lo que estaba haciendo y me di cuenta de que no sólo el relato no era nada incoherente, sino que transcurría con una hábil velocidad que hubiera resultado imposible si todas las aburridas y prosaicas transiciones hubieran sido incluidas.

Escribí a Simak para explicárselo, y adopté la misma técnica en mis propios retos.

Además, intenté, en la medida de lo posible, hacer uso de algo similar al estilo frío y simple de Simak.

A veces he oído hablar a escritores de ciencia ficción sobre la influencia que en su estilo han tenido figuras literarias de tan alto prestigio como Kafka, Proust y Joyce. Puede ser pose o realidad, pero, en mi caso, no sostengo tal afirmación. Aprendí a escribir ciencia ficción gracias a una atenta lectura de obras de este género, y entre las mayores influencias que acusó mi estilo está la de Clifford Simak.

Simak fue particularmente alentador en aquellos meses de ansiedad en los que intentaba vender un relato. El día que realicé mi primera venta, tenía una carta, cerrada, dirigida y timbrada, lista para enviarle. La abrí para añadir la noticia, y destruir un sobre con sellos, lo que representaba una clara pérdida de varios centavos, no era algo que yo hiciera con ligereza en aquellos días.

Por lo tanto, siempre me ha gustado que mi primera venta a Campbell tuviera, como su narrador en primera persona, a un personaje con el nombre en honor de Clifford Simak.

Otro detalle sobre *Opinión pública*...

En mis primeras sesiones con Campbell, éste había señalado ocasionalmente la importancia de tener un nombre que no fuera raro ni difícil de pronunciar, y sugirió el uso de un nombre corriente anglosajón como seudónimo. Sobre este punto, demostré una clara intransigencia. Mi nombre era mi nombre y constaría en mis relatos.

Cuando vendí *Opinión pública*, me fortifiqué para lo que creía iba a ser una discusión con Campbell que incluso podría costarme mi preciosa venta. Nunca ocurrió.

Quizá fuera porque mi nombre ya había aparecido en dos relatos de *Amazing*, o quizá Campbell comprendiera que yo nunca me avendría al uso de un seudónimo; pero la cuestión es que no volvió a mencionar la cuestión.

Tal como ocurrió, mi aversión a un seudónimo fue bastante afortunada, pues el nombre de Isaac Asimov resultó altamente visible. Nadie podía ver el nombre por primera vez sin sonreír ante su rareza; y cualquiera que lo viera por segunda vez se acordaría instantáneamente de él. Estoy convencido de que por lo menos una parte de mi eventual popularidad se debe a que los lectores reconocían rápidamente el nombre y se fijaban en mis relatos como un conjunto.

En realidad, las cosas volvieron al punto de partida. Al cabo de los años, he conocido frecuentemente a lectores que estaban convencidos de que el nombre era un seudónimo concebido para lograr mayor ostensibilidad y que mi nombre verdadero debía ser algo así como John Smith. A veces era difícil desengañarles.

Mientras corregía *Opinión pública* para Campbell, también trabajaba en otro relato, *Un arma demasiado terrible para emplear*. Éste no se lo presenté a él. Es posible que no quisiera presionarle demasiado inmediatamente después de haberle hecho una venta, o que pensara que el relato no era bastante bueno para él y no quisiera estropear la impresión que *Opinión pública* le había causado. En cualquier caso (y realmente no me acuerdo del motivo) decidí presentarlo a *Amazing* primero. También pagaban un centavo por palabra y quizá pensara que les debía otra oportunidad, ahora que había logrado hacer una venta a Campbell.

El 6 de febrero de 1939 envié *Un arma demasiado terrible para emplear* a *Amazing*, y el 20 de febrero recibí una carta de aceptación.

Es posible que *Amazing* lo comprara porque necesitara rápidamente un relato, pues apareció en el número de mayo, que llegó a los quioscos sólo tres semanas después de la venta. Esto lo convirtió en mi segundo relato publicado, pues apareció dos meses antes que *Opinión pública*.

UN ARMA DEMASIADO TERRIBLE PARA EMPLEAR

Karl Frantor encontró el panorama muy deprimente. De los espesos nubarrones, caía la eterna llovizna; una vegetación baja y similar al caucho con su empañado color marrónrojizo se extendía en todas direcciones. De vez en cuando algún pájaro revoloteaba frenéticamente encima de sus cabezas, emitiendo lastimosos graznidos en su ir y venir.

Karl volvió la cabeza para contemplar la diminuta cúpula de Afrodópolis, la ciudad más grande de Venus.

—Dios mío —murmuró—, incluso la cúpula es mejor que este mundo espantoso del exterior. —Se envolvió mejor en el tejido impermeabilizado de su abrigo—. Me alegraré de regresar a la Tierra.

Se volvió hacia la frágil figura de Antil, el venusiano.

—¿Cuándo llegaremos a las ruinas, Antil? No hubo respuesta, y Karl observó la lágrima que resbalaba por las mejillas verdes y arrugadas del venusiano. Otra brillaba en sus ojos dulces e increíblemente hermosos, grandes como los de los lémures.

La voz del terrícola se dulcificó.

—Lo siento, Antil, no pretendía decir nada contra Venus.

Antil volvió su rostro verde hacia Karl.

—No es eso, amigo mío. Naturalmente, no encontrarás mucho que admirar en un mundo extraño. Sin embargo, yo amo a Venus, y lloro porque me conquista su belleza.

Las palabras fueron pronunciadas con facilidad pero con la inevitable distorsión causada por unas cuerdas vocales inhabilitadas para lenguajes ásperos.

—Sé que te parece incomprensible —continuó Antil—, pero para mí Venus es un paraíso, una tierra dorada... No puedo expresar con exactitud los sentimientos que me produce.

—Sin embargo, algunos dicen que sólo los terrícolas pueden amar —la simpatía de Karl era fuerte y sincera.

El venusiano movió la cabeza tristemente.

—Hay muchas otras cosas, aparte de la capacidad de sentir emoción, que tu pueblo nos niega.

Karl cambió apresuradamente de tema.

—Dime, Antil, ¿acaso Venus no tiene un aspecto monótono incluso para ti? Has estado en la Tierra y debes saberlo. ¿Cómo puede compararse esta eternidad de marrón y gris a los vivos y cálidos colores de la Tierra? —Para mí es mucho más hermoso. Te olvidas de que mi sentido del color es tremendamente distinto del vuestro. ¿Cómo puedo explicar las bellezas, la riqueza del color que abunda en este paisaje? Guardó silencio, sumido en las maravillas de las que hablaba, mientras que

pana el terrícola el absoluto y melancólico gris permanecía invariable.

—Algún día —la voz de Antil era como la de una persona que sueña—, Venus pertenecerá una vez más a los venusianos.

Los habitantes de la Tierra dejarán de dominarnos, y la gloria de nuestros antepasados volverá a nosotros.

Karl se echó a reír.

—Vamos, Antil, hablas como un miembro de las bandas Verdes, que están causando tantos problemas al Gobierno.

Pensaba que no creías en la violencia.

—Así es, Karl —los ojos de Antil eran graves y parecían bastante asustados—, pero los extremistas están ganando poder, y temo lo peor. Y si... si se desatara una rebelión abierta contra la Tierra, yo tendría que unirme a ellos.

—Pero si no estás de acuerdo con sus ideas.

—No, desde luego —se encogió de hombros, un gesto que había aprendido de los terrícolas—, no podemos lograr nada por medio de la violencia. Vosotros sois cinco mil millones y nosotros apenas cien millones. Tenéis recursos y armas, mientras que nosotros no tenemos nada. Sería una empresa de locos, y aunque ganáramos, dejaríamos tal secuela de odio que nunca podría haber paz entre nuestros dos planetas.

—Entonces, ¿por qué te unirías a ellos? —Porque soy venusiano.

El terrícola volvió a echarse a reír.

—Parece ser que el patriotismo es tan irracional en Venus como en la Tierra. Pero vamos, dirijámonos a las ruinas de vuestra antigua ciudad. ¿Estamos cerca de ella? —Sí —contestó Antil—. Ahora sólo falta algo más de un kilómetro terrestre. Sin embargo, recuerda que no debes perturbar nada. Las ruinas de Ash-taz-zor son sagradas para nosotros, como el único vestigio existente del tiempo en que también nosotros éramos una gran raza, no los degenerados restos de ella.

Siguieron caminando en silencio, avanzando sobre la tierra blanda del suelo, esquivando las contorsionadas raíces del árbol de la serpiente, y manteniéndose apartados de las ocasionales parras retorcidas.

Antil fue el que reanudó la conversación.

—Pobre Venus. —Su voz tranquila y melancólica era triste—. Hace cincuenta años el terrícola llegó con promesas de paz... y le creímos. Le mostramos las minas de esmeralda y la hierba mágica y sus ojos brillaron de deseo. Llegaron más y más, y su arrogancia aumentó. Y ahora...

—Es horrible, Antil —dijo Karl—, pero realmente te lo tomas demasiado a pecho.

—¡Demasiado a pecho! ¿Estamos autorizados a votar? ¿Tenemos alguna representación en el Congreso Provincial de Venus? ¿Acaso no existen leyes que prohíben a los venusianos ir en el mismo estratocoche que los terrícolas, o comer en el mismo hotel, o vivir en la misma casa? ¿Acaso no están todos los colegios cerrados

para nosotros? ¿Acaso los habitantes de la Tierra no se han apropiado de las partes mejores y más fértiles del planeta? ¿Acaso hay algún derecho cualquiera que los terrícolas nos reconozcan en nuestro propio planeta? —Lo que dices es totalmente cierto, y lo deploro. Pero hubo una época en que en la Tierra existían las mismas condiciones con respecto a ciertas razas llamadas «inferiores», y, con el tiempo, todos esos impedimentos fueron desapareciendo hasta alcanzar la total igualdad que hoy reina.

Recuerda, también, que la gente inteligente de la Tierra está de vuestra parte. ¿Acaso yo, por ejemplo, he demostrado alguna vez algún prejuicio contra Venus? —No, Karl, ya sé que no lo has hecho.

Pero ¿cuántos hombres inteligentes hay? En la Tierra, se requirieron largos y fatigantes milenios, llenos de guerras y sufrimientos, para que la igualdad fuera establecida. ¿Y si Venus se niega a esperar esos milenios? Karl frunció el ceño.

—Tienes razón, naturalmente; pero debéis esperar. ¿Qué otra cosa podéis hacer? —No lo sé... no lo sé. —La voz de Antil se apagó en el silencio.

De repente, Karl deseó no haber iniciado aquel viaje a las ruinas de la misteriosa Ashtaz-zor. El terreno enloquecedoramente monótono y hasta los comentarios de Antil habían servido para deprimirle en gran manera. Estaba a punto de renunciar a su proyecto, cuando el venusiano levantó sus dedos palmeados para señalar un montículo de tierra que había frente a ellos.

—Ésa es la entrada —dijo—. Ash-taz-zor ha estado enterrada bajo la tierra desde incontables miles de años, y sólo los venusianos la conocen. Tú eres el primer terrícola que la ve.

—Lo mantendré en absoluto secreto Antil. Te lo he prometido.

—Vamos, pues.

Antil apartó la frondosa vegetación para dejar al descubierto una estrecha entrada entre dos piedras grandes e hizo señas a Karl de que le siguiera. Entraron cautelosamente en un estrecho y húmedo corredor. Antil extrajo de su morral una pequeña lámpara de atomita, que lanzó su nacarado resplandor sobre las paredes de piedra, que goteaban.

—Estos pasillos y refugios —dijo— fueron excavados hace tres siglos por nuestros antepasados, que consideraban la ciudad como un lugar sagrado. Sin embargo, últimamente, los hemos abandonado. Yo fui el primero en visitarlos después de muchísimo tiempo. Quizá éste sea otro signo de nuestra degeneración.

Siguieron en línea recta a lo largo de unos cien metros; entonces los pasillos desembocaron en una amplia estancia abovedada. Karl se quedó boquiabierto ante el espectáculo que se ofreció a sus ojos.

Eran restos de edificios, maravillas arquitectónicas sin igual en la Tierra desde los días de la Atenas de Pericles. Pero todo estaba en ruinas, así que sólo se conservaba un reflejo de la magnificencia de la ciudad.

Antil le condujo a través del espacio abierto y se internó en otro corredor que

serpenteaba a lo largo de unos quinientos metros a través de tierra y roca. Aquí y allí desembocaban otros pasillos y una o dos veces Karl avistó edificios en ruinas. Los hubiera investigado si Antil no le hubiese marcado el camino.

Volvieron a surgir, esta vez ante un edificio bajo e irregular, construido con piedra blanca y verde. El ala derecha estaba completamente destruida, pero el resto parecía casi intacto.

Los ojos del venusiano brillaron; su insignificante figura se enderezó con orgullo.

—Esto es lo que corresponde a un moderno museo de artes y ciencias. En él observarás la pasada grandeza y la cultura de Venus.

Dominado por una gran emoción, Karl entró. Era el primer terrícola que veía aquellas obras antiguas. Observó que el interior estaba dividido en una serie de profundos nichos, que partían de la larga columnata central. El techo era una gran pintura que apenas se distinguía a la escasa luz de la lámpara de atomita.

Maravillado, el terrícola recorrió los nichos. Las esculturas y pinturas que le rodeaban poseían una extraña peculiaridad, una apariencia sobrenatural que aumentaba su belleza.

Karl comprendió que se le escapaba algo vital del arte venusiano simplemente porque faltaba una base común entre su propia cultura y la de ellos, pero apreciaba la excelencia técnica del trabajo. Admiró especialmente el colorido de las pinturas, que superaba a todo lo que había visto en la Tierra. A pesar de lo cuarteadas, descoloridas y opacas que estaban había en ellas una combinación y una armonía soberbias.

—Qué no hubiera hecho Miguel Argel —dijo a Antil— con la maravillosa percepción cromática del ojo venusiano.

Antil rebosaba felicidad.

—Cada raza tiene sus propios atributos.

A menudo he deseado que mis oídos pudieran distinguir los tonos sutiles y los diapasones del sonido tal como dicen que pueden hacerlo los habitantes de la Tierra.

Quizá entonces entendería lo que hay de tan agradable en vuestra música. A mí, su ruido me parece terriblemente monótono.

Siguieron adelante, y a cada minuto la opinión de Karl sobre la cultura venusiana mejoraba. Había largas y estrechas tiras de un metal delgado, atadas juntas, cubiertas con las líneas y óvalos de la escritura venusiana..., miles y miles de ellas. Allí, Karl lo sabía, se encerraban tales secretos que los científicos de la Tierra hubieran dado media vida por conocerlos.

Entonces, cuando Antil señaló hacia un diminuto artefacto de unos quince centímetros de altura, y dijo que, según la inscripción, era cierto tipo de convertidor atómico con una eficacia varias veces superior a la de cualquier modelo terrestre corriente. Karl explotó.

—¿Por qué no reveláis estos secretos a la Tierra? Si conocieran los adelantos que alcanzasteis en épocas pasadas, los venusianos ocuparían un lugar mucho más importante que el actual.

—Harían uso de nuestros conocimientos de tiempos pasados, sí —repuso amargamente Antil—, pero nunca aflojarían su opresión sobre Venus y su pueblo.

Espero que no hayas olvidado tu promesa de guardar un secreto absoluto.

—No, no diré nada; pero creo que estáis cometiendo una equivocación.

—Creo que no. —Antil hizo ademán de salir del nicho, pero Karl le llamó.

—¿No entramos en esta pequeña habitación de aquí? —preguntó.

Antil dio media vuelta, con la mirada fija.

—¿Una habitación? ¿De qué habitación hablas? Aquí no hay ninguna.

Karl alzó las cejas en un movimiento de sorpresa mientras señalaba mudamente una estrecha rendija que se extendía por la pared posterior.

El venusiano murmuró algo para sí y se arrodilló, palpando la rendija con sus delicados dedos.

—Ayúdame, Karl. Me parece que nos costará abrir esta puerta. Por lo menos no recuerdo que existiera, y conozco las ruinas de Ash-taz-zor mejor que cualquier otro de mi pueblo.

Los dos ejercieron presión contra el trozo de pared, que cedió crujiendo con desgana, abriéndose de repente como si quisiera catapultarlos en el diminuto y casi vacío cubículo que había al otro lado. Se pusieron de nuevo en pie y miraron con asombro a su alrededor.

El terrícola señaló las marcas de herrumbre, rotas e irregulares, que cubrían el suelo, y el lugar donde la puerta se unía a la pared.

—Tu pueblo parece haber sellado esta habitación muy eficazmente. Sólo la herrumbre de los eones ha permitido que la abriéramos. Parece como si tuvieran un secreto guardado aquí.

Antil movió su cabeza verde.

—La última vez que estuve aquí no había trazas de ninguna puerta. Sin embargo... —Levantó la lámpara de atomita y examinó rápidamente la habitación—, parece que, de cualquier modo, aquí no hay nada.

Tenía razón. Aparte de un indescriptible cofre alargado que reposaba sobre seis gruesas patas, el lugar no contenía más que increíbles cantidades de polvo y el sofocante olor a moho de las tumbas cerradas durante largo tiempo.

Karl se acercó al cofre, e intentó separarlo del rincón donde estaba. No se movió, pero la tapa se deslizó bajo la presión de sus dedos.

—La tapa es movable, Antil. ¡Mira! Señaló un compartimento interior poco profundo, que contenía una gruesa lámina cuadrada, de cierta sustancia cristalina y cinco cilindros de quince centímetros de longitud, parecidos a plumas estilográficas.

Antil prorrumpió en gritos de entusiasmo al ver estos objetos, y por primera vez desde que Karl le conocía, se perdió en el sibilante idioma venusiano.

Sacó la lámina de cristal y la examinó detalladamente. Karl, excitada su curiosidad, hizo lo mismo. Estaba cubierta con puntos de varios colores, muy poco separados entre sí, pero eso no parecía razón suficiente para la extrema alegría de

Antil.

—¿Qué es, Antil? —Es un documento completo en nuestro antiguo lenguaje de ceremonial. Hasta ahora nunca habíamos conseguido más que fragmentos inconexos.

Esto es un gran hallazgo.

—¿Puedes descifrarlo? —Karl contempló el objeto con más respeto.

—Creo que sí. Es una lengua muerta y no tengo más que escasas nociones de ella.

Verás, es una lengua de colores. Cada palabra está designada por una combinación de dos, y a veces tres puntos coloreados. Sin embargo, los colores están sutilmente diferenciados y un terrícola, aunque poseyera la clave del lenguaje, tendría que recurrir a un espectroscopio para leerlo.

—¿Puedes descifrarlo ahora? —Creo que sí, Karl. La lámpara de atomita se parece mucho a la luz del día, y no creo que tenga problemas con ella. Sin embargo, es posible que me lleve mucho tiempo; así que quizá sea mejor que tú continúes investigando. No hay peligro de que te pierdas, siempre que permanezcas dentro de este edificio.

Karl se fue, llevándose una segunda lámpara de atomita, y dejando a Antil, el venusiano, inclinado sobre el manuscrito y descifrándolo lenta y penosamente.

Transcurrieron dos horas antes de que el terrícola regresara. Cuando lo hizo, Antil apenas había cambiado de posición. Pero, ahora, había una mirada de horror en el rostro del venusiano que antes no existía. El mensaje «de color» yacía a sus pies, abandonado. La ruidosa entrada del terrícola no hizo impresión en él. Como si se hubiera petrificado, permaneció inmóvil, con una mirada de espanto en sus ojos.

Karl corrió a su lado.

—Antil, Antil, ¿qué ha sucedido? La cabeza de Antil se movió lentamente, como si girara a través de un líquido viscoso, y sus ojos se fijaron en su amigo sin verle. Karl le agarró por los delgados hombros y le sacudió bruscamente.

El venusiano volvió a la realidad.

Desasiéndose del abrazo de Karl, se puso en pie de un salto. Sacó los cinco objetos cilíndricos del cofre del rincón, cogiéndolos con una especie de renuencia extraña y metiéndolos en su morral. También cogió de igual forma la lámina que había descifrado.

Una vez hecho esto, volvió a colocar la tapa sobre el cofre y precedió a Karl fuera de la habitación.

—Ahora debemos irnos. Ya nos hemos quedado demasiado tiempo. —Su voz tenía una extraña entonación de miedo que hizo sentirse incómodo al terrícola.

Retrocedieron silenciosamente sobre sus pasos hasta pisar de nuevo la mojada superficie de Venus. Todavía era de día, pero el crepúsculo estaba cerca. Karl sentía un hambre creciente. Tendrían que apresurarse si querían llegar a Afrodópolis antes de que se hiciera de noche. Karl levantó el cuello de su impermeable, se cubrió la cabeza con la capucha y se pusieron en marcha.

Recorrieron kilómetro tras kilómetro y la ciudad abovedada volvió a surgir en el

horizonte gris. El terrícola comía unos húmedos bocadillos de jamón y deseaba con impaciencia el seco ambiente de Afrodópolis. A lo largo de todo el camino, el venusiano, normalmente amigable, mantuvo un cerrado silencio, sin dignarse conceder ni una sola mirada a su compañero.

Karl aceptó la situación con filosofía.

Profesaba hacia los venusianos una consideración mucho mayor que la de la gran mayoría de los terrícolas, pero seguía experimentando un débil desprecio hacia el carácter hiperemotivo de Antil y los de su clase. Este amargo silencio no era más que la manifestación de sentimientos que en Karl sólo hubieran provocado un suspiro o un fruncimiento de cejas. Sabiendo esto, el humor de Antil apenas le afectó.

Sin embargo, el recuerdo del inquietante espanto reflejado en los ojos de Antil despertó en él una tenue intranquilidad. Su angustia se había producido al descifrar aquella extraña lámina. ¿Qué secreto podían haber revelado aquellos antiguos científicos en aquel mensaje? Con cierta timidez, Karl se decidió finalmente a preguntar:

—¿Qué ponía en la lámina, Antil? Considero que debe ser interesante, puesto que te la has llevado.

La contestación de Antil fue un simple gesto de apresuramiento, y el venusiano se precipitó en la creciente oscuridad apresurando el paso, Karl estaba sorprendido y bastante ofendido. No hizo ningún otro intento de entablar conversación durante el resto del viaje.

Sin embargo, cuando llegaron a Afrodópolis, el venusiano rompió su silencio.

Su rostro arrugado, ojeroso y demacrado, se volvió hacia Karl con la expresión de alguien que ha llegado a una penosa decisión.

—Karl —dijo—, hemos sido amigos, de modo que deseo darte un consejo amistoso.

La semana próxima te irás hacia la Tierra.

Sé que tu padre ocupa un alto puesto junto al presidente de los planetas.

Probablemente, tú mismo serás un personaje de importancia en un futuro no muy lejano. Por lo tanto, te ruego que emplees toda tu influencia para lograr una moderación en la actitud de la Tierra hacia Venus. Yo, por mi parte, siendo un noble hereditario de la mayor tribu de Venus, haré lo posible para reprimir todos los intentos de violencia.

El otro frunció el ceño.

—Parece haber algo detrás de todo esto.

No he comprendido absolutamente nada.

¿Qué intentas decirme? —Sólo esto: a menos que las condiciones sean mejoradas, y pronto, Venus se rebelará. En ese caso, yo no tendré otra elección más que poner mis servicios a sus pies, y entonces Venus dejará de estar indefensa.

Estas palabras sólo sirvieron para divertir al terrícola.

—Vamos, Antil, tu patriotismo es admirable, y tus quejas justificadas, pero el

melodrama no va conmigo. Soy, por encima de todo, realista.

Había una terrible seriedad en la voz del venusiano cuando dijo:

—Créeme, Karl, si te digo que no hay nada más real que lo que te estoy diciendo ahora. En caso de una revuelta venusiana, no puedo garantizar la seguridad de la Tierra.

—¡La seguridad de la Tierra! —La enormidad de esta afirmación aturdió a Karl.

—Sí —continuó Antil—, porque puedo verme forzado a destruir la Tierra. Ya lo sabes.

Con esto, dio media vuelta y se internó en la maleza para regresar al poblado venusiano que había fuera de la gran cúpula.

Pasaron cinco años..., años de turbulenta inquietud, y Venus se despertó de su sueño como un volcán en actividad.

Los poco perspicaces gobernantes de Afrodópolis, Venusia y otras ciudades abovedadas hicieron casi omiso de todas las señales de peligro con inconsciente alegría.

Cuando se dignaban pensar en los pequeños venusianos verdes, lo hacían con un gesto de desdén que significaba: «¡Oh, esas cosas!» Pero «esas cosas» fueron tratadas más allá de lo soportable, y las nacionalistas Bandas Verdes hicieron oír cada vez más su voz. Después, en un día gris, no distinto de los precedentes, multitud de nativos cayeron sobre las ciudades en una rebelión organizada.

Las bóvedas más pequeñas, cogidas por sorpresa, sucumbieron. En rápida sucesión, se tomaron Nueva Washington, Monte Vulcano y Saint Denis, junto con todo el continente oriental. Antes de que los aturdidos terrícolas se dieran cuenta de lo que estaba sucediendo, la mitad de Venus había dejado de pertenecerles.

Los habitantes de la Tierra, sobresaltados y sorprendidos por esta súbita emergencia —que, naturalmente, debía haber sido prevista— enviaron armas y suministros a los terrícolas de las ciudades que seguían sitiadas y comenzaron a equipar una gran flota espacial para la recuperación del territorio perdido.

Los terrícolas estaban molestos, pero no asustados, pues sabían que el terreno perdido por sorpresa podía recuperarse fácilmente con tiempo, y el que aún no estaba perdido nunca lo estaría. O, por lo menos, ésta era la creencia.

Es fácil de imaginar la estupefacción de los gobernantes de la Tierra cuando el avance de los venusianos prosiguió sin cesar. La ciudad de Venusia había sido ampliamente abastecida de armas y alimentos; sus defensas exteriores estaban alzadas, los hombres en sus puestos. Un diminuto ejército de desnudos y desarmados nativos se acercó y exigió una rendición incondicional. Venusia rehusó altivamente, y los mensajes a la Tierra fueron joviales al referirse a los nativos desarmados que el éxito había vuelto tan temerarios.

Después, repentinamente, no se recibieron más mensajes, y los nativos ocuparon la ciudad.

Los sucesos de Venusia se repitieron, una y otra vez, en lo que debían haber sido

fortalezas inexpugnables. Incluso la misma Afrodópolis, con una población de medio millón de habitantes, cayó ante el triste número de quinientos venusianos. Esto, a pesar de que todas las armas conocidas en la Tierra estaban a disposición de los defensores.

El Gobierno terrícola ocultó los hechos, y la misma Tierra siguió sin recelar de los extraños acontecimientos ocurridos en Venus. Pero en los consejos interiores, los hombres de estado fruncían el ceño al oír las extrañas palabras de Karl Frantor, hijo del ministro de Educación.

Jan Heersen, ministro de la Guerra, se levantó con ira al concluir el informe.

—¿Acaso pretende que tomemos en serio la impensada afirmación de un verroso medio loco y firmemos la paz con Venus bajo sus propios términos? Esto es definitiva y absolutamente imposible. Lo que estos malditos animales necesitan es la fuerza bruta. Nuestra flota les borraré del universo, y ya es tiempo de hacerlo.

—Quizá borrarlos no sea tan fácil, Heersen —dijo el canoso y más anciano de los Frantor, apresurándose a defender a su hijo—. Muchos de nosotros siempre hemos sostenido que la política del Gobierno hacia los venusianos estaba equivocada. ¿Quién sabe los medios de ataque que han descubierto y lo que, para vengarse, harán con ellos? —¡Cuentos de hadas! —exclamó Heersen—. Usted habla de los verrosos como si fueran personas. Son animales y deberían estar agradecidos por las ventajas de la civilización que les hemos hecho conocer. Recuerde que los estamos tratando mucho mejor de lo que fueron tratadas algunas razas de la Tierra en nuestra primera historia, los indios americanos, por ejemplo.

Karl Frantor volvió a interrumpir con voz agitada:

—¡Debemos investigar, señores! La amenaza de Antil es demasiado grave como para ignorarla, no importa lo absurda que parezca... y, a la luz de las conquistas venusianas, no parece nada absurda.

Propongo que me envíen con el almirante Von Blumdorff, en calidad de representante.

Déjenme llegar hasta el fondo de todo esto antes de atacarles.

El taciturno presidente de la Tierra, Jules Debuc, habló ahora por primera vez:

—Por lo menos, la proposición de Frantor es razonable. Debe realizarse. ¿Hay alguna objeción? No hubo ninguna, aunque Heersen frunció el ceño y resopló con indignación.

Así pues, una semana más tarde, Karl Frantor acompañó a la armada espacial de la Tierra cuando ésta despegó hacia el planeta interior.

Fue un extraño Venus el que dio la bienvenida a Karl tras sus cinco años de ausencia. Seguía teniendo su vieja naturaleza mojada, su vieja melancólica monotonía de blanco y gris, sus diseminadas ciudades abovedadas... pero, sin embargo, ¡qué diferente! Donde antes se habían movido los altivos terrícolas con un esplendor desdeñoso entre los venusianos sometidos, ahora los nativos ejercían un dominio indiscutible. Afrodópolis era una ciudad enteramente nativa, y en el

despacho del antiguo gobernador se encontraba... Antil Karl le contempló dudosamente, sin saber apenas qué decir.

—Nunca creí que pudieras convertirte en su dirigente —articuló al fin—. Tú..., el pacifista.

—La elección no fue mía. Las circunstancias me obligaron —repuso Antil—. ¡Pero tú! No esperaba que tú fueras el portavoz de tu planeta.

—Fue a mí a quien lanzaste tu absurda amenaza años atrás, y por eso yo era el más pesimista en cuanto a vuestra rebelión.

Vengo, ya lo ves, pero no solo. —Su mano se alzó vagamente hacia arriba, donde las naves espaciales permanecían inmóviles e intimidantes.

—¿Has venido para amenazarme? —¡No! Para oír tus propósitos y términos.

—Esto es fácil. Venus exige su independencia y promete amistad, junto con un comercio libre e ilimitado.

—Y esperáis que aceptemos todo eso sin luchar siquiera.

—Espero que así lo hagáis... por el propio bien de la Tierra.

Karl frunció el ceño y se recostó en el sillón con disgusto.

—Por el amor de Dios, Antil, el tiempo de las insinuaciones y duendes ya ha pasado. Descubre tu juego. ¿Cómo lograsteis conquistar Afrodópolis y las demás ciudades tan fácilmente? —Nos vimos forzados a hacerlo, Karl.

No lo deseábamos. —La voz de Antil era estridente a causa de la agitación—. No aceptaron nuestras favorables condiciones de capitulación y empezaron a disparar sus pistolas de tonita. Tuvimos... tuvimos que emplear... el arma. Después tuvimos que matar a la mayoría... sin misericordia.

—No te entiendo. ¿De qué arma estás hablando? —¿Recuerdas aquella vez en las ruinas de Ash-taz-zor, Karl? La habitación secreta; la antigua inscripción; las cinco armas.

Karl asintió sombríamente.

—Pensé que lo eran, pero no estaba seguro.

—Era un arma horrible, Karl. —Antil se apresuró a continuar, como si no pudiera soportar pensar en ello—. Los antiguos la descubrieron... pero no la utilizaron nunca.

En lugar de ello, la escondieron, y no sé por qué no la destruyeron. Me gustaría que lo hubieran hecho; realmente me gustaría.

Pero no fue así y yo la encontré y debo usarla... por el bien de Venus.

Su voz se convirtió en un susurro, pero con un esfuerzo manifiesto recobró ánimos para continuar la explicación.

—Las pequeñas e inofensivas varillas que viste aquella vez, Karl, eran capaces de producir un campo de fuerza de una naturaleza desconocida (los antiguos se negaron sabiamente a mostrarse explícitos en este punto) que tiene el poder de desconectar el cerebro de la mente.

¿Qué? —Karl estaba boquiabierto—. ¿De qué estás hablando? —Debes saber que el cerebro no es más que el asiento de la mente y no la mente misma. La naturaleza

de ésta es un misterio, desconocido incluso para nuestros antepasados; pero sea lo que fuere, emplea el cerebro como su intermediario con el exterior.

—Comprendo. Y vuestra arma separa la mente del cerebro... convierte a la mente en algo desvalido... un piloto espacial sin mandos.

Antil asintió solemnemente.

—¿Has visto alguna vez un animal sin cerebro? —preguntó de repente.

—Pues, sí, un perro... durante mis estudios de biofísica en la Universidad.

—Entonces, ven, te enseñaré a un ser humano sin cerebro.

Karl siguió al venusiano hasta un ascensor. Mientras descendía al nivel más bajo —el nivel de la prisión— su mente era un torbellino. Atormentado por el horror y la furia, tenía alternativos impulsos de un irrazonado deseo de escapar y un anhelo casi insuperable de matar al venusiano que estaba junto a él. Aturdido, salió del cubículo y siguió a Antil hasta un lóbrego pasillo, que serpenteaba entre dos hileras de diminutas celdas con rejas.

—Allí.

La voz de Antil sobresaltó a Karl como si se hubiera tratado de un súbito chorro de agua fría. Siguió la dirección indicada por la mano palmeada y contempló con repugnancia hipnótica la figura humana que señalaba.

Era un ser humano, indudablemente, por la forma... pero inhumano, sin embargo.

Aquello (Karl no podía denominarlo por «él») estaba sentado silenciosamente en el suelo, con sus grandes ojos fijos en la pared lisa que había enfrente. Ojos que estaban desprovistos de alma, labios sueltos de los que se le escapaba la saliva, dedos que se movían sin un propósito determinado.

Asqueado, Karl volvió rápidamente la cabeza.

—No es del todo exacto que carezca de cerebro —la voz de Antil era baja—. Orgánicamente, su cerebro está perfecto e intacto. Sólo que... está desconectado.

—¿Cómo vive, Antil? ¿Por qué no se muere? —Porque el sistema autónomo está intacto. Ponlo en pie y mantendrá el equilibrio. Empújale y recuperará su posición. Su corazón late. Respira. Si pones comida en su boca, tragará, aunque se moriría de hambre antes de realizar el acto voluntario de comer los alimentos que han sido colocados frente a él. Es vida..., una especie de vida; pero estaría mejor muerto, pues la desconexión es permanente.

—Es horrible... horrible.

—Es peor de lo que crees. Estoy convencido de que en algún lugar del cuerpo de este hombre, la mente, intacta, todavía existe. Prisionera e impotente en un cuerpo que no puede controlar. ¿Cuál debe ser la tortura de ésa mente? Karl se puso súbitamente rígido.

—No conquistarás la Tierra por medio de esta horrible y atroz brutalidad. Es un arma increíblemente cruel, pero no más mortífera que una docena de las nuestras.

Pagarás por esto.

—Por favor, Karl, no tienes ni la más remota idea del carácter mortífero del

Campo de Desconexión. El campo es independiente del espacio y quizá también del tiempo, así que su campo de acción puede extenderse casi indefinidamente.

¿Sabes que no se requirió más que un disparo para incapacitar a todas las criaturas de sangre caliente que había en Afrodópolis? —La voz de Antil subió de tono con nerviosismo—. ¿Sabes que puedo envolver TODA LA TIERRA con el campo... convertir a tus miles de millones de semejantes en el duplicado de esos cuerpos muertos en vida con UN SOLO DISPARO? Karl no reconoció su propia voz al murmurar:

—¡Loco! ¿Eres tú el único que conoce el secreto de este infame campo? Antil prorrumpió en una risa hueca.

—Sí, Karl, la culpa es sólo mía, nada más que mía. Pero matarme no solucionaría nada. Si yo muero, hay otros que saben dónde encontrar la inscripción, otros que no sienten mi simpatía por la Tierra. No tengo nada que temer de ti, Karl, pues mi muerte significaría el fin de tu mundo.

El terrícola estaba deshecho..., deshecho por completo. En su interior ya no había ni la más pequeña duda en cuanto al poder de los venusianos.

—Me rindo —murmuró—, me rindo.

¿Qué debo decir a mi pueblo? —Expónles mis condiciones y lo que podría hacer si quisiera.

Karl se alejó del venusiano como si su mismo contacto fuera mortal.

—Se lo diré.

—Diles también que Venus no es vengativo. No deseamos utilizar nuestra arma, ya que es demasiado horrible para emplear. Si nos conceden la independencia en nuestros propios términos, y nos permiten ciertas precauciones necesarias para evitar una nueva esclavitud futura, lanzaremos cada una de nuestras cinco armas y la inscripción explicativa hacia el Sol.

La voz del terrícola siguió siendo un susurro desentonado:

—Se lo diré.

El almirante Von Blumdorff era tan prusiano como su nombre, y su código militar era la simple fuerza bruta. De modo que fue completamente natural que sus reacciones ante el informe de Karl Frantor fueran explosivas dentro de su sarcástica burla.

—Es usted un loco inconsciente —gritó al joven—. Esto es lo que resulta de las conversaciones, las palabras, las tonterías.

Ha osado venirme con ese cuento de viudas viejas sobre armas misteriosas, de incalculable fuerza. Sin una sola prueba, usted acepta todo lo que ese maldito verdense le dice, y se rinde despreciablemente. ¿Acaso no podía amenazar, no podía engañar, o mentir? —El no amenazó, engañó ni mintió —contestó amablemente Karl—. Lo que dijo fue una verdad indiscutible. Si usted hubiera visto al hombre sin cerebro...

—¡Bah! Ésa es la parte más inexcusable de todo este maldito asunto. ¡Exhibir ante usted a un lunático!, algún retrasado mental cualquiera, y decir «¡Ésta es nuestra

arma!», ¡y usted creyéndolo todo! —¿Hicieron algo más que hablar? ¿Hicieron una demostración del arma? ¿Se la enseñaron siquiera? —Naturalmente que no. El arma es mortal. No van a matar a un venusiano para darme gusto. En cuanto a enseñarme el arma..., bueno, ¿enseñaría usted su carta buena a su contrario? Ahora conteste usted a unas cuantas preguntas. ¿Por qué está Antil tan seguro de sí mismo? ¿Cómo conquistó todo Venus tan fácilmente? —Admito que no puedo explicármelo, pero ¿prueba eso que su explicación sea la correcta? De cualquier modo, estoy harto de tanto hablar. Vamos a atacar en seguida y ¡al infierno todas las teorías! Me enfrentaré a ellos con proyectiles de tonita y usted podrá observar su engaño en sus horribles caras.

—Pero, almirante, debe usted comunicar mi informe al presidente.

—Lo haré... cuando haya mandado Afrodópolis al otro mundo.

Conectó la unidad central de emisión.

—¡Atención, todas las naves! ¡Formación de batalla! Dentro de quince minutos nos lanzaremos sobre Afrodópolis con todas las sobrecargas de tonita. —Después se volvió hacia el ordenanza—. Diga al capitán Larsen que informe a Afrodópolis de que tienen quince minutos para izar la bandera blanca.

Los minutos que transcurrieron a continuación fueron tensos y exasperantes para Karl Frantor. Permaneció sentado en silencio, con la cabeza sepultada entre las manos; el débil clic del cronómetro al final de cada minuto sonaba como un trueno en sus oídos. Contó esos clics en un susurro 8 - 9 - 10. ¡Dios! ¡Sólo faltaban cinco minutos para una muerte segura! ¿O tendría razón Von Blumdorff? ¿Habían ideado los venusianos un atrevido engaño? Un ordenanza penetró en la habitación y saludó.

—Los verdosos acaban de contestar, señor.

—Bien. —Von Blumdorff se inclinó hacia delante con impaciencia.

—Dicen: «Urgentemente solicitamos a la flota que no ataque. Si lo hacen, no seremos responsables de las consecuencias». —¿Eso es todo? —dijo con un grito ultrajado.

—Sí, señor.

El almirante prorrumpió en una sulfurada sarta de maldiciones.

—Vaya un descarado que tienen —gritó—. Se atreven a mantener su engaño hasta el final.

Y cuando terminó de decirlo, los quince minutos habían transcurrido, y la poderosa flota se puso en movimiento. En filas y ordenada formación, descendieron hacia el nuboso velo del segundo planeta. Von Blumdorff sonreía entre dientes al contemplar el pavoroso espectáculo que se reflejaba en el televisor... hasta que la matemáticamente precisa formación de batalla se rompió de repente.

El almirante siguió observando y se frotó los ojos. La mitad de la flota más distante se había vuelto repentinamente loca.

Primero, las naves se tambalearon; después cambiaron de dirección y dispararon a objetivos descabellados.

Entonces llegaron llamadas de la mitad sana de la flota... informes de que el ala izquierda había dejado de responder a la radio.

El ataque a Afrodópolis fue inmediatamente interrumpido al darse la orden de capturar las naves que volaban a ciegas. Von Blumdorff paseaba furioso arriba y abajo y se mesaba el cabello. Karl Frantor gritó: «Es su arma» y volvió a sumirse en su anterior silencio.

De Afrodópolis no llegó ningún mensaje.

Durante dos horas enteras, el resto de la flota terrestre luchó con sus propias naves.

Siguiendo los cursos sin rumbo de las astronaves afectadas, se acercaban y las agarraban. Atados entonces con rígida fuerza, se aplicaban los cohetes hasta que el loco vuelo de las otras se equilibrada y detenía. Veinte naves de la flota no pudieron ser recuperadas; algunas continuaron en órbita alrededor del Sol, otras se dirigieron hacia un espacio desconocido y unas pocas se estrellaron en Venus.

Cuando las restantes naves del ala izquierda fueron abordadas, los confiados grupos de rescate se quedaron horrorizados. Setenta y cinco cuerpos humanos de mirada fija y estúpida en cada nave. Ni un solo ser humano normal.

Algunos de los primeros en entrar gritaron con horror y huyeron impulsados por el pánico. Otros sólo sintieron náuseas y desviaron la mirada. Un oficial se hizo cargo de la situación de un rápido vistazo; cargó su pistola atómica lentamente e irradió a todos los seres sin cerebro que había a su alcance.

El almirante Von Blumdorff era un hombre deshecho, una sombra lastimosa y agotada de su antiguo orgullo y carácter fanfarrón, cuando supo lo peor. Le llevaron a uno de los seres sin cerebro y retrocedió con pasos vacilantes.

Karl Frantor le miró con ojos inyectados de sangre.

—Bueno, almirante, ¿está usted satisfecho? Pero el almirante no contestó. Sacó su pistola, y antes de que nadie pudiera evitarlo, se disparó un tiro en la cabeza.

Una vez más, Karl Frantor se encontraba ante una reunión del presidente y su gabinete, ante un desalentado grupo de hombres asustados. Su informe fue claro y no dejó ninguna duda en cuanto a la decisión que debía tomarse.

El presidente Debuc contempló al ser sin cerebro que le llevaron como prueba.

—Estamos acabados —dijo—. Debemos rendirnos incondicionalmente, ponernos a su merced. Pero algún día... —Sus ojos se iluminaron al pensar en la venganza.

—¡No, señor presidente! —Sonó la voz de Karl—, no debe haber un algún día.

Tenemos que dar a los venusianos su sencillo derecho: libertad e independencia.

Lo pasado debe olvidarse... Nuestros muertos no han hecho más que pagar por el medio siglo de esclavitud venusiana.

Después de esto, debe haber un nuevo orden en el sistema solar... el nacimiento de un nuevo día.

El presidente bajó la cabeza mientras reflexionaba y después la levantó de nuevo, — Tiene usted razón —contestó con energía—; no habrá ideas de venganza.

Dos meses después se firmó el tratado de paz y Venus se convirtió en lo que ha sido desde entonces: una potencia independiente y soberana. Y con la firma del tratado, se envió hacia el Sol una diminuta partícula que daba incesantes vueltas. Era... un arma demasiado terrible para emplear.

Amazing Stories se inclinaba, por aquel entonces, hacia la aventura y la acción, desaprobaba una exposición demasiado científica a lo largo del relato. Yo, naturalmente, incluso entonces escribía la clase de ciencia ficción que incluía una extrapolación científica que era específicamente descrita. Lo que Raymond Palmer hizo en este caso fue omitir algunos de mis debates científicos y colocar, en notas a pie de página, una versión condensada de pasajes que no podía omitir sin dañar la trama.

Era una medida extraordinariamente absurda, que en aquel tiempo me sublevó. Tomé el único desquite posible: coloqué a *Amazing* al final de la lista, en lo que a presentar relatos se refería.

Sin embargo, lo que mejor recuerdo sobre este relato es la observación que sobre él hizo Fred Pohl. La narración finaliza con la Tierra y Venus en paz, con la promesa de la Tierra de respetar la independencia de Venus, y la destrucción del arma por parte de Venus. Fred dijo, una vez hubo leído la historia publicada:

«Y cuando el arma hubo sido destruida, la Tierra borró a los venusianos de la faz de su planeta». Tenía toda la razón. Entonces yo era lo bastante ingenuo como para creer que las palabras y las buenas intenciones eran suficientes. (Fred también comentó que el arma que era demasiado horrible para emplear; fue, de hecho, utilizada). En este caso también tuvo razón, y eso me ayudó a acortar los títulos que eran demasiado largos y complicados.

Desde entonces he tendido a utilizar títulos más cortos, incluso de una sola palabra, algo que Campbell siempre me aconsejó firmemente, (quizá porque los títulos cortos encajaban mejor en la portada y la página de títulos de una revista).

Si pensé que mi venta a Campbell me había convertido en un experto sobre lo que quería y en proporcionárselo, me equivoqué por competo. En febrero de 1939 escribí un relato llamado *La decadencia y caída*. El 21 de ese mismo mes se lo entregué a Campbell, y me fue devuelto con enorme prontitud, el 25.

Después hizo la ronda sin resultado y nunca se publicó. Ya no existe y no recuerdo absolutamente nada sobre él.

El 4 de marzo de 1939, comencé a escribir mi proyecto más ambicioso hasta la fecha. Era una novela corta (en la cual uno de los personajes más importantes llevaba el nombre de Russell Winterbotham), que sería dos veces más larga que cualquiera de mis relatos precedentes. La titulé *Peregrinaje*. Era mi primer intento de escribir «historia futura»; es decir, un cuento sobre una época de un futuro lejano escrita como si se tratara de una novela histórica. También era la primera vez que intentaba escribir un relato a escala galáctica.

Estuve muy excitado mientras trabajé en ella y sentía que era una «epopeya». (No obstante, recuerdo que Winterbotham se mostró bastante dudoso respecto a ella cuando le describí la trama en una carta). El 21 de marzo de 1939 se la llevé a Campbell, lleno de grandes esperanzas, pero el 24 ya estaba de vuelta con una carta que decía: «Tiene usted una idea básica que puede convertirse en un relato interesante, pero, tal como está, no tiene la fuerza suficiente».

Esta vez no me di por vencido. Volví a ver a Campbell el día 27 y le pedí que me permitiera revisarla para reforzar los puntos débiles que había encontrado en ella. Le llevé la segunda versión el 25 de abril, también ésta la encontró defectuosa, pero esta vez fue Campbell el que solicitó una revisión. Volví a intentarlo y la tercera versión fue presentada el 9 de mayo y rechazada el 17. Campbell admitió que aún había la posibilidad de salvarla, pero dijo que, después de tres intentos, debía dejarla unos cuantos meses de lado y entonces revisarla desde un nuevo punto de vista.

Hice lo que me aconsejó y esperé dos meses (el tiempo mínimo que podía interpretar por «algunos meses»), y el 8 de agosto le presenté la cuarta versión.

Esta vez, Campbell dudó hasta el 6 de setiembre, y entonces la rechazó definitivamente basándose en que Robert A. Heinlein acababa de presentar una importante novela corta (publicada después con el título de *Si esto prosigue...*) que tenía un tema religioso. Puesto que *Peregrinaje* también tenía un tema religioso, John no podía utilizarla. Dos relatos sobre un tema tan sensible en rápida sucesión eran demasiados.

Yo había escrito la historia cuatro veces, pero comprendí la posición de Campbell. Éste dijo que el relato de Heinlein era el mejor de los dos y yo sabía que no puede esperarse de un editor que escoja el peor y rechace el mejor simplemente porque escribir el peor ha supuesto un trabajo tan grande.

Sin embargo, nada me impedía tratar de venderla en cualquier otro sitio. Estuve dos años intentándolo, tiempo durante el cual volví a escribirla otras dos veces y la titulé *Cruzada galáctica*.

Eventualmente, la vendí a otra de las revistas que estaban surgiendo a raíz del éxito logrado por Campbell con *Astounding*. Era *Planet Stories*, que durante los años cuarenta iba a distinguirse por sus «óperas espaciales», los cuentos sangrientos de la guerra interplanetaria. Mi relato encajaba en este tipo, y el director de *Planet*, Malcom Reiss, se sintió atraído por él.

Sin embargo, el aspecto religioso también le preocupó. Quería que revisara el relato, me dijo durante una comida el 18 de agosto de 1941, que suprimiera toda referencia directa a la religión. Particularmente, quería que dejara de referirme a cualquiera de los personajes como a «sacerdotes». Suspirando, acepté, y revisé la novela por sexta vez. El 7 de octubre de 1941, la aceptó y, tras dos años y medio, que incluían diez rechazos, el relato fue finalmente publicado.

Pero, tras haberme forzado a suprimir todo su aspecto religioso, ¿qué hizo Reiss? Pues le cambió el título (sin consultarme, naturalmente) y lo llamó *Fraile negro de la llama*.

Debo mencionar dos puntos de este relato antes de presentarlo.

Primero, fue el único relato que vendí a *Planet*.

Segundo, fue ilustrado por Frank R. Paul.

Paul era el más prominente de todos los ilustradores de ciencia ficción de la era pre-Campbell, y, que yo sepa, ésta fue la única vez que nuestros caminos se cruzaron profesionalmente.

Le vi una vez, pero a cierta distancia. El 2 de julio de 1939, asistí a la Primera Convención Mundial de Ciencia Ficción, que tuvo lugar en Manhattan. Frank Paul fue el invitado de honor. Fue la primera ocasión en que me reconocieron públicamente como un profesional, y no como un simple aficionado.

Con tres relatos publicados en mi haber (*Opinión pública* acababa de aparecer), me hicieron subir a la plataforma para saludar.

Recuerdo que Campbell estaba sentado en un asiento lateral y que me animó, encantado, a subir al estrado.

Pronuncié unas palabras, calificándome como «el peor escritor de ciencia ficción que no había sido linchado». Naturalmente, no lo creía así, y dudo de que cualquiera creyera por un momento que así fuera.

FRAILE NEGRO DE LA LLAMA

Los ojos de Russell Tymball estaban llenos de lóbrega satisfacción, mientras contemplaban las ruinas ennegrecidas de lo que unas cuantas horas antes había sido un crucero de la flota lasiniana. Las vigas maestras retorcidas, diseminadas por todas direcciones, atestiguaban ampliamente la extraordinaria fuerza de la caída.

El gordinflón terrícola volvió a entrar en su propio y bruñido estrato-cohete y aguardó. Sus dedos retorcieron distraídamente un largo cigarro durante unos minutos antes de encenderlo. A través del humo ascendente, sus ojos se entrecerraron y permaneció sumido en sus pensamientos.

Se levantó al oír una cautelosa llamada.

Dos hombres entraron apresuradamente lanzando una última y fugitiva mirada hacia atrás. La puerta se cerró sin ruido, y uno se dirigió inmediatamente hacia los controles.

El desolado paisaje desértico apareció muy por debajo de ellos casi en seguida, y la proa plateada del estrato-cohete apuntó hacia la antigua metrópoli de Nueva York.

Pasaron unos minutos antes de que Tymball hablara.

—¿Todo claro? El hombre que estaba en los controles asintió.

—Ni una sola nave tiránica a la vista. Es evidente que el Grahul no ha podido solicitar ayuda por radio.

—¿Tienen el mensaje? —preguntó ansiosamente el otro.

—Lo encontramos con bastante facilidad. Está intacto.

—También encontramos —dijo el segundo hombre, con amargura— otra cosa..., el último informe de Sidi Peller.

Por un momento, la redonda cara de Tymball se dulcificó y algo parecido al dolor se adueñó de su expresión. Y después volvió a endurecerse.

—¡Murió! Pero fue por la Tierra, y por lo tanto no fue muerte. ¡Fue martirio! Calló un momento y después dijo tristemente:

—Déjeme ver el informe, Petri.

Cogió la única y doblada hoja que le alargaron y la sostuvo ante sí. Lentamente, leyó en voz alta:

«El 4 de setiembre, entrada con éxito en el crucero Grahul de la flota tiránica. Me mantuve escondido durante el viaje de Plutón a la Tierra. El 5 de setiembre, localicé el mensaje en cuestión y me apropié de él. Acabo de cerrar los reactores, del cohete. Cierro este informe junto con el mensaje. ¡Larga vida a la Tierra!»

La voz de Tymball sonaba curiosamente emocionada al leer la última palabra.

—Los tiranos lasinianos nunca han inmolado a un hombre tan grande como Sidi Peller. Pero nos lo cobraremos, y con interés. La raza humana aún no está en completa decadencia.

Petri contemplaba el exterior por la ventana.

—¿Cómo pudo Peller hacer todo eso? Un hombre... que viaja de polizón en un

crucero de la flota sin ser descubierto y roba el mensaje en las narices de toda la tripulación y destroza la nave. ¿Cómo lo hizo? Y nunca lo sabremos; a excepción de los escasos hechos de su informe.

—Tenía sus órdenes —dijo Willums, bloqueando los controles y dando media vuelta—. Yo mismo se las llevé a Plutón.

¡Consiga el mensaje! ¡Destruya el Grahul en el Gobi! ¡Lo hizo! ¡Eso es todo! — Se encogió de hombros con cansancio.

La atmósfera de depresión se hizo más intensa hasta que el propio Tymball la rompió con un gruñido:

—Olvidémoslo. ¿Se han ocupado de todo en la nave destruida? Los otros dos asintieron a la vez. La voz de Petri reflejó su espíritu práctico:

—Se eliminaron todas las pistas de Peller y fueron atomizadas. Nunca detectarán la presencia de un ser humano entre las ruinas. El mismo documento se reemplazó por la copia que teníamos preparada, y se quemó cuidadosamente para evitar cualquier sospecha. Incluso fue impregnada con la cantidad exacta de sales de plata que contiene el sello oficial del emperador tirano. Me jugaría la cabeza a que ningún lasiniano sospechará que la caída no fue un accidente o que el mensaje no fue destruido a causa de ella.

—¡Bien! Por lo menos tardarán veinticuatro horas en localizar la nave siniestrada. Es un trabajo difícil. Ahora denme el mensaje.

Cogió la funda metaloide casi con reverencia. Estaba ennegrecida y doblada, todavía un poco caliente. Y entonces, con un salvaje movimiento de la muñeca, rompió la tapa.

El documento que extrajo se desenrolló con un sonido crujiente. En la esquina inferior izquierda estaba el enorme sello de plata del propio emperador lasiniano —el tirano que, desde Vega, regía una tercera parte de la galaxia—. Iba dirigido al virrey del Sol.

Los tres terrícolas contemplaron solemnemente la fina letra impresa. La desagradablemente angular escritura lasiniana brillaba con luz roja bajo los rayos del sol poniente.

—¿Ven como yo tenía razón? —susurró Tymball.

—Como siempre —asintió Petri.

La noche no llegó completamente. El color negro-púrpura del cielo se intensificó ligeramente y las estrellas brillaron imperceptiblemente, pero aparte de eso la estratosfera no se diferenciaba entre la ausencia y la presencia del Sol.

—¿Ha decidido cuál será el próximo paso? —preguntó Willums, vacilante.

—Sí..., hace mucho tiempo. Mañana iré a visitar a Paul Kane, con esto.

—¡El loara Paul Kane! —gritó Petri.

—¡Ése... ese loarista! —exclamó simultáneamente Willums.

—El loarista —convino Tymball—. ¡Es nuestro hombre! —Diga mejor que es el lacayo de los lasinianos —gruñó Willums—. Kane, el jefe del loarismo, es por

consiguiendo el jefe de los traidores humanos que predicaban sumisión a los lasinianos.

—Así es. —Petri estaba pálido, pero más calmado—. Los lasinianos son nuestros enemigos declarados y debemos enfrentarnos a ellos en una lucha limpia..., pero los loaristas son sabandijas. ¡Gran espacio! Preferiría encontrarme a la merced del tirano virrey en persona que tener cualquier cosa que ver con esos repugnantes estudiantes de la historia antigua, que ensalzan la pasada gloria de la Tierra y son culpables de su degradación presente.

—Les juzga con demasiada severidad. —Había una sombra de sonrisa en los labios de Tymball—. Ya he tenido tratos con este dirigente del loarismo con anterioridad.

Oh... —contuvo las exclamaciones de sorprendida consternación que siguieron —, fui muy discreto en cuanto a ello. Ni siquiera ustedes dos lo supieron, y, como ven, Kane todavía no me ha delatado.

Entonces no tuve éxito, pero aprendí un poco. ¡Escúchenme! Petri y Willums se acercaron, y Tymball prosiguió con entonación tajante y desapasionada.

—La primera campaña galáctica de los lasinianos concluyó hace dos mil años, inmediatamente después de la conquista de la Tierra. Desde entonces, no se ha reanudado la agresión, y los planetas humanos independientes de la galaxia están muy satisfechos con el mantenimiento del *statu quo*. Ellos mismos están demasiado divididos como para desear una nueva lucha. El loarismo sólo está interesado en su propia supervivencia ante las intromisiones de nuevas corrientes de pensamiento, y para ellos no tiene mucha importancia que sean los lasinianos o los humanos los que gobiernen la Tierra, siempre que el loarismo prospere. En realidad, nosotros —los nacionalistas— quizá representemos para ellos un peligro mucho mayor en este aspecto que los lasinianos.

Willums sonrió tétricamente.

—No hay duda de que así es.

—Entonces, admitiendo esto, es natural que el loarismo asuma el papel de pacificador. Sin embargo, si conviniera a sus intereses, se unirían a nosotros en un abrir y cerrar de ojos. Y esto —golpeó el documento que tenía delante— es lo que les convencerá de dónde residen sus intereses.

Los otros dos guardaron silencio.

Tymball continuó:

—Disponemos de poco tiempo. No más de tres años, quizá no más de dos. Y sin embargo ya saben las posibilidades de éxito que hoy día tendría una rebelión.

—Lo lograríamos —rezongó Petri, y prosiguió en tono apagado—, si los únicos lasinianos con los que tuviéramos que enfrentarnos fueran los de la Tierra.

—Exactamente. Pero pueden pedir ayuda a Vega, y nosotros no podemos pedirla a nadie. Ninguno de los planetas humanos acudiría en nuestra defensa, tal como ocurrió hace quinientos años. Y ésa es la razón por la que debemos tener al loarismo de nuestra parte.

—¿Y qué hicieron los loaristas hace quinientos años durante la Rebelión Sangrienta? —preguntó Willums, con un odio amargo reflejado en la voz—. Nos abandonaron para salvar su precioso pellejo.

—No nos encontramos en una posición adecuada para recordar aquello —dijo Tymball—. Tendremos su ayuda ahora... y después, cuando todo haya concluido, nuestras cuentas con ellos...

Willums volvió a los controles.

—¡Nueva York dentro de quince minutos! —Y después—: Pero sigue sin gustarme. ¿Qué pueden hacer esos asquerosos loaristas? ¡Las cáscaras desecadas no sirven más que para traiciones y trivialidades! —Constituyen la última fuerza unificadora de la humanidad —replicó Tymball—. Bastantes débiles e indefensos, pero la única oportunidad de la Tierra.

Ahora estaban penetrando en la más espesa atmósfera inferior, y el silbido de aire que provocaban se hizo más estridente.

Willums conectó los cohetes de frenaje al atravesar una capa de nubes grises. Allí, en el horizonte, se veía el gran resplandor difuso de la ciudad de Nueva York.

—Comprueben que sus pases estén en perfecto orden para la inspección lasiniana y oculten el documento. De todos modos, no nos registrarán.

El loara Paul Kane se recostó en su ornamentado sillón. Los delgados dedos de una de sus manos jugaban con un pisapapeles de marfil que había sobre su mesa. Sus ojos evitaban los del hombre más bajo y grueso que tenía delante, y su voz, mientras hablaba, adquiría inflexiones solemnes.

—No puedo seguir protegiéndole, Tymball. Hasta ahora lo he hecho por el lazo de una humanidad común que hay entre nosotros, pero... —Su voz se desvaneció.

—¿Pero? —apremió Tymball.

Los dedos de Kane seguían manoseando el pisapapeles.

—Este último año los lasinianos se han vuelto más duros. Se muestran casi arrogantes. —De repente levantó la vista—. Usted ya sabe que no soy un agente completamente libre, y no poseo la influencia y el poder que usted parece creer que tengo.

Volvió a bajar los ojos, y una nota de preocupación se adueñó de su voz.

—Los lasinianos sospechan. Están empezando a vislumbrar los trabajos de una conspiración clandestina bien organizada, y nosotros no podemos permitirnos el lujo de vernos envueltos en ella.

—Lo sé. En caso de necesidad, están dispuestos a sacrificarnos del mismo modo que sus predecesores sacrificaron a los patriotas de hace cinco siglos. Una vez más, el loarismo representará su noble papel.

—¿Hasta qué punto son buenas sus rebeliones? —Fue la cansada repuesta—. ¿Acaso los lasinianos son mucho peores que la oligarquía de humanos que dirige Santanni o el dictador que gobierna Trántor? Si los lasinianos no son humanos, por lo menos son inteligentes. El loarismo puede vivir en paz con sus gobernantes.

Y ahora Tymball sonrió. No había nada humorístico en ello, más bien una ironía burlona. Extrajo una pequeña carta de su manga.

—Lo cree así, ¿verdad? Tenga, lea esto.

Es una copia fotostática reducida de... No, no la toque..., léala mientras yo la sostengo, y...

Sus demás comentarios se vieron ahogados por el súbito alarido del otro. El rostro de Kane se contrajo alarmantemente convirtiéndose en una máscara de horror, mientras trataba de agarrar el duplicado que mantenían fuera de su alcance.

—¿Dónde lo ha conseguido? —Apenas reconoció su propia voz.

—¿Qué importa eso? Lo tengo, ¿verdad? Y ha costado la vida de un hombre valiente, y una nave de la escuadra de Su Reptilesca Eminencia. Creo que no puede usted abrigar ninguna duda en cuanto a su autenticidad.

—¡No..., no! —Kane se llevó una temblorosa mano a la frente—. Es la firma y el sello del emperador. Es imposible falsificarlos.

—Ya ve, Excelencia —había sarcasmo en el tratamiento—, la renovación de la campaña galáctica es una cuestión de dos años, o tres, a partir de ahora. El primer paso de la campaña se dará en el curso de este mismo año... y a causa de este primer paso —su voz adquirió una dulzura venenosa—, se ha enviado esta orden al virrey.

—Déjeme pensar un momento. Déjeme pensar. —Kane se derrumbó en el sillón.

—¿Acaso tiene necesidad de hacerlo? —gritó Tymball, despiadadamente—. Esto no es más que la constatación de lo que le predije hace seis meses, y a lo que usted no prestó atención. La Tierra, como mundo humano, será destruida; su población, diseminada por grupos en las porciones lasinianas de la galaxia; cualquier resto de ocupación humana, destruida.

—¡Pero la Tierra! La Tierra, el hogar de la raza humana; el principio de nuestra civilización...

—¡Exactamente! El loarismo se muere y la destrucción de la Tierra lo matará. Y una vez desaparecido el loarismo la última fuerza unificadora habrá sido destruida, y los planetas humanos, invencibles si estuvieran unidos, serán borrados, uno por uno, en la segunda campaña galáctica. A menos que...

La voz del otro era monótona.

—Sé lo que va a decirme.

—No más de lo que le dije antes. La humanidad debe unirse, y sólo puede hacerlo alrededor del loarismo. Necesita una causa por la que luchar, y esa causa debe ser la liberación de la Tierra. Yo encenderé la chispa aquí en la Tierra y usted ha de convertir a la porción humana de la galaxia en un polvorín.

—Usted desea una guerra total..., una cruzada galáctica. —Kane hablaba en un susurro—. Pero nadie sabe mejor que yo que una guerra total ha sido imposible durante estos miles de años. —Se echó a reír súbitamente, con amargura—. ¿Sabe lo débil que es hoy el loarismo? —No hay nada tan débil que no pueda reforzarse. Aunque el loarismo se ha debilitado desde sus grandes días, durante la primera

campana galáctica, sigue teniendo su organización y su disciplina; las mejores de la galaxia. Y sus dirigentes son, en general, hombres capaces, y lo digo por usted. Un grupo de hombres inteligentes concienzudamente centralizado, que trabaje a fondo, puede hacer mucho. Debe hacer mucho, pues no tiene elección.

—Déjeme —dijo Kane, débilmente—, ahora no puedo hacer más. He de pensar. —Su voz se desvaneció, pero uno de sus dedos señalaba hacia la puerta.

—¿Para qué sirven sus pensamientos? —gritó Tymball irritado—. ¡Necesitamos hechos! Y con esto, se fue.

La noche había sido horrible para Kane.

Su rostro estaba pálido y deshecho; sus ojos, vacíos y brillantes de fiebre. Sin embargo, habló en voz alta y firme.

—Somos aliados, Tymball.

Tymball sonrió sombríamente, estrechó durante un momento la mano que Kane le tendía, y la soltó.

—Sólo por necesidad, Excelencia. Yo no soy amigo suyo.

—Yo tampoco lo soy suyo. Pero hemos de trabajar juntos. Ya he dado las órdenes iniciales y el Consejo Central las ratificará.

En esta dirección, por lo menos, no preveo dificultades.

—¿Cuándo se producirán los resultados? —¿Quién sabe? El loarismo aún dispone de sus medios de propaganda. Todavía hay quienes escucharán por respeto, y otros por temor, e incluso algunos por la mera fuerza de la propaganda. Pero ¿quién puede decirlo? La humanidad se ha dormido y el loarismo también. Hay poco sentido antilasiniano, y será difícil levantarlo de la nada.

—El odio nunca es difícil de levantar —y el mofletudo rostro de Tymball pareció extrañamente severo—. ¡Emocionalismo! ¡Propaganda! E incluso en su estado de debilidad, el loarismo es rico. Las masas pueden corromperse con palabras, pero los que ocupan puestos importantes requerirán un poco de metal amarillo.

Kane levantó una mano con cansancio.

—No dice nada nuevo. Esa línea de deshonor era la política humana ya en el confuso amanecer de la historia, cuando sólo esta pobre Tierra era humana y aun así se dividió en segmentos opuestos. —Después, amargamente—: ¡Pensar que hemos de volver a las tácticas de aquella bárbara edad! El conspirador se encogió cínicamente de hombros.

—¿Conoce alguna mejor? —E incluso así, con toda esa vileza, podemos fracasar.

—No, si nuestros planes están bien hechos.

El loara Paul Kane se puso en pie de un salto y cerró las manos frente a él.

—¡Loco! ¡Usted y sus planes! ¡Sus sutiles, secretos, solapados y tortuosos planes! ¿Acaso cree que conspiración es rebelión, o rebelión, victoria? ¿Qué puede hacer usted? Puede descubrir información y llegar secretamente a las raíces, pero no puede dirigir una rebelión. Yo puedo organizar y preparar, pero no puedo dirigir una rebelión.

Tymball parpadeó.

—Preparación..., una preparación perfecta...

—... No es nada se lo digo yo. Se pueden tener todos los ingredientes químicos necesarios, y todas las condiciones adecuadas, y sin embargo es posible que no haya reacción. En psicología, particularmente psicología del vulgo, como en química, es necesario tener un catalizador.

—Por todos los espacios, ¿qué quiere decir? —¿Puede usted dirigir una rebelión? —gritó Kane—. Una cruzada es una guerra de emoción. ¿Puede usted controlar las emociones? Usted, un conspirador, no mantendría el fuego de una contienda abierta ni un solo instante. ¿Puedo yo dirigir la rebelión? ¿Yo, un viejo y un hombre de paz? Entonces, ¿quién ha de ser el líder, el catalizador psicológico, que tome la inservible arcilla de su preciosa «preparación» y le insuffle vida? Los músculos de la barbilla de Russel Tymball temblaron.

—¡Derrotismo! ¿Tan pronto? La respuesta fue cruel:

—¡No! ¡Realismo! Hubo un silencio airado y Tymball giró sobre sus talones y se fue.

Era medianoche, hora local de la astronave, y las festividades nocturnas alcanzaban su punto máximo. El gran salón del trasatlántico Flaming Nova estaba lleno de figuras que danzaban, reían y brillaban, volviéndose más joviales a medida que la noche transcurría.

—Esto me recuerda los asuntos triplemente malditos de los que me hará ocupar mi mujer cuando vuelva a Lacto —murmuró Sammel Maronni a su compañero—. Creí que me escaparía de alguno, por lo menos aquí en el hiperespacio, pero evidentemente no ha sido así. —Dio un sordo gruñido y contempló a la concurrencia con una mirada de débil desaprobación.

Maronni iba vestido a la última moda, desde la cinta púrpura de la cabeza hasta las sandalias azul cielo, y parecía sumamente incómodo. Su corpulenta figura estaba enfundada en una túnica de color rojo brillante demasiado ajustada y los ocasionales tirones a su ancho cinturón demostraban que era consciente de su mal aspecto.

Su compañero, más alto y delgado, llevaba el immaculado uniforme blanco con la soltura que da una larga experiencia, y su imponente figura contrastaba fuertemente con el aspecto algo ridículo de Sammel Maronni.

El exportador lactoniano era consciente de este hecho.

—Maldito sea, Drake, tiene un buen empleo. Se viste como una persona importante y no hace nada más que sonreír y contestar a los saludos. ¿Cuánto le pagan por ello? —No lo bastante. —El capitán Drake levantó una de sus cejas grises y miró irónicamente al lactoniano—. Me gustaría que usted tuviera mi empleo por una semana más o menos. Al cabo de ese tiempo ya estaría harto. Si cree que cuidar a gordas damiselas viudas y esnobs de cabello rizado es un lecho de rosas, le invito a que lo pruebe —murmuró malhumoradamente para sí durante un momento, y después se inclinó cortésmente hacia una enojada vieja regañona que le sonreía—.

Es lo que ha encanecido mis cabellos y surcado de arrugas mi cara, ¡por Rigel! Maronni sacó un largo cigarro «Karen» de la bolsa que colgaba de su cintura y lo encendió con placer.

Lanzó una nube de humo verde manzana al rostro del capitán y sonrió pícaramente.

—Aún no he conocido a ningún hombre que hablara bien de su trabajo, aunque éste sea una ganga como el suyo, viejo pillo. Ah, si no me equivoco, la encantadora Ylen Surat va a caer sobre nosotros.

—¡Oh, diablos rosas de Sirio! Casi no me atrevo a mirar. ¿Es esa vieja bruja que viene en nuestra dirección? —Exactamente... ¡y vaya suerte que tiene usted! Es una de las mujeres más ricas de Santanni, y viuda, también. El uniforme las subyuga, supongo.

¡Lástima que yo esté casado! El capitán Drake contrajo el rostro en una mueca horrible.

—Ojalá se le cayera una lámpara encima.

Y con esto se volvió, trocando su expresión por una de dulce satisfacción en sólo un instante.

—Pero, señora Surat, creía que nunca tendría el placer de saludarla.

Ylen Surat, que ya hacía años había pasado de los sesenta, se rió como una niña.

—Repórtese, viejo galanteador, o me hará olvidar que he venido a regañarle.

—Espero que no esté nada mal. —A Drake le dio un vuelco el corazón. No era la primera vez que soportaba las quejas de la señora Surat. Normalmente, todo solía estar mal.

—Hay muchas cosas que están mal.

Acaban de decirme que dentro de cincuenta horas aterrizaremos en la Tierra..., si así es como se pronuncia.

—Totalmente correcto —dijo el capitán Drake, algo más tranquilo.

—Pero es una escala que no estaba prevista cuando embarcamos.

—No, no lo estaba. Pero luego... verá, es cuestión de rutina. Nos iremos diez horas después del aterrizaje.

—Pero esto es insoportable. Me retrasará un día completo. He de llegar a Santanni esta misma semana, y los días son preciosos. Además, nunca he oído hablar de la Tierra. Mi guía —extrajo un libro con tapas de piel de su bolso y lo hojeó furiosamente— ni siquiera la menciona.

Estoy segura de que nadie tiene interés en parar ahí. Si usted persiste en malgastar el tiempo de los pasajeros en una escala totalmente inútil, tendré que hablar de ello con el presidente de la línea. Le recuerdo que tengo algo de influencia en casa.

El capitán Drake suspiró imperceptiblemente. No era la primera vez que le recordaban el «algo de influencia» de Ylen Surat.

—Mi querida señora, tiene usted razón, toda la razón, absolutamente toda... pero no puedo hacer nada. Todas las naves de las líneas Sirio, Alpha Centauri y Cygni 61

deben detenerse en la Tierra. Es un acuerdo interestelar, y ni siquiera el presidente de la línea, por mucho que lamentara su protesta, podría cambiar la ruta.

—Además —interrumpió Maronni, que creyó llegado el momento de acudir en ayuda del acosado capitán—, creo que llevamos dos pasajeros que se dirigen a la Tierra.

—Así es. Lo había olvidado. —El rostro del capitán Drake se animó un poco—. ¡Ahí tiene! Resulta que tenemos una razón concreta para esta escala.

—¡Dos pasajeros entre más de mil quinientos! ¡Vaya una razón! —Es usted injusta —dijo Maronni con sutileza—. Al fin y al cabo, la raza humana proviene de la Tierra. Supongo que ya lo sabía, ¿verdad? Ylen Surat enarcó unas cejas evidentemente postizas.

—¿Sí? La desconcertada expresión de su rostro se trocó en otra de desprecio.

—Oh, bueno, eso fue hace miles y miles de años. Ahora ya no tiene importancia.

—La tiene para el loarismo y los dos pasajeros que desean aterrizar son loaristas.

—¿Pretende decirme —se burló la viuda— que, en ésta era ilustrada, aún hay gente que estudia «nuestra cultura antigua»? ¿No es de eso de lo que siempre hablan? —De eso es de lo que Filip Sanat siempre habla —se rió Maronni—. Hace pocos días me lanzó un sermón sobre este mismo tema. Y fue interesante. La mayor parte de lo que dijo era verdad.

Asintió con ligereza y continuó:

—Es muy inteligente, ese Filip Sanat.

Hubiera podido ser un buen científico u hombre de negocios.

—Habla de meteoros y se los oye zumbir —dijo el capitán, de repente, e hizo una inclinación de cabeza hacia la derecha.

—¡Bueno! —balbuceó Maronni—. Allí está. Pero... pero ¿qué diablos está haciendo aquí? Realmente, Filip Sanat tenía un aspecto bastante, incongruente mientras permanecía enmarcado en el umbral más distante. Su túnica larga y oscura —característica de los loaristas— era una mancha tétrica en un escenario alegre. Sus melancólicos ojos se volvieron hacia Maronni y levantó inmediatamente la mano en señal de reconocimiento.

Los asombrados bailarines, le abrieron paso automáticamente, siguiéndole con una mirada larga y curiosa. Se podía oír la estela de susurros que dejaba tras de sí. Sin embargo, Filip Sanat no se dio cuenta de ello. Con los ojos inflexiblemente fijos delante de él y una expresión impasible, llegó junto al capitán Drake, Sammel Maronni e Ylen Surat.

Filip Sanat saludó calurosamente a los dos hombres y después, en respuesta a una presentación, se inclinó gravemente ante la viuda, que le contemplaba con sorpresa y manifiesto desprecio.

—Perdóneme por molestarle, capitán Drake —dijo el joven en voz baja—. Sólo quería saber a qué hora saldremos del hiperespacio.

El capitán extrajo de su bolsillo un cronómetro.

—Una hora a partir de este momento.

—¿Y entonces estaremos...? —Fuera de la órbita del planeta IX.

—Es decir, Plutón. Así que el Sol estará a la vista cuando entremos en el espacio normal, ¿verdad? —Así será, si mira en la dirección correcta... hacia la proa de la nave.

—Gracias.

Filip Sanat hizo ademán de alejarse, pero Maronni le detuvo.

—Quédate, Filip. No pensarás abandonarnos, ¿verdad? Estoy seguro de que la señora Surat está ansiosa por hacerte unas cuantas preguntas. Ha demostrado gran interés por el loarismo. —En los ojos del lactoniano se observaba una mirada maliciosa.

Filip Sanat se volvió atentamente hacia la viuda, que, sorprendida por el momento, permanecía muda, y entonces se recobró.

—Dígame, joven —exclamó—, ¿quedan realmente personas como usted? Loaristas, quiero decir.

Filip Sanat se sobresaltó y observó con bastante rudeza a su interlocutora, pero no perdió el don de la palabra. Con tranquila claridad, dijo:

—Todavía quedan personas que tratan de mantener la cultura y la forma de vida de la antigua Tierra.

El capitán Drake no pudo evitar un comentario irónico:

—¿Incluso bajo el dominio de la cultura de los maestros lasinianos? Ylen Surat lanzó un grito ahogado.

—¿Quiere decir que la Tierra es un mundo lasiniano? ¿Lo es? ¿Lo es? —Su voz se convirtió en un chillido asustado.

—Naturalmente —contestó el asombrado capitán, arrepentido de haber hablado—. ¿No lo sabía? —Capitán —había histerismo en la voz de la mujer—, no debe usted aterrizar. Si lo hace, le crearé dificultades... muchas dificultades. No me expondré a las hordas de esos horribles lasinianos... esos espantosos reptiles de Vega.

—No tiene nada que temer, señora Surat —observó Filip Sanat, fríamente—. La inmensa mayoría de la población terrestre es humana. Sólo el uno por ciento, que gobierna, es lasiniano.

—Oh... —Hizo una pausa, y después, de forma hiriente, dijo—: Bueno, no creo que la Tierra sea tan importante, si ni siquiera está gobernada por humanos. ¡El loarismo! ¡Una estúpida pérdida de tiempo es como yo lo llamo! El rostro de Sanat enrojeció súbitamente, y por un momento pareció luchar en vano por hablar. Cuando lo hizo, fue en un tono de gran agitación:

—Tiene usted un punto de vista muy superficial. El hecho de que los lasinianos controlen la Tierra no tiene nada que ver con el problema fundamental del loarismo, que...

Giró sobre los talones y se fue.

Sammel Maronni lanzó un largo suspiro mientras contemplaba a la figura que se

alejaba.

—Le ha dado en un punto doloroso, señora Surat, nunca le había visto renunciar de este modo a discutir o intentar explicar algo.

—No tiene mal aspecto —dijo el capitán Drake.

Maronni se rió entre dientes.

—Ni por asomo. Ese joven y yo somos del mismo planeta. Es un típico lactoniano, como yo.

La viuda se aclaró la garganta con mal humor.

—Oh, cambiemos de tema. Ese hombre parece haber lanzado una sombra sobre toda la habitación. ¿Por qué llevan esas horribles túnicas de color púrpura? ¡Tan poco elegantes! El loara Broos Porin levantó la vista al entrar su joven acólito.

—¿Bien? —Dentro de menos de cuarenta y cinco minutos, loara Broos.

Y dejándose caer en un sillón, Sanat apoyó su rostro congestionado y ceñudo en un puño cerrado.

Porin contempló al otro con una afectuosa sonrisa.

—¿Has vuelto a discutir con Sammel Maronni, Filip? —No, no exactamente. — Se enderezó de un salto—. Pero ¿para qué sirve, loara Broos? Allí, en el nivel superior, hay cientos de humanos, irreflexivos, vestidos alegremente, riendo, divirtiéndose; y ahí afuera está la Tierra, abandonada. Entre todos los viajeros de la nave, sólo nosotros dos vamos allí para ver el mundo de nuestros antiguos días.

Sus ojos evitaron los del hombre de más edad y su voz adquirió un matiz de amargura.

—Y hubo un tiempo en que miles de humanos, procedentes de todos los rincones de la galaxia, aterrizaban cada día en la Tierra. Los grandes días del loarismo se han acabado.

El loara Broos se echó a reír. Nadie hubiera pensado que su ceñuda figura abrigara una risa tan enérgica.

—Ésta debe ser por lo menos la centésima vez que te oigo decir esto.

¡Tonto! Llegará un día en que la Tierra volverá a ser recordada. La gente aún volverá a acudir en tropel. Vendrán por miles y millones.

—¡No! ¡Se ha acabado! —¡Bah! Los agoreros profetas de la fatalidad han dicho eso una y otra vez a lo largo de la historia. Pero todavía no se ha demostrado que estuvieran en lo cierto.

—Esta vez se demostrará. —Los ojos de Sanat brillaron súbitamente—. ¿Sabe por qué? Porque la Tierra ha sido profanada por los conquistadores reptiles. Una mujer acaba de decirme, una mujer insustancial, estúpida y vacía, que no cree que la Tierra sea tan importante si ni siquiera está gobernada por humanos. Ha dicho lo que millones deben decir inconscientemente, y yo no he tenido palabras para refutárselo.

Ha sido un argumento que no podía refutar.

—¿Y cuál sería tu solución, Filip? Vamos, ¿la has pensado? —¡Expulsarlos de la Tierra! ¡Convertirla una vez más en un planeta humano! Hace dos mil años luchamos

con ellos durante la primera campaña galáctica, y los detuvimos cuando parecía que iban a absorber la galaxia. Hagamos una segunda campaña y les enviaremos de regreso a Vega.

Porin suspiró y movió la cabeza.

—¡Vaya un exaltado que eres! Ningún loarista ha dejado de serlo al hablar de este tema. El tiempo te curará y te apaciguará.

¡Mira, muchacho! —El loara Broos se levantó y agarró al otro por los hombros— El hombre y el lasiniano son inteligentes, y son las dos únicas razas inteligentes de la galaxia. Son hermanas en mente y en espíritu. Estad en paz con ellos. No odiéis, pues el odio es la emoción más irracional.

En lugar de eso, esforzaos en comprender.

Filip Sanat miraba fijamente al suelo y no dio muestras de haber oído. Su mentor chasqueó la lengua en señal de amable reprobación.

—Bueno, cuando seas más viejo lo entenderás. Ahora, olvídate de todo esto, Filip. Recuerda que estás a punto de realizar la ambición de todos los loaristas verdaderos. Dentro de dos días llegaremos a la Tierra —y su suelo estará bajo nuestros pies. ¿No es bastante para que te sientas feliz? ¡Piénsalo! Cuando regreses, serás recompensado con el título de «loara»:

Serás alguien que ha visitado la Tierra. Te prenderán el sol dorado en el hombro.

La mano de Porin se deslizó hacia el llamativo círculo amarillo que llevaba sobre su propia túnica, mudo testigo de sus tres visitas anteriores a la Tierra.

—Loara Filip Sanat —dijo lentamente Sanat, con los ojos brillantes—. Loara Filip Sanat. Suena bien, ¿verdad? Y ya está muy cerca.

—Veo que te sientes mejor. Pero ven, dentro de pocos momentos dejaremos el hiperespacio y veremos el Sol.

Mientras hablaba, la gruesa capa de hipermateria que se adhería con tanta fuerza a los costados del Flaming Nova ya experimentaba los curiosos cambios que marcaban el comienzo de la entrada en el espacio normal. La oscuridad se aclaró un poco y anillos concéntricos de diversas tonalidades de gris se persiguieron unos a otros con velocidad creciente. Era una fantástica y hermosa ilusión óptica que la ciencia no había podido explicar.

Porin apagó la luz de la habitación, y los dos permanecieron inmóviles en la oscuridad, contemplando la débil fosforescencia de las veloces ondas que desaparecían con gran rapidez. Después, con una precipitación terroríficamente silenciosa, toda la estructura de hipermateria pareció arder en un torbellino de brillantes colores. Y entonces todo volvió a ser paz. Las estrellas centelleaban mudamente contra el curvado telón de fondo del espacio normal.

Y sobre el extremo de la portilla refulgía el resplandor más brillante del cielo con una luminosa llama amarilla que iluminó los rostros de los dos hombre, transformándolos en pálidas máscaras de cera. ¡Era el Sol! La estrella de nacimiento del hombre estaba tan distante que no era más que un disco perceptible, aunque no se

veía otro objeto tan brillante. Iluminados por su débil luz amarilla, los dos permanecieron en reflexión silenciosa, y Filip Sanat se calmó gradualmente.

Al cabo de dos días, el Flaming Nova aterrizaba en la Tierra.

Filip Sanat olvidó la deliciosa emoción que le había embargado en el momento que sus sandalias entraron por primera vez en contacto con la firme hierba de la Tierra al distinguir a un oficial lasiniano.

En realidad parecían humanos... o humanoides, por lo menos.

A primera vista, las predominantes características humanas borraban todo lo demás. El esquema del cuerpo no difería esencialmente del de los hombres. El cuerpo bípedo y de cuatro extremidades, los bien proporcionados brazos y piernas, el cuello bien definido, eran pruebas patentes.

Sólo al cabo de unos minutos los pequeños detalles que marcaban la diferencia entre las dos razas se hacían evidentes.

El principal era las escamas que les cubrían la cabeza y una gruesa línea en la espina dorsal, a medio camino de las caderas. La propia cara, con la nariz plana, ancha y ligeramente escamosa y los ojos sin párpados, era bastante repulsiva, pero de ningún modo bestial.

Porin observó la sorpresa de Sanat ante esta primera visión de los reptiles de Vega con grandes signos de satisfacción.

—Ves —comentó—, su aspecto no es monstruoso en absoluto. Entonces, ¿por qué debería existir el odio entre los humanos y los lasinianos? Sanat no contestó. Naturalmente, su viejo amigo tenía razón. La palabra «lasiniano» había estado tanto tiempo asociada en su mente a las de «extranjero» y «monstruo» que, contra todo conocimiento y razón, en su subconsciente había esperado ver alguna fantástica forma de vida.

No obstante, aunque trató de sofocar el absurdo sentimiento que causaba esta suposición, siguió experimentando el mismo odio persistente, que llegó a furia cuando pasaron la inspección ante un altivo lasiniano que hablaba inglés.

A la mañana siguiente, los dos salieron hacia Nueva York, la ciudad más grande del planeta. La histórica visita a la increíblemente antigua metrópoli hizo olvidar a Sanat las dificultades de la galaxia, durante todo un día. Fue un gran momento para él cuando finalmente se encontró ante una altísima estructura y se dijo: «Esto es el Memorial».

El Memorial era el mayor monumento de la Tierra, dedicado al lugar de origen de la raza humana, y era el miércoles, el día de la semana que dos hombres «guardaban la Llama». Dos hombres, solos en el Memorial, vigilaban el vacilante fuego amarillo que simbolizaba el valor y la iniciativa humana... y Porin ya se las había arreglado para que aquel día la elección recayera sobre él y Sanat, en su calidad de loaristas recién llegados.

Así pues, a la débil luz del crepúsculo, los dos se encontraron solos en la espaciosa estancia de la llama del Memorial. En la sombría semioscuridad, iluminada

tan sólo por el vacilante fulgor de una incierta llama amarilla, una gran calma descendió sobre ellos.

Había algo en la especial atmósfera del lugar que borraba toda alteración mental.

Las vacilantes sombras que se abrían paso a través de los pilares de la larga columnata que había en ambos lados, creaban una fascinación hipnótica.

Gradualmente, Filip Sanat sintió sueño, y con los ojos adormilados miró la llama intensamente, hasta que se convirtió en un ser viviente de luz que alzaba su mortecina y silenciosa figura junto a su débil resplandor. Pero los sonidos más insignificantes son suficientes para interrumpir una ensoñación, en especial cuando se oyen después de un silencio profundo. Sanat se puso súbitamente rígido, y agarró el codo de Porin con fuerza.

—Escuche —murmuró con cautela.

Porin se despertó sobresaltado de un pacífico ensueño, contempló a su joven compañero con intranquila intensidad, y después, sin pronunciar una sola palabra, tendió el oído. El silencio era más profundo que nunca..., como una capa tangible.

Después, el ruido más débil posible de unas pisadas sobre mármol, a lo lejos. Un susurro, casi imposible de oír, y otra vez el silencio.

—¿Qué es? —preguntó sorprendido al ver a Sanat, que ya se había puesto en pie.

—¡Lasiniano! —exclamó Sanat, con el rostro convertido en una máscara de indignación llena de odio.

—¡Imposible! —Porin hizo un esfuerzo por mantener la voz serena, pero le tembló a pesar de él—. Sería un hecho inaudito. Lo que pasa es que estamos imaginándonos cosas. Nuestros nervios están excitados por este silencio, eso es todo. Quizá sea algún oficial del Memorial.

—¿Después de la puesta del sol, un miércoles? —dijo Sanat con voz estridente—. Sería tan ilegal como la entrada de esos lagartos lasinianos, y mucho más improbable. Como guardián de la Llama, tengo el deber de investigarlo.

Hizo ademán de dirigirse a la puerta en sombras, y Porin le agarró temerosamente por la muñeca.

—No lo hagas, Filip. Olvidémonos de eso hasta el amanecer. Nunca puede saberse lo que ocurrirá. ¿Qué puedes hacer tú, incluso suponiendo que los lasinianos hayan entrado en el Memorial? Si tú...

Pero Sanat había dejado de escucharle.

Rudamente, se desasíó del desesperado apretón del otro.

—¡Quédese aquí! Alguien ha de vigilar la Llama. Volveré pronto.

Ya se encontraba a medio camino del espacioso vestíbulo de suelo de mármol. Se acercó con precaución a la puerta de cristal que daba a la oscura escalera de caracol que, medio en penumbras, conducía al desierto rincón de la torre.

Quitándose las sandalias, trepó por las escaleras, lanzando una última mirada hacia la blanda suavidad de la Llama, y hacia la nerviosa y asustada figura que permanecía junto a ella.

Los dos lasinianos estaban frente a la nacarada luz de la lámpara atómica.

—Vaya un lugar viejo y melancólico —dijo Threg Ban Sola. La cámara que llevaba en la muñeca chasqueó tres veces. Baja algunos de esos libros que hay en las paredes. Servirán como prueba adicional.

—¿Crees que es prudente? —preguntó Cor Wen Hasta—. Esos monos humanos pueden echarlos de menos.

—¡Qué importa! —Fue la helada respuesta—. ¿Qué pueden hacer ellos? —Lanzó una apresurada mirada a su cronómetro—. Ganaremos cincuenta créditos por cada minuto que permanezcamos aquí, así que también podemos hacer un buen montón para distraernos durante un rato.

—Pirat For está loco. ¿Por qué pensó que no aceptaríamos la apuesta? —Creo —dijo Ban Sola— que oyó hablar del soldado que el año pasado despedazaron por saquear un museo europeo. A los humanos no les gusta eso, aunque Vega sabe que el loarismo está podrido a causa del dinero. Los humanos fueron castigados, desde luego, pero el soldado estaba muerto. Sea como fuere; lo que Pirat For no sabe es que el Memorial está desierto los miércoles. Esto va a costarle caro.

—Cincuenta créditos por minuto. Y ahora hace siete minutos.

—Trescientos cincuenta créditos.

Siéntate. Juguemos a cartas y veremos cómo aumenta nuestro dinero.

Threg Ban Sola sacó de su bolsillo un desgastado paquete de cartas que, aunque eran típica y esencialmente lasinianas, mostraban trazas inequívocas de su derivación humana.

—Pon la lámpara atómica sobre la mesa y yo me sentaré entre ella y la ventana —continuó perentoriamente, barajando las cartas mientras hablaba—. Te garantizo que no hay ningún lasiniano que haya jugado alguna vez en una atmósfera parecida.

Bueno, eso triplicará el aliciente del juego.

Cor Wen Hasta se sentó, y después volvió a levantarse.

—¿No has oído algo? —contempló las sombras que había detrás de la puerta medio abierta.

—No. —Ban Sola frunció el ceño y siguió barajando—. No estarás poniéndote nervioso, ¿verdad?

—Claro que no. Aun así, si nos atrapan aquí, en esta maldita torre, no sería nada agradable.

—Eso es imposible. Las sombras te vuelven aprensivo. —Dio las cartas.

—Sabes —dijo Wen Hasta, estudiando cuidadosamente sus cartas—, tampoco sería nada divertido que el virrey llegara a enterarse de esto. Me imagino que no trataría ligeramente a los ofensores de los loaristas, por cuestión de política. Allí en Sirio, donde serví antes de que me trasladaran, la escoria...

—Escoria, desde luego —gruñó Ban Sola—. Se reproducen como moscas y luchan unos con otros como toros locos.

¡Mira qué criaturas! —Volvió las cartas hacia abajo y continuó argumentando—:

Quiero decir, mirándolos científica e imparcialmente, ¿qué son? ¡Sólo mamíferos! Mamíferos que pueden pensar, en cierto modo; pero mamíferos igualmente. Eso es todo.

—Lo sé. ¿Has visitado alguna vez uno de los mundos humanos? Ban Sola sonrió.

—Lo haré, dentro de muy poco.

—¿De permiso? —Wen Hasta mostró un educado asombro.

—¡De permiso! ¡Con mi nave! ¡Y con las pistolas disparando! —¿Qué quieres decir? —Hubo un súbito destello en los ojos de Wen Hasta.

La sonrisa de Ban Sola se hizo más misteriosa.

—Suponen que no lo sabemos, ni siquiera los oficiales, pero ya sabes cómo corren las noticias.

Wen Hasta asintió.

—Lo sé. —Ambos habían bajado la voz instintivamente.

—Bueno. La Segunda Campaña puede comenzar en cualquier momento.

—¡No! —¡Seguro! Y vamos a empezarla aquí mismo. Por Vega, en el palacio virreinal no se habla de otra cosa. Algunos oficiales incluso hemos empezado una apuesta acerca de la fecha exacta del primer movimiento. Yo mismo he jugado cien créditos al veinte por uno, pero sólo a la semana próxima. Tú puedes apostar ciento cincuenta por uno, si eres lo bastante valiente como para escoger un día en particular.

—Pero ¿por qué en este planeta olvidado de la galaxia? —Estrategia del Ministerio del Interior.

—Ban Sola se inclinó hacia delante—. Nuestra posición actual nos enfrenta a un enemigo numéricamente superior, pero demasiado dividido. Si podemos mantenerlos así, los conquistaremos uno por uno. Los mundos humanos perecerían antes que cooperar unos con otros.

Wen Hasta sonrió, asintiendo.

—Es una conducta típicamente mamífera. La evolución debió burlarse al conceder inteligencia a un mono.

—Pero la Tierra tiene un significado especial. Es el centro del loarismo, porque los humanos se originaron aquí.

Corresponde al mismo sistema de riega.

—¿Lo dices en serio? ¡No puede ser! ¿Esta diminuta mancha de dos por cuatro? —Es lo que ellos dicen. Yo no estaba aquí en aquella época, de modo que no lo sé. Pero sea como fuere, si podemos destruir la Tierra, acabaremos con el loarismo, que tiene aquí su centro vital. Los historiadores dicen que fue el loarismo lo que unió a los mundos en contra nuestra al final de la Primera Campaña. Sin el loarismo, el último temor a la unificación del enemigo desaparece, y la victoria es sencilla.

—¡Muy inteligente! ¿Qué plan seguiremos? —Bueno, se dice que buscarán hasta el último humano sobre la Tierra y los diseminarán por los mundos dominados.

Entonces podremos destruir todas las demás cosas de la Tierra que huelan a mamíferos y convertir el planeta en un mundo totalmente lasiniano.

—Pero ¿cuándo? —No lo sabemos; de ahí la existencia de la apuesta. Pero nadie se ha arriesgado más allá de un período de dos años.

—¡Hurra por Vega! Te apuesto dos a uno a que acribillo un crucero humano antes que tú, cuando llegue el momento.

—Hecho —exclamó Ban Sola—. Pongo cincuenta créditos.

Se levantaron para unir sus puños en señal de acuerdo y Wen Hasta sonrió al consultar su cronómetro.

—Otro minuto y dispondremos de mil créditos. Pobre Pirat For. Protestará.

Vayámonos ya; más, sería extorsionarle.

Se oyó una risa ahogada mientras los dos lasinianos se marchaban, arrastrando suavemente la capa tras de sí. No se fijaron en la sombra ligeramente más oscura que estaba adosada a la pared del descansillo, a pesar de que casi la rozaron al pasar.

Tampoco sintieron sus llameantes ojos, fijos sobre ellos mientras descendían en silencio.

El loara Broos Porin se puso en pie de un salto con un sollozo de alivio, al ver avanzar hacia él, con paso vacilante, a Filip Sanat. Corrió ansiosamente hacia el joven, agarrándole las manos con fuerza.

—¿Qué te ha demorado, Filip? No sabes todos los terribles pensamientos que se me han ocurrido durante esta última hora. Si hubieras tardado cinco minutos más, me hubiera vuelto loco de ansiedad e incertidumbre. Pero ¿qué te ocurre? El aliviado loara Broos tardó unos momentos en serenarse lo suficiente como para percatarse de las manos temblorosas del otro, su cabello revuelto, sus ojos brillantes de fiebre; pero cuando lo hizo, todos sus temores renacieron.

Miraba a Sanat con consternación, sin atreverse apenas a repetir su pregunta por miedo a la contestación. Pero Sanat no necesitaba que le apremiasen. En cortas y espasmódicas frases relató la conversación que había oído y sus últimas palabras se perdieron en un desesperado silencio.

La palidez del loara Broos era casi alarmante, y por dos veces trató de hablar sin emitir más que unos roncós sonidos entrecortados. Después, finalmente:

—¡Pero eso será la muerte del loarismo! ¿Qué vamos a hacer? Filip Sanat se echó a reír, como ríen los hombres cuando por fin se convencen de que no queda nada digno de risa.

—¿Qué podemos hacer? ¿Podemos informar al Consejo Central? Usted sabe muy bien lo débiles que están. ¿A los diversos gobiernos humanos? Ya puede imaginarse lo efectivos que serían esos locos divididos.

—¡Pero no puede ser verdad! ¡No puede serlo! Sanat permaneció silencioso unos momentos, y entonces su rostro se contrajo agónicamente y con voz preñada de pasión, gritó:

—¡No lo permitiré! ¿Me oye? ¡No lo permitiré! ¡Les detendré! Era fácil comprender que había perdido el control de sí mismo; aquella violenta emoción era la causa. Porin, que tenía la frente perlada de sudor, le rodeó la cintura con un brazo.

—¡Siéntate, Filip, siéntate! ¿Vas a volverte loco? —¡No! —Con un súbito empujón, hizo que Porin se tambaleara hacia atrás hasta caer sentado, mientras la Llama oscilaba y flameaba locamente con la corriente de aire—. Voy a volverme sensato. ¡El tiempo del idealismo, el compromiso y el servilismo ha pasado! ¡Ha llegado el momento de la fuerza! ¡Lucharemos y, por el espacio, venceremos! Abandonaba la habitación a paso lento.

Porin cojeó tras de él.

—¡Filip! ¡Filip! —Se detuvo en el umbral con asustada desesperación. No podía ir más allá. Aunque los cielos se hundieran, alguien tenía que guardar la Llama.

Pero..., pero ¿qué iba a hacer Filip Sanat? Y por la torturada mente de Porin pasaron visiones de una cierta noche, quinientos años antes, cuando una palabra descuidada, un golpe, un disparo, había encendido un fuego sobre la Tierra que finalmente fue apagado con sangre humana.

El loara Paul Kane estaba solo aquella noche. La oficina interior se encontraba vacía; la mortecina luz azul que había sobre la mesa, de una severa sencillez, era la única iluminación del cuarto. Tenía el rostro bañado por la pálida luz, y la barbilla sepultada meditativamente entre las manos.

Y entonces hubo una crujiente interrupción, cuando la puerta se abrió de súbito y un despeinado Russell Tymball apartó las amenazadoras manos de media docena de hombres y se precipitó en el interior. Kane se volvió consternado ante la intrusión y se llevó una mano a la garganta mientras sus ojos se agrandaban por la aprensión. Su rostro era una asustada y muda interrogación.

Tymball levantó el brazo en un gesto tranquilizador.

—Está bien. Deje que recupere el aliento. —Jadeó un poco y se sentó lentamente antes de continuar—: Ha aparecido su catalizador, loara Paul..., y adivine dónde. ¡Aquí en la Tierra! ¡Aquí en Nueva York! ¡A menos de un kilómetro de donde estamos ahora! El loara Paul Kane contempló minuciosamente a Tymball.

—¿Se ha vuelto loco? —No tanto como para que usted lo note.

Se lo contaré, si no le importa encender una o dos luces. Parece un fantasma en el cielo.

—La habitación se emblanqueció bajo el brillo de una luz atómica, y Tymball prosiguió—: Ferni y yo volvíamos de la reunión. Pasábamos ante el Memorial cuando ocurrió, y puede usted dar gracias al destino por la afortunada coincidencia que nos condujo al lugar adecuado en el momento oportuno.

»Mientras pasábamos, una figura salió precipitadamente por la puerta lateral, saltó los escalones de mármol y gritó: «¡Hombres de la Tierra!» Todos se volvieron a mirarle, ya sabe lo concurrido que está el sector del Memorial a las once, y al cabo de dos segundos, le rodeaba una verdadera multitud.

—¿Quién era el que hablaba, y qué hacía dentro del Memorial? Es miércoles por la noche, ya sabe.

—Pues —Tymball hizo una pausa para reflexionar—, ahora que usted lo

menciona, debía de ser uno de los dos guardianes. Era un loarista... la túnica lo indicaba claramente.

¡Pero no era un terrícola!

—¿Llevaba el círculo amarillo?

—No.

—Entonces ya sé quién era: el joven amigo de Porin. Sinat.

—¡Allí estaba! —Tymball se excedía en su entusiasmo—. Se encontraba a unos cinco metros sobre el nivel de la calle. No tiene ni idea de lo impresionante que estaba con el fulgor de las luxitas iluminándole la cara. Era hermoso, pero no del tipo atlético o musculoso. Pertenece al tipo ascético, si comprende a lo que me refiero. Pálido, de rostro delgado, ojos llameantes, cabello largo y castaño.

»¡Y cuando habló! Es inútil describirlo; para apreciarlo verdaderamente, tendría usted que haberle oído. Empezó explicando los propósitos lasinianos a la multitud; gritando lo que yo había estado murmurando. Era evidente que lo sabía de buena fuente, pues entró en detalles... ¡y cómo los contó! Hizo que sonaran reales y aterradores. Me asustó a mí con ellos; hizo que me quedara a escucharle muerto de miedo. Y en cuanto a la multitud, después de la segunda frase, estaba hipnotizada. A todos y cada uno de ellos se les había inculcado la «amenaza lasiniana» constantemente, pero ésta era la primera vez que escuchaban... que en realidad escuchaban.

»Entonces empezó a maldecir a los lasinianos. Agotó todas las formas posibles de su bestialidad, su perfidia, su criminalidad... no tenía más que un vocabulario que les sumía en el barro más profundo del océano venusiano. Y cada vez que soltaba un epíteto, la multitud se levantaba sobre sus patas traseras y prorrumpía en aullidos. Ya parecía una especie de catecismo. «¿Permitiremos que esto continúe?», gritaba él. «¡Nunca!», respondía el gentío. «¿Debemos rendirnos?» «¡Nunca!» «¿Resistiremos?» «¡Hasta el final!» «¡Abajo los lasinianos!», gritaba.

«Matémosles», chillaban los demás.

»Yo grité tanto como cualquiera de ellos... me olvidé enteramente de mí mismo.

»No sé cuánto tiempo pasó antes de que aparecieran unos guardias lasinianos. La multitud se volvió hacia ellos, mientras el loarista les apremiaba. ¿Ha oído alguna vez el grito de sangre de las turbas? ¿No? Es el sonido más horrible que pueda imaginarse.

Los guardias también lo consideraron así, pues una mirada a lo que tenían delante les hizo dar la vuelta y correr para salvar el pellejo, a pesar de que iban armados. Para entonces, la multitud había aumentado y ya eran miles y miles.

»Pero al cabo de dos minutos, sonó la sirena de alarma... por primera vez en cien años. Volví a mis cabales y corrí hacia el loarista, que no había interrumpido su diatriba ni un momento. Era evidente que no podíamos permitir que cayera en manos de los lasinianos.

»El resto fue una confusión tremenda.

Escuadrones de policía motorizada cargaban sobre nosotros, pero de algún modo, Ferni y yo logramos coger al loarista entre los dos, escabullirnos, y traerle aquí.

Lo tengo en la habitación de afuera, amordazado y atado, para que se esté quieto.

Durante la última parte de la narración, Kane había estado golpeando nerviosamente el suelo con el pie, deteniéndose de vez en cuando para reflexionar. Pequeñas gotas de sangre aparecieron en su labio inferior.

—¿No cree —preguntó— que el motín será incontenible? Una explosión prematura... Tymball sacudió vigorosamente la cabeza.

—Ya debe estar sofocado. Una vez desapareció el joven, la multitud perdió su valor, de todos modos.

—Habrán muchos muertos y heridos, pero... bueno, haga entrar al joven revolucionario. —Kane se sentó detrás de la mesa y dio a su rostro una apariencia de tranquilidad.

Filip Sanat tenía un triste aspecto cuando se arrodilló ante su superior. Su túnica estaba hecha trizas y su rostro, arañado y sanguinolento, pero el fuego de la determinación brillaba con la misma impetuosidad de siempre en sus ardientes ojos. Russell Tymball le miraba sin aliento, como si la magia de las horas precedentes todavía subsistiera.

Kane extendió amablemente la mano.

—Estoy al corriente de tu explosión de violencia, hijo mío. ¿Qué fue lo que te impulsó a realizar un acto tan imprudente? Podría muy bien haberte costado la vida, por no hablar de las vidas de miles de otros.

Por segunda vez aquella noche, Sanat repitió la conversación que había oído..., dramáticamente y con los mínimos detalles.

—Perfecto, perfecto —dijo Kane, con una torva sonrisa, al concluir el relato—, ¿y pensaste que no sabíamos nada de todo esto? Durante largo tiempo nos hemos preparado contra este peligro, y tú has aparecido para trastornar todos nuestros planes, tan cuidadosamente trazados. Por tu apelación prematura, puedes haber causado un mal irreparable a nuestra causa.

Filip Sanat enrojeció.

—Perdone mi entusiasmo inexperto...

—Exactamente —exclamó Kane—. Sin embargo, dirigido adecuadamente, puedes ser de gran utilidad para nosotros. Tu oratoria y el fuego de tu juventud pueden obrar maravillas si están bien manejados.

¿Estás dispuesto a dedicarte a la tarea? Los ojos de Sanat brillaron.

—¿Necesita preguntarlo? El loara Paul Kane se echó a reír y lanzó una alborozada mirada de soslayo a Russell Tymball.

—Lo estás. Dentro de dos días, irás hacia las estrellas exteriores. Contigo irán varios de mis hombres. Y ahora, debes de estar cansado. Te llevarán donde puedas lavarte y curarte las heridas. Después, será mejor que duermas; pues necesitarás toda tu energía en los días venideros.

—¿Pero... pero el loara Broos Porin... mi compañero ante la Llama? —Enviaré inmediatamente un mensajero al Memorial. Dirá al loara Broos que estás a salvo y servirá como segundo guardián durante el resto de la noche. ¡Ahora, vete!

Pero cuando Sanat, aliviado y locamente feliz, se levantaba para irse, Russell Tymball saltó de la silla y agarró la muñeca del loarista de más edad con un apretón convulsivo.

—¡Gran espacio! ¡Escuche! El agudo y penetrante gemido que llegó hasta el santuario interior del despacho de Kane contó su propia historia. El rostro de Kane adquirió una palidez macilenta.

—¡Es la ley marcial! La sangre había huido de los labios de Tymball.

—Después de todo, hemos sido derrotados. Aprovechan el desorden de esta noche para dar el primer golpe. Persiguen a Sanat, y le atraparán. Ni un ratón podría pasar a través del cordón que ahora van a tender alrededor de la ciudad.

—Pero no deben atraparle. —Los ojos de Kane centellearon—. Le llevaremos al Memorial por el pasadizo. No se atreverán a violar el Memorial.

—Ya lo han hecho una vez —dijo Sanat con voz apasionada—. No me ocultaré de esos lagartos. Déjenos luchar.

—Silencio —dijo Kane—, y sígueme sin hacer ruido.

Se había abierto un panel en la pared, y Kane se dirigió hacia él.

Y mientras el panel se cerraba silenciosamente detrás de ellos, sumiéndolos en el frío resplandor de una lámpara atómica de bolsillo, Tymball murmuró para sí:

—Si están dispuestos, ni siquiera el Memorial constituirá un buen refugio.

Nueva York estaba en efervescencia. La guarnición lasiniana había desplegado todas sus fuerzas y había puesto la ciudad en estado de sitio. Nadie podía entrar ni salir.

En las avenidas principales, rodaban los carros del ejército, mientras que por encima se cernían los estratocoches que guardaban las vías aéreas.

La población humana se agitaba nerviosamente. Se infiltraban en las calles, uniéndose en pequeños grupos que se deshacían al acercarse los lasinianos. La revelación de Sanat se extendió, y aquí y allí hombres ceñudos intercambiaban furiosos susurros. La atmósfera estaba llena de tensión.

El virrey de Nueva York se dio cuenta de ello mientras estaba sentado ante su mesa del palacio, que levantaba sus verjas sobre Washington Heights. Se asomó a la ventana para contemplar el río Hudson, que fluía oscuramente, e interpeló al lasiniano uniformado que había ante él.

—Debe haber una acción positiva, capitán. En eso tiene usted razón. Y sin embargo si es posible, debe evitarse una ruptura completa. Lamentablemente, disponemos de muy pocos hombres y no tenemos más que cinco navíos de guerra de tercera clase en todo el planeta.

—No es nuestra fuerza sino su propio miedo lo que les debilita, Excelencia. Su valor ha sido minado a conciencia durante estos últimos siglos. El populacho se

rendiría ante una sola unidad de guardias.

Precisamente, ésta es la razón de que ahora debemos atacar con fuerza. La población ha retrocedido y deben sentir el látigo enseguida. La Segunda Campaña muy bien podría empezar esta noche.

—Sí —el virrey sonrió con ironía—. Estamos en un callejón sin salida, pero el... el... agitador debe servir como ejemplo. Le han cogido, naturalmente.

El capitán sonrió de modo tétrico.

—No. El perro humano tiene poderosos amigos. Es loarista, ya sabe. Kane...

—¿Acaso Kane está contra nosotros? —Dos manchas rojas brillaron en los ojos del virrey—. ¡Y el muy loro se atreve! Las tropas arrestarán al rebelde a pesar suyo... y a él también, si se opone.

—¡Excelencia! —La voz del capitán sonó metálicamente—. Tenemos razones para creer que los rebeldes pueden estar escondidos en el Memorial.

El virrey casi se puso en pie. Frunció el ceño con indecisión y volvió a sentarse.

—¡En el Memorial! ¡Eso presenta dificultades!

—¡No necesariamente! —Hay ciertas cosas que esos humanos no tolerarían. —Su voz se desvaneció vacilantemente.

El capitán habló con decisión:

—La ortiga, cogida con fuerza, no pica.

Hecho con rapidez... podría sacarse a un criminal hasta de la misma sala de la Llama... y borramos el loarismo de un solo golpe. Es imposible que haya lucha después de este supremo desafío.

—¡Por Vega! Que me cuelguen si no tiene usted razón. ¡Perfecto! ¡Asalten el Memorial! El capitán se inclinó ceremoniosamente, giró sobre sus talones y salió del palacio.

Filip Sanat volvió a entrar en la sala de la Llama, con su rostro delgado alterado por la cólera.

—Todo el sector está controlado por los lagartos. Han cortado todas las avenidas que conducen al Memorial.

Russell Tymball se frotó la barbilla.

—Oh, no son tontos. Nos han arrinconado, y el Memorial no les detendrá.

De hecho, pueden haber decidido que éste sea el Día.

Filip frunció el ceño y su voz revelaba toda la furia que sentía.

—Y nosotros tenemos que esperar aquí, ¿verdad? Es mejor morir luchando que escondiéndose.

—Es mejor no morir de ningún modo, Filip —respondió Tymball con calma.

Hubo un momento de silencio. El loara Paul Kane se contemplaba los dedos.

Finalmente, dijo:

—Si ahora diera la señal de atacar, Tymball, ¿cuánto tiempo resistiría?

—Hasta que llegaran refuerzos lasinianos en número suficiente como para aplastarnos. La guarnición terrestre, incluyendo toda la patrulla solar, no es bastante

para detenernos. Sin ayuda exterior, podemos luchar eficazmente durante seis meses como mínimo. Por desgracia, éste no es el caso. —Su compostura era serena.

—¿Por qué no es el caso? Su rostro enrojeció de pronto, mientras se ponía furiosamente en pie.

—Porque no es cuestión de apretar unos botones. Los lasinianos son débiles. Mis hombres lo saben, pero la Tierra no. Los lagartos poseen un arma, ¡el miedo! No podemos vencerlos, a menos que el pueblo esté con nosotros, aunque sólo sea pasivamente. —Contrajo la boca—. Usted no sabe las dificultades prácticas que hay.

Hace diez años que planeo, trabajo, lo intento. Pero ¿de qué serviría? Tengo un ejército; y una flota respetable en los Apalaches. Podría poner simultáneamente en marcha las ruedas en los cinco continentes. Pero ¿de qué serviría? Sería inútil. Si tuviera Nueva York, es decir... si fuera capaz de demostrar al resto de la Tierra que los lasinianos no son invencibles...

—¿Si yo pudiera disipar el miedo que hay en el corazón de los humanos? —dijo Kane suavemente.

—Tendría Nueva York al amanecer. Pero sería necesario un milagro.

—¡Quizá! ¿Cree que podrá atravesar el cordón y reunirse con sus hombres? —Lo haré. ¿Qué hará usted ahora? —Lo sabrá cuando ocurra —Kane sonreía con fiereza—. Y cuando ocurra, ¡ataque! De repente, apareció una pistola de tonita entre las manos de Tymball, mientras se alejaba. Su rostro gordinflón no era nada amable.

—Correré el riesgo, Kane. ¡Adiós! El capitán subió arrogantemente los desiertos escalones de mármol del Memorial. Iba acompañado por dos ayudantes armados.

Se detuvo un instante ante la enorme puerta doble que se levantaba ante él y contempló los esbeltos pilares que se elevaban graciosamente a ambos lados.

Había algo de sarcasmo en su sonrisa.

—Todo es muy impresionante, ¿verdad? —¡Sí, capitán! —Fue la respuesta.

—Y misteriosamente oscuro también, a excepción del mortecino amarillo de su Llama. ¿Ven su luz? —señaló hacia los vitrales inferiores, que brillaban con un fulgor vacilante.

—¡Sí, capitán! —Es oscuro, misterioso e impresionante... y está a punto de caer en ruinas. —Sé echó a reír, y de repente golpeó las tallas de metal con la culata de su pistola produciendo un estrepitoso sonido.

Repercutió en el interior vacío y sonó sordamente en la noche, pero no hubo respuesta.

El ayudante de su izquierda se llevó un receptor a la oreja y escuchó las vagas palabras que salían de él. Saludó. —Capitán, los humanos están entrando en el sector. El capitán hizo un ademán despectivo.

—¡Déjenlos! Ordene que preparen las armas y que apunten a lo largo de las avenidas. Cualquier humano que intente atravesar el cordón, debe ser irradiado sin compasión.

Su orden fue murmurada en el transmisor, y unos cien metros más allá los

guardias lasinianos dispusieron sus armas y apuntaron cuidadosamente. Un murmullo bajo e incipiente se convirtió en una manifestación de miedo. Los hombres retrocedieron un poco.

—Si no se abre la puerta —dijo el capitán, sombríamente—, tendremos que tirarla abajo —Volvió a levantar la pistola y de nuevo se oyó el ruido de metal sobre metal.

Lenta y silenciosamente, la puerta se abrió de par en par, y el capitán reconoció a la austera figura vestida de púrpura que tenía ante sí.

—¿Quién perturba el Memorial la noche de la custodia de la Llama? —preguntó el loara Paul Kane, solemnemente.

—Muy dramático, Kane. ¡Apártese! —¡Atrás! —Las palabras sonaban firme y claramente—. Los lasinianos no pueden entrar en el Memorial.

—Entréguenos a nuestro prisionero, y nos iremos. Si se niega, nos lo llevaremos por la fuerza.

—El Memorial no entregará a nadie. Es inviolable. Ustedes no pueden entrar.

—¡Abra paso! —¡Retrocedan! El lasiniano gruñó roncamente y percibió un débil bramido. Las calles que le rodeaban estaban vacías, pero a una manzana de distancia en todas las direcciones se extendía la delgada línea de las tropas lasinianas, con sus armas dispuestas, y detrás estaban los humanos.

Se hallaban apretujados en una masa ruidosa, y la blancura de sus rostros brillaba pálidamente bajo la iluminación nocturna.

—Vamos —el capitán hizo rechinar los dientes—, ¿y aún siguen gritando? —La áspera piel que cubría sus mandíbulas se arrugó y las escamas de su cabeza se encresparon agudamente. Se volvió hada el ayudante del transmisor—. Ordene una salva sobre sus cabezas.

La noche fue partida en dos por las púrpuras descargas de energía y los lasinianos rieron estrepitosamente ante el silencio que siguió.

El capitán se volvió a Kane, que permanecía en el umbral.

—Ya ve que si espera ayuda por parte de su gente, se verá decepcionado. La próxima salva se disparará a nivel de cabeza. ¡Si creé que le engaño, compruébelo! Sus dientes rechinaron con un sonido agudo.

—¡Abra paso! —Tenía una tonita en la mano, y el pulgar se apoyaba firmemente sobre el gatillo.

El loara Paul Kane retrocedió lentamente, con los ojos fijos en el arma. El capitán le siguió. Y al hacerlo, la puerta interior de la antesala se abrió y la sala de la Llama apareció al descubierto. Con la súbita corriente de aire, la Llama osciló y, al verla, los distantes espectadores lanzaron un enorme grito.

Kane se volvió hacia ella, con el rostro levantado. El movimiento de una de sus manos fue casi imperceptible.

Y la Llama cambió súbitamente. Se elevó hacia el techo abovedado, como un brillante haz de luz de quince metros de altura. La mano del loara Paul Kane volvió a

moverse, y, al hacerlo, la Llama adquirió una tonalidad carmesí. El color se hizo más intenso y la rojiza luz de aquel pilar ardiente invadió la ciudad y convirtió las ventanas del Memorial en ojos sanguinolentos.

Pasaron largos segundos y el capitán quedó inmovilizado por el asombro.

Mientras, la distante masa de seres humanos guardaba un reverente silencio.

Y después se oyó un murmullo confuso, que se reforzó y aumentó hasta convertirse en un vasto grito.

—¡Abajo los lasinianos! Se vio el destello púrpura de una tonita procedente de algún lugar en lo alto, y el capitán se dio cuenta un instante demasiado tarde. Cogido por sorpresa, se inclinó lentamente herido de muerte; con su frío rostro reptil convertido en una máscara de desprecio hasta el final.

Russell Tymball bajó la pistola y sonrió sardónicamente.

—Un blanco perfecto contra la luz. ¡Bien por Kane! La transformación de la Llama era precisamente la conmoción que necesitábamos. ¡Adelante! Desde el tejado de la morada de Kane, apuntó al lasiniano que había debajo. Y al hacerlo, todo el infierno hizo erupción.

Parecía que los hombres brotaran del mismo suelo, con las armas en la mano. Las tonitas disparaban desde todos los lados, antes de que los aturridos lasinianos pudieran apretar el gatillo.

Y cuando lo hicieron, era demasiado tarde, pues la multitud, dominada por una creciente cólera, rompió sus ataduras.

Alguien gritó: «¡Muerte a los lagartos!», y el grito se convirtió en un aullido sordo que se elevó hasta el cielo.

Como un monstruo de muchas cabezas, la riada de seres humanos avanzó, sin armas. Cientos de ellos sucumbieron bajo la tardía furia de las armas defensivas, y muchos miles gatearon sobre los cadáveres, cargando hacia las mismas armas.

Los lasinianos no vacilaron. Sus filas disminuyeron continuamente bajo la mortífera puntería de los timbalistas, y los que quedaron fueron atrapados por el torrente de humanos que cayó sobre ellos y les infligió una muerte horrible.

El sector del Memorial brillaba a la luz rojiza de la sangrienta Llama y resonaban los gritos de agonía de los moribundos, y la estrepitosa furia de los triunfadores.

Fue la primera batalla de la Gran Rebelión, pero en realidad no fue una batalla, ni siquiera una locura.

Fue una anarquía concentrada.

Por toda la ciudad, desde el extremo de Long Island hasta las llanuras del centro de Jersey, los rebeldes surgieron de todas partes y los lasinianos encontraron la muerte. Y con la misma rapidez que se extendían las órdenes de Tymball para levantar a los francotiradores, así corrió de boca en boca la noticia de la transformación de la Llama y aumentó de importancia al difundirse. Todo Nueva York se levantó, y unió sus vidas separadas en el único crisol gigante de la «multitud».

Era incontrolable, incontestable, irresistible. Los timbalistas fueron con impotencia adonde conducía, concentrando todos sus esfuerzos, inútiles desde el principio.

Como un poderoso río, siguió su curso a través de la metrópoli, y por donde pasaba no quedaba ningún lasiniano con vida.

El sol de aquella fatídica mañana se levantó para ver a los dueños de la Tierra ocupando un reducido círculo al norte de Manhattan. Con el frío valor de soldados natos, enlazaron los brazos y resistieron la carga, cayendo muchos. Lentamente, retrocedieron; en cada edificio, una escaramuza; en cada manzana, una batalla desesperada. Se dividieron en grupos aislados; defendiendo primero un edificio, y después sus pisos superiores, y finalmente su tejado.

Bajo el ardiente sol de mediodía, sólo quedaba el mismo palacio. Su última posición desesperada mantenía a los humanos a raya. El débil círculo de fuego que lo rodeaba sembraba el suelo de cuerpos ennegrecidos. El virrey en persona dirigía la defensa desde su sala del trono, mientras su propio dedo apretaba el gatillo de una semiportátil.

Y entonces, cuando la multitud hizo finalmente una pausa, Tymball agarró su oportunidad al vuelo y tomó el mando.

Armas pesadas fueron arrastradas hasta el frente. Unidades atómicas y rayos delta, procedentes del almacén rebelde y de los arsenales capturados la noche anterior, apuntaban sus mortíferos cañones hacia el palacio.

Un disparo contestaba a otro, y la primera batalla organizada de máquinas transcurrió con desesperada furia. Tymball era una figura omnipresente. Gritaba, dirigía, se trasladaba desde un emplazamiento a otro, disparando su propia tonita de mano, desafiadamente, hacia el palacio.

Bajo una barrera de apretado fuego, los humanos cargaron de nuevo y atravesaron los muros, mientras los defensores caían.

Un proyectil atómico impidió su camino hacia la torre central y hubo un súbito infierno de fuego.

Aquel incendio fue la pira funeraria de los últimos lasinianos de Nueva York. Las ennegrecidas paredes del palacio se desmoronaron con gran estrépito; pero hasta el mismo final, mientras la habitación ardía en torno suyo, con el rostro horriblemente herido, el virrey se mantuvo firme, apuntando, al grueso de la fuerza sitiadora. Y cuando su semiportátil gastó el último vestigio de energía y expiró, la lanzó por la ventana en un postrer e inútil gesto de desafío y se arrojó al ardiente infierno que había a su espalda.

A la puesta del sol, sobre el terreno del palacio, que aún seguía en llamas, ondeaba la bandera verde de la Tierra independiente.

Nueva York volvía a ser humana.

Russell Tymball tenía un aspecto lamentable cuando aquella noche entró de nuevo en el Memorial Con la ropa hecha jirones, y chorreando sangre de la cabeza a

los pies a causa de una herida que tenía en la mejilla, contempló con ojos cansados el espectáculo sangriento que le rodeaba.

Equipos de voluntarios, ocupados en sacar a los muertos y curar a los heridos, aún no habían logrado hacer gran cosa en el mortal trabajo de la rebelión.

El Memorial se transformó en un hospital improvisado. Había pocos heridos, pues las armas de energía causaban la muerte; y de esos pocos, casi ninguno presentaba heridas superficiales. Era una escena de indescriptible confusión, y los gemidos de los heridos y moribundos se mezclaban horriblemente con los distantes gritos de los supervivientes que celebraban la victoria.

El loara Paul Kane se abrió paso entre los numerosos ayudantes en dirección a Tymball.

—Dígame, ¿ya se ha terminado? —Su rostro estaba demacrado.

—El principio, sí. La bandera terrestre ondea sobre las ruinas del palacio.

—¡Ha sido horrible! El día ha... ha... —Se estremeció y cerró los ojos—. Si lo hubiera sabido con anticipación, casi hubiera preferido ver deshumanizada a la Tierra y el loarismo destruido.

—Sí, ha sido desastroso. Pero el resultado podía haber sido mucho peor.

¿Dónde está Sanat? —En el patio... ayudando a curar a los heridos. Todos lo hacemos. Es... es... —La voz volvió, a fallarle.

Había impaciencia en los ojos de Tymball, y se encogió de hombros con cansancio.

—No es que yo sea un monstruo insensible, pero tenía que hacerse, y esto no es más que el principio. Los acontecimientos de hoy significan poca cosa. El levantamiento ha tenido lugar en la mayor parte de la Tierra, pero sin el fanático entusiasmo de la rebelión de Nueva York.

Los lasinianos no están vencidos, ni siquiera próximos a estarlo. No lo olvide. En este mismo momento la guardia solar se dirige hacia la Tierra, y las fuerzas de los planetas exteriores reciben llamamientos de ayuda.

Dentro de muy poco, todo el imperio lasiniano convergerá sobre la Tierra y la revancha será terrible y sangrienta.

¡Debemos conseguir ayuda! Agarró a Kane por los hombros y le sacudió violentamente.

—¿Lo entiende? ¡Debemos conseguir ayuda! Incluso aquí, en Nueva York, el primer ardor de la victoria puede desvanecerse mañana. ¡Debemos conseguir ayuda! —Lo sé —dijo Kane sin entonación alguna—. Llamaré a Sanat y podrá irse hoy mismo. —Suspiró—. Si la acción de hoy era una prueba de su poder como catalizador, podemos esperar grandes acontecimientos.

Sanat subió al pequeño crucero de dos plazas media hora más tarde y tomó asiento junto a Petri, en los mandos.

Extendió la mano a Kane por última vez.

—Cuando regrese, será con una flota detrás de mí.

Kane estrechó fuertemente la mano del joven.

—Dependemos de ti, Filip. —Hizo una pausa y dijo lentamente—: ¡Buena suerte, loara Filip Sanat! Sanat enrojeció de placer al oír el título, mientras tomaba asiento de nuevo. Petri hizo un ademán de despedida y Tymball gritó:

—¡Cuidado con la guardia solar! La escotilla se cerró con un ruido seco, y después, con un trepidante rugido, el diminuto crucero despegó hacia los cielos.

Tymball lo siguió hasta que se convirtió en una mota, y aun menos, y entonces se volvió hacia Kane.

—Ahora todo está en manos del destino.

Kane, ¿cómo se las arregló para transformar la Llama? No me diga que la Llama se volvió roja por sí misma.

Kane movió lentamente la cabeza.

—¡No! Aquella llamarada carmesí se obtuvo al abrir una cavidad secreta llena de sales de estroncito, instalada originalmente allí para impresionar a los lasinianos en caso de necesidad. El resto fue química.

Tymball se echó a reír sombríamente.

—¿Quiere decir que el resto fue psicología popular? Y me parece que los lasinianos quedaron impresionados... ¡y hasta qué punto! El espacio no dio ninguna advertencia, pero el detector de masas zumbó y lo hizo perentoria e insistentemente. Petri se enderezó en su asiento y dijo:

—No estamos en ninguna zona meteórica.

Filip Sanat contuvo el aliento mientras el otro manipulaba la manivela que hacia girar el perirrotor. El campo estelar fue sucediéndose en el visor con lenta dignidad, y entonces lo vieron.

Brillaba a la luz del sol como una diminuta pelota de fútbol de color naranja, y Petri gruñó:

—Si nos han localizado, estamos perdidos.

—¿Una nave lasiniana? —¿Una nave? ¡Eso no es ninguna nave! ¡Es un crucero de batalla de cincuenta mil toneladas! No sé qué está haciendo aquí.

Tymball dijo que la patrulla se dirigía hacia la Tierra.

La voz de Sanat era tranquila.

—Ése no lo ha hecho. ¿Podemos despistarle? —¡Ni en sueños! —El puño de Petri apretaba fuertemente la barra de gravedad—. Están acercándose.

Estas palabras fueron como una señal.

El audiómetro se movió y la áspera voz lasiniana empezó en un susurro y subió de tono hasta la estridencia, a medida que la emisión de la radio se agudizaba:

«¡Conecten motores posteriores y prepárense para el abordaje!» Petri soltó los mandos y lanzó una mirada a Sanat.

—Yo no soy más que el chófer. ¿Qué quieres hacer? Tenemos menos probabilidades que un meteoro contra el Sol... pero si quieres correr el riesgo...

—Bueno —dijo Sanat, simplemente—, no vamos a rendirnos, ¿verdad? El otro

sonrió entre dientes, mientras desconectaba los cohetes de aceleración.

—¡No está mal para un loarista! ¿Sabes disparar una tonita armada? —¡Nunca lo he hecho! —Bien, pues aprende. Coge la ruedecilla de aquí arriba y pon el ojo en el visor de encima. ¿Ves algo? La velocidad seguía disminuyendo y la nave enemiga se aproximaba.

—¡Sólo estrellas! —Muy bien, haz girar la rueda...

Adelante, más lejos. Intenta por la otra dirección. ¿Ves la nave ahora? —¡Sí! Allí está.

—¡Perfecto! Ahora céntrala. Sitúala donde se cruzan las rayitas y, por el Sol, manténla ahí. Ahora voy a dirigirme hacia esos asquerosos lagartos —los cohetes laterales se pusieron en marcha mientras hablaba— y tú la mantienes centrada.

La nave lasiniana aumentaba de tamaño rápidamente, y la voz de Petri se convirtió en un tenso murmullo:

—Bajaré la pantalla y arremeteré contra ella. Si están suficientemente aturdidos, es posible que bajen su pantalla y disparen: y si lo hacen con prisas, pueden fallar.

Sanat asintió en silencio.

—En cuanto veas el destello púrpura de la tonita, haz retroceder la rueda. Hazlo con fuerza; y deprisa. Si te retrasas un poco, estamos perdidos. —Se encogió de hombros—. Hemos de correr el riesgo.

Entonces, apretó hacia delante la palanca de la gravedad y gritó:

—¡Manténla centrada! La aceleración empujó a Sanat hacia atrás, y la rueda que sostenía en sus manos llenas de sudor respondió de mala gana a la presión. La pelota de fútbol naranja se tambaleó en el centro del visor. Se dio cuenta de que las manos le temblaban, y eso no le ayudó nada. La tensión le hizo parpadear.

La nave lasiniana ya se veía enormemente grande, y entonces, un destello púrpura se dirigió hacia ella. Sanat cerró los ojos y se echó hacia atrás.

No oyó ningún ruido y permaneció así un rato, hasta que escuchó la risa de Petri a su lado.

—La suerte propia de un principiante —rió Petri—. Nunca había usado un arma con anterioridad y deja fuera de combate a un crucero pesado con una perfección que no había visto en la vida.

—¿Di en el blanco? —balbuceó Sanat.

—No exactamente, pero lo has incapacitado. Es suficiente. Y ahora, en cuanto nos alejemos lo bastante del Sol, entraremos en el hiperespacio.

La alta figura vestida de púrpura que estaba junto a la portilla central contemplaba pensativamente el silencioso globo que se divisaba a través de ella. Era la Tierra, enorme, redonda, gloriosa.

Quizá sus pensamientos fueran un poco amargos al considerar el período de seis meses que acababa de transcurrir. Había comenzado con un nuevo esplendor. El entusiasmo prendió como una llamarada y se extendió, atravesando las simas estelares de un planeta a otro, con la misma rapidez que un rayo hiperatómico. Los

gobiernos, enfrentados súbitamente con el exaltado clamor de sus pueblos, equiparon flotas.

Enemigos de siglos firmaron repentinamente la paz y volaron bajo la misma bandera verde de la Tierra.

Quizá hubiera sido demasiado optimista esperar que esta amistad continuara.

Mientras fue así, los humanos se mostraron irresistibles. Una de las flotas no se encontraba a más de dos parsecs de la misma Vega; otra había capturado la Luna y se cernía a escasa distancia de la Tierra, donde los andrajosos revolucionarios de Tymball seguían manteniéndose tenazmente firmes.

Filip Sanat suspiró y se volvió al oír el ruido de unos pasos. El canoso Ion Smitt, del contingente lactoniano, entró.

—Su rostro refleja lo ocurrido —dijo Sanat.

Smitt movió la cabeza.

—Parece imposible.

Sanat volvió a alejarse.

—¿Sabe que hoy hemos recibido noticias de Tymball? Continúan luchando contra los lasinianos. Los lagartos han tomado Buenos Aires y, al parecer, toda Sudamérica está en su poder. Los timbalistas están descorazonados y disgustados, igual que yo.

—Dio media vuelta súbitamente—. Usted dice que nuestras nuevas nave aguja aseguran la victoria. Entonces, ¿por qué no atacamos? —Pues por una razón —el canoso soldado colocó una pierna embotada sobre la silla más cercana—; los refuerzos de Santanni no vienen.

Sanat se sobresaltó.

—Pensaba que ya estaban en camino.

¿Qué ha sucedido? —El gobierno de Santanni ha decidido que su flota es necesaria para la defensa de su propio planeta. —Una sonrisa irónica acompañó estas palabras.

—¿Qué defensa? ¡Pero si los lasinianos están a quinientos parsecs de ellos! Smitt se encogió de hombros.

—Una excusa es una excusa y no hace falta que tenga sentido. No he dicho que ésa fuera la verdadera razón.

Sanat se mesó los cabellos y sus dedos acariciaron el sol amarillo que había sobre su hombro.

—¡Aun así! Todavía podemos luchar, con más de cien naves. El enemigo es dos veces más numeroso que nosotros, pero con las naves-aguja, la base lunar respaldándonos y los rebeldes hostigándolos por retaguardia... —Se sumió en una ensoñación profunda.

—No querrán luchar, Filip. El escuadrón trantoriano desea retirarse. —Su voz adquirió un tono violento—. De toda la flota, sólo puedo confiar en las veinte naves de mi propio escuadrón... el lactoniano. Oh, Filip, no sabes la bajeza que hay en todo esto... nunca lo has sabido. Has ganado al pueblo para la causa, pero no has ganado a

los gobiernos. La opinión popular les ha forzado a entrar, pero ahora que lo han hecho, sólo se quedan por los beneficios que puedan obtener.

—No puedo creerlo, Smitt. Con la victoria en la mano...

—¿Victoria? ¿Victoria para quién? Sobre este punto, exactamente, los planetas no logran ponerse de acuerdo. En una convención secreta de las naciones, Santanni exigió el control de todos los mundos lasinianos del sector de Sirio, ninguno de los cuales ha sido reconocido todavía como tal, y se lo rehusaron. Ah, no lo sabías. En consecuencia, decide que ha de cuidarse de la defensa de su planeta, y retira diversos escuadrones.

Filip Sanat se alejó con pena, pero la voz de Ion Smitt siguió golpeándole, con fuerza despiadadamente.

—Y entonces Trántor se da cuenta de que odia y teme a Santanni mucho más que a los lasinianos y cualquier día de éstos retirará su flota para evitar que la destrocen, mientras las naves de su enemigo están a salvo y tranquilas en puerto. Las naciones humanas se están desgarrando —el puño del soldado cayó sobre la mesa— como un traje apolillado.

Creer que los idiotas egoístas podían unirse durante largo tiempo para un fin que valiera la pena, era un sueño de locos.

Los ojos de Sanat se convirtieron súbitamente en un par de calculadoras rendijas.

—¡Espere un poco! Todo saldrá bien, si logramos conservar el control de la Tierra.

La Tierra es la clave de toda esta situación.

—Sus dedos tamborilearon en el borde de la mesa—. Su captura nos proporcionaría la chispa vital. Levantaría el entusiasmo humano, ahora dormido, hasta el punto de ebullición y los gobiernos... Bueno, tendrían que dejarse llevar por la corriente o ser destrozados.

—Lo sé. Si ahora lucháramos, te doy mi palabra de soldado de que mañana estaríamos en la Tierra. Ellos también lo saben, pero no lucharán.

—Entonces..., entonces debemos obligarlos a luchar. Y la única manera de hacerlo es no dejarles ninguna alternativa.

Ahora no lucharían, porque pueden retirarse siempre que así lo deseen, pero si...

De pronto levantó la vista, con el rostro radiante.

—Sabe, hace años que no me quito la túnica loarista. ¿Cree que su ropa me irá bien?

Ion Smitt examinó sus amplias dimensiones y sonrió.

—Bueno, es posible que no te vaya a la medida, pero por lo menos te cubrirá bien.

¿Qué piensas hacer? —Se lo diré. Es un gran riesgo, pero...

Envíe inmediatamente las siguientes órdenes a la guarnición de la base lunar...

El almirante del escuadrón lunar lasiniano era un veterano endurecido por la guerra que odiaba dos cosas por encima de todo: a los humanos y a los civiles. La

unión de ambas, en la persona del alto y esbelto humano, cubierto por ropas que le sentaban mal, le hizo fruncir el ceño con disgusto.

Sanat se retorció entre las garras de dos soldados lasinianos.

—Dícales que me suelten —gritó en la lengua de Vega—. No voy armado.

—Hable —ordenó el almirante en inglés—. No entienden su idioma.

Después, en lasiniano, se dirigió a los soldados:

—Disparen cuando dé la orden.

Sanat se serenó.

—He venido para discutir las condiciones.

—Así lo imaginé cuando vi que enarbolaba la bandera blanca. Sin embargo, viene en un crucero individual y a escondidas de su propia flota, como un fugitivo. Seguramente, no puede hablar por su flota.

—Hablo por mí mismo.

—Entonces le concedo un minuto. Si al final de este tiempo no estoy interesado, le matarán. —Su expresión era dura.

Sanat intentó liberarse de nuevo, pero con poco éxito. Sus captores le agarraron con más fuerza.

—Su situación —dijo el terrícola— es ésta. No pueden atacar al escuadrón humano mientras controlen la base lunar, sin serio peligro para su propia flota, y no puede usted arriesgarse a eso teniendo una Tierra hostil a sus espaldas. Al mismo tiempo, me he enterado de que las órdenes de Vega son conducir a los humanos fuera del sistema solar a cualquier precio, y que al emperador no le gustan los fracasos.

—Le quedan diez segundos —dijo el almirante, pero delatoras manchitas rojas aparecieron encima de sus ojos.

—Muy bien, pues —fue la apresurada respuesta—. ¿Qué le parece si me ofrezco a capturar a toda la flota humana en una trampa? Hubo un silencio. Sanat prosiguió:

—¿Y si le muestro cómo puede tomarla base lunar y rodear a los humanos? —¡Continúe! —Fue el primer signo de interés que el almirante se permitió. —Estoy al mando de uno de los escuadrones y tengo ciertos poderes. Si acepta nuestras condiciones, podemos tener la base desierta dentro de doce horas. Dos naves —el humano levantó dos dedos impresionantemente— la conquistarían.

—Interesante —dijo el lasiniano con lentitud—; pero ¿y sus motivos? ¿Por qué hace esto? Sanat sacó un arrogante labio inferior.

—Eso no le interesaría. He sido maltratado y me han privado de mis derechos. Además —sus ojos brillaron—, la humanidad es una causa perdida, de cualquier modo. Por esto espero dinero... mucho dinero. Júremelo, y la flota es suya. El almirante expresó su desprecio con la mirada.

—Hay un proverbio lasiniano: «El humano no es constante mas que en la traición». Disponga la suya, y yo le pagaré.

Lo juro por la palabra de un soldado lasiniano. Puede regresar junto a sus naves.

Con un ademán, despidió a los soldados y después los detuvo en el umbral.

—Pero recuérdelo, arriesgo dos naves.

Significan poco en lo referente al poderío de mi flota, pero, sin embargo, si la traición humana hace daño a uno solo de mis hombres... —Las escamas de su cabeza estaban totalmente erectas, y Sanat bajó los ojos ante la fría mirada del otro.

Durante mucho rato, el almirante permaneció sólo e inmóvil. Después escupió.

—¡Esta carroña humana! ¡Incluso luchar contra ellos es una deshonra! La nave capitana de la flota humana volaba a unos ciento cincuenta kilómetros sobre la Luna, y en su interior, los capitanes de los escuadrones estaban sentados alrededor de la mesa y escuchaban las acusaciones que les gritaba Ion Smitt.

—... Les digo que sus acciones llegan a la traición. La batalla contra Vega progresa, y si los lasinianos ganan, su escuadrón solar será reforzado hasta tal punto que nosotros tendremos que retroceder. Y si los humanos vencen, esta traición nuestra pone su flanco en peligro y hace la victoria inútil. Podemos ganar, se lo digo yo. Con esas nuevas navesaguja...

El adormilado líder trantoriano intervino:

—Las naves-aguja todavía no han sido probadas. No podemos arriesgar una batalla importante en un experimento, cuando las probabilidades están en contra nuestra.

—Éste no era su punto de vista original, Porcut. Usted, sí, y el resto de ustedes también, son unos cobardes traidores.

¡Cobardes! ¡Pusilánimes! Una silla fue lanzada hacia atrás cuando uno de ellos se levantó impulsado por la rabia y otros le siguieron. El loara Filip Sanat, desde su posición ventajosa junto a la portilla central, a través de la cual contemplaba el desolado paisaje lunar con fervorosa concentración, se volvió con alarma. Pero Jem Porcut alzó una mano de protuberantes nudillos para imponer orden.

—Dejémonos de evasivas —dijo—. Yo represento a Trántor, y sólo obedezco órdenes de allí. Tenemos once naves aquí, y el espacio sabe cuántas hay en Vega.

¿Cuántas tiene Santanni? ¡Ninguna! ¿Por qué las conserva en casa? Quizá para aprovecharse de la preocupación de Trántor. ¿Hay alguien que ignore sus propósitos contra nosotros? No vamos a destruir nuestras naves aquí para beneficio suyo. ¡Trántor no luchará! ¡Mi división parte mañana! Bajo las actuales circunstancias, los lasinianos se alegrarán de dejarnos marchar en paz.

Otro tomó la palabra:

—Y Poritta, también. El tratado de Draconis nos ha presionado sin compasión durante estos veinte años. Los planetas imperialistas rechazan una revisión, y no lucharemos en una guerra que sólo conviene a sus intereses.

Uno tras otro, repitieron insistentemente el mismo refrán:

—¡Nuestros intereses son contrarios a ella! ¡No lucharemos! Y, súbitamente, el loara Filip Sanat sonrió. Había vuelto la espalda a la Luna y se reía de los gruñones argumentadores.

—Caballeros —dijo—, nadie se irá.

Ion Smitt suspiró con alivio y volvió a apoyarse en su silla.

—¿Quién nos detendrá? —preguntó Porcut con desprecio.

—¡Los lasinianos! Acaban de tomar la base lunar y estamos rodeados.

Un murmullo de consternación recorrió la estancia. Los gritos y la confusión aumentaban y una voz ahogó a las otras:

—¿Qué hay de la guarnición? —La guarnición ha destruido las fortificaciones horas antes que los lasinianos llegaran. El enemigo no encontró resistencia.

El silencio que siguió fue mucho más terrorífico que los gritos que lo habían precedido.

—Traición —murmuró alguien.

—¿Quién está detrás de todo esto? Uno a uno se acercaron a Sanat. Los puños se cerraron. Los rostros enrojecieron.

—¿Quién lo hizo? —Yo lo hice —dijo Sanat, tranquilamente.

Hubo un momento de pasmada incredulidad.

—¡Perro! ¡Cerdo loarista! ¡Cortémosle el cuello! Y entonces todos retrocedieron ante el par de pistolas de tonita que aparecieron en manos de Ion Smitt. El corpulento lactoniano se colocó frente al joven.

—Yo también estoy metido en esto —gruñó—. Ahora tendrán que luchar. A veces es necesario combatir el fuego con fuego, y Sanat combatió la traición con la traición.

Jem Porcut contempló pensativamente sus nudillos y de pronto emitió una risa ahogada.

—Bueno, ahora no podemos escaparnos, así que no nos queda más remedio que luchar. Excepto por las órdenes, no me importaría asestar un buen golpe a esos malditos lagartos.

La renuente pausa fue seguida por tímidos gritos, prueba positiva de la aceptación de los demás.

Al cabo de dos horas, la exigencia de capitulación lasiniana fue desdeñosamente rechazada y las cien naves de la escuadra humana se extendieron sobre la dilatada superficie de una esfera imaginaria —la formación de defensa estándar de una flota rodeada— y la batalla por la Tierra comenzó.

Una batalla espacial entre fuerzas aproximadamente iguales se parece en casi todos los detalles a un encuentro de esgrima, en el que rayos controlados de mortal radiación son los floretes e impermeables paredes de radiación etérea son los escudos.

Las dos fuerzas avanzan para entrar en batalla y maniobran para situarse.

Entonces, el haz púrpura de una tonita se dirige con una llamarada de ira hacia la pantalla de una nave enemiga, y al hacerlo así, su propia pantalla se despliega. Durante este único instante es vulnerable y constituye un blanco perfecto para un rayo enemigo, el cual, al ser lanzado, expone a su nave a un ataque por el momento. Se extiende en círculos cada vez más grandes.

Cada unidad de la flota, combinando la velocidad del mecanismo con la velocidad de la reacción humana, intenta introducirse en el momento crucial para mantener su

propia seguridad.

El loara Filip Sanat sabía esto y mucho más. Desde su encuentro con el crucero de batalla al salir de la Tierra, había estudiado la guerra espacial, y ahora, mientras las flotas de batalla formaban en línea, sintió que sus dedos se crispaban para entrar en acción.

Se volvió y dijo a Smitt:

—Iré abajo con las armas pesadas.

Smitt tenía el ojo puesto sobre el visor grande y la mano sobre el emisor de ondas.

—Ve, si quieres, pero no te entrometas.

Sanat sonrió. El ascensor particular del capitán le llevó a los niveles de armas, y desde allí ciento cincuenta metros de una disciplinada multitud de artilleros e ingenieros controlaban la tonita número 1.

El espacio es muy difícil de conseguir en una nave de batalla. Sanat observó la estrechez de la habitación en la que la tripulación realizaba cuidadosamente su trabajo en aquella gigantesca máquina que era un acorazado gigante.

Subió los seis empinados escalones que conducían a la tonita número 1 y despidió al artillero. Éste vaciló; su mirada cayó sobre la túnica púrpura, y entonces saludó y bajó de mala gana los escalones.

Sanat se volvió hacia el coordinador que estaba frente a la visiplaca del arma.

—¿Le importa trabajar conmigo? Mi velocidad de reacción ha sido probada y clasificada en el grupo 1-A. Tengo mi tarjeta de clasificación, si quiere verla.

El coordinador enrojeció y balbució:

—¡No, señor! Es un honor trabajar con usted, señor.

El sistema de altavoces tronó: «¡A sus puestos!», y se hizo un profundo silencio, en el cual el frío zumbido de la maquinaria puso su ominosa nota.

Sanat se dirigió al coordinador en un susurro:

—Este arma cubre un cuadrante de espacio completo, ¿verdad? —Sí, señor.

—Bien, vea si puede localizar un acorazado con la insignia de un sol doble en eclipse parcial.

Hubo un largo silencio. Las sensibles manos del coordinador manipulaban la rueda, haciéndola girar hacia ambos lados con delicada presión, para que el campo visible en la visiplaca se desplazara. Unos ojos penetrantes escrutaban la ordenada formación de las naves enemigas.

—Ahí está —dijo—. ¡Pero si es la nave capitana! —¡Exactamente! ¡Centre esa nave! A medida que la rueda giraba, el campo espacial daba vueltas, y la nave capitana enemiga se tambaleó hasta el punto donde las líneas se cruzaban. La presión de los dedos del coordinador se hizo más ligera y experta.

—¡Centrada! —dijo.

El reducido globo ovalado se encontraba justo donde las líneas se cruzaban.

—¡Manténgala ahí! —ordenó Sanat, sombríamente—. No la pierda ni un segundo mientras esté en nuestro cuadrante. El almirante enemigo está en esa nave y nosotros

vamos a eliminarlo, usted y yo.

Las naves pronto se hallarían en línea de tiro y Sanat estaba tenso. Sabía que iba a ser un combate reñido... muy reñido. Los humanos llevaban ventaja en la velocidad, pero los lasinianos eran dos veces más numerosos.

Dispararon un rayo, otro, diez más.

¡Hubo un repentino y cegador destello de purpúrea intensidad! —Primer acierto —jadeó Sanat. Se relajó.

Una de las naves enemigas perdió el rumbo y se alejó impotentemente, con la popa convertida en una masa de metal fundido e incandescente.

Las naves oponentes no estaban muy cerca unas de otras. Los disparos se intercambiaban a velocidad cegadora. Por dos veces, se vio un rayo púrpura dentro de los límites de la visiplaca y Sanat compendió, mientras un extraño escalofrío le recorría la espina dorsal, que era una de las tonitas adyacentes de su propia nave la que estaba disparando.

El combate de esgrima se aproximaba a su punto álgido. Dos ráfagas centellearon casi simultáneamente, y Sanat gruñó. Una de ellas había sido una nave humana. Y por tres veces se oyó el inquietante zumbido de los motores atómicos del nivel inferior que aumentaban su velocidad... y eso significaba que un rayo enemigo, dirigido hacia su propia nave, había sido detenido por la pantalla.

Y, siempre, el coordinador mantuvo centrada la nave capitana enemiga. Pasó una hora; una hora en la que fueron destruidas seis naves lasinianas y cuatro humanas; una hora en la que la rueda giró fracciones de grado hacia un lado y otro; en la que dio vueltas sobre su eje universal en media docena de direcciones.

El sudor cubría la frente del coordinador y le entraba en los ojos; sus dedos casi habían perdido toda sensación, pero aquella nave capitana no abandonó ni un momento el lugar donde se cruzaban las líneas. Y Sanat observaba; con el dedo sobre el gatillo... observaba y esperaba. Por dos veces, la nave capitana había brillado con luminosidad púrpura, mientras sus armas disparaban y su pantalla defensiva bajaba; y por dos veces, el dedo de Sanat había vibrado sobre el gatillo y se había refrenado.

No fue lo bastante rápido. Y entonces Sanat lo apretó y se puso en pie violentamente. El coordinador lanzó un grito y soltó la rueda. En una gigantesca pira funeraria de energía color púrpura la nave capitana, con el almirante lasiniano dentro, había dejado de existir.

Sanat se echó a reír. Extendió la mano, y el coordinador se acercó para estrecharla con un firme apretón de triunfo.

Pero este éxito no duró lo bastante como para que el coordinador pronunciara las primeras palabras de júbilo que le atenazaban la garganta pues la visiplaca se convirtió en una bomba púrpura al tiempo que cinco naves humanas explotaban simultáneamente al ser alcanzadas por mortíferos rayos de energía.

Los altavoces tronaron: «¡Arriba las pantallas! ¡Alto el fuego! ¡En formación de aguja!» Sanat sintió que una mortal incertidumbre se apoderaba de él. Sabía lo que

acababa de suceder. Los lasinianos finalmente habían logrado montar sus armas pesadas sobre la base lunar; armas pesadas con tres veces el alcance de las armas más poderosas que había en las naves... armas pesadas que podían atacar a las naves humanas sin temor a represalias.

Y así concluyó el combate de esgrima, y comenzó la verdadera batalla. Pero sería una batalla de un tipo completamente nuevo, y Sanat sabía que éste era el pensamiento que ocupaba las mentes de todos los hombres. Lo observaba en sus expresiones sombrías y lo notaba en su silencio.

¡Podía dar resultado! ¡Y podía no darlo! El escuadrón terrestre había vuelto a su formación esférica y se ensanchaba lentamente hacia afuera. Los lasinianos se introdujeron en ella para el ataque final.

Aislados de todo suministro de fuerza como estaban los terrícolas, e incapaces de desquitarse con las armas gigantescas de las baterías lunares que dominaban el espacio vecino, sólo parecía una cuestión de tiempo su rendición o su aniquilación.

Los rayos de las tonitas enemigas eran lanzados en continuas ráfagas de energía y las deterioradas pantallas de las naves humanas despedían chispas y rayos de luz fluorescente bajo los crueles latigazos de la radiación.

Sanat oía aumentar el zumbido de los motores atómicos hasta convertirse en un chillido de protesta. En contra de su voluntad, sus ojos convergieron sobre el marcador de energía, y la oscilante aguja bajó mientras miraba, bajando el cuadrante a una perceptible velocidad.

El coordinador se lamió los labios secos.

—¿Cree que lo conseguiremos, señor? —¡Naturalmente! —Sanat estaba lejos de sentir la confianza que aparentaba—. Tenemos que aguantar una hora... siempre que no se retiren.

Y los lasinianos no lo hicieron. Retirarse hubiera significado un debilitamiento de las líneas, con una posible brecha y escapatoria por parte de los humanos.

Las naves humanas avanzaban a paso de tortuga... apenas a ciento cincuenta kilómetros por hora. A esta velocidad, aumentaron lentamente los rayos de energía, mientras la imaginaria esfera crecía de tamaño y la distancia entre las fuerzas oponentes seguía disminuyendo.

Pero en el interior de la nave, la aguja del marcador bajaba rápidamente, y el corazón de Sanat se hundía con ella.

Atravesó el nivel de las armas hasta el lugar donde aguerridos soldados aguardaban ante una gigantesca y reluciente palanca, en espera de la orden que llegaría pronto... o nunca.

La distancia que separaba a las fuerzas enemigas era mínima, no más de dos o cuatro kilómetros —casi contacto desde el punto de vista de una guerra espacial— y entonces aquella orden se extendió sobre los reforzados haces etéreos de una nave a otra. Retumbó en el nivel de las armas:

«¡Fuera las agujas!»

Una veintena de manos se alargaron hacia la palanca, las de Sanat entre ellas y saltó hacia abajo. Majestuosamente, la palanca se inclinó hasta el suelo en un curvado arco, y entonces se oyó un gran estruendo y un ruido sordo que sacudió la nave.

¡El acorazado se había convertido en una «nave-aguja»! En la proa, una sección de la plancha de blindaje se deslizó hacia un lado y una lanza de metal surgió violentamente hacia delante. De treinta metros de largo, se adelgazaba graciosamente a partir de una base de tres metros de diámetro hasta convertirse en una punta afilada y aguda como la de un diamante. A la luz del sol, el cromo-acero de la lanza brillaba con llameante esplendor. Y todas las demás naves del escuadrón humano estaban igualmente equipadas.

Cada una de ellas se había convertido en un poderoso florete de diez, quince, veinte, cincuenta mil toneladas.

¡Peces espada del espacio! En algún lugar de la flota lasiniana, debieron darse frenéticas órdenes. Contra este veterano de todas las tácticas navales —veterano incluso en el sombrío amanecer de la historia, cuando trirremes rivales maniobraron y se atacaron unas a otras con sus puntiagudas proas— el equipo supermoderno de una flota espacial no tenía defensa.

Sanat se apresuró a llegar a la visiplaca y se sujetó con correas a un asiento preparado contra la aceleración, sintiendo que los muelles absorbían el impulso hacia atrás que había provocado la nave al acelerar súbitamente.

Sin embargo, no le importó. ¡Quería contemplar la batalla! Allí no había nadie, ni tampoco en ningún lugar de la galaxia, que arriesgara lo que él. Ellos no arriesgaban más que su vida; y él arriesgaba un sueño que, casi sin ayuda, había creado de la nada.

Había convencido a una apática galaxia y la había inducido a rebelarse contra los reptiles. Había conocido una Tierra a punto de ser destruida y la había apartado del precipicio, casi por sí solo. Una victoria humana sería un triunfo para el loara Filip Sanat y para nadie más.

Él, la Tierra, y la galaxia no eran ahora más que uno solo y se encontraban en el momento decisivo. Y tenían en contra el resultado de esta última batalla, una batalla desesperadamente perdida por su propia traición, a menos que las agujas vencieran.

Y si perdían, la gigantesca derrota —la ruina de la humanidad— también sería la suya.

Las naves lasinianas saltaban hacia los lados, pero no con la suficiente rapidez.

Mientras reunían lentamente ímpetu y se alejaban, las naves humanas acortaron la distancia en tres cuartos. Sobre la pantalla, una nave lasiniana había aumentado de tamaño hasta alcanzar colosales proporciones. Su látigo púrpura de energía había desaparecido al concentrar toda la potencia en una rápida aceleración.

Y, sin embargo, su imagen aumentó y el punto brillante que se distinguía en el extremo inferior de la pantalla apuntaba a su corazón como una reluciente jabalina.

Sanat creyó que no podría soportar la tensión. ¡Cinco minutos y ocuparía su lugar

como el héroe más grande de la galaxia... o el más abominable traidor! Los latidos de la sangre que se agolpaba en sus sienes eran terribles e inaguantables.

Entonces ocurrió.

¡¡Contacto!! La pantalla se volvió loca en una furia caótica de metal retorcido. Los asientos contra la aceleración chirriaron mientras los muelles absorbían el choque. Pero todo se fue aclarando lentamente. La imagen de la pantalla osciló con violencia mientras la nave recuperaba su equilibrio poco a poco.

La aguja de la nave se había roto, el resto estaba torcido, pero la nave enemiga que había traspasado estaba destrozada.

Sanat aguantó la respiración mientras recorría el espacio con la mirada. Era un vasto mar de naves destrozadas, y, a lo lejos, volaban los restos del enemigo, con las naves humanas en su persecución.

Oyó un sonido de colosal animación a sus espaldas y sintió un par de enérgicas manos sobre los hombros.

Se volvió. Era Smitt... Smitt, el veterano de cinco guerras con lágrimas en los ojos.

—Filip —dijo—, hemos ganado.

Acabamos de recibir un mensaje de Vega.

La flota lasiniana ha sido aniquilada... y también con las agujas. La guerra ha terminado, y nosotros hemos ganado. ¡Tú has ganado, Filip! ¡Tú! Su apretón le hacía daño, pero al loara Filip Sanat no le importó.

¡La Tierra era libre! ¡La humanidad estaba salvada!

Por alguna razón, posiblemente a causa del horrible título, por el cual declino enfáticamente toda responsabilidad, *Fraile negro de la Llama* está considerado como la quintaesencia de mi incompetencia primitiva.

Por lo menos, aficionados que se hallan en posesión de algún ejemplar creen que pueden avergonzarme al referirse a él.

Bueno, no es bueno, lo admito, pero tiene sus puntos interesantes.

En un aspecto, es un evidente precursor de mi famosa serie «*Fundación*». En *Fraile negro de la Llama*, como en la serie «*Fundación*», los seres humanos ocupan muchos planetas; y dos mundos mencionados en el primero, Trántor y Santanni, también juegan un papel importante en el segundo. (En realidad, el primer relato de la serie «*Fundación*» aparecería sólo un par de meses después de *Fraile negro de la Llama*, gracias al retraso en la venta de este último).

Además, en *Fraile negro de la Llama* también existe una acentuada similitud con mi primera novela larga, *Un guijarro en el cielo*, que aparecería ocho años más tarde. En ambos, la situación en que coloqué a la Tierra estaba inspirada en la de Judea bajo los romanos. Sin embargo, la batalla decisiva del primer relato está inspirada en la batalla de Salamina, la gran victoria de los griegos sobre los persas. (En los relatos de historia futura siempre he considerado mejor guiarme por la historia pasada. Esto también reza para la serie «*Fundación*»). *Fraile negro de la Llama* me curó para siempre de hacer repetidas revisiones. Puede muy bien existir una conexión entre el hecho de que el relato es bastante pobre y la circunstancia de que lo revisé seis veces. Sé que hay escritores que revisan, revisan y revisan, puliéndolo todo hasta conseguir un brillo completo, pero yo no puedo hacerlo.

Ahora tengo la costumbre de mecanografiar un primer bosquejo sin haber escrito ningún borrador. Compongo libremente ante la máquina de escribir, aunque con frecuencia soy interrogado sobre esto por lectores que creen que un bosquejo inicial sólo puede escribirse a lápiz. La verdad es que escribir a mano me produce dolor en la muñeca al cabo de unos quince minutos

de hacerlo, es muy lento, y difícil de leer. Por el contrario, mecanografió noventa palabras por minuto y puedo hacerlo durante horas sin ninguna dificultad. En cuanto a los borradores, una vez traté de hacer uno y fue desastroso, como intentar tocar el piano metido en una camisa de fuerza.

Una vez he concluido el primer bosquejo, lo leo y corrijo con pluma. Entonces vuelvo a mecanografiarlo todo por última vez. No vuelvo a repararlo, por mi propia voluntad. Si algún editor me pide que haga una revisión claramente definida y de naturaleza menor, con cuya filosofía estoy de acuerdo, accedo. La solicitud de una corrección mayor del principio al final, o una segunda revisión después de la primera, es una cuestión muy distinta.

Entonces rehusó.

Esto no se debe a arrogancia o temperamento. Sólo se debe a que una corrección demasiado amplia, o demasiadas revisiones, indican que el relato es un fracaso.

En el tiempo que necesitaría para salvar tal fracaso, podría escribir una nueva obra y divertirme infinitamente más en el proceso. (Hacer una revisión es, a veces, como mascar un chicle usado). Por lo tanto, los fracasos se ponen a un lado y aguardan una posible venta en otra parte... pues lo que es un fracaso para un editor, no lo es necesariamente para otro.

En la época que escribía *Fraile negro de la Llama* me vi envuelto en actividades de aficionado. Me había unido a una organización llamada Los Futuristas, que incluía a un grupo de ardientes lectores de ciencia-ficción, casi todos llamados a sobresalir en este campo como escritores o editores, o ambas cosas.

Entre ellos se contaban Frederik Pohl, Donald A. Woltheim, Cyril Kornbluth, Richard Wilson, Damon Knight, y otros.

Tal como he tenido ocasión de decir antes, me hice particularmente amigo de Pohl.

Durante la primavera y el verano de 1939, vino a verme periódicamente, leyó mis manuscritos y anunció que tenía «el mejor puñado de relatos rechazados» que había visto en su vida.

Empezó a insinuarse la posibilidad de que fuera mi agente. No era mayor que yo, pero tenía mucha más experiencia práctica con los editores y sabía mucho más acerca del tema.

Me sentí tentado, pero tuve miedo de que eso significara no volver a ver a Campbell, y yo valoraba demasiado mis visitas mensuales para arriesgarme.

En mayo de 1939 escribí un relato llamado *Robbie*, y el 13 de aquel mes lo presenté a Campbell. Era mi primer relato de robots y contenía el germen de lo que más tarde se conocería como las *Tres leyes de la robótica*.

Fred leyó la copia que yo tenía y dijo enseguida que era un buen relato, pero que Campbell lo rechazaría porque tenía un final débil y otras deficiencias. Campbell lo rechazó el 6 de junio, por las mismas razones que Pohl me había apuntado.

Esto me impresionó, y todas las vacilaciones que tenía respecto a que me representara se desvanecieron, pero especifiqué que su representación abarcaría a todos los editores menos a Campbell.

Le entregué *Robbie* después del rechazo, pero él tampoco logró venderlo, aunque incluso lo ofreció a una revista de ciencia-ficción inglesa (algo que a mí nunca se me hubiera ocurrido hacer). Sin embargo, en octubre de 1939, se convirtió en director de *Astonishing Stories* y de *Super Science Stories*, y por lo tanto dejó de ser mi agente.

No obstante, el 15 de marzo de 1940, hizo como editor lo que no pudo hacer como agente. Colocó el relato... aceptándolo él mismo.

Apareció en *Super Science Stories* bajo un título distinto (Pohl siempre cambiaba los títulos). Denominó el relato *Extraño compañero de juegos*, una infeliz elección, a mi entender.

La historia fue eventualmente incluida como la primera de las nueve series de «robots positrónicos» que constituyeron mi libro *Yo, Robot*. En el libro, volví a darle su título original, *Robbie*, y desde entonces ha aparecido con este nombre todas las veces que ha sido publicado.

Quince años más tarde, tuve una hija. Se llamaba Robyn y yo la llamo Robbie. Me han preguntado más de una vez si existe alguna conexión. ¿Le puse deliberadamente un nombre parecido a «robot» a causa del éxito obtenido por mis relatos de robots? La respuesta es negativa. No es más que una pura coincidencia.

Otra cosa... En el curso de mi encuentro con Campbell el 6 de junio de 1939 (durante el cual rechazó *Robbie*), conocí a un escritor de ciencia-ficción bastante famoso por entonces, *L. Sprague de Camp*. Allí empezó una buena amistad —quizá la mejor dentro de la fraternidad de la ciencia-ficción—, que ha continuado hasta hoy.

En junio de 1939 escribí *Mestizo* y decidí dar una buena oportunidad a Fred Pohl. No lo

presenté a Campbell, sino que se lo di directamente a Pohl para ver lo que lograba hacer con él. Lo ofreció a *Amazing*, que lo rechazó. Así que volví a tomarlo y lo presenté a Campbell en la forma directa acostumbrada.

Campbell también lo rechazó.

Sin embargo, cuando Pohl se convirtió en editor, me lo anunció (el 27 de octubre de 1939) diciendo que aceptaba *Mestizo*. En meses posteriores también aceptó *Robbie* y después *La amenaza de Calixto*. En total, me compró siete relatos durante su ejercicio como editor.

MESTIZO

Jefferson Scanlon se enjugó el sudor de la frente y tomó aliento. Alargó un dedo tembloroso hacia el interruptor... y cambió de idea. Su último modelo, que representaba más de tres meses de ininterrumpido trabajo, era casi su última esperanza. Una buena parte de los quince mil dólares que le habían prestado estaba en él. Y ahora la presión sobre un interruptor demostraría si ganaba o perdía.

Scanlon se llamó a sí mismo cobarde y asió firmemente el interruptor. Lo bajó con un chasquido y volvió a subirlo con un rápido movimiento. Y no ocurrió nada... Sus ojos, por más que se esforzaron, no vislumbraron ninguna chispa de energía. Se le contrajo la boca del estómago, y volvió a cerrar el interruptor, salvajemente, y lo dejó cerrado. No ocurrió nada: la máquina era, de nuevo, un fracaso.

Enterró su doliente cabeza entre las manos, y gimió: —¡Oh, Dios mío! Debía funcionar..., debía. Los cálculos son correctos y he producido los campos que quería. Por todas las leyes de la ciencia, esos campos tenían que romper el átomo.

—Se levantó, abriendo el inútil interruptor, y paseó por la habitación sumido en sus pensamientos.

Su teoría era correcta. Su equipo estaba cortado exactamente sobre el patrón de las ecuaciones que había desarrollado. Si la teoría era correcta, el equipo debía estar equivocado. Pero el equipo era perfecto, así que la teoría debía...

—Me voy de aquí antes de volverme loco —dijo a las cuatro paredes.

Arrancó el sombrero y el abrigo del gancho que había detrás de la puerta y al cabo de un momento, dando un portazo tras sí en un arrebatado de cólera estuvo fuera de la casa. ¡Energía atómica! ¡Energía atómica! ¡Energía atómica! Las dos palabras se repetían una y otra vez, cantando una monótona y enloquecedora melodía en su cerebro. ¡Una sirena! Le estaba induciendo a la destrucción. Por aquel sueño había abandonado un seguro y cómodo cargo de profesor en el M. I. T. Por él, se había convertido en un hombre mayor a los treinta años —el primer ardor de la juventud ya hacía tiempo que había desaparecido—, en un aparente fracaso.

Y ahora su dinero se desvanecía rápidamente. Si el amor al dinero es la causa de todos los males, la necesidad del mismo es, con mucha más seguridad, la raíz de todas las desesperaciones. Scanlon sonrió ante esta idea... bastante cierta.

Naturalmente, existían hermosas perspectivas en depósito si algún día lograba cruzar el vacío que había encontrado entre la teoría y la práctica. El mundo entero sería suyo... Marte también, e incluso los planetas no visitados. Todo suyo.

Todo lo que tenía que hacer era averiguar dónde residía la equivocación en los cálculos... No, ya lo había comprobado; era en el equipo. Aunque... Gimió en voz alta de nuevo.

El sombrío curso de sus pensamientos fue interrumpido al darse cuenta súbitamente de que, no lejos de allí, había un tumulto de gritos juveniles. Scanlon frunció el ceño. Odiaba el ruido, y de modo especial cuando estaba deprimido.

Los gritos aumentaron de intensidad y se disolvieron en fragmentos de palabras:

«¡Cógele, Johnny!» «¡Atiza..., mira cómo corre!» Una docena de muchachos salieron disparados detrás de un gran edificio de madera, a menos de doscientos metros de distancia, y corrieron desordenadamente en dirección a Scanlon.

A pesar suyo, Scanlon observó al ruidoso grupo con curiosidad. Perseguían a algo o a alguien, con la cruel alegría de la infancia. En la oscuridad no distinguió exactamente de qué se trataba: Se protegió los ojos y los entrecerró. Con un movimiento repentino, una figura solitaria se separó de la multitud y corrió frenéticamente.

Scanlon casi dejó caer su reconfortante pipa a causa del asombro, pues el fugitivo era un híbrido, un mestizo de terrícola y marciano. Aquel penacho de cabello fuerte y blanco que se levantaba con rigidez en todas direcciones como púas de puerco espín no dejaba lugar a dudas. Scanlon se maravilló... ¿Qué hacía una de aquellas cosas fuera de un asilo? Los muchachos habían vuelto a atrapar al híbrido, y el fugitivo se perdió de vista.

Los chillidos aumentaron de volumen y Scanlon, sobresaltado, vio cómo se levantaba una tabla y caía con un golpe sordo. Le acometió un profundo sentido de la enormidad de sus propias acciones al permanecer allí ociosamente, mientras una criatura indefensa era acosada por una pandilla de muchachos, y antes de que se diera cuenta de ello, estaba sobre ellos, blandiendo amenazadoramente los puños.

—¡Largaos, salvajes! Alejaos de aquí antes de que... —La punta de su zapato entró en violento contacto con el trasero del rufián más cercano, y sus brazos hicieron desplomar a otros dos.

La llegada de la nueva fuerza cambió considerablemente la situación. Los muchachos, a pesar de su superioridad numérica, tienen un miedo instintivo a los adultos..., sobre todo a un adulto tan cruel y feroz como parecía ser Scanlon. En menos tiempo del que éste necesitó para darse cuenta, desaparecieron, dejándolo solo con el híbrido, que yacía boca abajo, y que entre jadeantes sollozos lanzaba temerosas e inciertas miradas hacia su salvador.

—¿Te han hecho daño? —preguntó ásperamente Scanlon.

—No, señor. —El híbrido se levantó tambaleándose, con la cresta de cabello plateado oscilando con incongruencia—. Me he torcido un poco el tobillo, pero puedo andar. Me voy. Muchas gracias por ayudarme.

—¡No te vayas! ¡Espera! —La voz de Scanlon se dulcificó, pues se dio cuenta de que el híbrido, aunque desarrollado casi por completo, estaba increíblemente delgado; su traje era una masa de sucios jirones y había una mirada de completo cansancio en su rostro enjuto, que ablandaba el corazón—. Ven —dijo, cuando el híbrido se volvió de nuevo hacia él—. ¿Tienes hambre? El rostro del híbrido se contrajo como si estuviera dirimiendo una batalla en su interior. Cuando habló, lo hizo en voz baja y avergonzada.

—Sí..., un poco.

—Ya me lo parecía. Ven conmigo a mi casa. —Dejó caer el pulgar sobre su hombro—. Tienes que comer. Me parece que tampoco te iría mal un baño y un cambio de traje. —Se volvió y abrió la marcha.

Permaneció en silencio hasta que hubo abierto la puerta principal de su casa y entrado en el vestíbulo.

—Creo que será mejor que primero tomes un baño, muchacho. Allí está el cuarto de baño. Date prisa en entrar y cierra la puerta antes de que Beulah te vea.

Su advertencia llegó demasiado tarde.

Una súbita exclamación de sorpresa hizo que Scanlon girara en redorado, con expresión de culpabilidad, y que el híbrido retrocediera para esconderse detrás de un perchero.

Beulah, el ama de llaves de Scanlon, corrió hacia ellos, con su dulce rostro encendido de indignación y el rollizo cuerpo rezumando exasperación por todos sus poros.

—¡Jefferson Scanlon! ¡Jefferson! —Contempló al híbrido con evidente desagrado—. ¡Cómo puedes traer una cosa así a esta casa! ¿Has perdido el sentido de la moral? El pobre híbrido se asustó ante el repentino acceso de cólera, pero Scanlon, tras su momentáneo pánico inicial, se recobró.

—Vamos, vamos, Beulah. Esto no es propio de ti. Aquí tenemos a una pobre criatura, muerta de hambre, cansada, golpeada por un grupo de muchachos, y no tienes compasión de ella. La verdad es que me has decepcionado, Beulah.

—¡Decepcionado! —jadeó el ama de llaves, tocada en su punto flaco—. A causa de esa cosa vergonzosa. ¡Tendría que estar en una de esas instituciones donde tienen a los monstruos como él! —Muy bien, ya hablaremos de ello luego. Vamos, muchacho, ve a bañarte.

Y, Beulah, mira a ver si encuentras alguno de mis trajes viejos.

Con una última mirada de desaprobación, Beulah salió airadamente de la estancia.

—No le hagas caso, muchacho —dijo Scanlon cuando se hubo marchado—. Fue mi niñera y todavía tiene hacia mí una especie de interés de propietario. No te hará daño. Ve a bañarte.

El híbrido era una persona muy distinta cuando finalmente se sentó a la mesa del comedor. Ahora que la capa de suciedad había desaparecido, su delgado rostro mostraba una cierta belleza y la frente grande y clara le confería un aspecto marcadamente intelectual. Continuaba teniendo el cabello levantado, a una altura de treinta centímetros, a pesar de toda el agua que había recibido. A la luz, su brillante blancura adquiría una imponente dignidad, y a Scanlon le pareció que había perdido toda su fealdad.

—¿Te gusta el pollo frío? —preguntó Scanlon.

—¡Oh, sí! —respondió entusiásticamente.

—Entonces empieza a comer. Y cuando lo acabes, puedes tomar más. Coge de todo lo que hay en la mesa.

Los ojos del híbrido centellearon al tiempo que sus mandíbulas se ponían en movimiento; y, entre los dos, vaciaron la mesa a los pocos minutos.

—Muy bien —exclamó Scanlon cuando terminaron de comer—, creo que ahora podrías responderme a unas cuantas preguntas. ¿Cómo te llamas? —Me llamaban Max.

—¡Ah! ¿Y tu apellido? El híbrido se encogió de hombros.

—Nunca me dieron otro nombre más que Max... cuando me hablaban para algo.

Creo que un mestizo no necesita apellido. —No había error posible en cuanto a la amargura de su voz.

—Pero ¿qué hacías corriendo como un loco por las calles? ¿Por qué no estás donde vives habitualmente? —Estaba en casa. Cualquiera cosa es mejor que estar en una casa... incluso el mundo de fuera, que no he visto nunca.

Sobre todo desde que Tom murió.

—¿Quién era Tom, Max? —inquirió dulcemente Scanlon.

—Era el único que había igual que yo.

Era más joven, quince años, pero murió. —Levantó la vista de la mesa, con la ira reflejada en sus ojos—. Ellos le mataron, señor Scanlon. ¡Era tan joven y tan amigable! No podía resistir la soledad como yo. Necesitaba amigos y diversión, y... no tenía a nadie más que a mí. Y cuando murió yo tampoco pude resistirlo más. Me fui.

—Ellos querían ser amables, Max. No tendrías que haber hecho eso. Vosotros no sois como las demás personas; no os comprenden. Y deben de haber hecho algo por vosotros. Tú hablas como si fueras una persona instruida.

—Podía asistir a las clases, es verdad —asintió él, sombríamente—. Pero tenía que sentarme en un rincón, lejos de los demás.

Aunque me dejaban leer todo lo que quería y eso es algo que les agradezco.

—Bueno, Max. No te trataban tan mal, ¿verdad? Max levantó la cabeza y miró fijamente al otro con desconfianza.

—No me hará volver, ¿verdad? —Y se incorporó, como si estuviera dispuesto a echar a correr.

Scanlon tosió con desasosiego.

—Desde luego, si tú no quieres volver, yo no te obligaré. Pero sería lo mejor para ti.

—No lo sería —gritó Max con vehemencia.

—Bueno, ésta es tu opinión. De cualquier modo, creo que ahora es preferible que te vayas a dormir. Lo necesitas. Ya hablaremos por la mañana.

Condujo al todavía desconfiado híbrido a la segunda planta, y señaló un reducido dormitorio.

—Será el tuyo durante esta noche. Yo estaré en la habitación contigua más tarde, y si necesitas algo no tienes más que gritar.

—Se volvió para marcharse, y entonces se le ocurrió una idea—. Pero recuerda,

no debes tratar de escaparte durante la noche.

—Palabra de honor. No lo haré.

Scanlon se retiró pensativamente a la habitación que le servía de estudio.

Encendió una lámpara de luz mortecina y se sentó en un gastado sillón. Estuvo diez minutos sin moverse, y por primera vez en seis años pensó en algo distinto a su sueño de energía atómica.

Se oyó un discreto golpe en la puerta, y tras su gruñido de asentimiento entró Beulah.

Tenía el ceño fruncido y se mordía los labios. Se plantó firmemente delante de él.

—¡Oh, Jefferson! ¡Pensar que ibas a hacer una cosa así! Si tu pobre madre supiera...

—Siéntate, Beulah —Scanlon señaló otro sillón—, y no te preocupes de mi madre. No le hubiera importado.

—No. Tu padre también era un bobo de buen corazón. Tú eres como él, Jefferson.

Primero gastas todo tu dinero en estúpidas máquinas que cualquier día harán estallar la casa... y ahora recoges a esa horrible criatura de la calle... Dime, Jefferson —hubo una pausa solemne y temerosa—, ¿piensas quedártelo? Scanlon sonrió malhumoradamente.

—Creo que sí, Beulah. No puedo hacer otra cosa.

Una semana más tarde, Scanlon se encontraba en su laboratorio. Durante la última noche, su cerebro, descansado por el cambio en la monotonía aportado por la presencia de Max, había pensado en una posible solución al misterio del fallo de su máquina. Quizá algunas piezas estuvieran defectuosas. La más pequeña imperfección en cualquiera de ellas podía ser la causa de su ineficacia.

Se concentró en el trabajo con entusiasmo. Al cabo de media hora la máquina estaba desmontada sobre su mesa de trabajo, y Scanlon la miraba con desconsuelo desde el alto taburete donde se hallaba sentado.

Apenas oyó cómo se abría y cerraba la puerta con suavidad. Hasta que el intruso hubo tosido dos veces, el absorto inventor no se dio cuenta de su presencia.

—Oh... eres tú, Max —su abstraída mirada le reconoció—. ¿Querías verme? —Si está ocupado, puedo esperar, señor Scanlon. —Aquella semana no había eliminado su timidez—. Pero había muchos libros en mi habitación.

—¿Libros? Oh, haré que los saquen, si no los quieres. Supongo que no te interesarán... Son libros de texto en su mayoría, si no recuerdo mal. Quizá demasiado adelantados para ti.

—Oh, no son muy difíciles —le aseguró Max. Señaló un libro que llevaba—. Sólo quería que me explicara una cosa de la mecánica cuántica. Hay unas operaciones del cálculo integral que no acabo de entender. Me preocupa. Aquí..., espere a que lo encuentre.

Pasó rápidamente algunas páginas, pero se detuvo de repente al fijarse en lo que le rodeaba.

—Oh, dígame..., ¿está desmontando su invento? La pregunta recordó de nuevo a Scanlon todas sus dificultades. Sonrió con amargura.

—No, aún no. Pensé que podía haber alguna equivocación en el aislamiento o las conexiones que le impidiera funcionar. No la hay... he cometido un error en alguna parte.

—¡Qué lástima, señor Scanlon! —La suave frente del híbrido se frunció tristemente.

—Lo peor de todo es que no se me ocurre qué es lo que está mal. Estoy seguro de que la teoría es perfecta... lo he comprobado de todas las formas posibles.

He repasado los cálculos matemáticos una y otra vez, y siempre da el mismo resultado.

Unos campos con una distorsión espacial de tanta intensidad, reducirían el átomo a añicos. Pero no ocurre así.

—¿Puedo ver las ecuaciones? Scanlon miró irónicamente a su pupilo, pero no vio en su rostro más que el más profundo interés. Se encogió de hombros.

—Están allí... debajo de aquel montón de hojas amarillas que hay sobre la mesa.

Pero no sé si podrás leerlas. No he tenido ganas de mecanografiarlas, y mi escritura es muy mala.

Max las estudió cuidadosamente y volvió las páginas una a una.

—Me parece que son demasiado complicadas para mí.

El inventor esbozó una sonrisa.

—Ya me lo parecía, Max.

Scanlon paseó una mirada por la iluminada estancia, y le acometió un súbito acceso de ira. ¿Por qué no funcionaba aquello? Se levantó violentamente y descolgó el abrigo.

—Voy a salir, Max —dijo—. Di a Beulah que no me haga nada caliente para comer.

Estaría frío antes de que yo hubiera vuelto.

Era por la tarde cuando abrió la puerta principal, y el hambre que sentía no era lo bastante aguda como para impedir que se diera cuenta, con un sobresalto de asombro, de que había alguien trabajando en su laboratorio. Llegó a sus oídos un penetrante zumbido seguido por un momentáneo silencio y después otra vez el zumbido, que ahora se convirtió en un crujido que duró un instante y desapareció.

Atravesó el vestíbulo en dos zancadas y abrió de par en par la puerta del laboratorio. La imagen que vieron sus ojos le sumió en una actitud del más puro asombro..., de la más aturdida incompreensión.

Lentamente, entendió el mensaje de sus sentidos. Su precioso motor atómico había vuelto a ser montado, pero esta vez de forma tan extraña que era absurdo, pues ni siquiera sus diestros ojos veían una relación razonable entre las diversas partes.

Se preguntó estúpidamente si era una pesadilla o una broma, y entonces todo se le aclaró de pronto, pues en el otro extremo de la habitación estaba la inconfundible

imagen de una mata de cabello plateado que sobresalía de un banco, oscilando lentamente de un lado a otro, a medida que su oculto propietario se movía.

—¡Max! —gritó el aturdido inventor, dominado por la telera. Evidentemente, el inconsciente muchacho había permitido que su interés le indujera a realizar inútiles y peligrosos experimentos.

Al oírlo, Max levantó un rostro pálido que, a la vista de su tutor, se volvió rojo oscuro. Se acercó a Scanlon con pasos reacios.

—¿Qué has hecho? —gritó Scanlon, contemplándole con furia—. ¿Sabes con lo que has estado jugando? Hay bastante potencial en este aparato como para electrocutarte en un segundo.

—Lo siento, señor Scanlon. Tuve una idea bastante tonta cuando miré las ecuaciones, pero no me atreví a decir nada porque usted sabe mucho más que yo.

Cuando se fue, no pude resistir la tentación de intentarlo, aunque no pretendía llegar hasta tan lejos. Creí que volvería a tenerlo desmontado cuando usted regresara.

Hubo un silencio que duró largo rato.

Cuando Scanlon habló de nuevo, su voz era curiosamente dulce:

—Bueno, ¿qué has hecho? —¿No se enfadará? —Es un poco tarde para eso. De cualquier modo, no podías haberlo hecho mucho peor.

—Pues, en sus ecuaciones, me he fijado —extrajo una hoja y después otra y señaló— que siempre que aparece la expresión representante de los campos de distorsión espacial, se refiere a una función de $x^2 + y^2 + z^2$. Ya que los campos, por lo que he podido ver, siempre aparecían como constantes, eso le proporcionaría la ecuación de una esfera.

Scanlon asintió.

—Ya me había fijado en eso, pero no tiene nada que ver con el problema.

—Bueno, yo pensé que eso podía indicar el arreglo necesario de los campos individuales, así que he desconectado los distorsionadores y los he vuelto a fijar en una esfera.

El inventor estaba con la boca abierta.

La misteriosa disposición de su invento ya le parecía clara... y lo que es más, eminentemente sensata.

—¿Funciona? —preguntó.

—No estoy completamente seguro. Las piezas no han sido hechas para esta disposición, así que esto sólo es un burdo arreglo. Además, hay el error de la constante...

—Pero ¿funciona? ¡Cierra el interruptor, maldita sea! —Scanlon volvía a ser fuego e impaciencia.

—Muy bien, retroceda. Disminuiré la energía a un décimo de la normal para que no tengamos más potencia de salida de la que podemos soportar.

Cerró el interruptor con lentitud, y en el momento del contacto, una brillante bola de fuego blancoazulada surgió de las profundidades de la cámara central de cuarzo.

Scanlon entornó automáticamente los ojos, y consultó el indicador de la potencia. La aguja subía continuamente y no se detuvo hasta llegar al límite superior.

La llama seguía ardiendo, aparentemente sin desprender calor, aunque junto a su luz, de intensidad más brillante que un destello de magnesio, las luces eléctricas se convirtieron en un mortecino resplandor amarillento.

Max volvió a abrir el interruptor y la bola de fuego enrojeció y se apagó, sumiendo la estancia en una luz comparativamente oscura y roja. El indicador de potencia volvió a descender a cero y Scanlon sintió que le fallaban las rodillas al dejarse caer en una silla.

Contempló fijamente al confundido híbrido y en su mirada había respeto y admiración, y también algo más, pues reflejaba temor. Hasta ese momento no se había dado cuenta de que el híbrido no era de la Tierra ni de Marte, sino de una raza aparte. Entonces se fijó en la diferencia, pero no en los casi imperceptibles cambios físicos, sino en el profundo abismo mental que sólo ahora comprendía.

—¡Energía atómica! —exclamó roncamente—. Y resuelta por un muchacho que aún no tiene veinte años.

La confusión de Max era penosa.

—Usted ha hecho todo el trabajo, señor Scanlon, durante años y años. Yo sólo me he fijado en un pequeño detalle que usted mismo podría haber visto cualquier día. — Su voz se desvaneció ante la mirada fija y resuelta del inventor.

—Energía atómica... el mayor descubrimiento del hombre hasta nuestros días, y la tenemos nosotros dos.

Ambos —tutor y pupilo— parecían atemorizados ante la grandeza y poder de lo que habían creado.

Y en aquel momento... la era de la electricidad terminó.

Jefferson Scanlon chupó su pipa con satisfacción. Fuera, caía la nieve y el frío del invierno llenaba el aire, pero en el interior de la casa, envuelto en un calor confortable, Scanlon fumaba y sonreía para sí. Enfrente, Beulah, con la misma felicidad tranquila, tarareaba en voz baja al tiempo que chasqueaba las agujas de tejer, deteniéndose sólo ocasionalmente cuando sus dedos tropezaban con una porción de dibujo insólitamente complicada. Max estaba sentado en el rincón próximo a la ventana, ocupado en su habitual pasatiempo de la lectura, y Scanlon reflexionaba con vaga sorpresa que, últimamente, Max había limitado sus lecturas a novelas intrascendentes.

Habían ocurrido muchas cosas desde aquel día de grata memoria de hacía un año. En primer lugar, Scanlon era ahora famoso en todo el mundo y un científico adorado por todos, y hubiera sido muy raro que no fuera lo bastante humano como para sentirse orgulloso de ello. En segundo lugar, e igualmente importante, la energía atómica estaba transformando el mundo.

Scanlon daba gracias, una y otra vez, de que la guerra fuera algo que había terminado hacía dos siglos, pues, de lo contrario, la energía atómica hubiera

significado la ruina final de la civilización.

De hecho, la coalición de energía mundial que ahora controlaba la gran fuerza de la energía atómica se reveló como una verdadera bendición y la introducía en la vida del hombre en las etapas lentas y graduales necesarias para prevenir un cataclismo económico.

Los viajes interplanetarios ya habían sido revolucionados. De peligrosos riesgos, los viajes a Marte y Venus se habían convertido en paseos de vacaciones que se llevaban a cabo en un tercio del tiempo precedente, y los viajes a los planetas exteriores por lo menos eran factibles.

Scanlon se recostó más en el sillón, y ponderó una vez más el único punto que estropeaba todo el maravilloso encanto del que estaba rodeado. Max había rehusado cualquier honor. Tempestuosa y violentamente, se negó incluso a que su nombre fuera mencionado. La injusticia que ello suponía irritaba a Scanlon, pero aparte de una vaga mención a «inteligentes ayudantes» no había dicho nada; y pensarlo todavía le hacía sentirse como un sinvergüenza.

Un ruido penetrante y explosivo le despertó de su ensoñación y dirigió hacia Max una mirada sorprendida, viendo que éste había cerrado súbitamente el libro con un golpe de mal humor.

—Pero —exclamó Scanlon— ¿qué sucede ahora? Max lanzó el libro hacia un lado y se levantó, con el labio inferior fruncido.

—Estoy solo, eso es todo.

Scanlon bajó la cabeza, y se concentró en una incómoda búsqueda de palabras.

—Te comprendo, Max —dijo dulcemente, al cabo de un rato—. Lo siento por ti, pero las condiciones... son tan...

Max se aplacó, y animándose, colocó cariñosamente un brazo sobre el hombro de su padre adoptivo.

—Ya sabes que no me refería a eso. Es que... bueno, no sé cómo decirlo, pero es que... llegas a desear tener a alguien de tu edad con quien hablar..., alguien de tu misma clase.

Beulah levantó la vista y fijó una penetrante mirada en el joven híbrido, pero no dijo nada Scanlon reflexionó.

—Tienes razón, hijo, en cierto modo. Un amigo y compañero es lo mejor que puede tener un muchacho, y temo que Beulah y yo no sirvamos en este aspecto. Alguien de tu clase, como tú dices, sería la solución ideal, pero es difícil. —Se rascó la nariz con un dedo y miró pensativamente al techo.

Max abrió la boca como si quisiera decir algo más, pero cambió de opinión y se ruborizó sin ninguna razón evidente.

Entonces murmuró, no lo bastante alto como para que Scanlon le oyera:

—¡Me he portado como un tonto! Dando bruscamente media vuelta salió de la habitación, propinando un fuerte portazo al marcharse. Scanlon le contempló con manifiesta sorpresa.

—¡Vamos! ¡Qué manera tan rara de actuar! Pero ¿qué le ha dado últimamente? Beulah detuvo las agujas, que se movían ágilmente, el tiempo suficiente para decir:

—Los hombres habéis nacido ciegos, y tontos, por si fuera poco.

—¿De verdad? —Fue la irritada respuesta—. ¿Y sabes lo que le pasa? —Claro que lo sé. Es tan evidente como horrible la corbata que llevas. Ya hace meses que me he dado cuenta. ¡Pobre muchacho! Scanlon movió la cabeza.

—Hablas en clave, Beulah.

El ama de llaves dejó su labor a un lado y miró al inventor con paciencia.

—Es muy sencillo. El muchacho tiene veinte años. Necesita compañía.

—Pero eso es justo lo que él ha dicho.

¿Es ésta tu maravillosa penetración? —Dios mío, Jefferson. ¿Tanto tiempo ha transcurrido desde que tú mismo tuviste veinte años? ¿Sinceramente quieres decir que crees que se refiere a una compañía masculina? —Oh —dijo Scanlon, y entonces se le iluminó súbitamente el rostro—. ¡Oh! —Se rió de manera tonta.

—Bueno, ¿qué piensas hacer para remediarlo? —Pues... pues, nada. ¿Qué se puede hacer? —Ésa sí que es una bonita manera de hablar de tu pupilo, siendo lo bastante rico como para comprar quinientos orfanatos desde los cimientos hasta el tejado y no darte ni cuenta del gasto. Sería lo más fácil del mundo encontrar a una atractiva señorita híbrida que le hiciera compañía.

Scanlon la miró fijamente, con una expresión de intenso horror en la cara.

—¿Hablas en serio, Beulah? ¿Tratas de sugerirme que vaya a escoger a un híbrido hembra para Max? Pero... pero si yo no sé nada de mujeres..., especialmente de mujeres híbridas. No conozco sus patrones.

Estoy expuesto a elegir a una que él considere una bruja horrible.

—No inventes objeciones tontas, Jefferson. Aparte del cabello, tienen el mismo aspecto que nosotros, y estoy segura de que sabrás escoger a una guapa. Nunca ha existido un soltero lo bastante viejo y huraño como para no poder hacer eso.

—¡No! No lo haré. De todas las ideas horribles...

—¡Jefferson! Eres su tutor. Se lo debes a Max.

Estas palabras impresionaron fuertemente al inventor.

—Se lo debo a Max —repitió—. En eso tienes razón, más razón de la que crees —suspiró—. Supongo que debo hacerlo.

Scanlon cambiaba desasosegadamente el peso de su cuerpo de un pie al otro, bajo la penetrante mirada de un oficial de rostro avinagrado cuya tarjeta proclamaba en grandes letras: Señorita Martin, superintendente.

—Siéntese, señor —dijo agriamente—. ¿Qué desea? Scanlon se aclaró la garganta. Había perdido la cuenta de los asilos visitados hasta el momento y la tarea se le hacía cada vez más pesada. Hizo la promesa solemne de que éste sería el último... O tenían un híbrido del sexo apropiado, la edad y el aspecto que buscaba, o abandonarían todo el proyecto.

—He venido a ver —empezó, en un discurso cuidadosamente preparado, aunque

balbuceante— si tienen algún híbri..., algún mestizo marciano en este asilo. Es...

—Tenemos tres —interrumpió vivamente la superintendente.

—¿Alguna hembra? —preguntó Scanlon con ansiedad.

—Todas hembras —replicó ella, y sus ojos brillaron con desaprobadora sospecha.

—Oh, estupendo. ¿Le importa que las vea? Es...

La fría mirada de la señorita Martin no vaciló.

—Perdóneme, pero antes de ir más lejos, quisiera saber si piensa adoptar a un mestizo.

—Me gustaría conseguir los documentos de tutela si se me autoriza a hacerlo. ¿Es algo tan insólito? —Desde luego que sí —fue la rápida contestación—. Comprenderá usted que en un caso así, primero debemos realizar una concienzuda investigación del estado de la familia, tanto financiera como social. El Gobierno opina que estas criaturas están mejor cuidadas bajo la supervisión del estado, y adoptarlas es bastante difícil.

—Lo sé, señorita, lo sé. Hace unos quince meses he pasado por una experiencia práctica sobre esta cuestión.

Creo que puedo satisfacerla en cuanto a mi condición financiera y social sin demasiadas dificultades. Me llamo Jefferson Scanlon...

—¡Jefferson Scanlon! —Su exclamación fue casi un chillido. En un abrir y cerrar de ojos, su rostro se iluminó con una sonrisa servil—. Desde luego, tendría que haberle reconocido por todos los retratos suyos que he visto. ¡Qué tonta he sido! Le ruego que no se moleste en darme más referencias. Estoy segura de que en su caso —dijo esto con una entonación particularmente amable— no es necesario ningún expediente.

Hizo sonar furiosamente una campanilla.

—Traiga a Madeline y las otras dos pequeñas lo más rápidamente que pueda —ordenó a la asustada criada que apareció—. Que estén limpias y adviértales que se porten lo mejor posible.

Después, se volvió hacia el visitante.

—No tardarán mucho, señor Scanlon. Es un gran honor tenerle aquí con nosotros, y me avergüenzo del desagradable trato que le he dado antes. Al principio no le había reconocido, aunque comprendí inmediatamente que era alguien importante.

Si Scanlon se había enfadado por el severo desdén inicial de la superintendente, ahora estaba completamente desconcertado por su efusiva amabilidad. Se enjugó una y otra vez la frente, que le transpiraba con profusión, y respondió con incoherentes monosílabos a las vivaces preguntas que le formulaban. Justo cuando había llegado a la decisión de volver sobre sus talones y escapar volando de aquel dragón hecho mujer, la criada anunció a las tres híbridas y salvó la situación.

Scanlon inspeccionó a las tres mestizas con interés y súbita satisfacción. Dos no eran más que niñas, de unos diez años de edad, pero la tercera, que debía tener unos dieciocho, era elegible desde todos los puntos de vista.

Su esbelta figura era ágil y graciosa incluso en la discreta actitud que había asumido, y Scanlon, «solterón acérrimo y apergaminado» como se consideraba, no pudo reprimir un ligero asentimiento de aprobación.

Su cara era ciertamente lo que Beulah llamaría «atractiva», y sus ojos, ahora dirigidos hacia el suelo en tímida confusión, eran de un color azul oscuro que gustó mucho a Scanlon. Incluso su extraño cabello era bonito.

Sólo era moderadamente alto, mucho más bajo que la espléndida cresta masculina de Max, y su sedoso brillo blanco atraía los rayos del sol y los despedía en relucientes fulgores.

Las dos pequeñas agarraban con firmeza la falda de su compañera de más edad y miraban a los dos adultos con el miedo reflejado en sus ojos, que aumentó a medida que el tiempo transcurría.

—Me parece, señorita Martin, que la muchacha servirá —observó Scanlon—. Es exactamente lo que quería. ¿Puede decirme cuánto tardarán en estar preparados los documentos de tutela? —Estarán mañana, señor Scanlon. En un caso tan poco corriente como el suyo, puedo hacer fácilmente unos arreglos especiales.

—Gracias. Entonces volveré... —fue interrumpido por un fuerte sollozo. Una de las pequeñas híbridas, sin poder resistir más, había empezado a llorar, seguida pronto por la otra.

—Madeline —gritó la señorita Martín a la mayor de las tres muchachas—. Haz el favor de hacer que Rose y Blanche se callen.

Esto es una exhibición abominable.

Scanlon intervino. Le pareció que Madeline estaba muy pálida y, aunque sonreía y calmaba a las pequeñas, estaba seguro de que tenía lágrimas en los ojos.

—Es posible —sugirió— que la señorita no desee abandonar la institución.

Naturalmente, no tengo intención de llevármela más que sobre una base puramente voluntaria.

La señorita Martin sonrió con desdén.

—No causará ningún problema —Se dirigió a la joven—. Has oído hablar del gran Jefferson Scanlon, ¿verdad? —Sí, señorita Martin —contestó la chica, en voz baja.

—Déjeme arreglar esto, señorita Martin —apremió Scanlon—. Dime, ¿prefieres realmente quedarte aquí? —Oh, no —replicó ella con viveza—, me gustaría mucho irme, aunque —con una mirada de aprensión a la señorita Martin, continuó— me han tratado muy bien aquí.

Pero verá..., ¿qué será de las dos pequeñas? Yo soy todo lo que tienen, y si yo me voy, ellas... ellas...

Perdió toda su resistencia y las abrazó con un súbito y firme apretón.

—¡No quiero dejarlas, señor! —Las besó dulcemente—. No lloréis, niñas. No os abandonaré. No se me llevarán.

Scanlon tragó saliva con dificultad y buscó un pañuelo para sonarse. La señorita

Martin contemplaba la escena con desaprobadora altivez. —No haga caso a esta tonta, señor Scanlon —dijo—. Creo que lo tendré todo dispuesto mañana al mediodía.

—Prepare documentos de tutela para las tres —fue el gruñido que recibió como respuesta.

—¿Qué? ¿Las tres? ¿Habla en serio? —Desde luego. Puedo hacerlo si lo deseo, ¿verdad? —gritó.

—Bueno, naturalmente, pero...

Scanlon se marchó enseguida, dejando petrificadas a Madeline y a la señorita Martin, esta última completamente estupefacta, la primera con un súbito acceso de felicidad. Incluso las niñas de diez años percibieron el cambio de situación y cesaron en sus sollozos.

La sorpresa de Beulah cuando los recibió en el aeropuerto y vio a tres híbridas cuando sólo esperaba una, no puede describirse. Pero, en conjunto, la sorpresa fue agradable, pues las pequeñas Rose y Blanche conquistaron inmediatamente a la anciana ama de llaves. Su primer saludo consistió en estampar unos grandes y húmedos besos en las arrugadas mejillas de Beulah, a los que ésta correspondió con alegría y nuevos besos.

Con Madeline estuvo encantada y susurró a Scanlon que sabía bastante más de aquellos asuntos de lo que él pretendía.

—Si tuviera un cabello decente —murmuró Scanlon al responderle—, me casaría yo mismo con ella. Eso es lo que haría —y sonrió muy satisfecho de sí mismo.

La llegada a casa a media tarde ocasionó una gran satisfacción a los dos mayores. Scanlon convenció a Max para que le acompañara a dar un largo paseo por el bosque, y cuando el confiado Max se fue, sorprendido pero encantado, Beulah se afanó en instalar cómodamente a las tres recién llegadas.

Visitaron la casa de arriba abajo y vieron las habitaciones que les habían sido asignadas. Beulah charlaba sin cesar, bromeando y riendo, hasta que las híbridas perdieron toda su timidez y se sintieron como si la hubiesen conocido toda la vida.

Después, ya que la tarde invernal era corta, se volvió hacia Madeline bruscamente y dijo:

—Se hace tarde. ¿Quieres acompañarme abajo y ayudarme a preparar la cena para los hombres? Madeline fue cogida por sorpresa.

—¿Los hombres? ¿Así que hay alguien además del señor Scanlon? —Oh, sí. Está Max. Todavía no le has visto.

—¿Es Max un pariente suyo? —No, pequeña. Es otro de los pupilos del señor Scanlon.

—Oh, comprendo. —Se ruborizó, llevándose involuntariamente una mano al cabello.

Beulah adivinó enseguida los pensamientos que pasaban por su cabeza y añadió en voz más baja:

—No te preocupes, querida. No le importará que seas híbrida. Estará muy contento de verte.

Sin embargo, «contento» se reveló como un adjetivo completamente inadecuado para aplicarlo a la emoción de Max al ver por primera vez a Madeline.

Entró en la casa antes que Scanlon, quitándose el abrigo y pisoteando con fuerza al mismo tiempo para sacarse la nieve de los zapatos.

—Oh, chico —gritó al inventor que, medio helado, llegaba detrás de él—, no sé por qué tenías tantas ganas de dar un paseo en un día tan frío como hoy. —Olfateó el aire apreciativamente—. ¡Ah, me parece que huelo a chuletas de cordero!, y se dirigió hacia el comedor a toda prisa. Estaba en el umbral cuando se detuvo súbitamente, y jadeó como si se hallara a punto de ahogarse. Scanlon pasó junto a él y se sentó.

—Vamos —dijo, disfrutando al ver su rostro rojo como la grana—, siéntate. Hoy tenemos compañía. Ésta es Madeline, ésta es Rose y ésta, Blanche. Y él —se dirigió a las chicas, ya sentadas, y reparó con satisfacción en que la ruborizada Madeline había fijado una mirada llena de confusión en el plato que tenía delante— es mi pupilo, Max.

—¿Qué tal? —murmuró Max, con los ojos como platos—. Me alegro de conoceros.

Rose y Blanche prorrumpieron en alegres saludos como respuesta, pero Madeline sólo levantó fugazmente los ojos y volvió a bajarlos.

La comida fue singularmente tranquila.

Max, a pesar de que había pasado toda la tarde quejándose de estar hambriento, dejó que sus chuletas y puré de patata se enfriaran frente a él, mientras Madeline jugaba con su comida como si no supiera para qué servía. Scanlon y Beulah comieron bien y en silencio, intercambiando furtivas miradas entre bocado y bocado.

Scanlon se escabulló después de la cena, pues pensó, muy acertadamente, que en estas cuestiones se necesitaba el toque lleno de delicadeza de una mujer, y cuando Beulah se reunió con él en el estudio varias horas después, comprendió con una sola mirada que había acertado.

—He roto el hielo —dijo ella alegremente—, ahora se están contando la historia de su vida y se llevan muy bien. Sin embargo, siguen asustados el uno del otro e insisten en sentarse en extremos opuestos de la habitación, pero esto pasará... y bastante pronto, por cierto.

—Hacen una pareja estupenda, ¿verdad, Beulah? —La mejor que he visto. Y las pequeñas Rose y Blanche son unos ángeles. Acabo de meterlas en la cama.

Hubo un corto silencio, y después Beulah continuó en voz baja:

—Aquella fue la única ocasión en que tú tuviste razón y yo no, cuando trajiste a Max a casa y yo me opuse; pero aquella única vez vale por todo lo demás. Eres digno de tu querida madre, Jefferson.

Scanlon asintió con seriedad.

—Me gustaría poder hacer igualmente felices a todos los híbridos de la Tierra.

¡Sería algo tan sencillo! Si los tratáramos como humanos, en vez de como criminales, y les proporcionáramos hogares especialmente contruidos para ellos y calculados para su felicidad...

—Pues, ¿por qué, no lo haces tú? —interrumpió Beulah.

Scanlon miró con emoción a la vieja ama de llaves.

—Ahí es exactamente adonde quería ir a parar. —Su voz se convirtió en un murmullo soñador—. Piensa en ello. Una ciudad de híbridos, dirigida por ellos y para ellos, con sus propios funcionarios gubernativos, sus propias escuelas, y sus propios servicios públicos. Un pequeño mundo dentro de un mundo donde los híbridos pudieran considerarse como seres humanos... en vez de monstruos cercados y mal mirados por enormes multitudes de pura sangre.

Cogió su pipa y la llenó lentamente.

—El mundo tiene una deuda con un híbrido que nunca podrá ser pagada... y yo también la tengo. Voy a hacerlo. Voy a crear Ciudad Híbrida.

Aquella noche no se acostó. Las estrellas giraron en sus amplios círculos y por fin palidieron. El alba se insinuó y afirmó, pero Scanlon siguió inmóvil... soñando y planeando.

A los ochenta años, Jefferson Scanlon se conservaba bien. Su paso había perdido agilidad, y los hombros, su firmeza; pero su robusta salud no le fallaba, y la mente, bajo su mata de cabello, ahora tan blanco como el de cualquier híbrido, seguía trabajando con el mismo vigor.

Una vida feliz no envejece, y desde hacía cuarenta años, Scanlon había visto crecer Ciudad Híbrida, y en la contemplación, había encontrado la felicidad.

Ahora podía verla frente a sí, como un gran y hermoso cuadro, al mirar por la ventana. Una ciudad como una joya, con una población de poco más de mil habitantes, viviendo en quinientos kilómetros cuadrados de la fértil tierra de Ohio.

Casas pulcras y bien contruidas, calles anchas y limpias, parques, teatros, colegios, almacenes... una ciudad modelo, reveladora de décadas de inteligente esfuerzo y cooperación.

La puerta se abrió a su espalda y reconoció los suaves pasos sin necesidad de volverse.

—¿Eres tú, Madeline? —Sí, padre —pues ningún habitante de Ciudad Híbrida le conocía por otro nombre—. Max regresa con el señor Johanson.

—Estupendo. —Contempló a Madeline con ternura—. Hemos visto crecer a Ciudad Híbrida desde aquellas lejanas épocas, ¿verdad? Madeline asintió y suspiró.

—No suspires, querida. Los años que le hemos dedicado han valido la pena. ¡Si Beulah hubiera vivido para verla ahora! Movi6 la cabeza al pensar en la vieja ama de llaves, que había muerto hacia un cuarto de siglo.

—No pienses en cosas tan tristes —aconsejó Madeline por su parte—. Aquí llega el señor Johanson. Acuérdate de que es el cuadragésimo aniversario y un día feliz, no

triste.

Charles H. Johanson era lo que se conoce como un hombre «musaraña». Es decir, era una persona inteligente, previsor, comparativamente bien versada en ciencias, pero que solía poner en práctica estas buenas cualidades sólo para mejorar sus propios intereses. Por consiguiente, llegó lejos en política y fue la primera persona designada para el recién creado Gabinete de Ciencia y Tecnología.

Su primer acto oficial era visitar al mayor científico e inventor del mundo, Jefferson Scanlon, que, a su avanzada edad, no tenía igual en los numerosos y útiles inventos que cada año presentaba al Gobierno. Ciudad Híbrida supuso una considerable sorpresa para él. En el mundo exterior se sabía bastante vagamente que la ciudad existía, y se consideraba como un *hobby* del anciano científico, una excentricidad inofensiva. Johanson encontró que era un proyecto muy bien realizado de siniestras implicaciones.

Sin embargo, cuando entró en la habitación de Scanlon en compañía de su antiguo guía, Max, su actitud fue de franca cordialidad y ocultó muy bien ciertos pensamientos que pasaban por su mente.

—Ah, Johanson —saludó Scanlon—, ha vuelto. ¿Qué opina de todo esto? —
Dibujó una amplia curva con el brazo.

—Es sorprendente..., algo maravilloso de ver —le aseguró Johanson.

Scanlon soltó una risita.

—Me alegro de oírlo. Actualmente tenemos una población de 1154 habitantes, que aumenta cada día. Ya ha visto lo que hemos hecho hasta ahora, pero eso no es nada comparado con lo que haremos en el futuro... incluso después de mi muerte. Sin embargo, hay una cosa que deseo ver realizada antes de morir y para eso necesito su ayuda.

—¿De qué se trata? —Inquirió cautelosamente el secretario del Gabinete de Ciencia y Tecnología.

—Sólo esto. Que usted garantice medidas que proporcionen a estos híbridos, a estos mestizos despreciados desde hace demasiado tiempo, una completa igualdad, política, legal, económica y social, con los terrícolas y los marcianos.

Johanson vaciló.

—Sería algo muy difícil. Existe una cierta cantidad de prejuicios, quizá comprensibles; contra ellos, y hasta que podamos convencer a la Tierra de que los híbridos se merecen la igualdad... —Movié la cabeza dubitativamente.

—¡Se la merecen! —exclamó Scanlon con vehemencia—. Se merecen mucho más.

Soy moderado en mis peticiones.

Al oír estas palabras, Max, sentado silenciosamente en un rincón, levantó la mirada y se mordió el labio, pero no dijo nada y Scanlon continuó:

—Ustedes no conocen el verdadero valor de estos híbridos. Reúnen lo mejor de la Tierra y lo mejor de Marte. Poseen el poder racional frío y analítico de los marcianos,

junto con el instinto emocional y la inagotable energía de los terrícolas. En cuanto a su inteligencia se refiere, son superiores a usted y a mí, todos y cada uno de ellos. Yo sólo pido igualdad.

El secretario sonrió de forma conciliadora.

—Es posible que su celo le engañe, mi querido Scanlon.

—No me engaña. ¿Cómo cree que he inventado tantos aparatos de éxito..., como el campo gravitacional que creé hace unos años? ¿Cree que hubiera podido hacerlo sin mis ayudantes híbridos? Fue Max, aquí presente —Max bajó los ojos ante la repentina mirada penetrante del miembro del gabinete—, el que dio el último toque a mi descubrimiento de la energía atómica.

Scanlon olvidó toda cautela, a medida que se iba excitando.

—Pregúnteselo al profesor Whitsun de Stanford y se lo dirá. Es una autoridad mundial en psicología y sabe lo que se dice.

Estudió a los híbridos y le dirá que ellos son la raza futura del sistema solar, destinada a arrebatarnos la supremacía a los pura sangre con la misma seguridad que la noche sucede al día ¿No cree usted que se merecen igualdad en ese caso? —Sí, sí que lo creo... definitivamente —replicó Johanson. Había un extraño brillo en sus ojos y una sonrisa torcida en sus labios—. Esto tiene gran importancia, Scanlon. Me ocuparé de ello inmediatamente. Tan inmediatamente, de hecho, que me parece preferible irme dentro de media hora, para alcanzar el estratocoche de las 2.10.

Apenas se había ido Johanson, cuando Max se aproximó a Scanlon y exclamó sin ningún preámbulo:

—Hay algo que quiero enseñarte, padre..., algo que no has sabido hasta ahora.

Scanlon le contempló con sorpresa.

—¿A qué te refieres? Ven conmigo, por favor, padre. Te lo explicaré. —Su grave expresión era casi atemorizadora.

Madeline se unió a ellos en la puerta y, a un signo de Max, pareció hacerse cargo de la situación. No dijo nada, pero sus ojos se volvieron tristes y las aneas de su frente parecieron hacerse más profundas.

En el más completo silencio, los tres entraron en el cohecoche que les esperaba y atravesaron velozmente la ciudad en dirección a la Colina de los Bosques.

Cuando se encontraron sobre el lago Clare, descendieron de nuevo hasta el pie de la colina.

Un híbrido alto y corpulento se cuadró al ver aterrizar el automóvil, y se sobresaltó al ver a Scanlon.

—Buenas tardes, padre —murmuró respetuosamente, y dirigió una interrogadora mirada a Max al hacerlo.

—Buenas tardes, Emmanuel —contestó con distracción Scanlon. De pronto se fijó en una abertura sabiamente disimulada que conducía al interior de la colina.

Max le hizo señas de que le siguiera y entró en un pasadizo que, al cabo de cien metros, se abría en una caverna hecha por el hombre. Scanlon se detuvo con

estupefacción, pues ante él se hallaban tres gigantescas naves espaciales, de un reluciente blanco-plateado y equipadas, tal como observó fácilmente, con los últimos adelantos de la energía atómica.

—Lamento, padre —dijo Max—, que todo esto se haya hecho sin estar tú enterado. Es el único caso en la historia de Ciudad Híbrida. —Scanlon parecía oírle apenas; estaba completamente aturdido, y Max prosiguió—: La del centro es la nave capitana... la Jefferson Scanlon; la de la derecha es la Beulah Goodkin, y la de la izquierda, la Madeline.

Scanlon se recobró de su estupefacción.

—Pero ¿qué significa todo esto y por qué tanto secreto? —Estas naves se encuentran preparadas desde hace cinco años, completamente aprovisionadas y llenas de combustible, listas para una partida inmediata. Esta noche, dejaremos la ladera de la colina y nos dirigiremos a Venus... No te lo habíamos dicho hasta ahora porque no queríamos perturbar tu paz de espíritu con una calamidad que consideramos inevitable desde hace tiempo. Pensamos que quizá —su voz se hizo casi inaudible— fuera posible posponer su realización hasta que tú ya no estuvieras con nosotros.

—Explícate —gritó de repente Scanlon—. Quiero saber todos los detalles. ¿Por qué os vais cuando estoy seguro de obtener una completa igualdad para vosotros? —Exactamente —contestó Max con tristeza—. Tus palabras a Johanson han precipitado los acontecimientos. Mientras los terrícolas y los marcianos nos consideraban diferentes e inferiores, nos despreciaban y toleraban, tú has dicho a Johanson que éramos superiores y que pronto superaríamos a la humanidad. Ahora no tienen otra alternativa más que odiarnos.

Ya no habrá más tolerancia; esto puedo asegurártelo. Nos vamos antes de que estalle la tormenta.

Los ojos del anciano se fueron agrandando a medida que la verdad de las afirmaciones de Max se le hacía evidente.

—Comprendo. He de ponerme en contacto con Johanson. Quizá podamos reparar esta horrible equivocación. —Se dio una palmada en la frente.

—Oh, Max —intervino Madeline, llorando—, ¿por qué no vas al grano? Queremos que vengas con nosotros, padre.

En Venus, que está tan escasamente poblado, encontraremos un lugar donde podamos vivir en paz durante un tiempo ilimitado. Estableceremos nuestra nación, libre y exenta de trabas, poderosa en nuestro propio derecho, y sin depender más de...

Su voz se desvaneció y miró ansiosamente el rostro de Scanlon, que ahora estaba demacrado y macilento.

—No —murmuró—, ¡no! Mi lugar está aquí, con los míos. Id, hijos míos, y estableced vuestra nación. Al final, vuestros descendientes regirán el sistema. Pero yo..., yo me quedaré aquí.

—Entonces yo también me quedaré —insistió Max—. Tú eres viejo y alguien ha

de cuidarte. Te debo mi vida más de una docena de veces.

Scanlon movió la cabeza firmemente.

—No necesitaré a nadie. Dayton no está lejos. Ya me cuidarán bien allí o en cualquier otro sitio donde vaya. Tu raza te necesita, Max. Eres su líder. ¡Marchaos! Scanlon vagaba sin rumbo por las calles desiertas de Ciudad Híbrida y trataba de dominarse. Era duro. Ayer, había celebrado el cuadragésimo aniversario de su fundación... estaba en la cima de su prosperidad. Hoy, era una ciudad abandonada.

Sin embargo, cosa extraña, se sentía lleno de júbilo. Su sueño había sido destrozado... pero sólo para dar paso a un sueño más brillante. Había recogido a unos niños abandonados y elevado a una raza en su juventud, y por ello algún día se le reconocería como el fundador de la superraza.

Su creación dominaría algún día el sistema. La energía atómica, los anuladores de la gravedad, todo le pareció insignificante. Ésta era su verdadera aportación al universo. Así, pensó, era como debían sentirse los dioses.

Igual que en *Un arma demasiado horrible para emplear*, el relato trataba de los prejuicios raciales a escala interplanetaria. He insistido frecuentemente sobre este tema... algo nada sorprendente en un judío que vivía en la era de Hitler.

Una vez más, se revela mi ingenuidad, puesto que no sólo sostenía la existencia de una raza inteligente en Marte, donde tal cosa es completamente inverosímil, y más en 1939, sino que los marcianos se parecían lo bastante a los terrícolas como para hacer posible un cruce entre ambos. (Sólo puedo sacudir la cabeza con fatiga. Sabía más en 1939; realmente sabía más. Pero me limité a adoptar los gastados clichés de la ciencia-ficción, eso es todo. Eventualmente, cesé de hacerlo).

Mi tratamiento de la energía atómica también fue primitivo en extremo, y también sabía más que todo esto, a pesar de que cuando escribí el relato, la fisión del uranio aún no había sido descubierta. La misteriosa referencia del híbrido a «una función de $x^2 + y^2 + z^2$ » sólo significa que, poco tiempo antes, había estudiado geometría analítica en Columbia y alardeaba de saber la ecuación de la esfera.

Éste fue el primer relato en el que traté de introducir el elemento romántico, aunque con moderación. Tenía que ser un fracaso. Cuando escribí esta historia, aún no había salido nunca con una chica.

Y no obstante, la mayor confusión, en un relato lleno de ellas, fue la siguiente línea en el séptimo párrafo: «... Por él, se había convertido en un hombre mayor a los treinta años —el primer ardor de la juventud ya hacía tiempo que había desaparecido—...» Bueno, lo escribí a los diecinueve años.

Entonces creía que el primer ardor de la juventud desaparecía al llegar a los treinta.

Desde luego, ahora pienso de otra forma, pues, más de treinta años después, creo que aún estoy en el primer ardor de la juventud.

Sin embargo, existía una razón para felicitarme a mí mismo en relación con *Mestizo*. Mi cuarto relato publicado, fue el más largo que había aparecido hasta entonces. Con una extensión de nueve mil palabras, constó en el índice como una «novela corta», mi primer relato de esta clase que fue publicado. Mi nombre también apareció en la portada de la revista. Era la primera vez que eso ocurría.

Casi inmediatamente de terminar *Mestizo*, empecé *El sentido secreto*, sometiéndolo a John Campbell el 21 de junio de 1939, y volviéndolo a recibir el 28. Pohl tampoco pudo venderlo.

Sin embargo, hacia finales de 1940, aparecieron un par de revistas gemelas, *Cosmic Stories* y *Stirring Science Stories*, con Don Wollheim, un futurista, como editor. No obstante, las revistas empezaban con un presupuesto muy reducido y el único modo de sacarlas adelante era consiguiendo relatos gratis... por lo menos en los primeros números.

Para ello, Wollheim apeló a los futuristas y salió del trance. Los primeros números consistieron enteramente (me parece) en relatos escritos por futuristas, bajo sus propios nombres o

seudónimos.

También fue solicitada mi ayuda, y como en aquel tiempo estaba convencido de que no lograría vender *El sentido secreto* en ningún sitio, se lo regalé a Wollheim, que lo aceptó enseguida.

Eso fue todo, a excepción de que, en aquellos días, aún aparecería otra revista, *Comet Stories*, dirigida por F. Orlin Tremaine, que había sido el predecesor de Campbell en *Astounding*.

Fui a ver a Tremaine varias veces, pues pensé que podría venderle uno o dos relatos. En la segunda visita, el 5 de diciembre de 1940, Tremaine habló con cierto acaloramiento sobre las revistas de Wollheim. Mientras él pagaba elevados precios, dijo, Wollheim conseguía relatos gratis y con ellos publicaría unas revistas que robarían lectores a las que pagaban. Cualquier autor que donara relatos a Wollheim, y por lo tanto contribuyera a la destrucción de revistas rivales que pagaban, pasarían a formar parte de una lista negra de la especialidad.

Lo oí con horror, sabiendo que yo había donado un relato gratis. Pensé que aquella narración no valía nada, pero no se me ocurrió que estaba socavando a otros autores al establecer una competencia desleal.

No tuve el valor de decir a Tremaine que yo era uno de los culpables, pero en cuanto llegué a casa, escribí a Wollheim pidiéndole que aceptara una de estas dos alternativas: o publicaba el relato bajo un seudónimo para que mi culpabilidad permaneciera oculta, o, si insistía en usar mi nombre, tenía que pagarme cinco dólares a fin de que, si algún día surgía la cuestión, yo pudiera negar honestamente que había dado el relato gratis.

Wollheim decidió usar mi nombre y me envió un cheque de cinco dólares, pero lo hizo con notables malos modos (y que conste que en aquellos días no se le conocía por la suavidad de su carácter). Acompañó el cheque con una airada carta en la que, en parte, decía que me pagaba un enorme precio por palabra, pues mi nombre era lo único que tenía valor y por él recibía 2.50 dólares por palabra. Es posible que tuviera razón. En tal caso, el precio por palabra fue realmente un récord, que no he superado hasta la fecha. Por otro lado, el pago total también estableció un récord. Por ningún otro relato he cobrado un precio tan bajo.

Años más tarde, el conocido historiador de la ciencia-ficción Sam Moskowitz escribió una corta biografía mía, que apareció en el *Amazing* de abril de 1962. En ella describe una versión de los sucesos antes relatados y declara equivocadamente que fue John Campbell el que se encolerizó a causa de la donación de relatos gratis y que fue él quien me amenazó con la lista negra.

¡No fue así! Campbell no tuvo nada que ver con ello y, lo que es más, hubiera sido incapaz de hacer una amenaza. Si hubiera sabido con anticipación que yo quería donar un relato gratis a la publicación rival, me hubiera hecho ver mi estupidez de forma totalmente amistosa y la cuestión hubiera terminado ahí.

De hecho, aunque traté de ocultar mi culpabilidad a Tremaine, no intenté hacerlo con Campbell. En la próxima visita que le hice, el 16 de diciembre de 1940, se lo confesé todo, y él no concedió ninguna importancia a lo ocurrido.

Me imagino que Campbell estaba seguro de que ninguna revista que dependiera de donaciones gratis podría durar mucho, puesto que los relatos así conseguidos ya habían sido rechazados por todas las demás. Y tenía razón.

Cosmic Stories sólo publicó tres números, y *Stirring Science Stories*, cuatro. *El sentido secreto* fue el único relato mío que publicaron.

En cuanto a *Comet Stories*, publicó cinco números, y aunque Tremaine estuvo a unto de aceptar un par de mis relatos, no llegó a comprarme ninguno.

EL SENTIDO SECRETO

Las rítmicas notas de un vals de Strauss llenaban la estancia. La música crecía y decrecía bajo los sensibles dedos de Lincoln Fields, y a través de sus ojos entornados casi veía a unas figuras que danzaban y evolucionaban sobre el suelo encerado de algún lujoso salón.

La música siempre le afectaba de este modo. Llenaba su mente con sueños de una extraña belleza y transformaba su habitación en un paraíso de sonido. Sus manos se deslizaron sobre el piano en las últimas y deliciosas combinaciones de tonos y después aminoraron la velocidad de mala gana y se detuvieron.

Suspiró y permaneció un momento en absoluto silencio, como si intentara extraer la última esencia de belleza a los ecos desfallecientes. Después, se volvió y sonrió débilmente al otro ocupante de la habitación.

Garth Jan sonrió a su vez, pero no dijo nada. Garth sentía un gran afecto hacia Lincoln Fields, aunque no le comprendía.

Eran mundos aparte —literalmente—, pues Garth procedía de las gigantescas ciudades subterráneas de Marte y Fields era el producto de la gran urbe terrestre de Nueva York.

—¿Qué te ha parecido eso, Garth, viejo amigo? —inquirió Fields, dubitativamente.

Garth sacudió la cabeza. Habló con el esmero y precisión con que solía hacerlo.

—He escuchado atentamente y, en honor a la verdad, he de decir que no ha sido desagradable. Tiene un cierto ritmo, una cadencia de notas que, en realidad, es tranquilizante. Pero ¿hermoso? ¡No! Los ojos de Fields expresaron una compasión intensamente dolorosa. El marciano vio la mirada y comprendió su significado, pero no hubo ningún destello de envidia como respuesta. Su huesuda y gigantesca figura siguió doblada en una silla que era demasiado pequeña para él mientras una de sus delgadas piernas se balanceaba hacia delante y hacia atrás.

Fields saltó impetuosamente de su asiento y agarró a su compañero por el brazo.

—¡Ven! Siéntate tú en el banco.

Garth obedeció jovialmente.

—Veo que quieres llevar a cabo un pequeño experimento.

—Lo has adivinado. He leído trabajos científicos que trataban de explicar las diferencias entre los sentidos de los terrícolas y los marcianos, pero nunca he logrado entenderlas del todo.

Tocó las notas do y fa en una sola octava y miró interrogativamente al marciano.

—Si existe una diferencia —dijo Garth dubitativamente—, es muy ligera. De no haber prestado mucha atención, hubiera dicho que habías tocado dos veces la misma nota.

El terrícola se asombró.

—¿Cómo es posible? —Tocó el do y el sol.

—Esta vez sí que he distinguido la diferencia.

—Bueno, supongo que todo lo que dicen sobre tu pueblo es cierto. Pobres de vosotros... ¡Tener un sentido del oído tan imperfecto! No sabéis lo que os perdéis.

El marciano se encogió filosóficamente de hombros.

—No se echa de menos lo que nunca se ha tenido.

Garth Jan rompió el corto silencio que siguió:

—¿Te das cuenta de que este periodo de la historia es el primero en que dos razas inteligentes han podido comunicarse entre sí? La comparación del aparato sensitivo es muy interesante... y amplia mucho las opiniones que uno tiene sobre la vida.

—Es verdad —convino el terrícola—, aunque, al parecer, nosotros tenemos todas las ventajas de la comparación. El mes pasado, un biólogo terrícola declaró su extrañeza ante el hecho de que una raza tan pobremente dotada en materia de percepción sensitiva hubiera podido desarrollar una civilización tan adelantada como la vuestra.

—Todo es relativo, Lincoln. Lo que tenemos es bastante para nosotros.

Fields sintió que le embargaba una turbación creciente.

—Pero, Garth, si por lo menos supieras lo que te pierdes...

»Nunca has visto las bellezas de una puesta de sol, o de un campo de flores. No puedes admirar el azul del cielo, el verde de la hierba, el amarillo del maíz tierno. Para ti, el mundo consiste en sombras de luz y oscuridad —se estremeció al pensarlo—. No puedes oler una flor o apreciar su delicado perfume. Ni siquiera puedes disfrutar de algo tan simple como una buena y sabrosa comida. No tienes gusto, ni olfato, ni distingues los colores. Me compadezco de tu mundo opaco.

—Lo que dices es absurdo, Lincoln. No malgastes tu compasión conmigo, porque soy tan feliz como tú. Se levantó y cogió su bastón, necesario en el campo gravitacional mucho mayor de la Tierra.

—No debes juzgarnos con tanta superioridad, ¿sabes? Al parecer, aquél era el aspecto más importante de la cuestión.

—Nosotros —añadió— no alardeamos de ciertas perfecciones de nuestra raza, sobre las cuales no sabéis nada.

Y entonces, como si lamentara profundamente sus palabras, una mueca de ironía distendió su rostro, y se dirigió hacia la puerta.

Fields permaneció asombrado y pensativo durante un momento y después se levantó de un salto y corrió tras el marciano, que avanzaba lentamente hacia la salida. Asió a Garth por los hombros e insistió para que volviera.

—¿A qué te referías con tu última observación? El marciano volvió la cara, como si no fuera capaz de encararse con su interrogador.

—Olvídalo, Lincoln. No ha sido más que un momento de indiscreción, cuando tu piedad me ha puesto nervioso.

Fields le lanzó una penetrante mirada.

—Es verdad, ¿no? Es lógico que los marcianos posean sentidos que los terrícolas

no tengan, pero es irracional que tu pueblo quiera mantenerlo en secreto.

—Es lo que debe ser. Pero ahora que mi propia estupidez me ha descubierto, quizá estés de acuerdo en no divulgarlo.

—¡Naturalmente! Seré tan discreto como una tumba, aunque que me maten si puedo hacer algo con este secreto. Dime, ¿de qué naturaleza es este sentido secreto vuestro? Garth Jan se encogió de hombros con indiferencia.

—¿Cómo puedo explicártelo? ¿Acaso tú puedes definirme el color, a mí, que ni siquiera soy capaz de concebirlo? —No te pido una definición. Dime qué usos tiene. Por favor —así al otro por el hombro—, puedes hacerlo. Te he prometido guardar el secreto.

El marciano suspiró fuertemente.

—No te servirá de mucho. ¿Te satisfaría saber que si me enseñaras dos recipientes, ambos llenos de un líquido claro, yo podría decirte enseguida cuál de los dos era venenoso? ¿O, si me enseñaras un alambre de cobre, podría decirte instantáneamente si pasaba corriente eléctrica por él, aunque fuera tan pequeña como una milésima de amperio? ¿O que podría decirte la temperatura de cualquier sustancia, con un margen de error de sólo tres grados, aunque la mantuvieras a cinco metros de distancia? ¿O que podría...? Bueno, ya he dicho suficiente.

—¿Eso es todo? —preguntó Fields, con una exclamación desilusionada.

—¿Qué más quieres? —Todo lo que has descrito es muy útil... pero ¿qué belleza encierra? ¿Acaso este extraño sentido vuestro no tiene valor para el espíritu así como para el cuerpo? Garth Jan hizo un movimiento de impaciencia.

—Realmente, Lincoln, hablas sin pensar.

No he hecho más que contestar a lo que me has preguntado..., los usos de este sentido.

No pretendía explicar su naturaleza. Toma tu sentido del color. En lo que a mí concierne, el único uso que tiene es hacer ciertas distinciones que yo no puedo. Por ejemplo, tú puedes identificar ciertas soluciones químicas por medio de algo que llamas color, mientras que yo tendría que realizar un análisis químico. ¿Qué belleza encierra? Fields abrió la boca para hablar, pero el marciano le hizo un irritado gesto para que guardara silencio.

—Ya lo sé. Vas a balbucear tonterías sobre puestas de sol o algo parecido. Pero ¿qué sabes tú de la belleza? ¿Has sabido alguna vez lo que es presenciar la belleza de los alambres de cobre desnudos cuando se conecta una corriente alterna? ¿Has percibido la delicada belleza de las corrientes inducidas dentro de un solenoide cuando se pasa un imán a través de él? ¿Has asistido alguna vez a un portwem marciano? Los ojos de Garth Jan se habían empañado al evocar estos pensamientos, y Fields le contemplaba con la estupefacción más profunda. Ahora las cosas habían cambiado y su sentido de superioridad le abandonó de repente.

—Cada raza tiene sus propios atributos —murmuró con un fatalismo que encerraba algo de hipocresía—, pero no veo la razón de que los guardéis en un

secreto tan absoluto. Nosotros, los terrícolas, no tenemos secretos para vuestra raza.

—No nos acuses de ingratitud —exclamó Garth Jan con vehemencia. Según el código marciano de la ética, la ingratitud era el supremo vicio, y ante la insinuación, la cautela de Garth se desvaneció—. Nosotros, los marcianos, nunca actuamos sin una razón. Y desde luego no es por nuestro propio bien por lo que ocultamos esta magnífica facultad.

El terrícola sonrió burlonamente. Se hallaba sobre la pista de algo —lo notaba en sus huesos— y la única forma de averiguarlo era por medio de bromas.

—No dudo de que hay algún motivo noble detrás de todo esto. Tu raza posee el extraño atributo de encontrar siempre algún motivo altruista para sus acciones.

Garth Jan se mordió los labios coléricamente.

—No tienes derecho a decir algo así.

Por un momento pensó en alegar la inquietud sobre la futura paz de espíritu de Fields como una razón para guardar silencio, pero la burlona referencia de éste al «altruismo» lo hacía imposible. Un sentimiento de ira le dominó gradualmente y eso reforzó su decisión.

No existía equivocación posible sobre la nota de frígida enemistad que contenía su voz. —Te lo explicaré por analogía.

El marciano mantuvo la vista fija enfrente suyo mientras hablaba, con los ojos medio cerrados.

—Me has dicho que vivo en un mundo compuesto tan sólo por sombras de luz y oscuridad. Tratas de describir un mundo exclusivo tuyo compuesto por infinita variedad y belleza. Escucho, pero no me importa demasiado. Nunca lo he conocido y nunca podré conocerlo. No se llora por la pérdida de algo que nunca se ha tenido.

»Pero... ¿qué pasaría si pudieras conferirme la facultad de ver el color durante cinco minutos? ¿Qué pasaría si, durante cinco minutos, me deleitara en maravillas con las que nunca había soñado? ¿Qué pasaría si, después de estos cinco minutos, tuviera que renunciar a ello para siempre? ¿Compensarían esos cinco minutos de paraíso la vida de pesar que seguiría... una vida de descontento a causa de mis propias deficiencias? ¿No hubiera sido mucho mejor no hablarme nunca del color, evitando así su tentación siempre presente? Fields se había puesto en pie durante la última parte del discurso del marciano y sus ojos se abrieron de golpe con una violenta suposición.

—¿Quieres decir que un terrícola podría poseer el sentido marciano si así lo deseara? —Durante cinco minutos en el curso de la vida —los ojos de Garth Jan eran soñadores—, y en estos cinco minutos percibiría...

Se interrumpió confundido y miró agriamente a su compañero.

—Tú sabes mejor lo que te conviene.

Procura no olvidar tu promesa.

Se levantó apresuradamente y se escabulló con la mayor rapidez que le fue posible, apoyándose sobre el bastón con fuerza. Lincoln Fields no trató de detenerle.

Se limitó a permanecer donde estaba y a reflexionar.

La gran altura de la caverna envolvía el techo en una velada oscuridad en la que a intervalos determinados, flotaban luminosos globos de rayos. El aire, calentado por un estrato volcánico subterráneo, se esparcía suavemente. Ante Lincoln Fields se extendía la ancha y pavimentada avenida de la principal ciudad de Marte, que se desvanecía en la distancia.

Caminó torpemente hacia la entrada del hogar de Garth Jan, con el manifiesto estorbo de una capa de quince centímetros de plomo unida a cada uno de sus zapatos.

Pero esto era mucho mejor que los incontrolables saltos a que sometía la gravedad más ligera a los músculos terrestres.

El marciano se sorprendió al ver a su amigo de seis meses atrás, pero no demostró alegría. Fields no dejó de observarlo, pero se limitó a sonreír interiormente. Una vez cumplidas las primeras formalidades y hechos los comentarios convencionales, los dos se sentaron.

Fields aplastó el cigarrillo en un cenicero y se enderezó en su asiento, repentinamente serio.

—¡He venido a solicitar esos cinco minutos que dices poder darme! ¿Puedo tenerlos? —¿Es una pregunta retórica? Por lo menos, no parece requerir ninguna respuesta. —El tono de Garth era abiertamente despectivo.

El terrícola lo consideró pensativamente.

—¿Te importa que defina mi posición en unas cuantas palabras? El marciano sonrió con indiferencia.

—No servirá de nada —dijo.

—Me arriesgaré. La situación es ésta: he nacido y crecido rodeado de lujos y me han consentido de la manera más repugnante.

Aún no he tenido un deseo razonable que no haya podido realizar, y no sé lo que significa no conseguir lo que quiero. ¿Lo entiendes? No hubo respuesta y prosiguió:

—He hallado la felicidad en vistas hermosas, palabras hermosas y sonidos hermosos. He practicado un culto a la belleza. En una palabra, soy un esteta.

—Muy interesante —la pétreo expresión del marciano no cambió ni un átomo—, pero ¿qué relación tiene todo esto con el problema que tratamos? —Es muy sencillo: harías de una nueva forma de belleza, una forma desconocida para mí hasta ahora e incluso totalmente inconcebible, pero que podría conocerse si así se desea. La idea me atrae. Más que atraerme... me domina. Vuelvo a recordarte que cuando una idea se apodera de mí, me doblego..., siempre lo hago.

—No eres el amo en este caso —recordó Garth Jan, Es grosero por mi parte recordártelo, pero no puedes forzarme, ya lo sabes. De hecho, tus palabras son casi ofensivas en sus implicaciones.

—Me alegro de que hayas dicho eso, pues así yo también puedo ser grosero sin tener remordimientos de conciencia.

La única contestación de Garth Jan a esto fue una sonrisa de confianza en sí

mismo.

—Te lo exijo —dijo Fields, lentamente—, en nombre de la gratitud.

—¿Gratitud? —El marciano se sorprendió violentamente.

Fields sonrió —Es una apelación a la que ningún marciano honorable puede negarse... por vuestra propia ética. Y tú me debes gratitud porque a través de mí lograste entrar en las casas de los hombres más importantes y nobles de la Tierra:

—Ya lo sé. —Garth Jan enrojeció de ira—. Eres un mal educado al recordármelo.

—No tenía elección. Tú reconociste la gratitud que me debías, allí en la Tierra. Yo solicito la oportunidad de poseer este misterioso sentido que mantenéis tan en secreto... en nombre de esta gratitud reconocida. ¿Puedes negarte ahora? —Ya sabes que no —fue la sombría respuesta—. No dudaba mas que por tu propio bien.

El marciano se levantó y alzó la mano con gravedad.

—Me tienes asido por el cuello, Lincoln.

Está hecho. Pero, después, no te deberé nada más. Esto saldrá mi deuda de gratitud. ¿De acuerdo? —¡De acuerdo! —Ambos se estrecharon la mano y Lincoln Fields prosiguió en un tono completamente distinto—: Sin embargo, seguiremos siendo amigos, ¿no? Este pequeño altercado no estropeará las cosas, ¿verdad? —Espero que no. ¡Vamos! Reúnete conmigo a la hora de la cena y discutiremos el momento y el lugar para tus... en... cinco minutos.

Lincoln Fields se esforzó en calmar la inquietud que le embargaba mientras esperaba en la habitación «de conciertos» particular de Garth Jan. Experimentó un súbito deseo de reír al ocurrírsele la idea de que solía sentirse exactamente igual en la sala de espera de un dentista.

Encendió su décimo cigarrillo, dio dos chupadas y lo tiró.

—Estás haciendo todo esto de forma muy complicada, Garth.

El marciano se encogió de hombros.

—Sólo dispones de cinco minutos y yo debo procurar que los emplees de la mejor manera posible. Vas a oír parte de un portwem, que para nuestro sentido es el equivalente a gran sinfonía (¿es ésta la palabra?).

—¿Tenemos que esperar mucho más? El suspense, para decir una trivialidad, es horrible.

—Estamos esperando a Novi Lon, que tocará el portwem, y a Done Vol, mi médico particular. Pronto llegarán.

Fields paseó la mirada sobre el estrado de poca altura que ocupaba el centro de la habitación y contempló el intrincado mecanismo que había encima con curioso interés. La parte anterior estaba encerrada en brillante aluminio, dejando solo al descubierto siete hileras de relucientes botones negros arriba y cinco grandes pedales abajo. Sin embargo, por detrás estaba abierto, y dentro se cruzaban y entrecruzaban alambres finísimos en senderos increíblemente complicados.

—Es una cosa muy curiosa —observó el terrícola.

El marciano subió también al estrado.

—Es un instrumento muy caro. Me costó diez mil créditos marcianos.

—¿Cómo funciona? —Casi igual que un piano en la Tierra.

Cada uno de los botones superiores controla un circuito eléctrico diferente. Manipulando los botones, uno a uno, o juntos, un experto músico de portwem puede formar cualquier patrón concebible de corriente eléctrica. Los pedales de debajo controlan la intensidad de la corriente.

Fields asintió distraídamente y deslizó los dedos, al azar, sobre el teclado. Vio cómo el pequeño galvanómetro, localizado justo encima de las teclas, oscilaba violentamente cada vez que apretaba un botón. Aparte de esto, no percibió nada.

—¿Es verdad que el instrumento está tocando? El marciano sonrió.

—Sí, así es. Y una serie de atroces discordancias, además.

Tomó asiento frente al instrumento y murmuró:

—Se hace así.

Sus dedos rozaron rápida y expertamente los brillantes botones.

El sonido de una chillona voz marciana que gritaba con acentos estridentes le interrumpió, y Garth Jan se detuvo con súbita confusión.

—Es Novi Lon —dijo apresuradamente a Fields—. Como de costumbre, no le gusta mi forma de tocar.

Fields se levantó para saludar al recién llegado. Tenía, los hombros encorvados y no había duda de que con taba una edad avanzada. Un fino trazado de arrugas, especialmente alrededor de los ojos y la boca, cubría su rostro.

—Así que éste es el joven terrícola —exclamó, en un inglés con marcado acento—. Desapruebo su irreflexión, pero simpatizo con su deseo de asistir a un portwem. Es una lástima que no pueda disfrutar de nuestro sentido más que cinco minutos. Sin él, nadie puede decir sinceramente que ha vivido.

Garth Jan se echó a reír.

—Exagera, Lincoln. Es uno de los mejores músicos de Marte y cree que cualquiera que prefiera respirar a oír un portwem merece la condenación eterna. —Abrazó cariñosamente al anciano—. Fue mi profesor en mi juventud y pasó muchas horas esforzándose en enseñarme las mejores combinaciones de circuitos.

—Y al final he fracasado, zopenco —dijo el viejo marciano—. He oído tus intentos al entrar. Aún no has aprendido la combinación fortgass correcta. Estabas profanando el alma del gran Bar Danin. ¡Mi alumno! ¡Bah! ¡Es una vergüenza! La entrada del tercer marciano, Done Vol, impidió a Novi Lon continuar con su diatriba. Garth, satisfecho de aquel descanso momentáneo, se apresuró a acercarse al médico.

—¿Todo listo? —Sí —gruñó Vol con mal humor— y será un experimento particularmente interesante.

Sabemos todos los resultados por adelantado. —Su mirada cayó sobre el terrícola, al que observó coléricamente—.

¿Es éste el que quiere ser inoculado? Lincoln Fields afirmó con impaciencia y sintió que de pronto se le secaban la garganta y la boca. Observó al recién llegado con

incertidumbre y se sintió intranquilo al ver una diminuta botella de líquido claro y una hipodérmica que él médico había extraído del maletín que llevaba.

—¿Qué va usted a hacer? —inquirió.

—Nada más que inocularte. Sólo tardará un segundo —le aseguró Garth Jan—. Verás, en este caso los órganos sensitivos son varios grupos de células de la corteza del cerebro. Están activados por una hormona, una preparación sintética que se emplea para estimular las células durmientes del ocasional marciano que ha nacido... er... «ciego». Tú recibirás el mismo tratamiento.

—¡Oh...! ¿Así que los terrícolas poseen esas células corticales? —En un estado muy rudimentario. La hormona concentrada las activará, pero sólo durante cinco minutos. Después de este tiempo, literalmente se apagan como resultado de su inusitada actividad. Luego ya no pueden ser reactivadas en ninguna circunstancia.

Done Vol terminó los preparativos de último momento y se acercó a Fields. Sin una palabra, Fields extendió el brazo derecho y la hipodérmica se hundió en él.

Una vez concluida la operación, el terrícola esperó uno o dos minutos y soltó una carcajada temblorosa.

—No siento ningún cambio.

—No lo sentirás hasta dentro de diez minutos —explicó Garth—. Lleva tiempo.

Siéntate cómodamente y descansa. Novi Lon ha empezado Canales en el desierto, de Bar Danin, es mi favorito, y cuando la hormona empiece su trabajo, estarás en la gloria.

Ahora que la suerte estaba echada, Fields se sentía insensiblemente tranquilo.

Novi Lon tocaba sin cesar, y Garth Jan, a la derecha del terrícola, se hallaba sumido en la composición. Incluso Done Vol, el irritable médico había olvidado su mal genio por el momento.

Fields sonrió disimuladamente para sí.

Los marcianos escuchaban con atención, pero para él la habitación estaba desprovista de sonido y... casi de cualquier otra sensación. Pero —no, era imposible, desde luego— ¿y si todo aquello no fuera más que una broma? Se removió con inquietud en su asiento y desechó la idea de su mente.

Los minutos pasaban; los dedos de Novi Lon volaban; la expresión de Garth Jan revelaba genuino placer.

Entonces Lincoln Fields parpadeó rápidamente. Por un momento una aureola de color pareció rodear al músico y su instrumento. No podía identificarlo... pero estaba allí. Aumentó y se extendió hasta que la estancia estuvo llena de aquello. Otros matices vinieron a sumársele y después otros. Se entrelazaban y ondeaban; dilatándose y contrayéndose; cambiando con velocidad de relámpago y permaneciendo igual. Se formaban intrincados patrones de brillante tintas para desaparecer en seguida, estallando en silenciosas explosiones de colorante los ojos del joven. Simultáneamente, se produjo la impresión de sonido. A partir de un susurro, creció hasta convertirse en un glorioso y resonante grito que recorrió la

escala en todas direcciones en trepidantes trémolos.

Creía oír todos los instrumentos, desde el flautín hasta el contrabajo, simultáneamente, y sin embargo, paradójicamente, cada uno de ellos sonaba en su oído con solitaria claridad.

Y junto a esto, se produjo la sensación aún más sutil del olor. Desde una sospecha, una simple sombra, se convirtió en un fantasmal campo de flores. Delicados aromas de especias se sucedieron unos a otros, con una intensidad cada vez más fuerte; en sutiles emanaciones de placer.

Pero todo esto no era nada. Fields lo sabía. De alguna forma, sabía que lo que oía, veía y olía no eran más que ilusiones..., espejismos de un cerebro que trataba frenéticamente de interpretar una concepción totalmente nueva de la misma forma vieja y familiar.

Gradualmente, los colores, los sonidos y los olores murieron. Su cerebro estaba empezando a comprender que se enfrentaba con algo nunca experimentado hasta el momento. El efecto de la hormona se hizo más fuerte, y de pronto —en una explosión — Fields supo lo que sentía.

No lo vio, ni lo oyó, ni lo saboreó, ni lo palpó. Sabía lo que era, pero no se le ocurría el modo de describirlo. Lentamente, comprendió que no había ninguna palabra que lo designara. Aún más lentamente, comprendió que ni siquiera había ningún concepto para hacerlo.

Sin embargo, sabía lo que era.

En su cerebro golpeaba algo que consistía en ondas puras de placer... algo que le elevaba fuera de sí mismo y le sumergía de lleno en un universo desconocido para él hasta entonces. Se sumía en la interminable eternidad de... algo. No era sonido ni visión, sino que era... algo. Algo que le rodeaba y le ocultaba de todo lo que había a su alrededor..., eso es lo que era. Era interminable e infinito en su variedad, y con cada onda, avistaba un horizonte más lejano, y la maravillosa sensación se hacía más profunda y dulce, y más hermosa.

Entonces llegó la discordancia. Primero como un ligero crujido... que desfiguró una belleza perfecta. Después se extendió, ramificó y aumentó, hasta que, por último, se resquebrajó atronadoramente... aunque sin un solo sonido.

Lincoln Fields, aturdido y perplejo, volvió a encontrarse en la habitación de conciertos.

Se puso tambaleantemente en pie y asió a Garth Jan por el brazo con violencia.

—¡Garth! ¿Por qué ha parado? ¡Dile que continúe! ¡Díselo! La asombrada expresión de Garth Jan se trocó en otra de piedad.

—Aún está tocando, Lincoln.

La confundida mirada del terrícola no demostró haberle entendido. Miró a su alrededor sin ver nada. Los dedos de Novi Lon corrían a lo largo del teclado tan ágilmente como antes; la expresión de su rostro seguía igual de absorta. Lentamente, comprendió la verdad, y los ojos vacíos de Lincoln se llenaron de horror.

Se sentó, emitiendo una exclamación ahogada, y enterró la cabeza entre las manos.

¡Los cinco minutos habían pasado! ¡No podían volver! Garth Jan sonreía... una sonrisa de desagradable malicia.

—Hace un momento me compadecía de ti Lincoln, pero ahora me alegro... ¡me alegro! Tú me obligaste a hacerlo..., me obligaste. Espero que estés satisfecho, porque sin duda yo lo estoy. Durante el resto de tu vida —su voz se convirtió en un murmullo sibilante— te acordarás de estos cinco minutos y de lo que te pierdes... de lo que nunca volverás a tener. ¡Estás ciego, Lincoln..., ciego! El terrícola alzó un rostro macilento y sonrió, pero no hizo otra cosa que enseñar los dientes. Necesitó toda la fuerza de voluntad que poseía para mantener un aire de compostura.

No fue capaz de hablar. Con pasos vacilantes, salió de la habitación, con la cabeza erguida hasta el fin.

Y en su interior, aquella minúscula y amarga voz, repetía una y otra vez: «¡Vuelves a ser un hombre normal! Te vas ciego..., ciego..., CIEGO».

El verano de 1939 estuvo para mí lleno de dudas e incertidumbre.

En junio me había graduado en Columbia, obteniendo el bachiller de ciencias. Hasta aquí, todo había ido bien. Sin embargo, mi segunda tentativa para entrar en la Facultad de Medicina había fracasado, igual que la primera.

Para ser sincero, en realidad no deseaba ardientemente ingresar en la Facultad de Medicina y sólo me esforcé a medias, pero eso me dejaba sin ocupación.

¿Qué iba a hacer ahora? No quería solicitar ningún empleo indefinido en el caso de que lo encontrara, de modo que tenía que continuar mis estudios. Me había especializado en química, por lo que, al no poder entrar en la Facultad de Medicina, el próximo paso lógico era lograr el diploma de doctor de esta especialidad.

La primera cuestión era si podría permitírmelo monetariamente. (También hubiera sido la primera cuestión, de haber entrado en la Facultad de Medicina). Incluso me fue difícil costearme la escuela durante cuatro años, y los reducidos ingresos que me producían mis escritos, unos doscientos dólares durante el último curso, fueron una considerable ayuda.

Naturalmente, tendría que continuar escribiendo, y, muy naturalmente también, mi depresión me lo impedía.

Logré hacer un relato durante aquel verano; se llamaba *Vida antes de nacer*.

Vida antes de nacer era mi primer intento en un tema muy distinto a la ciencia-ficción. Se hallaba incluido en el campo aliado de la fantasía (tan imaginativo como la ciencia-ficción, pero sin las restricciones que supone la exigencia de una plausibilidad científica).

La razón de que escribiera fantasía fue que, a principios de 1939, Street & Smith inició la publicación de una nueva revista, *Unknown*, de la que Campbell era director.

Unknown me gustó enseguida. Se caracterizaba por los relatos que ahora se llaman de «fantasía adulta», y a mis diecinueve años me pareció que el texto era todavía más avanzado y literato que el de *Astounding*. Como es natural, deseaba desesperadamente incluir un relato en esta nueva y maravillosa revista.

Vida antes de nacer era una tentativa en esta dirección, pero aparte del mero hecho de que era fantasía, no recuerdo nada sobre ella.

El 11 de julio sometí el relato a Campbell, que me lo devolvió el 19. No pude venderlo y ya no existe.

Agosto fue incluso peor. Toda Europa hervía con la horrible posibilidad de una guerra, y el 1 de setiembre empezó la Segunda Guerra Mundial con la invasión de Polonia por los alemanes. Durante la crisis, no pude hacer otra cosa que escuchar la radio. Hasta el 11 de setiembre no me apacigué lo bastante como para iniciar un nuevo relato, *Los hermanos*.

Los hermanos era ciencia-ficción, y todo lo que recuerdo es que trataba de dos hermanos, uno

bueno y otro malo, y de un invento científico que uno de los dos estaba construyendo. El 5 de octubre lo sometí a Campbell, y el 11 de ese mismo mes fue rechazado. Tampoco pude venderlo y ya no existe.

De modo que el verano había pasado infructuosamente y ahora tenía que enfrentarme con otro problema. La Universidad de Columbia no tenía ningunas ganas de aceptarme como estudiante graduado.

Creyeron que usaría mi posición para matar el tiempo hasta que pudiera volver a intentar mi ingreso en la Facultad de Medicina.

Juré que no era así, pero mi posición era vulnerable porque, como estudiante premédico que era, no me habían hecho seguir un curso de físico-química y por lo tanto no lo hice. Sin embargo, la físico-química era requerida para los estudios avanzados de química.

Insistí, y finalmente el tribunal de admisiones formuló la siguiente sugerencia: tendría que hacer una selección de un año completo de cursos avanzados y al mismo tiempo, tendría que estudiar físico-química y lograr, por lo menos, una B en dicha materia. Si no conseguía la B, me expulsarían y la beca, naturalmente, no sería renovada.

Uno de los miembros del tribunal me dijo, años más tarde, que se me ofreció esta alternativa en la creencia de que no aceptaría una serie de términos tan difíciles para mí. No obstante, como nunca había tenido dificultad en aprobar los cursos, no se me ocurrió siquiera que una serie de requisitos que no exigían más que aprobar ciertos grados fuera tan difícil para mí.

Acepté, cuando a últimos del primer semestre sólo hubo tres A en físico-química en una clase de sesenta, y yo fui uno de ellos, el período de prueba se dio por terminado.

En diciembre, ya me había dedicado a los estudios con la profundidad suficiente como para estar seguro de que cumpliría todos los requisitos del curso. La única incertidumbre que me quedaba era la cuestión financiera. Tenía que volver a escribir.

El 21 de diciembre empecé *Homo Sol*, concluyéndolo el 1 de enero de 1940, la víspera de mi vigésimo cumpleaños. Lo presenté a Campbell el 4 de enero, y ese día, en el despacho de éste, conocí a Theodore Sturgeon y L. Ron Hubbard, dos miembros reconocidos del grupo de escritores de Campbell. (Hubbard se ha hecho mundialmente famoso desde entonces, en cierto modo, como el iniciador del círculo de Dianética y Cienciología).

En mi diario no hay trazas de desánimo, pero tras un año y medio de asiduos esfuerzos, sólo había logrado vender a Campbell un relato de los dieciocho que llevaba escritos. Rechazó ocho historias antes de comprar *Opinión pública*, y siete más desde entonces. (Dos relatos, que vendí en otra parte, no los vio y no tuvo la oportunidad de rechazarlos. Pero, de haberlos visto, no hay duda de que los hubiera rechazado).

Un factor que contribuyó a que no me desanimara fue su persistente interés. Mientras no se cansara de leer mis relatos y aconsejarme amablemente sobre ellos, ¿cómo iba yo a cansarme de escribirlos? Pero, además, mis ocasionales ventas a otras publicaciones (hasta el momento habían sido seis) y, especialmente, la aparición de un nuevo y simpático mercado constituido por las revistas de Pohl, me ayudaron a no desalentarme.

En cuanto a *Homo Sol*, mi decimonoveno relato, no hubo un rechazo completo. Campbell volvió a solicitar una revisión. Tuve que corregirlo dos veces, pero no iba a convertirse en otro *Fraille negro de la llama*. La segunda revisión fue satisfactoria, y el 17 de abril de 1940, recibí el segundo cheque de Campbell (y, hasta ese momento, mi séptimo cheque, en total). Lo que es más era de setenta y dos dólares, ya que la historia constaba de siete mil doscientas palabras, y fue el cheque más elevado que recibí hasta aquel día por un relato.

Cosa extraña, lo que mejor recuerdo acerca de ese cheque es el incidente que tuvo lugar aquella tarde en la pastelería de mi padre, donde yo seguía trabajando diariamente y donde iba a permanecer durante dos años más. Un cliente se ofendió cuando me olvidé de decir «Gracias» después de su compra... un crimen que cometía con frecuencia porque, muy a menudo, trabajaba sin prestar una atención consciente, ya que estaba profundamente concentrado en los cambios de la trama, que sonaban en la profundidad de mi cerebro.

El cliente decidió reprenderme por mi evidente desatención y aparente falta de laboriosidad. «Mi hijo —dijo— ganó cincuenta dólares por su trabajo la semana pasada.

¿Qué haces tú para ganarte la vida?»

«Escribo —respondí—, y hoy he ganado esto por un relato», y le enseñé el cheque.

Fue un momento de gran satisfacción.

HOMO SOL

La sesión siete mil cincuenta y cuatro del Congreso Galáctico estaba reunida en solemne cónclave en la vasta sala de conferencias semicircular de Erón, segundo planeta de Arturo.

Lentamente, el presidente delegado se puso en pie. Su marcado semblante de arturiano enrojeció con excitación, al contemplar a los delegados que le rodeaban. Su sentido dramático le impulsó a realizar una breve pausa antes de hacer el anuncio oficial... pues, al fin y al cabo, la entrada de un nuevo sistema planetario en la gran familia galáctica no es algo que pueda ocurrir dos veces en la vida de un hombre.

Allí se encontraban seres de todos los tipos y formas humanas. Algunos eran altos y esbeltos, otros grandes y corpulentos y otros bajos y gordos. Había los de cabello largo y resistente, los que tenían un escaso vello gris que les cubría la cabeza y la cara, otros con grandes rizos rubios, y otros completamente calvos. Había un delegado de piel verde, uno con una nariz de veinte centímetros y otro con una cola atrofiada. Internamente, la variación casi era infinita.

Pero todos se asemejaban en dos cosas: eran humanoides y poseían inteligencia.

Entonces, retumbó la voz del presidente delegado:

—¡Delegados! El sistema de Sol ha descubierto el secreto de los viajes interestelares y debido a ello es elegible para entrar en la Federación Galáctica.

Un tumulto de gritos de aprobación recorrió la asamblea.

—Tengo aquí —continuó— el informe oficial de Alfa II Centauro, en cuyo quinto planeta han aterrizado los humanoides de Sol. El informe es totalmente satisfactorio y, por lo tanto, la prohibición de entrar y comunicarse con el sistema solar queda levantada. Sol es libre, y está abierto a las naves de la Federación. En estos momentos, se prepara una expedición a Sol, bajo el mando de Joselin Arn, de Alfa Centauro, para ofrecer a ese sistema la invitación de entrar en la Federación.

Hizo una pausa, y de doscientas ochenta y ocho gargantas salió el estentóreo grito de:

—¡Salve, Homo Sol! ¡Salve, Homo Sol! ¡Salve!

Era la bienvenida tradicional de la Federación a todos los mundos nuevos.

Tan Porus se levantó hasta alcanzar su altura total de un metro cincuenta y siete —era alto para un rigeliano— y sus ojos verdes parpadearon con fastidio.

—Ahí está, Lo-fan. Desde hace seis meses que ese extraño calamar de Beta Draconis IV me confunde.

Lo-fan se golpeó suavemente la frente con un largo dedo y una de sus peludas orejas se contrajo varias veces. Había viajado ochenta y cinco años-luz para reunirse en Arturo II con el mejor psicólogo de la Federación... y, más específicamente, para ver aquel extraño molusco cuyas reacciones habían confundido al gran rigeliano.

Ahora lo veía: una masa de carne blanda, hinchada y de un mortecino color púrpura, que retorció su figura tentacular con plácida indiferencia dentro del enorme

tanque de agua que lo albergaba.

—Parece muy normal —dijo Lo-fan.

—¡Ah! —exclamó Tan Porus—. Observe esto.

Corrió la cortina y la habitación quedó sumida en la oscuridad. Sólo brillaba una débil luz azul encima del tanque, y en la escasa claridad el calamar draconiano apenas podía distinguirse.

—Ahí va el estímulo —gruñó Porus. La pantalla que tenía sobre la cabeza irradió una suave luz verde, enfocada directamente encima del tanque. Duró un momento y dio paso a un rojo apagado y, casi en seguida, a un amarillo brillante. Centelleó irregularmente a través del espectro y después, con un destello final de blanco vivo, sonó un timbre parecido a una campana.

Y mientras se desvanecían los ecos de la nota, un estremecimiento recorrió el cuerpo del calamar. Éste se relajó y descendió lentamente hasta el fondo del tanque.

Porus apartó la cortina.

—Está profundamente dormido —gruñó—. Todavía no ha fallado una sola vez. Todos los ejemplares que hemos tenido caen como fulminados en el momento en que suena la nota.

—Dormido, ¿eh? ¿Tiene el gráfico del estímulo?

—Desde luego. Está aquí mismo. Refleja la longitud exacta de las ondas de luz requeridas, la longitud de duración de cada unidad de luz, así como el declive exacto de la profunda nota del final.

El otro examinó dudosamente las cifras. Frunció el ceño y levantó las orejas con sorpresa. De un bolsillo interior, extrajo una regla de cálculo.

—¿Qué tipo de sistema nervioso tiene el animal?

—Dos-B. Un sencillo, simple y ordinario dos-B. He tenido a los anatomistas, fisiólogos y ecólogos comprobándolo hasta que se pusieron lívidos. Dos-B es lo único que descubrieron. ¡Malditos estúpidos!

Lo-fan no dijo nada, sino que empujó cuidadosamente la barra central de la regla hacia delante y hacia atrás. Se detuvo, entornó los ojos, se encogió de hombros y tomó uno de los grandes volúmenes que había en el estante de encima de su cabeza. Ojeó el libro y anotó unos números extraídos de la apretada escritura. Manejó la regla de cálculo de nuevo.

Finalmente se detuvo.

—No tiene sentido —dijo débilmente.

—¡Ya lo sé! He tratado de explicar esta reacción seis veces en seis formas distintas... y he fracasado siempre. Aunque construya un sistema que demuestre por qué se duerme, no puedo hacer que explique el carácter específico del estímulo.

—¿Es altamente específico? —preguntó Lo-fan, con una voz que alcanzó sus registros más altos.

—Eso es lo peor de todo —gritó Tan Porus. Se inclinó hacia delante y golpeó al otro en la rodilla—. Si cambia la longitud de onda de alguna de las unidades

luminosas en cincuenta ángstroms, cualquiera de ellas, no se duerme. Cambie la longitud de duración de una unidad luminosa en dos segundos... No se duerme. Cambie el declive del tono del final un octavo de octava... No se duerme. Pero si hace la combinación correcta, se sume inmediatamente en el letargo.

—¡Galaxia! —murmuró Lo-fan—. ¿Cómo logró tropezar con la combinación?

—No lo hice yo. Ocurrió en Beta Draconis. Un colegio de tercera sometía a sus estudiantes de primer año a un período de laboratorio, para que experimentaran las reacciones de luz y sonido sobre los moluscos... Hace años que lo hacen. Un estudiante prueba sus combinaciones de luz y sonido y su maldito ejemplar se duerme. Naturalmente, se asusta hasta perder los estribos y lo explica al profesor. El profesor vuelve a intentarlo con otro calamar... Se duerme. Cambian la combinación... No ocurre nada. Vuelven a la original... Se duerme. Tras convencerse de que no sacarán nada en claro, lo envían a Arturo y me lo someten. Hace seis meses que no puedo dormir por las noches.

Se oyó una nota musical y Porus se volvió con impaciencia.

—¿Qué pasa?

—Un mensajero del presidente delegado del Congreso, señor —dijo una voz metálica a través del transmisor que había sobre su mesa.

—Que entre.

El mensajero no se quedó más que el tiempo necesario para entregar a Porus un sobre impresionantemente sellado y para decir en un tono cordial:

—Una gran noticia, señor. El sistema de Sol ha sido calificado para entrar.

—¿Y qué? —dijo Porus en voz baja cuando el otro se fue—. Todos sabíamos que ocurriría.

Rasgó el envoltorio exterior de celofán del sobre y extrajo el fajo de papeles que había dentro.

—¡Oh, Rigel!

—¿Qué sucede? —preguntó Lo-fan.

—Estos políticos siguen molestándome con las cosas más inconsecuentes. Parece como si no hubiera más psicólogos en Erón. ¡Mire! Ya hace siglos que esperamos que el sistema solar resuelva el principio del híper-átomo. Finalmente lo han hecho y una expedición suya aterriza en Alfa Centauro. Inmediatamente, ¡hay una fiesta política! Hemos de enviar una expedición nuestra para pedirles que se unan a la Federación. Y, claro está, debemos llevar a un psicólogo que formule la solicitud de modo correcto para asegurarnos de que reaccionarán bien, porque, en honor a la verdad, no hay ni un solo hombre en todo el ejército que haya recibido la apropiada formación en psicología. Lo-fan asintió con seriedad.

—Lo sé, lo sé. Nosotros tenemos el mismo problema. No necesitan la psicología hasta que tienen dificultades y entonces acuden corriendo.

—Bien, está decidido. Yo no iré a Sol. Este calamar durmiente es algo demasiado importante como para abandonarlo.

—¿A quién enviará?

—No lo sé. Tengo varios jóvenes a mis órdenes que harían este tipo de cosas con los ojos cerrados. Enviaré a uno de ellos. Y, mientras tanto, le veré mañana en la reunión del cuerpo docente, ¿verdad?

—Me verá... y me oirá, también. Daré una conferencia sobre el estímulo producido por el contacto de un dedo.

Una vez solo, Porus se volvió una vez más hacia el informe oficial sobre el sistema solar que el mensajero le había entregado. Lo hojeó distraídamente, sin particular interés, y acabó por dejarlo con un suspiro.

—Lor Haridin podría hacerlo —murmuró para sí—. Es un buen muchacho... Se merece una oportunidad.

Levantó su pequeño cuerpo de la silla y, con el informe debajo del brazo, salió del despacho y recorrió el pasillo que había fuera. Al detenerse frente a una puerta del extremo, se encendió una luz intermitente automática y, desde dentro, una voz le invitó a entrar.

El rigeliano abrió la puerta e introdujo la cabeza.

—¿Ocupado, Haridin?

Lor Haridin levantó la vista y se puso en pie.

—¡Gran espacio, jefe, no! No he tenido nada que hacer desde que terminé el trabajo de las reacciones coléricas. ¿Quizá tiene algo para mí?

—Así es..., si crees que serás capaz de hacerlo. Has oído hablar del sistema solar, ¿verdad?

—¡Claro! Los visores no hablan de otra cosa. Han hecho posibles los viajes interestelares, ¿verdad?

—Exacto. Dentro de un mes, parte una expedición de Alfa Centauro hacia Sol.

Necesitan un psicólogo que realice el trabajo, y he pensado en enviarte a ti.

El joven científico enrojeció de placer hasta la misma coronilla de su pelada cabeza.

—¿Lo dice en serio, jefe?

—¿Por qué no? Es decir, si crees que puedes hacerlo.

—Claro que puedo —Haridin se enderezó con dignidad ofendida—. ¡Reacción de tipo A! No puedo equivocarme.

—Ya sabes que tendrás que aprender su idioma y administrar el estímulo en lengua solar. No siempre es un trabajo fácil.

Haridin se encogió de hombros.

—Aun así no puedo equivocarme. En un caso como éste, la traducción sólo tiene que ser el setenta y cinco por ciento efectiva, para conseguir el noventa y nueve con seis por ciento del resultado deseado. Éste fue uno de los problemas que tuve que resolver en el examen de calificación. No puede cogerme en falta en este punto.

Porus se echó a reír.

—Muy bien, Haridin, sé que puedes hacerlo. Arregla todo lo que tengas pendiente

aquí en la Universidad y firma el impreso por ausencia indefinida. Y si puedes, Haridin, escribe algún tratado sobre esos solares. Si es bueno, podrías conseguir el nivel superior.

El joven psicólogo frunció el ceño.

—Pero, jefe, esto es agua pasada. Las reacciones humanoides son tan conocidas como..., como... No se puede escribir nada sobre ellas.

—Siempre hay algo si se busca lo suficiente, Haridin. No hay nada conocido; recuérdalo. Si miras la página 25 del informe, verás un párrafo que habla del cuidado con que los solares se arman al dejar sus naves.

El otro buscó la página mencionada.

—Es razonable —dijo—. Una reacción completamente normal.

—Desde luego. Pero insistieron en conservar sus armas durante toda su estancia, aunque fueron recibidos y agasajados por humanoides amigos. Esto es una desviación de la normalidad bastante perceptible. Investígalo... podría ser interesante.

—Como usted diga, jefe. Muchísimas gracias por esa oportunidad. Y dígame, ¿cómo sigue el calamar?

Porus arrugó la nariz.

—Mi sexto intento concluyó y murió ayer. Es muy desagradable. —Y con estas palabras, se fue.

Tan Porus de Rigel temblaba de rabia al doblar el montón de papeles que tenía en las manos y romperlos por la mitad. Conectó el transmisor.

—Póngame inmediatamente con Santins, del departamento de cálculo —ordenó.

Sus ojos verdes despidieron llamas al ver la plácida figura que apareció casi en seguida en el visor. Blandió el puño ante la imagen.

—¿Para qué demonios es el análisis que acaba usted de enviarme, gusano de Betelgeuse?

Las cejas de la imagen se levantaron con apacible sorpresa.

—No me culpe a mí, Porus. Eran sus ecuaciones, no mías. ¿Dónde las consiguió?

—Eso no le importa. Es asunto del departamento de psicología.

—¡De acuerdo! Y resolverlas es asunto del departamento de cálculo. Es la séptima serie de las ecuaciones más increíblemente absurdas que he visto en mi vida. Pero ésta ha sido la peor. Por lo menos ha formulado usted diecisiete premisas que no tenía derecho a formular. Nos ha costado dos semanas arreglárselas, y finalmente las hemos reducido...

Porus saltó como si le hubieran pinchado.

—Sé a qué las han reducido. Acabo de romper las hojas. Tiene usted dieciocho variables independientes en veinte ecuaciones, el equivalente a dos meses de trabajo, y las resuelve al final de la última página con esta joya de la sabiduría dogmática: a es igual a a . Todo este trabajo... y lo único que consigo es una identidad.

—No es culpa mía, Porus. Usted razona en círculos, y en matemáticas eso significa una identidad, y no hay nada que podamos hacer para remediarlo. Además,

¿de qué se queja?, a es igual a a, ¿verdad?

—¡Cállese! —El transmisor fue desconectado, y el psicólogo reprimió su excitación. La señal luminosa del transmisor volvió a encenderse.

—¿Qué quiere ahora?

—Un mensaje del gobierno, señor.

—¡Maldito gobierno! Dígale que me he muerto.

—Es importante, señor. Lor Haridin ha regresado de Sol y quiere verle.

Porus frunció el ceño.

—¿Sol? ¿Qué Sol? Oh, ya me acuerdo. Dígale que suba, pero que se dé prisa.

—Adelante, Haridin —dijo un poco después, con la voz más apaciguada, cuando entró el joven arturiano, algo más delgado y cansado que seis meses atrás, cuando dejó el sistema de Arturo.

—¿Y bien, joven? ¿Has escrito el tratado?

—¡No, señor!

—¿Por qué no? —Los ojos verdes de Porus observaron al otro con minuciosidad—. No me digas que has tenido dificultades.

—Algunas, jefe —pronunció estas palabras con esfuerzo—. El propio Consejo de Psicología le manda llamar tras oír mi informe. La cuestión es que el sistema solar ha..., ha rehusado unirse a la Federación.

—¿Quéeee?

Haridin asintió miserablemente y se aclaró la garganta.

—¡Por la gran nebulosa oscura —juró el rigeliano, enloquecido— que hoy ha sido un día maravilloso! Primero, me dicen que a es igual a a, y después vienes tú y me dices que has fallado una reacción de tipo A... ¡fallado completamente!

El joven psicólogo se encolerizó.

—No fallé. Hay algo extraño en los solares. No son normales. Cuando aterrizamos, se volvieron locos con nosotros. Hubo una celebración fantástica... completamente desenfrenada. No había nada demasiado bueno para nosotros. Formulé la invitación ante su parlamento en su propio idioma..., uno muy sencillo que llaman esperanto. Apostaría la vida a que mi traducción fue el noventa y nueve por ciento efectiva.

—¿Bien? ¿Y después?

—No entiendo el resto, jefe. Primero, hubo una reacción neutral y yo me sorprendí un poco, y después —se estremeció al recordarlo—, a los siete días, sólo siete días, jefe, todo el planeta había cambiado por completo.

»Y eso no es más que el principio. Fue muchos años-luz peor que eso. Por toda la galaxia, investigué hasta el fin las reacciones de tipo G, tratando de explicármelas, y no pude. Al final, tuvimos que irnos. Estábamos en verdadero peligro físico frente a esos..., esos terrícolas, como se denominan a sí mismos.

—¡Muy interesante! ¿Has traído el informe?

—No. Lo tiene el Consejo de Psicología. Han pasado todo el día estudiándolo con

microscopio.

—¿Y qué dicen?

—No lo dicen abiertamente, pero dan la inequívoca impresión de creer que el informe es erróneo.

—Bueno, ya decidiré si es cierto después de haberlo leído. Mientras tanto, acompáñame a la Cámara parlamentaria y por el camino me contestarás a unas cuantas preguntas.

Joselin Arn, de Alfa Centauro, se frotaba el mentón cubierto de pelo con su enorme mano de seis dedos y escudriñaba, por debajo de sus prominentes cejas, el semicírculo de diferentes rostros que le contemplaban.

—Hemos sido informados —empezó Frían Obel, presidente del Consejo y nativo de Vega, patria de los hombres de piel verde— de que las secciones del informe que versan sobre el estamento militar son trabajo suyo.

Joselin Arn inclinó la cabeza.

—¿Y está usted dispuesto a confirmar lo que ha declarado aquí, a pesar de su inherente improbabilidad? Ya sabe que no es usted psicólogo.

—¡No! ¡Pero soy soldado! —El centauriano adelantó las mandíbulas con obstinación, mientras su voz resonaba en toda la cámara—. No entiendo de ecuaciones, ni de gráficas..., pero sí que entiendo de naves espaciales. He visto las suyas y las nuestras, y las suyas son mejores. He visto su primera nave interestelar. Concédanles cien años y tendrán mejores motores hiperatómicos que los nuestros. He visto sus armas. Poseen casi todas las que nosotros tenemos, en una etapa de su historia que corresponde a la nuestra de hace milenios. Lo que aún no tienen... lo tendrán, y pronto. Lo que ya tienen, lo mejorarán.

»He visto sus plantas de municiones. Las nuestras son más avanzadas, pero las suyas son más eficientes. He visto a sus soldados... y preferiría luchar con ellos que contra ellos.

—¿Y el resto de su ciencia: medicina, química, física? ¿Qué hay de ello?

—No soy el más indicado para juzgarlas. Sin embargo, usted posee el informe de los entendidos, y a mi entender tienen razón.

—¿De modo que esos solares son verdaderos humanoides?

—¡Por los mundos de Centauro, sí!

El anciano científico se recostó en su asiento con un gesto de mal humor y paseó una rápida y ceñuda mirada por toda la mesa.

—Colegas —dijo—, no adelantamos nada repitiendo toda esta serie de imposibilidades. Tenemos una raza de humanoides de características superlativamente tecnológicas, que al mismo tiempo posee una creencia intrínsecamente científica en las fuerzas sobrenaturales, una predilección absurda e infantil por el individualismo, singularmente y en grupos, y, lo peor de todo, desprovista de la visión suficiente como para abrazar una cultura de signo galáctico.

Miró al centauriano, que se hallaba frente a él.

—Debe existir una raza así, si prestamos crédito al informe... y los axiomas fundamentales de psicología deben desmoronarse. Pero yo, por lo menos, no creo en tal, para decirlo en términos vulgares, cometa de gas.

La monótona voz del científico fue ahogada repentinamente por el golpe de un puño de hierro sobre la mesa. Joselin Arn, con el cuerpo contorsionado por la ira, perdió la paciencia y desató su cólera.

—Por los retorcidos engendros de Templis, por los gusanos que se arrastran y los mosquitos que vuelan, por todos los lugares inmundos y las epidemias, y por la misma muerte encapuchada, no voy a permitirlo. ¿Piensa hacer gala de sus teorías y su inacabable sabiduría y negar lo que yo he visto con mis propios ojos?

Un golpecito en su cinturón le hizo volverse, con una mirada fija y los puños cerrados. Por un momento, miró a su alrededor en vano. Después, al bajar la vista, se encontró frente a los enigmáticos ojos verdes de un pigmeo, cuya penetrante mirada pareció echar un jarro de agua fría sobre su cólera.

—Le conozco, Joselin Arn —dijo Tan Porus, escogiendo las palabras cuidadosamente—. Es usted un hombre valeroso y un buen soldado, pero no le gustan los psicólogos, por lo que veo. En esto se equivoca, pues sobre la psicología descansa el éxito político de la Federación. Ha hecho el juramento de defender al sistema contra todos sus enemigos, Joselin Arn..., y usted mismo acaba de convertirse en el mayor de ellos. Golpea sus cimientos, cava en sus raíces, lo envenena en su origen. Usted es un difamador, una deshonra, un traidor.

El soldado centauriano sacudió la cabeza con impotencia. Mientras Porus hablaba, profundos y amargos remordimientos le embargaron. El recuerdo de sus recientes palabras pesaba fuertemente sobre su conciencia. Cuando el psicólogo concluyó, Arn inclinó la cabeza y se echó a llorar.

Porus volvió a hablar, y esta vez su voz retumbó como un trueno:

—Basta de gemidos plañideros, cobarde. El peligro es inminente. ¡A las armas!

Joselin Arn se recobró instantáneamente.

La habitación estalló en carcajadas y el soldado comprendió la situación. Había sido la forma de castigarle de Porus. Con su completo conocimiento de los tortuosos resortes de la mente humanoide, sólo tenía que apretar el botón apropiado, y...

El centauriano se mordió los labios de vergüenza, pero no dijo nada.

Pero Tan Porus no se rió. Embromar al soldado era una cosa; humillarle, otra muy distinta. De un salto, estuvo sobre una silla y apoyó su pequeña mano en el macizo hombro del otro.

—No se ofenda, amigo mío..., ha sido una pequeña lección, eso es todo. Luche contra los subhumanoides y los alrededores hostiles de cincuenta mundos. Atrévase a viajar en una nave agrietada y destartada. Desafíe todos los peligros que quiera. Pero nunca, nunca, ofenda a un psicólogo. La próxima vez puede enfadarse en serio.

—Seguiré su consejo, psicólogo. Desintégreme, si no creo que tiene usted razón.
—Salió a grandes zancadas de la estancia.

Porus saltó de la silla y se volvió para enfrentarse al consejo.

—Hemos tropezado con una interesante raza de humanoides, colegas.

—Ah —dijo Obel, secamente—, parece ser que el gran Porus va a asumir la defensa de su alumno. Es evidente que su digestión ha mejorado, puesto que se cree capaz de tragar el informe de Haridin.

Porus frunció el ceño, pero su voz conservó su tono tranquilo.

—Así es, y el informe, debidamente analizado, dará lugar a una revolución de la ciencia. Es una mina de oro psicológica; y Homo Sol, el hallazgo de un período mejor.

—Especifique, Tan Porus —gruñó alguien—. Sus trucos están muy bien para un centauriano zopenco, pero nosotros seguimos sin impresionarnos.

—Especificaré más, Inar Tubal, peludo microbio espacial —la prudencia y la ira sostenían una visible batalla en su interior—. Un humanoide es más de lo que creen... mucho más de lo que unos retrasados mentales como ustedes pueden entender. Sólo para mostrarles lo que no saben, grupo de fósiles disecados, me comprometo a enseñarles un poco de psicotecnología que les dejará pasmados. ¡Pánico, imbéciles, pánico! ¡Pánico mundial!

—¿Ha dicho pánico mundial? —tartamudeó Friar Obel, mientras su piel verde se volvía gris—. ¿Pánico?

—Sí, papagayo. Denme seis meses y cincuenta ayudantes y les mostraré un mundo de humanoides dominado por el pánico.

Obel trató inútilmente de contestar. Su boca realizó un heroico intento por conservar la seriedad... y fracasó. Como a una señal, todo el Consejo abandonó su dignidad y se retrepó en un acceso de risa general.

—Me acuerdo —balbuceó Inar Tubal, de Sirio, con su cara redonda surcada por lágrimas de puro júbilo— de un estudiante mío que, en cierta ocasión, pretendió haber descubierto un estímulo que induciría al pánico mundial. Cuando repasé los resultados, me encontré con un exponente que tenía el punto decimal desplazado. Sólo estaba diez órdenes de magnitud equivocado. ¿Cuántos puntos decimales ha desplazado usted, colega Porus?

—¿Qué hay de la ley de Kraut, Porus, que dice que no se puede inducir al pánico a más de cinco humanoides a la vez? ¿Hemos de abolirla? ¿Y quizá también la teoría atómica, ahora que estamos en ello? —Y Semper Gor, de Cabra, cloqueó alegremente.

Porus trepó a la mesa y agarró el mazo de Obel.

—El próximo que se ría notará esto sobre la cabeza.

«Escogeré cincuenta ayudantes —gritó el rigeliano de ojos verdes— y Joselin Arn me llevará a Sol. Quiero que cinco de ustedes me acompañen —Inar Tubal, Semper Gor y otros tres cualquiera— para ver sus caras de estúpidos cuando haga lo que he dicho que haría —levantó el mazo, amenazadoramente—. ¿Bien?

Friar Obel miró plácidamente al techo.

—De acuerdo, Porus. Tubal, Gor, Helvin, Prat y Winson pueden ir con usted. Al término del tiempo especificado, atestiguaremos el pánico mundial, algo muy satisfactorio... o presenciaremos cómo se come sus palabras, cosa que sería mucho más satisfactoria.

Tan Porus miraba pensativamente por la ventana. Terrápolis, la capital de la Tierra, se extendía frente a él hasta el mismo límite del horizonte.

El bramido de la ciudad contenía voces, y las voces expresaban su temor.

El rigeliano se alejó de la ventana con repugnancia.

—Oye, Haridin —rugió.

—¿Me llamaba, jefe?

—¿Qué crees que hago? ¿Hablar solo? ¿Cuáles son las últimas noticias de Asia?

—No hay nada nuevo. Los estímulos no son bastante fuertes. Los hombres amarillos parecen ser más insensibles que los dominantes blancos de América y Europa. Sin embargo, he ordenado que no aumenten los estímulos.

—No, no podemos hacerlo —convino Porus—. No debemos arriesgarnos a provocar un pánico activo —reflexionó en silencio—. Escucha, casi lo hemos conseguido. Diles que ataquen algunas ciudades grandes —son más susceptibles— y se vayan.

Volvió otra vez junto a la ventana.

—Espacio, ¡qué mundo..., qué mundo! Se ha descubierto una nueva rama de la psicología... con la que nunca habíamos soñado. Psicología de masas, Haridin, psicología de masas —sacudió la cabeza con solemnidad.

—No obstante, hay mucho sufrimiento, jefe —musitó el joven—. Este pánico pasivo ha paralizado completamente la industria y el comercio. Toda la vida de negocios del planeta se ha estancado. El pobre gobierno es impotente..., no sabe lo que ocurre.

—Lo averiguarán... cuando yo quiera. Y, en cuanto al sufrimiento... bueno, a mí tampoco me gusta, pero es un medio de llegar al fin, un fin muy importante.

Siguió un corto silencio, y después los labios de Porus se contrajeron en una desagradable sonrisa.

—Aquellos cinco papanatas regresaron ayer de Europa, ¿verdad?

Haridin también sonrió y asintió enérgicamente.

—¡Y muy disgustados! Sus predicciones corresponden al quinto lugar decimal. Están fuera de sí.

—¡Perfecto! Sólo lamento no poder ver la cara de Obel en este momento, después del último mensaje que le he enviado. Y, por cierto —su voz bajó de tono—, ¿qué hay de ellos?

Haridin alzó dos dedos.

—¡Dos semanas, y estarán aquí!

Los cinco científicos del consejo levantaron la vista de sus notas y cayeron en un embarazoso silencio cuando Porus entró.

Éste sonrió pícaramente.

—¿Notas satisfactorias, caballeros? Sin duda habrán encontrado unos cincuenta o sesenta errores en mis suposiciones fundamentales, ¿verdad?

Hybron Prat, de Alfa Cefeo, se mesó la pelusa gris que él llamaba cabello.

—No confío en los tremendos trucos que juega esta alocada anotación matemática suya.

—Pues invente otra mejor. Hasta ahora, ha hecho un buen trabajo con las reacciones, ¿no creen?

Se oyó un discordante coro de gargantas que se aclaraban, pero no una respuesta determinada.

—¿No creen? —tronó Porus.

—Bueno, ¿y qué? —contestó Kim Winson, desesperadamente—. ¿Dónde está su pánico? Todo esto está muy bien. Estos humanoides son unos fenómenos cósmicos, pero ¿dónde está la demostración que iba a hacernos?

—Están vencidos, caballeros, están vencidos —se jactó el pequeño y experto psicólogo—. He demostrado mi punto de vista. Este pánico pasivo es tan imposible según la psicología clásica como la forma activa. Ahora tratan de negar los hechos y salvar la cara, insistiendo en un tecnicismo. Vuelvan a casa; vuelvan a casa, caballeros, y escóndanse debajo de la cama.

Inar Tubal le miró con ira. Tenía los ojos inyectados en sangre.

—Pánico activo o nada, Tan Porus. Es lo que nos prometió, y es lo que tendremos. Queremos que lo cumpla al pie de la letra o, por el espacio y el tiempo, insistiremos en cualquier tecnicismo. ¡Pánico activo o reportaremos el fracaso!

Porus se encolerizó y, con un tremendo esfuerzo, habló serenamente.

—Sean razonables, caballeros. No disponemos del equipo necesario para controlar el pánico activo. Nunca nos hemos encontrado con la superforma que podría adoptar en la Tierra. ¿Y si escapa a nuestro control?

—Aíslalo, entonces —exclamó Semper Gor—. Enciéndalo y sofóquelo. Disponga todos los preparativos que quiera, pero ¡hágalo!

—Si puede —gruñó Hybron Prat. Pero Tan Porus tenía su punto débil. Su irritable carácter se desató.

—¡Se saldrán con la suya, cabezas de chorlito! Se saldrán con la suya, pero váyanse al espacio exterior —la pasión le embargaba—. Lo provocaremos aquí mismo, en Terrápolis, en cuanto los hombres vuelvan a casa. ¡Pero será mejor que todos ustedes se pongan a salvo!

Tan Porus corrió las cortinas con un movimiento de su mano, y los cinco psicólogos que le observaban desviaron la mirada. Las calles de la capital de la Tierra estaban desiertas de población civil. El ordenado ruido de los militares que patrullaban en las autopistas de la ciudad sonaba como un canto fúnebre.

—Ha sido muy peligroso, colegas —la voz de Porus expresaba cansancio—. Si hubiera sobrepasado los límites de la ciudad, nunca habiésemos podido detenerlo.

—¡Horrible, horrible! —murmuró Hybron Prat—. Ha sido una escena que cualquier psicólogo hubiera dado su brazo derecho por presenciar... y su vida por olvidar.

—¡Y esto son humanoides! —gimió Kim Winson. Semper Gor se levantó con súbita decisión.

—¿Comprende la importancia de esto, Porus? Estos terrícolas son incontrolable atomita. No se pueden controlar. Con su psicología de masas, su pánico de masas, su superemocionalismo, no encajan en la imagen de los humanoides.

Porus enarcó las cejas.

—¡Cometa de gas! Individualmente, somos tan emotivos como ellos. Ellos lo llevan a la acción de masas y nosotros no; ésa es la única diferencia.

—¡Y es suficiente! —exclamó Tubal—. Hemos adoptado una decisión, Porus. Lo hicimos anoche, en el punto culminante de... de... de esto. No debemos ocuparnos del sistema solar. Es un lugar apestado y no queremos nada parecido. En cuanto concierne a la galaxia, Homo Sol será puesto en una estricta cuarentena. ¡Esto es terminante!

El rigeliano se echó a reír.

—Para la galaxia, puede ser terminante. Pero ¿y para Homo Sol?

Tubal se encogió de hombros.

—Eso no nos concierne. Porus volvió a reírse.

—Dígame, Tubal. Entre nosotros, ¿ha intentado hacer una integración temporal de la ecuación 128 seguida por expansión con tensores carolinós?

—No-o. No lo he hecho.

—Bueno, pues eche una ojeada a estos cálculos y diviértase.

Naru Helvin rompió las hojas con un movimiento espasmódico.

—Es mentira —gritó.

—Actualmente, les llevamos mil años de adelanto, y para ese tiempo les llevaremos otros doscientos años —exclamó Tubal—. No podrán hacer nada contra la masa de la gente de la galaxia.

Tan Porus se rió con una monotonía sumamente desagradable.

—Siguen sin creer en las matemáticas. Esto forma parte de su línea de conducta, claro. Muy bien, veamos si los expertos pueden convencerles... como debería ser, a menos que el contacto con estos humanoides fuera de lo normal les haya afectado. ¡Joselin... Joselin Arn..., venga!

El comandante centauriano entró, saludó automáticamente, y permaneció a la expectativa.

—¿Podría una de sus naves derrotar una de las naves de Sol en batalla, si fuera necesario? Arn sonrió amargamente.

—Imposible, señor. Estos humanoides rompen la ley de Kraut en pánico... y también luchando. Tenemos una dotación de expertos a cargo de nuestras naves. Esta gente tiene una única tripulación que funciona como una unidad, sin individualismo.

Manifiestan una forma de lucha..., pánico, creo que es la palabra mejor. Cada individuo de las naves se convierte en un órgano de las mismas. Con nosotros, ya lo saben, eso es imposible.

«Además, este mundo es una masa de genios locos. Sé que tomaron no menos de veintidós interesantes pero inútiles aparatos que vieron en el Museo de Thalsoon cuando nos visitaron; los desmontaron y produjeron a partir de ellos los inventos militares más desagradables que he visto. ¿Recuerdan el tiralíneas gravitacional de Julmun Thill, empleado —con muy poca efectividad— para localizar depósitos minerales antes de que se inventara el método moderno de potencial eléctrico? Lo han convertido —no sé cómo— en uno de los directores de fuego automático más mortífero que he tenido la desgracia de ver.

—Nosotros —dijo Tan Porus con alborozo— tenemos una flota mucho mayor que la suya. Podríamos arrollarlos, ¿verdad?

Joselin Arn movió la cabeza.

—Derrotarlos ahora... probablemente. Pero no los arrollaríamos, y no me atrevería a apostar por ello. Yo no votaría por atacarlos. El problema reside, en el plano militar, en que esta colección de maníacos de los aparatos inventa cosas con una velocidad terrible.

—¿Qué será —preguntó Porus con amabilidad— de nuestra posición militar si nos limitamos a ignorarlos completamente durante doscientos años?

Joselin Arn soltó una explosiva carcajada.

—Si podemos, que significa si nos dejan. Responderé sin pensar y con seguridad. Es lo único que me preocupa en este momento. Doscientos años para explorar los nuevos caminos sugeridos por su breve contacto con nosotros y harán cosas que no puedo imaginar. Esperen doscientos años y no habrá una batalla; habrá una anexión. Tan Porus se inclinó ceremoniosamente.

—Gracias, Joselin Arn. Éste era el resultado de mis cálculos matemáticos.

Joselin Arn saludó y abandonó la estancia.

Volviéndose a los cinco científicos, completamente paralizados, Porus prosiguió:

—Y espero que estos sabios caballeros reaccionen de forma vagamente humanoide. ¿Se convencen de que no nos toca a nosotros decidir si terminar o no todo intercambio con esta raza? Podemos..., ¡pero ellos no!

«Estúpidos —pareció que escupiera la palabra—, ¿creen que voy a perder el tiempo discutiendo con ustedes? Yo dicto la ley, ¿comprenden? Homo Sol entrará en la Federación. Se les madurará en doscientos años. No se lo pregunto; ¡se lo digo! — El rigeliano les contempló agresivamente.

«¡Vengan conmigo! —gruñó con brusquedad.

Le siguieron con mansa sumisión y entraron en el dormitorio de Tan Porus. El pequeño psicólogo corrió una cortina y dejó al descubierto una pintura de tamaño natural.

—¿Cómo interpretan esto?

Era el retrato de un terrícola, pero de un terrícola como ninguno de los psicólogos había visto aún. Digno y severamente hermoso, con una mano que acariciaba una barba regia, y la otra que sostenía el único vestido suelto que le cubría, parecía personificar la majestad.

—Es Zeus —dijo Porus—. Los terrícolas primitivos le crearon como la personificación de la tormenta y el relámpago. —Se encaró con los aturridos científicos—. ¿Les recuerda a alguien?

—¿Homo Canopus? —aventuró Helvin. Durante un instante, el rostro de Porus se relajó con momentánea satisfacción y después volvió a endurecerse.

—Naturalmente —exclamó—. ¿Por qué vacilan? Éste es Canopus en persona, hasta la barba amarilla. Después continuó:

—Aquí hay algo más —corrió otra cortina. Esta vez, el retrato era de una mujer. Tenía el pecho voluminoso y las caderas anchas. Una inefable sonrisa adornaba su rostro y sus manos parecían acariciar el grano que reposaba a sus pies.

—¡Deméter! —dijo Porus—. La personificación de la fertilidad y la agricultura. La madre ideal. ¿A quién les recuerda esto?

Esta vez no hubo vacilaciones. Cinco voces dijeron al unísono:

—¡Homo Betelgeuse!

Tan Porus sonrió con placer.

—Exactamente. ¿Y bien?

—¿Y bien, qué? —inquirió Tubal.

—¿No lo comprenden? —Su sonrisa se desvaneció—. ¿No está claro? ¡Papanatas! Si un centenar de Zeus y un centenar de Deméter aterrizaran en la Tierra como parte de una «misión comercial», y se convirtieran en expertos psicólogos... ¿Lo comprenden ahora?

Semper Gor se echó súbitamente a reír.

—Espacio, tiempo, y pequeños meteoros. ¡Claro que sí! Los terrícolas serían arcilla en manos de sus propias personificaciones de la tormenta y la maternidad vivientes. Dentro de doscientos años..., dentro de doscientos años, no podremos hacer nada.

—Pero esta denominada misión comercial suya, Porus —intervino Prat—, ¿cómo se las arreglará para que Homo Sol la acepte?

Porus enderezó la cabeza hacia un lado.

—Querido colega Prat —murmuró—, ¿cree que he creado el pánico activo únicamente para hacer una demostración... o para satisfacer a cinco estúpidos? Este pánico pasivo ha paralizado la industria, y el Gobierno terrestre se enfrenta a una revolución... otra forma de acción masiva que podría investigarse. Ofrézcale comercio galáctico y prosperidad eterna y ¿cree que lo rechazará? ¿Qué importa la masa?

El rigeliano cortó de raíz el incipiente murmullo con un gesto de impaciencia.

—Si no tienen nada más que preguntar, caballeros, empecemos a prepararnos

para partir Francamente, estoy cansado de la Tierra, y más que esto, deseo volver junto a mi calamar.

Abrió la puerta y, por el pasillo, gritó:

—¡Haridin! Dile a Arn que tenga la nave dispuesta para dentro de seis horas. Nos vamos.

—Pero..., pero —el coro de aturcidas objeciones se cristalizó en súbito movimiento, cuando Semper Gor corrió hacia Porus y le detuvo cuando éste se marchaba. El pequeño rigeliano luchó en vano por desasirse.

—¡Suélteme!

—Ya hemos soportado bastante, Porus —dijo Gor—, y ahora va a calmarse y conducirse como un humanoide. Diga lo que diga, no nos iremos hasta haber acabado. Tenemos que tratar con el Gobierno terrestre de la misión comercial. Hemos de asegurar la aprobación del Consejo. Tenemos que escoger a nuestros psicólogos.

En este punto, Porus, con un salto rápido, se desasjó.

—¿Han supuesto por un momento que esperaba a que su precioso Consejo se dispusiera a considerar si se hace algo acerca de la situación dentro de dos o tres décadas?

»La Tierra aceptó incondicionalmente mis términos hace un mes. La escuadra de canopanos y betelgeusianos partió hace cinco meses, y aterrizaron anteayer. Gracias a su ayuda logramos detener el pánico reciente... aunque ustedes no lo hubieran sospechado. Probablemente creyeron que lo hicieron ustedes solos. Hoy, caballeros, ellos controlan por completo la situación y nuestros servicios ya no son necesarios. Nos vamos a casa.

Homo Sol tiene una trama que atrajo particularmente a Campbell. Aunque los seres humanos del relato están muy atrasados con respecto a las demás inteligencias de la galaxia, es evidente que poseen una insólita capacidad para avanzar con mucha rapidez, que hay algo especial en ellos y que todos los demás hacen bien en precaverse.

A Campbell le gustaban los relatos en que los seres humanos se proclamaban superiores a otras inteligencias, aunque estas otras se encontraran más avanzadas tecnológicamente. Le gustó que mis seres humanos poseyeran un sentido de la intrepidez único, o un sentido del humor, o una cruel facultad de matar en caso necesario, que siempre les aportaba la victoria sobre otras inteligencias, incluso contra una fuerza superior.

Sin embargo, a veces me asaltaba la desagradable idea de que esta actitud reflejaba los sentimientos de Campbell sobre la escala, más pequeña, de la Tierra. Me dio la impresión de que aceptaba la superioridad natural de los norteamericanos sobre el resto de la humanidad, y parecía presumir de que los americanos procedían del noroeste de Europa.

No puedo decir que Campbell fuera racista en ningún mal sentido de la palabra. No recuerdo ni una sola ocasión en que actuara desagradablemente, y desde luego, nunca, ni una sola vez, me hizo sentir incómodo por el hecho de que yo fuera judío. No obstante, daba por hecho que el estereotipo de blanco nórdico era el verdadero representante del Hombre Explorador, del Hombre Intrépido o del Hombre Victorioso.

Discutí tenazmente con él sobre este tema, o al menos, con tanta violencia como me atrevía, y en los años siguientes nuestras relaciones llegarían a alcanzar el máximo grado de tirantez posible (considerando nuestro mutuo afecto, y todo lo que le debía) sobre el problema de los derechos civiles. Yo defendía el aspecto liberal de la cuestión, él el conservador, y nuestras ideas nunca coincidieron sobre este tema.

Todo esto tuvo una repercusión muy importante en mi trabajo de ciencia-ficción. No me gustó

la actitud de Campbell respecto a la humanidad frente a otras inteligencias, y fueron necesarias dos revisiones de *Homo Sol* para que Campbell consiguiera algo parecido a lo que quería. Aun así, insertó diversos párrafos, aquí y allí, sin consultarme, en la versión final.

Traté de evitar una situación similar en el futuro. Una manera de hacerlo era apartarse de las tradiciones de aquellos escritores que urdían tramas a la gigantesca escala de galaxias enteras llenas de inteligencias... notablemente las de E. E. Smith y las de Campbell en persona. En lugar de eso, empecé a idear relatos en los que la galaxia sólo estuviera poblada por inteligencias humanas. Esto dio sus frutos, bastante pronto, en la serie *Fundación*. Indudablemente, el punto de vista Smith-Campbell tiene mucho más sentido. Es casi seguro que entre los cientos de billones de mundos de una gran galaxia, debe haber cientos o incluso miles de especies inteligentes distintas. Que hubiera sólo una, la nuestra, tal como yo postulaba, era menos probable.

Algunos críticos de ciencia-ficción (notablemente Sam Moskowitz) me alabaron por inventar una galaxia únicamente humana, como si fuera una especie de adelanto literario. Otros debieron pensar en privado (nunca lo he oído decir abiertamente) que en mi galaxia sólo había inteligencias humanas porque yo carecía de imaginación para inventar extraterrestres.

Pero lo cierto es que yo sólo trataba de evitar una colisión con los puntos de vista de Campbell. No quería crear una situación en la que me vería forzado a enfrentarme con la alternativa de adoptar el punto de vista de Campbell, que encontraba repugnante, o dejar de vender un relato (cosa que también encontraba repugnante).

El 25 de marzo de 1940, el día que presenté *Homo Sol* por última vez, fui a ver a Pohl a su oficina. Me dijo que la reacción provocada por *Mestizo* había sido tal que creía justificado pedirme que escribiera una continuación. Era la primera vez que me solicitaban un relato específico con una aceptación virtualmente garantizada por adelantado.

Pasé los meses de abril y mayo trabajando en la continuación, *Mestizos en Venus*, y lo presenté a Pohl el 3, de junio. El 14 de este mismo mes lo aceptó. La historia tenía diez mil palabras, la más extensa que había venido hasta aquel momento. Lo que es más, las revistas de Pohl tenían tanto éxito que su presupuesto se había incrementado y pudo pagarme cinco octavos de centavo por palabra: 62,50 dólares.

Apareció en el número de *Astonishing* que llegó a los quioscos el 24 de octubre de 1940, casi dos años después de mi primera venta. Además, este día fue memorable para mí, pues fue la primera vez que el dibujo que había en la portada de la revista se tomó de uno de mis relatos. Yo había hecho la portada.

El título del relato y mi nombre aparecieron en primera plana en letras mayúsculas. Era una halagadora señal de que mi nombre contribuía a vender revistas ya en aquella época.

MESTIZOS EN VENUS

La húmeda y soñolienta atmósfera vibró violentamente y se partió en dos. La desnuda altiplanicie se estremeció tres veces, cuando los pesados proyectiles en forma de huevo descendieron del espacio exterior. El sonido del aterrizaje retumbó desde las montañas de un lado hasta el frondoso bosque del otro, y después todo volvió a ser silencio.

Una a una, se abrieron tres puertas, y unas figuras humanas salieron en vacilante fila india.

Un millar de ojos contemplaban el paisaje y un millar de bocas charlaban con excitación.

¡Los híbridos habían aterrizado en Venus!

Max Scanlon suspiró con fatiga.

—¡Aquí estamos!

Se apartó de la portilla y se dejó caer en su propio sillón especial.

—Son tan felices como niños... y no les culpo. Tenemos un mundo nuevo para nosotros solos y esto es una gran cosa. Pero, sin embargo, nos esperan días muy difíciles. ¡Casi estoy asustado! ¡Es un proyecto tan poco aventurado, pero tan difícil de completar!

Un tierno brazo se posó en su hombro y él lo asió firmemente, sonriendo a los dulces ojos azules que se encontraron con los suyos.

—Pero tú no estás asustada, ¿verdad, Madeline?

—¡Claro que no! —Y su expresión se hizo más triste—. Si nuestro padre hubiera venido con nosotros...

Después de estas palabras hubo un largo silencio, mientras ambos se sumían en sus pensamientos. Max suspiró.

—Me acuerdo de él en aquel día de hace cuarenta años; traje viejo, pipa, todo. Me adoptó. ¡A mí, un despreciado mestizo! Y..., ¡y te encontró para mí, Madeline!

—Lo sé —había lágrimas en sus ojos—. Pero aún sigue con nosotros, Max, y siempre lo estará...

—¡Eh, papá, cógela, cógela!

Max se dio la vuelta al oír la voz de su hijo mayor, justo a tiempo para coger el revoltijo de brazos y piernas que se le echó encima.

La sostuvo gravemente frente a sí.

—¿He de entregarte a tu papá, Elsie? Te reclama. La pequeña agitó las piernas con embeleso.

—No, no. Yo te quiero a ti, abuelito. Quiero que me lles sobre los hombros y salgas con abuelita a ver lo bonito que es todo esto.

Max se volvió hacia su hijo y le hizo serias señas de que se fuera.

—Vete, padre desdeñado, y da una oportunidad al viejo abuelito.

Arthur se echó a reír y se enjugó el rostro.

—Quédatela, por todos los cielos. Nos ha hecho correr de lo lindo a mi mujer y a mí ahí fuera. Hemos tenido que arrastrarla por el vestido para evitar que se metiera en el bosque. ¿Verdad, Elsie?

Elsie pareció recordar súbitamente un pasado agravio.

—Abuelito, dile que me deje ver esos árboles tan bonitos. No quiere hacerlo —se desasíó del abrazo de Max y corrió a la portilla—. Míralos, abuelito, míralos. Ya no está oscuro. No me gustaba nada que estuviera oscuro, ¿y a ti?

—Tampoco, Elsie; no me gustaba nada que estuviera oscuro. Pero ya no lo está, y no volverá a estarlo nunca más. Ahora vete corriendo con abuelita. Hará un pastel especial para ti. ¡Vamos, corre!

Siguió con la mirada la partida de su esposa y su nieta con ojos sonrientes, y después, al volverse hacia su hijo, recobró su seriedad.

—¿Y bien, Arthur?

—Bien, papá, ¿qué hacemos ahora?

—No hay tiempo que perder, hijo. Tenemos que empezar a construir inmediatamente... ¡bajo tierra! Arthur adoptó una actitud atenta.

—¡Bajo tierra! —Frunció el ceño con consternación.

—Lo sé, lo sé. No había dicho nada antes, pero hay que hacerlo. Hemos de desaparecer de la faz del sistema a cualquier precio. Hay terrícolas en Venus, pura sangre. No hay muchos, es verdad, pero sí algunos. No deben encontrarnos..., por lo menos, hasta que estemos preparados para lo que pueda ocurrir.

—Pero, padre, ¡bajo tierra! Vivir como topos, privados de la luz y el aire. No me gusta nada.

—Oh, tonterías. No dramatices más de la cuenta. Viviremos en la superficie, pero la ciudad, las centrales eléctricas, las reservas de comida y agua, los laboratorios, todo esto ha de estar debajo y ser inexpugnable.

El anciano híbrido intentó desviar el tema.

—Pero olvidémoslo. Quiero hablarte de otra cosa, algo que ya hemos discutido.

Los ojos de Arthur se endurecieron y desvió su mirada hacia el techo. Max se levantó y colocó las manos sobre los fuertes hombros de su hijo.

—Tengo más de sesenta años, Arthur. No sé cuánto tiempo viviré. En cualquier caso, lo mejor de mí pertenece al pasado y es preferible que ceda el liderazgo a una persona más joven y vigorosa.

—Papá, esto son necedades sentimentales y tú lo sabes. Ninguno de nosotros te llega a la suela de los zapatos y nadie prestará atención más de un segundo a un plan para designar tu sucesor.

—No les pediré que me escuchen. Está decidido... y tú eres el nuevo jefe.

El joven movió la cabeza firmemente.

—No puedes obligarme en contra de mi voluntad. Max sonrió de un modo raro.

—Me temo que estás evadiendo tu responsabilidad, hijo. Dejas a tu pobre anciano padre a merced de las fatigas y esfuerzos de un trabajo que sobrepasa el vigor de sus

años.

—¡Papá! —Fue la ofendida réplica—. No es así. Tú sabes que no lo es. Tú...

—Pues demuéstralo. Míralo de esta manera. Nuestra raza necesita una jefatura activa y yo no puedo proporcionársela. Siempre estaré aquí —mientras viva— para aconsejarte y ayudarte lo mejor que pueda, pero de ahora en adelante, tú debes tomar la iniciativa.

Arthur frunció el ceño y pronunció de mala gana estas palabras:

—De acuerdo. Aceptaré el puesto de comandante de campo. Pero recuerda, tú eres comandante en jefe.

—¡Perfecto! Y ahora celebremos el acontecimiento —Max abrió un armario y extrajo una caja, de la que sacó un par de cigarros. Suspiró—. La reserva de tabaco está a punto de agotarse y no tendremos más hasta que cultivemos el nuestro propio, pero... fumaremos a la salud del nuevo jefe.

Anillos de humo azul se elevaron hacia el techo y Max frunció el ceño mirando a su hijo.

—¿Dónde está Henry? Arthur sonrió.

—¡Dunita! No lo he visto desde que hemos aterrizado. No obstante, puedo decirte con quién está. Max gruñó:

—Yo también lo sé.

—El muchacho aprovecha la ocasión. Ya no faltan muchos años, papá, para que mimes a una segunda serie de nietos.

Y padre e hijo se sonrieron afectuosamente y escucharon en silencio el ahogado sonido de felices risas de los cientos de híbridos que había fuera.

Henry Scanlon ladeó la cabeza y levantó la mano pidiendo silencio.

—¿Oyes un ruido de agua, Irene? La chica que había junto a él asintió.

—En aquella dirección.

—Pues vayamos hacia allí. Antes de que aterrizáramos he visto un río por aquí y quizá sea éste.

—Muy bien, si tú lo deseas, pero creo que deberíamos regresar a las naves.

—¿Para qué? —Henry se detuvo y la miró fijamente—. Pensaba que te alegrarías de estirar las piernas después de pasar semanas en una nave abarrotada.

—Bueno, puede ser peligroso.

—No aquí en las tierras altas, Irene. Las tierras altas venusianas son prácticamente una segunda Tierra. Verás que esto es un bosque y no una jungla.

Irene reprimió una rápida sonrisa y lanzó una picara mirada a su vanidoso compañero.

—Me doy perfecta cuenta. Éste es el peligro.

El pecho de Henry se desinfló con un audible jadeo.

—Muy gracioso... y más ahora que me porto tan bien—. Se alejó un poco, reflexionó malhumoradamente un rato, y después se dirigió a los árboles con frialdad —: Esto me recuerda que mañana es el cumpleaños de Daphne. He prometido hacerle

un regalo.

—Regálale un cinturón adelgazante —fue la rápida contestación— ¡La muy gorda! —¿Quién está gorda? ¿Daphne? No me lo parece.

—Está gorda.

Henry apresuró el paso y la alcanzó.

—Claro que prefiero a las chicas delgadas. Irene giró sobre los talones y cerró los puños.

—Yo no estoy delgada y tú eres un mono increíblemente estúpido.

—Pero, Irene, ¿quién ha dicho que hablaba en serio?

La joven enrojeció hasta las orejas y se alejó, con el labio inferior temblando. La sonrisa desapareció de los ojos de Henry y fue sustituida por una mirada de inquietud. Alargó vacilantemente el brazo y lo deslizó alrededor de los hombros de ella.

—¿Enfadada, Irene?

—No —dijo.

Sus ojos se encontraron y, durante un momento, Henry vaciló... y averiguó que quien vacila pierde; pues con un súbito movimiento y una suave carcajada, Irene se encontró de nuevo libre.

Señalando hacia una entrada entre los árboles, gritó

—¡Mira, un lago! —Y se alejó corriendo.

Henry frunció el ceño, murmuró algo en voz baja, Y corrió tras ella.

Los dos híbridos —muchacho y muchacha— permanecieron en la orilla con las manos cogidas y absortos en la belleza del paisaje.

Entonces se oyó un ahogado chapoteo, no lejos de allí, e Irene se echó en brazos de su compañero.

—¿Qué pasa?

—Nada. Me parece que se ha movido algo en el agua.

—Oh, imaginaciones tuyas, Irene. —No. De verdad, he visto algo. Surgió y... oh, Henry, no me abras tan fuerte...

Casi perdió el equilibrio cuando Henry la soltó de pronto y asió rápidamente su pistola de tonita.

Justo delante de ellos, una mojada cabeza verde salió del agua y les contempló con un par de grandes ojos saltones. Su ancha boca carente de labios se abrió y cerró con rapidez, pero no emitió ningún sonido.

Max Scanlon contempló pensativamente las abruptas colinas que se alzaban enfrente y se llevó las manos a la espalda.

—Lo crees así, ¿verdad?

—Desde luego, papá —insistió Arthur con entusiasmo—. Si nos escondemos bajo estos montones de granito, nadie podría encontrarnos. No tardaremos ni dos meses en formar toda la caverna, con nuestra ilimitada energía.

—¡Hum! ¡Requerirá mucho cuidado!

—¡Lo tendremos!

—En las regiones montañosas suele haber terremotos.

—Podemos erigir bastantes rayos estáticos como para sostener todo Venus, haya terremotos o no.

—Los rayos estáticos consumen mucha energía, y cualquier avería que nos dejara sin energía significaría el fin.

—Podemos acoplar cinco centrales eléctricas independientes. No fallarán las cinco a la vez. El anciano híbrido sonrió.

—Muy bien, hijo. Veo que lo has planeado cuidadosamente. ¡Adelante! Empieza en cuanto quieras...

—¡Perfecto! Regresemos a las naves. —Escogieron cautelosamente su camino de bajada por la rocosa pendiente.

—¿Sabes, Arthur? —dijo Max, deteniéndose de pronto—. He estado pensando en esos rayos estáticos.

—¿Sí? —Arthur le ofreció el brazo, y los dos reanudaron el descenso.

—Se me ha ocurrido que si pudiéramos hacerlos en un campo bidimensional y en forma de curva, tendríamos una defensa perfecta, mientras durara nuestra energía... un campo estático.

—Para eso se necesita radiación de cuatro dimensiones, papá... es una bonita idea, pero no puede realizarse.

—Oh, ¿de verdad? Bueno, escucha esto...

Sin embargo, lo que Arthur debía escuchar permaneció secreto, por lo menos aquel día. Un penetrante grito a poca distancia de ellos les hizo aguzar la vista. Hacia ellos se dirigía la decidida figura de Henry Scanlon, y siguiéndole, a mucha distancia y con un paso mucho más lento, iba Irene.

—Dime, papá, hace muchísimo rato que te busco.

¿Dónde estabas?

—Aquí mismo, hijo. ¿Y tú?

—Oh, por los alrededores. Escucha, papá. Te acuerdas de que los exploradores nos hablaron de unos anfibios que habitaban en los lagos altos de Venus, ¿verdad? Bueno, los hemos localizado. ¿No es cierto, Irene?

La muchacha hizo una pausa para recobrar el aliento y asintió con la cabeza.

—Son de lo más atractivo, señor Scanlon. Todos verdes. —Arrugó la nariz, riéndose.

Arthur y su padre intercambiaron una mirada de duda. El primero se encogió de hombros.

—¿Estáis seguros de no haberlo imaginado? Recuerdo una ocasión, Henry, en que viste un meteoro en el espacio, casi nos morimos del susto, y después resultó ser tu propio reflejo en el cristal de la portilla.

Henry, penosamente consciente de la disimulada risa de Irene, sacó hacia delante un labio inferior lleno de beligerancia.

—Vamos, Art, me parece que te estás buscando una paliza. Y soy lo bastante

mayor para dártela.

—¡Vamos, calmaos! —exclamó el anciano Scanlon con voz perentoria—, y tú, Arthur, aprende a respetar la dignidad de tu hermano pequeño. En cuanto a ti, Henry, todo lo que Arthur quería decir es que esos anfibios son tan tímidos como conejos. Nadie ha conseguido nunca verlos más de un segundo.

—Pues nosotros sí, papá. A muchos de ellos. Supongo que se sintieron atraídos por Irene. Nadie se le resiste.

—Ya sé que tú no puedes —y Arthur se rió fuertemente.

Henry volvió a ponerse rígido, pero su padre se interpuso entre los dos.

—Estaos quietos los dos. Vayamos a ver a esos anfibios.

—Es sorprendente —exclamó Max Scanlon—. Son tan amigables como niños. No puedo entenderlo. Arthur movió la cabeza.

—Yo tampoco, papá. A lo largo de cincuenta años, ningún explorador ha logrado observar bien a uno, y aquí están... han acudido como moscas.

Henry echaba guijarros al lago.

—Mirad eso, todos vosotros.

Ahora los anfibios se amontonaban en número cada vez mayor, acercándose al mismo borde del lago, donde asían las gruesas cañas de la orilla y contemplaban con ojos saltones a los híbridos. Sus palmeadas y musculosas patas podían verse por debajo de la superficie del agua, moviéndose hacia delante y hacia atrás con perezosa gracia. Su boca sin labios se abría y cerraba sin cesar con ritmo extraño y desigual.

—Me parece que están hablando, señor Scanlon —dijo Irene, dé pronto.

—Es muy posible —convino pensativamente el anciano híbrido—. Tienen la caja craneal bastante grande, y es posible que posean una inteligencia considerable. Si los órganos de su voz y oído están sintonizados para emitir ondas de mayor o menor frecuencia que las nuestras, no podemos oírlos... y eso podría explicar muy bien la falta de sonido.

—Probablemente, están hablando de nosotros con la misma preocupación que nosotros de ellos —dijo Arthur.

—Sí, y preguntándose qué clase de monstruos somos —añadió Irene.

Henry no dijo nada. Se aproximaba al borde del lago con pasos cautelosos. El suelo que pisaba se hizo cada vez más fangoso, y las cañas más gruesas. El grupo de anfibios más cercano volvió hacia él unos ojos ansiosos, y uno o dos se alejaron silenciosamente.

Pero el más próximo se mantuvo quieto. Tenía la amplia boca firmemente cerrada; los ojos expresaban cautela... pero no se movió.

Henry se detuvo, vaciló, y después alargó la mano.

—¡Hola, fib!

El «fib» contempló la mano alargada. Con mucho cuidado, extendió su propio antebrazo palmeado y tocó los dedos del híbrido. Con un salto, lo retiró de nuevo, y su boca se movió con silenciosa excitación.

—Ten cuidado —dijo la voz de Max desde detrás—. Así les asustarás. Tienen la piel terriblemente sensible y los objetos secos pueden irritarla. Mete la mano en el agua.

Lentamente, Henry obedeció. Los músculos del fib se pusieron en tensión para escaparse al más ligero movimiento, pero éste no llegó. La mano del híbrido volvió a alargarse, esta vez completamente mojada.

Durante un largo minuto no ocurrió nada, mientras el fib parecía reflexionar en su interior sobre su futura línea de conducta. Y después, tras dos falsos intentos y apresuradas retiradas, los dedos volvieron a tocarse.

—Hola, fib —dijo Henry, y estrechó la mano verde.

Siguió un único salto de asombro y después una nueva y vigorosa presión que entumeció los dedos del híbrido. Evidentemente animados por el ejemplo del primer fib, sus compañeros se aproximaron, ofreciendo multitud de manos.

Los otros tres híbridos avanzaron hasta el lodo y ofrecieron también sus manos mojadas.

—Es gracioso —dijo Irene—. Cada vez que estrecho una mano, pienso en el cabello.

—¿En el cabello?

—Sí, el nuestro. Tengo la imagen de un cabello blanco y largo, que se mantiene levantado y reluce bajo el sol.

—¡Cierto! —interrumpió de repente Henry—. Yo también tengo esta impresión, ahora que lo mencionas. Pero sólo cuando estrecho una mano.

—¿Y tú, Arthur? —preguntó Max.

Arthur asintió a su vez, mientras enarcaba las cejas.

Max sonrió y golpeó la palma de su mano con el puño.

—Es una especie de telepatía primitiva, demasiado débil para que ocurra sin contacto físico e incluso entonces sólo capaz de producir unas sencillas ideas.

—Pero ¿qué cabello, papá? —preguntó Arthur.

—Quizá fuera nuestro cabello lo que les atrajera en primer lugar. Nunca han visto algo parecido... y... bueno; ¿quién puede explicar su psicología?

De pronto, se puso de rodillas y remojó su alta cresta de cabello. Hubo un batir de agua y aparecieron nuevos cuerpos verdes que se acercaban. Una mano verde pasó suavemente por encima de la rígida cresta blanca, provocando un parloteo excitado, aunque silencioso. Luchando entre ellos por conseguir una posición ventajosa, compitieron por el privilegio de tocar el cabello hasta que Max, agotado, tuvo que volver a levantarse.

—Es probable que, a partir de ahora, sean amigos nuestros durante toda la vida —dijo—. Una extraña especie de animales.

En aquel momento, Irene se fijó en un grupo de fibs a cien metros de la orilla.

—¿Por qué no se acercan? —preguntó.

Se volvió hacia uno de los fibs más cercanos y señaló a los otros haciendo

frenéticos gestos de dudoso significado. No recibió más que solemnes miradas como respuesta.

—Así no, Irene —reprendió Max amablemente. Extendió la mano, asíó la de un complaciente fib y permaneció inmóvil durante un momento. Cuando la soltó, el fib se sumergió en el agua y desapareció. Al cabo de un instante, sus perezosos compañeros se acercaban lentamente por la costa.

—¿Cómo lo ha hecho? —inquirió Irene.

—¡Telepatía! Le he estrechado la mano fuertemente y he representado la imagen de un aislado grupo de fibs y una larga mano que se extendía sobre el agua para estrechar las suyas. —Sonrió con amabilidad—. Son muy inteligentes, o no me hubieran entendido con tanta rapidez.

—¡Pero si son hembras! —gritó Arthur, con súbita y estupefacta incredulidad—. Por todo lo sagrado, ¡están amamantando a sus hijos!

—Ohh —exclamó Irene con repentino placer—. ¡Mirad esto!

Se hallaba arrodillada sobre el barro, con los brazos extendidos hacia la hembra más cercana. Los otros tres contemplaron con hipnotizado silencio cómo las nerviosas hembras fib estrechaban sus diminutas crías contra el pecho.

Pero los brazos de Irene hicieron ligeros gestos de invitación.

—Por favor, por favor. Es tan mono. No le haré daño. Es muy dudoso que la madre fib la entendiera, pero con un súbito movimiento, alargó un pequeño fardo verde que se movía sin cesar y lo depositó en los brazos que lo esperaban.

Irene se levantó, gritando de satisfacción. Los pequeños pies palmeados daban patadas en el aire y, a su alrededor, ojos asustados la contemplaban fijamente. Los otros tres se aproximaron y lo observaron con curiosidad.

—Realmente es de lo más encantador. Mirad qué boquita tan graciosa. ¿Quieres cogerlo, Henry?

Henry retrocedió de un salto como si le hubieran pinchado.

—¡De ninguna manera! Probablemente se me caería.

—¿Tienes alguna imagen en el pensamiento, Irene? —preguntó Max, pensativamente.

Irene reflexionó y frunció el ceño al concentrarse.

—No. Es demasiado pequeño, quizá..., ¡oh, sí! Es... es... —Se interrumpió y trató de reírse—. ¡Tiene hambre!

Devolvió el diminuto bebé fib a su madre, cuya boca se movía en transportes de alegría y cuyos musculosos brazos estrechaban contra sí a la pequeña criatura.

—Seres amigables —dijo Max—, e inteligentes. Que se queden con sus lagos y ríos. Nosotros nos quedaremos con la tierra y no interferiremos con ellos.

Un híbrido solitario se hallaba en la Montaña Scanlon y sus gemelos de campaña estaban enfocados hacia el monte Rocosó, a unos quince kilómetros sobre las colinas. Durante cinco minutos, los gemelos no se movieron y el híbrido permaneció como una estatua vigilante hecha de la misma roca de la que estaban formadas todas las

montañas de alrededor.

Y entonces los gemelos de campaña descendieron, y el rostro del híbrido reflejó una profunda tristeza. Se apresuró a descender la colina hasta la guardada y oculta entrada de Ciudad Venus.

Pasó junto a los guardas sin pronunciar una sola palabra y descendió a los pisos inferiores, donde la sólida roca seguía siendo reducida a la nada y moldeada a voluntad por controlados chorros de superenergía.

Arthur Scanlon levantó la vista, y con una súbita premonición de desastre hizo señas a los desintegradores para que se detuvieran.

—¿Qué sucede, Sorrell?

El híbrido se inclinó hacia delante y susurró una sola palabra al oído de Arthur.

—¿Dónde? —La voz de Arthur era ronca.

—Al otro lado de la montaña. Ahora vienen a través del monte Rocosó en dirección hacia nosotros. Divisé el destello del sol sobre metal y...

—¡Dios mío! —Arthur se pasó distraídamente la mano por la frente y después se volvió hacia los ansiosos híbridos que les observaban, desde los mandos del desintegrador—. ¡Continuad tal como estaba planeado! ¡No hay cambios!

Se apresuró a subir las plantas hasta la entrada, y dio las pertinentes órdenes:

—Triplicad inmediatamente la guardia. Nadie más que yo o los que vengan conmigo podrán salir. Enviad en seguida algunos hombres por cualquiera de los rezagados y ordenadles que busquen refugio y no hagan ruidos innecesarios.

Después, volvió a la avenida central para dirigirse a la morada de su padre.

Max Scanlon levantó la vista de sus cálculos y su grave frente se suavizó.

—Hola, hijo. ¿Sucede algo? ¿Otro estrato resistente?

—No, nada parecido. —Arthur cerró la puerta con cuidado y bajó la voz—. ¡Terrícolas!

—¿Colonizadores?

—Así parece. Sorrell ha dicho que entre ellos había mujeres y niños. Son varios centenares en total, equipados para quedarse... y caminando en esta dirección.

Llegaban a través del monte Rocosó en una larga y oscilante hilera. Agueridos pioneros con sus valerosas mujeres consumidas por el trabajo y sus descuidados y medio salvajes niños, criados can tosquedad. Los anchos y bajos «Camiones Venus» traqueteaban con torpeza por los caminos vírgenes, cargados con amorfas masas de artículos caseros de primera necesidad.

Los jefes contemplaron el paisaje y uno habló en sílabas recortadas y espasmódicas:

—Casi hemos llegado, Jera. Ahora estamos al pie de las montañas.

Y el otro comentó lentamente:

—Y hay buena tierra de cultivo. Podemos construir nuestras granjas y establecernos —suspiró—. Este último mes ha sido muy pesado. ¡Me alegro de haber llegado!

Y desde una montaña vecina —la última montaña antes del valle— los Scanlon, padre e hijo, unos puntos invisibles en la distancia, contemplaban a los recién llegados con pesar.

—La única cosa para la que no podíamos prepararnos... y ha ocurrido.

Arthur habló lentamente y de mala gana:

—Son pocos y no van armados. Podemos echarles de aquí en una hora —dijo con súbita fiereza—. ¡Venus es nuestro!

—Sí, podemos echarles en una hora, en diez minutos. Pero regresarían, a miles, y armados. No estamos preparados para luchar contra toda la Tierra, Arthur.

El joven se mordió el labio y murmuró unas palabras con algo de timidez:

—Por el bien de la raza, padre..., podríamos matarles a todos.

—¡Nunca! —exclamó Max, con los ojos echando chispas—. No seremos los primeros en atacar. Si matamos, no podemos esperar misericordia de la Tierra.

—Pero, padre, ¿qué otra alternativa tenemos? No podemos esperar misericordia de la Tierra de ninguna manera. Si nos localizan, si llegan a sospechar nuestra existencia, toda nuestra hégira habrá carecido de sentido y seremos derrotados desde el principio.

—Lo sé, lo sé.

—Ahora no podemos cambiar —continuó Arthur, apasionadamente—. Hemos pasado meses preparando Ciudad Venus. ¿Cómo podríamos abandonarla?

—No podemos —convino Max, sin entonación.

—Vivir como topos después de todo. ¡Fugitivos! ¡Refugiados asustados! ¿No es así? —Dilo de la manera que quieras... pero hemos de escondernos, Arthur, y enterrarnos.

—¿Hasta...?

—Hasta que yo, o nosotros, perfeccionemos la curva bidimensional de los rayos estáticos. Rodeados por una defensa impenetrable, podremos salir al espacio exterior. Puede llevarnos años; puede llevarnos una semana. No lo sé.

Todo estaba en silencio en Ciudad Venus, y los ojos se volvían hacia la planea superior y las salidas ocultas. Fuera había aire, sol, espacio... y terrícolas.

Se habían establecido varios kilómetros más arriba, junto al cauce del río. Levantaban sus rústicas casas; despejaban la tierra de alrededor; construían granjas.

Y en las entrañas de Venus, mil cien híbridos formaban su hogar y aguardaban a que un anciano localizara las escurridizas ecuaciones que permitirían que los rayos estáticos se extendieran en dos dimensiones y describieran una curva.

Irene reflexionaba sombríamente mientras, sentada sobre un saliente rocoso, miraba hacia donde una mortecina luz gris indicaba la existencia de una salida al aire libre. —¿Sabes, Henry?

—¿Qué?

—Apuesto a que los fibs podrían ayudarnos.

—¿Ayudarnos a hacer qué, Irene?

—Ayudarnos a desembarazarnos de los terrícolas.

—¿Por qué lo crees?

—Bueno, son muy inteligentes, mucho más de lo que pensamos. Sin embargo, sus mentes son diferentes por completo y quizá pudieran solucionarlo. Además... acabo de tener una corazonada. —De pronto retiró su mano—. No tienes por qué sujetármela, Henry.

Henry tragó saliva.

—Es que tu asiento no es seguro..., podrías caerte, ¿sabes?

—¡Oh! —Irene observó el espacio que había bajo sus pies—. Tienes parte de razón. Hay mucha altura desde aquí.

Henry decidió que estaba en presencia de una oportunidad, y actuó en consecuencia. Hubo un momento de silencio mientras consideraba seriamente si ella tendría frío..., pero antes de que hubiera llegado a la conclusión de que quizá fuera así, ella habló de nuevo.

—Lo que iba a decirte, Henry, es lo siguiente. ¿Por qué no salimos para ver a los fibs? —Papá me mataría si tratara de hacer algo así.

—Sería muy divertido.

—Sí, claro, pero es peligroso. No podemos arriesgarnos a que alguien nos vea.

Irene se encogió de hombros con resignación.

—Bueno, si tienes miedo, no hablemos más de ello. Henry se sobresaltó y enrojeció.

—¿Quién tiene miedo? ¿Cuándo quieres que vayamos?

—Ahora mismo, Henry. En este mismo momento.

—Muy bien. Vayamos. —Se puso en marcha a grandes pasos, arrastrándola tras de sí.

Y entonces se le ocurrió una idea y se detuvo en seco.

Se volvió hacia ella con fiereza.

—Yo te enseñaré si tengo miedo. —Sus brazos la rodearon súbitamente y su pequeño grito de sorpresa fue ahogado con efectividad.

—Vaya —dijo Irene, cuando volvió a estar en posición de hablar—. ¡Qué bruto eres!

—Desde luego. Soy un famoso bruto —balbuceó Henry, mientras descruzaba los ojos y se desembarazaba de la sensación de vértigo que había sentido—. Ahora vayamos a ver a esos fibs; y recuérdame, cuando sea presidente, que levante un monumento al camarada que inventó el beso.

Recorrieron el pasillo de paredes rocosas, pasaron por detrás de unos centinelas que miraban hacia el exterior, atravesaron la abertura cuidadosamente camuflada, y se encontraron en la superficie.

Ninguno de los dos hubiera podido decir si los fibs, por alguna extraña facultad suya, presentían la presencia de amigos, pero apenas habían llegado a la orilla cuando unas manchas de color verde que se acercaban por debajo del agua, les anunciaron la

llegada de las criaturas.

Una gran cabeza verde de ojos saltones surgió del agua, y, al cabo de un segundo, el lago estuvo lleno de cabezas que se sacudían.

Henry se mojó la mano y asió el miembro delantero amigo que se le ofrecía.

—Hola, fib.

—Pregúntales sobre los terrícolas, Henry —apremió Irene. Henry le hizo señas de impaciencia.

—Espera un poco. Lleva tiempo. Lo hago lo mejor que puedo.

Irene se quedó mirándolos un momento, desconcertada.

—¿Qué ha pasado?

Henry se encogió de hombros.

—No lo sé. He representado a los terrícolas y él parecía entender lo que yo decía. Después he representado a los terrícolas luchando contra nosotros y matándonos... y él ha representado a muchos de nosotros y sólo a unos cuantos de ellos y otro combate en el que nosotros les matábamos. Pero después le he dicho que nosotros les matábamos y entonces venían muchos más de ellos, hordas y hordas, y nos mataban y entonces...

Pero la muchacha se tapó los torturados oídos con las manos.

—Oh, Dios mío. No me extraña que la pobre criatura no haya comprendido nada. Me maravilla que no se haya vuelto loco.

—Bueno, lo he hecho lo mejor que he podido —fue la sombría contestación—. De cualquier forma, esta idea de locos ha sido tuya.

Irene no pudo replicarle ya qué, cuando estaba abriendo la boca, el lago se llenó nuevamente de fibs.

—Han vuelto —dijo.

Un fib se adelantó y asió la mano de Henry mientras los demás se amontonaban alrededor con gran excitación. Hubo varios momentos de silencio e Irene se impacientó.

—¿Qué dicen? —preguntó.

—Cállate, por favor. No lo entiendo. Algo sobre grandes animales, o monstruos, o... —Su voz se desvaneció y el surco que tenía entre los ojos se hizo más profundo con su dolorosa concentración.

Asintió, primero abstraídamente, y después con fuerza.

Se levantó y agarró las manos de Irene.

—Lo he entendido, y es la solución perfecta. Nosotros dos solos salvaremos a Ciudad Venus, Irene, con la ayuda de los fibs, si quieres venir conmigo a las tierras bajas mañana. Podemos llevarnos un par de pistolas de tonita y reservas de comida, y si seguimos el río, no tardaremos más de dos o tres días y otro tanto para regresar. ¿Qué dices, Irene?

La juventud no se caracteriza por la prudencia. La vacilación de Irene no fue más que para causar efecto.

—Bueno, quizá no deberíamos ir nosotros dos, pero, pero yo iré contigo.

Hacía calor en las tierras bajas, y el fuego hacía que aumentase, pero Henry se acurrucó junto a él y miró con ansiedad a Irene, que dormía al otro lado.

Ya hacía tres días que habían abandonado las altiplanicies. El riachuelo se había convertido en un tranquilo río de aguas templadas, cuyas orillas estaban cubiertas por la telilla verde de las algas. Los agradables bosques habían dado lugar a junglas de enmarañado espesor y numerosos recovecos. Los diversos ruidos de vida habían aumentado de volumen, convirtiéndose en un ruidoso crescendo. El aire se hizo más cálido y húmedo; el terreno, pantanoso; los alrededores, más fantásticamente desconocidos.

Y, sin embargo, no existía verdadero peligro. Henry estaba convencido de ello. La vida venenosa era desconocida en Venus, y respecto a los monstruos de piel áspera que poblaban las junglas, el fuego por la noche y los fibs durante el día los mantenían alejados.

Por dos veces el penetrante chillido de un centosaurio había sonado en la distancia y por dos veces el sonido de unos árboles que crujían había impulsado a los dos híbridos a abrazarse con temor. En ambas ocasiones, los monstruos habían vuelto a alejarse.

Aquella era la tercera noche que pasaban fuera, y Henry se movía con intranquilidad. Los fibs confiaban en que a la mañana siguiente podrían iniciar el regreso, y el recuerdo de Ciudad Venus era muy atractivo.

Se tendió sobre el estómago y contempló melancólicamente el fuego, pensando en sus veinte años de edad..., casi veinte años.

«Bueno, ¡qué diablos! —Arrancó unas briznas de hierba que tenía debajo—. Ya es hora de que empiece a pensar en casarme». —Y su mirada se posó involuntariamente en la durmiente figura que había al otro lado del fuego.

Como respuesta, hubo un parpadeo y una mirada vaga en los ojos de un azul profundo. Irene se incorporó y se desperezó.

—No puedo dormir —se quejó, pasándose la mano por el cabello—. Hace demasiado calor. El buen humor de Henry persistió.

—Has dormido durante horas... y roncado como un trombón.

Los ojos de Irene se abrieron por completo.

—¡No es verdad! —Después, con voz vibrante de tragedia—: ¿Lo dices en serio?

—¡No, claro que no! —Henry prorrumpió en carcajadas y sólo se detuvo cuando los dedos del pie de Irene entraron en súbito y agudo contacto con la boca de su estómago—. ¡Ay! —exclamó.

—¡No vuelvas a dirigirme la palabra, señor Scanlon! —Fue la fría observación de la muchacha.

Ahora le tocó el turno a Henry de ponerse trágico. Se levantó con aterrorizada consternación y dio un solo paso hacia la joven. Y entonces se inmovilizó al oír el penetrante grito de un centosaurio. Cuando recobró la serenidad, se encontró a Irene

entre los brazos.

Enrojeciendo, se apartó, y entonces volvió a sonar el chillido del centosaurio, pero desde otra dirección... y la muchacha volvió a refugiarse en sus brazos, casi inmediatamente.

—Creo que los fibs han cazado a los centosaurios. Ven conmigo y se lo preguntaremos.

Los fibs eran manchas borrosas en el gris amanecer que rompía. Hileras e hileras de individuos fatigados y abstraídos era todo lo que se veía. Sólo uno parecía encontrarse desocupado, y cuando Henry se soltó del apretón de manos, dijo:

—Han capturado a tres centosaurios y éstos son todos los que pueden dominar. Nos pondremos inmediatamente en camino hacia las altiplanicies.

La salida del sol sorprendió al grupo a tres kilómetros río arriba. Los híbridos, bordeando la costa, lanzaban temerosas miradas hacia la jungla limítrofe. A través de los claros ocasionales veían unos grandes cuerpos grises. El ruido de los gritos que emitían los reptiles era casi continuo.

—Lamento haberte traído, Irene —dijo Henry—. Ahora no estoy tan seguro de que los fibs puedan cuidarse de los monstruos.

Irene movió la cabeza.

—No te preocupes, Henry. Yo quise venir. Sólo que... ojalá se nos hubiera ocurrido que los fibs trajeran a las bestias por sí solos. No nos necesitan.

—¡Sí que nos necesitan! Si un centosaurio pierde el control irá directamente hacia los híbridos y no podrán escapar. Nosotros tenemos las pistolas de tonita para matar a los saurios, en caso de que ocurra lo peor...

La primera noche ninguno de los híbridos pudo conciliar el sueño. En algún lugar, invisibles en la oscuridad del río, los fibs establecieron turnos, y su control telepático sobre los minúsculos cerebros de los gigantescos centosaurios de veinte patas mantuvo su tenue dominio. En la jungla, monstruos de trescientas toneladas aullaban impacientemente contra la fuerza que les conducía río arriba contra su voluntad y se enfurecían con impotencia ante la invisible barrera que les impedía acercarse al riachuelo.

El avance era lento. Cuando los fibs se cansaban, los centosaurios eran un gran obstáculo. Pero gradualmente, el aire se hizo más fresco. El espesor de la jungla disminuyó y la distancia que les separaba de Ciudad Venus se acortó.

Henry saludó los primeros signos de los conocidos bosques de la zona templada con un trémulo suspiro de alivio. Tan sólo la presencia de Irene evitó que abandonara su papel de héroe.

Se sentía lastimosamente ansioso de que su viaje terminara, pero sólo dijo:

—Ya casi ha concluido todo, menos el griterío. Y puedes apostar a que habrá griterío, Irene. Seremos unos héroes, tú y yo.

El entusiasmo de Irene era débil.

—Estoy cansada, Henry. Déjame dormir. —Se dejó caer lentamente al suelo, y

Henry, tras comunicarse con los fibs, se reunió con ella.

—¿Cuánto falta, Henry?

—Un día más, Irene. Mañana, a esta hora, habremos llegado. —No parecía feliz—. Tú crees que no hubiéramos tenido que hacerlo nosotros solos, ¿verdad?

—Bueno, en aquel momento parecía una buena idea.

—Sí, lo sé —dijo Henry—. Me he dado cuenta de que siempre se me ocurren ideas que parecen buenas de momento, pero que luego se vuelven malas.

—Lo único que sé —dijo Irene— es que no me importará no volver a dar un paso en el resto de mi vida. Ahora no me levantaré...

Su voz se desvaneció, mientras sus bonitos ojos azules escudriñaban hacia la derecha. Uno de los centosaurios se cayó en las aguas de un pequeño afluente del riachuelo que estaban siguiendo. Revolcándose en el agua, su enorme cuerpo de serpentina, sostenido por diez pares de robustas patas, relucía horriblemente. Su repugnante cabeza se alzaba hacia el cielo y su terrorífico grito traspasó el aire. Otro se le reunió.

Irene se había puesto en pie.

—¿Qué esperas, Henry? ¡Vámonos! ¡Aprisa!

Henry asió firmemente su pistola de tonita y la siguió.

Arthur Scanlon ingirió violentamente su quinta taza de café y, haciendo un esfuerzo, ajustó la lente óptica del audiómetro. Sus ojos, pensó, estaban convirtiéndose en un obstáculo demasiado grande. Se los frotó hasta irritarlos por completo y lanzó una mirada sobre su hombro hacia la cansada figura que dormía en el diván.

Se arrastró hasta ella y le arregló el cubrecama.

—Pobre mamá —murmuró, y se inclinó a besar los pálidos labios. Se volvió hacia el audiómetro y alzó un puño amenazador—. Espera a que te eche las manos encima, maldito aparato.

Madeline se movió.

—¿Ya es de noche?

—No —mintió Arthur con débil alegría—. Llegará antes que anochezca, mamá. Tú, duerme y deja que yo me ocupe de todo. Papá está arriba trabajando en ese campo estático y dice que ha hecho progresos. Dentro de unos cuantos días todo estará solucionado.

Se sentó silenciosamente junto a ella y cogió su mano con fuerza. Los fatigados ojos de Madeline volvieron a cerrarse.

La luz de señales empezó a centellear y, con una última mirada a su madre, salió al pasillo.

—¿Qué hay?

El híbrido que esperaba saludó vigorosamente.

—John Barno quiere notificarle que se acerca una tormenta. —Le alargó un informe oficial. Arthur le dio una malhumorada ojeada.

—¿Y qué? Ya hemos tenido muchas, ¿no? ¿Qué esperan de Venus?

—Según todos los indicios, ésta será particularmente mala. El barómetro ha descendido de forma sin precedentes. La concentración iónica de la atmósfera superior está en un máximo nunca igualado hasta ahora. El río Beulah se ha desbordado y aumenta rápidamente de nivel.

El otro frunció el ceño.

—No hay ni una sola entrada a Ciudad Venus que no esté a más de cincuenta metros sobre el nivel del río. En cuanto a la lluvia, podemos confiar en nuestro sistema de drenaje. —De pronto hizo una mueca—. Vaya a decirle a Barno que, por mí, puede llover durante cuarenta días y cuarenta noches. Quizá eso ahuyente a los terrícolas.

Se volvió para marcharse, pero el híbrido se mantuvo firme.

—Le pido perdón, señor, pero esto no es lo peor. Hoy mismo, una partida de reconocimiento...

—¿Una partida de reconocimiento? ¿Quién ordenó que saliera?

—Su padre, señor. Debían ponerse en contacto con los fibs, no sé por qué.

—Bueno, prosiga.

—Señor, los fibs no han sido localizados.

—¿Se habían ido? El híbrido asintió.

—Se cree que han buscado refugio de la próxima tormenta. Ésta es la razón de que Barno tema lo peor.

—Dicen que las ratas abandonan el barco que naufraga —murmuró Arthur. Enterró la cabeza en sus manos temblorosas—. ¡Dios mío! ¡Todo a la vez!

Irene se estremeció.

—Ha empezado a hacer mucho viento y frío, ¿verdad?

—Es el aire frío de las montañas. Me parece que se acerca una tormenta —declaró Henry distraídamente—. Creo que el río ha crecido.

Un corto silencio y, después, con súbita vivacidad:

—Pero mira, Irene, sólo faltan unos cuantos kilómetros para llegar al lago, y allí ya estaremos prácticamente en el pueblo terrícola. Casi lo hemos logrado.

Irene asintió.

—Me alegro por nosotros... y también por los fibs. Tenía razón en sus últimas palabras. Los fibs nadaban ahora con mucha lentitud. El día antes había llegado un destacamento adicional desde la parte alta del río, pero incluso con estos refuerzos, el avance se había reducido a un paseo. Un desacostumbrado frío atacaba a los reptiles de múltiples patas y cedían cada vez con mayor dificultad a una fuerza mental superior.

Las primeras gotas cayeron cuando acababan de atravesar el lago. La oscuridad era completa, y a la luz azul de los rayos, los árboles que les rodeaban parecían fantasmales espectros que alzaran sus dedos hacia el cielo. Un súbito destello, a lo lejos, encendió la pira funeraria de un árbol fulminado por un rayo.

Henry palideció.

—Vayamos hacia el claro de allí enfrente. En un tiempo como éste, los árboles son peligrosos.

El claro del que hablaba formaba las afueras del pueblo terrícola. Las casas, burdamente construidas, toscas y pequeñas frente a la furia de los elementos, estaban iluminadas con luces que hablaban de la ocupación humana. Y cuando el primer centosaurio apareció por entre los árboles astillados, la tormenta estalló súbitamente con toda su furia.

Los dos híbridos se acercaron más el uno al otro.

—Todo depende de los fibs —gritó Henry, tratando de hacerse oír por encima del viento y la lluvia—. Espero que lo logren.

Los tres monstruos se dirigieron hacia las casas. Se movían con más rapidez, al emplear los fibs hasta la última gota de su poder mental.

Irene sepultó su cabeza mojada en los hombros igualmente empapados de Henry.

—¡No puedo mirar! Estas casas no resistirán. ¡Oh, pobre gente!

—No, Irene, no. ¡Se han detenido! Los centosaurios pateaban con fuerza y sus chillidos sonaban con estridencia y claridad sobre el ruido de la tormenta. Sorprendidos terrícolas salían apresuradamente de sus cabañas.

Cogidos por sorpresa —la mayoría estaba durmiendo— y enfrentados con una tormenta venusiana y unos monstruos venusianos de pesadilla, era imposible una acción organizada. Tal como iban, sin llevar nada más que su ropa, echaron a correr.

Y cuando parecía que todos habían huido, los gigantescos reptiles volvieron a avanzar, y donde antes había habido casas, sólo quedaron astillas machacadas.

—No volverán nunca, Irene, no volverán nunca —Henry se hallaba sin aliento ante el éxito de su plan—. Ahora somos héroes y... —Su voz aumentó de intensidad hasta convertirse en un alarido—. ¡Irene, retrocede! ¡Corre hacia los árboles!

Los aullidos de los centosaurios habían adquirido una nota más profunda. El más cercano se levantó sobre las patas posteriores y su enorme cabeza, a sesenta metros del suelo, se recortó de un modo horrible contra los relámpagos. Con un ruido sordo, volvió a caer sobre todas sus patas y se dirigió hacia el río, que bajo la gran tormenta se había convertido en un incontenible torrente.

¡Los fibs habían perdido el control!

La pistola de tonita de Henry despidió un destello al entrar rápidamente en acción, mientras apartaba a Irene de allí. Ella, sin embargo, retrocedió con lentitud y sacó su propia pistola.

La bola de luz púrpura que indicaba la eficacia de un tiro centelleó y el centosaurio más cercano dio un grito de agonía mientras su enorme cola golpeaba contra los árboles circundantes. A ciegas, con un agujero donde antes había habido una pata chorreando sangre, cargó hacia ellos.

Un segundo destello púrpura y se cayó con un golpe sordo que provocó un temblor de tierra, mientras su postrer alarido alcanzaba un crescendo de terrorífica

intensidad.

Pero los otros dos monstruos corrían hacia ellos. Avanzaban ciegamente hacia la fuente del poder que les había mantenido en cautividad durante casi una semana; cargaban con violencia y toda la fuerza de su insensato odio al río.

Entonces, súbitamente, el estampido de unas pistolas de tonita sonó a lo lejos. Destellos de color púrpura, una violenta agitación, alaridos espasmódicos y luego el silencio en el cual el viento, como intimidado por los recientes acontecimientos, respetó momentáneamente la paz.

Henry gritó con alegría y realizó una improvisada danza guerrera.

—Han venido de Ciudad Venus, Irene —gritó—. ¡Han abatido a los centosaurios y ya todo ha terminado! ¡Hemos salvado a los híbridos!

Sucedió en una exhalación. Irene había dejado caer su pistola y sollozaba con alivio.

Corría hacia Henry cuando tropezó... y se cayó al río.

—¡Henry! —El viento ahogó el sonido.

Durante un espantoso momento, Henry se vio incapaz de moverse. Sólo fue capaz de contemplar, estúpida e incrédulamente, el lugar donde Irene había estado, y después se encontró en el agua.

—¡Irene! —contuvo el aliento con dificultad. La corriente lo llevaba hacia delante—. ¡Irene!

Ningún sonido excepto el viento. Sus esfuerzos por nadar eran inútiles, Ni siquiera podía salir a la superficie más que un segundo de vez en cuando; sus pulmones estallaban.

—¡Irene! —No hubo contestación.

Y entonces algo le tocó. Lo atacó instintivamente, pero la presión aumentó. Se sintió levantado hasta la superficie. Sus torturados pulmones recibieron el aire a borbotones. La sonriente cara de un fib le contempló y después de esto no hubo más que confusas impresiones de frío y oscura humedad.

Se fue dando cuenta de lo que le rodeaba por etapas. Primero, de que estaba sentado sobre una manta debajo de los árboles, con otras mantas alrededor de su cuerpo. Después, sintió sobre sí la cálida radiación de lámparas térmicas y la iluminación de focos atómicos. La gente se amontonaba frente a él y vio que ya no llovía. Miró vagamente a su alrededor y entonces murmuró: 56 —¡Irene!

Estaba a su lado, igual de arropada que él, y sonreía débilmente.

—Estoy bien, Henry. Los fibs me salvaron. Madeline estaba inclinada sobre él y tragó el café caliente que ella acercó a sus labios.

—Los fibs nos han contado lo que vosotros dos les habéis ayudado a hacer. Todos estamos orgullosos de vosotros, hijo..., de ti y de Irene.

La sonrisa de Max transfiguró su rostro en la personificación del orgullo paternal.

—La psicología que habéis empleado ha sido perfecta. Venus es demasiado grande y tiene demasiadas áreas acogedoras para que los terrícolas vuelvan a un lugar

que creen infestado de centosaurios..., por lo menos durante un buen tiempo. Y cuando vengan, tendremos nuestro campo estático.

Arthur Scanlon se apresuró a romper su mutismo.

—Tu tutor y yo —le dijo— estamos preparando una fiesta para pasado mañana, así que mejórate y descansa. Será la cosa más bonita que has visto nunca.

Henry intervino:

—Una celebración, ¿eh? Bueno, te diré lo que puedes hacer. Cuando se haya acabado, podrás anunciar un compromiso.

—¿Un compromiso? —Madeline se enderezó y pareció interesada—. ¿A qué te refieres?

—A un compromiso... para casarme —fue la impaciente respuesta—. Supongo que ya soy bastante mayor. ¡El día de hoy lo demuestra!

Los ojos de Irene se hallaban fijos en la hierba con furiosa concentración.

—¿Con quién, Henry?

—¿Eh? Contigo, naturalmente. ¡Santo Dios! ¿Con quién otra iba a ser?

—Pero no me lo has pedido... —pronunció estas palabras lentamente y con una gran firmeza.

Por un momento Henry se ruborizó, y después encajó las mandíbulas.

—Pues no voy a hacerlo. ¡Te lo estoy diciendo! ¿Qué decides?

Se acercó más a ella y Max Scanlon emitió una risita e hizo señas a los demás para que se fueran. De puntillas, se alejaron.

Una velada sombra apareció frente a ellos y los dos híbridos se separaron con confusión. Se habían olvidado de los demás.

Pero no era otro híbrido.

—¡Pero..., pero si es un fib! —gritó Irene.

Atravesó la distancia que les separaba cojeando con torpeza, con la inexperta ayuda de sus musculosos brazos. Entonces, se desplomó pesadamente sobre el estómago y extendió sus miembros anteriores.

Su propósito era claro. Irene y Henry le asieron una mano cada uno. Reinó el silencio durante uno o dos minutos y los ojos del fib brillaron solemnemente a la luz de las lámparas atómicas. Después se oyó un súbito grito de vergüenza por parte de Irene y una tímida risa por parte de Henry. El contacto fue roto.

—¿Has entendido lo mismo que yo? —preguntó Henry. Irene estaba roja.

—Sí, era una larga hilera de minúsculos bebés fibs, quizá quince...

—O veinte —dijo Henry.

—... ¡Con largo cabello blanco!

El relato, no es nada sorprendente; refleja mi situación personal en aquella época. Habla ido a una escuela superior de muchachos y a un colegio universitario de muchachos. Sin embargo, ahora que estaba en una escuela universitaria de graduados, el ambiente era, por vez primera, coeducacional.

A finales de 1939, descubrí que una preciosa joven rubia tenía el pupitre vecino al mío en el laboratorio de mi curso sobre química orgánica sintética. Naturalmente, me sentí atraído.

La convencí para que saliera conmigo a lo largo de ingenuas citas, La primera de las cuales coincidió con mi vigésimo cumpleaños, en que la llevé al *Radio City Music Hall*. Durante cinco meses, la perseguí con ineficaz romanticismo.

No obstante, al término del curso ella consiguió su diploma de licenciada en arte y, habiendo resuelto no proseguir sus estudios para obtener el doctorado, dejó la escuela y aceptó un empleo en Wilmington, Delaware, abandonándome, abatido y desconsolado.

Me repuse, naturalmente, pero mientras ella estaba aún en la escuela, escribí *Mestizos en Venus*. De todas las historias que he escrito, ésta es la que más trata sobre las relaciones entre dos jóvenes de distinto sexo. El nombre de la heroína era Irene, el mismo que el de mi atractiva vecina rubia del laboratorio.

Sin embargo, unas cuantas citas a nivel de cogerse la mano no obraron la magia requerida para que yo dominara literariamente la temática amorosa, y, en mis relatos posteriores, continué haciendo escaso uso de las chicas... y creo que eso fue una buena cosa.

El éxito de *Mestizos en Venus* hizo que la idea de escribir continuaciones me pareciera una buena ocurrencia. Al fin y al cabo, la continuación de un relato que ha tenido éxito constituye una venta segura. Sugerí a Campbell que podría escribir una continuación de *Homo Sol*.

El entusiasmo de Campbell fue moderado, pero estuvo dispuesto a leer tal continuación si llegaba a escribirla. Lo hice en cuanto *Mestizos en Venus* estuvo terminado, y la llamé *El número imaginario*. Aunque aparecía uno de los principales personajes de *Homo Sol*, no trataba de la confrontación entre humanos y no humanos, lo cual no ayudó nada en lo concerniente a Campbell. Se la presenté el 11 de junio, y volví a recibirla —un rechazo, fuera continuación o no— el 19 del mismo mes.

Pohl también la rechazó. Tremaine la leyó con más simpatía y me dijeron que pensaba incluirla en un número de *Comet*, pero la revista dejó de publicarse y el relato volvió a estar en venta. Lo retiré, pero dos años más tarde acabé vendiéndolo a la revista de Pohl... en una época en que Pohl ya no era su director.

Pero aunque tuve mis dificultades y no siempre tuve éxito, e incluso algunos fracasos, logré ganar 272 dólares durante mi primer año como estudiante graduado, y eso significó una ayuda enorme.

EL NUMERO IMAGINARIO

El transmisor emitía su señal intermitente, mientras Tan Porus permanecía sentado junto a él con satisfacción. Sus penetrantes ojos verdes brillaban triunfales, y su pequeño cuerpo vibraba de excitación. Nada mejor que su extraordinaria posición hubiera podido indicar, la importancia de aquella circunstancia... ¡Tan Porus tenía los pies encima de la mesa!

El transmisor cobró vida y un marcado semblante arturiano contempló con malhumorado ceño al psicólogo rigeliano.

—¿Era necesario sacarme de la cama, Porus? ¡Es medianoche!

—En esta parte del mundo es pleno día, Final. Pero j lo que tengo que decirle le hará olvidar todo lo referente al sueño.

Gar Final, director de la RPG —Revista, de Psicología Galáctica— no pudo evitar que una mirada de interés cruzara su rostro.

Era evidente que Porus gozaba de la situación.

—Final —dijo—, el próximo artículo que enviaré a su periodicucho será lo más importante que ha publicado en toda su vida.

Final estaba impresionado.

—¿Lo dice en serio? —preguntó estúpidamente.

—¿Qué clase de pregunta idiota es ésta? Claro que lo digo en serio. Escuche... — Siguió un silencio dramático, durante el cual la tensión del rostro de Final alcanzó proporciones dolorosas. Después, en un ronco susurro, Porus dijo—: ¡He resuelto el problema del calamar!

Naturalmente, la reacción fue la que Porus había esperado. Hubo un estallido al otro extremo, y durante treinta interesantes segundos el rigeliano experimentó la sorpresa de averiguar que el serio y respetable Final poseía un vocabulario de lo más ofensivo.

El calamar de Porus era objeto de habladurías en toda la galaxia. Hacía dos años que estudiaba sin cesar un oscuro animal draconiano que insistía en dormirse cuando no debía hacerlo. Había hecho y destruido ecuaciones con una regularidad que llegó a convertirse en una permanente broma entre todos los psicólogos de la federación... y ninguno había explicado la insólita reacción. Ahora, Final era sacado de la cama para enterarse de que la solución había sido averiguada... y eso era todo.

Final pronunció una última frase capaz de poner fuera de combate a cualquier cosa menos al transmisor.

Porus aguardó a que la tormenta pasara y entonces dijo tranquilamente:

—Pero ¿sabe cómo lo he resuelto?

La contestación del otro fue un gruñido indistinto.

El rigeliano empezó a hablar con rapidez. Cualquier traza de diversión había desaparecido de su rostro y, tras unas cuantas frases, Final abandonó su actitud colérica. La expresión del arturiano era de un atónito interés.

—¡No! —balbuceó.

—¡Sí!

Cuando Porus hubo terminado, Final corrió locamente a llamar a los impresores para que retrasaran la publicación del próximo número de la RPG durante dos semanas.

Furo Santin, director del departamento de matemáticas de la Universidad de Arturo, dirigió una larga y penetrante mirada a su colega de Sirio.

—¡No, no, está usted equivocado! Sus ecuaciones eran válidas. Yo mismo las comprobé.

—Matemáticamente, sí —replicó el sirio de cara redonda—. Pero psicológicamente no tienen sentido. Santin se dio una palmada en la ancha frente.

—¡Sentido! ¡Mira cómo habla un matemático! Gran espacio, hombre, ¿qué tienen que ver las matemáticas con el sentido? Las matemáticas son una herramienta, y mientras pueda manipularse para que dé respuestas convenientes y haga predicciones correctas, no se requiere un sentido real. Lo digo por Porus... la mayoría de los psicólogos no saben bastantes matemáticas como para manejar eficientemente una regla de cálculo, pero él sabe lo que se trae entre manos. El otro asintió dubitativamente.

—Supongo que sí. Supongo que sí. Pero esto de usar cantidades imaginarias en ecuaciones psicológicas amplía muy poco mi fe en la ciencia.

Se estremeció...

El salón de recreo de los graduados superiores del edificio de psicología estaba abarrotado y hervía de actividad. El rumor de la solución de Porus al ahora ya clásico problema del calamar se había extendido con rapidez, y las conversaciones no trataban de otra cosa.

En el centro del grupo más numeroso se encontraba Lor Haridin. Era joven y acababa de adquirir el rango superior. Pero como ayudante de Porus era, dadas las circunstancias, el dueño de la situación.

—Mirad, muchachos, de qué se trata exactamente, no lo sé. Éste es el secreto del viejo. Todo lo que puedo decir es que tengo una idea general de cómo lo ha resuelto.

Los otros se acercaron aún más.

—Me han dicho que tuvo que hacer una anotación matemática nueva para el calamar —dijo uno—, como aquella vez en que tuvimos problemas con los humanoides de Sol.

Lor Haridin movió la cabeza.

—¡Peor! No me imagino cómo se le ocurrió. Fue una idea genial o una pesadilla, pero en cualquier caso introdujo cantidades imaginarias... la raíz cuadrada de menos uno. Hubo un espantoso silencio y después alguien dijo:

—¡No me lo creo!

—¡Es verdad! —Fue la complaciente respuesta.

—Pero no tiene sentido. ¿Qué puede representar la raíz cuadrada de menos uno, psicológicamente hablando? Pues significaría... —Hizo unos rápidos cálculos mentales, igual que la mayoría de los demás— ¡que las sinapsis nerviosas estaban unidas en nada menos que cuatro dimensiones!

—Claro —intervino otro—. Supongo que si hoy estimulas al calamar, reaccionaría ayer. Esto es lo que significaría un número imaginario. ¡Cometa de gas! Esto es lo que creo.

—Por eso no eres un hombre como Porus —dijo Haridin—. ¿Crees que le importa cuántos números imaginarios hay en los pasos intermedios si todos cuadran en la solución final? Lo único que le interesa es que le dan el signo deseado en la respuesta, una respuesta que explicará este asunto del sueño. En cuanto a su significado físico, ¿qué importancia tiene? Al fin y al cabo, las matemáticas no son más que una herramienta.

Los otros reflexionaron en silencio y se maravillaron.

Tan Porus se hallaba en su camarote a bordo de la nave interestelar más nueva y lujosa, y contemplaba con felicidad al joven que tenía delante. Estaba de un sorprendente buen humor y, quizá por primera vez en su vida, no le importaba ser entrevistado por los sagaces y eficaces empleados de la Éter Press.

El periodista de la Éter que estaba a su lado reflexionaba en silencio sobre la afabilidad del científico. Por amarga experiencia, sabía que los científicos, en general, detestaban a los periodistas... y que los psicólogos, en particular, consideraban divertido practicar psicología aplicada con ellos e inducir reacciones mortalmente divertidas... para otros.

Se acordaba de la vez en que aquel anciano de Canopo le había convencido de que la vida arbórea era la mejor que existía. Habían sido necesarios veinte hombres para hacerle bajar de las copas de los árboles y un experto psicólogo para restituirle a la normalidad.

Pero aquí estaba el mayor de todos ellos, Tan Porus, contestando preguntas como un ser humano normal.

—Lo que ahora me gustaría saber, profesor —dijo el periodista— es de qué se trata esta cantidad imaginaria. Es decir —añadió apresuradamente—, no la explicación matemática, sobre esto confiamos en su palabra, sino una idea general que los humanoides normales puedan comprender. Por ejemplo, he oído decir que el calamar tiene una mente de cuatro dimensiones.

Porus gruñó:

—¡Oh, Rigel! ¡Disparates de cuatro dimensiones! Si quiere que le diga la verdad, ese número imaginario que he usado, y parece haber gustado tanto al público, probablemente no indica nada más que una anormalidad en el sistema nervioso del calamar; pero cuál, no lo sé. Es verdad que los métodos generales de ecología y microfisiología no han encontrado nada anormal. Sin duda, la solución descansa en la física atómica del cerebro de la criatura, pero aquí no tengo esperanzas. —Hubo una

sombra de desprecio en su voz—. Los físicos atómicos están mucho más atrasados que los psicólogos para esperar que se pongan al día a estas alturas.

El periodista usaba furiosamente su bolígrafo. El titular del día siguiente se le aparecía con claridad: ¡Notable psicólogo ataca a los físicos atómicos!

Y también el titular del segundo día: ¡Indignados físicos denuncian a notable psicólogo!

El periodista levantó la vista con vivacidad.

—Dígame, profesor, ya sabe que los humanoides de la galaxia se interesan mucho por la vida privada de los científicos. Espero que no le importará que le haga unas cuantas preguntas sobre su viaje de regreso a Rigel IV.

—Adelante —dijo Porus con afabilidad—. Dígales que es la primera vez que voy a casa en dos años. Ya tengo ganas de llegar. Arturo es demasiado amarillo para mis ojos y los muebles que tienen aquí son excesivamente grandes.

—¿No es verdad que tiene una esposa en casa? Porus tosió.

—Humm, sí. La mujercita más dulce de toda la galaxia. Tengo ganas de verla. Escríbalo, El periodista lo apuntó.

—¿Cómo es que no la trajo con usted a Arturo?

El rostro del rigeliano perdió algo de su afabilidad.

—Me gusta estar solo cuando trabajo. Las mujeres están muy bien... en su lugar. Además, mi idea de unas vacaciones es estar completamente solo. No lo escriba.

El periodista no lo apuntó. Contempló el pequeño cuerpo del otro con abierta admiración.

—Dígame, profesor, ¿cómo se las arregló para que se quedara en casa? Me gustaría que me confiara el secreto. ¡Podría emplearlo!

Porus se echó a reír.

—Se lo diré, hijo. ¡Cuando se es un buen psicólogo, se es el dueño de su propio hogar!

Con un gesto, dio la entrevista por terminada y entonces asió repentinamente al otro por el brazo. Sus ojos verdes le penetraron con agudeza.

—Y escuche, hijo, esta última observación no es para que se publique, ya lo sabe.

El periodista palideció y retrocedió unos pasos.

—¡No, señor; no, señor! En nuestra profesión existe un proverbio que dice: «Nunca juegues con un psicólogo, o te dejará en ridículo».

—¡Muy bien! Ya sabe que puedo cumplirlo al pie de la letra, en caso necesario.

A quince billones de kilómetros de distancia, Porus se imaginaba la pura órbita blanca de Rigel, y algo se contrajo en su corazón.

Reacción de tipo B... nostalgia; reflejo condicionado por la asociación de Rigel con felices recuerdos de juventud...

Palabras, frases, ecuaciones, se sucedieron en su inteligente cerebro, pero se sintió feliz a pesar de ellas. Y en un momento, el hombre triunfó sobre el psicólogo y Porus abandonó el análisis por la superior alegría de la felicidad indiscriminada.

Se levantó en pleno período de sueño, dos noches antes de aterrizar, para echar una ojeada a Hanlon, cuarto planeta de Rigel, su mundo de origen. En algún lugar de aquel mundo, en las costas de un mar tranquilo, había una pequeña casa de dos pisos. Una pequeña casa, no aquellas estructuras gigantescas que sólo convenían a los arturianos y otros grandes humanoides.

Era verano y la casa estaría bañada por la nacarada luz de Rigel, y tras el chillón resplandor amarillo-rojizo de Arturo, eso sería un gran descanso.

Y —casi gritó de alegría— la primera noche insistiría en atiborrarse de tryptex asado. Hacía dos años que no lo tomaba, y su esposa era la mejor cocinera de tryptex de todo el sistema.

Se sobresaltó un poco al pensar en su esposa. Había sido un truco sucio obligarla a permanecer en casa durante los últimos dos años, pero había sido necesario. Había pasado todo un día calculando sus reacciones cuando le viera tras dos años de ausencia, y no eran nada agradables.

Nina Porus era una mujer de emociones sin domar, y él tendría que actuar con rapidez y eficiencia.

La localizó rápidamente entre la multitud. Sonrió. Era agradable verla, a pesar de que sus ecuaciones predijeran una larga y seria tormenta. Volvió a repasar su discurso inicial y realizó un cambio en el último minuto.

Y entonces ella le vio. Le hizo frenéticas señas con la mano y salió de entre el gentío. Se encontró sobre Porus antes de que éste pudiera darse cuenta y, mientras se abrazaban cariñosamente, le heló la sorpresa.

¡Aquella no era la reacción prevista! ¡Había algún error!

Ella le conducía con pericia a través de la nube de periodistas hacia el estratocoche, hablando rápidamente durante el camino.

—Tan Porus, creía que no viviría lo bastante para volver a verte. Es fantástico volver a tenerte conmigo; no tienes ni idea de lo estupendo que es. Aquí todo sigue igual, claro, pero no es lo mismo sin ti.

Los ojos de Porus se nublaron. Este discurso no era nada característico de Nina. Para los sensibles oídos de un psicólogo, sonaba como el desvarío de un maníaco. Ni siquiera tuvo la suficiente presencia de espíritu como para gruñir en los intervalos adecuados.

Nina Porus charlaba alegremente y el único aspecto normal de su conversación era su facultad para mantener un diálogo con suave eficiencia.

—Y, naturalmente, querido, he preparado un tryptex entero, bien asado y acompañado de sarnees. Y, ah, sí, respecto a aquel asunto del año pasado con el nuevo planeta... la Tierra, ¿verdad que se llama así? Me sentí muy orgullosa de ti cuando me enteré. Dije...

Y prosiguió, hasta que su voz degeneró en una insensata aglomeración de sonidos.

¿Dónde estaban sus lágrimas? ¿Dónde habían quedado los reproches, las

amenazas, la apasionada compasión de sí misma?

Tan Porus se animó con un gran esfuerzo a la hora de cenar. Contempló fijamente el gran plato de humeante tryptex que tenía delante con una extraña falta de apetito y dijo:

—Esto me recuerda una ocasión en que cené con el presidente delegado en Arturo...

Entró en detalles, extendiéndose sobre la alegría y el desenfreno del acontecimiento. Se puso lírico recordando la diversión que le proporcionó; hizo hincapié, sin ninguna sutileza, en el hecho de que no había echado a faltar a su esposa; y, finalmente, en un estallido de desesperación, mencionó la presencia de un sorprendente número de mujeres rigelianas en el sistema arturiano.

Y mientras tanto, su mujer siguió sonriendo.

—Estupendo, querido —había dicho—. Me alegro mucho de que te hayas divertido. Tómate el tryptex.

Pero Porus no se tomó el tryptex. Tan sólo pensar en comer le daba náuseas. Con una prolongada mirada de consternación a su esposa, se levantó con toda la dignidad que pudo y se encaminó hacia la intimidad de su habitación.

Rompió las ecuaciones con furia y se desplomó en un sillón. Ardía de ira, pues evidentemente algo le había sucedido a Nina. ¡Algo horrible! Ni siquiera su interés por otro hombre —y por un momento se le ocurrió esta idea como una posible explicación— hubiera causado tal revolución en su carácter.

Se mesó el cabello. Existía otro factor oculto más sorprendente que aquél, pero no tenía ni idea de cuál podía ser. En aquel momento Tan Porus hubiera dado la suma total de sus posesiones terrenales por que su mujer entrara e intentara —aunque sólo fuera una vez— arrancarle el cuero cabelludo, como antes.

Y abajo, en el comedor, Nina Porus no pudo evitar que un destello de astucia brillara en sus ojos.

Lor Haridin dejó la pluma y dijo:

—¡Adelante!

La puerta se abrió, y su amigo, Eblo Ranin, entró, limpió una esquina de la mesa y se sentó.

—Haridin, tengo una idea. —Su voz era un insólito susurro de culpabilidad.

Haridin le contempló sospechosamente.

—¿Como aquella vez —dijo— que preparaste una estúpida trampa para el viejo Obel?

Ranin se estremeció. Había pasado dos días escondido en el pozo de ventilación tras aquel brillante trabajo.

—No, ésta es buena. Escucha. Porus te dejó a cargo del calamar, ¿verdad?

—Oh, ya veo adonde quieres ir a parar. Pero no te servirá de nada. Yo puedo alimentar al calamar, pero nada más. Si tan sólo le pusiera las manos encima para inducir un tropismo de cambio de color, el jefe cogería una pataleta.

—¡Al espacio con él! De cualquier forma, está a muchos parsecs de aquí. — Ranin extrajo un viejo ejemplar de la RPG de dos meses atrás y pasó la hoja de la portada—. ¿Has seguido los experimentos de Livell en Procyon U? Ya sabes... campos magnéticos aplicados con y sin radiación ultravioleta.

—No entra en mi especialidad —gruñó Haridin—. He oído hablar de ello, pero nada más. ¿Qué pasa con eso?

—Bueno, es una reacción de tipo E la que produce, lo creas o no, un fuerte efecto fimbrial en prácticamente todos los casos, en especial en los invertebrados superiores.

—¡Humm!

—Si pudiéramos experimentarlo en ese calamar, podríamos...

—¡No, no, no, no! —Haridin sacudió la cabeza con violencia—. Porus me mataría. —Escucha, tonto... Porus no puede decirte lo que hay que hacer con el calamar. Es Frían Obel el que tiene la última palabra. El es el director del consejo de psicología, no Porus. Todo lo que has de hacer es solicitar su aprobación, y la tendrás. Entre nosotros, desde aquel asunto sobre Homo Sol el año pasado, no puede ver a Porus.

Haridin cedió.

—Solicítala tú. Ranin tosió.

—No. En realidad, creo preferible no hacerlo. Tiene la sospecha de que fui yo quien preparó esa trampa, y prefiero no cruzarme en su camino.

—Humm. Bueno..., ¡de acuerdo!

Lor Haridin tenía el aspecto de no haber dormido bien durante una semana, lo que demuestra que a veces las apariencias no engañan. Eblo Ranin le contempló con paciente amabilidad y suspiró.

—¿Quieres hacer el favor de sentarte? Santin dijo que hoy tendría los resultados finales, ¿verdad?

—Lo sé, lo sé, pero es humillante. He pasado siete años estudiando matemáticas superiores. ¡Y ahora cometo una estúpida equivocación y ni siquiera puedo encontrarla!

—Quizá no la encuentras porque no existe.

—No seas tonto. El resultado es imposible. Tiene que ser imposible. Tiene que serlo. —Arrugó la amplia frente—. Oh, ya no sé qué pensar.

Siguió concentrándose en el intento de gastar el pelillo de la alfombra y meditó amargamente. De pronto se enderezó.

—Son esas integrales de tiempo. No se puede trabajar con ellas, te lo digo. Las contemplas sobre una mesa, te pasas media hora para encontrar la entrada apropiada, y te dan diecisiete resultados posibles. Tienes que escoger el que tiene sentido, y, ¡Arturo me ayude!, ¡o lo tienen todos, o ninguno! Tropiezas con ocho de ellos, tal como nos ha ocurrido en este problema, y tenemos bastantes permutaciones para el resto de nuestra vida.

Se encendió la luz de señales intermitentes, y Haridin corrió hacia la puerta.

Arrancó el paquete de manos del mensajero y abrió la envoltura con impaciente frenesí.

Buscó la última página y leyó la nota final de Santin:

«Sus cálculos son correctos. Felicidades... ¡y que esto no haga perder la cabeza a Porus! Es mejor que se ponga en contacto con él inmediatamente».

Ranin lo leyó por encima del hombro de su amigo y durante un largo minuto los dos se miraron fijamente.

—Tenía razón —murmuró Haridin, con los ojos hinchados—. Hemos encontrado algo en lo que el número imaginario no cuadra. ¡Hemos conseguido una reacción predicha que incluye una cantidad imaginaria!

El otro tragó saliva y se repuso de su asombro con un gran esfuerzo.

—¿Cómo lo interpretas?

—¡Gran espacio! ¿Cómo puedo saberlo? Tenemos que avisar a Porus, eso es todo.

Ranin chasqueó los dedos y agarró al otro por los hombros.

—Oh, no, no lo haremos. Ésta es nuestra gran oportunidad. Si llegamos a resolverlo, conseguiremos el éxito de nuestra vida. —La excitación le hizo tartamudear—. ¡Arturo! Cualquier psicólogo vendería dos veces su vida por tener la oportunidad que se nos ha presentado.

El calamar draconiano nadaba plácidamente, sin asustarse por los enormes solenoides que rodeaban su tanque. La masa de cables enredados, los conductores de corriente, las lámparas de vapor de mercurio que había encima no significaban nada para él.

Mordisqueaba tranquilamente las hojas del helecho marino que le rodeaba y estaba en paz con el mundo.

No así los dos jóvenes psicólogos. Eblo Ranin revisaba los complicados aparatos en un esfuerzo de último minuto por comprobarlo todo. Lor Haridin le ayudaba a intervalos mientras se mordía las uñas.

—Todo dispuesto —dijo Ranin, y se enjugó la húmeda frente con cansancio—. ¡Conectémosla!

La lámpara de vapor de mercurio se puso en marcha y Haridin cerró las cortinas de la ventana. En la fría luz infrarroja, dos rostros de tinte verduzco contemplaban minuciosamente al calamar. Éste se movía con inquietud, mientras su cálido rosa se transformaba en un negro opaco bajo la luz de mercurio.

—Conecta la electricidad —dijo Haridin con voz ronca. Se oyó un clic, y eso fue todo.

—¿No hay reacción? —inquirió Ranin, medio para sí. Y después sostuvo el aliento mientras el otro se acercaba más.

—Algo le ocurre al calamar. Da la impresión de que brilla un poco..., ¿o son mis ojos?

El brillo se hizo perceptible y después pareció desprenderse del cuerpo del animal

y adoptar una forma esférica. Transcurrieron largos minutos.

—Está emitiendo una especie de radiación, campo, fuerza, como quieras llamarlo, y parece existir una expansión con tiempo.

No hubo respuesta, y tampoco la esperaba. Volvieron a aguardar y observar.

Y entonces Ranin emitió un sonido ahogado y agarró fuertemente a Haridin por el codo. —¡Cometas crujientes! ¿Qué hace?

La brillante esfera globular o lo que fuera había sacado un pseudópodo. Una pequeña proyección brillante tocó la oscilante rama del helecho marino, ¡y en aquel lugar las hojas se volvieron marrones y se marchitaron!

—¡Corta la corriente!

La corriente fue desconectada; la lámpara de vapor de mercurio fue apagada; las sombras se desvanecieron y los dos se miraron con nerviosismo.

—¿Qué ha sido? Haridin movió la cabeza.

—No lo sé. Era algo definitivamente de locos. Nunca he visto nada parecido.

—Nunca habías visto un número imaginario en una ecuación reactiva, ¿verdad? En realidad, no creo que ese campo expansivo fuera alguna forma de energía conocida...

Se quedó sin respiración tras exhalar un largo silbido y se apartó lentamente del tanque que contenía el calamar. El molusco estaba inmóvil, pero a su alrededor la mitad del helecho colgaba seco y marchito.

Haridin se sobresaltó. Corrió las cortinas y, en las tinieblas, el globo de brillante neblina aumentó de tamaño hasta ocupar medio tanque. Pequeños tentáculos curvados de luz se deslizaron hasta el helecho restante y un filamento atravesó el cristal y se arrastró por la mesa.

El miedo que Ranin sentía hizo que su voz pareciera un sonido apenas inteligible.

—Es una reacción retardada. ¿No lo analizaste por el teorema de Wilbon?

—¿Cómo podía hacerlo? —El corazón del otro latía locamente y sus labios reseco luchaban por formar las palabras—. El teorema de Wilbon no tenía sentido con un número imaginario en la ecuación. Lo dejé.

Ranin se puso en acción con febril energía. Salió de la habitación y volvió al cabo de un momento con un diminuto animal parecido a una ardilla que no dejaba de chillar, procedente de su propio laboratorio. Lo dejó caer en el camino del filamento luminoso que avanzaba por la mesa, y lo aguantó allí con una regla métrica.

El brillante filamento osciló, pareció que sentía la presencia de vida de alguna horrible manera, y arremetió contra él. El pequeño roedor dio un solo chillido, un penetrante alarido de infinita tortura, y se relajó. Al cabo de dos segundos era una caricatura arrugada y marchita de su forma anterior.

Ranin blasfemó y soltó la regla con un repentino grito, pues el filamento luminoso —algo mas brillante y algo más grueso— había empezado a trepar por la madera en dirección a él.

—Vamos —dijo Haridin—, ¡acabemos con esto! —Abrió un cajón y extrajo la

pistola de tonita con un baño de cromo que había dentro. Su delgado y agudo rayo de luz púrpura se dirigió hacia el calamar y explotó con brillante y silenciosa furia contra el borde de la esfera de fuerza. El psicólogo disparó una y otra vez, y después comprimió el gatillo para formar un chorro púrpura continuo que sólo cesó cuando la energía falló.

Y la brillante esfera permaneció intacta. Rodeó todo el tanque. Los helechos eran pardas masas de muerte.

—Recurramos al consejo —gritó Ranin—. ¡Escapa completamente a nuestro control!

No hubo ninguna confusión —los humanoides en general no están sujetos al pánico, aparte de los medio genios y medio humanoides habitantes de los planetas de Sol—, y la evacuación de los terrenos de la Universidad se llevó a cabo con serenidad.

—Un loco —dijo el anciano Mir Deana, el mejor físico de Arturo U— puede formular más preguntas de las que mil sabios son capaces de contestar.

—¿Qué quiere decir con eso? —interrogó vivamente Frían Obel. Su piel verde, propia de los habitantes de Vega, se oscureció de cólera.

—Sólo esto. Análogamente, un psicólogo loco puede provocar un desastre tan grande que ni un millar de físicos son capaces de aclararlo.

Obel contuvo peligrosamente el aliento. Tenía su propia opinión sobre Haridin y Ranin, pero ningún físico de pocas luces podría...

La rolliza figura de Qual Wynn, el presidente de la Universidad, se les reunió corriendo. Llegó sin aliento y habló entrecortadamente.

—Me he puesto en comunicación con el Congreso Galáctico y están disponiéndolo todo para evacuar Erón, en caso necesario —su voz adquirió una nota suplicante—. ¿Se puede hacer alguna cosa?

Mir Deana suspiró.

—¡Nada... todavía! Todo lo que sabemos es esto: el calamar está emitiendo una especie de campo radiactivo pseudoviviente, que no es de carácter electromagnético. Su avance no puede ser detenido por nada de lo que hemos intentado. Ninguna de nuestras armas lo afecta, pues, dentro del campo, los ordinarios atributos de espacio-tiempo aparentemente no son válidos.

El presidente movió la cabeza con preocupación.

—¡Malo, malo! Sin embargo, ¿ha llamado a Porus? —Parecía como si se agarrara a un clavo ardiendo.

—Sí —gruñó Frían Obel—. El es el único que realmente conoce al calamar. Si él no puede ayudarnos, nadie podrá hacerlo. —Desvió la mirada hacia el brillante blanco de los edificios universitarios, donde la hierba de medio campus no era más que rastrojos de color pardo, y los árboles, ruinas marchitas.

—¿Cree usted —preguntó el presidente, volviéndose de nuevo a Deana— que el campo puede extenderse hasta el espacio interplanetario?

—¡Nova ardiente, no sé qué creer! —explotó Deana, y se alejó displicentemente.

Tan Porus estaba sumido en una profunda apatía. No se percataba de los brillantes destellos de color que tenía encima. No oía el sonido de las melodiosas notas que llenaban el auditorio.

Sólo sabía una cosa: había sido persuadido a asistir al concierto. Odiaba los conciertos por encima de todo, y a lo largo de veinte años de vida matrimonial los había evitado con una habilidad y desenvoltura propios del mejor de todos los psicólogos. Y ahora...

Fue arrancado de su estupor por unos repentinos sonidos discordantes que provenían de la parte posterior.

Los acomodadores se apresuraron a acudir a la salida donde tenía lugar el desorden, hubo una protesta general por parte de los hombres uniformados y después una voz estridente gritó:

—Vengo directamente del Congreso Galáctico de Erón, Arturo, para un asunto urgente.

¿Está Tan Porus entre los espectadores?

Tan Porus saltó del asiento.

Arrancó la comunicación de manos del mensajero y devoró su contenido. A la segunda frase, su alegría le abandonó. Cuando hubo terminado, alzó una cara en la que sólo sus penetrantes ojos parecían tener vida.

—¿Cuándo podemos salir?

—La nave ya nos está esperando.

—Vamos, pues.

Dio un paso hacia adelante y se detuvo. Había una mano en su codo.

—¿Dónde vas? —preguntó Nina Porus. Su voz escondía una gran resolución.

Tan Porus se sofocó. Preveía lo que iba a ocurrir.

—Cariño, debo ir inmediatamente a Erón. El destino de un mundo, quizá de toda la galaxia, está en juego. No sabes lo importante que es. Te diré... —¡Muy bien, ve! Y yo iré contigo.

El consejo de psicología vaciló como un solo hombre y después contempló dubitativamente el gráfico a gran escala que tenían delante.

—Con franqueza, caballeros —dijo Tan Porus—. Yo no estoy muy seguro de ello, pero... bueno, todos han visto mis resultados y también los han comprobado. Y es el único estímulo que producirá una reacción destructora.

Frían Obel se pasó los dedos sobre la barbilla con nerviosismo.

—Sí, las matemáticas son claras. Incrementar la actividad del hidrógeno-ión más allá del pH3 establecería una integral de Demane y eso... Pero escuche, Porus, no estamos tratando con espacio-tiempo. Es posible que los cálculos no den resultado..., quizá nada dé resultado.

—Es nuestra única posibilidad. Si tratáramos con espacio-tiempo normal, podríamos limitarnos a echar dentro bastante ácido para matar al maldito calamar o

freírlo con una tonita. En este caso, no tenemos otra elección que arriesgarnos con...

Airadas voces le interrumpieron:

—¡Déjeme entrar, digo! ¡No me importa que se estén celebrando diez conferencias a la vez!

La puerta se abrió de par en par y la corpulenta figura de Qual Wynn hizo su entrada. Avistó a Porus y se dirigió hacia él.

—Porus, le aseguro que me estoy volviendo loco. El Parlamento sostiene que yo, como presidente de la Universidad, soy responsable de todo esto, y ahora Deana dice que... —tartamudeó hasta callarse y Mir Deana, que se encontraba, muy sereno, detrás de él, prosiguió la explicación.

—En este momento, el campo cubre más de mil quinientos kilómetros cuadrados y su velocidad aumenta continuamente. Ya no parece existir ninguna duda de que se extenderá hasta el espacio interplanetario si así lo desea, y también al interestelar, si tiene tiempo.

—¿Lo oyen? ¿Lo oyen? —Wynn casi bailaba de ansiedad—. ¿Pueden hacer algo? ¡Les digo que la galaxia está perdida, perdida!

—Oh, no se quite la túnica —gruñó Porus— y deje que nosotros nos ocupemos de esto —se volvió a Deana—. ¿No realizaron sus compañeros físicos algunas torpes investigaciones sobre la velocidad de penetración del campo a través de diversas sustancias?

Deana asintió rígidamente.

—En general, la penetración varía en sentido inverso a la densidad. El osmio, el iridio y el platino son los que mejor lo detienen. El plomo y el oro son bastante buenos.

—¡Perfecto! ¡Eso lo detendrá! Así pues, lo que necesitaré es un traje chapado de osmio con un casco de plomo y vidrio. Y que tanto el traje como el casco sean buenos y gruesos.

Qual Wynn parecía horrorizado.

—¡Un chapado de osmio! ¡Osmio! Por la gran nebulosa, piense en el gasto.

—En eso estoy pensando —dijo Porus con frialdad.

—Pero lo cargarán a la Universidad; lo... —Se recobró con dificultad cuando las sombrías miradas de los psicólogos reunidos se posaron sobre él—. ¿Cuándo lo necesita? —murmuró débilmente.

—¿Es cierto que piensa ir usted mismo?

—¿Por qué no? —preguntó Porus, desembarazándose del traje.

Mir Deana dijo:

—El casco de plomo y vidrio no resistirá el campo más de una hora, y probablemente tendrá penetraciones parciales en mucho menos tiempo. No sé si podrá usted hacerlo.

—Yo me preocuparé de eso. —Hizo una pausa y después prosiguió inciertamente—: Estaré listo en pocos minutos. Primero me gustaría hablar con mi esposa... a

solas.

La entrevista fue muy corta. Fue una de las pocas ocasiones en que Tan Porus olvidó que era psicólogo, y habló con el corazón, sin detenerse a considerar la natural reacción de su interlocutora.

Sólo sabía una cosa —por instinto más que por psicología— y era que su mujer no se desesperaría ni se pondría sentimental delante de él; y en eso tuvo razón. Sólo en los pocos segundos finales bajó los ojos y le tembló la voz. Sacó un pañuelo de su ancha manga y corrió hacia la puerta.

El psicólogo contempló su marcha y después se detuvo a recoger el librito que se había caído cuando ella sacó el pañuelo. Sin mirarlo, lo metió en el bolsillo interior de su túnica. Sonrió torcidamente.

—¡Un talismán! —dijo.

La reluciente nave individual de Tan Porus penetraba en el «campo mortífero». El húmedo aspecto de desolación le impresionó en seguida.

Se encogió de hombros. «¡Imaginaciones! Ahora no debo ponerme nervioso».

Había un resplandor de lo más vago —un destello que se sentía más que se veía— en el aire de su alrededor. Y después invadió la misma nave. Levantando los ojos, el rigeliano vio que los cinco pájaros eronianos que había llevado consigo yacían muertos en el suelo de su jaula, convertidos en una confusa masa de plumas sucias.

«El “campo mortífero” ha entrado», murmuró. Había pasado a través del casco de acero de la nave.

El crucero aterrizó con torpeza sobre el amplio campo de atletismo de la Universidad, y Tan Porus, con el extraño aspecto que le confería el voluminoso traje de osmio, descendió de él. Examinó los deprimentes alrededores. Desde los pardos rastrojos debajo de sus pies hasta la velada neblina que ocultaba el azul normal del cielo, todo parecía... muerto. Entró en el edificio de psicología. Su laboratorio estaba a oscuras; las cortinas seguían cerradas. Las separó y estudió el tanque del calamar. La bomba del agua seguía funcionando, pues el tanque estaba lleno. Sin embargo, esto era lo único normal. De lo que una vez había sido un helecho marino, sólo quedaban unos cuantos filamentos rotos en estado de putrefacción. El mismo calamar yacía inerte sobre el suelo del tanque.

Tan Porus suspiró. Se sentía cansado y aturdido. Tenía la mente oscura e imprecisa. Durante largos minutos, contempló lo que le rodeaba sin verlo.

Después, con un esfuerzo, alzó la botella que llevaba y miró la etiqueta: «Ácido clorhídrico. Sol. 12 molar».

Gruñó vagamente para sí: «Doscientos ce. Sólo echarlo dentro. Eso disminuirá el pH..., si la actividad de hidrógeno-ion significa algo en este caso».

Estaba manipulando el tapón de la botella, y —súbitamente— empezó a reír. Se sintió igual que la única vez que había estado borracho en su vida.

Sacudió las telarañas que se juntaban en su cerebro. «Sólo dispongo de pocos minutos para hacer..., ¿para hacer qué? No lo sé. Pero algo. Echar esto dentro.

Echarlo dentro. ¡Echarlo! ¡Echarlo! ¡Echarlo de golpe!» Murmuraba para sí una insípida canción popular mientras el ácido caía a borbotones en el tanque abierto.

Tan Porus se sintió satisfecho de sí mismo y se echó a reír. Removió el agua con fuerza y volvió a reírse. Seguía cantando aquella canción.

Y entonces se percató de un sutil cambio en lo que le rodeaba. Lo buscó torpemente y cesó de cantar. Y de pronto se dio cuenta de ello con la sensación repentina de una ducha de agua fría. ¡El resplandor de la atmósfera había desaparecido!

Con un rápido movimiento, se desató el casco y lo lanzó lejos. Aspiró profundas bocanadas de aire, un poco mohoso, pero inofensivo.

Había acidificado el agua del tanque, destruyendo el campo en su punto de origen. ¡Las matemáticas puras de la psicología se apuntaban otra victoria!

Se desembarazó de su traje de osmio y se desperezó. La presión que tenía sobre el pecho le recordó algo. Extrayendo el librito que se le había caído a su esposa, dijo: «¡El talismán ha tenido éxito!», y sonrió indulgentemente ante su propia extravagancia.

Se le heló la sonrisa en los labios al ver por vez primera el título del libro.

El título era Curso medio de psicología aplicada. Volumen 5.

Fue como si algo grande y pesado se hubiera caído súbitamente sobre la cabeza de Porus y le hubiera ayudado a comprenderlo. Nina había estudiado psicología aplicada a lo largo de dos años enteros.

Éste era el factor que faltaba. Podía tenerlo en cuenta. Tendría que usar integrales de tiempo triples, pero... Accionó el interruptor del comunicador y esperó a que se estableciera contacto.

—¡Hola! ¡Aquí Porus! ¡Vengan, todos ustedes! ¡El campo mortífero ha desaparecido! He vencido al calamar —cortó la comunicación y añadió triunfalmente —:...¡Y a mi esposa!

Cosa extraña —o quizá no tan extraña—, era la última hazaña la que le causaba más satisfacción.

Para mí, el mayor interés de *El número imaginario* reside en el hecho de que presagia la «psicohistoria», que iba a tener un papel tan importante en la serie *Fundación*. Fue en este relato y en su predecesor, *Homo Sol*, donde por primera vez traté la psicología como una ciencia matemáticamente refinada.

Ya era hora de que realizara otra tentativa con *Unknown*, y así lo hice con un relato titulado *El roble*, que, si no recuerdo mal, era algo acerca de un roble que servía de oráculo y pronunciaba ambiguas profecías. Lo sometí a Campbell el 16 de julio de 1940 y fue rápidamente rechazado.

Uno de los inconvenientes de escribir para *Unknown* era que la revista era única en su género. Si *Unknown* rechazaba un relato, no había ningún otro sitio donde presentarlo. Era posible tratar de hacerlo en *Weird Tales*, una revista más antigua que cualquiera de ciencia-ficción, pero se caracterizaba por sus decrepitos cuentos de horror pasados de moda y además pagaba muy poco. No estaba realmente interesado en entrar a formar parte de ella. (Y, además, rechazaron tanto *Vivo antes de nacer* como *Él roble* cuando se los presenté).

Con todo, el 29 de julio de 1940 fue un momento crucial de mi carrera, aunque, naturalmente, no pude decirlo. Hasta entonces había escrito veintidós relatos en veinticinco meses. De ellos había vendido (o iba a vender) trece, mientras que los nueve restantes no pudieron venderse de

ninguna manera y ya no existen. El récord no era deprimente, pero tampoco magnífico... digamos que era mediocre.

No obstante, aparte de dos relatos muy cortos que constituyeron casos especiales, nunca volví a escribir un relato de ciencia-ficción que no pudiera vender. Había encontrado la línea.

Pero no la línea de Campbell. En agosto escribí *Herencia* y la presenté a Campbell el 15 de ese mismo mes, siendo rechazada dos semanas más tarde. Afortunadamente, Pohl me la arrancó en seguida de las manos.

HERENCIA

El doctor Stefansson acarició el grueso fajo de hojas mecanografiadas que tenía delante.

—Todo está aquí, Harry..., veinticinco años de trabajo.

El apacible profesor Harvey chupó su pipa con indolencia.

—Bien, tu parte está terminada y la de Markey también, en Ganímedes. Ahora les toca el turno a los gemelos.

Se produjo un corto y meditabundo silencio, y después el doctor Stefansson se agitó intranquilo.

—¿Comunicarás pronto la noticia a Alien? El otro asintió con tranquilidad.

—Tenemos que hacerlo antes de llegar a Marte, y cuanto antes mejor. —Hizo una pausa, y después añadió con voz forzada—: Me pregunto lo que se siente al averiguar que se tiene un hermano gemelo, al cabo de veinticinco años. Debe de ser un golpe tremendo.

—¿Cómo lo tomó George?

—Al principio no se lo creía, y no me extraña. Markey tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para convencerle de que no era una broma. Supongo que a mí me pasará lo mismo con Alien. —Apretó el tabaco de su pipa y movió la cabeza.

—Me siento tentado de ir a Marte para ver su primer encuentro —comentó el doctor Stefansson anhelante.

—No harás tal cosa, Stef. Este experimento ha llevado demasiado tiempo y significa demasiado para que lo destroces con una decisión tan tonta.

—¡Lo sé, lo sé! ¡La herencia contra el medio ambiente! Quizá acabe siendo la respuesta definitiva. —Hablaba para sí mismo, como si repitiera una vieja fórmula muy conocida—. Dos gemelos idénticos, separados al nacer; uno educado en la vieja y civilizada Tierra, el otro en el pionero Ganímedes. Después, el día de su vigésimo quinto cumpleaños, se les reúne por primera vez en Marte... ¡Dios mío! Me hubiera gustado que Cáster viviera para ver el final de todo esto. Son sus hijos.

—¡Lástima! Pero ellos viven, y nosotros también. Llevar el experimento hasta el final será el tributo que nosotros le haremos.

Cuando se ve por vez primera la sucursal marciana de Productos Medicinales, S. A., es imposible adivinar que esté rodeada por algo que no sea desierto. No se distinguen las cuevas subterráneas donde se crían artificialmente los hongos naturales de Marte en enormes y florecientes campos. El intrincado sistema de transporte que conecta todos los puntos de los innumerables kilómetros cuadrados de campos al edificio central es invisible. El sistema de irrigación, los purificadores de aire, las cañerías de drenaje, todo está oculto.

Y lo único que uno ve es el gran edificio achatado de ladrillos rojos y el desierto marciano, rojizo y seco, a todo su alrededor.

Eso era todo lo que George Cáster había visto tras su llegada a bordo de un

cohetetaxi. Pero a él, por lo menos, las apariencias no le habían decepcionado. Hubiera sido extraño que ocurriera lo contrario, pues su vida en Ganímedes había estado orientada en todas sus fases hacia una eventual dirección general de aquel complejo. Conocía cada centímetro cuadrado de las cavernas subterráneas como si hubiera nacido y crecido en ellas.

Y ahora se encontraba en el reducido despacho del profesor Lemuel Harvey, sin poder evitar que una ligera nube de intranquilidad cruzara por su impasible semblante. Sus fríos ojos de color azul buscaron los del profesor Harvey.

—Ése..., ese hermano gemelo mío. ¿Vendrá pronto? El profesor Harvey asintió.

—Ya está en camino.

George Cárter descruzó las rodillas. Su expresión era casi melancólica.

—Se parece muchísimo a mí, ¿eh?

—Muchísimo. Ya sabes que sois gemelos idénticos.

—¡Humm! ¡Así lo creo! Me gustaría haberle conocido desde siempre, ¡en Ganímedes! —Frunció el ceño—. Ha vivido toda su vida en la Tierra, ¿eh?

Una expresión de interés apareció en el rostro del profesor Harvey. Preguntó vivamente:

—¿No te gustan los terrícolas?

—No, no exactamente —fue la inmediata respuesta—. Es sólo que los terrícolas son ingenuos. Todos los que yo conozco lo son.

Harvey esbozó una sonrisa y la conversación languideció.

La señal de la puerta sacó a Harvey de su ensoñación y a George Cárter de su asiento al mismo tiempo. El profesor apretó un botón de su mesa y la puerta se abrió.

La figura que apareció en el umbral atravesó la habitación y después se detuvo. Los hermanos gemelos estaban frente a frente.

Los dos estaban rígidamente erguidos, a tres metros de distancia el uno del otro, y sin hacer ni un solo movimiento por reducir la separación. Mostraban un curioso contraste, un contraste que resultaba más marcado por la gran similitud que había entre ambos.

Unos fríos ojos azules se clavaron en otros fríos ojos azules. Cada uno de ellos vio una nariz larga y recta y unos labios rojos firmemente cerrados. Los altos pómulos eran tan prominentes en uno como en el otro, la saliente y angulosa mandíbula, igual de cuadrada. Incluso tenían la misma y extraña curva en una ceja, en expresiones idénticas de interés absorto y algo irónico.

Pero con el rostro, todo parecido acababa. La ropa de Allen Cárter llevaba el sello de Nueva York en cada centímetro cuadrado. Desde la blusa suelta, pasando por los pantalones de color púrpura oscuro que no bajaban de las rodillas, las medias asalmonadas de celulosa, hasta las relucientes sandalias de sus pies, era la personificación de la última moda terrícola.

Durante un momento fugaz, George Cárter experimentó un cierto sentimiento de torpeza, enfundado como iba en una camisa de mangas ajustadas y cuello cerrado de

hilo de Ganimedes. El chaleco sin botones y los voluminosos pantalones con los extremos metidos en unas botas de cordones y resistentes suelas eran chabacanos y provincianos.

Incluso él se dio cuenta... sólo durante un momento.

Allen sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo de la manga —fue el primer movimiento que hizo uno de los dos hermanos—, lo abrió y extrajo un delgado cilindro de tabaco cubierto con papel que se encendió espontáneamente a la primera chupada.

George vaciló una fracción de segundo y su acción subsiguiente fue casi de desafío. Introdujo la mano en el bolsillo interior del chaleco y extrajo la verde y reseca silueta de un cigarro hecho con hoja de Ganimedes. Encendió una cerilla con la uña y durante un largo momento lo equiparó, chupada a chupada, con el cigarrillo de su hermano.

Y entonces Allen se echó a reír... con una risa extraña y estridente.

—Me parece que tú tienes los ojos un poco más juntos.

—Es posible que así sea. Tú llevas el cabello de forma diferente. —Había una débil nota de desaprobación en su voz. Allen se llevó la mano a su largo cabello castaño, cuidadosamente rizado en las puntas, mientras sus ojos se posaban sobre la cola descuidadamente anudada que recogía el cabello, igualmente largo, del otro.

—Supongo que tendremos que acostumbrarnos el uno al otro. Yo estoy deseando intentarlo. —El gemelo de la Tierra avanzaba ahora, con la mano extendida.

George sonrió.

—Supongo que sí.

Se estrecharon las manos.

—Te llamas Alien, ¿eh? —dijo George.

—Y tú, George, ¿verdad? —contestó Alien.

Y después no dijeron nada más durante largo rato. Se limitaron a mirarse... y a sonreírse como si lucharan por llenar el vacío de veinticinco años que les separaban.

La mirada impersonal de George Cáster se posó sobre la alfombra de capullos púrpura que se extendía en cuadriláteros bordeados de tierra hasta la brumosa distancia de las cavernas. Los periódicos y escritores podían hablar del «hongo de oro» de Marte, de los extractos purificados, en cosechas de hectáreas de flores, que se habían hecho indispensables para la profesión médica del sistema. Calmantes, vitaminas depuradas, un nuevo específico vegetal contra la neumonía; las flores casi valían su peso en oro.

Pero para George Cáster no eran más que flores, flores que debían alcanzar su máximo desarrollo, ser recogidas, embaladas y enviadas a los laboratorios de Aresópolis, a cientos de miles de kilómetros de distancia.

Redujo la velocidad de su coche terrestre y sacó furiosamente la cabeza por la ventanilla.

—¡Eh, tú, rata de alcantarilla! El de la cara sucia. Mira lo que estás haciendo...

que la maldita agua no se salga del canal.

Metió la cabeza y el coche avanzó de nuevo. El joven de Ganímedes murmuró con mal humor:

—Todos esos hombres son unos inútiles. Con tantas máquinas para hacer su trabajo, yo diría que tienen el cerebro de vacaciones permanentes.

El coche terrestre se detuvo y él descendió. Atravesando las parcelas de hongos, se acercó al grupo de hombres que había junto a la máquina en forma de estrella que aparecía en el camino.

—Bien, aquí estoy. ¿Qué es, Alien? Allen sacó la cabeza de detrás de la máquina. Hizo señas a los hombres que le rodeaban.

—¡Deténganse un segundo! —Y corrió hacia su hermano gemelo.

—George, funciona. Es lenta y está mal hecha, pero funciona. Ahora que tenemos los fundamentos, podemos mejorarla. Y dentro de muy poco tiempo, seremos capaces de...

—Espera un momento, Alien. En Ganímedes se va despacio. He vivido así mucho tiempo. ¿Qué es eso?

Allen hizo una pausa y se enjugó la frente. Su rostro brillaba de grasa, sudor y excitación.

—He estado trabajando en esto desde que dejé la Universidad. Es una modificación de algo que tenemos en la Tierra, pero que está muy mejorado. Es un recolector de flores mecánico.

Había extraído un cuadrado de papel resistente, muy 84 doblado, del bolsillo y hablaba sin cesar mientras lo extendía sobre el suelo:

—Hasta el momento, la recogida de las flores ha sido la dificultad de la producción, para no hablar del 15 al 20 por ciento de pérdidas por recoger flores poco o demasiado maduras. Al fin y al cabo, los ojos humanos son sólo ojos humanos, y las flores... Aquí, ¡mira!

El papel estaba extendido sobre el suelo, y Alien, de cuclillas frente a él. George se inclinó sobre su hombro, con ceñuda vigilancia.

—Mira, es una combinación de fluoroscopia y célula fotoeléctrica. La madurez de la flor puede determinarse por el estado de las esporas que tiene dentro. Esta máquina está ajustada de modo que el circuito característico reaccione ante el impacto que produce esta combinación de luz y oscuridad formada por las esporas maduras del interior de la flor. Por otro lado, este segundo circuito..., pero mira, será más sencillo que te lo enseñe.

Pesadamente, la máquina se volvió hacia las flores y su «ojo» se desplazó hacia los lados a quince centímetros del suelo. Al pasar junto a cada flor de hongo, se disparaba un largo y delgado brazo, cercenándola limpiamente a dos centímetros del suelo y depositándola con destreza en el tobogán que había debajo. Un montón de flores se formó detrás de la máquina.

—Más adelante, también podemos incorporar una atadora. ¿Te has fijado en

aquellas flores que no ha tocado? No están maduras. Espera a que encuentre una demasiado madura y verás lo que hace.

Gritó de triunfo un momento después cuando una flor fue rota y dejada caer en el mismo lugar.

Paró la máquina.

—¿Ves? Es posible que dentro de un mes podamos empezar a hacerla trabajar en los campos.

George Cárter contempló agriamente a su hermano.

—Yo diría que mucho más de un mes. Es más probable que toda la vida.

—¿Qué quieres decir con eso de «toda la vida»? Sólo hay que apresurarse...

—No me importa que lo único que falte sea pintarla de púrpura. Eso no aparecerá en mis campos.

—¿Tus campos?

—Sí, míos —fue la fría respuesta—. Aquí tengo poder de veto, lo mismo que tú. No puedes hacer nada sin mi autorización, y para esto no la conseguirás. Es más, quiero que te lleves ese trasto lejos de aquí. No sirve de nada.

Allen descendió del colector y se encaró con su hermano.

—Conviniste en dejarme esta parcela para que experimentara en ella, libre de vetos, y espero que mantengas tu palabra.

—Muy bien. Pero que esa maldita máquina no se acerque al resto de los campos.

El terrícola se acercó al otro con lentitud. Había una peligrosa mirada en sus ojos.

—Mira, George, no me gusta tu actitud... y no me gusta cómo empleas tu poder de veto. No sé lo que estás acostumbrado a dirigir en Ganímedes, pero ahora es tu gran oportunidad, y hay muchísimas ideas provincianas que tendrás que sacarte de la cabeza.

—No, si yo no quiero. Y si quieres sacármelas tú mismo, será mejor que vayamos a tu despacho. Discutir delante de los hombres minaría la disciplina.

El viaje de regreso a la central se hizo en un ominoso silencio. George silbaba suavemente para sí y Allen se cruzó de brazos y contempló con ostentosa indiferencia el estrecho y serpenteante camino que tenía delante. El silencio persistía cuando entraron en el despacho del terrícola.

—Hay muchísimas cosas de esta situación, George, que suponen un misterio para mí. No sé por qué a ti te criaron en Ganímedes y a mí en la Tierra, y no sé por qué nunca permitieron que conociéramos la existencia del otro, o por qué ahora nos han hecho codirectores con el poder de veto mutuo..., pero lo que sí sé es que la situación se está haciendo rápidamente intolerable.

»Esta sociedad necesita una modernización, y tú lo sabes. Sin embargo, has ejercido ese poder de veto sobre los adelantos más pequeños que yo he tratado de adoptar. No sé cuál es tu punto de vista, pero tengo la impresión de que crees que sigues viviendo en Ganímedes. Si tienes ideas atrasadas, te lo advierto, ponte rápidamente al día. Yo soy de la Tierra, y esta sociedad será llevada con eficiencia

terrestre y organización terrestre. ¿Lo entiendes?

George echó una bocanada de oloroso tabaco hacia el techo antes de contestar, pero cuando lo hizo, sus ojos eran penetrantes, y su voz tenía un acento mordaz.

—De la Tierra, ¿verdad? ¿Nada menos que con eficiencia terrestre? Bien, Alien, me gustas. No puedo evitarlo. Eres tan igual a mí, que si no me gustaras sería como si no me gustara a mí mismo. Odio decirlo, pero tu educación es fatal.

Su voz se hizo severamente acusadora:

—Eres un terrícola. Bueno, mírate a ti mismo. Un terrícola no es, en el mejor de los casos, más que medio hombre, y, como es natural, os apoyáis en máquinas. Pero ¿supones que quiero que la sociedad sea dirigida por máquinas..., sólo máquinas? ¿Qué harán los hombres?

—Los hombres dirigen las máquinas —fue la rápida y malhumorada contestación.

—Las máquinas dirigen a los hombres, y lo sé muy bien. Primero, las usas; después dependes de ellas; y finalmente eres su esclavo. En tu preciosa Tierra sólo hay máquinas, máquinas, máquinas... y como resultado, ¿qué eres tú? Te lo diré. ¡Medio hombre!

Se incorporó.

—Me sigues gustando. Me gustas lo bastante para que siga deseando que hubieras vivido en Ganímedes conmigo. Por Júpiter que allí hubieran hecho de ti un hombre. —¿Has terminado? —preguntó Alien.

—¡Yo diría que sí!

—Entonces te diré una cosa. A ti no te pasa nada que una vida en un planeta decente no hubiera podido solucionar. Sin embargo, se da el caso de que eres de Ganímedes. Te aconsejo que regreses allí.

George habló en voz muy baja.

—No estarás pensando en darme una paliza, ¿verdad?

—No. No podría luchar con mi propia imagen, pero si tuvieras la cara un poco diferente, disfrutaría aplastándotela un poco.

—¿Crees que podrías hacerlo... un terrícola como tú? Vamos, sentémonos. Yo diría que nos estamos excitando demasiado. No arreglaremos nada de esta manera.

Volvió a sentarse, chupó inútilmente su cigarro apagado y lo lanzó al incinerador con repugnancia.

—¿Dónde está el agua? —gruñó.

Allen sonrió con repentina satisfacción.

—¿Tienes inconveniente en que sea una máquina la que nos la proporcione?

—¿Una máquina? ¿Qué quieres decir? —El joven de Ganímedes miró a su alrededor, sospechosamente.

—¡Fíjate! Hace una semana que me la he hecho instalar.

Pulsó un botón de la mesa y se oyó un chasquido en la parte inferior. Hubo el sonido del agua que caía durante uno o dos segundos y después un disco circular de

metal, que había junto a la mano derecha del terrícola, se deslizó hacia un lado y un vaso de agua se elevó desde abajo.

—Cógelo —dijo Alien.

George lo levantó cuidadosamente y lo vació de un trago. Lanzó el vaso vacío al incinerador, y después contempló larga y pensativamente a su hermano.

—¿Puedo ver esa máquina de agua tuya?

—Claro. Está debajo de la mesa. Aquí, te haré sitio para que la veas.

El de Ganimedes se arrastró por el suelo, mientras Allen le observaba con incertidumbre. De repente apareció una mano morena y una voz ahogada dijo:

—Dame un destornillador.

—¡Toma! ¿Qué pretendes hacer?

—Nada. Nada en absoluto. Sólo quiero investigar este artefacto.

Cogió el destornillador y, durante unos minutos, no se oyó otra cosa que un ocasional chirrido de metal contra metal. Finalmente, George asomó un rostro congestionado y se ajustó el arrugado cuello con satisfacción.

—¿Qué botón he de apretar para el agua?

Allen hizo un gesto y el botón fue apretado. Se oyó el gorgoteo del agua. El terrícola miraba con estupefacción a su hermano, a la mesa, y de nuevo a su hermano. Y entonces se dio cuenta de que notaba humedad en los pies.

Dio un salto, miró hacia el suelo y exclamó con consternación:

—Pero, maldito seas, ¿qué has hecho? —Un serpenteante chorro de agua salía ciegamente de debajo de la mesa y el sonido de agua aún continuaba.

George se dirigió con tranquilidad hacia la puerta.

—Nada más que un cortocircuito. Aquí tienes tu destornillador; vuelve a arreglarlo —y justo antes de dar un portazo añadió—: Vaya con tus preciosas máquinas. Se estropean en el momento más inoportuno.

El receptor acústico zumbaba con insistencia y Allen Cáster abrió malhumoradamente un ojo. Aún era de noche. Con un suspiro, levantó un brazo hasta la cabecera de la cama y puso el audiómetro en marcha.

La aguda voz de Amos Wells, del turno de noche, le chilló con excitación. Allen abrió los ojos de golpe y se incorporó.

—¡Está usted loco! —exclamó; pero se ponía los pantalones a medida que hablaba. Al cabo de diez segundos, subía las escaleras de tres en tres. Irrumpió en la oficina principal justo detrás de la corpulenta figura de su hermano gemelo.

El lugar estaba lleno; sus ocupantes, muy nerviosos.

Allen se apartó el largo cabello de los ojos.

—¡Enciendan el reflector de la torre!

—Ya está encendido —dijo alguien débilmente.

El terrícola corrió a la ventana y miró al exterior. El haz de luz amarilla apenas iluminaba unos cuantos metros y terminaba en una sombría oscuridad. Tiró de la persiana y la levantó unos cuantos centímetros. Se oyó el silbido del viento y un

tornado de toses dentro de la habitación. Allen volvió a cerrarla de golpe y se llevó inmediatamente las manos a sus ojos llorosos.

George habló entre dos estornudos:

—No estamos en la zona de las tormentas de arena. Así que no se trata de una de ellas.

—Lo es —aseveró Wells, chillando—. Es la peor que he visto en mi vida. En un momento ha pasado de un vientecito a un verdadero vendaval. Me ha cogido desprevenido. Cuando logré cerrar todas las salidas que comunican con el exterior, era demasiado tarde.

—¡Demasiado tarde! —Allen desvió su atención de sus ojos llenos de arena para fijarla en esas palabras—. Demasiado tarde, ¿para qué?

—Demasiado tarde para nuestro material móvil. Los cohetes son los que han recibido la peor parte. No hay ni uno que no tenga los propulsores atascados por la arena. Y lo mismo ocurre con las bombas de riego y el sistema de ventilación. Los generadores de abajo están intactos, pero todo lo demás tendremos que desmontarlo y volverlo a montar.

Estaremos parados, por lo menos, una semana. Quizá más.

Reinó un corto y significativo silencio, y después Allen dijo:

—Ocúpese de ello, Wells. Doble el turno de los hombres y empiecen con las bombas de riego. Tienen que estar a punto dentro de veinticuatro horas, o la mitad de la cosecha se malogrará. Espere, iré con usted.

Se dispuso a marcharse, pero cuando iba a dar el primer paso vio al encargado de las comunicaciones, Michael Anders, que subía corriendo las escaleras.

—¿Qué pasa?

Anders habló entrecortadamente:

—Todo el maldito planeta se ha vuelto loco. Ha habido el terremoto mayor de la historia, con el centro a menos de quince kilómetros de Aresópolis.

Hubo un coro de «¿Qué?» y una discordante continuación de imprecaciones. Los hombres se arremolinaron ansiosamente; muchos tenían parientes y esposas en la metrópoli marciana.

Anders prosiguió sin aliento:

—Sobrevino de repente. Aresópolis está en ruinas y han empezado los incendios. No tenemos detalles, pero el transmisor de nuestros laboratorios de Aresópolis ha dejado de emitir hace cinco minutos.

Se produjo una algarabía de comentarios. La noticia se extendió hasta el último rincón de la central, y la excitación alcanzó peligrosas proporciones de pánico. Allen alzó la voz.

—Quietos, todos. No hay nada que podamos hacer respecto a Aresópolis. Tenemos nuestros propios problemas. Esta extraña tormenta está relacionada de algún modo con el terremoto... y eso es de lo que nosotros debemos ocuparnos. Ahora, que todo el mundo vuelva a su puesto... y a trabajar de prisa. En Aresópolis nos

necesitarán muy pronto. —Se volvió a Anders—: ¡Usted! Vuelva a su receptor y no se aparte de él hasta que haya conseguido ponerse en contacto con Aresópolis. ¿Vienes conmigo, George?

—No, yo diría que no —fue la contestación—. Tú ocúpate de tus máquinas. Yo iré abajo con Anders.

Estaba amaneciendo, un amanecer oscuro y sombrío, cuando Allen Cárter volvió a la central. Estaba cansado física y mentalmente, y se le notaba. Entró en la habitación de la radio.

—Esto es un desastre. Si...

Hubo un «Shhh» y George le hizo frenéticas señas. Allen se calló. Anders se inclinaba sobre el receptor, girando minúsculos diales con dedos nerviosos.

Anders levantó la vista.

—Es inútil, señor Cárter. No puedo comunicarme con ellos.

—De acuerdo. Quédese aquí y tenga los oídos bien atentos. Si pasa algo, hágamelo saber.

Se dirigió hacia la salida, pasando un brazo por debajo del de su hermano y llevándoselo afuera.

—¿Cuándo podremos mandar el próximo embarque, Alien?

—Como muy pronto, dentro de una semana. Pasarán días hasta que tengamos algo que ruede o vuele, y aún pasarán más antes de que podamos empezar a recolectar de nuevo.

—¿Tenemos algunas reservas a mano?

—Unas cuantas toneladas de flores surtidas, especialmente rojas-púrpura. El cargamento con destino a la Tierra del pasado martes se lo llevó casi todo.

George se quedó pensativo.

Su hermano esperó un momento y dijo vivamente:

—Bueno, ¿qué piensas? ¿Qué noticias hay de Aresópolis?

—¡Muy malas! El terremoto ha arrasado tres cuartas partes de la ciudad y yo diría que el resto está casi destrozado por el fuego. Cincuenta mil personas tendrán que pasar la noche en tiendas de campaña. Esto no es nada divertido durante el otoño marciano, cuando el sistema de gravedad terrestre está desbaratado.

Allen dio un silbido.

—¡Neumonía!

—Y resfriados comunes, y gripe, y media docena de otras enfermedades, para no decir nada de la gente con quemaduras... El viejo Vincent está armando un escándalo.

—¿Quiere flores?

—Sólo tiene una reserva para dos días. Debe tener más.

Hubo una pausa y después George volvió a hablar:

—¿Qué es lo mejor que podemos hacer?

—Nada, hasta dentro de una semana... y eso si nos matamos trabajando. Si

podieran mandarnos una nave en cuanto la tormenta se calme, podríamos enviarles lo que tenemos como una provisión temporal, hasta que dispongamos del resto.

—Es tonto pensarlo siquiera. El aeropuerto de Aresópolis está en ruinas. No tienen ni una sola nave.

Un nuevo silencio. Entonces Allen habló con voz baja y tensa:

—¿Qué esperas? ¿Por qué me miras así?

—Estoy esperando que admitas que tus malditas máquinas han fallado en la mayor emergencia que hemos tenido.

—Admitido —exclamó el terrícola.

—¡Bien! Y ahora me toca a mí enseñarte lo que puede hacer el ingenio humano. —Alargó una hoja de papel a su hermano—. Es una copia del mensaje que he mandado a Vincent.

Allen dirigió una larga mirada a su hermano y leyó lentamente unos garabatos escritos a lápiz.

«Le entregaremos todo lo que tenemos dentro de treinta y seis horas. Confío en que le durará unos cuantos días, hasta que podamos enviarle un verdadero embarque. Las cosas están un poco difíciles por aquí».

—¿Cómo piensas hacerlo? —inquirió Allen al terminar de leer.

—Estoy tratando de enseñártelo —contestó George, y Allen se dio cuenta entonces de que habían dejado la central y se hallaban en las cavernas.

George abrió la marcha durante cinco minutos y se detuvo frente a un objeto muy voluminoso que apenas se veía en la oscuridad. Encendió la luz de la sección y dijo:

—¡Un camión de arena!

El camión de arena no era un objeto que impresionara. Con el coche propulsor delante y los tres descubiertos vagones de carga detrás, brindaba una imagen de absoluta decrepitud. Quince años atrás había sido relegado al desuso por los trineos de arena y los cohetes de carga.

El de Ganímedes decía:

—Yo mismo lo he repasado hace una hora y sigue en buen estado. Tiene escudos, unidad de aire acondicionado para el coche propulsor y un motor de combustión interna.

El otro levantó la vista con viveza. Había una desagradable expresión en su rostro.

—Quieres decir que quema combustible químico.

—¡Sí! Gasolina. Por eso me gusta. Me recuerda a Ganímedes. Allí tenía un coche con un motor que...

—Pero espera un momento. No tenemos nada de gasolina.

—No, yo diría que no. Pero por aquí tenemos mucho hidrocarburo líquido. ¿Qué hay del solvente D? Es octano en su mayor parte. Tenemos tanques llenos de él.

Allen dijo:

—Está bien...; pero el camión sólo tiene dos plazas.

—Ya lo sé. Una es para mí.

—Y la otra para mí. George gruñó:

—Hubiera apostado a que dirías eso..., pero no será cuestión de apretar un botón. ¿Dirías que serás capaz..., terrícola? —Diría que lo soy, ganimediano.

Hacia dos horas que había salido el sol, antes de que el motor del camión de arena se pusiera en marcha, pero en el exterior la oscuridad se había hecho aún más profunda.

Accionaron la palanca hacia abajo y la puerta doble se separó con dificultad, a causa de la arena que la obstruía. A través de un remolino de polvo, el camión salió, y detrás de él unas figuras cubiertas de arena se sacudieron los cascos y volvieron a cerrar las puertas.

George Cáster, habituado por su larga experiencia en Ganímedes, hizo frente al súbito cambio de gravedad que encontraron al dejar el campo gravitatorio protector de las cavernas con una prolongada aspiración. Mantuvo las manos firmemente agarradas al volante. Sin embargo, su hermano terrícola se encontró en una situación muy distinta. El apretado y nauseabundo nudo que contrajo su estómago se aflojó con gran lentitud y pasó mucho rato antes de que su irregular y estertórea respiración volviera a recobrar algo de normalidad.

Y, no obstante, el terrícola se dio cuenta de la larga mirada de reojo del otro y de la sonrisa que distendió sus labios.

Los kilómetros pasaban lentamente, pero la impresión de inmovilidad era casi tan completa como en el espacio. Los alrededores aparecían grises... uniformes, monótonos e invariables. El ruido del motor era un zumbido ronco, y el chasquido del purificador de aire que había detrás, un tictac soñoliento. De vez en cuando, llegaba una racha de viento especialmente fuerte, y un golpeteo de arena sonaba contra la ventanilla con un millón de minúsculos ruidos distintos.

George no apartaba la vista de la brújula que tenía delante. El silencio era casi opresivo.

Y entonces el de Ganímedes volvió la cabeza, y gruñó:

—¿Qué le pasa al maldito ventilador? Allen se enderezó lo más que pudo, hasta que tocó el techo con la cabeza, y entonces palideció.

—Se ha detenido.

—Pasarán horas antes de que termine la tormenta. Hasta entonces necesitamos aire. Métete ahí detrás y vuelve a ponerlo en marcha. —Su voz era categórica y terminante.

—Aquí —dijo, mientras el otro se introducía, por encima de su hombro, en la parte posterior del coche—. Aquí está la caja de herramientas. Tienes unos veinte minutos antes de que el aire esté demasiado viciado como para respirar. Ya lo está bastante.

Hubo un ruido de lucha detrás de él y después se oyó la voz de Alien:

—Maldita cuerda. ¿Qué hace aquí? —Hubo un martillazo y después una

maldición de repugnancia.

—Esto está lleno de herrumbre.

—¿Alguna otra cosa estropeada? —preguntó el ganimediano.

—No lo sé. Espera a que limpie esto.

Más martillazos y el áspero sonido casi continuo de rascar.

Allen se recostó de nuevo en su asiento. Tenía el rostro bañado de sudor y herrumbre, y al pasarse la palma de una mano igualmente húmeda y recubierta de orín, no hizo más que empeorar las cosas.

—Esta bomba se sale como una olla agujereada, ahora que he quitado la herrumbre que la envolvía. La he puesto a su velocidad máxima, pero lo único que hay entre ella y una avería definitiva es una oración.

—Empieza a rezar —dijo bruscamente George—. Ruega por tener un botón que apretar.

El terrícola frunció el ceño, y miró frente a sí con adusto silencio.

A las cuatro de la tarde, el ganimediano observó:

—El aire empieza a ser menos denso, o así lo parece.

Allen se puso alerta. Dentro, el aire estaba viciado y húmedo. El ventilador posterior crujía sibilantemente entre un chasquido y otro y éstos se espaciaban cada vez más.

Ahora ya no duraría mucho tiempo.

—¿Cuánto terreno hemos cubierto?

—Cerca de una tercera parte de la distancia —fue la contestación—. ¿Cómo te las arreglas? —Bastante bien —respondió Alien. Se retiró otra vez al interior de su concha.

Llegó la noche y las primeras brillantes estrellas del firmamento marciano se dejaron ver cuando, con un último, inútil y prolongado swi-i-i-s-s-sh, el ventilador se detuvo.

—¡Maldita sea! —exclamó George—. No puedo seguir respirando esta sopa por más tiempo. Abre las ventanillas.

El frío aire marciano penetró en el interior y con él los últimos indicios de arena. George tosió, mientras se ponía la gorra de lana sobre las orejas y conectaba la calefacción.

—Sigo masticando granos de arena.

Allen contemplaba melancólicamente el cielo.

—Allí está la Tierra... con la Luna siguiéndola de cerca.

—¿La Tierra? —repitió George con mordaz desprecio. Señaló con el dedo hacia el horizonte—. Ahí está el viejo y querido Júpiter.

Y echando la cabeza hacia atrás, cantó con profunda voz de barítono:

Cuando la dorada órbita de Jove reluce en el cielo, mi alma desea ir a esa tierra feliz que conozco, de nuevo al viejo y querido Ganíme-e-e-e-edes.

La última nota vibró y se quebró, y su sonido se repitió una y otra vez a un ritmo

cada vez más fuerte, hasta que su vibrante aullido alcanzó una intensidad capaz de volver sordo a cualquiera.

Allen contemplaba a su hermano con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo lo has hecho? George sonrió.

—Es el trino de Ganímedes. ¿No lo habías oído antes? El terrícola movió la cabeza.

—Había oído hablar de él, pero nada más.

El otro hizo gala de un poco más de cordialidad.

—Bueno, naturalmente, sólo puedes hacerlo en una atmósfera poco densa. Tendrías que oírme en Ganímedes. Cuando me sale bien, soy capaz de sacar a cualquiera de su silla. Espera a que beba un poco de café, y te cantaré el verso veinticuatro de la Balada de Ganímedes.

Respiró profundamente:

Hay una doncella de cabellos rubios a la que amo bajo la luz de Jove y está allí esperándome a mí-i-i-i-i.

Entonces...

Allen le agarró por el brazo y le sacudió. El ganimediano se interrumpió.

—¿Qué pasa? —inquirió vivamente.

—Acaba de oírse un ruido en el techo. Hay algo ahí arriba.

George alzó la mirada.

—Coge el volante. Subiré hasta allí. Allen movió la cabeza.

—Iré yo mismo. No me veo capaz de llevar este primitivo artefacto.

Al cabo de un segundo se encontraba en el estribo. —No te pares —gritó, y subió un pie al techo.

Se quedó inmóvil en esta posición al distinguir dos ojos amarillos que le contemplaban con fijeza. No tardó más de un segundo en comprender que estaba cara a cara con un kaezel, una situación tan desagradable como encontrarse a una serpiente cascabel en la cama.

Sin embargo, no había tiempo para comparaciones mentales entre su posición y los apuros de la Tierra, puesto que el kaezel se abalanzó sobre él, con sus colmillos venenosos brillando a la luz de las estrellas.

Allen lo esquivó desesperadamente y perdió el equilibrio. Cayó sobre la arena con un golpe sordo y el cuerpo, frío y cubierto de escamas, del reptil marciano se abalanzó sobre él.

La reacción del terrícola fue casi instintiva. Alzó la mano y la dejó caer con fuerza sobre el pequeño hocico de la criatura.

En aquella posición, la bestia y el hombre se inmovilizaron como estatuas exánimes. El hombre temblaba y, en su interior, el corazón le latía a una gran velocidad. Apenas se atrevía a moverse. En la insólita gravedad marciana, vio que no podía controlar el movimiento de sus extremidades. Los músculos se contraían casi por decisión propia y las piernas se movían cuando no debían hacerlo.

Trató de mantenerse inmóvil... y pensar.

El kaezel se retorció, y de sus labios, fuertemente cerrados por los músculos terrestres, se escapó un trémulo gemido. La mano de Allen se tornó resbaladiza por el sudor y sintió que el hocico de la bestia giraba un poco dentro de su palma. Lo apretó más, dominado por el pánico. Físicamente, el kaezel no podía competir con un terrícola, aunque éste estuviera cansado, asustado y no acostumbrado a la gravedad... pero un mordisco, en cualquier parte era todo lo que necesitaba.

El kaezel dio un repentino tirón; dobló la espalda y sacudió las patas. Allen lo sostuvo con ambas manos, pues no podía dejarlo escapar. No tenía pistola ni cuchillo. En el llano desierto de arena no había ninguna roca con la que pudiera aplastarle el cráneo. El camión de arena hacía rato que había desaparecido en la noche marciana, y estaba solo..., sólo con el kaezel.

Desesperado, lo retorció. La cabeza del kaezel se inclinó. Oía su respiración entrecortada... y de nuevo dejó escapar aquel débil gemido.

Allen se colocó sobre él y apretó las rodillas contra su abdomen, frío y cubierto de escamas. Torció la cabeza más y más. El kaezel luchaba desesperadamente, pero los bíceps de Allen mantuvieron la presión. Casi podía sentir la agonía de la bestia en sus últimas etapas, cuando reunió toda su fuerza... y algo se rompió con un crujido.

El animal se inmovilizó.

Allen se puso en pie, a punto de sollozar. El viento de la noche marciana le cortaba la cara y el sudor se le heló en el cuerpo. Se hallaba solo en el desierto.

Se produjo la reacción. Sintió un intenso zumbido en los oídos. Le fue difícil soportarlo. El viento era cortante, pero ya no lo notaba.

El zumbido se tradujo en una voz..., una voz que llamaba fantasmagóricamente a través del viento marciano:

—Allen, ¿dónde estás? Maldito seas, ingenuo, ¿dónde estás? ¡Allen! ¡Allen!

Una nueva vida inundó al terrícola. Se echó el cadáver del kaezel sobre los hombros y se dirigió tambaleándose hacia la voz.

—Aquí estoy, ganimediano. Aquí mismo. Tropezó ciegamente y fue a caer en brazos de su hermano.

George empezó con voz ronca:

—Maldito terrícola, ¿ni siquiera puedes mantenerte de pie sobre un camión de arena que se mueve a quince kilómetros por hora? Yo hubiera...

Su voz se desvaneció en una especie de gorjeo.

Allen dijo con cansancio:

—Había un kaezel en el techo. Me hizo caer. Toma, ponlo en alguna parte. Hay una recompensa de cien dólares por cada piel de kaezel que se lleve a Aresópolis.

Durante la media hora siguiente no se dio cuenta de nada. Cuando su mente se aclaró, volvía a encontrarse en el camión con el sabor de café caliente en la boca.

George se hallaba sentado junto a él en silencio, con los ojos fijos en el desierto que tenían delante. Pero al cabo de un rato, se aclaró la garganta y lanzó una

penetrante mirada a su hermano. Había una extraña expresión en sus ojos.

Allen dijo:

—Escucha, ahora ya estoy despierto, y tú pareces medio muerto, así que, ¿qué te parecería enseñarme ese «trino de Ganimedes» tuyo? Es capaz de despertar a un muerto.

El ganimediano le miró con mayor fijeza y después dijo ásperamente:

—Claro que sí, mírame la nuez mientras lo hago de nuevo.

El sol se hallaba a medio camino de su cénit cuando llegaron al canal.

—Mira, el canal está ahí enfrente.

El canal —un pequeño afluente del gran Canal Jefferson— no contenía más que unas gotas de agua en aquella estación del año. Era tan sólo una sucia y serpenteante línea de humedad. Rodeándolo por ambos lados, aparecían las áreas pantanosas de barro negro que iban a llenarse hasta convertirse en una rápida corriente fría como el hielo en el plazo de un año terrestre.

El camión descendió por el barro cayó torpemente en los charcos. Avanzó dando tumbos sobre las rocas; los cubos de las ruedas se llenaron de barro en su camino a través del oscuro canal y después se dispuso a iniciar el ascenso.

Y entonces, con una rapidez que lanzó a los dos ocupantes fuera de sus asientos, el camión derrapó, hizo un esfuerzo inútil por seguir adelante, y se negó a continuar.

Los hermanos se apresuraron a bajar y examinaron la situación. George juró rabiosamente, con la voz más ronca que nunca.

Allen echó la cabeza hacia atrás con cansancio.

—Bueno, no te quedes ahí mirándolo. Todavía nos faltan ciento cincuenta kilómetros o más para llegar a Aresópolis. Tenemos que salir de aquí.

—Claro, pero ¿cómo? —Sus imprecaciones se transformaron en una respiración sibilante, mientras se introducía en el camión para coger la cuerda de la parte posterior.

La contempló dubitativamente.

—Métete ahí, Alien, y cuando yo tire, aprieta a fondo este pedal con el pie.

Ató la cuerda al eje frontal mientras hablaba. La arrastró tras de sí al tiempo que andaba pesadamente con el barro hasta los tobillos, y la atirantó.

—Muy bien, ahora, ¡aprieta! —gritó. Su rostro se tornó púrpura con el esfuerzo y los músculos de su espalda se contrajeron.

Alien, dentro del coche, apretó hasta el fondo el pedal indicado. El motor rugió y las ruedas posteriores zumbaron al dar vueltas. El camión se levantó un poco, y después volvió a hundirse.

—Es inútil —exclamó George—. Pierdo pie. Si el suelo estuviera seco, podría hacerlo.

—Si el suelo estuviera seco no nos habiéramos atascado —replicó Alien—. Vamos, dame esa cuerda.

—¿Crees que tú podrás hacerlo, si yo no he podido? —gritó rabiosamente

George, pero el otro ya había salido del coche.

Allen se había fijado en una gran roca, firmemente hundida, no lejos del camión, y con gran alivio descubrió que se hallaba dentro del alcance de la cuerda. La puso tirante y colocó el extremo libre alrededor de la piedra. Una vez fuertemente atada, la atirantó y aguantó.

Su hermano se asomó por la ventanilla del coche, mientras él regresaba, agitando un puño al aire.

—Bueno, papanatas, ¿qué estás haciendo? ¿Esperas que esa enorme roca nos saque de aquí?

—Cállate —contestó Alien— y dale al gas cuando yo tire.

Se detuvo a medio camino entre la piedra y el camión y cogió la cuerda.

—¡Aprieta! —gritó a su vez, y con una repentina sacudida, tiró de la cuerda hacia sí con ambas manos.

El camión se movió; sus ruedas se agarraron al suelo con firmeza. Durante un momento, dudó con el motor a muchas revoluciones y las manos de George temblando sobre el volante. Y entonces salió del lodo. Y casi simultáneamente, la roca al extremo de la tirante cuerda salió del barro con un chasquido líquido y se volcó de costado.

Allen deshizo el nudo y corrió hacia el camión.

—No lo pares —gritó, y saltó al estribo, con la cuerda arrastrando.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó George, con los ojos llenos de admiración.

—Ahora no tengo energías para explicártelo. Cuando llegemos a Aresópolis y hayamos dormido bien, te dibujaré el triángulo de fuerzas y te demostraré lo que ha sucedido. No ha sido cuestión de músculos. No me mires como si fuera Hércules.

George apartó la vista de su hermano con un esfuerzo.

—Un triángulo de fuerzas, ¿verdad? Nunca lo había oído, pero si eso es lo que puede hacer, la educación es una gran cosa.

—¡Cometa de gas! ¿Queda algo de café? —Cogió el último termo, lo agitó junto a su oreja tristemente, y dijo—: Oh, vamos a practicar el trino. Es casi igual de bueno y se puede decir que ya lo tengo perfeccionado.

El rojizo sol se ponía lentamente detrás de la Cordillera del Sur. Ésta es una de las dos cadenas montañosas que quedan en Marte. Es una región de colinas; colinas antiguas, desgastadas por el tiempo y erosionadas, detrás de las cuales se levanta Aresópolis.

Constituye el único paisaje digno de mención de todo Marte y también el dorado atributo de ser capaz de absorber, por las corrientes ascendentes de sus costados, una lluvia ocasional de la desecada atmósfera marciana.

Quizá, una pareja de la Tierra y Ganímedes se hubiera extasiado ante esta pintoresca área, pero desde luego éste no era el caso de los gemelos Cárter.

Sus ojos, hinchados por la falta de sueño, resplandecieron una vez más al divisar unas colmas en el horizonte. Sus cuerpos, casi agotados por el cansancio más

absoluto, volvieron a ponerse en tensión cuando iniciaron el ascenso hacia el cielo.

Y el camión avanzó dando tumbos, pues justo detrás de las colinas se encontraba Aresópolis. El camino que seguían ya no era una línea recta, marcada por la brújula, con el suelo liso y llano. Era un sendero estrecho y zigzagueante sobre terreno rocoso.

Ya habían llegado a las Cimas Gemelas cuando, súbitamente, el motor chisporroteó, tosió como si fuera a detenerse, y después se calló.

Allen se enderezó y dijo con voz cansada y suprema consternación:

—¿Qué le ocurre ahora a este maldito coche? Su hermano se encogió de hombros.

—Nada que no me imaginara desde hace una hora. Se nos ha terminado la gasolina. No importa nada. Estamos en Cimas Gemelas..., sólo a quince kilómetros de la ciudad. Podemos estar allí dentro de una hora, y ellos ya enviarán a buscar las flores.

—¡Quince kilómetros en una hora! —protestó Alien—. Tú estás loco. —De pronto su cara se contrajo con una angustiada idea—. ¡Dios mío! No tardaremos menos de tres horas y ya es casi de noche. Nadie puede durar tanto en una noche marciana. George, estamos...

George le arrastraba fuera del coche por la fuerza.

—Por Júpiter, Alien, no te dejes dominar ahora por tu ingenuidad. Podemos hacerlo en una hora, te lo digo yo. ¿Nunca has corrido bajo una gravedad inferior a la normal? Es como volar. Mírame.

Se puso en marcha, rozando ligeramente el suelo, y avanzando a grandes saltos que, al cabo de un momento, le habían conducido a la cima de una montaña. Le hizo señas con la mano, y su voz llegó débilmente:

—¡Ven!

Allen obedeció... y se cayó cuan largo era a la tercera zancada, agitando los brazos y con las piernas separadas. La risa del ganimediano llegó hasta él.

Allen se levantó furiosamente y se sacudió el polvo. A un paso normal, inició la subida.

—No te enfades, Allen —dijo George—. Es cuestión de cogerle el truco, y yo he practicado en Ganímedes. Imagínate que saltas sobré una cama de plumas. Corre rítmicamente —con un ritmo muy lento— y muy cerca del suelo; no des grandes saltos. Así. ¡Mírame!

El terrícola lo intentó, con los ojos fijos en su hermano. Sus primeras zancadas inseguras se volvieron más firmes y más largas. Extendía las piernas y balanceaba los brazos, imitando a su hermano, paso a paso.

George le animó con sus gritos y aceleró el paso.

—No te separes tanto del suelo, Alien. No saltes antes de tocar con los pies en tierra.

Los ojos de Allen brillaban y, durante un momento, se olvidó del cansancio.

—¡Esto es estupendo! £5 como volar... o como llevar muelles en los zapatos.

Los minutos pasaban sin que Allen se diera cuenta. Estaba demasiado absorto en la maravillosa sensación nueva de correr en una subgravedad, para hacer otra cosa que seguir a su hermano. Ni siquiera el frío, que aumentaba continuamente, le volvió a la realidad.

Así pues, fue en el semblante de George donde la inquietud se convirtió en una expresión de verdadero pánico.

—¡Hey, Alien, detente! —gritó. Inclinandose hacia atrás, se paró dando un último salto lleno de gracia y naturalidad. Allen trató de hacer lo mismo, rompió el ritmo, y se cayó de cara. Se levantó haciéndose furiosos reproches.

El ganimediano no dio muestras de haberle oído. En la oscuridad, su mirada era sombría.

—¿Sabes dónde estamos, Alien?

Allen sintió que se le obstruía la tráquea al mirar rápidamente a su alrededor. Las cosas parecían diferentes en la semioscuridad, pero ahora eran mucho más distintas de lo normal. Era imposible que las cosas fueran tan diferentes.

—Ya tendríamos que divisar el Viejo Calvo, ¿verdad? —dijo trémulamente.

—Ya hace rato que tendríamos que haberlo visto —fue la desagradable respuesta—. Es este maldito terremoto. El corrimiento de tierras debe de haber cambiado los caminos. Las mismas cimas se deben de haber desplazado... —Su voz era débil—. Alien, sería inútil tratar de engañarnos. Nos hemos perdido.

Guardaron silencio durante un momento... dominados por la incertidumbre. El cielo era púrpura y las colinas se recortaban contra él. Allen se mojó los labios amoratados por el frío con una lengua seca.

—No podemos estar a muchos kilómetros de distancia. Si miramos bien, es posible que veamos la ciudad.

—Considera la situación, terrícola —fue la contestación que el otro gritó—. Es de noche, una noche marciana. La temperatura es inferior a cero y desciende verticalmente a cada minuto. Si no hemos llegado dentro de media hora, ya no llegaremos.

—¡Hemos de encender una hoguera! —La sugerencia, formulada en un confuso murmullo, fue seguida por la inmediata réplica del otro:

—¿Con qué? —George se hallaba a su lado, dominado por la más completa desilusión y frustración—. Hemos llegado hasta aquí, y ahora probablemente nos moriremos de frío a un kilómetro de la ciudad. Vamos, sigamos corriendo. Es una posibilidad entre cien.

Pero Allen le detuvo. Los ojos del terrícola brillaban febrilmente.

—¡Hogueras! —exclamó—. Es una posibilidad. ¿Quieres correr un riesgo que puede dar resultado?

^No tenemos otra cosa que hacer —gruñó el otro—. Pero date prisa. A cada minuto que pasa me...

—Pues corre en la dirección del viento... y no te piales.

—¿Por qué?

—No te preocupes del porqué. Haz lo que te he dicho; ¡corre con el viento!

No había falso optimismo en Allen mientras saltaba en la oscuridad, tropezando con piedras sueltas, deslizándose por los declives..., siempre con el viento a su espalda. George corrió a su lado, formando una mancha vaga y confusa en la noche.

El frío se hizo más agudo, pero no tanto como la punzada de aprensión que corroía los órganos vitales del terrícola.

¡La muerte no es agradable!

Y entonces llegaron a la cima de la colina, y de la garganta de George se escapó un «¡Por Júpiter!» de triunfo.

El terreno que se extendía ante ellos, tan lejos como la vista alcanzaba, estaba lleno de hogueras; La aniquilada Aresópolis se encontraba frente a ellos, iluminada por las hogueras que sus supervivientes habían encendido para protegerse del frío.

Y en la empinada montaña, dos figuras cansadas se daban palmadas en la espalda, reían fuertemente, y se abrazaban para expresar su alegría. ¡Por fin habían llegado!

El laboratorio de Aresópolis, en el mismo límite de la ciudad, era uno de los pocos edificios que aún permanecía en pie. En su interior, con luces provisionales, demacrados científicos destilaban las últimas gotas de extracto. Fuera, las fuerzas policíacas de la ciudad se esforzaban desesperadamente en hacer llegar los preciosos frascos y botellas a los diversos centros médicos de emergencia establecidos en diferentes lugares de las ruinas que una vez fueron la metrópoli marciana.

El anciano Hal Vincent supervisaba el proceso, y sus cansados ojos no dejaban de escrutar ansiosamente las colinas que tenía delante, con la dudosa esperanza de ver aparecer el prometido cargamento de flores.

Y entonces surgieron dos figuras de la oscuridad y se detuvieron frente a él.

Una estremecedora ansiedad se apoderó de él.

—¡Las flores! ¿Dónde están? ¿Las han traído?

—Están en Cimas Gemelas —jadeó Alien—. Hay una tonelada o más en un camión de arena. Mande a buscarlas.

Un grupo de coches terrestres de la policía partió antes de que Allen concluyera, y Vincent exclamó, perplejo:

—¿Un camión de arena? ¿Por qué no las han mandado en una nave? Pero ¿qué les ha sucedido allí? El terremoto...

No recibió una contestación directa. George se había acercado a la hoguera más cercana con una beatífica expresión en su fatigado rostro.

—¡Ahhh, qué calorcito! —Lentamente, se desplomó y cayó dormido antes de tocar el suelo. Allen tosió entrecortadamente.

—¡Huh! ¡El pequeño ganimediano! ¡No ha podido resistirlo!

Y el suelo se levantó y se golpeó la cara contra él.

Allen se levantó con el sol vespertino en los ojos y el olor de tocino frito en la

nariz. George le acercó la sartén y dijo entre dos gigantescos bocados:

—Sírrete.

Señaló hacia el camión de arena vacío frente al laboratorio.

—Ya han conseguido su material. Allen se echó sobre la comida, silenciosamente.

George se limpió los labios con la palma de la mano y dijo:

—Dime, Alien, ¿cómo encontraste la ciudad? He estado tratando de averiguarlo.

—Por las hogueras —murmuró el otro—. Era la única manera que tenían de calentarse, y el fuego sobre kilómetros cuadrados de tierra crea una sección de aire caliente, que se eleva, atrayendo el aire frío de las colinas circundantes. —Acompañó sus palabras de los gestos apropiados—. El viento de las colinas soplaba hacia la ciudad para remplazar al aire caliente y nosotros seguimos al viento. Una especie de brújula natural, que señalaba hacia donde queríamos ir.

George guardó silencio, pisoteando con desconcertado vigor las cenizas de la hoguera de la noche anterior.

—Escucha, Alien, te había juzgado mal. Para mí fuiste un ingenuo terrícola hasta que... —Hizo una pausa, respiró profundamente y explotó—: Bueno, por Júpiter, eres mi hermano gemelo y estoy orgulloso de ello. Ni siquiera la Tierra entera ha podido aniquilar la sangre Cárter que hay en ti.

El terrícola abrió la boca para contestarle, pero su hermano se la cerró tapándosela con una mano.

—Tú te callas hasta que yo haya acabado. Cuando volvamos, puedes instalar ese colector mecánico o lo que quieras. Retiro mi veto. Si la Tierra y las máquinas son capaces de producir la clase de hombre que tú eres, son una gran cosa. Pero, a pesar de todo —había cierta nostalgia en su voz—, tienes que admitir que siempre que las máquinas se han estropeado, desde los camiones de riego y los cohetes hasta los ventiladores y los camiones de arena, han sido los hombres los que se han espabilado a pesar de todo lo que Marte podía hacer.

Allen liberó su rostro de la mano que lo tenía sujeto.

—Las máquinas hacen lo que pueden —dijo, pero sin demasiada vehemencia.

—Desde luego, pero eso es todo lo que pueden hacer. Cuando llega la emergencia, un hombre ha de hacer mucho más de lo que puede o está perdido.

Allen hizo una pausa, asintió, y asió la mano de su hermano con súbita fiereza.

—Oh, no somos tan diferentes. La Tierra y Ganímedes nos cubren con una delgada capa por fuera, pero por dentro...

Se contuvo.

—Vamos, sigamos con ese trino de Ganímedes.

Y de las dos fraternales gargantas surgió un alarido tan penetrante como el claro y frío aire marciano no había llevado nunca.

Con *Herencia*, volvieron a dedicarme la portada. En relación con esta historia, me acuerdo muy bien de un comentario que recibí de un muchacho llamado Scott Feldman (que entonces aún era un adolescente, pero que más tarde, como Scott Meredith, se convertiría en uno de los agentes

literarios más importantes de la especialidad). Desaprobó el relato porque introduje dos personajes al principio que desaparecen de la historia y no vuelve a saberse nada más de ellos.

Una vez me hubieron llamado la atención sobre ello, me pareció que era un verdadero defecto, y me extrañó que ni Campbell ni Pohl me lo hubiesen mencionado específicamente. Sin embargo, no tuve el valor de preguntarlo.

Pero ello me impulsó a examinar mis relatos con mayor minuciosidad a partir de entonces, y me di cuenta de que escribir no es todo inspiración y fluidez. Tenías que formularte curiosas preguntas técnicas, como, «¿Qué hago con este personaje ahora que me he tomado la molestia de emplearlo?»

Cuando Campbell rechazaba y Pohl aceptaba *Herencia*, yo estaba escribiendo Historia. Sucedió lo mismo. El 13 de septiembre lo sometí a Campbell. Fue rechazado, y, eventualmente, Pohl lo aceptó.

HISTORIA

El delgado brazo de Ullen empujaba el estilete cuidadosa y esmeradamente a través del papel; sus ojos miopes parpadeaban detrás de unos gruesos cristales. La luz de señales centelleó dos veces antes de que contestara.

Volvió una página y gritó:

—¿Eres tú, Johnnie? Entra, por favor. Sonrió amablemente, con su delgado rostro marciano encendido de placer.

—Siéntate, Johnnie, pero primero baja la persiana. El fulgor del sol de la Tierra es muy molesto. Ah, así está mejor, y ahora siéntate y no hagas nada. Quiero silencio durante un rato, pues estoy ocupado.

John Brewster cambió de lugar un montón de papeles mal ordenados y se sentó. Quitó el polvo de los bordes de un libro que estaba abierto sobre la silla más cercana y miró con reproche al historiador marciano.

—¿Sigues fisgoneando en esas viejas cosas llenas de moho? ¿No te cansas?

—Por favor, Johnnie —Ullen no levantó la mirada—, perderás la página. Ese libro es La era de Hitler, de William Stewart, y es muy difícil de leer. Usa muchas palabras que no explica.

Su mirada, al detenerse sobre Johnnie, era de petulancia ceñuda.

—Nunca explican sus términos —prosiguió—. Es algo muy poco científico. En Marte, antes de empezar siquiera, decimos: «Ésta es una lista de todas las definiciones de los términos que se emplearán». Si no, ¿cómo se puede hablar sensatamente? ¡Hum! Los terrícolas estáis locos.

—Oh, vamos, Ullen..., olvídale. ¿Por qué no me miras? ¿Ni siquiera te has dado cuenta de nada?

El marciano suspiró, se quitó los lentes, los limpió concienzudamente, y volvió a ponérselos con cuidado. Contempló a Johnnie con aire distraído.

—Bueno, me parece que llevas un traje nuevo. ¿Verdad?

—¡Un traje nuevo! ¿Eso es todo lo que vas a decir, Ullen? Esto es un uniforme. Soy miembro de la Defensa de la Patria. —Se puso en pie, como la personificación de la exuberancia juvenil.

—¿Qué es eso de la Defensa de la Patria? —preguntó lánguidamente Ullen.

Johnnie tragó saliva y volvió a sentarse con impotencia.

—Verás, en realidad creo que no has oído hablar de que la semana pasada hubo guerra entre la Tierra y Venus. Apuesto algo a que no lo sabías.

—He estado ocupado —frunció el ceño y los delgados labios sin sangre—. En Marte no hay guerra... por lo menos, ya no la hay. Hubo un tiempo en que solíamos luchar, pero de eso hace mucho tiempo. Hubo una época en que también éramos científicos, pero de eso hace mucho tiempo. Ahora, somos muy pocos... y no luchamos.

—Pareció estremecerse y habló con más energía—: Dime, Johnnie, ¿sabes dónde

puedo averiguar lo que significa «honor nacional»? Me he atascado. No puedo seguir adelante a menos que lo comprenda.

Johnnie se levantó hasta alcanzar toda su altura y lucir el uniforme verde sin mácula del Servicio Terrestre. Se rió con amable indulgencia.

—No tienes remedio, Ullen..., viejo tonto. ¿No vas a desearme suerte? Mañana saldré al espacio.

—Oh, ¿hay peligro?

Hubo una carcajada de protesta.

—¿Peligro? ¿Qué crees tú?

—Bueno, pues ir en busca del peligro es una tontería ¿Por qué lo haces?

—No lo entenderías, Ullen. Sólo deséame suerte y dime que confías en que vuelva sano y salvo.

—¡Natu-ral-men-te! No quiero que se muera nadie.

—Deslizó la mano en la otra que se le ofrecía—. Cuídate.

Johnnie... y espera, antes de irte, tráeme el libro de Stewart. Todo pesa tanto aquí en la Tierra... Pesa, pesa... y las palabras no tienen definiciones.

Suspiró, y volvió a concentrarse en sus libros mientras Johnnie se escabullía silenciosamente de la habitación.

—Estos bárbaros —murmuró, medio dormido—. ¡La guerra! Lllaman a eso matarse...— Su voz se desvaneció, convirtiéndose en un murmullo indistinto, mientras sus ojos seguían un dedo que recorría la página.

«Desde el mismo momento de la unión del mundo anglosajón en una sola entidad gubernamental, hacia la primavera de 1941, era evidente que el destino de...» — ¡Esos terrícolas locos!

Ullen se apoyaba fuertemente sobre sus muletas en las escaleras que conducían a la biblioteca de la Universidad y una de sus delgadas manos protegía sus ojos lacrimosos del terrible sol de la Tierra.

El cielo estaba azul, sin nubes; inalterado. Pero en algún lugar de las alturas, al otro lado del etéreo manto del planeta, unas naves de acero brillaban en encarnizado combate. Y sobre la ciudad caían las minúsculas «gotas de la muerte», las muy divulgadas bombas radiactivas que silenciosa e inexorablemente formaban un cráter de cinco metros de profundidad dondequiera que cayeran.

La población de la ciudad corría hacia los refugios y se enterraba en las sólidas celdas de plomo. Con la mirada alzada, silenciosos, ansiosos, pasaban junto a Ullen. Unos guardias de uniforme ponían un poco de orden en la gigantesca huida, dirigiendo a los rezagados y animando a los calmosos.

Llenaban el aire con sus órdenes.

—Vaya hacia el refugio. No se detenga. Ya sabe que no puede quedarse aquí.

Ullen se volvió hacia el guardia que le había hablado y, lentamente, desechó sus pensamientos para hacerse cargo de la situación.

—Lo siento, terrícola, pero no puedo moverme más de prisa en vuestro enorme

planeta. —Golpeó una muleta sobre el suelo de mármol—. Las cosas pesan mucho. Si estuviera entre los demás, me aplastarían.

Sonrió amablemente, y el guardia se frotó la barbilla.

—Muy bien, yo lo arreglaré. Para ustedes, los marcianos, todo esto es muy duro.

Vamos, aparte esas muletas. Haciendo un esfuerzo, levantó al marciano. —Pegue las piernas a mi cuerpo, porque vamos a ir muy de prisa.

Su voluminosa figura se mezcló entre la masa de terrícolas. Ullen cerró los ojos al moverse rápidamente bajo una gravedad superior a lo normal y sentir cómo se le contraía el estómago. Volvió a abrirlos en las oscuras profundidades del refugio.

El guardia le depositó cuidadosamente en el suelo y colocó las muletas debajo de los brazos de Ullen.

—Muy bien. Cuídese.

Ullen inspeccionó los alrededores y cojeó hacia uno de los bancos que había en el extremo del refugio. A su espalda se oyó el tétrico sonido metálico de la gruesa puerta de plomo.

El historiador marciano extrajo una gastada libreta de su bolsillo y garabateó unas anotaciones. No hizo caso del excitado murmullo que se alzaba a su alrededor, ni de los fragmentos de acaloradas conversaciones que llenaban el aire.

Y entonces se rascó la frente llena de arrugas con la punta del lápiz, encontrando fija en él la mirada del hombre que estaba sentado a su lado. Sonrió distraídamente y volvió a sus anotaciones.

—Usted es marciano, ¿verdad? —Su vecino habló con voz rápida y chillona—. No me gustan mucho los extranjeros, pero no tengo nada contra los marcianos. Ahora estos venusianos...

La suave entonación de Ullen le interrumpió:

—Creo que odiar no está nada bien. Esta guerra es una contrariedad..., una verdadera contrariedad. Interfiere con mi trabajo, y ustedes, los terrícolas, tendrían que acabar con ella. ¿No lo cree así?

—Puede apostar lo que quiera a que acabaremos con ella —fue la enfática respuesta—. Vamos a destrozar su planeta... y a los puercos venusianos con él.

—¿Se refiere a atacar sus ciudades de este modo? —El marciano parpadeó al pensarlo—. ¿Cree que sería lo mejor?

—Maldita sea, sí. Es...

—Pero mire —Ullen colocó un dedo esquelético sobre la palma de la mano y continuó con sus amables argumentos—: ¿No sería mucho más fácil capturar las naves con el arma desintegradora? ¿No lo cree así? ¿O es que el pueblo de Venus tiene pantallas?

—¿A qué arma se refiere?

Ullen reflexionó cuidadosamente.

—Supongo que ése no es el nombre con que ustedes la conocen, pero es que yo no sé nada de armas. En Marte la llamamos la «skellingbeg» y eso significa «arma

desintegradora» en su idioma. ¿Sabe a lo que me refiero?

No recibió una contestación directa, a menos que pudiera llamarse así a un vago murmullo casi inaudible. El terrícola se apartó de su compañero y contempló con inquietud la pared de enfrente.

Ullen encajó el desaire y se encogió de hombros con cansancio.

—No es que todo esto me importe mucho. Es sólo que la guerra es una gran molestia.

Tendría que terminarse. —Suspiró—. ¡Pero no me importa!

Sus dedos acababan de volver a mover el lápiz por el cuaderno que tenía abierto sobre las rodillas, cuando levantó otra vez la vista.

—Dígame, por favor, ¿cómo se llamaba el país donde Hitler murió? Los nombres terrestres son tan complicados a veces... Creo que empieza con una M.

Su vecino le dirigió una prolongada mirada y se alejó. Los ojos de Ullen le siguieron con una expresión de asombro.

Y entonces sonó la señal de que todo estaba claro.

—Oh, sí —dijo Ullen—. ¡Madagascar! ¡Qué nombre tan tonto!

El uniforme de Johnnie Brewster ya estaba desgastado por la guerra; un poco más arrugado en el cuello y los hombros, algo más raído en las rodillas y los codos.

Ullen pasó un dedo por la cicatriz que corría a lo largo del antebrazo derecho de Johnnie.

—¿Ya no te duele, Johnnie?

—¡Caramba! ¡La cicatriz! Cogí al venusiano que me la hizo. Ahora está durmiendo en la Luna.

—¿Estuviste mucho tiempo en el hospital, Johnnie?

—¡Una semana! —Encendió un cigarrillo, apartó algunos papeles desordenados de la mesa del marciano y se sentó—. He pasado el resto del tiempo con mi familia, aunque ya ves que me he acercado por aquí para verte.

Se inclinó y acarició cariñosamente la arrugada mejilla del marciano.

—¿No vas a decirme que te alegras de verme? Ullen se quitó los lentes y clavó los ojos en el terrícola.

—Pero, Johnnie, ¿estás tan poco seguro de que me alegro de verte, que quieres que te lo diga con palabras? —Hizo una pausa—. Lo anotaré. Los terrícolas siempre tenéis que estar diciéndoos estas cosas tan sencillas... y después no os las creéis. En Marte...

Frotaba metódicamente los lentes mientras hablaba, y ahora volvió a ponérselos.

—Johnnie, vosotros, los terrícolas, ¿no tenéis el arma desintegradora? Una vez conocí a una persona en uno de los refugios y no sabía de lo que le hablaba.

Johnnie frunció el ceño.

—Yo tampoco. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque parece extraño que tengáis que luchar tan violentamente contra esos hombres de Venus, cuando al parecer no poseen pantallas con que defenderse.

Johnnie, me gustaría que la guerra terminara. Continuamente me hace dejar el trabajo para ir a un refugio.

—Continúa, Ullen. No divagues. ¿Qué es esta arma desintegradora? ¿Qué sabes de ella?

—¿Yo? No sé nada de nada sobre ella. Pensaba que vosotros lo sabrías..., por eso te lo he preguntado. En Marte, en nuestras historias, hablan de haber empleado esta arma en nuestras viejas guerras. Pero ya no sabemos nada de armas. De cualquier modo, son inútiles, porque el enemigo siempre inventa alguna cosa para protegerse, y entonces todo vuelve a estar igual. Johnnie, ¿crees que podrías bajar a buscarme los Comienzos de los viajes espaciales de Higginboddam?

El terrícola cerró los puños y los agitó con impotencia.

—Ullen, maldito marciano, ¿no comprendes que esto es importante? ¡La Tierra está en guerra! ¡Guerra! ¡Guerra! ¡Guerra!

—Bueno, pues acabad con ella. —Había irritación en la voz de Ullen—. No hay paz ni tranquilidad en ningún lugar de la Tierra. Me gustaría tener esa biblioteca... Johnnie, ten cuidado. Por favor, ¿qué haces? Me lastimas.

—Lo siento, Ullen, pero tendrás que venir conmigo. Vamos a discutir todo esto. —Johnnie había aposentado al marciano, que protestaba débilmente, en una silla de ruedas y salió antes de que terminara la frase.

Un cohete-taxi se encontraba al pie de las escaleras de la Biblioteca, y entre el chófer y el astronauta subieron la silla. Con una estela de humo, despegaron.

Ullen gimió suavemente al sentir la aceleración, pero Johnnie no le hizo caso.

—Washington en veinte minutos, amigo —dijo al conductor—, y no haga caso de las luces de señales.

El delgado secretario habló con helada monotonía:

—El almirante Korsakoff les recibirá.

Johnnie dio media vuelta y tiró la colilla del cigarrillo. Lanzó una apresurada mirada a su reloj y gruñó.

Al moverse la silla de ruedas, Ullen se despertó de un agitado sueño. Se ajustó los lentes.

—¿Nos dejan entrar, por fin, Johnnie?

—¡Shhh!

La mirada impersonal de Ullen se posó sobre los ricos muebles de la habitación, los enormes mapas de la Tierra y Venus sobre la pared, el imponente escritorio del centro, se paseó por la regordeta y barbuda figura sentada detrás del escritorio, y, por fin, se detuvo en el hombre delgado y de cabellos claros que había junto a él.

El marciano trató de levantarse de la silla con súbita impaciencia.

—¿No es usted el doctor Thorning? Le vi el año pasado en Princeton. Se acuerda de mi, ¿verdad? En aquella ocasión me dieron el diploma honorario.

El doctor Thorning se había adelantado y le estrechaba las manos con efusión.

—Naturalmente. Habló usted sobre los métodos históricos marcianos, ¿verdad?

—Oh, se acuerda. ¡Me alegro! Pero este encuentro supone para mí una gran oportunidad. Dígame, como científico, ¿qué opina de mi teoría de que la inseguridad social de la época hitleriana fue la causa directa del...?

El doctor Thorning sonrió.

—Lo discutiremos más tarde, doctor Ullen. En este momento, el almirante Korsakoff quiere que le proporcione cierta información, con la cual esperamos terminar la guerra.

—Exactamente. —Korsakoff habló con tono cortante al encontrar la suave mirada de Ullen—. A pesar de ser marciano, presumo que está a favor de la victoria de los principios de libertad y justicia sobre las execrables prácticas de la tiranía venusiana.

Ullen le contempló con inseguridad.

—Esto me suena familiar..., pero no pienso mucho en ello. ¿Se refiere, quizá, a que la guerra debe terminar?

—Con la victoria, sí.

—Oh, la «victoria»; eso no es más que una palabra tonta. La historia demuestra que una guerra decidida sobre la superioridad militar sólo establece las bases de futuras guerras de represalia y venganza. Le recomiendo un ensayo muy bueno de un tal James Calkins. Fue publicado en el año 2050.

—¡Pero, caballero!

Ullen levantó la voz con suave indiferencia ante los apremiantes susurros de Johnnie.

—Para terminar la guerra —terminarla realmente— tendría usted que decir a la gente de Venus: «No es necesario luchar. Hablemos...»

Se oyó el ruido de un puñetazo sobre la mesa y un juramento de terrible significado.

—Por el amor de Dios, Thorning, haga lo que quiera con él. Le concedo cinco minutos.

Thorning reprimió su hilaridad.

—Doctor Ullen, queremos que nos diga lo que sabe sobre el desintegrador.

—¿El desintegrador? —Ullen se rascó la mejilla con sorpresa.

—Del que habló al teniente Brewster.

—Hummm... ¡Ah! Se refiere al arma desintegradora. No sé nada de ella. Los historiadores marcianos la mencionan de vez en cuando, pero ninguno de ellos la conoce... la parte técnica, quiero decir.

El científico de cabello claro asintió pacientemente.

—Lo sé, lo sé. Pero ¿qué dicen? ¿Qué clase de arma es?

—Bueno, por lo que dicen, se ve que deshace el metal en pedazos. ¿Cómo se llama lo que mantiene unido el metal?

—¿Las fuerzas intramoleculares?

Ullen frunció el ceño y después habló pensativamente:

—Es posible. Me he olvidado de la palabra marciana... a excepción de que es

larga. En resumen, esta arma hace que la fuerza que mantiene el metal unido deje de existir y lo deshace convirtiéndolo en polvo. Pero sólo actúa con tres metales, hierro, cobalto y... ¡el otro!

—Níquel —apuntó Johnnie, en voz baja.

—¡Sí, sí, el níquel!

Los ojos de Thorning brillaron.

—Ajá, los elementos ferromagnéticos. Apuesto a que hay un campo magnético oscilante mezclado en todo esto. ¿Qué opina, Ullen?

El marciano suspiró.

—Estas palabras terrestres... Veamos, la mayoría de lo que sé sobre el arma está en los trabajos de Hogel Beg. Estaba —estoy completamente seguro— en su Historia cultural y social del tercer imperio. Era una obra de veinticuatro volúmenes, pero siempre he opinado que era bastante mediocre. Su técnica en la presentación de...

—Por favor —dijo Thorning—, el arma...

—¡Oh, sí, eso! —Se enderezó en la silla e hizo una mueca al realizar el esfuerzo—. Habla sobre electricidad y va hacia delante y atrás con mucha velocidad, mucha velocidad, y su presión... —Hizo una desesperada pausa, y contempló el ceñudo semblante del almirante con ingenuidad—. Creo que la palabra es presión, pero no lo sé, porque es difícil traducirla. La palabra marciana es «cranstad». ¿Les sirve eso de ayuda?

—¡Creo que usted quiere decir «potencial», doctor Ullen! —Thorning suspiró audiblemente.

—Bueno, si usted lo dice... Sea como fuere, este «potencial» también cambia muy de prisa y los dos cambios están sincronizados de algún modo con un magnetismo que... uh... se desplaza, y esto es todo lo que sé. —Sonrió inciertamente—. Ahora me gustaría regresar. No hay inconveniente, ¿verdad?

El almirante no se dignó contestar.

—¿Ha sacado algo en claro de todo este lío, doctor?

—No mucho —admitió el físico—, pero me ha dado una o dos pistas. Tendremos que consultar ese libro de Beg, pero no tengo grandes esperanzas. Se limitará a repetir lo que acabamos de oír. Doctor Ullen, ¿hay alguna obra científica en su planeta?

El marciano se entristeció.

—No, doctor Thorning, todas fueron destruidas durante la reacción kaliniana. En Marte, no creemos en la ciencia. La historia ha demostrado que la ciencia no proporciona la felicidad. —Se volvió al joven terrícola que le acompañaba—: Johnnie, vayámonos, por favor.

Korsakoff les despidió con un signo de la mano.

Ullen se inclinó con cuidado sobre el manuscrito totalmente mecanografiado e insertó una palabra. Dirigió una brillante mirada a Johnnie Brewster, que movió la cabeza y colocó una mano sobre el brazo del marciano. Su frente se contrajo aún más.

—Ullen —dijo con voz sorda—. Vas a tener problemas.

—¿Eh? ¿Yo? ¿Problemas? Pero, Johnnie, eso no es cierto. Mi libro está saliendo muy bien. El primer volumen ya está terminado y, aparte de los últimos toques, está listo para ir a la imprenta.

—Ullen, si no puedes facilitar una información concreta del desintegrador al gobierno, no respondo de las consecuencias.

—Pero si les dije todo lo que sabía...

—No es suficiente. No lo es. Tienes que recordar algo más, Ullen, tienes que hacerlo.

—Pero es imposible recordar algo que nunca se ha sabido; es un axioma. —Ullen se enderezó en su asiento, apoyándose en una muleta.

—Lo sé —la boca de Johnnie se contrajo en una mueca de tristeza—, pero tienes que comprenderlo.

»Los venusianos controlan el espacio; nuestras guarniciones del asteroide han sido aniquiladas, y la semana pasada cayeron Pobos y Deimos. Se han roto las comunicaciones entre la Tierra y la Luna y sólo Dios sabe cuánto tiempo resistirá la guarnición lunar. La misma Tierra no está segura, y los bombardeos son cada vez más graves. Oh, Ullen, ¿no lo entiendes?

El aspecto de confusión del marciano se acentuó.

—¿La Tierra está perdiendo?

—¡Dios mío, sí!

—Pues tendréis que rendiros. Es lo lógico. ¿Por qué empezasteis todo esto... estúpidos terrícolas? Johnnie apretó los dientes.

—Pero si tuviéramos el desintegrador, no perderíamos.

Ullen se encogió de hombros.

—Oh, Johnnie, empieza a resultar pesado oír siempre la misma cantinela. Los terrícolas tenéis una mente reiterativa. Mira, ¿no te sentirías mejor si te leyera mi manuscrito? Sería muy conveniente para tu intelecto.

—Muy bien, Ullen, tú lo has querido, y voy a decírtelo. Si no dices a Thorning lo que quiere saber, te arrestarán y serás juzgado por traición.

Hubo un corto silencio, y después un confuso balbuceo:

—T-traición. Quieres decir que he sido desleal a...

—El historiador se quitó los lentes y los limpió con una mano temblorosa—. No es verdad. Estás tratando de asustarme.

—Oh, no, no lo hago. Korsakoff cree que sabes más de lo que dices. Está seguro de que pretendes obtener un buen precio, o, más probablemente, que has vendido la información a los venusianos.

—Pero Thorning...

—Thorning tampoco está muy seguro. Tiene que pensar en su propio pellejo. Los gobiernos terrestres no se caracterizan por su sensatez en momentos de apuro.

—Sus ojos se llenaron súbitamente de lágrimas—. Ullen, debe haber algo que

puedas hacer. No sólo por ti..., también por la Tierra.

Ullen respiró entrecortadamente.

—Piensan que yo vendería mis conocimientos científicos. ¿Con este insulto me pagan mi sentido de la ética, mi integridad científica? —Su voz estaba llena de furia, y por primera vez desde que Johnnie le conocía, prorrumpió en un torrente de palabras marcianas—. Pues bien, no diré ni una palabra —concluyó—. Que me metan en la cárcel o me maten, pero este insulto no voy a olvidarlo.

La firmeza de sus ojos era inconfundible, y los hombros de Johnnie se hundieron. El terrícola no se movió al ver centellear la luz intermitente.

—Abre, Johnnie —dijo el marciano, en voz baja—. Vienen a buscarme.

Al cabo de un momento, la habitación estuvo llena de uniformes verdes. El doctor Thorning y los dos que le acompañaban eran los únicos que iban vestidos de civiles. Ullen luchó por levantarse.

—Caballeros, no digan nada. Me han informado que creen que estoy vendiendo lo que sé... vendiendo por dinero —escupió las palabras—. Es algo que nunca se ha dicho de mí..., algo que no me merezco. Si lo desean, pueden encarcelarme inmediatamente, pero no diré ni una palabra más..., ni tendré ningún otro contacto con el gobierno de la Tierra.

Un oficial vestido de verde se adelantó al instante, pero el doctor Thorning le detuvo con un gesto.

—Bueno, doctor Ullen —dijo con jovialidad—, no se precipite. Sólo he venido a preguntarle si ha recordado algún hecho adicional. Cualquier cosa, no importa su insignificancia...

Hubo un silencio pétreo. Ullen se apoyó con fuerza sobre las muletas, pero permaneció erguido.

El doctor Thorning se sentó imperturbablemente encima de la mesa del historiador, y cogió el montón de páginas mecanografiadas.

—Ah, éste es el manuscrito del que me hablaba Brewster. —Lo miró con curiosidad—. Bueno, supongo que se da cuenta de que su actitud obligará al gobierno a confiscarle todo esto.

—¿Eh? —La severa expresión de Ullen se trocó en otra de consternación. Su muleta se cayó y él se derrumbó en la silla.

El físico detuvo la débil mano del otro.

—No le ponga las manos encima, doctor Ullen, yo me ocuparé de esto. —Hojeó las páginas, que crujieron—. Verá, si usted es arrestado por traición, sus escritos se convierten en subversivos.

—¡Subversivos! —La voz de Ullen era ronca—. Doctor Thorning, no sabe lo que está diciendo. Es mi..., mi gran labor —habló secamente—. Por favor, doctor Thorning, deme mi manuscrito.

El otro lo sostuvo frente a los temblorosos dedos del marciano.

—Si... —dijo.

—¡Pero no sé nada!

El sudor corría por la pálida cara del historiador. Su voz salió confusamente:

—¡Tiempo! ¡Deme tiempo! Pero déjeme pensar... y, por favor, no le haga nada al manuscrito.

Los dedos del otro se posaron con fuerza sobre el hombro de Ullen.

—Ayúdeme, porque quemaré su manuscrito dentro de cinco minutos, si...

—Espere, se lo diré. En alguna parte —no sé dónde— se decía que en el arma se empleaba un metal especial para algunos de los cables. No sé qué metal, pero el agua lo estropeaba y tenía que estar alejado de ella... también el aire. Era...

—¡Por el sagrado Júpiter! —gritó uno de los compañeros de Thorning—. Jefe, ¿no recuerda el trabajo de Aspartier sobre los cables de sodio en una atmósfera de argón, hace cinco años?

Los ojos del doctor Thorning trataron de recordar.

—Espere..., espere..., espere... ¡Maldita sea! Lo teníamos delante de las narices...

—Lo sé —gritó repentinamente Ullen—. Fue en Karisto. Estaba discutiendo la caída de Gallonie y ésta era una de las causas menores —la carencia de ese metal— y después mencionó...

Hablaba a una habitación vacía, y guardó un silencio de asombrado aturdimiento durante un rato.

Y después, «¡Mi manuscrito!». Lo recuperó de donde yacía, diseminado por el suelo, cojeando penosamente a su alrededor, alisando con cuidado todas las hojas arrugadas.

—Los muy bárbaros..., ¡tratar de este modo el trabajo de un gran científico!, hilera, de rígidos movimientos, el Ejército Verde desfilaba por la avenida, mientras el aire se llenaba de confeti y caía sobre sus cabezas una lluvia de cinta de teleimpresor. El bramido de la multitud era apagado, silencioso.

—Ah, los muy tontos —musitó Ullen—. Estaban igual de contentos cuando empezó la guerra y hubo un desfile igual que éste... y ahora otro. ¡Qué tontería! —Volvió a cojear hacia su silla.

Johnnie le siguió.

—El gobierno da tu nombre a un nuevo museo, ¿verdad?

—Sí —fue la seca respuesta. Escudriñó inútilmente por debajo de la mesa—. El Museo de la Guerra Ullen..., y estará lleno de armas antiguas, desde los cuchillos de piedra hasta los cohetes antiaéreos. Éste es el extraño sentido de la Tierra sobre la conveniencia de las cosas. ¿Dónde diablos está esa bibliografía?

—Aquí —dijo Johnnie, sacando el documento del bolsillo del chaleco de Ullen—. Vencimos gracias a tu arma, antigua para ti, así que es conveniente en cierto modo.

—¡Vencisteis! ¡Claro! Hasta que Venus se rearme, vuelva a prepararse y empiece a luchar para vengarse. Toda la historia muestra... pero no importa. Esta

conversación es inútil. —Se sentó cómodamente en su sillón—. Mira, déjame que te enseñe una verdadera victoria. Déjame que te lea parte del primer volumen de mi obra. Ya sabes que está imprimiéndose.

Johnnie se echó a reír.

—Adelante, Ullen. En este momento estoy dispuesto a que me leas tus doce volúmenes completos..., palabra por palabra.

Y Ullen sonrió amablemente.

—Le iría muy bien a tu intelecto —dijo.

Ullen abrió otro cajón y removió su contenido. Lo cerró y miró malhumoradamente a su alrededor.

—Johnnie, ¿dónde he puesto aquella bibliografía? ¿La has visto?

Miró hacia la ventana. —¡Johnnie!

Johnnie Brewster dijo:

—Espera un momento, Ullen. Aquí llegan.

Las calles eran una explosión de color. En una larga hilera, de rígidos movimientos, el Ejército Verde desfilaba por la avenida, mientras el aire se llenaba de confeti y caía sobre sus cabezas una lluvia de cinta de teleimpresor. El bramido de la multitud era apagado, silencioso.

—Ah, los muy tontos —musitó Ullen—. Estaban igual de contentos cuando empezó la guerra y hubo un desfile igual que éste... y ahora otro. ¡Qué tontería! —Volvió a cojear hacia su silla.

Johnnie le siguió.

—El gobierno da tu nombre a un nuevo museo, ¿verdad?

—Sí —fue la seca respuesta. Escudriñó inútilmente por debajo de la mesa—. El Museo de la Guerra Ullen..., y estará lleno de armas antiguas, desde los cuchillos de piedra hasta los cohetes antiaéreos. Éste es el extraño sentido de la Tierra sobre la conveniencia de las cosas, ¿dónde diablos está esa bibliografía?

—Aquí —dijo Johnnie, sacando el documento del bolsillo del chaleco de Ullen—. Vencimos gracias a tu arma, antigua para ti, así que es conveniente en cierto modo.

—¡Vencisteis! ¡Claro! Hasta que Venus se rearme, vuelva a prepararse y empiece a luchar para vengarse. Toda la historia muestra... pero no importa. Esta conversación es inútil. —Se sentó cómodamente en su sillón—. Mira, déjame que te enseñe una verdadera victoria. Déjame que te lea parte del primer volumen de mi obra. Ya sabes que está imprimiéndose.

Johnnie se echó a reír.

—Adelante, Ullen. En este momento estoy dispuesto a que me leas tus doce volúmenes completos..., palabra por palabra.

Y Ullen sonrió amablemente.

—Le iría muy bien a tu intelecto —dijo.

Se habrán fijado en que Historia menciona el final de Hitler. Se escribió a principios de septiembre de 1940, cuando Hitler parecía estar en la cima de su éxito. Francia había sido derrotada y ocupada, y Gran Bretaña estaba acorralada y no parecía posible que sobreviviera. Pero yo no abrigaba ninguna duda sobre su derrota final.

Sin embargo, no me imaginé que su vida terminara en suicidio. Creí que, como Napoleón y el Kaiser, acabaría su vida en el exilio. Madagascar fue el lugar que escogí.

También mencioné en el retrato «las minúsculas “gotas de la muerte”, las muy divulgadas bombas radiactivas que silenciosa e inexorablemente formaban un cráter de cinco metros de profundidad dondequiera que cayeran».

Cuando escribí el relato, se había descubierto y anunciado la fisión del uranio. No obstante, yo aún no había oído hablar de ella y no sabía que la realidad estaba a punto de sobrepasar mi apreciada imaginación.

El 23 de octubre de 1940 visité a Campbell y le esboqué otro relato de ciencia-ficción que quería escribir y que pensaba titular *Reason*. Campbell se entusiasmó en extremo. Me costó muchas fatigas escribirlo y tuve que empezarlo de nuevo varias veces, pero con el tiempo quedó terminado, y el 18 de noviembre lo presenté a John. El día 22 lo aceptó, y el relato apareció en el número de abril de 1941 de la revista *Astounding*.

Era la tercera narración mía que aceptaba, y la primera en que no pedía una revisión. (La verdad es que me dijo que le había gustado tanto que casi había decidido darme una gratificación).

Con *Reason* la serie *Robot positrónico* conquistó el mercado, y en ella aparecieron los dos personajes más logrados creados por mí hasta el momento: Gregory Powell y Mike Donovan, que eran unas reproducciones mejoradas de Turner y Snead de *Un anillo alrededor del Sol*. En su momento, *Reason* y otros de la serie que vendrían luego (junto con *Robbie*, que Campbell había rechazado), aparecerían en *Yo, robot*.

El éxito de *Reason* no significaba que en lo sucesivo Campbell ya no hubiera de rechazarme nada.

El 6 de diciembre de 1940, influido por la estación, y pensando continuamente que un cuento de Navidad no se podía vender más allá de julio, para poder salir en el número de diciembre, empecé *Navidad en Ganímedes*. Se lo presenté el día 23, pero la temporada de vacaciones no influyó en su criterio. Y lo rechazó.

Luego probé con Pohl y, como me sucedía tan a menudo aquel año, éste lo aceptó. Sin embargo, y por razones que explicaré más tarde, en este caso la aceptación cayó en el vacío. Posteriormente, lo vendí (el 27 de junio de 1941, o sea, en la época apropiada del año) a *Startling Stories*, la joven revista, hermana de *Thrilling Wonder Stories*.

NAVIDAD EN GANÍMEDES

Olaf Johnson se distraía canturreando con acento nasal y contemplaba el majestuoso abeto del ángulo de la biblioteca con una expresión soñadora en la porcelana azul de sus ojos. Aunque la biblioteca era la habitación más espaciosa de la Cúpula. Olaf no consideraba que le sobrase ni un palmo de terreno en aquella ocasión. Entusiasmado, hundió la mano en la enorme canasta que tenía al lado y sacó el primer rollo de papel rugoso encarnado y verde.

No se había detenido a indagar cuál había sido el impulso sentimental que impulsó a la Compañía Ganimediana a enviar una colección completa de adornos de Navidad a la Cúpula. Olaf era hombre de temperamento plácido; realizaba la tarea que se había impuesto él mismo de decorador navideño en jefe y estaba contento de su suerte.

De pronto, frunció el ceño y masculló una maldición. La luz indicadora de Asamblea General se encendía y apagaba con ritmo histérico. Con aire ofendido, Olaf dejó el martillo que acababa de empuñar y el rollo de papel plisado; se limpió el cabello de confeti y se dirigió hacia las dependencias de los oficiales.

Cuando Olaf entraba, el comandante Scott Pelham estaba arrellanado en el mullido sillón que presidía la mesa. Sus rechonchos dedos tamborileaban, sin ritmo alguno, en el cristal que la cubría. Olaf sostuvo la mirada furiosa e inflamada del comandante sin ningún temor, puesto que en el transcurso de veinte revoluciones ganimedianas no se había producido la menor anomalía en su departamento.

La habitación se llenaba rápidamente de hombres, y los ojos de Pelham se endurecían a medida que iban contando caras en una mirada circular.

—Ya estamos todos. ¡Señores, nos encontramos ante una crisis!

Se produjo una vaga agitación. Los ojos de Olaf buscaron el techo, y su ánimo se relajó. La Cúpula sufría el impacto de una crisis en cada revolución del astro, por término medio. Habitualmente, se resolvían en un repentino aumento del cupo de oxita que había que recoger, o versaban sobre la mala calidad de la última recolección de hojas de karen. Sin embargo, las palabras que escuchó a continuación le pusieron tenso.

—Con respecto a la crisis, tengo que hacer una pregunta. —Cuando estaba enfadado, Pelham poseía una voz de barítono profundo, dotada de una estridencia desagradable—. ¿Qué camorrista imbécil les ha contado cuentos de hadas a esos malditos estrucitos?

Olaf carraspeó nervioso, con lo cual se convirtió en el Centro de la atención general.

—Yo..., yo... —balbució; e inmediatamente quedó en silencio. Movía los largos dedos en un gesto desconcertado, como pidiendo auxilio—. Quiero decir que yo estuve ayer allá, después de los últimos..., los últimos... suministros de hojas, debido a que los estrucitos se retrasaban y...

La voz de Pelham adquirió una dulzura engañosa. Pelham sonreía.

—¿Les hablaste a esos indígenas de Papá Noel, Olaf? Su sonrisa tenía un singular parecido con una mueca de lobo; Olaf se derrumbó. Contestó afirmativamente con un gesto convulsivo.

—¿Ah, sí, les hablaste? ¡Vaya, vaya, les contaste lo de Papá Noel! Que viene en un trineo, cruzando el aire, tirado por ocho renos, ¿eh?

—Bueno..., pues... ¿y no es así? —inquirió Olaf, apabullado.

—Y les dibujaste los renos, para asegurarte bien de que no pudieran confundirse.

Además, el hombre lleva una larga barba y un traje encarnado con ribetes blancos.

—Sí, es cierto —respondió Olaf con semblante desconcertado.

—Y trae un gran saco, lleno a rebosar de regalos para los niños y las niñas que han sido buenecitos, y desciende por las chimeneas y mete regalos dentro de los calcetines.

—Claro.

—Y también les contaste que está a punto de llegar ¿verdad? Una revolución más, y nos visitará.

Olaf sonrió apagadamente.

—Sí, comandante, quería decírselo a usted. Voy a arreglar el árbol y...

—¡Cállate! —El comandante respiraba con fuerza, produciendo un sonido sibilante—. ¿Sabes qué se les ha ocurrido a esos estrucitos?

—No, comandante.

Pelham se inclinó sobre la mesa, en dirección a Olaf, y gritó:

—¡Quieren que Papá Noel vaya a verles, a ellos!

Alguien soltó una carcajada, que trocó inmediatamente en una tos asfixiante ante la furiosa mirada del jefe.

—¡Y si Papá Noel no los visita, los estrucitos abandonarán el trabajo! —Y repitió—: ¡No trabajarán... se declararán en huelga!

Después de estas palabras, se terminaron las risas, sofocadas o no, Si en el grupo surgió más de un solo pensamiento, no se manifestó en nada. Olaf tradujo en palabras este pensamiento único:

—Pero ¿y el cupo?

—Eso es, ¿y el cupo? —gruñó Pelham—. ¿Necesitan ustedes que les pinte el cuadro? Ganymedan Products ha de reunir todos los años cien toneladas de wolframita, ochenta toneladas de hojas de karen y cincuenta toneladas de oxita, si no quieren perder la franquicia. Supongo que no hay nadie entre nosotros que lo ignore. Y se da el caso de que el año terrestre actual termina después de dos revoluciones ganimedianas, y en estos momentos llevamos un retraso del cincuenta por ciento.

Hubo un silencio absoluto, horrorizado.

—Y ahora los estrucitos no quieren trabajar, si no los visita Papá Noel. Si no se trabaja, adiós cupo, adiós franquicia ¡adiós empleos! Empapaos de ello, semi-idiotas.

Hizo una pausa, miró a Olaf de hito en hito y añadió:

—A menos que en la próxima revolución tengamos un trineo volador, ocho renos y un Papá Noel Y por todas las manchas de los anillos de Saturno, vamos a procurarnos eso precisamente, un Papá Noel

Diez semblantes adquirieron una lividez espectral.

—¿Ha pensado en alguno, comandante? —preguntó alguien con una voz que en sus tres cuartas partes era un graznido.

—Si, lo cierto es que lo he pensado.

Y se repantigó en el sillón. Olaf Johnson empezó a sudar súbitamente. Tenía los ojos clavados en la punta de un índice que le señalaba.

—¡Oh, comandante! —murmuró con voz trémula. Pero el índice implacable no se movió.

Sim Pierce interrumpió el cuidadoso examen de la última remesa de hojas de karen y proyectó una mirada esperanzada por encima de los lentes.

—¿Qué? —preguntó.

Pelham levantó los hombros.

—Les he prometido su Papá Noel. ¿Qué otra cosa podía hacer? Además, les he duplicado la ración de azúcar, de modo que han vuelto al trabajo... de momento.

—Quiere decir hasta que el Papá Noel que les prometimos no aparezca. —Pierce dio énfasis a la frase alisando una hoja de karen, muy larga, y pasándosela por delante del rostro al comandante—. Es lo más necio que he escuchado en mi vida. Es un imposible. ¡Papá Noel no existe!

—Pruebe de explicárselo a los estrucitos. —Pelham se desplomó en una silla y su expresión se volvió pétrea y desabrida—. ¿Qué está haciendo Benson?

—¿Se refiere al trineo volador que, según ha dicho, es capaz de armar? —Pierce levantaba una hoja hacia la luz y la miraba con ojo crítico—. Si me lo pregunta, le diré que está chiflado. Esta mañana el viejo cuervo ha bajado al subterráneo y todavía no ha salido de allí. Lo único que sé es que ha destrozado el electrodisociador de recambio. Si le pasa algo al normal, nos quedamos sin oxígeno, ni más ni menos.

—Bueno —Pelham se levantó pesadamente—, yo, por mi parte, deseo que nos asfixiemos de verdad. Sería una manera cómoda de salir de este lío. Voy a bajar.

Salió con paso fatigado y dando un fuerte portazo.

En el subterráneo paseó una mirada a su alrededor, desconcertado.

—¡Eh, Benson! —llamó Pelham.

De debajo del trineo emergió una cara sucia, surcada de chorrillos de sudor, mientras una bocanada de jugo de tabaco salía disparada hacia la omnipresente escupidera del aludido.

—¿Por qué grita de ese modo? —se quejó Benson—. Éste es un trabajo delicado.

—¿Qué diablos representa ese estrambótico aparato? —inquirió Pelham.

—Un trineo volador. Ha sido una idea mía. —En los ojos llorosos de Benson brillaba el entusiasmo; el bocado de tabaco se desplazó de una mejilla a la otra—. El

trineo lo trajeron en los primeros tiempos —siguió diciendo—, cuando creían que Ganímedes estaba cubierta de nieve, como los otros satélites de Júpiter. Todo lo que tengo que hacer es adaptarle debajo unos cuantos gravorrepulsores del disociador y, así, cuando se dé la corriente, el trineo quedará sin peso. Unos reactores de aire comprimido harán el resto.

El comandante se mordió el labio inferior con aire dubitativo.

—¿Resultará?

—Claro que sí. Muchísima gente ha pensado en utilizar repulsores para los viajes aéreos; pero resultan ineficaces, especialmente en campos gravitatorios considerables. Aquí, en Ganímedes, con un campo de gravedad de un tercio de g y una atmósfera tenue, basta un niño podría propulsarlo.

—De acuerdo, pues. Mira aquí. Tenemos montones de esta madera violeta indígena, llama a Charlie Finn y dile que coloque el trineo sobre una plataforma de esa madera. Cuidará de que sobresalga por la parte delantera unos seis metros o más, y en la parte saliente deberá haber una barandilla.

—¿Qué se propone, comandante?

Las carcajadas de Pelham sonaban como ladridos breves, roncós.

—Esos estrucitos esperan renos, y renos van a tener. Pero los animales tendrán que apoyarse sobre algo, ¿no te parece?

—Sin duda... Pero ¡espere, alto ahí! En Ganímedes no hay renos.

El comandante Pelham, que ya salía, se detuvo. Los ojos se le empequeñecieron ominosamente, como solía suceder cuando se acordaba de Olaf Johnson.

—Olaf ha salido a coger ocho lomospinosos. Tienen cuatro patas, una cabeza en una punta y una cola en la otra. El parecido es suficiente para los estrucitos.

El viejo ingeniero meditó esta información y soltó una risita malévola.

—¡Estupendo! Deseo que el maldito imbécil se divierta de veras con esa tarea.

—Yo también —rechinó Pelham.

Y salió con paso majestuoso mientras Benson, todavía riendo, volvía a deslizarse bajo el trineo.

La descripción que el comandante había hecho de un lomoespinoso era concisa y exacta, aunque omitía varios detalles interesantes. En primer lugar, un lomoespinoso tiene el hocico largo y móvil, dos orejas grandes que se balancean suavemente hacia delante y hacia atrás, y dos ojos violeta muy vivos. Los machos poseen a lo largo de la columna vertebral unas espinas plegables de un color carmesí fuerte que parecen embelesar a la hembra de la especie. Combinen estos factores con una cola musculosa y cubierta de escamas y un cerebro nada mediocre, y tendrán un lomoespinoso... o, al menos, lo tendrán si logran cazar alguno.

Una idea similar fue la que se le ocurrió a Olaf Johnson mientras descendía sigilosamente de la eminencia rocosa para acercarse a un rebaño de veinticinco lomospinosos que merodeaban por los escasos y ásperos arbustillos. Los lomospinosos más cercanos levantaron la vista para contemplar la grotesca figura de

Olaf, cubierto de pieles y con la mascarilla de oxígeno, que se aproximaba. Sin embargo, como los lomospinosos no tienen enemigos naturales, se limitaban a contemplar aquella figura con lánguidos ojos de desagrado y pronto volvieron a ocuparse de su reseco pero nutritivo manjar.

Olaf tenía únicamente unas ideas muy someras de cómo cobrar piezas mayores. Así pues, hurgó en el bolsillo en busca de un terrón de azúcar, se lo puso en la palma de la mano y lo ofreció diciendo:

—¡Toma, bonito, bonito, bonito! Las orejas del animal más próximo se doblaron en expresión de enojo. Olaf se acercó más y volvió a ofrecer el terrón.

—¡Ven, bonito! ¡Ven, bonito! El lomospinoso divisó el azúcar, y los ojos le bailaron. El morro se le contrajo, mientras escupía el último bocado de vegetación y se aproximaba. Estirando mucho el cuello, olisqueó. Después, mediante un movimiento rápido y experto, golpeó la extendida mano con el hocico y se metió el azúcar en la boca. La otra mano de Olaf descendió rauda... sobre el vacío.

Con aire ofendido, el hombre ofreció otro terrón. —¡Aquí, Príncipe—! ¡Aquí, Fido—!

El animal hizo salir de la profundidad de su garganta un sonido bajo, trémulo. Era, sin duda, de placer. Evidentemente, aquel monstruo extraño que tenía delante había perdido el seso y se proponía regalarle eternamente con aquellos terrones de succulencia concentrada. Pegó el tirón y retrocedió con la misma presteza de la primera vez. Pero como Olaf agarraba firme, ahora, poco le faltó para que el lomospinoso se llevara al mismo tiempo la mitad de un dedo.

El alarido que soltó Olaf carecía de la despreocupación necesaria en tales ocasiones. De todos modos, un mordisco que se siente a través de unos guantes recios, ¡es un señor mordisco!

Olaf avanzó resueltamente hacia la bestia. Hay cosas que encienden la sangre a un Jhonson y despiertan en su ser el antiguo espíritu de los vikingos. Una de ellas es la de que a uno le muerda el dedo un animal no terrícola.

Mientras retrocedía lentamente, había en los ojos del lomospinoso una mirada indecisa. Ya no le ofrecían más terroncitos blancos, y no sabía qué iba a suceder luego. La incertidumbre se despejó mucho más pronto de lo que se figuraba, cuando dos enguantadas manos descendieron hacia sus orejas y tiraron. El animal emitió una especie de ladrido agudo y se lanzó a la carga.

Un lomospinoso tiene su dignidad. No le gusta que le tiren de las orejas, y mucho menos cuando otros de su especie, entre los cuales figuran varias hembras sin compromiso, han formado corro y están mirando.

El terrícola cayó de espaldas y permaneció un rato en esta postura. Entretanto, el lomospinoso retrocedió unos pasos con aire caballeresco, permitiendo que Johnson se pusiera en pie.

A Olaf, la antigua sangre vikinga se le encendió todavía más. Después de frotarse el punto magullado por el cilindro de oxígeno al chocar contra el suelo, dio un salto,

olvidándose de tomar en consideración la gravedad ganimediana. Con lo cual voló metro y medio por encima del lomo del animalito.

En los ojos del lomospinoso brillaba una espantada admiración mientras contemplaban a Olaf; era, en efecto, un salto majestuoso. Aunque también había cierta extrañeza en su mirada. La maniobra parecía baladí, sin objetivo.

Olaf volvió a caer de espaldas, con el cilindro en el mismo sitio. Empezaba a sentirse un poco incómodo. Del círculo de espectadores se elevaban unos sones muy parecidos a risitas burlonas.

—¡Podéis reiros! —musitó con amargura—. Todavía no he empezado a luchar.

Luego se acercó al lomospinoso pausada, cautelosamente. Describió un círculo, buscando el momento oportuno. El animal le imitó. Olaf lanzó una finta, y el lomospinoso le esquivó. A continuación el bicho se encabritó para el ataque, y entonces fue Olaf quien tuvo que esquivarle.

Al ingeniero se le ocurrían continuamente nuevas palabrotas feas. El ¡U-r-r-r-r!, ronco que salía de la garganta del lomospinoso parecía completamente despojado del espíritu fraternal que se suele asociar con la Navidad.

De pronto se percibió un sonido sibilante. Olaf sintió que algo chocaba contra su cráneo, detrás de la oreja izquierda. Esta vez dio un salto mortal de espaldas y aterrizó sobre la nuca. Los espectadores relincharon a coro, y el lomospinoso movió la cola triunfalmente.

Olaf se desprendió de la impresión de estar flotando por un espacio ilimitado y tachonado de estrellas y se puso en pie tambaleando.

—¡Oye —protestó—, eso de utilizar la cola es jugar sucio!

Y como la cola en cuestión se disparaba hacia delante una vez más, él retrocedió de un salto y enseguida se lanzó en plancha contra las piernas del animal. Al cogerlas, advirtió que el lomospinoso se caía de espaldas con un ladrido indignado.

Ahora se trataba ya de un problema de músculos terrícolas contra músculos ganimedianos, y Olaf se convirtió en un hombre con la fuerza de un bruto. Después se levantó con dificultad, y el lomospinoso se halló descansando sobre los hombros de aquel extraño.

Los otros lomospinosos dejaron paso al terrícola con semblantes tristes. Evidentemente, eran buenos amigos del cautivo y les disgustaba haberle visto perder la pelea. Así pues, retornaron a su ramoneo con filosófica resignación, claramente convencidos de que el destino lo había dispuesto de aquel modo.

Unas horas después, cuando había acorralado ya al octavo lomospinoso, estaba en posesión de una técnica adquirida mediante una larga práctica, y habría podido dar muchas indicaciones a un cow-boy terrestre sobre la manera de tumbar una ternera fugitiva. También habría podido dar lecciones a un descargador de puerto sobre el arte de soltar juramentos, sencillos o complicados.

Era Nochebuena, y por toda la Cúpula ganimediana imperaban un ruido ensordecedor y una loca excitación, como una Nova que estallara, equipada para el

sonido. Alrededor del herrumbroso trineo, montado en la gran plataforma de madera roja, cinco terrestres libraban una batalla encarnizada con un lomospinoso.

El animal tenía opiniones concretas sobre la mayoría de las cosas, y una de sus convicciones más arraigadas y claras era la de que jamás iría adonde no quisiera ir. Así lo expresaba palmariamente disparando la cabeza, la cola, tres espinas y cuatro patas en todas las direcciones posibles y con toda la fuerza de que disponía.

Pero los terrestres insistían, y no con mucha ternura. A pesar de los ruidosos y angustiados chillidos, el lomo espinoso fue izado a la plataforma, situado en su puesto y sujetado con unos arneses hasta dejarle perfectamente impotente.

—¡Muy bien! —gritó Peter Benson—. Traed la botella. Sujetando el morro del animal con una mano, le metió la botella debajo con la otra. El lomospinoso se estremeció ansioso y lanzó un trémulo gemido. Benson le echó al gaznate unos chorros de líquido. Se oyó el ruido de la deglución, y luego un relinchito de gusto. El animal estiraba el cuello pidiendo más.

—Nuestro mejor *brandy*, precisamente —suspiró Benson, retirando la botella y poniéndola vertical. Había quedado medio vacía.

—¡Traed el siguiente! —chilló Benson. Al cabo de una hora, los ocho lomospinosos eran otras tantas estatuas catalépticas. Entretanto, los terrestres les ataban ramas bifurcadas a las cabezas. Resultaba un remedo tosco y sólo aproximado, pero serviría.

Cuando Benson iba a preguntar dónde estaba Olaf Jonson, este digno caballero apareció, traído en vilo por tres camaradas, luchando con tanto denuedo como cualquiera de los lomospinosos. Aunque sus gritos de protesta resultaban perfectamente articulados.

—¡No iré a ninguna parte con este traje! —Rugía, clavando la mirada en el ojo más cercano—. ¿Me oyen?

Llevaba el traje convencional de Papá Noel. Lucía unas prendas tan encarnadas como se había podido lograr cosiendo papel-tela rojo sobre su chaqueta espacial. El armiño era blanco como algodón en rama, precisamente porque era eso. La barba, más algodón en rama pegado sobre una base de tela que colgaba holgadamente de sus orejas. Con este adorno debajo y la máscara de oxígeno encima, hasta los más esforzados tenían que apartar la vista.

Nadie había puesto a Olaf ante un espejo. Pero entre lo que veía de su propia persona y lo que le susurraba el instinto, habría saludado a una inflamada centella como a una hermana.

A fuerza de empujones, le subieron al trineo. Muchos se prestaron a ayudar, hasta conseguir que el pobre Olaf no fuera sino un retorcimiento apesado y una voz sofocada.

—Soltadme —decía con palabra confusa—. Soltad me y venir uno por uno. ¡A ver si os atrevéis!

Y trató de esgrimir un poco los puños para hacer resaltar su osadía. Pero la

multitud de manos que lo sujetaban le dejaba incapacitado para mover ni un solo dedo.

—¡Adentro! —ordenó Benson.

—¡Váyase al diablo! —jadeó Olaf—. No voy a meterme por ningún patentado atajo hacia el suicidio; de modo que ya se puede mueva su maldito trineo volador y...

—Escucha —le interrumpió Benson—. El comandante Pelham te está esperando al final del trayecto, y si no te presentas allá antes de media hora, te despellejará vivo.

—El comandante Pelham se puede llevar el maldito trineo y...

—¡Entonces, piensa en tu empleo! Piensa en tus ciento cincuenta semanales. Piensa que de cada dos años, tienes uno de vacaciones con el sueldo íntegro. Acuérdate de Hilda, allá en la Tierra, y piensa que si no tienes empleo, no se casará contigo. ¡Piensa en todo eso!

Johnson pensó, y restañó los dientes. Pensó un poco más, subió al trineo, ató bien el saco y puso en marcha los gravorrepulsores. Después, con una maldición horrible, abrió el retropropulsor.

El trineo partió disparado y él se agarró para no caer hacia atrás y saltar fuera del vehículo, de lo que se libró por muy poco. En lo sucesivo, se cogía a los costados, viendo cómo los montes de su entorno subían y bajaban a cada movimiento del inestable trineo.

Al levantarse el viento, las ondulaciones todavía se acusaron más, y cuando Júpiter asomó en el firmamento, su luz amarilla destacó todos los cortes y grietas del suelo, hacia cada uno de los cuales, sucesivamente, parecía dirigirse el trineo. En el momento en que el planeta gigante hubo emergido por completo sobre el horizonte, los lomospinosos empezaron a librarse del calamitoso efecto de la bebida, que desaparece de los organismos ganimedianos con la misma rapidez con que se apodera de ellos.

El primero en volver en sí fue el lomospinoso de más atrás. El animalito advirtió el sabor que le quedaba en la boca, hizo una mueca de disgusto y renunció definitivamente a la bebida. Tomada esta resolución, se fijó bien, con gesto lánguido, en el entorno en que se hallaba. Al principio no se sorprendió. Pero después, poco a poco, alboreó en su conciencia el hecho de que la base sobre la que se sostenía, fuese cual fuere, no era el estable suelo habitual del sólido Ganímedes. Esta nueva base se levantaba e inclinaba, lo cual se le antojó muy inusitado.

Su angustioso chillido de horror y desesperación hizo recobrar el seso a sus demás congéneres, aunque fueran unos sesos un tanto doloridos. Durante un rato se trabó una confusa conversación de enmarañados graznidos, mientras los pobres animales trataban de expulsar el dolor fuera de sus cabezas e introducir en ellas la realidad que estaban viviendo. Logrados ambos objetivos, se organizó una estampida. Más bien un conato de estampida, porque los lomospinosos estaban sólidamente atados, y descartando la posibilidad de llegar a ninguna parte, realizaban todos los movimientos a galope tendido, y el trineo se desbocó.

Olaf se mesó la barba un segundo, antes de que se le desprendiera de las orejas.

—¡Eh! —Gritaba. Era lo mismo que decirle ¡Tate! ¡Tate!, a un huracán.

El trineo se encabritaba, daba saltos de carnero y bailaba un tango histérico. Se lanzaba en arranques repentinos, como si tuviera ganas de aplastar sus sesos de madera contra la corteza de Ganimedes. Entretanto, Olaf rezaba, blasfemaba lloraba y ponía en marcha todos los chorros de aire comprimido a la vez.

Ganimedes giraba furiosamente; Júpiter era una mancha loca. Quizá fuera el espectáculo de Júpiter bailando de aquel modo lo que tranquilizó a los lomospinosos. O acaso fuese que ya nada les importaba un comino. Pero, por un motivo u otro, se quedaron quietos, se dirigieron altisonantes discursos de despedida unos a otros, confesaron sus pecados y esperaron la muerte.

El trineo se estabilizó, y Olaf recobró el aliento. Sólo para perderlo de nuevo al contemplar el curioso espectáculo de los montes y el suelo firme arriba, y un firmamento oscuro y un Júpiter dilatado allá abajo.

En este momento fue cuando, a su vez, también él se puso en paz con el Eterno, y aguardó el fin.

Estrucito es la abreviación del diminutivo de avestruz, que es lo que parecen los ganimedianos, exceptuando que tienen el cuello más corto, la cabeza más grande y las plumas se diría que están a punto de salirseles de la piel.

Cincuenta de ellos se hallaban en el edificio bajo de madera púrpura que les servía de sala de reuniones.

En la plataforma de tierra de la parte delantera del local —oscurecido por las encendidas antorchas de madera púrpura, que, además de humo desprendían un olor fétido— estaban sentados el comandante Scott Pelham, y cinco de sus hombres. Delante de ellos se pavoneaba el estrucito más desaliñado de todos, hinchando el enorme pecho con sonido rítmico, estentóreo.

El estrucito se detuvo un momento para señalar un orificio irregular practicado en el techo.

—¡Mirad! —graznó—. Chimenea. Hicimos nosotros. Papanel entra. —(No sería preciso explicar que Papanel era su manera de pronunciar Papá Noel).

Pelham emitió un inarticulado sonido de aprobación. El estrucito soltó una risita dichosa, señalando los saquitos de hierba tejida que colgaban de las paredes. Y siempre con su habla defectuosa que no sabríamos reproducir exactamente, continuó:

—¡Mirad! Medias. ¡Papanel pone regalos!

—Sí —exclamó Pelham sin el menor entusiasmo—. Chimenea y medias. Muy bonito —hablaba por el ángulo de la boca, dirigiéndose a Sim Pierce, sentado a su lado—. Media hora más en este sumidero me mataría. ¿Cuándo llegará ese tonto?

Pierce se revolvía inquieto.

—Mire —dijo—. Yo hice unos cálculos. Estamos a salvo en todo, excepto en hojas de karen; todavía nos faltan cuatro toneladas más. Si podemos terminar esta necia aventura antes de una hora, y que el próximo turno empiece y les sacamos

doble rendimiento a los estrucitos, acaso llenemos el cupo.

—Poco más o menos —respondió Pelham malhumorado—. Eso si Johnson llega sin armar nuevos jaleos.

El estrucito hablaba de nuevo. Porque a los estrucitos les gusta mucho hablar. Decía con aquel lenguaje suyo tan deficiente:

—Navidad llega todos los años. Navidad bonito, todo el mundo amigo. A estrucito le gusta Navidad. ¿A vosotros os gusta Navidad?

—Sí, estupendo —Pelham enseñaba los dientes en una mueca cortés—. Paz en Ganímedes, buena voluntad para todos los hombres especialmente para Jhonson, y de paso ¿dónde diablos estará el muy idiota?

El comandante era presa de una enojada agitación, mientras el estrucito daba saltos con aire muy sensato, evidentemente solo por el gusto de ejercitarse. Y así continuó, alternando los brincos con unos pasitos de danza, hasta que Pelham dio muestras de querer estrangular a alguien. Sólo un graznido procedente del agujero de la pared, dignificado Con el nombre de ventana, salvó a Pelham de cometer un estruciticidio.

Los estrucitos se revolvían y apiñaban, y los terrícolas pugnaban por ver.

Sobre el gran disco amarillo de Júpiter se recortaba la silueta de un trineo volador, con sus renos correspondientes. Todavía se veía muy pequeño, pero no había duda: Papá Noel estaba llegando.

Una sola irregularidad se apreciaba en el cuadro: trineo, renos y todo lo demás, descendiendo a una velocidad aterradora, volaban cabeza abajo.

Los estrucitos se derretían en una cacofonía de graznidos.

—¡Papanel! ¡Papanel! ¡Papanel!

Y saltaban por la ventana como una colección de plumeros quita polvos dotados de vida... y enloquecidos. Pelham y sus hombres utilizaron la baja puerta.

Pelham gritaba furioso, incoherentemente, asfixiándose en la enrarecida atmósfera cada vez que se olvidaba de respirar por la nariz. Luego se interrumpió y se quedó mirando con ojos horrorizados. El trineo, ya casi de tamaño natural ahora, caía en vertical. Si hubiera sido una flecha disparada por Guillermo Tell no habría apuntado más exactamente al entrecejo del comandante. Éste gritó:

—¡Cuerpo a tierra, todos! —Echándose al suelo. El viento del paso del trineo producía un silbido agudo y le azotaba el rostro. Por un instante, se escuchó la voz de Olaf, estridente e ininteligible. Los chorros de aire comprimido dejaban estelas de vapor de agua, que se condensaban.

Pelham yacía estremecido, abrazando la helada corteza de Ganímedes. Luego se levantó despacio sus rodillas temblaban como las de una muchacha hawaiana bailando el hula-hula. Los estrucitos, que se habían dispersado ante el vehículo en descenso, volvieron a reunirse. Allá a lo lejos, el trineo viraba hacia ellos.

Dentro del trineo, Olaf trabajaba como un demonio. Con las piernas muy separadas, cargaba su peso alternativamente sobre ellas. Sudando y maldiciendo,

esforzándose en no mirar «abajo» a Júpiter, conseguía que el aparato se columpiara de un modo cada vez más loco. Ahora describía un ángulo de 180 grados, y Olaf notaba que su estómago protestaba enérgicamente.

Aguantando la respiración, hundió con fuerza el pie derecho y notó que el trineo se balanceaba mucho más. Cuando alcanzó el punto más alto, cerró el gravorrepulsor y, en la débil gravedad de Ganímedes, el trineo descendió con una sacudida. Debido al gravorrepulsor de metal, el trineo tenía el peso mayor en el fondo, lo cual hizo que, al caer, se pusiera cabeza arriba.

Aunque eso no significó un gran alivio para el comandante Pelham, que se encontró dé nuevo en la misma trayectoria del vehículo.

—¡A tierra! —chilló, tendiéndose otra vez.

El trineo pasó por encima con un iuiii-isssh agudo; fue a chocar con una piedra enorme, emitiendo un fuerte *crack*; saltó unos ocho metros por el aire; descendió luego con un Tuussh y un bang, y Olaf saltó por encima de la barandilla, fuera del vehículo.

Papá Noel había llegado.

Con una inspiración profunda y estremecida. Olaf se echó el saco al hombro, se colocó bien la barba y dio una palmadita en la cabeza a uno de los pobres lomos pinosos, que sufrían en silencio. Era posible que la muerte estuviese en puertas (lo cierto es que Olaf casi la deseaba), pero él moriría noblemente, de pie, como un Johnson.

Dentro del barracón, en el que se habían apiñado una vez más los estrucitos, un pum anunció la llegada del saco sobre el tejado, y un segundo pum la de Papá Noel en persona. En el improvisado agujero del techo apareció el fantasma de un rostro, que chilló:

—¡Feliz Navidad! —Y rodó al suelo.

Olaf aterrizó sobre los cilindros de oxígeno, como de costumbre, y volvió a colocárselos en el sitio habitual.

Los estrucitos saltaban de acá para allá como pelotas de goma, por el prurito de la curiosidad.

Cojeando notablemente, Olaf se acercó a la primera media y depositó en ella la pintarrajeada esfera que había extraído del saco, una de las muchas destinadas en principio a adornar un árbol de navidad. Después, una tras otra, fue depositando las demás en las medias que encontró preparadas.

Terminado el trabajo, se dejó caer en cuclillas, agotado, y en esa posición siguió las ceremonias subsiguientes con ojo vidrioso. El alborozo y el buen humor que hace retemblar los vientres, característicos y tradicionales, faltaban por completo en la presente celebración.

Aunque los estrucitos compensaban semejante falta con sus éxtasis desenfrenados. Hasta que Olaf hubo depositado el último globito, permanecieron quietos en sus asientos. Pero cuando hubo terminado, el aire se hinchó y estremeció

con las tensiones de los alaridos discordantes en que prorrumpieron. Al cabo de medio segundo, cada estrucito tenía su globo en la mano.

El estrucito más desaliñado se acercó al comandante Pelham y le tiró de la manga.

—Papanel, bueno —cacareó—. ¡Mira, deja huevos! —Fijó en su esferita una mirada reverente, y añadió siempre en su jerga semincomprensible: Más bonitos que los huevos de estrucito. Deben de ser huevos de Papanel, ¿eh?

Y clavó un dedo pellejoso en el estómago de Pelham. —¡No! —chilló el comandante—. ¡No, diablos, no!

Pero el estrucito no le escuchaba. Hundió profundamente el globo en el cálido refugio de sus plumas y dijo:

—Bonitos colores. ¿Cuánto tardan los Papanel en salir?, ¿y qué comen los pollitos de Papanel? —Luego levantó la vista—. Los cuidaremos bien. Enseñaremos a los pequeñitos Papanel y los haremos listos y llenos de cerebro como buenos estrucitos.

Pierce cogió al comandante Pelham por el brazo. —No discuta con ellos —le susurró con vehemencia—. ¿Qué le importa a usted si creen que eso son huevos de Papá Noel? ¡Venga! Si trabajamos como locos, todavía podemos llenar el cupo. Empecemos.

—Es cierto —reconoció Pelham. Y, volviéndose hacia el estrucito, añadió: Diles a todos que se pongan en marcha —gritando fuerte y claro, les dijo—: Ahora, trabajad. ¿Comprendéis? ¡Rápido! ¡Rápido! ¡Rápido! ¡Vamos!

Y hacia el ademán con ambos brazos. Pero el estrucito desaseado se había parado repentinamente, y decía con gran calma:

—Nosotros trabajamos, pero Johnson dice que Navidad llega todos los años.

—¿No te basta con una sola Navidad? —regañó Pelham.

—¡No! —graznó el estrucito—. Nosotros queremos Papanel todos los años. El año que viene, más huevos, y el otro año, y el otro año, y el otro. Más huevos. Más huevos de Papanel. Si Papanel no viene, no trabajamos.

—Falta mucho tiempo todavía —dijo Pelham—. Por entonces discutiremos la cuestión.

Por aquellas fechas, o yo ya estaré loco de remate, o vosotros habréis olvidado todo esto.

Pierce abrió la boca, la cerró; la abrió de nuevo, la volvió a cerrar, la abrió una vez más, y por fin logró sacar las palabras:

—Quieren que venga todos los años, comandante. —Lo sé. Pero el año próximo ya no se acordarán.

—No lo comprende. Para ellos, un año es una vuelta de Ganímedes alrededor de Júpiter. Medida según el tiempo terrestre, son siete días y tres horas. Quieren que Papá Noel venga todas las semanas.

—¡Todas las semanas! —Pelham se le hizo un nudo en la garganta—. ¿Johnson les dijo...?

Por un momento, todo se convirtió en un centelleo de saltos mortales ante sus ojos. Se le cortaba la respiración; automáticamente, su mirada buscó a Olaf.

Éste sintió un frío que se le filtraba hasta la médula de los huesos. Se levantó con aprensión y se escabulló hacia la salida. Ya en la puerta, se detuvo; le había venido súbitamente a las mientes lo que ordena la tradición. Con la barba colgándole y con voz de rana, canturreo:

—¡Felices Navidades a todos; buenas noches a todo el mundo!

Y corrió hacia el trineo como si le persiguieran todos los diablos del infierno. Los diablos no le siguieron, pero el comandante Pelham, sí.

En enero de 1941 (mes en que alcancé la mayoría de edad) emprendí una cosa nueva: una colaboración.

Al fin y al cabo, Fred Pohl no era simplemente un director. Era, además, un escritor en ciernes. Más tarde ha llegado a ser un titán en esta esfera, pero en aquellos primeros tiempos luchaba por abrirse camino con tan magras victorias como las que conseguía yo. Soto y en colaboración con otros futuristas, producía relatos firmados con cierta variedad de seudónimos. El que utilizaba más a menudo era el de James MacCreigh.

Y bajo este seudónimo había escrito una pequeña fantasía titulada *El hombrecillo del metro*, acerca de la cual abrigaba, por lo visto, ciertas esperanzas, pero a la que no lograba dar forma correcta. Entonces me pidió si se la quería refundir, y la petición me halagó. Además, yo seguía tratando de introducirme en *Unknown*, y si no podía lograrlo por mis propios méritos, acaso lo consiguiera a través de una colaboración. Yo no era un tipo orgulloso..., al menos en materia de fantasías.

Acepté la tarea y la realicé de un tirón. Sin embargo, esta facilidad no me sirvió de mucho. Presenté el trabajo a Campbell, con destino a *Unknown*, el 27 de enero de 1941, y lo rechazó. Tuve que devolverlo a Pohl.

No obstante, Pohl, dotado de un verdadero espíritu de agente literario, nunca renunciaba, y en 1950, cuando hacía mucho tiempo que yo había olvidado el asunto por completo, consiguió endosar el relato en cuestión a una pequeña revista titulada *Fantasy Book*.

EL HOMBRECILLO DEL METRO

Las estaciones de metro son lugares en los que la gente suele bajar de los vagones, de modo que al ver que en la de Atlantic Avenue no abandonaba el primer coche ni una sola persona, el cobrador Cullen, del I. R. T., empezó a preocuparse. La verdad era que de aquel primer coche no había bajado nadie desde el comienzo del trayecto, en Flatbush..., aunque continuamente subían a él docenas de pasajeros.

¡Raro! ¡Muy raro! Aquél era uno de esos problemas ante los cuales los conductores bien educados se quitan la gorra y se rascan la cabeza. Eso es lo que hizo el cobrador Cullen. Y aunque no le sirvió de nada, repitió el gesto en la calle Bergen, la estación siguiente, en la que el primer coche tampoco perdió ni una de las almas que lo poblaban.

En Eastern Parkway, Cullen hizo un experimento. Se abstuvo cuidadosamente de abrir para nada las puertas del primer vagón. Adelantó el cuerpo ansiosamente, movió la cabeza... y no se le obsequió con nada, salvo con un milagro. El viajero del Metro de Nueva York no es tímido, manso ni puritano, y a las puertas que no se abren inmediatamente o bastante pronto las ayuda con una variada colección de puntapiés. Sin embargo, esta vez, no hubo ni una patada, ni un chillido, ni siquiera un grito más o menos modificado. A Cullen se le salían los ojos de las órbitas.

Se estaba encolerizando. En Franklin Avenue, donde volvía a enlazar con el *Express*, abrió las puertas y soltó unos tacos viendo aquella multitud. Todas las puertas vomitaban pasajeros que cambiaban de línea, pasajeros de ambos sexos y todas las edades; excepto aquel horrible primer vagón. Por las puertas de éste penetraron tres hombres y una chica muy joven, aunque Cullen pudo observar claramente el leve abombamiento de las paredes provocado por el hacinamiento del interior.

Durante el resto del trayecto hasta Flatbush Avenue, Cullen hizo caso omiso del primer coche, concentrándose en la última parada, en la que todo el mundo tendría que bajar. ¡Todo el mundo!

Fueron quedando atrás las estaciones de President, Church y Beverly Road, y Cullen se sorprendió contando las que faltaban para el final de trayecto, en Flatbush.

Parecía un agradable puñado de pasajeros, además. Leían sus periódicos, miraban por las ventanillas los torbellinos de neblina del exterior, o las piernas de la chica de enfrente, o a nada en absoluto, ni más ni menos que las personas normales. Sólo que no querían bajar. Ni siquiera querían pasarse al coche contiguo, que tenía una infinidad de asientos libres. Imagínense a los neoyorquinos resistiendo el impulso de pasar de un coche a otro y perdiéndose la oportunidad de dejar las puertas abiertas para que circule el aire.

¡Pero ahí estaba Flat Avenue! Cullen se frotó las manos, abrió las puertas bravamente y gritó con su estilo más ininteligible:

—¡Final de trayecto! —Lo repitió dos o tres veces con voz ronca, y varios

ocupantes de aquel maldito primer coche levantaron la vista hacia él, con ojos llenos de reproche. Parecían decirle: «¿No se ha enterado de la campaña antirruidos organizada por el alcalde?»

El último pasajero de los demás coches había abandonado ya el convoy, y el puñado disperso de los que aguardaban iba subiendo. Unos cuantos, no muchos, dirigieron unas miradas de curiosidad al abarrotado vehículo. Para el neoyorquino, todo aquello que no entiende es una treta de la publicidad.

Cullen echó mano nuevamente del gaélico y corrió por el andén hacia la cabina del maquinista. Necesitaba apoyo moral. El maquinista hubiera debido estar fuera de la cabina, preparándose para el recorrido siguiente; pero no estaba. Cullen lo vio a través del cristal de la puerta, apoyado en los controles y fijando una mirada ausente en el tope de allá delante.

—¡Gus! —gritó Cullen—. ¡Sal! Hay un condenado...

En este punto, la lengua se le quedó varada. ¡Aquél no era Gus! Era un viejecito que le sonreía muy cortés y movía los dedos a guisa de saludo.

El alma irlandesa de Cullen se rebeló. Soltando un grito fiero, se agarró al canto de la puerta y trató de abrirla de un tirón. Hubiera debido imaginar que no lo lograría. Por consiguiente, inspirando hasta lo más profundo y encomendando su alma a Dios, se lanzó hacia la puerta abierta y se clavó en la masa de posesos del primer coche. El impulso lo llevó casi dos metros adentro, y allí quedó prensado. A su espalda, aquéllos a quienes había derribado se levantaban de los regazos de sus compañeros de viaje, se excusaban con genuina cortesía neoyorquina (consistente en un gruñido, un refunfuño y una mueca) y se absorbían nuevamente en sus periódicos.

Luego, reducido a la impotencia, oyó el timbre del regulador de itinerarios. Su propio convoy había de ponerse en marcha ya. ¡El deber le llamaba! Con un esfuerzo sobrehumano se acercó un poco hacia la puerta; pero ésta se cerró antes de que pudiera llegar a ella, y el tren empezó a moverse.

A Cullen se le ocurrió que era la primera vez que no ocupaba su puesto debidamente, y dijo:

—¡Maldita sea!

Cuando el tren había recorrido unos quince metros, advirtió que corrían en dirección equivocada; pero esta vez no dijo ni pío. Después de todo, ¿qué se podía decir, ni siquiera en el gaélico más puro?

¿Cómo podía un tren correr en dirección contraria en Flatbush Avenue? Allí se terminaba la vía. Ya no había más túnel. Había un tope destinado a impedir que ningún maquinista excéntrico tratara de perforar uno. Era absurdo. Ni con la política del Big Deal podía hacerse.

¡Pero ahí estaban!

Además, este túnel nuevo tenía estaciones; unas estacioncitas muy monas, con las dimensiones necesarias para un solo coche. Aunque estaban bien así, porque sólo corría uno. Habían desenganchado los demás vagones, para que emprendieran el viaje

habitual hacia Bronx Park.

Había una docena, quizá, de estaciones en aquella línea... con unos nombres curiosos. Cullen no se fijó sino en unas cuantas porque le costaba trabajo conseguir que los ojos no se le desorbitaran. Una era Bulevar del Arcángel; otra, Carretera del Serafín; todavía otra, Plaza del Querubín.

Después el tren se introdujo en una estación monstruo, singularmente parecida a una cueva, y se detuvo. Era una estación tremenda, de unos cien metros de profundidad, y casi esférica. Las vías corrían hacia el centro matemático sin sostén alguno debajo y, en el costado, el andén descansaba asimismo, cómodamente, en el aire.

El cobrador era la única persona que quedaba en el coche; la mayoría de los pasajeros habían bajado en plaza Hosana. Se colgaba al descuido del asa de porcelana, con la vista fija en un anuncio de lápiz de labios, La puerta del maquinista se abrió, y el hombrecillo salió fuera. Echó una mirada a Cullen y continuó, pero después giró sobre sus talones.

—¡Eh! —dijo—. ¿Quién es usted?

Cullen se volvió lentamente, sin soltar su agarradero.

—El cobrador, simplemente. No se apure por mí. De todos modos, voy a dejar el empleo. No me gusta este trabajo.

—Oh, caramba, caramba; he ahí un imprevisto —el hombrecillo movió la cabeza y chasqueó la lengua—. Yo soy mister Crumley —explicó—. Robo. La mayor parte de las veces, personas. Otras veces, coches de metro... aunque son unos trastos tan grandes y engorrosos... ¿No lo cree así?

—Señor —refunfuñó Cullen—. He dejado de pensar desde hace un par de horas. No me llevaba a ninguna parte. Pero ¿quién es usted?

—Ya se lo he dicho: soy mister Crumley. Me estoy entrenando para ser dios.

(En inglés, dios es «god». Se explica fácilmente que Cullen entendiera «gob», expresión que se utilizaba hace unos años para designar a un marinero militar). —¿Ser «gob»? —inquirió Cullen—. ¿Quiere decir marinero?

—¡Oh, no, caramba! —Mister Crumley frunció el ceño—. He dicho «dios», como Jehová. ¡Mire! —Por la ventanilla, indicaba con el índice la pared de la cueva. Donde señalaba su dedo, la roca se ondulaba y elevaba. Movié el índice, y se formó un claro saliente de peña en forma de «h» minúscula invertida.

—Ése es mi símbolo —explicó modestamente Crumley—. Muy místico, ¿verdad? Pero esto no es nada. Aguarde a que lo tenga todo organizado. ¡Caramba, caramba, y cuántos milagros les voy a regalar!

La cabeza de Cullen iba del simbólico saliente de la peña a la sonrisa bobalicona de mister Crumley, hasta que empezó a sentir vértigo, y entonces paró.

—Oiga —pidió con voz ronca—, ¿cómo ha sacado el coche aquel de Flatbush Avenue? ¿De dónde ha salido el túnel? ¿Son extranjeros algunos de...?

—¡Oh, no! —replicó mister Crumley—. Lo hice yo, pero dispuse que nadie lo

advirtiese. Fue bastante difícil. Esas cosas me suponen un gran gasto de ectoplasma. Los milagros en los que interviene gente son mucho más difíciles que los otros, porque hay que luchar contra la voluntad de los afectados. Si no se tiene montones de creyentes resulta imposible. Ahora que ya tengo más de cien mil, puedo hacerlos, pero hubo un tiempo en que —y movía la cabeza con aire reminiscente— ni siquiera habría podido levitar a un niño... o curar a un leproso. Eh, vaya, estamos perdiendo el tiempo. Deberíamos haber llegado ya a la fábrica más próxima.

Cullen se animó. Eso ya le parecía más prosaico.

—Yo tenía un hermano —dijo— que trabajaba en una fábrica de jerséis, pero...

—¡Oh, santa misericordia, mister Cullen! Me estoy refiriendo a mis fábricas de creyentes. Tengo que enseñar a la gente a creer en mí, ¿no es cierto? ¡Y predicando resulta tan lento! Yo creo en la producción en masa. Me propongo que llegue el tiempo en que me llamen el Henry Ford de la utopía. Canastos, sólo en Brooklyn tengo doce fábricas, y cuando manufacture el número suficiente de fieles, simplemente, cubriré la faz de la Tierra con ellos.

»Santa Providencia —continuó con un suspiro—, ¡si tuviera bastantes fieles! Necesito un millón para poder dejar que las cosas marchen por sí mismas; hasta entonces tendré que cuidar personalmente incluso de los menores detalles. ¡Y es tan fastidioso! ¡Tengo que recordar continuamente a mis creyentes quién soy yo!... — ¡Hasta a los discípulos! Ya que estamos en eso (le diré de paso, Cullen, que le leo el pensamiento; por esto sé cómo se llama) supongo que usted también querrá ser creyente.

—Pues, mire... —respondió Cullen, nervioso.

—Oh, vamos, A algunos dioses les habría molestado la intrusión de usted y le habrían despachado así, sencillamente —dijo chasqueando los dedos—. Pero yo no; yo creo que matar gente es una cosa sucia y desconsiderada. De todos modos, tendrá que convertirse en creyente.

Téngase en cuenta que Patrick Cullen era un irlandés inteligente. Es decir, admitía la existencia de banshees (esos espíritus femeninos que viven con ciertas familias irlandesas y avisan de la muerte de algún miembro de las mismas), duendecillos y diablejos y tenía la mente bien dispuesta hacia los poltergeists (esos otros espíritus que hacen danzar muebles y vajilla, etc.), hombres-lobo, vampiros y otra basura extranjera de semejante calaña. Y era demasiado instruido como para hacer mofa de las cosas sobrenaturales. Sin embargo, Cullen no tenía ganas de exponer su religión. Estaba flojo en teología, pero, incluso a él, aquello de que un mortal se proclamara dios le sabía a herejía, por no decir a sacrilegio y blasfemia.

—Usted es un falsario —gritó audazmente—, y por el camino que sigue se va de cabeza al infierno. Mister Crumley chasqueó la lengua.

—¡Qué lenguaje tan terrible emplea! ¡Y tan innecesario! Por supuesto, usted cree en mí.

—¿Ah, sí?

—Bueno, pues, si es terco, le haré un milagrito pequeño. No es muy correcto, pero ahora —y hacía unos movimientos vagos con la mano izquierda— usted cree en mí.

—Ciertamente —dijo Cullen, ofendido—. He creído siempre. ¿De qué forma tengo que adorarlo? Quiero hacerlo con propiedad.

—Crea en mí, sencillamente, y basta. Ahora tiene que ir a las fábricas; después lo mandaremos a casa de nuevo (nunca sabrán que estuvo ausente) y podrá vivir su vida como creyente.

El cobrador sonrió extasiado. 146

—¡Oh, vida dichosa! Quiero ir a las fábricas.

—Por supuesto que quiere —replicó mister Crumley—. Valiente crumleyita sería si no quisiera, ¿verdad? ¡Venga! —señaló la puerta del coche, y se abrió al momento.

Salieron. Crumley continuaba señalando con el dedo. La roca se evaporaba ante ellos, para volver a condensarse detrás. Y Cullen andaba a través de la peña, siguiendo a aquella figurilla que era su dios.

¡Aquello era un dios!, pensaba Cullen. El dios que fuese capaz de hacer lo que él hacía era un recondenado buen dios en quien creer.

Al cabo de unos momentos estaba en la fábrica... en otra cueva, aunque más pequeña. Parecía que a Crumley le gustaban las cuevas.

Cullen no prestaba mucha atención a cuanto había a su alrededor. De todos modos, no distinguía gran cosa, por culpa de la leve niebla violeta que le nublaba la visión. Sin embargo, le pareció percibir una cadena sin fin moviéndose lentamente, con hombres estacionados en ella, a intervalos. Discípulos, pensó. Y las piezas que trabajaban en aquella cadena sin fin serían, probablemente, no-creyentes, o basura despreciable similar.

Un hombre le miraba sonriendo. Un discípulo, pensó Cullen, y con toda naturalidad le hizo el signo. Nunca lo había hecho todavía, pero le resultó fácil. El discípulo contestó de igual manera.

—El me ha dicho que venía usted —explicó el discípulo—. Dijo que ha hecho un milagro especial con usted. Es toda una distinción. ¿Quiere que le acompañe por la cadena sin fin?

—Por supuesto.

—Pues bien, ésta es la fábrica primera. Es el centro vital de todas las factorías del país. Las otras sólo realizan un tratamiento preliminar; sólo fabrican creyentes. Nosotros fabricamos discípulos. ¡Discípulos, muchacho!

—¿Voy a ser un discípulo? —preguntó afanosamente Cullen.

—Después de haber sido milagreado por él, ¡naturalmente! Usted es alguien, ya sabe. Sólo hay otras cinco personas, nada más, que tomara a su cargo personalmente.

He ahí una manera divina de hacer las cosas. Todo lo que hacía Crumley era divino.

¡Qué dios! ¡Qué dios!

—Usted también empezaría de este modo...

—En verdad —respondió plácidamente el discípulo—. Yo también soy un tío importante. Pero me gustaría serlo más aún.

—¿Para qué? —dijo Cullen con voz agitada por la sorpresa—. ¿Está murmurando contra los dictados de Crumley? (Quien ojalá prospere). Eso es un sacrilegio.

El discípulo se revolvió incómodo.

—Bueno, tengo ciertas ideas, y me gustaría ponerlas en práctica.

—Tiene ideas, ¿eh? —murmuró Cullen tristemente—. ¿Y Crumley (ojalá viva eternamente) lo sabe?

—Pues... francamente, ¡no! Aunque —el discípulo miró atrás con cuidado, ora por encima del hombro derecho, ora por encima del izquierdo— no soy el único. Somos muchos los que pensamos que Crumley (bendito sea) queda un poquitín anticuado. Por ejemplo, fíjese en las luces de este aposento.

Cullen levantó la vista. Las luces pertenecían al mismo tipo que las de la cueva terminal. Habrían podido robarlas de cualquier línea del metro I. R. T. Eran reproducciones perfectas de las señales de paro y arranque y de los indicadores de «Salida». —¿Qué tienen de malo? —preguntó. El discípulo hizo una mueca de burla.

—Les falta originalidad. Uno pensaría que un dios de primera clase debería sacar algo nuevo. Cuando trae gente, lo hace con el metro, y obedece los reglamentos del mismo. Espera que el regulador de trayectos le dé la señal de arranque; para en todas las estaciones; utiliza vulgar electricidad, etc., etc. Lo que necesitamos —el discípulo gesticulaba exageradamente y gritaba— es un carácter más emprendedor, más movimiento. Hemos de acelerar los hechos y gobernarlos con eficiencia y energía.

Cullen le miraba airado.

—Usted es un hereje —le acusó—. Está sentenciado a la pena eterna —y miró colérico a su alrededor en busca de un timbre, un silbato, un gong, o un tambor con que llamar al gran Crumley. Pero no encontró nada.

El otro entornaba los ojos, sumido en raudos pensamientos.

—Oiga —dijo con aspereza—, mire qué hora es. Me estoy retrasando. Será mejor que suba a la cadena para recibir el primer tratamiento.

A Cullen le enfurecía el mal servicio que aquel discípulo inferior prestaba a Crumley; pero un tratamiento es un tratamiento, y, haciendo el signo devotamente, subió. Lo encontró bastante cómodo, a pesar de que se moviera a sacudidas. El discípulo hizo un signo al primer preceptor de Cullen —otro discípulo— que se hallaba ante una especie de pizarra. Mientras hablaban de Crumley, Cullen se había fijado en otros y había observado el procedimiento de preguntas y respuestas que seguían. Lo había observado con particular atención.

Por consiguiente, quedó muy sorprendido cuando el segundo discípulo, en lugar de utilizar el enorme puntero que empuñaba para señalar una pregunta de la pizarra, lo cogía por el otro extremo y lo bajaba con fuerza sobre su cabeza. ¡Las luces se apagaron!

Cuando volvió en sí se hallaba debajo de la cadena, en el mismo fondo de la cueva. Lo habían atado, y el discípulo rebelde y otros tres hablaban de él.

—No se ha dejado persuadir —iba diciendo el discípulo—. Crumley le habrá administrado doble tratamiento, o algo así.

—Será la última vez que lo hace —aseguró el hombrecillo obeso.

—Esperemos que así sea. ¿Qué tal va?

—Muy bien. Muy bien, de veras. Hace un par de horas nos hemos teleportado a la Sección Cuarta. Ha sido un milagro perfecto.

El discípulo estaba contento.

—¡Magnífico! ¿Cómo marchan en la Cuatro? El hombrecillo obeso cloqueó con los labios.

—Pues, la verdad, no muy animados. No sé a qué se debe, pero están sufriendo efectos raros, por allá. En estos momentos se están produciendo milagros. Hasta los crumleyitas corrientes son capaces de hacerlos, y a veces... simplemente, se producen solos. Es muy enojoso.

—Humm, malo, malo. Si hay demasiados tropiezos, Crumley sospechará. Y si investiga primero allá, es capaz de reconvertirlos a todos en un periquete, antes de venir aquí. Entonces, sin el apoyo de aquéllos, quizá no seamos bastante fuertes para hacerle frente.

—Di —interpuso aprensivamente el obeso— que ni siquiera ahora lo somos bastante. Todo esto está muy mal organizado.

—Somos bastante fuertes —replicó el discípulo en tono severo— para debilitarle el tiempo que necesitemos para procurarnos un nuevo dios, y luego...

—Un nuevo dios, ¿eh? —dijo otro. Y movió la cabeza con aire enterado.

—Claro —respondió el discípulo—. Un dios nuevo, al que nosotros hayamos creado, y al que podamos destruir. Lo tendremos dentro del puño, por completo, y entonces, en lugar de esta tiranía de un hombre solo, podremos montar una especie de... pues... de concejo.

Sonrisas generalizadas; todo el mundo parecía satisfecho.

—Pero de esto hablaremos más tarde, en otro momento —continuó el discípulo vivamente—. Vamos a creer un poquito nada más. Crumley no es tonto, ya sabéis, y no nos conviene que observe ningún debilitamiento. Vamos, pues. Todos juntos.

Cerraron los ojos, se concentraron un poco y los abrieron de nuevo, exhalando un suspiro.

—Bien —dijo el hombrecillo—, eso ha terminado. Será mejor que me vuelva.

Cullen le miraba por debajo de la cadena y se le antojó que el hombrecillo, al flexionar las rodillas y levantar los ojos, se parecía mucho a un pollo que se dispone a volar a un árbol. El parecido se acentuó no poco cuando extendió los brazos, dio un saltito y se alejó revoloteando.

Cullen pudo seguir el vuelo con sólo fijarse en los ojos de los tres que quedaban. Unos ojos que se volvían hacia arriba, cada vez más, siguiendo al obeso hasta lo que

parecía la misma cima de la cueva. Aquellos ojos se veían muy satisfechos de sí mismos. Se sentían muy dichosos con tanto milagro.

Después se marcharon todos, dejando a Cullen a solas con su santa indignación. Se estremecía hasta lo más profundo de su ser por haber asistido a aquella pecaminosa rebelión, aquella apostasía, aquella..., aquella... No había palabras para expresarlo, ni siquiera cuando echó mano del gaélico.

Imagínense, crear un dios que estuviera dentro del puño de sus creadores. Era una herejía antropomórfica (¡vaya!, ¿dónde había oído esta palabra?) y minaba las raíces de toda religión. ¿Se quedaría tendido allí, viendo cómo algo minaba las raíces de todas las religiones? ¿Consentiría que depusieran a Crumley (quien ojalá nadase por mares de éxtasis)?

¡Jamás!

Pero las cuerdas sostenían otro parecer, y tuvo que quedarse.

Y entonces se produjo una interrupción en sus pensamientos. Llegaba un sonido bajo, retumbante..., un sonido que habría sido una voz, de no haber tenido un tono tan increíblemente bajo. Y encerraba una amenaza que obligaba a una atención inmediata. La consiguió de Cullen, que temblaba dentro de las ligaduras; de los demás de la cueva, que temblaban más intensamente todavía, al no estar sujetos por sogas; de la misma cadena sin fin, que se paró con una sacudida y se estremeció tremendamente.

El discípulo rebelde cayó de rodillas y tembló más que nadie.

La voz llegó de nuevo, esta vez hablando un lenguaje inteligible:

—¿DONDE ESTA ESE GORRÓN, CRUMLEY? —Rugía.

Pero no aguardó respuesta. Una nube de sombras se condensó en el centro de la estancia y escupió un relámpago negro contra la cadena sin fin. Del punto donde había caído el relámpago, se levantó una llama de fuego que se propagó lentamente. Por donde pasaba, la cadena dejaba de existir. Quedaba lejos de Cullen, pero había seres humanos más cerca, entre los cuales se armó un tremendo barullo de fugas.

Cullen tenía muchísimas ganas de escapar con los demás, pero, evidentemente, el discípulo que le había atado perteneció antaño a los *boy scouts*. Y como tirones, contorsiones, sacudidas, nada obraba el menor efecto en las tenaces sogas, volvió a recurrir al gaélico y a los buenos deseos. Deseaba estar suelto. Deseaba no estar atado. Deseaba encontrarse lejos de aquella llama devoradora. Deseaba infinidad de cosas, algunas de las cuales no se pueden poner por escrito, pero ante todo las mencionadas.

Y entonces sintió una ligera presión deslizante, y vio a sus pies una desordenada pila de fibras de cáñamo. Evidentemente, las fuerzas liberadas por la rebelión escapaban fuera de control allí lo mismo que en la Sección Cuatro. ¿Qué había dicho el hombrecillo gordo? «En estos momentos se están produciendo milagros. Hasta los crumleyitas corrientes son capaces de hacerlos, y a veces... simplemente, se producen solos».

Pero ¿por qué perder tiempo? Corrió hacia la pared de roca y le bramó el deseo de que se disolviera en la nada. Aulló varias veces, con modificaciones gaélicas, y la pared ni siquiera se ablandó un poco. Cullen miraba desorbitado, y entonces vio el agujero. Estaba en el costado de la cueva, diametralmente opuesto al lugar que había ocupado él en el fondo, y unas tres volutas por encima de la cadena. La espiral superior pasaba por debajo exactamente.

Reuniendo todas sus fuerzas, dio el salto que le permitió alcanzar el reborde inferior de la espiral, se retorció hasta situarse encima y echó a correr. El fuego de la desintegración quedaba a su espalda y muy lejos, pero iba ganando ventaja. Corrió cadena arriba hasta la tercera vuelta, sin tomarse tiempo para sentir vértigo a causa de la carrera circular. Pero cuando llegó allá, el agujero, grande, negro y atractivo, quedaba un poquitín, un poquitín tan sólo, más alto de lo que él era capaz de saltar.

Cullen se recostó contra la pared, jadeando. La mancha de fuego se había convertido ahora en dos, que reptaban en ambas direcciones desde una brecha de unos seis metros en la cadena. Todos los que se hallaban en la cueva, unas doscientas personas, estaban en movimiento, y todo el mundo hacía alguna clase de ruido.

Fuere por lo que fuese, la visión le estimuló. Le dio nervio para realizar nuevos esfuerzos por alcanzar el agujero. Alocadamente, intentó trepar por la pared lisa; pero no lo consiguió.

En aquel instante, Crumley asomó la cabeza por el agujero y dijo:

—¡Oh, mi bondad divina, qué desbarajuste tan terrible! ¡Suba aquí, Cullen! ¿Por qué se queda ahí abajo? Una gran paz descendió sobre Cullen.

—Salve, Crumley —gritó—. Ojalá huela usted la esencia de rosas eternamente. Crumley parecía complacido.

—Gracias, Cullen.

Agitó la mano, y el cobrador se encontró a su lado. Un simple problema de levitación. Una vez más, en lo íntimo de su alma, Cullen decidió que ahí había un dios.

—Y ahora —decía Crumley—, hemos de correr, correr, correr. Con la rebelión de los discípulos, he perdido la mayor parte de mi poder, y mi coche de metro ha quedado atascado a mitad de camino. Necesitaré la ayuda de usted. ¡Corra!

Cullen no tuvo tiempo de admirar el metro chiquitito del final del túnel. Saltó fuera del andén, pisándole los talones a Crumley, y voló unos treinta metros tubo abajo, adonde se hallaba el coche, parado. Y flotó hacia la puerta abierta, con la gracia de un bailarín. Crumley se había encargado de que así fuera.

—Cullen —le dijo—, ponga eso en marcha y llévelo otra vez hacia la línea normal. Ah, tenga cuidado; él me está esperando.

—¿Quién?

—El nuevo dios. Imagínese aquellos tontos (no, idiotas) pensando que podrían crear un dios gobernable, cuando la esencia de la divinidad está en ser ingobernable. Naturalmente, al crear un dios para destruirme a mí, crearon un Destructor, y éste irá

destruyendo todo lo que tenga a la vista creado por mí, incluso a ellos, mis discípulos.

Cullen se puso a trabajar prestamente. Sabía poner en marcha un coche número 30 990; cualquier cobrador sabía. Corrió hacia el otro extremo del coche, donde estaba la palanca de control; la levantó y regresó a toda velocidad. No necesitaba nada más. Había corriente en el raíl; las luces estaban encendidas; y no se veía ninguna señal de paro entre aquel punto y el País de Dios.

Crumley se tendió en un asiento.

—Guarde un silencio total. Es posible que a usted le deje pasar. Yo voy a desaparecer, y quizá él no advierta mi presencia. En todo caso, a usted no le hará ningún daño... confío. Vaya, vaya, desde que empezó todo eso en la Sección Cuarta, ¡las cosas se han enredado de una manera!

Pasaron ocho estaciones antes de que sucediera nada, y luego llegaron a la del Círculo de la Utopía, y... pues, no sucedió nada realmente. Fue solo una impresión..., la impresión de que por unos segundos había estado rodeado de gente que le miraba con virulenta hostilidad. No, no era gente exactamente, sino una sola persona. No, tampoco era una persona, sino un ojo enorme, que vigilaba, vigilaba, vigilaba.

Pero la impresión pasó, y casi inmediatamente Cullen vio un rótulo blanco y negro en el costado del túnel: «Flatbush Avenue». Puso los frenos precipitadamente, porque allí había un convoy aguardando. Pero los controles no funcionaron como debían, y el coche siguió adelante hasta ponerse en contacto con los otros. Con un suave chasquido, quedó enganchado, y, simplemente, el 30 990 quedó constituido en el último vagón del tren.

Había sido obra de Crumley, naturalmente. Éste estaba de pie, detrás, observando.

—No le ha alcanzado, ¿verdad que no? No, ya veo que no.

—¿Corremos más peligros? —preguntó Cullen, ansioso.

—No lo creo —respondió tristemente Crumley—. Cuando el nuevo dios haya destruido toda mi creación, no le quedará nada que destruir y, privado de función, dejará de existir, sencillamente. He ahí el resultado de este trabajo malo, insípido. Estoy disgustado con los seres humanos.

—No diga eso —exclamó Cullen.

—Lo diré —replicó Crumley con furia—. Los seres humanos no están en condiciones de tener un dios. Causan demasiados problemas. Le harían salir canas a cualquier dios con amor propio, y hasta me figuro que usted opina que un dios canoso todavía gana en majestad. ¡Al diablo todos los humanos! Pueden pasarse sin mí. Desde hoy, me iré a África, y probaré con los chimpancés. Apuesto a que serán un material mucho mejor.

—Pero espere —gimió Cullen—. ¿Y yo? Yo creo e: usted.

—Oh, de nada serviría. ¡Vamos! Retorne a la normalidad.

La mano de Crumley acarició el aire, y Cullen, cor vertido de nuevo en un buen irlandés temeroso de Dios soltó un bramido en el gaélico más puro y arremetió contra

él.

—¡Granuja, blasfemo...!

Pero no había ningún Crumley. Había sólo un regulador de trayectos, preguntándole con muy poca cortesía, en inglés, qué requetediablos le estaba ocurriendo.

Lamento decir que por estas fechas ya no recuerdo bien qué partes de este cuento son mías y cuáles de Pohl. Al repasarlo, puedo decir: «Este trozo responde a mi estilo y ese otro no», pero no juraría si acierto o me equivoco.

Fantasy Book era una revista muy marginal, que sólo publicó ocho números. *El hombrecillo del metro* apareció en el sexto.

Un hecho chocante de este número de una revistita que tenía que arreglárselas con lo que podía encontrar entre los desperdicios del género es que publicaba *Scanners Live in Vain*, de Cordwainer Smith. Era el primer cuento que Smith publicaba, y no publicaría ninguno más hasta unos ocho años más tarde. En el decenio del 1960, Smith (seudónimo de un hombre cuya verdadera identidad no se supo hasta después de su muerte) se convirtió en un escritor bastante importante, y aquel primer cuento suyo pasó a figurar entre los clásicos.

Mientras trabajaba en *El hombrecillo del metro*, escribía además, otro cuento «robot positrónico» titulado *¡Embustero!* En él aparecía por primera vez mi personaje Susan Calvin, que ha figurado hasta la fecha en diez cuentos míos; y no renuncio a la posibilidad de que aparezca todavía en otros.

Digamos de paso que mientras Campbell y yo discutíamos el cuento en cuestión, el 16 de diciembre de 1940, quedaron perfectamente elaboradas las «Tres leyes de la robótica». (Yo digo que las elaboró Campbell, y él dice que fui yo; pero sé que yo tengo razón. Fue él).

Campbell aceptó *¡Embustero!* en seguida, a finales de enero, y sin revisarlo, y el cuento apareció en el número de mayo de 1941 de *Astounding*. Era la cuarta vez que mi nombre aparecía en la revista. El hecho de que apareciera un mes después de *Reason* ayudó a grabar en las mentes de los lectores la idea de que los cuentos «robot positrónico» formaban una serie. Con el tiempo, *¡Embustero!* apareció en *Yo, Robot*.

La venta de dos cuentos «robot positrónico» (*Reason* y *¡Embustero!*), uno después de otro, me inflamó en ansias de escribir otros. Cuando le sugerí a Campbell, el 3 de febrero de 1941, que todavía podía escribir otro cuento de este género, él lo aprobó, pero dijo que, tan en los comienzos, no quería que me sujetase demasiado a una fórmula rígida. Sugirió que primero escribiera otra clase de cuentos. Fui buen chico, y obedecí.

Pero lo cierto es que aquel mismo día decidí probar el género ficción de nuevo. Escribí un cuento corto (mil quinientas palabras) titulado *Masks*, y sólo Dios sabrá de qué trataba, porque yo no lo sé. Lo presenté a Campbell para *Unknown* el 10 de febrero, y lo rechazó. Ha desaparecido, ya no existe.

En fecha más avanzada de aquel mismo mes, escribí también un cuento corto titulado *La novatada*, pensando en Pohl. Se lo ofrecí el 24 de febrero, y lo rechazó inmediatamente. Más tarde lo presenté a *Thrilling Wonder Stories*. Me pidieron que lo revisara, yo lo hice, y lo aceptaron el 29 de julio de 1941.

LA NOVATADA

El campus de la Universidad de Arturo, en el segundo planeta de Arturo, Eron, resulta un lugar aburrido y demasiado caluroso durante las vacaciones de mediados de año, de modo que Myron Tubal, estudiante de segundo año, encontraba la vida aburrida e incómoda. Por quinta vez en aquel día, entró a mirar en la Sala de Estudiantes en un desesperado intento de localizar a algún conocido, y al final se vio recompensado al encontrar a Bill Sefan, un jovencito de piel verde, procedente del quinto planeta de Vega.

A Sefan, lo mismo que a Tubal, le habían suspendido la biosociología y se quedaba durante las vacaciones preparándose para un examen de recuperación. Casos así tejen fortísimos lazos entre dos estudiantes.

Tubal refunfuñó un saludo, dejó caer su corpachón sin pelo —era nativo del propio Sistema Arturiano— en el sillón mayor y dijo:

—¿No has visto todavía a los de primer año?

—¿Ya? ¡Faltan seis semanas para el comienzo del semestre de otoño! Tubal bostezó.

—Esos pertenecen a una raza especial. Son la primera remesa del Sistema Solar..., en número de diez.

—¿El Sistema Solar? ¿Te refieres a ese sistema nuevo que se unió a la Federación Galáctica hace tres o cuatro años?

—Al mismo. A su capital mundial la llaman Tierra, creo.

—Bueno, ¿y qué pasa con ellos?

—No mucho. Están aquí ya, y nada más. Algunos tienen cabello en el labio superior, y a fe que les da un aire bastante tonto. Por lo demás, tienen el mismo aspecto que cualquier tipo humanoide.

En este preciso instante se abrió la puerta y el pequeño Wri Forase entró corriendo. Pertenecía al segundo planeta de Deneb, y la pelusa corta y gris que le cubría la cabeza y la cara se erizaba de agitación, al tiempo que sus grandes ojos violeta centelleaban excitados.

—Oye —trinó excitado—, ¿habéis visto a los terrícolas?

Sefan exhaló un suspiro.

—¿Es que nadie cambiará nunca de tema? Tubal me estaba hablando de ellos en este momento.

—¿De veras? —Forase parecía desilusionado—. Pero..., pero ¿te ha dicho que éstos pertenecen a esa raza anormal que armó tanto alboroto cuando el Sistema Solar entró en la Federación?

—A mí me han parecido muy normales —dijo Tubal.

—No hablo de ellos desde el punto de vista físico —explicó el denebiano en tono disgustado—. Me refiero al aspecto mental del caso. ¡A la psicología! ¡Ahí está la cuestión! —Forase se haría psicólogo, con el tiempo.

—¡Ah, eso! Bueno, ¿qué les pasa?

—Su psicología de grupo, como raza, está completamente desviada —parloteó Forase—. En vez de ser menos emocionales cuando se hallan agrupados, como ocurre con todas las demás especies de humanoides conocidas, a ellos les sucede lo contrario. En grupos, esos terrícolas se amotinan, son presa del pánico, enloquecen. Cuantos más sean, peor. ¡Que Dios me ayude, si hasta hemos inventado una notación matemática nueva para resolver el problema! ¡Mirad!

Y sacó el cuaderno de bolsillo y el lápiz con rápido movimiento; pero la mano de Tubal se cerró sobre ellos antes de que hubiera podido marcar ni la más leve huella.

Tubal exclamó:

—¡Búa! Se me ha ocurrido una idea despampanante.

—¡Imagínate! —murmuró Sefan. Tubal no le hizo caso. Sonrió nuevamente y se frotó la calva cabeza con mano pensativa.

—Escuchad —dijo, con repentina animación. Y al momento bajó la voz hasta convertirla en un murmullo conspiratorio.

Albert Williams, recién llegado de la Tierra, se revolvió en sueños y advirtió la presencia de un dedo que le tentaba entre las costillas segunda y tercera. Abrió los ojos, volvió la cabeza, miró con aire estúpido... y luego se incorporó como un rayo y estiró el brazo hacia el interruptor de la luz.

—No te muevas —ordenó la figura sombría junto a su cama. Se oyó un chasquidito sofocado, y el terrícola se encontró en el centro del perlino chorro de una lámpara de bolsillo.

Parpadeando, preguntó:

—¿Qué recondenado demonio eres tú?

—Vas a levantarte de la cama —contestó estólidamente la aparición—. Vístete y ven conmigo. Williams hizo una mueca salvaje.

—Intenta obligarme.

No hubo respuesta, pero el chorro de luz se movió levemente y descendió sobre la otra mano de la sombra. Esta otra mano empuñaba un «látigo neurónico», esa arma pequeña y bonita que paraliza las cuerdas vocales y retuerce los nervios en nudos de agonía. Williams deglutió con dificultad y se levantó. Se vistió en silencio, y luego dijo:

—Muy bien, ¿qué quieres?

El deslumbrante «látigo» hizo un gesto, y el terrícola se encaminó hacia la puerta.

—Sigue andando adelante —ordenó el desconocido.

Williams salió del cuarto, anduvo por el silencioso pasillo y bajó ocho pisos sin atreverse a mirar atrás. Fuera, en el campus, se detuvo, y sintió un objeto metálico que le presionaba en los riñones.

—¿Sabes dónde está Obel Hall?

Williams movió la cabeza afirmativamente y echó a caminar. Dejó atrás Obel Hall, dobló a la derecha en la avenida de la Universidad y al cabo de un kilómetro

salió de todo camino, más allá de los árboles. En la oscuridad se recortaba vagamente la mole de una nave espacial, con las escotillas bien cerradas. Tan sólo una débil luz aparecía por la rendija del cierre hermético entreabierto.

—¡Entra!

Le empujaron escaleras arriba y le hicieron entrar en una habitacioncita. Williams parpadeó, miró a su alrededor y contó en voz alta:

—... Siete, ocho, nueve y, conmigo, diez. Nos han cogido a todos, me figuro.

—No es una suposición —refunfuñó agriamente Eric Chamberlain—. Es una certidumbre —y se frotaba una; mano—. Hace una hora que estoy aquí.

—¿Qué te pasa en la muñeca? —preguntó Williams.

—Me la he dislocado en la mandíbula de la rata que me ha traído aquí. La tiene dura como el casco de una nave espacial.

Williams se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y la cabeza apoyada contra la pared.

—¿Alguien tiene idea de a qué viene todo esto?

—¡Un secuestro! —dijo el pequeño Joey Sweeney. Los dientes le castañeteaban.

—¿Por qué diablos? —bufó Chamberlain—. Si entre nosotros hay algún millonario, yo no me había enterado. ¡Por mi parte, no lo soy!

—Oídmeme, no queramos hurgar más abajo del fondo —dijo Williams—. Esos tipos no pueden ser criminales. Parece razonable pensar que una civilización que ha perfeccionado la psicología hasta las alturas conseguidas por esta Federación Galáctica, habría de ser capaz de desarraigar el crimen sin ningún esfuerzo.

—Serán piratas —gruñó Lawrence Marsh—. Yo no lo creo; es una sugerencia, nada más.

—¡Tonterías! —exclamó Williams—. La piratería es un fenómeno de frontera. Esta región del espacio vive en plena civilización desde hace decenas de miles de años.

—A pesar de todo, tenían armas —insistió Joe—, y eso no me gusta. —Se había dejado los lentes en el cuarto y miraba a su alrededor con ansiedad de miope.

—Eso no significa mucho —respondió Williams—. Ea, yo me decía: Aquí estamos nosotros, diez estudiantes de primer curso recién llegados a la Universidad de Arturo. Y la primera noche que pasamos aquí nos sacan misteriosamente de nuestras habitaciones y nos amontonan en una nave espacial. Esto a mí me sugiere algo. ¿Qué os parece?

Sidney Morton levantó la cabeza de los brazos el tiempo suficiente para decir, adormilado:

—También a mí se me había ocurrido. Parece como si hubiéramos de aguantar una novatada. Amigos, creo que los de segundo año se están divirtiendo soberanamente con nosotros.

—Exacto —convino Williams—. ¿Alguien tiene otras ideas? Silencio.

—Está bien, pues; entonces no podemos hacer nada sino esperar. Personalmente,

voy a recuperar el sueño perdido. Si me necesitan, ya me despertarán.

En aquel momento se produjo una sacudida, y perdió el equilibrio.

—Bien, ya estamos en marcha, dondequiera que vayamos.

Momentos después, Bill Sefan titubeó un instante antes de entrar en el cuarto de control. Cuando entró por fin fue para enfrentarse con un Wri Forase terriblemente excitado.

—¿Cómo va? —preguntó el denebiano.

—Mal —respondió con acritud Sefan—. Que me cuelguen si tienen miedo. Se disponen a dormir.

—¿A dormir? ¿Todos? Pero ¿qué decían?

—¿Cómo voy a saberlo? No hablaban galáctico, y yo no saco nada en claro de su jerigonza infernal. Forase levantó las manos con disgusto. Tubal habló por fin:

—Oye, Forase, yo me estoy perdiendo una clase de biosociología, y no puedo permitírmelo. Tú has garantizado la psicología de esta treta. Si resulta un fracaso, no quedaré demasiado contento.

—¡Vaya, por el amor de Deneb! —jadeó Forase desesperadamente—. ¡Sois un par de gallinas! ¿Acaso esperabais que se pusieran a chillar y a patalear desde el primer momento? ¡Chamusqueante Arturo! Esperad hasta que lleguemos al Sistema Espicano, ¿queréis? Cuando aterricemos, llegada la mañana... —Soltó una risita repentina—. Va a ser la treta más ingeniosa desde que ataron aquellos murciélagos hediondos al órgano orón tico la Noche del Concierto.

Tubal compuso una sonrisa, pero Sefan se arrellanó en su asiento y comentó pensativamente:

—¿Qué pasa si alguien (digamos, el presidente Wynn) se entera de esto?

El arturiano que estaba en los mandos levantó los hombros.

—No es más que una novatada. Le darán poca importancia.

—No te hagas el tonto, M. T. Esto no es cosa de niños. El Planeta Cuatro, Espiga..., todo el Sistema Es-i picaño en realidad, les está prohibido a las naves galácticas, y vosotros lo sabéis. Allá existe una raza sub-humanoide, y se ha decretado que han de desarrollarse completamente libres de interferencias hasta que descubran los viajes interestelares por sí mismos. Tal es la ley, y son muy rigurosos en su cumplimiento. ¡Espacio! Si se enteran de esto, tenemos baile por una buena temporada.

Tubal giró en el asiento.

—¿Cómo, por Arturo, esperas que Prexy Wynn (¡maldito sea su recio pellejo!) se entere de esto? Ahora bien, fíjate, yo no digo que la aventura no circule por el campus, porque si la hemos de mantener en secreto entre nosotros pierde la mitad de la gracia.

Pero ¿cómo van a enterarse de los nombres? Nadie nos delatará. Y lo sabéis.

—De acuerdo —admitió Sefan, encogiéndose de hombros. Entonces Tubal exclamó:

—¡Preparados para el hiperespacio! —Oprimió los mandos y se notó aquel raro desquiciamiento interno que señalaba la salida del vehículo del espacio normal.

Los diez terrícolas estaban bastante angustiados y se les notaba en la cara. Lawrence Marsh volvió a dirigir una mirada oblicua a su reloj.

—Las dos treinta —dijo—. Hace ya treinta y seis horas. Ojalá dieran la aventura por terminada.

—Esto no es una novatada —se lamentó Sweeney—. Dura demasiado.

Williams se puso encarnado.

—¿Por qué diablos parecéis todos medio muertos? Nos han dado de comer regularmente, ¿verdad? No nos han atado, ¿verdad que no? Yo diría que se ve clarísimo que nos cuidan con toda atención.

—O —replicó Sidney Morton con tartajeo descontentadizo— nos engordan para el sacrificio.

Aquí se interrumpió, y todos se pusieron tensos. Habían experimentado una sacudida interna inconfundible.

—¡Tomad nota! —dijo Eric Chamberlain con frenesí repentino—. Volvemos a encontrarnos en espacio normal, lo cual significa que sólo estamos a un par de horas, máximo, del lugar adonde nos dirigamos. ¡Tenemos que hacer algo!

—Eso, eso —bufó Williams—. Pero ¿qué?

—Somos diez, ¿verdad? —gritó Chamberlain, hinchando el pecho—. Pues bien, hasta el momento yo sólo he visto a uno de ellos. La próxima vez que entre (y se acerca la hora de que nos den otra comida) nos echaremos encima de él todos a la vez.

Sweeney puso cara de mareo.

—¿Y el látigo neurónico que lleva siempre?

—No nos matará. Por lo demás, no puede alcanzarnos a todos antes de que le hayamos amarrado al suelo.

—Eric, eres un tonto —dijo llanamente Williams. Chamberlain se sonrojó, y aquellas manos suyas de recios dedos se cerraron lentamente en sendos puños.

—Me siento con ganas de practicar un poco el arte de la persuasión. Vuelve a llamarme eso, ¿quieres?

—¡Siéntate! —Williams casi ni se molestó en levantar la vista—. Y no te esfuerces tanto en justificar mi calificativo. Todos estamos nerviosos, tensos, pero esto no significa que tengamos que volvernos locos por completo. Todavía no, al menos. En primer lugar, aun pasando por alto el látigo, echarnos sobre nuestro carcelero no daría frutos demasiado buenos.

«Hasta el momento sólo hemos visto a uno; pero ese uno es del Sistema Arturiano. Mide más de dos metros y pasa de los ciento treinta kilogramos. Nos barrería a todos, a los diez, con los puños nada más. Pensaba que ya habías disputado un asalto con él, Eric. Hubo un silencio denso. Williams añadió:

—Y aun suponiendo que pudiéramos ponerlo fuera de combate y acabar

igualmente con todos los otros que haya en la nave, resulta que no tenemos la menor idea de dónde estamos, ni sobre cómo regresar, ni siquiera de cómo gobernar la nave —hizo una pausa. Luego añadió—: ¿Qué?

—¡Tonterías! —Chamberlain se volvió y alimentó su furor en silencio.

La puerta se abrió de un puntapié y el arturiano gigante entró. Con una mano, vació el saco que traía, mientras la otra los apuntaba cuidadosamente con el látigo neurónico.

—La última comida —gruñó.

Hubo una agitación general en pos de los botes que rodaban, todavía tibios del reciente calentamiento. Mor-ton miró él suyo con enojo.

—Oiga —dijo tartamudeando en galáctico—, ¿no nos podrían cambiar el menú? Ya estoy cansado de esta corrompida conserva de ustedes. ¡Éste es el cuarto bote!

—¿Y qué? También es vuestra última comida —le espetó el arturiano. Y salió.

Una parálisis horrorizada los dominó a todos.

—¿Qué ha querido decir con eso? —arguyó uno con voz quebrada.

—¡Van a matarnos! —Sweeney abría unos ojos muy redondos; su voz era cortante.

Williams tenía la boca seca, y sentía una cólera irracional contra el espanto contagioso de Sweeney. Hizo una pausa —el muchacho sólo contaba diecisiete años — y luego dijo con aspereza:

—Dejemos eso, ¿queréis? Y comamos.

Dos horas después notó la estremecida sacudida indicadora de que habían aterrizado y el viaje había llegado a su fin. En todo aquel rato, nadie había dicho nada; pero Williams advertía que el sudario del miedo los asfixiaba más y más a medida que pasaban los minutos.

Espiga se había hundido en un aura carmesí bajo el horizonte, y soplaba un viento glacial. Los diez terrícolas, apiñados miserablemente en la cima de la montaña, sembrada de pedruscos, observaban a sus raptos con semblante huraño. El fornido arturiano, Myron Tubal, tomó la palabra, mientras el vegano de cutis verde, Bill Sefan, y el pequeño denebiano vellosa, Wri Forase, se mantenían plácidamente en segundo término.

—Ahí tenéis fuego —decía el arturiano malhumorado— hay leña abundante por los contornos para alimentarlo. Así las fieras se mantendrán apartadas. Antes de irnos, os dejaremos un par de látigos, que os servirán de protección, si os molesta algún aborigen del planeta. En lo tocante a comida, agua y albergue, será preciso que pongáis en juego vuestro ingenio.

Y se volvió. Chamberlain soltó un rugido repentino y saltó hacia el arturiano que se alejaba. Un simple movimiento, sin esfuerzo, del brazo del otro, le mandó para atrás, tambaleándose.

La portezuela se cerró detrás de los tres hombres espaciales. Casi inmediatamente, la nave se levantó del suelo y ascendió disparada. Por fin, Williams

rompió el silencio glacial. —Han dejado los látigos. Yo cogeré uno, y tú, Eric, puedes coger el otro.

Uno tras otro, los terrestres se sentaron, de espaldas al fuego, llenos de miedo, casi de pánico. Williams se esforzaba en sonreír.

—Por aquí hay caza abundante; esta región está bien poblada de bosques. Ea, chicos, somos diez, y los que se han ido volverán, más pronto o más tarde. Demostrémosles que los de la Tierra sabemos resistir. ¿Qué decís, muchachos?

Y prosiguió hablando, sin decir nada en concreto. Mor-ton replicó, desanimado:

—¿Por qué no te callas? Con tu charla no remedias nada.

Williams abandonó. Iba sintiendo un frío intenso en la boca del estómago.

El crepúsculo se oscureció, volviéndose noche, y el círculo de luz alrededor de la lumbre se redujo a un pequeño espacio parpadeante, que terminó en sombras. Marsh exclamó súbitamente, abriendo los ojos de par en par:

—Viene alguien..., ¡alguien viene hacia aquí!

El revuelo que se armó luego se petrificó en actitudes de atención tan profunda que se les veía conteniendo el aliento.

—Estás loco —empezó Williams en tono áspero..., Pero se calló en seco ante el ruidito escurridizo e inconfundible que llegaba a sus oídos.

—¡Empuña el látigo! —le gritó entonces a Chamberlain.

Joey Sweeney fue presa de una lisa súbita, una carcajada aguda, violenta.

Y después desgarró el aire un súbito chillido, y las sombras cargaron contra ellos.

No sólo allí ocurrían novedades.

La nave de Tubal se apartaba perezosamente del cuarto planeta de Espiga, con Bill Sefan en los controles. Tubal, por su parte, se hallaba en su abarrotado compartimiento, limpiando una gran botella de licor denebiano de un par de tragos.

Wri Forase contemplaba la operación con semblante triste.

—Cuesta veinte vales cada botella —comentó—, y me quedan ya muy pocas.

—Pues no me dejes ser un aprovechado —respondió, magnánimo, Tubal—. Sigue a mi compás, botella por botella. No tengo inconveniente.

—Con un trago de los tuyos —refunfuñó el denebiano—, me quedaría sin sentido hasta los exámenes de otoño.

Tubal le prestaba muy poca atención.

—Esto —empezó—, pasará a la historia del campus como la gran novatada...

En ese momento se oyó un ping-g-g-g, ping-g-g-g, vivo, penetrante, apenas amortiguado por los tabiques de separación, y las luces se apagaron.

Wri Forase se sintió fuertemente apretado contra la pared. Esforzándose por recobrar el aliento, tartamudeó con dificultad:

—¡Vo-voto al Espacio! ¡Va-vamos a ple-plena aceleración! ¿Qué..., qué le pasa al regulador?

—¡Maldito sea el regulador! —rugió Tubal, poniéndose en pie—. ¿Qué le pasa a la nave?

Tubal cruzó la puerta dando traspiés y se internó por el pasillo, igualmente oscuro, seguido de Forase, que se arrastraba detrás de él. Cuando irrumpieron en el cuarto de mandos, encontraron a Sefan en medio de las mortecinas luces de emergencia, con la verde piel brillando de sudor.

—Un meteoro —graznó—. Nos ha desquiciado los distribuidores de energía, y ahora se convierte toda en aceleración. Luces, unidades de calefacción y radio, todo está fuera de uso, y los ventiladores apenas se mueven —luego añadió—: Además, la Sección Cuatro está perforada.

Tubal miró enfurecido a su entorno.

—¡Idiota! ¿Cómo no has tenido el ojo atento al indicador de masas?

—¡Si lo he tenido, so hipertrofiado montón de materia! —aulló Sefan—. ¡Pero no ha indicado nada! ¿No es eso lo que te esperarías precisamente de un cacharro de segunda mano, alquilado por doscientos vales? El meteorito ha pasado por delante de la pantalla como si fuese éter vacío.

—¡Cállate! —Tubal abrió de un tirón los guardatrages y gruñó—: Todos son modelos arturianos. Debería haberlo revisado. ¿Puedes manejar uno de éstos, Sefan?

—Acaso —el vegano se rascaba la oreja con expresión dudosa.

En cinco minutos Tubal se metió dentro del recinto, y Sefan, tropezando torpemente, le siguió. Tardaron media hora en regresar.

Tubal se quitó la escafandra.

—¡Telón!

Wri Forase abrió la boca en un grito sofocado.

—¿Quieres decir que... esto es el fin? El arturiano movió la cabeza.

—Podemos repararlo, pero requerirá tiempo. La radio está definitivamente destrozada, o sea, que no podemos pedir socorro.

—¡Pedir socorro! —Forase parecía atónito—. Es lo que nos hace falta, ni más ni menos. ¿Cómo explicaríamos que nos encontremos en el Sistema de la Espiga? Antes que enviar llamadas radiofónicas, tanto daría que nos suicidáramos. Siempre que podamos regresar sin ayuda de nadie, estamos a salvo. Perder unas cuantas clases más no nos perjudicará demasiado.

La voz de Sefan se puso opaca y se quebró.

—Pero ¿y aquellos asustados terrícolas de Espiga Cuatro?

Forase abrió la boca, pero no salió de ella palabra alguna. Volvió a cerrarla, y si hubo alguna vez un humanoide con aspecto mareado, ése era Forase.

Y estaban sólo en el comienzo.

Necesitaron día y medio para desenredar las líneas de energía de aquel cachivache espacial. Tardaron otros dos en desacelerar hasta un punto de regreso que no ofreciese riesgo. Y tardaron cuatro días en regresar a Espiga Cuatro. Total: ocho días.

Cuando la nave sobrevoló nuevamente el lugar donde habían abandonado a los terrícolas, era media mañana, y la faz de Tubal, mientras inspeccionaba el área mediante el televisor, parecía un estudio de cara larga. Poco después rompía un

silencio que hacía mucho rato se había hecho viscoso.

—Se me antoja que hemos metido la pata en todo lo que podíamos meterla. Los desembarcamos en las mismas inmediaciones de un poblado de indígenas. Y no se ve rastro de los terrícolas.

—Mal asunto —dijo Sefan, moviendo la cabeza apesadumbrado.

Tubal hundió la suya entre los largos brazos hasta los mismos codos.

—Esto es demasiado. Si no han perecido de miedo, han caído en manos de los indígenas. Violar sistemas solares prohibidos es delito suficiente..., pero lo de ahora se trata ya, pura y simplemente, de asesinato, creo yo.

—Lo que tenemos que hacer —dijo Sefan— es aterrizar ahí y ver si queda alguno con vida; Se lo debemos. Después... —Y se le hizo un nudo en la garganta.

Forase terminó, en un murmullo:

—Después viene el expulsarnos de la Universidad, la psico-revisión... y el trabajo manual para toda la vida.

—¡Olvídalo! —Ladró Tubal—. Afrontaremos esos problemas cuando se planteen.

Lenta, muy lentamente, la nave descendió en círculo y acabó descansando en el calvero pedregoso donde, ocho días antes, habían dejado abandonados a los diez terrícolas.

—¿Cómo hemos de tratar con los indígenas? —Tubal se volvía hacia Forase con los bordes de las órbitas enarcados (naturalmente, no tenía cejas)—. Vamos, hijito, proporcióname algo de psicología subhumanoide. Nosotros somos tres, solamente, y no quiero problemas.

Forase levantó los hombros y el veloso rostro se le cubrió de arrugas de perplejidad.

—Estaba pensando en eso, precisamente, Tubal. No sé ninguna.

—¿Qué? —Estallaron a la vez Sefan y Tubal.

—Nadie sabe —añadió presurosamente el denebiano—. Al fin y al cabo, no se admite a los humanoides en la Federación hasta que están completamente civilizados, y entretanto los tenemos en cuarentena. ¿Suponéis que se nos ofrecen muchas ocasiones de estudiar su psicología?

El arturiano se sentó pesadamente.

—Esto se pone mejor y mejor por momentos. Piensa caravellosa, ¿quieres? ¡Indícanos algo! Forase se rascó la cabeza.

—Pues... hummm..., lo mejor que podemos hacer es tratarlos como a humanoides normales. Si nos acercamos a ellos despacio, con las palmas de las manos extendidas, no hacemos movimientos repentinos y conservamos la calma, deberíamos salir adelante. Pero, recordadlo, digo que deberíamos. No estoy seguro de que resulte, así.

—Vayamos y busquemos la seguridad en el desastre —instó en tono impaciente Sefan—. Al fin y al cabo, no importa mucho. Si me matan aquí, no tendré que volver a casa. —Su faz adquirió una expresión atormentada—. ¡Cuando pienso en lo que va

a decir mi familia...!

Salieron de la nave y olisquearon la atmósfera del cuarto planeta de Espiga. El sol estaba en el cénit, plantado allá arriba como una gran pelota de color naranja. En el bosque, un ave emitió un graznido cascado. Luego descendió un silencio total.

—¡Hummm! —exclamó Tubal, con los brazos en jarras.

—Basta para darle sueño a uno. Ni el menor signo de vida. ¿En qué dirección se encuentra el poblado?

Hubo una disputa sobre el tema, con tres opiniones distintas; aunque no duró mucho. El arturiano primero, los otros dos pisándole los talones, bajaron por la pendiente en dirección al desparramado bosque.

Unos treinta y cinco metros adentro de la espesura, los árboles adquirieron vida con el movimiento de una oleada de indígenas que se descolgaban de las ramas.

Wri Forase quedó fuera de combate en el mismo comienzo de la avalancha. Bill Sefan se tambaleó, defendió su posición momentáneamente, y luego cayó de espaldas con un gemido.

Sólo quedaba en pie el fornido Myron Tubal. Con las piernas muy separadas y emitiendo unos roncros ¡juipis!, repartía golpes a diestro y siniestro. Los indígenas le golpeaban a él y salían disparados como gotas de agua de un volante en rotación. Dirigiendo su propia defensa según el principio del molino de viento, fue retrocediendo hasta situarse de espaldas a un árbol.

Con lo cual se equivocó. En la rama más baja de aquel árbol se escondía un indígena más cauteloso y sesudo que sus compañeros. Tubal había advertido ya que los nativos estaban dotados de recias colas musculosas, y había anotado el hecho en su mente. De todas las razas de la Galaxia, sólo otra, la Homo Gamma Cepheus, poseía cola. Lo que no había advertido, sin embargo, era que dichas colas eran prensiles.

Cosa que descubrió casi inmediatamente, porque el indígena de la rama del árbol hizo descender la suya, rodeó con ella el cuello de Tubal y apretó.

El arturiano se revolvía furiosamente, sufriendo lo indecible, pero logró arrancar del árbol a su atacante. No obstante, aunque colgando cabeza abajo y girando de un lado para otro en anchos arcos, continuaba rodeando el cuello del otro y oprimiéndolo con más fuerza cada vez.

El mundo se oscureció. Antes de dar contra el suelo, Tubal había perdido ya el conocimiento.

Tubal volvió en sí poco a poco, advirtiéndolo con disgusto la dolorida rigidez del cuello. En vano quiso remediarla con un masaje, pero tardó unos segundos en darse cuenta de que lo habían atado sólidamente. El hecho le indujo a despabilarse por completo. Lo primero que advirtió fue que estaba tendido boca abajo; lo segundo, el horrible estrépito que reinaba a su alrededor; lo tercero, que Sefan y Forase estaban atados junto a él... y, por último, que no podía romper las ligaduras.

—¡En, Sefan, Forase! ¿Me oís?

Fue Sefan el que contestó alegremente:

—¡Oh, cabra dragoniana! Creíamos que habías perdido los sentidos para siempre. —Yo no muero tan pronto —refunfuñó el arturiano—. ¿Dónde estamos?

Hubo una corta pausa.

—En el poblado de los indígenas, me figuro —respondió Wri Forase en tono apagado—. ¿Habías oído jamás un ruido como éste? El tambor no ha parado ni un minuto desde que nos han echado aquí.

—¿No habéis visto, por azar...?

Unas manos se posaron en él y notó que le hacían rodar. Ahora se encontraba en posición de sentado, y el cuello le dolía más que nunca. Bajo el sol de primeras horas de la tarde brillaban unas ruinosas chozas de bardas y troncos verdes. Los tres expedicionarios estaban rodeados de un corro de indígenas de oscura piel y larga cola. Serían en número de centenares, todos tocados con plumas y armados de unas lanzas cortas equipadas con amenazadoras púas.

Todos tenían los ojos fijos en la hilera de figuras misteriosas sentadas en el suelo, en primera fila y sobre las cuales fijó Tubal una mirada colérica. Se veía claramente que eran los jefes de la tribu. Vistiendo prendas chillonas adornadas con orlas y confeccionadas con pieles mal curtidas, multiplicaban su aire bárbaro mediante unas altas máscaras de madera que caricaturizaban el rostro humano.

El enmascarado monstruo que se hallaba más próximo a los humanoides se acercó a éstos con paso medurado.

—Hola —les dijo—. ¿Tan pronto y ya de regreso?

Tubal y Sefan permanecieron largo rato sin decir nada en absoluto, mientras Wri Forase era víctima de un interminable acceso de tos.

—Eres uno de aquellos terrícolas, ¿verdad que sí? —inquirió por fin Tubal, después de una profunda inhalación.

—Muy cierto. Soy Al Williams. Puedes llamarme Al, simplemente.

—¿Todavía no te han matado?

—No nos han matado a ninguno —respondió Williams con gozosa sonrisa—. Muy al contrario. Caballeros —añadió con una extraña reverencia—, les presento a los nuevos... hmmm..., los nuevos dioses de la tribu.

—Los nuevos ¿qué? —Forase, que seguía tosiendo, se quedó boquiabierto.

—... Pues..., pues, dioses. Lo siento, pero no sé la palabra que expresa «dios» en galáctico.

—¿Qué representáis, vosotros los «dioses»?

—Somos una especie de entidades sobrenaturales, objetos que han de ser adorados.

¿Lo entiendes? Los humanoides les miraban abatidos.

—Sí, ciertamente —sonrió Williams—, somos personas muy poderosas.

—¿Qué estás diciendo? —exclamó Tubal, indignado—. ¿Por qué han de pensar que poseéis un gran poder? Físicamente, vosotros los terrestres estáis por debajo del

término medio; ¡muy por debajo!

—Lo que importa es el efecto psicológico —explicó Williams—. Si nos ven aterrizar en un vehículo grande, rutilante, que cruza el aire misteriosamente, y luego despega entre un chorro de llamas de cohete, han de considerarnos sobrenaturales, es forzoso. Es psicología bárbara elemental.

Mientras Williams continuaba, a Forase se le salían los ojos de las órbitas.

—Oye —intervino Sefan—, me parece que nos estás tomando el pelo. Si se figuraron que vosotros erais dioses, ¿cómo no pensaron lo mismo de nosotros? También íbamos en la nave, y...

—Ahí —le interrumpió Williams—, es donde empezamos a intervenir nosotros. Con dibujos y por signos, les explicamos que vosotros erais demonios. Cuando por fin regresasteis (¡y podéis figuraros la alegría que tuvimos al ver regresar esa nave!) ellos ya sabían qué tenían que hacer.

—¿Y qué son «demonios»? —preguntó Forase con generosa ostentación de susto en la cara. Williams exhaló un suspiro.

—¿Es que vosotros, la gente de la Galaxia, no entendéis nada?

Tubal movió lentamente el dolorido cuello.

—¿Y si nos dejaseis marchar ya? —murmuró—. Tengo calambres en el cuello.

—¿Para qué tanta prisa? Al fin y al cabo os han traído aquí para sacrificaros en nuestro honor.

—¡Sacrificarnos!

—Claro. Van a descarnaros con cuchillos. Hubo un silencio cargado de horror.

—¡No nos vengas con semejantes gases de cometa!

—Tubal consiguió sonreír por fin—. ¡No somos terrícolas que se asustan y se dejan llevar por el pánico, ya sabéis!

—¡Oh, claro, lo sabemos! Por nada del mundo quisiera engañaros. Pero la sencilla psicología salvaje corriente siempre se inclina por un poquito de sacrificio humano, y...

Sefan se revolvía dentro de las ligaduras y trataba de lanzarse, furioso, contra Forase.

—¡Pensaba que dijiste que nadie sabía nada de psicología subhumanoide! Tratabas de disimular tu ignorancia, ¿verdad, so arrugado, velloso ojos de rana, hijo mestizo de un lagarto vegano? ¡En bonito lío nos encontramos ahora!

Forase se encogió para apartarse.

—¡Eh, espera! Solo...

Williams decidió que la broma ya había durado bastante.

—Tranquilizaos —gritó—. La novatada, tan bien estudiada, que querías hacernos os ha estallado en las narices. Ha sido un hermoso estallido; pero no vamos a llevar las cosas demasiado lejos. Creo que ya nos habéis divertido bastante, amigos. En estos momentos Sweeney está con el jefe indígena, explicándole que vamos a marcharnos y que os llevaremos con nosotros. Francamente, yo despegaría ya, de

buena gana... Esperad un minuto; Sweeney me está llamando.

Cuando regresó, unos momentos después, Williams tenía una expresión peculiar; su semblante aparecía un poco verdoso. Lo cierto es que se ponía más verde por segundos.

—Parece —explicó, como queriendo tragarse el bocado de Adán—, que ahora nos ha estallado en nuestras propias barbas una contranovatada. El jefe indígena ¡se empeña en que tenga lugar el sacrificio!

Hubo un silencio meditativo, mientras los tres humanoides estudiaban la situación. Por unos momentos, ninguno de ellos pudo pronunciar ni una sola palabra.

—Le he dicho a Sweeney —añadió Williams, sombrío— que vuelva allá y le explique al jefe indígena que si no hace lo que le indiquemos, algo terrible le sucederá a su tribu. Pero es pura fanfarronada, y acaso no se deje engañar. Hummm... lo siento, muchachos. Creo que nos hemos pasado de la raya. Si la cosa se pone verdaderamente fea, os cortaremos las ligaduras y huiremos todos juntos.

—Córtalas ahora —gruñó Tubal, sintiendo que se le helaba la sangre—. ¡Terminemos con esto de una vez!

—¡Espera! —gritó Forase en tono vehemente—. Deja que el terrestre emplee un poco su psicología. Adelante, terrestre. ¡Concentra la mente!

Williams pensó hasta que ya empezaba a dolerle el cerebro.

—Mirad —dijo con voz débil—, desde que fuimos incapaces de curar a la esposa del jefe, hemos perdido bastante prestigio como divinidades. La pobre murió ayer —y movió la cabeza como aprobando una idea que se le había ocurrido—. Lo que necesitamos es un milagro impresionante. Eh, amigos, ¿tenéis algo en los bolsillos?

Se arrodilló junto a ellos y se puso a cachearlos. Wry Forase tenía un lápiz, un cuaderno de bolsillo, un peine con púas de estaño, polvos contra el prurito, un fajo de vales y unas cuantas cosas más. Sefan poseía una colección de material vario similar.

En cambio, del bolsillo trasero de Tubal sacó un objeto pequeño, negro, parecido a un arma, con una empuñadura enorme y un cañón corto.

—¿Qué es esto? Tubal frunció el ceño.

—¿Y para eso llevamos tanto rato ahí sentados? Eso es un soplete de mano que yo utilicé para reparar una perforación de la nave. No vale nada; ya casi no le queda corriente.

A Williams se le iluminaron los ojos. Todo su cuerpo se galvanizó de excitación.

—¡Eso crees tú! Vosotros, la gente de la Galaxia, nunca veis más allá de vuestras narices. ¿Por qué no vais a pasar una temporada a la Tierra, y volveréis con nuevos puntos de vista?

Williams se alejó, corriendo hacia sus compañeros de conspiración.

—Sweeney —gritaba—, dile a ese condenado jefe con cola de mono que dentro de un segundo, nada más, voy a enfadarme y derrumbaré el firmamento entero sobre su cabeza. ¡Ponte duro!

Pero el jefe no aguardaba el mensaje. Hizo un gesto de desafío, y los indígenas

iniciaron un asalto masivo. Tubal rugió; sus músculos golpeaban las ligaduras. El soldador de Williams entró en acción, el débil rayo eléctrico saltó adelante.

La choza indígena más próxima se encendió en llamas. Luego se incendió otra... y otra... y otra más... Y entonces la pistola de soldar se apagó.

Pero ya había cumplido su misión. Era bastante. No quedaba en pie ni un solo indígena. Todos se arrastraban con el rostro pegado al suelo, gimiendo y pidiendo perdón a grandes gritos. El que gemía más y daba mayores voces era el jefe.

—Dile —le ordenó Williams a Sweeney— que esto ¡no es más que una insignificante muestra de lo que pensamos hacer con él!

Dirigiéndose a los humanoides, mientras les cortaba las ligaduras de cuero, añadió en tono complacido:

—Sencillamente, un poco de psicología salvaje corriente.

Sólo cuando ya volvían a estar en la nave y otra vez en el espacio, Forase pudo tragarse el orgullo.

—¡Pero si yo pensaba que los terrestres no habían cultivado aún la psicología matemática! ¿Cómo sabías todo eso sobre los subhumanoides? ¡En la Galaxia, nadie ha llegado a un punto tan elevado todavía!

Williams sonrió.

—Mira, nosotros poseemos algunos conocimientos prácticos, empíricos, sobre el funcionamiento de la mente no civilizada. Ya ves, venimos de un mundo en el que la mayoría de la gente está todavía, por así decirlo, sin civilizar. Por lo tanto ¡hemos de poseerlos!

Forase movió la cabeza pausadamente, en señal afirmativa.

—¡Vaya terrícolas locos! Al menos, este pequeño episodio nos ha enseñado una cosa.

—¿Cuál?

Forase volvió a echar mano del argot terrestre, y dijo.

—Nunca te pongas pesado con un puñado de dementes. ¡Podrían estar mucho más lejos de lo que imaginabas!

Al repasar mis relatos para preparar este libro, me encontré con que *La novatada* era la única narración publicada de la cual no recordaba nada, excepto el título. Ni siquiera al releerlo lo reconocí. Si me lo hubieran dado a leer sin que llevase el nombre del autor y me hubieran invitado a adivinar quién lo escribió, me habría quedado atascado. Quizá esto signifique algo.

De todos modos, el relato discurre sobre el telón de fondo de «*Homo Sol*».

Abordando a Fred Pohl, tuve más suerte con otra narración: *Super-Neutrón*, que escribí a finales del mismo febrero en que hice *Masks* y *La novatada*. Se lo presenté el día 3 de marzo de 1941, y el día 5 lo aceptó.

Por aquellos días, a menos de tres años de haber presentado mi primer trabajo, me iba volviendo bastante irritable si rechazaban mis narraciones. Al menos, en mi diario saludo la noticia de la aceptación con estas palabras: «Ya era hora de que colocara algo; cinco semanas y media desde que vendí mi último relato».

SUPER-NEUTRON

En la séptima reunión de la honorable Sociedad de Ananías tuvimos el mayor susto de nuestras vidas, y después elegimos presidente vitalicio a Gilbert Hayes.

La Sociedad no tiene muchos afiliados. Antes de la elección de Hayes éramos cuatro, solamente: John Sebastian, Simón Murfree, Morris Levin y yo. El primer domingo de cada mes comíamos juntos, y en tales ocasiones justificábamos el nombre de nuestra sociedad jugándonos el pago de la cuenta al juego de quién mentía mejor.

Resultaba un proceso bastante complicado, con reglas parlamentarias estrictas. Un miembro soltaba un relato, en cada reunión, cuando le tocaba el turno; aunque ateniéndose a dos condiciones: tal relato había de ser un embuste descarado, complicado y fantástico; pero había de parecer real. Los demás socios tenían derecho —y lo ejercían— a atacar todos y cada uno de los puntos del relato haciendo preguntas o pidiendo explicaciones. ¡Ay del narrador que no respondiera a todas las preguntas inmediatamente, o que, al contestar, incurriese en una contradicción! ¡Cargaba con la cuenta! La pérdida financiera no era grande; el deshonor, sí.

Y entonces tuvo lugar aquella séptima reunión... y llegó Gilbert Hayes. Hayes era uno de los diversos no-socios que asistían de vez en cuando para escuchar la tanda de mentiras de sobremesa, pagándose cada cual su comida, y, naturalmente, sin voz ni voto en lo que sucediera. Pero en esta ocasión era el único de dicho grupo que asistía.

La comida había terminado. Fui elegido presidente de la asamblea (me tocaba por turno regular) y se había leído el acta, cuando he aquí que Hayes se inclinó sobre la mesa y dijo en voz baja:

—Caballeros, hoy desearía que me diesen una oportunidad.

—A los ojos de la Sociedad —repliqué yo, arrugando el ceño—, usted no existe, señor Hayes. Es imposible que tome parte.

—Entonces, permítame solamente que haga una declaración —repuso él—. El Sistema Solar llegará a su fin a las dos y siete minutos y medio de esta tarde, exactamente.

Todo el grupo sufrió una sacudida infernal. Yo levan té los ojos hacia el reloj eléctrico que había sobre el televisor. Era la una y catorce minutos.

—Si tiene algo en qué sustanciar tan extraordinaria declaración —dije, titubeando—, será sin duda muy interesante. Hoy le toca el turno a Levin; pero si está dispuesto a renunciar, y el resto de la Sociedad lo acepta...

Levin sonrió, asintiendo, y los demás se le sumaron.

Yo di el golpe de ritual con el mazo.

—El señor Hayes tiene la palabra.

Hayes encendió un cigarro puro y se quedó mirándolo pensativamente.

—Dispongo de poco más de una hora, caballeros, a pesar de lo cual empezaré por el principio, que se remonta a unos quince años atrás. Aunque luego dimití, por

aquellas fechas era yo un astrofísico del Observatorio de Yerkes; era joven pero ya una promesa. Y me afanaba persiguiendo la solución de uno de los enigmas perennes de la astrofísica: la fuente de los rayos cósmicos. Además, estaba lleno de ambición.

Hizo una pausa, y continuó en tono distinto:

—Ya saben, es raro que, con todo nuestro bagaje científico, en estos dos siglos últimos no hayamos encontrado dicha misteriosa fuente ni tampoco la igualmente misteriosa razón de que una estrella explote. Son los dos enigmas eternos, y sabemos tan poca cosa de ellos en la actualidad como sabíamos en tiempos de Einstein, Eddington y Millikan.

»Sin embargo, como decía, yo pensaba llegar a dominar el rayo cósmico, y en consecuencia, me puse a verificar mis ideas mediante la observación, para lo cual tenía que salir al espacio exterior. De todos modos, la operación no resultaba tan sencilla. Vean ustedes, estábamos en el año 2129, recién terminada la última guerra, y el Observatorio estaba casi destrozado... ¿Acaso no lo estábamos todos?

«Saqué el mejor partido posible de la situación. Alquilé un modelo 07 viejo y de segunda mano, amontoné dentro mis aparatos y emprendí el vuelo solo. Es más, tuve que salir a hurtadillas del aeropuerto, sin los documentos de rigor, pues no tenía ganas de someterme al papeleo que el ejército de ocupación me habría impuesto. Era ilegal, pero yo quería recoger los datos que necesitaba, por lo que me dirigí en ángulo recto hacia la eclíptica, en dirección al Polo Sur Celeste, aproximadamente, y dejé al Sol a ciento sesenta mil millones de kilómetros detrás de mí.

»El viaje y los datos que recogí carecen de importancia. Jamás informé a nadie de uno ni de los otros. El meollo del relato está en el planeta que encontré.

En este punto, Murfree enarcó aquellas pobladas cejas que tenía y refunfuñó:

—Quisiera advertir al caballero, señor presidente, que hasta la fecha ningún socio de esta Sociedad ha salido sin despellejar, si quiso inventarse un planeta de mentirijillas.

Hayes sonrió tristemente.

—Correré el riesgo —dijo—. Y seguiré explicando que el decimoctavo día de mi viaje descubrí por primera vez el mencionado planeta, en forma de un disquito color naranja del tamaño de un guisante. Naturalmente, un planeta en aquella parte del espacio causa verdadera sensación. Me dirigí hacia allá, y al momento descubrí que no había arañado siquiera la corteza de la singularidad de aquel planeta. El simple hecho de que se encontrara allí resultaba fenomenal..., pero es que, además, no poseía campo gravitatorio alguno, en absoluto.

El vaso de vino de Levin se estrelló contra el suelo.

—Señor presidente —exclamó en un aliento de voz—, pido que se descalifique acto seguido al caballero. No Puede existir masa alguna que no deforme el espacio en sus proximidades, creando así un campo gravitatorio. El caballero ha hecho una afirmación imposible; por lo tanto, debe ser descalificado. —Levin tenía el rostro encarnado de cólera.

Pero Hayes levanto la mano.

—Pido tiempo, señor presidente. La explicación vendrá a su debido momento. Darla ahora sería complicar las cosas. Por favor, ¿puedo continuar?

Yo consideraré el caso.

—En vista del carácter de su relato, me siento dispuesto a ser benigno. Se le concede un plazo, pero tensa la bondad de recordar que, a su debido tiempo, deberá dar una explicación. Si no la diera, perdería.

—De acuerdo —dijo Hayes—. Por el momento, ustedes tendrán que aceptar mi declaración de que el planeta no poseía gravedad alguna. Es un hecho incuestionable, porque yo llevaba en mi nave un equipo astronómico completo, y aunque mis instrumentos eran de una sensibilidad extraordinaria, registraron siempre un cero absoluto.

«También la recíproca era cierta, porque el planeta era completamente indiferente a la gravedad de otras masas. De nuevo, hago hincapié en que no le afectaba nada, en absoluto. Lo que voy a decir no pude determinarlo en aquellos momentos, pero el caso es que la observación subsiguiente, a lo largo de un período de años, me demostró que el planeta se desplazaba en línea recta y a velocidad constante. Hallándose como se hallaba dentro del campo de influencia del Sol, el hecho de que su órbita no fuese elíptica ni hiperbólica y de que, si bien acercándose al Sol, no se acelerase, demostraba que era independiente de la gravedad solar.

—Espere un poco, Hayes —Sebastian hizo un mueca tan pronunciada que se vio el destello de su premolar de oro—. ¿Qué era lo que mantenía unido al tal planeta? Sin gravedad, ¿cómo no se partía y dispersaba?

—En primer lugar, ¡pura inercia! —Fue la réplica inmediata—. No había nada que pudiera partirlo. Una colisión con otro cuerpo de tamaño similar habría podido obrar tal efecto..., esto sin tomar en cuenta la posibilidad de que el planeta estuviera dotado de una fuerza de cohesión peculiar suya.

Y continuó, con un suspiro:

—Con eso no hemos agotado las propiedades de aquel cuerpo. Su color rojo anaranjado y su bajo poder de reflexión, o albedo, me pusieron sobre otra pista, y descubrí que el planeta era absolutamente transparente para todo el espectro electromagnético, desde las ondas de radio hasta los rayos cósmicos. Sólo en la región del rojo y el amarillo de la gama de la luz visible era moderadamente opaco. De ahí procedía su color.

—¿Cómo se explica eso? —pidió Murfree. Hayes me miró.

—La pregunta no es razonable, señor presidente. Sostengo que lo mismo podrían preguntarme por qué el vidrio es enteramente transparente para todo lo que esté por encima o por debajo de la región ultravioleta, de modo que el calor, la luz y los rayos lo atraviesan, al tiempo que resulta opaco para la luz ultravioleta. Esto es propiedad de la sustancia misma, y debe aceptarse sin explicación de ninguna clase.

Yo di un golpe con el mazo.

—¡Declaro inadecuada la pregunta!

—Me opongo —objetó Murfree—. Hayes no ha dado una explicación satisfactoria. No hay nada perfectamente transparente. El vidrio, si tiene el grosor suficiente, detendrá hasta los rayos cósmicos. ¿Osará decirnos, pues, que la luz azul, o el calor, por ejemplo, podrían atravesar un planeta entero?

—¿Por qué no? —respondió Hayes—. El hecho de que la transparencia perfecta no exista en las sustancias que usted conoce no significa que no pueda existir en ninguna parte. En verdad, ninguna ley científica sostiene tal principio. El planeta que digo era perfectamente transparente, salvo por una pequeña región del espectro. Ése es un hecho concreto, sacado de la observación.

Mi mazo golpeó de nuevo.

—Declaro satisfactoria la explicación. Continúe, Hayes. El cigarro se le había apagado; Hayes hizo una pausa para encenderlo de nuevo. Después prosiguió:

—En otros aspectos, el planeta era normal. No era tan grande como Saturno..., su diámetro estaría, quizá, entre el de éste y el de Neptuno. Experimentos posteriores demostraron que poseía masa, aunque resultaba difícil averiguar cuánta..., si bien pasaba del doble de la de la Tierra. Poseyendo masa, tenía las propiedades habituales de la inercia y el movimiento mecánico..., pero carecía de gravedad.

Eran en ese instante la una y treinta y cinco.

Hayes siguió el movimiento de mis ojos y dijo:

—Sí, sólo nos quedan tres cuartos de hora. ¡Me daré prisa...! Naturalmente, un planeta tan raro me dio que pensar, lo cual, sumado al hecho de que yo había elaborado ya ciertas teorías relativas a los rayos cósmicos y las novas, me condujo a una interesante solución.

Hizo otra pausa para inspirar profundamente:

—Imagínense (si pueden) nuestro cosmos como una nube de... de, pues, unos super-átomos que...

—Perdone —exclamó Sebastian, poniéndose en pie—, ¿se propone fundar toda o parte de su explicación en el trazado de analogías entre estrellas y átomos, o entre sistemas solares y órbitas electrónicas?

—¿Por qué lo pregunta? —interrogó a su vez Hayes, sin levantar la voz.

—Porque, si lo intenta, pido que le descalifiquen inmediatamente. La creencia de que los átomos son sistemas solares en miniatura se puede equiparar a la idea ptolomeica del universo. Tal supuesto no ha sido nunca aceptado por los científicos, ni siquiera en los mismos albores de la teoría atómica.

—El caballero tiene razón —asentí—. No se permitirá ninguna analogía de esta especie como parte de la explicación.

—Ahora protesto yo —exclamó Hayes—. Ustedes recordarán que en el curso de física elemental que les dieron en la escuela, se simulaba muy a menudo (para ilustrar algún punto determinado) que las moléculas de gas eran diminutas bolitas de billar. ¿Significa ello que las moléculas de los gases sean realmente bolas de billar?

—No —admitió Sebastian.

—Significa únicamente —fue diciendo Hayes— que las moléculas de los gases se comportan en ciertos aspectos de modo parecido a las bolas de billar. De este modo se visualiza mejor el comportamiento de unas, estudiando el de las otras... Pues bien, yo sólo trato de señalar un fenómeno en nuestro universo de estrellas, y con la única finalidad de dar una imagen fácil, lo comparo a un fenómeno similar, y mejor conocido, del mundo de los átomos. Lo cual no significa que las estrellas sean átomos gigantescos.

Me había convencido.

—El punto está bien enfocado —dije—. Puede continuar su explicación, pero si la presidencia considera que la analogía deriva por mal camino, quedará usted descalificado.

—De acuerdo —aceptó Hayes—, pero, de momento, pasemos a otro punto. ¿Se acuerda alguno de ustedes de las primeras centrales atómicas, de hace ciento setenta años, y de cómo funcionaban?

—Creo —murmuró Levin— que cómo energía utilizaban el método clásico de fisión del uranio. Bombardeaban uranio con neutrones lentos y lo descomponían en masurio bario, rayos gamma y más neutrones, estableciendo así un proceso cíclico.

—¡En efecto! Bien, imaginen que el universo estelar actuase en ciertas cosas (fíjense bien, esto es una metáfora; no hay que tomarlo al pie de la letra) como un conjunto compuesto de átomos de uranio, e imagínense ese universo estelar bombardeado desde el exterior con objetos que pudieran actuar en algunos sentidos de manera similar a como actúan los neutrones a escala atómica.

»Uno de tales super-neutrones, al chocar contra un sol, provocaría la explosión de éste, convirtiéndolo en radiaciones y nuevos super-neutrones. En otras palabras, tendrían ustedes una nova. —Hayes paseó la mirada por el concurso, en espera de objeciones.

—¿Cómo justifica tal idea? —preguntó Levin.

—De dos maneras: una, lógica; otra, por la observación. Primero, la lógica. Las estrellas se encuentran esencialmente en un equilibrio materia-energía, y sin embargo, repentinamente, sin que se haya podido observar ningún cambio, ni espectral ni de otra clase, alguna que otra vez, explotan. Una explosión indica inestabilidad; pero ¿dónde? No será en el interior de la estrella, Porque ha estado en equilibrio durante millones de años. No será desde un determinado punto del interior del universo, porque las novae se reparten, más o menos por igual, por todo el universo. Así pues, por eliminación, hemos de concluir que desde un punto de fuera del universo.

«Segundo, por la observación. ¡Yo me topé con unci de esos super-neutrones!

Murfree protestó, indignado:

—Supongo que se refiere al planeta sin gravedad que se encontró.

—En efecto.

—Entonces, ¿qué le hace pensar que se trata de un super-neutrón? No puede

utilizar su teoría como prueba porque precisamente está aprovechando el propio super-neutrón para sostener su teoría. Aquí no nos permitimos argumentar en círculos.

—Lo sé —declaró Hayes, mosqueado—. Emplearé nuevamente la lógica. El mundo de los átomos posee una fuerza cohesiva en la carga electromagnética de electrones y protones. El mundo de las estrellas posee una fuerza cohesiva en la gravedad. Las dos fuerzas sólo se parecen de una manera muy general. Por ejemplo, hay dos clases de cargas eléctricas, y en cambio sólo existe una clase de gravedad... y queda todavía un sinfín de otras diferencias menores. Sin embargo, hasta este punto me parece permisible una analogía. Un neutrón, a escala atómica, es una masa privada de la fuerza cohesiva atómica: la carga eléctrica. Un super-neutrón, a escala estelar, habría de ser una masa sin la fuerza cohesiva estelar: la gravedad. Por consiguiente, si encuentro un cuerpo sin gravedad, parece razonable suponerlo un super-neutrón.

—¿Considera lo dicho una prueba rigurosamente científica? —preguntó con sarcasmo Sebastian.

—No —admitió Hayes—, pero es lógico, no contradice los hechos científicos que yo conozco, y nos proporciona una explicación consistente de las novas. Lo cual debería bastar para nuestro objetivo inmediato.

Murfree tenía la vista clavada en las uñas.

—¿Y adonde se dirige precisamente ese super-neutrón?

—Veo que se adelanta a los acontecimientos —dijo Hayes con acento sombrío—. Fue lo que me pregunté yo entonces. Hoy, a las dos y nueve minutos y medio, chocara de frente con el Sol, y ocho minutos después, la radiación resultante del estallido borraría a la Tierra del número de los planetas.

—¿Cómo no informó de todo eso? —Ladró Sebastian.

—¿Para qué? No se podía cambiar nada. No podemos manejar masas astronómicas. Ni siquiera toda la energía que pudiera reunirse en la Tierra habría bastado para desviar de su trayectoria ese enorme cuerpo. Además, no se puede escapar a otro punto del Sistema Solar porque Neptuno y Plutón se convertirán en gas lo mismo que los otros planetas, y los viajes interestelares todavía son absolutamente imposibles. Por consiguiente, como el hombre no puede existir independientemente en el espacio, está sentenciado.

»¿Para qué ir a explicar estas cosas? ¿Qué habría conseguido convenciendo a los que me escucharan de que la condena a muerte ya estaba firmada? Suicidios, oleadas de crímenes, orgías, mesías, evangelistas y todo lo malo y baladí que puedan ustedes imaginarse. Además, ¿es tan terrible la muerte a consecuencia de una nova? Es una muerte instantánea y limpia. A las dos diecisiete minutos estás aquí, y a las dos dieciocho minutos eres una tenue masa de gas. Es una muerte tan rápida y fácil que casi no significa morir.

Estas palabras fueron seguidas de un prolongado silencio. Yo me sentía inquieto.

Hay mentiras y mentiras, pero ésta sonaba muy verídica. En Hayes no se observaba aquel leve doblar el labio ni el destellito en los ojos que constituyen la señal del triunfo cuando uno ha logrado colar una de las gordas. Estaba serio, terriblemente serio. Comprendí que los demás pensaban lo mismo. Levin bebía sorbitos de vino, y la mano le temblaba.

Por fin Sebastian tosió ruidosamente.

—¿Cuándo descubrió ese super-neutrón, y dónde?

—Hace quince años, a más de ciento cincuenta mil millones de kilómetros del Sol.

—¿Y durante todo este tiempo esa masa ha venido acercándose al Sol?

—Sí, a la velocidad constante de tres kilómetros y tres décimas por segundo.

—¡Magnífico, ya le he cogido! —Sebastian casi reía de alivio—. ¿Y cómo no lo han localizado los astrónomos en todo este tiempo?

—¡Dios mío! —respondió impaciente Hayes—. Se ve claramente que usted no es astrónomo. Veamos, ¿qué tonto intentaría mirar hacia el Polo Sur Celeste en busca de un planeta, si sólo se los encuentra en la eclíptica?

—No obstante —indicó Sebastian—, aquella región estudian igualmente. La fotografían.

—¡Sin duda! Por lo que me consta al super-neutrón lo han fotografiado un centenar de veces (un millar de veces, si lo prefiere) aunque el Polo Sur es la región menos observada del cielo. Pero ¿qué hay que lo diferencie de una estrella? Con su bajo albedo, nunca pasó de 1 onceava magnitud en luminosidad. Al fin y al cabo, bastante cuesta ya, en todos los casos, detectar un planeta; A Urano lo localizaron muchísimas veces antes de que Herschel se diera cuenta de que era un planeta. A Plutón costó años enteros encontrarlo, a pesar de que iban buscándolo. Recuerden además que, no poseyendo gravedad, no causa perturbaciones planetarias, y que esta carencia de perturbaciones elimina la indicación más palmaria de su presencia.

—Pero —insistió Sebastian, desesperadamente— al acercarse al Sol, su tamaño aparente aumentaría y empezaría a notarse un disco bien perceptible en un telescopio. Aunque poseyera una luz reflejada muy débil, oscurecería, sin duda alguna, las estrellas que se encontraran detrás.

—Cierto —reconoció Hayes—. No diré que un cartografiado completo y riguroso de la Región Polar no lo hubiera descubierto, pero tal cartografiado lo llevaron a cabo mucho tiempo atrás, y las someras investigaciones actuales en busca de novas, tipos espectrales especiales, etc., etc., no son exhaustivas, ni mucho menos. Luego, cuando el super-neutrón se acerca al Sol, empieza a aparecer solamente al alba y al anochecer —a la manera de la estrella matutina y vespertina— con lo cual se hace más difícil observarlo. Y por ello no lo ha observado nadie... que es lo que se podía esperar.

Nuevo silencio. Yo me di cuenta de que el corazón me martilleaba. Eran las dos, y no habíamos podido contradecir el relato de Hayes. Debíamos demostrar sin tardanza que era un embuste, o yo iba a morir de puro intrigado. Todos estábamos mirando el

reloj.

Levin emprendió la pelea.

—Es una coincidencia extremadamente rara que el super-neutrón se dirija hacia el Sol, en línea recta. ¿Qué probabilidades hay en contra? Piénselo, enumerarlas sería lo mismo que recitar las que hay en contra de la verdad de su relato.

—La objeción es improcedente, Levin —interpuse yo—. No basta con alegar la improbabilidad, por grande que sea. Sólo la imposibilidad total o demostrar la inconsistencia de los argumentos pueden servir para descalificar.

Pero Hayes había levantado la mano.

—No importa. Permítame que conteste. Si consideramos un solo super-neutrón y una sola y determinada estrella, las probabilidades de un choque directo, frontal, son poquísimas. Sin embargo, estadísticamente, si usted dispara bastantes super-neutrones hacia el interior del universo, entonces, tomando el lapso de tiempo suficiente, todas y cada una de las estrellas habrían de sufrir un impacto, más pronto o más tarde. El espacio ha de estar poblado de un enjambre de super-neutrones (digamos uno por cada mil parsecs cúbicos), de manera que a pesar de las grandes distancias entre las estrellas y la relativa pequeñez de los blancos, en nuestra Galaxia se producen veinte novas por año... es decir, cada año ocurren veinte colisiones entre super-neutrones y estrellas.

»La situación no es distinta, en realidad, a lo que ocurre con el uranio cuando lo bombardean con neutrones corrientes. De cada cien millones de éstos, sólo uno puede dar en el blanco, pero, con el tiempo, todos los núcleos estallan. Si existen fuera del universo inteligencias que dirigen este bombardeo (esto es pura hipótesis Y no forma parte de mi argumentación, por favor) un año nuestro podría ser para ellas una infinitésima de segundo. Los blancos, para ellas, deben producirse a un promedio de miles de millones por cada segundo de los suyos. Acaso se vaya produciendo energía hasta el punto de que el material que compone este universo se haya calentado hasta pasar al estado gaseoso..., o como le llamen allá. Ustedes ya lo saben, el universo se expande... como un gas.

—No obstante, eso de que el primer super-neutrón que entra en nuestro sistema se lance de cabeza contra el Sol parece... —Levin terminó con un tartamudeo débil.

—¡Santo Dios! —atajó Hayes—. ¿Quién le ha dicho que éste ha sido el primero? Durante los tiempos geológicos pueden haber atravesado el sistema centenares de ellos. En los últimos mil años pueden haber cruzado uno o dos. ¿Cómo podríamos saberlo? Además, cuando uno se dirige hacia el Sol, los astrónomos tampoco lo descubren. Acaso éste sea el único que haya pasado desde cuando se inventó el telescopio, y antes aun, por supuesto... Y no olviden que, como no poseen gravedad, pueden atravesar por en medio del sistema sin afectar a los planetas. Lo único que lo haría notar sería un impacto contra el Sol, y entonces ya no quedaría quien lo contase —dirigió una mirada a su reloj—. ¡Las dos y cinco! Ahora deberíamos verlo sobre el Sol. —Hayes se puso en pie y levantó la persiana. La amarilla luz solar penetró en la

estancia, y yo me aparté de su polvoriento rectángulo. Tenía la boca seca como arena del desierto. Murfree se secaba la frente, pero en las mejillas y el cuello continuaba ostentando gotas de sudor.

Hayes sacó varios trozos de celuloide fotográfico impresionados y nos los entregó.

—Como ven, he venido preparado —a continuación levantó uno hacia el Sol—. Ahí está —comentó plácidamente—. Mis cálculos manifestaron que a la hora de la colisión se hallaría en tránsito con respecto a la Tierra. ¡Muy conveniente!

Yo también miraba al Sol, y noté que el corazón me fallaba un latido. Allí, perfectamente clara sobre el fondo luminoso del Sol, se veía una manchita negra, perfectamente circular.

—¿Cómo no se vaporiza? —balbuceó Murfree—. H de encontrarse ya casi en la atmósfera del Sol.

No creo que quisiera impugnar la versión de Hayes. Esto había quedado muy atrás. Murfree pedía datos, sinceramente.

—Les he dicho —explicó Hayes— que es transparente para casi todas las radiaciones solares. Sólo se puede convertir en calor la radiación que absorba, y sólo absorbe un porcentaje muy pequeño de la que recibe. Además, no está formado de una materia corriente. Es, probablemente, más refractario que la Tierra, y la superficie solar no pasa de los seis mil grados centígrados.

Con el pulgar, Hayes señaló por encima del hombro.

—Son las dos y nueve minutos y medio, caballeros El super-neutrón ha chocado ya; la muerte está en camino. Disponemos de ocho minutos.

Todos estábamos mudos a causa de, pura y simplemente, un terror insoportable. Recuerdo la voz de Hayes, cuando decía, con toda tranquilidad:

—¡Mercurio acaba de evaporarse! —Unos minutos después—: ¡Venus ha desaparecido! —Y finalmente—: ¡Nos quedan treinta segundos, caballeros!

Los segundos se hacían siglos; pero transcurrieron por fin. Y pasaron otros treinta segundos, y otros más...

Por la faz de Hayes se fue extendiendo e intensificando una expresión de asombro. Levantó el reloj y lo miró fijamente; después volvió a observar el Sol a través de la película.

—¡Se ha ido! —Se volvió y nos miró—. Es increíble. Se me había ocurrido la idea, pero no osaba llevar demasiado lejos la analogía atómica. Ya saben que no todos los núcleos estallan al ser golpeados por un neutrón. Algunos, los de cadmio, por ejemplo, los absorben uno tras otro, como las esponjas absorben el agua.

Yo...

Hizo otra pausa, inspiró profundamente y continuó, meditabundo:

—Hasta el bloque de uranio más puro contiene vestigios de todos los demás elementos. Y en un universo de trillones de estrellas que se comportan como uranio, ¿qué representa un escaso millón de estrellas que se comporten como el cadmio?...

¡Nada! ¡Pero el Sol es una de ellas! ¡El género humano no merecía eso!

Hayes continuaba hablando; pero, por fin, nos había invadido gran alivio, y ya no le escuchábamos. Con frenesí casi histérico elegimos a Gilbert Hayes, por aclamación entusiasta, presidente vitalicio, y decidimos por votación que aquel relato era la mentira más retumbante que se hubiera contado jamás.

Aunque, hay una cosa que me desazona. Hayes desempeña bien el cargo, y la sociedad florece más que nunca..., pero yo creo que deberíamos haberle descalificado, después de todo. Su relato cumplía bien la segunda condición, sonaba como si fuese verdad. Pero no creo que satisficiera la primera. ¡Yo creo que era realmente verdad!

Ahora tenía en la mente toda una serie. El *Super-Neutrón* había de ser el principio de una larga cadena de relatos muy documentados e ingeniosos que narraría en las reuniones de la «Honorable Sociedad de Ananías». Pero no resultó así. No hubo un segundo cuento, ni los comienzos de él, ni siquiera la idea para crearlo. Por la época en que escribía *Super-Neutrón*, en febrero de 1941, estaba enterado de la fisión del uranio y hasta había hablado de ella bastante detalladamente con Campbell. Logré referirme a ella en el curso del relato como «el método clásico de la fisión del uranio para la obtención de energía». Hablé incluso del metal cadmio como capaz de absorber neutrones. No estaba mal para un relato que se publicó en 1941, hecho que a veces cito en público para causar sensación.

Adviertan, sin embargo, que en el mismo párrafo en que menciono la fisión, hablo también del «masurio». En realidad, «masurio» era el nombre dado al elemento número 43 en 1926, pero ese descubrimiento había resultado una falsa alarma. No lo descubrieron de veras hasta 1937, y entonces le dieron el nombre de «tecnecio», actualmente aceptado. Parece, pues, que yo era capaz de penetrar en el futuro y ver la fisión del uranio como una fuente práctica de energía; pero no podía mirar unos pocos años atrás en el pasado y ver el nombre preciso para el elemento número 43.

Esto nos lleva al 17 de marzo de 1941, uno de los momentos cruciales de mi carrera literaria.

Por la mencionada fecha, yo había escrito ya treinta y un relatos, de los cuales había vendido diecisiete, e iba a vender cuatro más. De todos aquellos cuentos, quizá tres, y no más, demostrarían poseer un valor algo más que efímero. Dichos cuentos eran los «robot positrónicos» que había escrito hasta entonces: *Robbie*, *Reason* y *¡Embustero!*

Volviendo la vista hacia mis tres primeros años de escritor, no puedo juzgarme, pues, sino como un firme y (acaso) esperanzado autor de tercera categoría. Es más, ésta era exactamente la idea que tenía entonces de mí mismo. Tampoco nadie más, a la sazón, me miraba en serio como a una posible estrella de primera magnitud en los firmamentos de la ciencia-ficción... excepto, quizá, Campbell.

¿Qué probabilidades había, pues, de que el 17 de marzo de 1941 me sentara a escribir lo que desde hace treinta años un considerable número de personas tiene por el más sobresaliente relato breve clásico de una revista de ciencia-ficción? Era una de esas cosas que no pueden suceder en modo alguno... y sin embargo sucedió.

La cosa empezó cuando entré aquel día en la oficina de Campbell y, como de costumbre, sugerí una idea. No recuerdo de qué se trataba; pero él la rechazó inmediatamente; no porque fuese tan mala en realidad, sino porque quería demostrarme que tenía en la mente algo que excluía todo lo demás. Había topado con una cita de Ralph Emerson en la que se decía que si las estrellas aparecieran una sola noche cada mil años, ¡cómo creerían los hombres y cómo adorarían y conservarían durante muchas generaciones el recuerdo de la ciudad de Dios!

Campbell me preguntó qué pensaba yo que sucedería si las estrellas sólo aparecieran a muy largos intervalos. Y no se me ocurrió ninguna idea inteligente que ofrecer.

—Creo que los hombres enloquecerían —dije pensativo.

Hablamos sobre esta cuestión largo rato, y luego me volví a casa a escribir sobre el tema un relato que desde el principio Campbell y yo decidimos que se llamaría *Nightfall* (*Cae la noche*).

Lo empecé aquella misma noche. Recuerdo perfectamente los detalles: el apartamento de mis

padres en la Windsor Place de Brooklyn, enfrente de la pastelería; mi propia habitación, contigua a la sala de estar, la tengo bien grabada en la memoria, con la posición de la cama, la mesa, la máquina de escribir... y a mí mismo al poner manos a la obra.

Años después, mis adictos votarían sobre cuál ha sido el mejor cuento de ciencia-ficción de todos los tiempos. *Cae la noche* ha salido muy a menudo en primer lugar. Hace sólo un par de años, los Escritores de Ciencia-Ficción de América hicieron una encuesta entre sus miembros con respecto a cuál era el mejor relato del género que se había publicado, a fin de incluirlo en la antología del Hall of Fame. *Cae la noche* salió vencedor por un margen considerable. Y, por supuesto, desde entonces, ha entrado en una docena de antologías.

Por todo ello, se podría alegar que *Cae la noche* el mejor (o al menos el más popular) cuento corto ciencia-ficción que apareciera jamás en las revistas. Pues bien, a menudo me pregunto, con un estremecimiento, qué hubiera podido suceder la noche del 17 marzo de 1941 si un espíritu angélico me hubiera susurrado al oído: «Isaac, vas a escribir el mejor cuento corto de ciencia-ficción de nuestro tiempo».

Yo habría quedado petrificado, sin duda alguna. No hubiera podido escribir ni una palabra.

Pero no conocemos el futuro, y yo teclaba como un bendito, y escribí la narración y la completé el 9 de abril de 1941. Aquel día la presenté a Campbell, que me pidió una pequeña revisión. Procedí a verificar y el 24 de abril de 1941 él me compró el relato.

Un cuento que supuso varias marcas. Era el más largo que había vendido hasta entonces; pasaba algo de las trece mil palabras. Como Campbell me dio una bonificación (la primera que yo recibía), el promedio por palabra me salió a un centavo y cuarto, siendo el importe total de 166 dólares, o sea, más del doble de cualquier otra cantidad cobrada por mí hasta entonces por un solo relato.

Por otra parte, *Cae la noche* apareció en el número de septiembre de 1941 de *Astounding* en el lugar correspondiente a la novelita principal. Por vez primera me dedicaban la cubierta de la revista, poniendo *Cae la noche*, de Isaac Asimov, en letras grandes, destacadas.

Pero lo más importante de todo fue que la publicación de este relato inscribió mi nombre, por consenso general (tres años después de iniciar mi carrera de escritor), en la lista de los escritores de ciencia-ficción de primera categoría.

Pero ¡ay!, dicho relato no va incluido aquí. Está (naturalmente) en *Nightfall and Other Stories*.

Podría pensarse que el entusiasmo de haber escrito *Cae la noche* y los calurosos y francos elogios que Campbell le dedicó habían de lanzarme a darle furiosamente al teclado de la máquina; pero no sucedió así. Para mí, la primavera de 1941 fue una época mala.

En cualquier momento de aquel año habría podido abandonar Columbia con el diploma de licenciado, pero ello no me habría servido de nada. No tenía empleo alguno en que ocuparme, con lo cual no podía hacer otra cosa que dejar pasar el tiempo e intentar aumentar mis méritos ante un posible patrono yendo a la conquista del diploma gordo: el doctorado.

Lo cual significa que tuve que someterme a una complicada e interminable serie de «exámenes de aptitud» que tenía que aprobar antes de que se me permitiera iniciar las investigaciones sin las cuales no podía obtener el título de Doctor en Filosofía de la Ciencia. Aprobar era difícil; yo no me sentía preparado, ni mucho menos; pero tenía que intentarlo alguna vez, y además, si no sacaba muy malas notas, me permitirían que siguiese otros cursos y repitiese los exámenes más tarde.

Por consiguiente, en mayo me aparté de la máquina de escribir, estudié en serio para presentarme a examen, me presenté... y no aprobé. Sin embargo, lo hice suficientemente bien como para que me dieran opción a repetir en el futuro y, además, como premio de consolación, recibí mi título de M. A. (Magister Artium), a pesar de lo cual quedé terriblemente descorazonado.

(Por lo demás, en el ancho mundo exterior, aunque la Gran Bretaña había sobrevivido al bombardeo aéreo, Hitler seguía pareciendo incontenible. Invadió los Balcanes y nuevamente cosechaba victorias espectaculares, cosa que también resultaba muy desazonadora).

Hasta el 24 de mayo de 1941 no logré sobreponerme y volver a escribir. Entonces hice ¡*No definitivo!*, que presenté a Campbell el 2 de junio. Lo aceptó el día 6, aunque sin bonificación.

¡NO DEFINITIVO!

Nicholas Orloff se insertó el monóculo en el ojo izquierdo con todo el espíritu británico incorruptible de un ruso educado en Oxford y dijo en tono de reproche:

—¡Pero, mi querido señor secretario! ¡Cincuenta mil millones de dólares!

Leo Birnam levantó los hombros con aire cansado y dejó que el flaco cuerpo se envarase todavía más contra el respaldo del asiento.

—La incautación ha de llevarse a cabo, comisario. El Gobierno del Dominio, aquí en Ganímedes, empieza a perder la cabeza. Hasta el momento, los he retenido, pero como secretario de asuntos científicos tengo escaso poder.

—Lo sé, pero... —Y Orloff abrió las manos en gesto de desamparo.

—Eso me figuro —convino Birnam—. El Gobierno del Imperio encuentra más cómodo mirar en sentido opuesto. Hasta el presente han mantenido en todo momento esta actitud. Hace un año que intento hacerles comprender la clase de peligro que se cierne sobre el Sistema entero; pero parece una tarea imposible. Apelo a usted, señor comisario. Usted es nuevo en el cargo y puede enfocar este asunto de Júpiter con mirada libre de prejuicios.

Orloff tosió y se miró la punta de las botas. En los tres meses que habían transcurrido desde que sucedió a Gridley como comisario colonial había catalogado como no leído todo lo relativo a «esos condenados *delirium tremens* jupiterinos». Actuó así de acuerdo con la política habitual del gabinete, que había clavado la etiqueta de «material inútil» al mencionado asunto mucho antes de que él entrara a ocupar su cargo.

Pero ahora que Ganímedes se alborotaba, se encontraba con que le habían enviado a Jovopolis (la capital de Júpiter) con instrucciones para que mantuviera sujetos a los «malditos provincianos». Era una misión comprometida.

Birnam había tomado la palabra:

—El Gobierno del Dominio ha llegado a un punto en el que necesita el dinero con tanto apremio, en realidad, que si no lo consigue pondrá todo el asunto a la luz pública.

La flema de Orloff se evaporó de súbito. Con mano rápida cogió el monóculo, que se le caía.

—¡Mi querido compañero!

—Ya sé qué significaría eso. Les he aconsejado que no lo hagan; pero el paso está justificado. Cuando el asunto se haga público, cuando la gente lo conozca bien, el Gobierno del Imperio no continuará en el poder ni una semana más. Y cuando entren los tecnócratas nos darán todo lo que les pidamos. La opinión pública se encargará de ello.

—Pero además provocarán ustedes el pánico y la histeria...

—¡Sin duda! Por eso titubeamos. Sin embargo, puede dar a esta entrevista el nombre de ultimátum. Queremos el secreto, lo necesitamos, pero, mucho más aún,

necesitamos dinero.

—Comprendo. —Los pensamientos de Orloff corrían velozmente y no llegaban a ninguna conclusión agradable—. En tal caso, sería aconsejable investigar el caso con más atención. Si usted tiene los papeles relativos a las comunicaciones con el planeta Júpiter...

—Los tengo —respondió secamente Birnam—, como también los tiene el Gobierno del Imperio, en Washington. Eso no servirá de nada, comisario. Es el mismo bocado que han mascado los funcionarios de la Tierra este último año, y que no nos ha llevado a ninguna parte. Quiero que venga usted conmigo a la Estación del Éter.

El ganimediano se había levantado de la silla y miraba con ojos inflamados a Orloff desde sus dos metros de estatura.

Orloff se puso colorado.

—¿Me está dando órdenes?

—En cierto modo, sí. Le digo que no hay tiempo. Si se propone actuar, debe hacerlo en seguida; o, de lo contrario, abstenerse por completo —Birnam hizo una pausa; luego añadió—: No le importará andar, espero. De ordinario no se permite que los vehículos de motor se acerquen a la Estación del Éter; además, aprovecharé el paseo para explicarle unos cuantos datos del problema. Sólo está a unos tres kilómetros de aquí. —Andaré —fue la brusca respuesta.

El recorrido cuesta arriba hasta llegar a poca distancia de la superficie lo hicieron en silencio. Un silencio que rompió Orloff cuando penetraron en la mortecina luz de la antesala.

—Hace frío aquí.

—Lo sé. Cuesta mucho mantener la temperatura al nivel conveniente en este lugar, tan cerca de la superficie. Pero hará más frío fuera. ¡Tome!

Birnam había dado un puntapié a una puerta cerrada y estaba señalando las prendas colgadas del techo.

—Póngaselas. Las necesitará.

Orloff las manoseaba con aire dubitativo.

—¿Serán bastante gruesas?

Birnam se embutía dentro de su propio traje mientras contestaba:

—Están calentadas eléctricamente. Las encontrará bastante cálidas. ¡Eso es! Meta los bajos de las perneras dentro de las botas y átelas bien.

Después se volvió y, soltando un gruñido, bajó un cilindro de gas a doble compresión de un estante lateral del armario. Echó una mirada a la esfera indicadora; luego abrió la espita y se oyó un leve siseo de gas que salía. Lo olisqueó con satisfacción.

—¿Sabe manejar un aparatito de éstos? —preguntó, atornillando al caño de salida un tubo flexible de malla metálica, en cuyo extremo había un extraño objeto de cristal transparente, curiosamente curvado.

—¿Qué es eso?

—¡Una mascarilla de oxígeno! La atmósfera de Ganímedes está compuesta de argón y nitrógeno, casi al cincuenta por ciento. No es muy respirable, que digamos. —Levantó el doble cilindro hasta el lugar preciso de la espalda de Orloff y se lo sujetó en el aparejo.

Orloff se tambaleó.

—¡Cuánto pesa! No podré andar más allá de tres kilómetros con eso.

—Ahí fuera ya no pesará tanto. —Birnam señaló hacia arriba con un despreocupado movimiento de la cabeza e hizo descender la mascarilla de cristal sobre la cabeza de Orloff.

—Basta con que se acuerde de inspirar por la nariz y espirar por la boca, y no tendrá problemas. Por cierto, ¿ha comido algo hace poco?

—He almorzado antes de venir a visitarle.

—¡Vaya!, es un poco inconveniente —a continuación sacó un pequeño recipiente metálico del bolsillo y lo entregó al comisario—. Póngase una de estas píldoras en la boca y no deje de chuparla.

Orloff manoseaba torpemente con los guantes puestos, aunque por fin logró sacar un esferoide marrón del bote y ponérselo en la boca, mientras subía detrás de Birnam por una rampa de poca pendiente. El tabique que cerraba el extremo del pasillo se deslizó suavemente a un lado cuando llegaron cerca de él, y un leve suspiro de aire se escapó hacia la tenue atmósfera de Ganímedes.

Birnam cogió al otro por el brazo y lo sacó al exterior.

—He llenado su tanque de aire hasta reventar —le gritó—. Inspire profundamente y no deje de chupar la píldora.

Cuando cruzaron el umbral, la gravedad retornó y Orloff, después de un horrible momento de aparente levitación, sintió que el estómago le daba un salto mortal y le estallaba.

Dio una boqueada y palpó la píldora con la lengua en un desesperado intento por dominarse. La mezcla de los cilindros de aire, muy rica en oxígeno, le quemaba la garganta; pero poco a poco Ganímedes se afianzó. El estómago retornó a su puesto habitual con un estremecimiento. Orloff intentó andar.

—Tómelo con calma, ahora —escuchó la voz apaciguadora de Birnam—. Esto le sucede a uno las primeras veces que cambia de campo de gravedad bruscamente. Ande despacio y acomódese al ritmo, si no quiere dar un traspies. Así va bien, ya empieza a tomarle el pulso.

El suelo parecía elástico. Orloff sentía la presión del brazo de su acompañante, que le sujetaba a cada paso para impedir que saltara demasiado alto. A medida que iba cogiendo el ritmo, daba unos pasos más largos... y más a ras del suelo. Birnam seguía hablando, con la voz un poco apagada por la suelta faja de cuero que llevaba delante de la boca y Ja barbilla.

—Cada cual a su propio mundo —dijo con una sonrisa—. Hace unos años visité

la Tierra, con mi esposa, y lo pasé terriblemente mal. No podía aprender a caminar por la superficie de un planeta sin una mascarilla pegada a la nariz. Me asfixiaba a cada momento, se lo aseguro. La luz del sol era demasiado viva; el cielo, excesivamente azul; la hierba, de un verde muy intenso. Y los edificios se levantaban en la propia superficie.

Nunca olvidaré la ocasión en que quisieron hacerme dormir en una habitación veinte pisos más arriba del suelo, con la ventana abierta de par en par y la luna brillando sobre aquel cuadro.

«Regresé en la primera nave espacial que hacía el trayecto, y no pienso volver allá jamás. ¿Cómo se siente ahora?

—¡Muy bien! ¡Estupendamente!

Pasado el primer malestar, a Orloff le divertía mucho encontrar tan poca gravedad. Paseó una mirada por su alrededor. Cubrían el montuoso y quebrado suelo unos arbustos de anchas hojas y ramas bajas, ordenados en filas de un modo que revelaba un esmeradísimo cultivo.

Birnam respondió a la tácita pregunta:

—El aire contiene suficiente anhídrico carbónico como para dar vida a las plantas, y éstas poseen la facultad de fijar nitrógeno atmosférico. He ahí la causa de que la mayor fuente de riqueza de Ganímedes sea la agricultura. Estas plantas valdrían su peso en oro como fertilizantes allá en la Tierra, y lo duplicarían y triplicarían aún como fuente de un centenar de alcaloides que no se encuentran en ninguna otra parte del Sistema. Además, por supuesto, todo el mundo sabe que el «hojaverde» ganimediano ha dejado al tabaco terrestre fuera de combate.

El runruneo de un cohete estratosférico adquiriría un timbre agudo en la enrarecida atmósfera. Orloff levantó la vista.

Se detuvo en seco, ¡y se olvidó de respirar! Era la primera vez que veía Júpiter en el firmamento.

Una cosa es ver a Júpiter, frío y arisco, sobre el telón de fondo color ébano del espacio... A novecientos mil kilómetros tiene ya un aire bastante majestuoso. Pero en Ganímedes, al aparecer apenas sobre las montañas, con la silueta dulcificada y hasta levemente difuminada por la leve atmósfera, brillando mansamente en un cielo violeta en el que sólo unas pocas estrellas fugaces osan competir con el gigante jupiterino... allá no hay combinación alguna de palabras capaz de describir su magnificencia.

Al principio, Orloff se empapó del giboso disco en silencio. Era gigantesco, su diámetro aparente multiplicaba por treinta y dos el del Sol, visto desde la Tierra. Las rayas destacaban como débiles capas de color sobre un fondo amarillo, y la Gran Mancha Roja era una laguna anaranjada de forma oval cerca del borde oeste.

Finalmente, Orloff murmuró con voz débil:

—¡Qué hermoso!

También Leo Birnam miraba; pero en sus ojos no había ni rastro de admiración.

Sólo sentía el cansancio mecánico de quien contempla un espectáculo conocido. Su semblante mostraba una expresión de enfermiza antipatía. La faja de la barbilla escondía la torcida sonrisa de sus labios, pero el apretón que dio al brazo de Orloff marcó cardenales a través de la dura tela del traje de superficie.

—Es el panorama más horrible de todo el Sistema —dijo pausadamente.

Orloff dedicó una renuente atención a su compañero.

—¿Eh? —Después, en tono desabrido—: ¡Ah, sí, esos misteriosos jupiterinos!

Con lo cual el ganimediano se volvió enojado y empezó a dar unas elásticas zancadas de casi cinco metros de longitud. Orloff le seguía trabajosamente, guardando el equilibrio con dificultad.

—Cuidado —imploraba jadeando. Pero Birnam no le escuchaba. Hablaba en tono frío, cáustico:

—Ustedes, los de la Tierra, pueden permitirse el lujo de ignorar a los de Júpiter. No saben nada de ese monstruo. En el firmamento de ustedes es una simple cabeza de alfiler, una caquita de mosca. Ustedes no viven aquí en Ganímedes, viendo ese coloso malévolos sobre sus cabezas. Plantado en el cielo quince horas seguidas, ocultando Dios sabrá qué en su superficie. Escondiendo algo que espera y espera, y trata de salir al ataque. ¡Como una bomba gigante que sólo desea estallar!

—¡Tonterías! —consiguió articular Orloff—. ¿Quiere acortar el paso? No puedo seguirle.

Birnam redujo las zancadas a la mitad, y dijo en tono seco:

—Todo el mundo sabe que Júpiter está habitado, pero prácticamente nadie se para nunca a pensar qué significa eso. Yo le digo que esos jupiterinos, sean lo que fueren, han nacido para la púrpura. Son los gobernantes naturales del Sistema Solar.

—Histerismo puro —musitó Orloff—. Hace un año que al Gobierno del Imperio no le llega otra música de este Dominio.

—Y ustedes la escuchan encogiéndose de hombros. Pues, ¡oiga! Júpiter, descontando el espesor de su atmósfera colosal, tiene más de ciento cuarenta mil kilómetros de diámetro. Esto significa que posee una superficie más de cien veces mayor que la Tierra, y más de cincuenta veces mayor que todo el Imperio Terrestre. Y en población, recursos, potencial de guerra, rige la misma proporción.

—Simples números...

—Sé lo que quiere decir —continuó Birnam, apasionadamente—. Las guerras no se hacen con números, sino con ciencia y organización. Los jupiterinos tienen ambas cosas. En el cuarto de siglo que hace que nos comunicamos con ellos, nos hemos enterado de muchas cosas. Conocen la energía atómica y la radiactividad. Y en un mundo de amoníaco a gran presión (un mundo, dicho de otro modo, en que casi ningún metal puede existir como tal durante mucho tiempo por la tendencia que tienen a formar compuestos de amonio solubles), han logrado edificar una civilización muy compleja. Esto significa que han tenido que servirse de plásticos, vidrios, silicatos y materiales de construcción sintéticos de una u otra especie. De lo

cual se deriva que existe ahí una química tan adelantada como la nuestra, al menos, y yo me inclinaría en favor de la posibilidad de que lo esté más aún.

Orloff tardó un buen rato en contestar. Luego dijo:

—Pero ¿qué certeza poseen con respecto al último mensaje de los de Júpiter? Allá en la Tierra nos inclinamos a dudar que los jupiterinos puedan ser tan irrazonablemente beligerantes como se los ha descrito.

El ganimediano soltó una carcajada breve.

—Después del último mensaje han roto toda comunicación, ¿no es cierto? Es un gesto que no parece demasiado amistoso, ¿verdad? Le aseguro que por nuestra parte, salvo ponernos cabeza abajo y pies en alto, lo hemos intentado todo por establecer contacto con ellos. «Espere, no hable. Permita que le explique unas cosas. Aquí en Ganímedes, un grupito de hombres ha trabajado durante veinticinco años, partiéndose el pecho y el alma, por hallar el significado de una serie de chasquidos variables de nuestros aparatos de radio, cargados de ruidos parásitos y deformados por la gravedad; porque los tales chasquidos eran nuestra única conexión con los seres inteligentes que pudiera haber en Júpiter. Era tarea para todo un mundo de científicos, pero nunca tuvimos más de un par de docenas a la vez en la Estación. Yo me conté entre ellos desde el mismo comienzo y, como filólogo, contribuí a formar e interpretar el código que se desarrolló entre nosotros y los jupiterinos; de modo que, como puede ver, hablo con bastante conocimiento del asunto.

»Fue una tarea infernal, que le descorazonaba a uno. Hubieron de transcurrir cinco años antes de que pasáramos de los chasquidos elementales de la aritmética: tres y cuatro dan siete; la raíz cuadrada de veinticinco es cinco; el factorial de seis es setecientos veinte. Después de esto, a veces transcurrieron meses enteros sin que pudiéramos elaborar y comprobar, mediante nuevas comunicaciones, ni un fragmento de pensamiento siquiera.

»Pero (y ahí está el quid de la cuestión) por la fecha en que los jupiterinos rompieron las relaciones, los entendíamos del todo. No había más probabilidades de incurrir en un error de interpretación que de que Ganímedes pudiera salirse repentinamente de su órbita alrededor de Júpiter. Y su último mensaje fue una amenaza, y una promesa de destrucción. ¡Ah, no cabe duda! ¡No cabe duda!

Estaban cruzando por un desfiladero poco profundo en el que la amarilla luz de Júpiter cedía el puesto a; una viscosa oscuridad.

Orloff se conturbó. Nunca le habían presentado el caso de esta manera.

—Pero el motivo, amigo mío —contestó—. ¿Qué motivo les dimos...?

—¡Ninguno! He aquí lo que sucedió, sencillamente: los jupiterinos habían descubierto, por nuestros mensajes (dónde y cómo precisamente no lo sé) que nosotros no éramos jupiterinos.

—Naturalmente.

—Para ellos no fue «naturalmente». En toda su historia, nunca se habían topado con inteligencias que no fuesen jupiterinas. ¿Por qué habían de hacer una excepción

en favor de las del espacio exterior?

—Usted ha dicho que son científicos —el tono de Orloff había adquirido una recelosa frialdad—. ¿No habían de comprender que entornos distintos originarían forzosamente una vida distinta a la suya? Nosotros lo sabíamos y nunca pensamos que los jupiterinos fuesen como los terrícolas, aunque jamás habíamos encontrado otras inteligencias sino las de la Tierra.

Volvían a encontrarse bajo la empapadora inundación de luz de Júpiter; a la derecha relumbraba con fulgor ambarino una extensa depresión helada.

Birnam respondió:

—He dicho que son químicos y físicos..., pero no he dicho que fuesen astrónomos. Júpiter, mi querido comisario, está envuelto en una atmósfera de cinco mil kilómetros, o más, de espesor, y esa capa de gas esconde todos los astros, excepto el Sol y los cuatro satélites mayores de Júpiter. Los jupiterinos no saben nada de entornos extraños al suyo.

—Por consiguiente, supusieron que nosotros éramos seres extraños —reflexionó Orloff—. ¿Y luego?

—A su modo de ver, no siendo nosotros habitantes de Júpiter, no somos personas. Vino a resultar que todo no-jupiterino era, por definición, un «gusano» —Birnam se adelantó a la protesta automática de Orloff—. A sus ojos, digo, gusanos éramos, y gusanos somos. Más aún, éramos unos gusanos que habían tenido la singular y descarada osadía de intentar entablar tratos con ellos, los jupiterinos... con seres humanos. He ahí el último mensaje que nos enviaron, palabra por palabra: «Los jupiterinos somos los dueños. No hay sitio para gusanos. Os destruiremos inmediatamente». Dudo que en este mensaje hubiera ninguna animosidad... era, tan sólo, la fría enunciación de un hecho. Pero lo decían en serio.

—¿Por qué, de todos modos?

—¿Por qué extermina el hombre a la mosca doméstica?

—Ea, señor mío. ¡No presentará en serio una analogía de tal naturaleza!

—¿Por qué no, dado que es cierto que los jupiterinos nos consideran una especie de mosca doméstica, una variedad insoportable de mosca doméstica que aspira a poseer inteligencia?

Orloff hizo un último intento.

—Sinceramente, señor secretario, parece imposible que un ser inteligente adopte semejante actitud. La réplica fue inmediata, preñada de sarcasmo:

—¿Conoce usted muy a fondo algún otro tipo de inteligencia que no sea la nuestra? ¿Se considera documentado para aprobar un examen sobre psicología jupiterina? ¿Sabe acaso cuan extraños puedan ser físicamente los jupiterinos? Piense nada más en la fuerza de gravedad de su mundo, dos veces y media superior a la terrestre; en sus océanos de amoníaco... a los que se podría arrojar la Tierra entera sin levantar una rociada digna de mención; en su atmósfera de cinco mil kilómetros, aplastada hacia el suelo por la tremenda gravedad y alcanzando densidades y

presiones en sus capas inferiores comparadas con las cuales los fondos oceánicos de la Tierra han de parecer casi un semivacío. Yo le digo a usted que hemos intentado imaginarnos qué clase de vida puede existir bajo esas condiciones, y hemos abandonado el empeño. Resulta totalmente incomprensible. ¿Espera, pues, que sea algo más fácil comprender la mentalidad de esos seres? ¡Nunca! Acepte el hecho tal como es. Intentan destruirnos. Es todo lo que sabemos y todo lo que necesitamos saber. —Terminado este discurso, levantó la enguantada mano y señaló con el índice —: Ahí delante está la Estación del Éter. Orloff movió la cabeza a ambos lados.

—¿Bajo el suelo?

—¡Ciertamente! Todo menos el Observatorio. Que es aquella cúpula de acero y cuarzo de la derecha; la pequeña.

Se habían detenido delante de dos grandes piedras que flanqueaban un talud de tierra, y de detrás de cada una de ellas emergió un soldado con el uniforme naranja ganimediano y mascarilla de oxígeno, avanzando hacia ellos con los desintegradores preparados. Birnam levantó la cara de modo que le diera la luz de Júpiter, y los soldados saludaron y se hicieron a un lado. Uno de ellos gritó una palabra corta ante el micrófono que llevaba en la muñeca: la entrada disimulada que había entre las dos grandes piedras se abrió, y Orloff penetró, detrás del secretario, en la boca de la cámara de aire.

Antes de que la puerta se cerrara, aislándolos por completo de la superficie, el terrícola pudo dirigir una última ojeada al dilatado Júpiter. ¡Ya no le parecía hermoso!

Orloff no se volvió a sentir normal hasta haberse sentado en el recargado sillón del despacho particular del doctor Edward Prosser. Dando un suspiro de completa relajación, se colocó el monóculo bajo la ceja.

—¿Le molestaría al doctor Prosser que fumase aquí, mientras esperamos? —preguntó.

—Adelante —contestó Birnam, despreocupado—. Lo que a mí me gustaría sería ir a sacarle de la tarea en que esté perdiendo el tiempo ahora, sea la que fuere; pero es un tipo raro. Con él, conseguiremos más si aguardamos hasta que esté de humor para recibirnos. —Y sacó del estuche un nudoso palito de tabaco verdusco, cuya punta mordió con rabia.

Detrás del humo de su propio cigarrillo, Orloff sonreía.

—No me importa esperar. Todavía tengo que decirle algo. Mire, de momento, usted, señor secretario, casi me ha hecho perder los estribos; pero después de todo, y aun dando por seguro que los jupiterinos tengan malas intenciones para cuando puedan echarnos mano, continúa en pie un hecho incontrovertible —y en este punto espació enfáticamente las palabras—, el de que no pueden.

—Se trata de una bomba sin mecha, ¿eh?

—¡Exacto! Es la mismísima simplicidad, y no vale la pena discutirlo. Reconocerá usted, supongo, que los jupiterinos no pueden salir fuera de Júpiter en ninguna circunstancia.

—¿En ninguna circunstancia? —Había un retintín burlón en la calmosa respuesta de Birnam—. Analicemos este punto —clavó la mirada en la brasa púrpura de su cigarro, y continuó—: Es una vieja cantinela la de que los jupiterinos no pueden salir fuera de Júpiter. Así lo han pregonado los sensacionalistas de la Tierra y de Ganímedes y se ha derramado una buena ración de sentimentalismo sobre esas infortunadas inteligencias que están atadas de modo irrevocable a la superficie y han de levantar eternamente la vista al universo exterior, mirando, observando, interrogándose, sin poder alcanzarlo jamás.

»Pero, veamos, al fin y al cabo, ¿qué es lo que sujeta a los jupiterinos a su planeta? ¡Dos factores! ¡Nada más! Primero: el intenso campo de gravedad del planeta, dos veces y media superior a la normal de la Tierra. Orloff hizo un signo afirmativo.

—¡Es tremendo! —convino.

—Además, el potencial gravitacional de Júpiter es peor todavía, porque, debido a su gran diámetro, la intensidad del campo decrece, con la distancia, diez veces menos de prisa que en la Tierra. Es un problema terrible... pero ya lo han solucionado.

—¿Eh? —exclamó Orloff, palideciendo.

—Tienen la energía atómica. La gravedad (ni aun la de Júpiter) no es nada si has logrado que los núcleos atómicos inestables trabajen para ti.

Orloff apagó el cigarrillo aplastándolo con gesto nervioso.

—Pero su atmósfera...

—Sí, eso es lo que los detiene. Viven en el fondo de un océano de atmósfera de cinco mil kilómetros de profundidad, y la tremenda presión comprime el hidrógeno que la compone hasta una densidad que se aproxima a la del hidrógeno sólido. Continúa en estado gaseoso porque la temperatura de Júpiter se mantiene por encima del punto crítico; pero trate de imaginarse la presión que origina el gas hidrógeno a una densidad que sea la mitad de la del agua. Le sorprenderá el número de ceros que tendrá que escribir.

»No hay nave espacial, ni metálica, ni de ninguna otra sustancia, capaz de resistir semejante presión. Ninguna nave espacial terrestre podría aterrizar en Júpiter sin aplastarse como una cáscara de huevo, y tampoco ninguna nave espacial jupiterina podría abandonar su planeta sin estallar como una pompa de jabón. Este problema no lo han resuelto todavía; pero, con el tiempo, lo resolverán. Quizá mañana, quizá tarden cien años, o mil. No lo sabemos; pero cuando lo hayan solucionado, los jupiterinos se nos habrán echado encima. Y esto se puede solucionar de una manera específica.

—No veo cómo...

—¡Mediante campos de fuerza! Nosotros los tenemos ya; usted lo sabe.

—¡Campos de fuerza! —Orloff parecía profundamente asombrado, y mascó y remascó la palabra varias veces para sí mismo—. Los utilizan como escudos contra los meteoros para las naves en la zona de los asteroides..., pero no veo cómo

aplicarlos al problema jupiterino.

—El campo de fuerza ordinario —explicó Birnam— es una débil zona rarificada de energía que se extiende por unos ciento cincuenta kilómetros o más fuera de la nave. Detendrá meteoros, aunque no es ni más ni menos que vacío éter para un objeto como una molécula de gas. Pero ¿qué pasa si se coge esa misma zona de energía y se comprime hasta el espesor de dos milímetros? Las moléculas rebotarían en ella; así: ¡ping-g-g-g! Y si se utilizaran generadores más potentes y se comprimiera el campo hasta dos décimas de milímetro, las moléculas rebotarían incluso arrastradas por la increíble presión de la atmósfera de Júpiter... y entonces, si se construyera una nave en el interior... —Dejó la frase colgando en el espacio. Orloff se había puesto pálido.

—¡No estará insinuando que es posible lograrlo!

—Le apuesto lo que usted quiera a que los jupiterinos lo están intentando. Y nosotros estamos tratando de hacerlo aquí precisamente, en la Estación del Éter. El comisario colonial acercó la silla a la de Birnam y cogió al ganimediano por la muñeca.

—¿Por qué no bombardeamos nosotros Júpiter con bombas atómicas? ¿Por qué no le damos un repaso de cabo a rabo, quiero decir? Con su gravedad y su extensión superficial, no se puede errar el tiro.

—Habíamos pensado en ello —objetó Birnam, con una débil sonrisa—. Pero las bombas atómicas no harían más que practicar orificios en la atmósfera. E incluso, suponiendo que pudiéramos penetrar más, divida usted la superficie del gran planeta por el área que destruye una sola bomba y hallará el número de años que deberíamos pasar bombardeándolo para empezar a causarle un daño apreciable. ¡Júpiter es enorme! ¡No lo olvide!

El cigarro se le había apagado, pero no se acordó de volver a encenderlo. Con voz baja y tensa, continuó:

—No, no podemos atacar a los jupiterinos mientras estén en Júpiter. Hemos de aguardar a que salgan... y cuando salgan nos superarán en número. La diferencia numérica será terrible, aterradora... De modo que nosotros tenemos que superarlos en ciencia.

—Pero —interpuso Orloff, y se percibía un fascinado espanto en su voz—, ¿cómo podemos saber de antemano qué tienen?

—No podemos saberlo. Nos vemos obligados a reunir todo cuanto podamos y esperar que ocurra lo mejor. Pero una cosa sí que sabemos que habrán de tenerla, y esa cosa es campos de fuerza. Sin ellos, no pueden salir. Y si ellos los tienen, nosotros debemos tenerlos también, y ése es el problema que hemos de resolver aquí. Los campos de fuerza no nos asegurarán la victoria; pero sin ellos, no cabe duda de que sufriremos una derrota inevitable. Ahora, pues, ya sabe por qué necesitamos dinero... Y más que dinero. Necesitamos Que la misma Tierra se ponga manos a la obra. Es Preciso empezar una carrera de armamentos científicos y subordinarlo todo a ella. ¿Comprende?

Orloff se había puesto en pie.

—Birnam, estoy con usted... total, absolutamente con usted. Puede contar conmigo, allá en Washington.

No se podía dudar de su sinceridad. Birnam estrechó y sacudió la mano que se le ofrecía... y en aquel momento entró furiosamente en la estancia un hombre que más bien parecía un duendecillo.

El recién llegado hablaba a sacudidas rápidas, dirigiéndose exclusivamente a Birnam:

—¿De dónde viene? Hemos tratado de establecer contacto con usted. El secretario nos ha dicho que no estaba allí. Diez minutos después, se presenta personalmente. No lo entiendo —al mismo tiempo revolvía desmelenadamente por su escritorio.

Birnam sonrió.

—Si puede tomarse el tiempo necesario, doctor, podrá saludar al comisario colonial Orloff.

El doctor Edward Prosser giró sobre la punta del pie, como un bailarín de *ballet*, y miró de pies a cabeza al terrícola un par de veces.

—El nuevo, ¿eh? ¿Nos concede dinero? Debería concedérmelo. Hace mucho tiempo que estamos pasando la maroma. El caso es que quizá no necesitemos nada. Depende. —Había vuelto a su mesa.

Orloff parecía un poquitín desconcertado; pero Birnam le guiñó el ojo en señal de inteligencia, mientras él se contentaba con una mirada vidriosa a través del monóculo.

Prosser saltó hacia un librito de cuero negro escondido en los recovecos de un casillero, se derrumbó en seguida en el sillón giratorio y se puso a dar vueltas.

—Me alegra que haya venido, Birnam —dijo, hojeando el librito—. Tengo que enseñarle una cosa. Y también al comisario Orloff.

—¿Por qué nos ha hecho esperar? —preguntó Birnam—. ¿Dónde estaba?

—¡Trabajando! ¡Trabajando como un condenado! Me he pasado tres noches sin dormir. —Levantó los ojos y su carita menuda, arrugada, se sonrojó de contento—. De pronto, todo se ha colocado en su sitio. Lo mismo que en un rompecabezas. Nunca había visto cosa parecida. Nos mantiene la esperanza. Se lo digo.

—¿Ha conseguido los campos de fuerza comprimidos que busca? —preguntó Orloff con repentino entusiasmo. Prosser pareció molesto.

—No, eso no. Otra cosa. Vengan. —Dirigió una mirada encendida a su reloj y saltó fuera del sillón—. Disponemos de media hora. Vámonos.

Fuera les esperaba un coche anticuado, con motor eléctrico. Prosser hablaba excitado mientras lanzaba el ronroneante vehículo rampas abajo, hacia las profundidades de la Estación.

—¡La teoría! —exclamó—. ¡La teoría! Tiene una importancia enorme la teoría. Presentas un problema a un técnico, y anda hurgando y revolviendo a diestro y

siniestro. Perderá el tiempo de varias vidas. Y no llegará a ninguna parte. No hará sino andar a tuestas. Un verdadero científico trabaja con teorías. Dejemos que las matemáticas resuelvan sus problemas —rebosaba de autocomplacencia.

El coche se detuvo a un palmo de una gran puerta de dos hojas, y Prosser bajó atropelladamente, seguido con más calma por los otros dos.

—¡Por aquí! ¡Por aquí! —Iba indicando. Abrió la puerta y los guió pasillo abajo para subir después un estrecho tramo de escaleras hacia un pasillo angosto que rodeaba una espaciosísima habitación de tres niveles. Orloff reconoció el brillante elipsoide de acero y cuarzo erizado de tubos de dos niveles más abajo. Era un generador atómico.

Se caló el monóculo y se puso a observar el incesante ir y venir por aquella planta inferior. Un hombre equipado con unos grandes auriculares y sentado en un alto taburete delante de un cuadro de control tachonado de esferas, levantó la vista y saludó con la mano. Prosser le devolvió el saludo del mismo modo y sonrió.

—¿Aquí crean los campos de fuerza? —preguntó Orloff.

—¡En efecto! ¿No ha visto nunca ninguno?

—No. —El comisario sonrió con cara triste—. Ni siquiera sé qué es un campo de fuerza; sólo sé que se Puede utilizar como coraza protectora contra meteoritos.

—Es muy sencillo —explicó Prosser—. Toda la materia está compuesta de átomos. A los átomos los mantienen unidos las fuerzas interatómicas. Quite los átomos, y deje las fuerzas interatómicas. Eso es un campo de fuerza.

Orloff parecía estar in albis. Birnam soltó una risa gutural y se rascó detrás de la oreja.

—Esta explicación me recuerda el sistema que empleamos en Ganímedes para suspender un huevo en el aire a más de kilómetro y medio de altura. Se hace así: Buscas una montaña de la altura deseada, exactamente, y pones el huevo en la cumbre. Luego, manteniendo el huevo donde está, quitas la montaña de debajo. Eso es todo.

El comisario colonial echó la cabeza atrás para reír más a gusto. El irascible doctor Prosser adelantó los labios en un gesto de profundo desagrado.

—Vamos, vamos. No es una broma, ya lo saben. Los campos de fuerza tienen gran importancia. Hemos de estar preparados para recibir a los jupiterinos, cuando vengan.

Un repentino zumbido áspero, procedente de abajo, hizo apartar a Prosser de la barandilla.

—Vengan acá, detrás de esta pantalla —balbuceó—. El campo de veinte milímetros está ascendiendo. Da una radiación perjudicial.

El zumbido se redujo hasta casi un silencio absoluto, y los tres hombres salieron otra vez al pasillo. No se había producido ningún cambio, en apariencia; pero Prosser sacó la mano por encima de la barandilla y dijo:

—¡Toquen!

Orloff extendió un dedo cauteloso, abrió la boca pasmado y golpeó con la palma de la mano. Era como si uno empujase una esponja de goma muy blanda o unos muelles de acero superelásticos.

También Birnam hizo la prueba.

—Es mejor que todo lo que habíamos hecho hasta ahora, ¿verdad? —A Orloff le explicó—: Una pantalla de veinte milímetros es aquella capaz de resistir una atmósfera con una presión de veinte milímetros contra el vacío, sin que se produzca ninguna filtración apreciable.

El comisario movió la cabeza, asintiendo.

—¡Ah, ya! De modo que para cerrar el paso a la atmósfera de la Tierra necesitarían una pantalla de setecientos sesenta milímetros.

—¡Exacto! Ésa sería una pantalla de una unidad de atmósfera. Bueno, Prosser, ¿por esto estaba tan excitado?

—¿Por esta pantalla de veinte milímetros? Claro que no. Puedo llegar hasta los doscientos cincuenta milímetros, utilizando el pentasulfito de vanadio activado en la escisión del praseodimio. Pero no es necesario. Los técnicos lo harían, y en cualquier momento todo esto estallaría. El científico comprueba la teoría y anda despacio —guiñaba el ojo—. Ahora estamos endureciendo el campo. ¡Miren!

—¿Nos metemos detrás de la pantalla protectora?

—Ya no es necesario. La radiación sólo es peligrosa al comienzo.

El zumbido se oyó nuevamente, aunque no tan fuerte como antes. Prosser le gritó algo al encargado del cuadro de mandos, quien contestó con un amplio ademán.

Luego el hombre de los controles agitó el cerrado puño, y Prosser exclamó:

—¡Hemos pasado de los cincuenta milímetros! ¡Toquen el campo!

Orloff extendió la mano y empujó con curiosidad. ¡La goma esponjosa se había endurecido! Intentó pellizcarla con el índice y el pulgar (tan perfecta era la ilusión), pero en este caso la «goma» se desvanecía en aire y no ofrecía ninguna resistencia.

Prosser chasqueó la lengua, irritado.

—En ángulo recto con la fuerza no se encuentra resistencia alguna. Eso es de mecánica elemental.

El hombre de los controles estaba haciendo señas otra vez.

—Hemos pasado de los setenta —explicó Prosser—. Ahora vamos más despacio. El punto crítico está en los 83,42 —de pronto se inclinó por encima de la barandilla y dio sendos puntapiés a sus dos acompañantes—. ¡Apártense! ¡Peligro! —Y luego chilló—: ¡Cuidado! ¡El generador va a dar un salto!

El zumbido había llegado a un ronco máximo y el hombre de los mandos manipulaba frenético de una a otra palanca. En el interior del corazón de cuarzo del generador atómico central el fulgor rojo oscuro de los átomos que se escindían había adquirido un brillo claro Peligroso.

El zumbido se interrumpió, se produjo un rugido reverberante y una onda de aire mandó a Orloff contra la pared.

Prosser se levantó como una flecha. Tenía un corte sobre el ojo.

—¿Herido? ¿No? ¡Bien, bien! Esperaba algo así. Debía habérselo advertido. Bajemos.

¿Dónde está Birnam?

El ganimediano se levantó del suelo y se sacudió la ropa.

—Aquí estoy. ¿Qué ha explotado?

—No ha explotado nada. Se habrá desarreglado algo. Vamos, bajemos. —Se secaba la frente con el pañuelo, mientras emprendía el descenso, delante de los otros dos.

Al acercarse el profesor, el hombre de los mandos se quitó los auriculares y bajó del taburete. Parecía cansado; tenía la cara, llena de manchas de suciedad, empapada en sudor.

—El maldito aparato ha empezado a moverse a 82,8, jefe. Por poco me coge.

—Por poco, ¿no es cierto? —refunfuñó Prosser—. Dentro de los límites de error, ¿verdad? ¿Cómo está el generador? ¡Eh, Stoddard!

El técnico aludido respondió desde su puesto en el generador:

—El tubo 5 ha quedado inutilizado. Tardaremos dos días en cambiarlo.

Prosser se volvió, satisfecho, y dijo:

—Ha salido bien. Ha ocurrido como me figuraba, exactamente. Problema resuelto, caballeros. Se acabaron las preocupaciones. Volvamos a mi despacho. Tengo que comer. Y luego necesito dormir.

No hizo nuevas alusiones al tema hasta que volvió a encontrarse detrás de la mesa del despacho. Y entonces lo hizo entre bocado y bocado —unos bocados enormes— de emparedado de hígado con cebolla.

—Recuerde el trabajo sobre tensión espacial que hicimos en junio pasado —dijo, dirigiéndose a Birnam—. Fracasó. Pero continuamos dándole al yunque. Finch logró unas indicaciones la semana pasada, y yo las desarrollé. Y todo encajó en su puesto. Suave como grasa de pato. Jamás había visto cosa parecida.

—Siga —invitó Birnam tranquilamente. Conocía bastante bien a Prosser y se abstuvo de manifestar impaciencia.

—Ustedes han visto lo que ha ocurrido. Cuando un campo llega a los 83,42 milímetros se vuelve inestable. El espacio no soporta la tensión. Se dobla, y el campo estalla. ¡Bum!

Birnam puso una cara muy larga, y los brazos del sillón de Orloff crujieron bajo una presión repentina. Un rato de silencio, y luego Birnam dijo en tono inseguro:

—¿Quiere decir que no son posibles campos de fuerza más intensos?

—Claro que son posibles. Se pueden crear. Pero cuanto más densos, más inestables. Si hubiese puesto en marcha el campo de doscientos cincuenta milímetros, habría durado una décima de segundo. Luego, ¡blummm! ¡Habría volado la Estación! ¡Y a mí mismo! Los técnicos lo habrían hecho. Al científico le advierte la teoría. Si el científico trabaja con cuidado, como lo he hecho yo, no pasa nada malo.

Orloff se metió el monóculo en el bolsillo del chaleco y dijo con voz trémula:

—Pero si un campo de fuerza es lo mismo que las fuerzas interatómicas, ¿cómo es que el acero posee una fuerza de cohesión interatómica tan potente sin deformar el espacio? Ahí hay una laguna.

Prosser le miró irritado.

—No hay laguna. La fuerza crítica depende del número de generadores. En el acero, cada átomo es el generador de un campo de fuerza. Eso significa unos diez mil millones de trillones de generadores por cada gramo de materia. Si nosotros pudiéramos utilizar tantos... Tal como están las cosas, un centenar de generadores sería el límite práctico. Esto sólo eleva el punto crítico a noventa y siete, más o menos —el profesor se puso en Pie y continuó con repentina vehemencia—: No. El problema está resuelto, se lo digo. Es absolutamente imposible crear un campo de fuerza capaz de soportar la atmósfera de la Tierra por más de una centésima de segundo. Por tanto, la atmósfera de Júpiter queda fuera de discusión. Los fríos números lo dicen así; respaldaos por los experimentos. ¡El espacio no lo permite!

Y los jupiterinos que se esfuercen cuanto quieran. ¡No podrán salir! ¡Es definitivo! ¡Es definitivo! ¡Es definitivo!

Orloff dijo:

—Señor secretario, ¿puedo enviar un espaciograma desde algún punto de la Estación? Quiero explicar a la Tierra que regreso en la primera nave y que el problema jupiterino queda liquidado... completamente y por mucho tiempo.

Birnam no dijo nada, pero el alivio que se veía en su rostro mientras estrechaba la mano del comisario, transfiguraba la flaca vulgaridad de sus facciones de una manera increíble.

Y el doctor Prosser repetía, moviendo la cabeza a sacudidas, como un pajarillo: —¡Eso es definitivo!

Hal Tuttle levantó la vista cuando el capitán Everett de la nave espacial Transparent, la más nueva de las Comet Space Lines, entraba en su cámara particular de observación, sita en el morro de la nave. El capitán decía:

—Acabo de recibir un espaciograma de nuestras oficinas de Tucson. Hemos de recoger al comisario colonial Orloff en Jovopolis (Ganímedes) y volverlo a la Tierra.

—Bien. ¿No hemos divisado ninguna nave?

—¡No, no! Estamos muy lejos de los caminos espaciales de las líneas regulares. La primera noticia que tendrá de nosotros el Sistema será el aterrizaje del Transparent en Ganímedes. Será la mayor hazaña en viajes espaciales desde la primera visita a la Luna —de pronto, moderó el tono de voz—, ¿qué pasa, Hal? Quien triunfa ahora eres tú al fin y al cabo.

Hal Tuttle levantó los ojos y los fijó en la negrura del espacio.

—Supongo que sí. Diez años de trabajo, Sam. Perdí un brazo y un ojo en aquella primera explosión, pero no me lamento. Es la reacción que ha venido después lo que me intranquiliza. Solucionado el problema, el trabajo de mi vida ha terminado.

—Como han terminado todas las naves con casco de acero del Sistema. Tuttle sonrió.

—Sí. Es difícil comprenderlo, ¿verdad? —Con un ademán, señaló al exterior—. ¿Ves las estrellas? Buena parte del tiempo no hay nada entre ellas y nosotros. Me da una especie de náusea —ahora su voz sonaba cavilosa—. Durante nueve años, trabajé en balde. Yo no era un teórico, y jamás supe hacia dónde me encaminaba en realidad... Simplemente, probaba y volvía a probar; todo. Hice una prueba demasiado fuerte, y el espacio no lo resistió. Pagué con un ojo y un brazo, y empecé de nuevo.

El capitán Everett cerró el puño y golpeó el casco... la coraza a través de la cual brillaban las estrellas sin el menor obstáculo. Se oyó el sordo impacto de la carne al chocar contra una superficie que no cedía; aunque no hubo reacción alguna de la invisible pared.

Tuttle hizo un movimiento afirmativo:

—Es suficientemente sólida, ahora..., aunque se forma y se deshace ochocientas mil veces por segundo. Me dio la idea la lámpara estroboscópica. Ya las conoces, se encienden y apagan continuamente con tal rapidez que dan la impresión de una luz fija.

»Y lo mismo ocurre con este casco. No está presente el tiempo necesario para deformar el espacio, ni está ausente el tiempo que se precisaría para permitir un escape apreciable de atmósfera. Y el efecto concreto es el de una dureza mayor que la del acero.

Entonces hizo una pausa y añadió muy despacio:

—Y no puede decirse a qué extremo podemos llegar. Acelerar el efecto de intermisión. Lograr que el campo aparezca y desaparezca millones de veces por segundo..., centenares de millones. Se pueden lograr campos bastante intensos como para resistir una explosión atómica. ¡La labor de mi vida!

El capitán Everett dio una palmada en el hombro a su compañero.

—Deja eso, amigo. Piensa en el aterrizaje en Ganímedes. ¡Diablos! Será una publicidad tremenda. Piensa en la cara que pondrá Orloff, por ejemplo, cuando vea que ha de ser el primer pasajero de la historia que viaje en una nave espacial con un campo de fuerza Por casco. ¿Qué impresión te parece que le causará?

Hal Tuttle se encogió de hombros.

—Me imagino que se sentirá muy satisfecho.

Con *¡No definitivo!* completé mi tercer año de escritor... Tres años desde mi primera visita a la oficina de Campbell. En ese tiempo había ganado cerca de tres mil dólares (cantidad menos exigua de lo que parece, pues eran tiempos en que un año de instrucción en un colegio sólo costaba cuatrocientos dólares) y tenía una cuarta parte de dicha cantidad en mi libreta de ahorros.

Con todo, pueden ustedes imaginar que tal hazaña financiera no era como para inducirme a pensar que uno pudiera ganarse la vida escribiendo, y menos si se considera que yo no me proponía escribir nunca nada que no fuera ciencia-ficción para revistas.

El 10 de junio de 1941, en el curso de una conversación con Fred Pohl, mencioné el desencanto que mi había causado no poder vender nada a *Unknown*. Fret dijo que tenía una excelente idea para una fantasía, y de aquí a ponernos de acuerdo para ir a medias ni hubo sino un

corto paso. Discutiríamos la idea, yo la escribiría, y, si vendíamos el cuento, nos repartiríamos el importe, al cincuenta por ciento.

Fred debía estar bien dispuesto porque (como supe tres días después) sus revistas andaban mal y le iban a echar del puesto de director.

Era lamentable, por supuesto, aunque no una catástrofe irremediable. Pohl había tenido casi dos años de valiosa experiencia, y llegaría el día en que ello le supondría una gran ventaja para obtener el empleo, más importante y duradero, de director de *Galaxy*, la cual, durante los años cincuenta y los sesenta, disputaría a *Astounding* el liderato del género.

En cuanto a mí, no podía quejarme. Pohl había aceptado ocho cuentos míos (más de la cuarta parte de los que había escrito y casi la mitad de los que había vendido hasta entonces). De ellos, seis habían sido publicados ya, y uno (*Super-Neutrón*) lo habían reservado para el próximo número de *Astonishing*. Quedaba el noveno, pues, *Navidad en Ganímedes*. No me lo habían pagado todavía, ni lo habían compuesto aún, de modo que, sintiéndolo mucho, Pohl tuvo que devolvérmelo. No obstante, antes de quince días yo lo vendí a *Thrilling Wonder Stories* por un poco más de lo que Pohl habría podido darme; de modo que tampoco por esta parte se había perdido nada. Y aunque yo lamentaba la pérdida de un mercado, Pohl me había llevado de la mano en el período durante el cuál alcancé la categoría suficiente para que Campbell y *Astounding SF* convirtieran en mi mercado más importante.

Al principio cuando me devolvieron *Navidad en Ganímedes*, pensé que sería porque las revistas de Pohl quedarían suspendidas definitivamente. Si los editores habían tenido tal idea, cambiaron de parecer. *Astonishing* continuó un par de años, hasta que la carestía de papel provocada por la Segunda Guerra Mundial terminó con ella. *Super Science Stories* sobrevivió a dicha guerra y perduró hasta algo más allá de los años cuarenta, e incluso publicaría otro cuento mío.

Pero volvamos al 10 de junio. Con la fantasía de Fred como base, escribí la narración entera yo solito y la titulé *Derechos legales*. Sin embargo, tampoco esta vez dio resultado la colaboración. El 8 de julio, Campbell rechazó el trabajo. Era la primera vez en medio año que me rechazaba uno.

Sin embargo, por aquellas fechas, Fred actuaba otra vez de agente. Yo le entregué el cuento, más bien tímidamente, y me olvidé de aquello. Fred cambió el título por el de *Ritos legales*, que era mucho mejor, y reformó bastante la narración. Siete años después, consiguió venderlo.

RITOS LEGALES

I

Las estrellas se habían apagado ya, aunque el sol; apenas se había hundido en el horizonte, y el oeste del cielo, detrás de la Sierra Nevada, era una plancha de oro manchada de sangre.

—¡Eh! —Cloqueó Russell Harley—. ¡Regresa!

Pero el motor de aquel viejo «Ford» hacía demasiado ruido, y el chófer no le oyó. Harley soltaba palabrotas viendo al viejo automóvil inclinarse sobre las roderas arenosas con las ruedas semi-deshinchadas. La luz trasera le contestaba con un rojo «no». No, no puedes; marcharte esta noche; no, tendrás que quedarte aquí y arreglártelas solo.

Harley refunfuñó y volvió a subir las escaleras del porche de la antigua casa de madera. Estaba bien construida. Las escaleras, aunque databan de casi medio siglo atrás, no crujían bajo sus pisadas ni tenían grietas.

Harley recogió los bolsos que había dejado caer cuando sufrió aquel repentino cambio de idea —eran de imitación de cuero, y muy desgastados— y los metió en la casa. Una vez dentro, los abandonó sobre un sofá cubierto de polvo y miró a su alrededor.

Hacía un calor sofocante; el olor del desierto se había filtrado en la habitación. Harley estornudó.

—Agua —dijo en voz alta—. He ahí lo que necesito. Merodeó por todas las habitaciones de la planta baja hasta que, de pronto, se dio una palmada en la cabeza. ¡Instalación de agua...! ¡Naturalmente, no habría tal cosa en aquel agujero perdido a trece kilómetros al interior del desierto! Un pozo era lo mejor que podía prometerse...

Tal vez, ni siquiera eso.

Oscurecía. Tampoco había luz eléctrica, por supuesto. Harley anduvo a tientas, irritado, por las oscuras habitaciones hasta la parte trasera de la casa. La puerta vidriera emitió un gemido al abrirse. Junto a la puerta, había un cubo colgado. Lo cogió, lo volvió boca abajo y sacudió la arena suelta que contenía. Escudriñó con la mirada el «patio trasero»... unas doce mil hectáreas ante la vista de arena ondulada, rocas y trechos de salvia y ocotillo coronado de llamas. Ningún pozo.

El viejo idiota se proveería de agua en alguna parte, pensó enfurecido. Obstinadamente, bajó los escalones traseros y se internó por el desierto. Arriba, las estrellas lucían cegadoras, a millones y millones de kilómetros, pero el crepúsculo había terminado y la visibilidad era muy escasa. Reinaba un silencio ominoso.

Únicamente un leve susurro de brisa en la arena y el roce de los zapatos.

Divisó un reflejo de luz de las estrellas en la espesura de salvia más cercana y anduvo hacia allá. Había un charco de agua en el ángulo de dos grandes piedras. Lo miró dubitativo, e hizo un gesto indiferente. Era agua. Y eso era mejor que nada. Hundió el cubo en el charquito. Inexperto en aquellas lides, arrastró el cubo por el fondo y recogió una cuarta parte de arena. Cuando se lo acercó, rebosante, a los labios, hubo de escupir el primer sorbo y se puso a maldecir violentamente.

Luego utilizó la cabeza. Dejó el cubo en el suelo, esperó unos segundos para que los granos de arena se posaran, cogió agua con las manos y se la llevó a los labios...

Pat. JISS. Pat. JISS. Pat. JISS... —¡Qué demonios! —Harley se puso en pie y miró a su alrededor con brusco desconcierto. Sonaba como agua que cayera de alguna parte sobre una estufa al rojo vivo, silbando al convertirse en vapor. No veía nada, sólo la arena y el charco de agua tibia, nauseabundo.

Pat. JISS...

Entonces lo vio, y los ojos se le salieron de las órbitas. Caía de la nada, una gota por segundo, una gota pegajosa, negra, que descendía al suelo perezosamente, en lento desafío a la gravedad. Y al dar en tierra, cada gota producía un sonido siseante, se desparramaba y desaparecía. Se hallaba a cosa de dos metros y medio de él, apenas visible a la luz de las estrellas.

Luego una voz, salida de la nada, ordenó: —¡Fuera de mis tierras!

Harley salió fuera. Cuando llegó a Rebel Butte, tres horas después, apenas podía andar y deseaba con desesperado afán haberse demorado lo suficiente para beber otro trago de agua, a pesar de todos los demonios del infierno. Pero los primeros cinco kilómetros los había hecho a la carrera. Le habían proporcionado sobrados estímulos. Ahora recordaba con un estremecimiento cómo el limpio aire del desierto había tomado una forma lechosa alrededor de aquel increíble rezumar y había avanzado hacia él amenazadoramente.

Y cuando llegó al primer saloon, iluminado con petróleo, de Rebel Butte, y entró tambaleándose, la fascinación con que el dueño se puso a mirar la pechera de su desastrada chaqueta le hizo descubrir una poderosa prueba de que no había sufrido un repentino ataque de demencia, ni le había embriagado el desacostumbrado contacto con el aire puro del desierto. Aquello le había manchado toda la parte delantera del traje, y cuanto más la frotaba, más se pegaba a la tela y más viscosa se volvía. ¡Sangre!

—¡Whisky! —pidió con voz ahogada, dando traspies hacia la barra. Y sacando del bolsillo un ajado billete de un dólar, lo puso de un manotazo sobre la madera.

La partida de juego del fondo del local se había interrumpido. Harley sentía clavados en su persona los ojos de todos los jugadores, los del camarero y los de aquel hombre alto y delgado recostado en la barra. Todos le observaban.

El camarero rompió el hechizo. Cogió, sin mirarla, una botella que había a su espalda y la dejó sobre el mostrador, delante de Harley. Luego llenó un vaso de agua

de un jarro, lo dejó sobre el mostrador también y puso otro vasito pequeño junto a la botella.

—Yo habría podido decirle que le pasaría eso. Pero usted no me habría creído. Tenía que encontrar a Hank por sí mismo, o no habría creído que estuviera allí.

Harley se acordó de la sed y vació el vaso de agua; después se echó un trago de *whisky* y lo apuró sin esperar a que le volvieran a llenar el vaso de agua. El *whisky* descendía hacia el estómago dejando una sensación agradable, casi bastante agradable como para poner fin a los temblores de sus entrañas.

—¿De qué está hablando? —preguntó por fin, doblando el cuerpo e inclinándose sobre el mostrador para esconder algo las manchas de la chaqueta. El dueño del saloon se puso a reír.

—El viejo Hank —dijo—. Le he reconocido a usted inmediatamente, antes de que Tom volviese y me dijera adonde lo había llevado. Sabía que usted era el sobrino de Zeb Harley, que venía a tomar posesión de Harley Hall para venderlo aun antes de que el cadáver del tío estuviera frío en la tumba.

Russell Harley vio que los jugadores seguían mirándole. Sólo el hombre delgado recostado en la barra parecía haberle olvidado. En aquel momento volvía a llenarse el vaso y estaba completamente absorto en esta tarea. Harley se sonrojó.

—Escuche —dijo—, yo no he venido en busca de consejos. Quería beber un trago. Y pago con mi dinero. Cierre el pico y no se meta en mis asuntos.

El dueño del saloon levantó los hombros, le dio la espalda y se volvió a la mesa de juego. Un par de segundos después, un jugador se volvía también y arrojaba un naipe. Los demás siguieron su ejemplo.

Harley empezaba a sentirse dispuesto a tragarse el orgullo y hablar nuevamente con el dueño del saloon que parecía saber algo sobre lo que le había ocurrido y quizá pudiera serle útil—, cuando el hombre delgado le dio una palmadita en el hombro. Harley se volvió tan rápido que por poco no tumbó el vaso. Absorto y nervioso, no le había visto acercarse.

—Joven —le dijo el desconocido—, me llamo Nicholls. Venga conmigo y discutiremos este asunto. Creo que Podemos sernos útiles mutuamente.

Hasta el automóvil de doce cilindros que conducía Nicholls saltaba como un carro de heno por las areniscas roderas que llevaban a la vivienda que el viejo Zeb había bautizado —riendo— con el nombre de «Harle Hall».

Russell Harley torcía el cuello y fijaba la mirada en el montón de cosas diversas que había en el asiento trasero.

—Eso no me gusta —se lamentó—. Yo nunca he tenido tratos con espíritus. ¿Cómo puedo saber si esta miscelánea servirá para nada?

Nicholls sonrió.

—Debe fiarse de mi palabra. Yo he tenido tratos con espíritus en otras ocasiones. Está usted seguro de que yo podría ostentar el título de exterminador de espíritus, si quisiera. —A pesar de todo, no me gusta —refunfuñó Harley Nicholls clavó en él una

mirada penetrante.

—Pero la perspectiva de ser dueño de Harley Hal sí le gusta, ¿verdad? ¿Y no quiere buscar la respetable cantidad de dinero que se cree que su tío escondió por allá? —Harley se encogió de hombros—. Claro que sí —afirmó Nicholls, volviendo a fijar la mirada en el camino—. Y con sobrado motivo. Las noticias que circulan por ahí mencionan una cifra muy elevada, joven.

—Y en este punto interviene usted —dijo Harley, malhumorado—. Yo encuentro el dinero (que debo ya, de todos modos) y le doy una parte a usted. ¿Cuánto?

—Lo discutiremos más tarde —respondió Nicholls. Sonreía distraído, mirando al frente.

—¡Lo discutiremos ahora, en seguida!

La sonrisa desapareció del rostro de Nicholls.

—No —dijo—. No lo discutiremos. Le estoy haciendo un favor, joven Harley. Recuérdelo. A cambio, usted hará lo que yo diga, ¡en todo momento!

Harley paladeó la frase cuidadosamente. No era un manjar apetitoso. Aguardó un par de segundos antes de cambiar de tema.

—Yo estuve aquí una vez, en vida del viejo —explicó—. Y no me habló para nada de ningún espíritu.

—Quizá pensara que le consideraría... digamos, un tipo raro —respondió Nicholls—. Y acaso usted lo hubiera mirado así. ¿Cuándo estuvo aquí?

—Oh, hace mucho tiempo —contestó evasivamente Harley. Pero estuve un día entero y parte de la noche. El viejo estaba loco de atar; pero no guardaba fantasmas en el ático.

—Ese fantasma era un amigo suyo —replicó Nicholls—: El caballero encargado del bar se lo ha dicho a usted, sin duda. Su difunto tío era como un recluso. Vivía en esta casa, a veinte kilómetros del lugar habitado más cercano, apenas iba nunca a la población y no permitía que nadie buscara su amistad. Pero no era un ermitaño, exactamente. Tenía la compañía de Hank.

—¡Valiente compañía!

Nicholls inclinó la cabeza con aire grave.

—Ah, no sé —dijo—. Según todas las versiones, se llevaban muy bien los dos. Jugaban al «pinacle» y al ajedrez... Se dice que Hank había sido un gran jugador de «pinacle». Según dicen en el pueblo, por eso le mataron. Cogió a uno haciendo trampas y dirimieron el caso a tiros. Perdió él. Una bala le atravesó el cuello y murió vomitando mucha sangre.

Torció el volante, cargando el peso del cuerpo en el esfuerzo, y consiguió sacar el coche de las roderas del «camino» para dirigirlo, saltando a través de la arena inalterada, hacia la antigua casa de madera que constituía su meta.

—Eso —terminó al detener el coche delante del porche— explica la sangre que acompaña a su aparición.

Harley abrió, poco a poco, la portezuela y descendió, mirando inquieto la vieja

casa destartalada. Nicholls paró el motor, bajó y se dirigió en seguida hacia la Parte trasera del automóvil.

—Vamos —dijo, sacando cosas del compartimiento—. Écheme una mano. No voy a llevar yo sólo toda esta impedimenta.

Harley fue de mala gana, y miró el curioso revoltijo de manojos de leña seca, trozos de cuerdas de colores, tizas, feos manojitos de hierbas marchitas, rescos huesos de animales pequeños y un par de cosas más, menos agradables todavía, con ojos que no expresaban ningún placer.

Pat. JISS. Pat. JISS...

—¡Aquí está! —chilló Harley—. ¡Escuche! Está por aquí, en algún sitio, vigilándonos. —¡Ja! ¡Ja!

Era una carcajada profunda, repulsiva... y sin cuerpo. Harley escudriñó los alrededores con la mirada, desesperadamente, en busca de las gotas de sangre delatoras. Y las encontró; salían del aire, al lado mismo del coche, bajando lentamente hacia el suelo, siseando un momento, para desaparecer en seguida.

—Os estoy vigilando, en efecto —dijo la voz en tono huraño—. Russell, tú, indigno pedazo de corrupción, yo necesito tan poco de ti como tú de mí. Vivo o muerto, ¡esta tierra es mía! La compartí con tu tío, bribonzuelo, pero no quiero compartirla contigo. ¡Fuera!

Harley sintió que las rodillas le flaqueaban y se fue, tropezando desorientado, hasta el parachoques trasero, y se sentó en él.

—Nicholls... —dijo con voz torpe.

—Eh, anímese —le recomendó el otro, sin irritarse. Y le arrojó un ovillo de bramante chillón, rojo y verde, que de trecho en trecho formaba unos extraños nudos. Luego se enfrentó con las gotas de sangre e hizo unos cuantos pases enérgicos en el aire, delante de ellas. Harley veía que los labios de Nicholls se movían, pero en silencio, sin que saliera ninguna palabra de ellos.

De la fuente de las gotas de sangre se escapó un sonido inarticulado de sorpresa y un grito entrecortado. Nicholls dio unas fuertes palmadas; luego se volvió hacia el joven Harley.

—Coja la cuerda que tiene en las manos y rodee la casa con ella —le dijo—. Toda la casa, y asegúrese que pase por el centro de puertas y ventanas. No es gran cosa, pero le tendrá sujeto mientras montamos lo importante.

Harley hizo un gesto de asentimiento; luego señaló con rígido dedo las gotas de sangre, que ahora siseaban y humeaban con más encono que antes.

—¿Y eso, qué? —consiguió articular. Nicholls sonrió complacido.

—Lo retendré aquí hasta que las vacas vuelvan al establo —contestó—. ¡En marcha!

Inadvertidamente, Harley inspiró y se llenó los pulmones de humo blanco, nocivo, y hubo de toser hasta que las lágrimas le rodaron por las mejillas. Cuando se recobró, miró a Nicholls, que leía silenciosamente un libro encuadernado en cuero

verde y con las esquinas de las páginas dobladas.

—¿Puedo dejar de agitar esto? —le preguntó.

Nicholls hizo una mueca furiosa y movió la cabeza, sin mirarle. Y continuó leyendo; sus labios se curvaban formando sílabas que no figuraban en ningún idioma que Harley hubiera escuchado en toda su vida. Luego cerró el libro de golpe y se secó la frente.

—Muy bien —dijo—. Hasta aquí, todo va bien. —Luego dio unos pasos hasta situarse, por la parte donde soplaban el aire, junto al recipiente suspendido en el hogar y que Harley estaba removiendo. Miró con precaución al interior.

—Ya casi está listo —dijo—. Sáquelo del fuego y déjelo enfriar un poco.

Harley levantó el caldero, y después se apretó con la mano izquierda el dolorido bíceps. La masa poseía la consistencia de un chocolate espeso y un color verde repugnante.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó.

Nicholls no respondió. Levantó los ojos sorprendido al oír el repentino grito de triunfo del exterior, seguido del aullido de un viento glacial.

—Hank debe andar suelto —dijo en tono indiferente— no puede hacernos ningún daño, pero será mejor que nos pongamos en movimiento. —Revolvió el montón de chatarra que había traído del coche y sacó un pincel—. Embadurne todo el contorno de puertas y ventanas con esto. Menos la puerta principal. Para aquélla tengo otra cosa —señaló un objeto que parecía el eje delantero de un modelo T anticuado—. Déjelo en el umbral de la puerta. Es hierro frío. Usted puede pasar por encima, y en cambio Hank no.

Ha sido tratado previamente con la mejor taumaturgia.

—Pasar por encima —repitió Harley—. ¿Por qué he de querer pasar por encima? El está ahí fuera.

—No le hará ningún daño —dijo Nicholls—. Usted llevará encima un amuleto (aquel de allí) que mantendrá apartado al fantasma. Es probable que no pudiera hacerle ningún daño en ningún caso, pues se trata de un espíritu que no puede materializarse hasta poseer una densidad apreciable. Sin embargo, no corra riesgos; lleve el amuleto y no esté fuera demasiado tiempo. El amuleto no mantendrá al fantasma alejado por mucho rato, no por más de media hora. Siempre que tenga que salir y permanecer algún tiempo fuera, átese ese manojito de hierbas al cuello —Nicholls sonrió—. De todos modos, esto es para casos de emergencia. Actúa según el principio del asafétida. Los espíritus no se le pueden acercar..., pero tampoco a usted le gustará tenerlo cerca. Despide un olor bastante..., bastante definido.

Volvió a inclinarse vivamente sobre el calderito, olisqueando. Estornudó.

—Bueno, ya se ha enfriado bastante —dijo—. Empiece a trabajar, antes de que se endurezca. Comience extender el preparado por el piso de arriba... y asegúrese de no dejar ni una ventana sin él.

—Y usted, ¿qué hará?

—Yo —dijo secamente Nicholls— me quedaré aquí Empiece.

Pero no se quedó. Cuando Harley hubo terminado la desagradable tarea y volvió a bajar, llamó a Nicholls por su nombre; pero Nicholls no estaba. Harley fue hasta la puerta y miró al exterior; el coche también había desaparecido.

—Ah, bueno —dijo, levantando los hombros, y se puso a quitar la capa de polvo de los muebles.

II

En algún punto del interior de su mente legalista, el abogado Turnbull estaba sopesando la relativa similitud entre la pesadilla y la demencia.

Con la vista clavada en el sillón de terciopelo que tenía delante, notaba, desazonado, cómo las gotas rojas, singularmente ingravidas, extrañamente salidas de ninguna parte, desaparecían apenas tocaban el suelo, aunque dejaban en el tapizado unas largas rayas color ocre fangoso. Además, aquel ruidito resultaba desagradable: Pat. JISS. Pat. JISS...

La voz continuó impaciente:

—¡Maldita sea su estupidez humana! Por más que yo sea un espíritu, Dios sabe que no trato de atormentarle. Amigo, no tiene tanta importancia para mí. Entérese bien, estoy aquí por negocios.

Turnbull aprendió en ese momento que uno no se puede humedecer los labios con una lengua seca.

—¿Asuntos de justicia?

—Naturalmente. El hecho de haber muerto de muerte violenta y tener que continuar mi existencia en el plano astral, no significa que haya perdido mis derechos ante la ley.

¿Verdad que no?

El abogado movió la cabeza desorientado.

—La entrevista me resultaría más fácil si usted no fuese invisible. ¿No puede resolver este punto? Hubo un corto silencio.

—Bueno, podría materializarme por un minuto —respondió la voz—. Significa un trabajo muy duro..., terriblemente duro para mí. Entre nosotros, los seres astrales, hay muchos que pueden materializarse con la misma facilidad que uno salta de la cama; pero... bueno, si debo hacerlo, lo intentaré una sola vez.

Se advirtió un leve resplandor en el aire, encima de la silla, y un vapor tenue, lechoso, se condensó en una figura sentada, impalpable. A Turnbull no le entusiasmó nada ver que, a través de la figura, seguían divisándose, aunque algo desdibujadas, las líneas de la silla. La figura se hizo más densa. En el preciso instante en que los rasgos fisonómicos tomaban forma (en el momento en que los salientes ojos de Turnbull

distinguían una nariz grande y aguileña y una hirsuta barba) la figura volvió a debilitarse y explotó con un «pop» débil.

La voz se quejó, descompuesta.

—No creía que me hiciera sufrir tanto. Ya no tengo práctica. Creo que es la primera materialización a la luz del día que he realizado en setenta y cinco años.

El abogado se colocó bien los impertinentes y tosió. «¡Juergas del infierno —pensaba—, lo peor de todo esto es que lo creo!»

—Ah, bueno —dijo en voz alta. Pero añadió apresuradamente, antes de que el cliente pudiera darse por ofendido—; ¿qué quería, pues? Yo no soy más que un abogado de población pequeña, ya sabe. Me ocupo casi por completo de trámites rutinarios...

—Sé muy bien de qué se ocupa —replicó la voz—. Puede llevar mi caso... es un asunto de tierras. Quiero querellarme con Russell Harley.

—¿Harley? —Turnbull se acariciaba la mejilla—. ¿Pariente de Zeb Harley, quizá?

—Sobrino... y su heredero, además.

—Sí, ahora lo recuerdo —comentó Turnbull con un movimiento de cabeza—. La familia de mi esposa vive en Rebel Butte, y yo he estado allí. Es toda una coincidencia que usted haya venido a mi despacho...

La voz soltó una carcajada.

—No ha sido tal coincidencia —dijo dulcemente.

—Ah —Turnbull permaneció unos segundos en silencio. Luego añadió—: Comprendo —y dirigió una mirada oblicua a la silla—. Los procesos judiciales cuestan dinero, señor... no creo que me haya dicho su nombre.

—Hank Jenkins —completó la voz—. Ya lo sé. ¿Sería...? Veamos... ¿Bastaría con seiscientos cincuenta dólares?

Turnbull estiró el cuello.

—Creo que sí —dijo en un tono bastante sosegado... Relativamente, comparado con lo que estaba pensando.

—Entonces supongamos que damos a esta cantidad el nombre de anticipo. Resulta que escondí una considerable suma de dinero, en oro, cuando era... es decir, antes de convertirme en una entidad astral. Estoy bien seguro de que no la ha tocado nadie. Usted tendrá que llamarlo un tesoro hallado, me figuro, y deberá entregar la mitad al Estado; pero en total hay allí mil trescientos dólares.

Turnbull movió la cabeza afirmativamente con aire sensato.

—Suponiendo que podamos localizar ese tesoro —dijo—, creo que sería un trato bastante satisfactorio. —Se recostó en la silla y puso semblante de hombre de leyes.

Había recobrado el aplomo.

Media hora después, prometía pausadamente:

—Me encargo de su caso.

Hasta entonces, el juez Lawrence Cimbel había sido un hombre enamorado de su

profesión. Pero los trece honorables años de magistratura que llevaba perdieron su encanto mientras hacía una mueca de fatiga y llevaba la mano hacia el mazo. El pleito que iba a verse resultaba demasiado confuso para él.

El secretario pronunció el discurso, y la multitud se sentó toda a la vez. Cimbel se llevó la mano a los ojos por unos breves momentos antes de tomar la palabra.

—¿Está preparado el abogado del demandante?

—Lo estoy, Señoría —Turnbull, sólo en su mesa, se levantó y saludó con una reverencia.

—¿Y el abogado del demandado?

—¡Dispuesto, Señoría! —espetó Fred Wilson, mirando con gran interés hacia Turnbull, solitario en su mesa, para luego inclinarse y murmurarle algo al oído a Russell Harley. El joven hizo un malhumorado gesto afirmativo y se encogió de hombros.

Cimbel decía:

—Tengo entendido que los abogados de las dos partes han renunciado al juicio por jurados en este caso de Henry Jenkins contra Russell Joseph Harley.

Ambos abogados hicieron gestos afirmativos. Y Cimbel continuó:

—En vista del carácter inusitado de este caso, imagino que será necesario llevarlo sin excesivo apego a los formalismos. Este tribunal se propone una sola cosa, Y es conocer la verdad de los hechos en litigio y dictar sentencia de acuerdo con las leyes pertinentes a tales hechos. No daré importancia al ceremonial. Con todo, no toleraré desórdenes ni irregularidades innecesarias. Los espectadores tendrán la bondad de recordar que están aquí por privilegio especial. Cualquier manifestación implicará que se despeje la sala —dirigió una mirada severa a las pálidas caras que relumbraban estúpidamente, vueltas hacia él. Cimbel contuvo un suspiro al decir—; El abogado del demandante tiene la palabra.

Turnbull se levantó prestamente y se volvió hacia el juez.

—Señoría —dijo—, nosotros nos proponemos demostrar que mi cliente, Henry Jenkins, ha sido privado de sus justos derechos por el demandado. En virtud de una continuada residencia de más de veinte años en la casa sita en Route, 22, a unos trece kilómetros al norte de Rebel Butte, con pleno conocimiento de su legítimo dueño, mi cliente, el señor Jenkins, ha adquirido ciertos derechos. En la terminología legalista solemos definirlos como derechos de adversa posesión. El lego los llamaría derechos de justicia común, derechos de ocupante.

Gimbel se cogió las manos e intentó relajarse. Derechos de ocupante... ¡para un fantasma! Exhaló un suspiro; pero escuchó atentamente mientras Turnbull continuaba:

—A la muerte de Zebulon Harley, dueño de la casa en litigio (más conocida acaso por Harley Hall), el demandado heredó el título de propiedad. Nosotros no ponemos en duda su derecho a este título. Pero mi cliente tiene también un derecho sobre Harley Hall: el de vivir plena y libremente en la casa. El demandado ha arrojado de

allí a mi cliente por la fuerza, empleando medios que le han causado un gran sufrimiento mental e incluso han puesto en peligro su misma existencia.

Cimbel dio un cabezazo. Si al menos el caso hubiera tenido un precedente en alguna parte... Pero no lo tenía. Cimbel se acordaba tristemente de las horas que se había pasado hojeando toda clase de libros de leyes poco conocidos, buscando algo que tuviera cierta relación con el pleito actual. Su buen criterio le había aconsejado resolver el asunto por la vía rápida; un juez no podía permitir que se rieran de él, y menos si era un hombre ambicioso. Y en este caso, lo único seguro eran las carcajadas del público. Pero Wilson se obstinó de tal modo que el juez se dejó llevar de su mal genio. De todos modos, jamás había sentido simpatía alguna por Wilson.

—Puede interrogar al testigo —anunció. Turnbull movió la cabeza afirmativamente, y, dirigiéndose al escribano dijo:

—Llaman a Henry Jenkins al estrado. Wilson estaba en pie antes de que el funcionario hubiera podido abrir la boca.

—¡Protesto! —bramó—. ¡El supuesto Henry Jenkins no sirve como testigo!

—¿Por qué no? —preguntó Turnbull.

—¡Porque está difunto!

Con una mano, el juez se cogió la frente; con la otra empuñó el mazo. Y dio un golpe a la mesa para imponer silencio en la sala.

Turnbull permanecía en pie, sonriendo.

—Naturalmente —dijo—, usted tendrá pruebas de lo que ha dicho.

—Claro que sí —Wilson enseñaba los dientes, y consultó su informe—. El llamado Henry Jenkins es el fantasma, espíritu o espectro de un tal Henry Jenkins, un buscador de oro que anduvo por este territorio hace un siglo. Lo mató, atravesándole el cuello, una bala salida del arma de un tal Long Tom Cooper, y fue declarado legalmente muerto el día 14 de septiembre de 1850. A Cooper lo ahorcaron por este asesinato. No importa lo que esgrima usted como pruebas en contra, la situación de muerte legal sigue siendo completamente válida.

—¿Qué pruebas tiene usted de que mi cliente sea ese mismo Hank Jenkins? —preguntó, ceñudo, Turnbull.

—¿Acaso usted lo niega?

El otro se encogió de hombros.

—Yo no niego nada. No es a mí a quien están interrogando. Además, el único prerequisite de un testigo es que comprenda el valor de un juramento. Henry Jenkins fue examinado por John Quincy Fitzjames, profesor de psicología de la Universidad de California del Sur. El resultado (tengo la declaración jurada del doctor Fitzjames sobre dicho resultado, y la presentaré como documento probatorio) muestra con toda claridad que mi cliente posee un coeficiente intelectual bastante superior al normal y que el examen psiquiátrico no revela ninguna aberración importante que limite el valor de su testimonio. Insisto en que se permita a mi cliente atestiguar en propio beneficio.

—¡Si ya murió! —graznó Wilson—. ¡Si en estos mismos instantes es invisible!

—Mi cliente —dijo Turnbull, seco y severo —no está presente en estos momentos. Indudablemente, esto es lo que le induce a usted a declarar su invisibilidad —el abogado hizo una pausa para dar tiempo al murmullo de aprobación que se extendió por la sala. «La cosa empieza bien», pensó, muy risueño—. Aquí tengo otra declaración —continuó—. La firman Elihu James y Terence MacRae, jefes, respectivamente, de los departamentos de física y biología de la citada Universidad. El documento certifica que mi cliente exhibe todos los fenómenos vitales de la vida. Estoy dispuesto a llamar a los tres expertos mencionados como testigos, si es necesario.

Wilson puso mala cara, pero no dijo nada. El juez Cimbel se inclinó sobre la mesa.

—No veo la posibilidad de negar al demandante el derecho a prestar declaración —dijo—. Si los tres expertos que han redactado estos informes ratifican en el estrado los hechos contenidos en los mismos, Henry Jenkins podrá presentarse como testigo.

Wilson se sentó ponderadamente. Los tres expertos pronunciaron unas breves y secas palabras. Wilson no los sometió sino al interrogatorio más convencional.

El juez ordenó un breve descanso. Fuera, en el pasillo, Wilson y su cliente encendían cigarrillos y se miraban mutuamente con poca simpatía.

—Tengo la sensación de estar lelo —decía Russell Harley—. ¡Armar pleito contra un fantasma!

—Ha sido el fantasma el que ha suscitado el pleito —le recordó Wilson—. Si al menos hubiéramos podido aplazar la escaramuza por un par de semanas, hasta la toma de posesión de otro juez, habría podido conseguir que esta causa se resolviera con un «no ha lugar».

—¿Por qué no hemos podido esperar?

—¡Porque usted tenía tantísima prisa! —replicó Wilson—. Usted y ese idiota de Nicholls; tan confiado en que no llegaría a celebrarse un juicio.

Harley se encogió de hombros y recordó tristemente cómo habían fracasado, cómo no habían logrado exorcizar por completo el espíritu de Hank Jenkins. Se habían armado un lío. Fuese como fuere, Jenkins había huido del círculo encantado que habían levantado a su alrededor y dentro del cual pensaban retenerle hasta que el juez hubiera fallado la causa en contra suya por falta de comparecencia.

—Y ése es otro punto —continuó el abogado—. ¿Donde de está Nicholls?

Harley volvió a encogerse de hombros.

—No lo sé. La última vez que le vi fue en el despacho de usted. Vino a verme después de haber estado en casa el alguacil trayéndome la orden de comparecencia. El me llevó a su despacho; me dijo que le habían recomendado que acudiera a usted. Entonces hablamos del caso un rato, los tres. Y él se marchó, después de prestarme algún dinero para ayudarme a pagarle a usted el anticipo. Desde entonces no he vuelto a verle.

—Quisiera saber quién le habló de mí —dijo Wilson con aire torvo—. Creo que no recomendaría nunca más a nadie. No me gusta este caso, ni tampoco usted.

Harley produjo un sonido gutural, pero no dijo nada. Tiró el cigarrillo. Sabía a la basura que colgaba de su cuello..., todo tenía el mismo olor. Nicholls no mintió cuando dijo que a Harley no le gustaría mucho el puñado de hierbas que mantendrían alejado el espíritu del viejo Jenkins. De verdad que olían mal.

El escribano estaba en el pasillo, gritando algo; la gente empezaba a entrar nuevamente en la sala. Harley y su abogado se sumaron a los demás.

Reanudado el juicio, el escribano llamó:

—¡Henry Jenkins!

Turnbull se levantó al instante; abrió la puerta de la cámara del juez y dijo algo en voz baja. Luego se hizo a un lado, como para dejar paso a otra persona.

Pat. JISS. Pat. JISS...

Del público se elevó una exclamación ahogada, al uní sonó, cuando el fantasmagórico chorrito de sangre cruzó el espacio libre en dirección a la silla de los testigos. Era el fantasma... el demandante, en el pleito más absurdo de toda la historia de la jurisprudencia.

—Muy bien, Hank —murmuró Turnbull—. Tendrá que materializarse el tiempo suficiente para que el escribano le tome el juramento.

El escribano retrocedió nervioso ante la columna de neblina lechosa que se le apareció, con una forma vagamente humanoide. Una mano de fantasma, semitransparente, se extendió para tocar la Biblia. La voz del escribano temblaba al proponer el juramento. Se oyó la respuesta como si saliera del corazón de la columna de humo.

La neblina se arrastró hacia la silla de los testigos, se dobló de forma rara a la altura de las caderas y, con una Pequeña explosión, se disipó en la nada. El juez golpeaba furiosamente con el mazo. El rumo de alarma que se había levantado de los espectador se acalló.

—Les advierto de nuevo que no toleraré ninguna falta a las normas —declaró—. El abogado del demandante puede continuar.

Turnbull fue a situarse delante de la mesa del testigo y dirigió la palabra al vacío.

—¿Su nombre?

—Me llamo Henry Jenkins.

—¿Su ocupación? Hubo una ligera pausa.

—No tengo ninguna. Supongo que ustedes dirían que estoy jubilado.

—Mister Jenkins, ¿qué relación tiene usted con edificio denominado Harley Hall?

—Lo vengo ocupando desde hace noventa años.

—Durante ese tiempo, ¿conoció usted al difunto Zebulon Harley, propietario del Hall?

—Conocí bastante bien a Zeb.

—¿Cuándo le conoció? —preguntó Turnbull después de un cabezazo de

asentimiento.

—En la primavera de 1907, Zeb acababa de perder a su esposa. Después de lo cual, hizo de Harley Hall su domicilio permanente. Se convirtió... más o menos, un ermitaño. Anteriormente no nos habíamos conocido porque venía muy raras veces al Hall. Pero entonces nos hicimos amigos.

—¿Cuánto tiempo duró esa amistad?

—Hasta el otoño pasado, cuando murió. En el momento de fallecer, yo estaba con él.

Todavía conservo unos cuantos recuerdos que me dio entonces.

Un suspiro nostálgico, claramente audible, se elevó de la silla del testigo, la cual estaba copiosamente salpicada de líquido encarnado. Las gotas que caían parecieron titubear unos segundos, y el ruido siseante que producían quedó sofocado como por una fuerte emoción.

Turnbull continuó:

—Entonces, ¿mantenía buenas relaciones con él?

—Yo diría que excelentes —replicó en tono firme el vacío—. Todas las noches pasábamos largo rato juntos. Cuando no jugábamos al «pinacle», o al ajedrez, o al «cribbage», charlábamos, sencillamente; comentábamos los sucesos del día. Todavía conservo el libro que utilizábamos para guardar recuerdo de las partidas de ajedrez y «pinacle». Zeb escribía las anotaciones de su puño y letra.

Turnbull se alejó del testigo por unos momentos y se dirigió al juez, con una sonrisa.

—Presento como prueba el libro mencionado —dijo—. Y también una sortija que regaló al demandante el difunto señor Harley, y un ejemplar de las obras dramáticas de Gilbert y Sullivan. En la anteportada del libro figura la dedicatoria: «Al viejo Hank», de puño y letra de Harley.

Turnbull se volvió nuevamente hacia la vacía silla rezumante de sangre, del testigo y dijo:

—En todos los años de convivencia con Zebulon Harley, ¿le pidió alguna vez éste que se fuera o pagase alquiler?

—Por supuesto que no. ¡Zeb no habría hecho tal cosa!

Turnbull hizo un nuevo gesto afirmativo.

—Muy bien —dijo—. Ahora, sólo un par de preguntas más. ¿Quiere decir, con sus propias palabras, qué ocurrió después de la defunción de Zebulon Harley que le obligara a usted a presentar querrela?

—Pues, en enero, el joven Harley...

—¿Se refiere a Russell Joseph Harley, el demandado?

—Sí, llegó a Harley Hall el cinco de enero. Yo le pedí que se marchara, cosa que él hizo. Al día siguiente regresó con otro hombre. Entre los dos, colocaron un talismán sobre el umbral de la puerta principal, y a continuación cerraron todas las puertas y ventanas del Hall con una sustancia que me es nociva. Además, recurrieron,

a varios encantamientos de los más mortíferos de la *Ars Magicorum*. Luego añadieron un Círculo de Exclusión de un radio de algo más de kilómetro y medio, rodeando por completo el Hall.

—Comprendo —dijo el abogado—. ¿Quiere explicar al tribunal los efectos de todos estos manejos?

—Bueno —respondió la voz pensativamente—, es difícil expresarlo con palabras. Yo no puedo atravesar el círculo sin gran derroche de energía. Y aunque lo atravesara no podría entrar en la casa por culpa del talismán y los sellos.

—¿Podría entrar por el aire? ¿Por una chimenea, quizá?

—No. El Círculo de Exclusión es en realidad una esfera. Estoy completamente seguro de que el esfuerzo me destruiría.

—Entonces, ¿es verdad que se halla completamente expulsado de la casa que ha ocupado durante noventa años, debido a las caprichosas acciones de Russell Joseph Harley, el demandado, y un cómplice suyo cuyo nombre ignoramos?

—En efecto.

—Gracias —dijo Turnbull con ancha sonrisa—. Nada más.

Y se volvió hacia Wilson, cuyo semblante había sido un estudio de malhumorada obstinación durante todo el interrogatorio.

—Se lo dejo a su disposición —le dijo.

Wilson se levantó con gesto enérgico y se dirigió a grandes zancadas hacia la silla del testigo, a quien preguntó en tono beligerante:

—¿Dice usted llamarse Henry Jenkins?

—Sí.

—Quiere decir que así es como se llama ahora. ¿Cómo se llamaba antes?

—¿Antes? —La voz que emanaba de aquel gotear de sangre tenía el acento de la sorpresa—. ¿Antes de qué? Wilson frunció el ceño.

—No se haga el ignorante —dijo vivamente—. Antes de haber fallecido, por supuesto.

—¡Protesto! —Turnbull estaba de pie, mirando furioso a Wilson—. ¡El abogado defensor no tiene ningún derecho a hablar de un hipotético fallecimiento de mi cliente!

Gimbel levantó la mano con aire fatigado, cortando las palabras que se formaban en los labios de Wilson.

—Se acepta la protesta —dijo—. No se ha presentado ninguna prueba que identifique al demandante con el buscador de oro a quien mataron en 1850... ni con persona alguna.

Los labios de Wilson se torcieron en una mueca agria. El abogado continuó en tono más bajo:

—Dice usted, señor Jenkins, que ha ocupado Harley Hall por espacio de noventa años.

—Se cumplirán el mes que viene. El Hall no lo construyeron (en su forma actual

al menos) hasta 1876, pero yo ya ocupaba la casa que se levantaba anteriormente en aquel lugar.

—¿Qué hacía antes?

—¿Antes? —La voz hizo una pausa; luego dijo en tono dubitativo—: No lo recuerdo.

—¡Está bajo juramento! —estalló Wilson. La voz cobró firmeza.

—Noventa años son mucho tiempo —afirmó—. No me acuerdo.

—Veamos si le refresco la memoria. ¿Es cierto que hace noventa años, el mismo año en que, según sostiene, usted empezó a ocupar Harley Hall, Hank Jenkins murió en un duelo con armas de fuego?

—Si usted lo dice, puede ser cierto. No lo recuerdo.

—¿Recuerda que el tiroteo tuvo lugar a unos quince metros del emplazamiento actual de Harley Hall?

—Es posible.

—Pues bien —tronó Wilson—, ¿no es una realidad que cuando Hank Jenkins murió de muerte violenta cobró existencia su fantasma? ¿No es cierto que entonces quedó sentenciado a frecuentar, por toda la eternidad el lugar donde lo habían matado?

La voz respondió sin alterarse:

—No tengo ninguna prueba de lo que dice.

—¿Niega, pues, que es muy sabido por toda aquella comarca que el espíritu de Hank Jenkins frecuenta Harley Hall?

—¡Protesto! —gritó Turnbull—. La opinión popular no constituye prueba.

—Aceptada la protesta. Borre la pregunta del sumario. Wilson estaba asqueado; perdía el control.

—El perjurio es un delito criminal. Señor Jenkins, ¿niega usted ser el espíritu de Hank Jenkins?

—Pues sí, ciertamente.

—Usted es un espíritu, ¿verdad? Se oyó una voz seca y severa:

—Soy una entidad del plano astral.

—Eso, creo, es lo que llaman un espíritu, o fantasma, ¿no?

—Yo no puedo impedir que lo llamen así o así. He oído que a usted le llamaban muchas cosas. ¿Es eso una prueba?

El público estalló en carcajadas. Gimbel golpeó la mesa con el mazo, diciendo:

—El testigo se limitará a responder a las preguntas.

—A pesar de lo que dice —bramó Wilson—, es cierto, ¿verdad?, que usted no es sino el espíritu de un hombre que pereció de muerte violenta.

La voz que salía del chorro de sangre replicó:

—Repito que soy una entidad del plano astral. No me doy cuenta de si he sido nunca un ser humano.

El abogado se volvió hacia el tribunal con semblante desesperado.

—Su Señoría —dijo—, le pido que ordene al testigo que deje esta especie de juego del escondite verbal. Es perfectamente evidente que el testigo es un espíritu; por lo cual, *ipso facto*, es la reliquia de un ser humano. Las pruebas circunstanciales indican claramente que es el espectro del tal Hank Jenkins, asesinado en 1850. Aunque el detalle en sí no importa. Lo seguro y concreto es que es el espectro de alguien que falleció, y, por ende, ¡no puede prestar declaración! ¡Pido que borren su declaración del sumario!

Turnbull replicó inmediatamente.

—¿Querrá explicar en qué se funda el abogado del demandado para calificar a mi cliente de fantasma... a pesar de la repetida declaración de éste de que es una entidad del plano astral? ¿Cuál es la definición legal de un fantasma?

El juez Cimbel sonrió y dijo:

—El abogado del demandado continuará el interrogatorio.

El semblante de Wilson adquirió un color morado oscuro. Después de secarse la frente con un pañuelo de hierbas, miró el incesante, siseante gotear de sangre.

—Sea lo que fuere usted —dijo—, responda a esta pregunta: ¿Puede pasar a través de una pared?

—Sí, ciertamente —había un acento claro de sorpresa en la voz que emergía de la nada—. Pero no es tan fácil como algunos se figuran. Exige muchísimo esfuerzo. —No importa. ¿Puede atravesar?

—Sí.

—¿Se le podría impedir que lo hiciera, por algún medio físico? ¿Se le podría sujetar con unas esposas? ¿O con cadenas, paredes de cárcel, o con un cofre de acero cerrado herméticamente?

Jenkins no tuvo ocasión de contestar. Oliendo peligro, Turnbull atajó inmediatamente:

—Protesto contra este curso del interrogatorio. No hace al caso.

—Al contrario —gritó Wilson con voz sonora—, ¡tiene muchísimo que ver con la capacidad del llamado Henry Jenkins para actuar como testigo! Pido que conteste la pregunta.

El juez Cimbel dijo:

—Rechazada la protesta. El testigo responderá a la pregunta.

La voz de la silla replicó en tono altivo:

—No tengo inconveniente en contestar. Los obstáculos físicos no representan nada para mí, en ningún sentido.

El abogado del demandado se irguió con aire de triunfo.

—Muy bien —dijo, profundamente satisfecho—. Muy bien —luego, dirigiéndose al juez, con palabra viva y rápida continuó—: Sostengo, Señoría, que el llamado Henry Jenkins no tiene capacidad legal para prestar testimonio en un juzgado. Evidentemente, comprender el valor del juramento sirve de poco si violar ese juramento no puede acarrear ningún castigo. Las declaraciones de un hombre que

puede cometer perjurio sin que le pase nada no tienen ningún valor. ¡Pido que sean borradas del sumario!

Turnbull se plantó ante la mesa del juez en dos zancadas.

—Había previsto el argumento, Señoría —se apresuró a interponer—. Por la misma naturaleza del caso, no obstante, se ve muy bien que existen medios para entorpecer los movimientos de mi cliente: hechizos, estrellas de cinco puntas, talismanes, amuletos, Círculos de Exclusión..., ¡y qué sé yo! Tengo aquí (y estoy dispuesto a entregarla al alguacil del tribunal) una lista de los diversos métodos para confinar a una entidad astral dentro de un espacio muy reducido por períodos que pueden variar desde unos momentos hasta toda la eternidad. Además, deme también una fianza de cinco mil dólares, antes de que comenzara el juicio, que estoy dispuesto a perder si mi cliente fuese encerrado y se fugara, en caso de ser aliado culpable de un mal comportamiento como testigo.

La faz de Cimbél, que había mostrado por un segundo una expresión de alarma, se despejó poco a poco. Con un movimiento afirmativo, dijo:

—El tribunal acepta la explicación del abogado del demandante. Parece no haber duda de que al demandante se le puede castigar por toda declaración falsa que haga; por lo cual, la moción de la defensa no ha lugar.

Wilson estaba encolerizado, pero levantó los hombros.

—Muy bien —dijo—. He terminado.

—Puede bajar del estrado, señor Jenkins —indicó Cimbél, y siguió, fascinado, con la mirada la columna chorreante que se levantó y flotó por el aire, cruzando la sala, recorriendo el pasillo y saliendo al exterior.

Turnbull se acercó de nuevo a la mesa del tribunal, y dijo:

—Desearía presentar como pruebas estas notas, el diario del difunto Zebulon Harley. Se lo regaló a mi cliente el mismo Harley el otoño pasado. Llamo particularmente la atención sobre la nota del seis de abril de mil novecientos diecisiete, en la que menciona la entrada de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial, y anota los resultados de once partidas de «pinacle» jugadas con un personaje al que denomina el «Viejo Hank». Con la venia de la sala, leeré lo escrito en dicho día, y también algunas otras anotaciones a lo largo de los cuatro años siguientes. Tengan la bondad de fijarse en las alusiones a un ser al que da indistintamente los apelativos de «Jenkins», «Hank Jenkins» y (en un párrafo extremadamente significativo) «Viejo Invisible».

Wilson se recocía en silencio durante la pausada lectura del diario de Harley. Tenía el rostro colérico, a pesar de lo cual prestaba gran atención; y apenas terminada la lectura, se puso en pie de un salto.

—Me gustaría saber —adujo—, si el abogado del querellante está en posesión de algún diario posterior a novecientos veinte.

Turnbull movió la cabeza, en un gesto negativo.

—Por lo visto, Harley nunca llevó un diario, salvo durante los cuatro años que

éste abarca.

—Entonces pido que el tribunal se niegue a admitirlo. Y por dos razones —Wilson levantó dos dedos para señalar mejor los puntos en cuestión—. En primer lugar, la prueba que se presenta es baladí. Las escasas, vagas e insatisfactorias alusiones —a Jenkins no le describen nunca, en ninguna parte, como lo que es: un fantasma, una entidad astral, o como ustedes quieran llamarlo. En segundo lugar, las pruebas (aun pasando por alto el primer punto) sólo se refieren a los años anteriores al mil novecientos veintiuno. El caso gira exclusivamente sobre la supuesta ocupación de Harley Hall por el supuesto Jenkins durante los veinte años últimos... a partir del mil novecientos veintiuno. Por lo tanto, no cabe duda, la prueba no hace al caso.

Cimbel miró a Turnbull, quien sonrió sosegadamente.

—La referencia al «Viejo Invisible» dista mucho de ser vaga —dijo—. Es una indicación concreta del carácter astral de mi cliente. Además, las pruebas de que existía una amistad entre mi cliente y el difunto Zebulon Harley antes de mil novecientos veintiuno son muy pertinentes, porque es lógico suponer que, una vez establecida tal amistad, continuaría indefinidamente. A menos que, por supuesto, la defensa pueda presentar pruebas en contra.

—Se admite el diario como prueba —decidió el juez Cimbel.

—No añadido nada más —dijo Turnbull.

Hubo un murmullo de conversación en la sala mientras el juez echaba una ojeada al diario y luego lo entregaba al escribano para que lo marcara y lo diera por admitido.

—La defensa puede tomar la palabra —dijo Cimbel. Wilson se levantó. Dirigiéndose al escribano, dijo:

—Russell Joseph Harley.

Pero el joven Harley estaba recalcitrante.

—¡Quiá! —Decía, en pie, señalando la silla del testigo—. ¡Eso está todo lleno de sangre! No van a creer que voy a sentarme en ese gran charco de sangre, ¿verdad?

El juez Cimbel se inclinó para ver la silla. El goteo continuo de sangre de la aparición que estuvo prestando testimonio había dejado su huella. Toda la parte delantera de la silla tenía un color pardo fangoso. Cimbel se sorprendió preguntándose cómo se las componía el fantasma para reabastecerse de líquido; pero abandonó el intento.

—Comprendo su actitud —dijo—. Bueno, además, se está haciendo ya un poco tarde. El escribano retirará esta silla del testigo y pondrá otra en su lugar. Declaro el juicio aplazado hasta mañana a las diez de la mañana.

III

Russell Harley notó que la espalda del ascensorista del hotel manifestaba repulsión y disgusto, y frunció el ceño. No era un huésped muy bien mirado, lo sabía bien. Pero, sin embargo, se equivocaba al pensar que la causa radicaba en el pestilente hacecillo de hierbas que llevaba colgado del cuello. Su odiosa personalidad tenía mucho que ver con la actitud glacial del personal del hotel y de los demás huéspedes.

Harley se encaminó hacia el bar, ignorando las cabezas que se volvían sorprendidas para seguir la maloliente cola de cometa que se extendía a su paso, y entró en la sala de bebidas —cuero rojo y cromo— buscando con la mirada al abogado Wilson.

Pero al descubrirlo parpadeó atónito. Wilson no estaba solo. Con él, en el tabladillo, había una figura alta, oscura, de espaldas a Harley. Aunque bastaba con la espalda para reconocerla. ¡Nicholls!

Wilson le había visto ya.

—Hola, Harley —saludó, todo sonrisas y afabilidad en presencia del hombre que había de pagarle—. Venga y siéntese. El señor Nicholls ha pasado a verme hace un rato y le he traído acá.

—Hola —dijo Harley malhumorado, y Nicholls le saludó con la cabeza. Los músculos de las mejillas se le movían en una pulsación, y parecía muy nervioso, extrañamente incómodo en presencia de Harley. A pesar de todo, acompañó de un guiño la mirada que le dirigió y su voz tuvo un tono bastante amistoso, aunque altivo, al decir:

—Hola, Harley. ¿Cómo va el juicio?

—Pregúnteselo a él —respondió Harley, señalando con el pulgar a Wilson mientras deslizaba las rodillas bajo la mesa y se sentaba—. El abogado es él. Es quien debe saber estas cosas.

Harley se encogió de hombros y estiró el cuello buscando a la camarera.

—Ah, eso me figuro... ¡Whisky y agua! —Miró a la muchacha con ojo estimativo mientras ella asentía con un gesto y se iba hacia el mostrador. Luego volvió a fijar la atención en Nicholls—. Lo malo es —dijo— que Wilson acaso piense que lo sabe; pero yo pienso que está en Babia.

Wilson arrugó el ceño.

—¿Quiere decir...? —empezó. Pero Nicholls levantó la mano.

—No nos peleemos —dijo—. ¿Y si respondiera a mi pregunta? Yo tengo parte en esto y me interesa saberlo.

¿Cómo va el juicio?

Wilson puso la mejor cara de sinceridad que pudo.

—Francamente, no demasiado bien —contestó—. Me temo que el juez está a favor de la otra parte. Si me hubieran escuchado y hubiesen esperado hasta el nombramiento de otro juez...

—Yo no tenía tiempo para demoras —replicó Nicholls—. Dentro de pocos días debo hallarme en otra parte. En este instante, ya debería estar en camino. ¿Cree que

podemos perder el caso?

Harley emitió una carcajada seca. Mientras Wilson le miraba furioso, cogió el vaso de la bandeja de la camarera y lo apuró de un trago. La sonrisa no desapareció de sus labios mientras escuchaba cómo Wilson decía llanamente:

—Corremos muchísimo peligro, sí.

—¡Hummm! —Nicholls se examinó las uñas con gran interés—. Quizá me equivoqué al elegir abogado.

—Sin duda —Harley hizo seña a la camarera y pidió otro vaso—. ¿Quiere saber qué otra cosa pienso? Pienso que también se equivocó al escoger al cliente, o, dicho letra por letra, al t-í-t-e-r-e. Ya estoy harto de este asunto. Ésa porquería que llevo al cuello huele mal. A fin de cuentas, ¿cómo sé si sirve de algo? Por todo lo que veo, simplemente, huele mal, y nada más.

—Sirve —aseguró con laconismo Nicholls—. No le aconsejaría que se lo quitara. El difunto Hank Jenkins no es un espíritu muy fuerte (de lo contrario le despedazaría a usted y se comería esas hierbas para postre), Pero sin la protección de lo que lleva atado al cuello, desde el preciso instante en que Jenkins se enterase de que ya se lo había quitado, sufriría usted sobrados tormentos. —Dejó el vaso de vino tinto que había estado olfateando, sin beberlo, y miró fijamente a Wilson—. Yo he puesto el dinero en este asunto —dijo—. Confiaba que usted sabría encargarse del aspecto judicial del mismo. Ahora veo que tendré que hacer algo más. Escúcheme atentamente, porque no tengo intención de repetir mis palabras. El caso puede enfocarse desde un ángulo que se le ha pasado por alto a su perspicacia legal. Jenkins dice ser una entidad astral, e indudablemente lo es. Veamos pues, en lugar de querer demostrar que es un fantasma y, legalmente, un difunto, por lo cual no posee las condiciones necesarias para prestar testimonio, que es lo que ha hecho usted en todo momento, supongamos que lo enfocara así...

Y siguió hablando aprisa y muy atinado.

Cuando se separó de ellos un rato después, Wilson acompañó a Harley hasta su cuarto y lo echó sobre la cama, sintiéndose dichoso por primera vez desde hacía varios días.

Russell Joseph Harley, nervioso y un poco fastidiado por la resaca del licor, fue llamado al estrado como primer testigo en su propio favor. Wilson le preguntó:

—¿Cuál es su nombre?

—Russell Joseph Harley.

—¿Es sobrino del difunto Zebulon Harley, que le legó la vivienda conocida por Harley Hall?

—Sí.

Wilson se volvió hacia el juez.

—Presento como prueba esta copia del testamento del difunto Zebulon Harley. Todos sus bienes los deja al que es sobrino suyo y único pariente vivo.

Turnbull puntualizó desde su mesa.

—El demandante no discute en modo alguno los derechos del demandado sobre Harley Hall.

Wilson continuó:

—¿No es cierto que usted pasó parte de su infancia en Harley Hall y lo visitó alguna vez siendo ya hombre adulto?

—Sí.

—¿Se le apareció alguna vez algo que tuviera el aspecto de espíritu, espectro o entidad astral, en Harley Hall?

—No. Lo recordaría.

—¿Le habló alguna vez su difunto tío de apariciones de esta índole?

—¿Mi tío? No.

—Nada más.

Turnbull se puso en pie para preguntar a su vez:

—Señor Harley, ¿cuál fue la última vez que vio a su tío, antes de que falleciera?

—El año mil novecientos treinta y ocho. En septiembre..., no recuerdo bien la fecha..., sería el diez o el once del mes.

—¿Cuánto tiempo pasó con él?

Harley se sonrojó hasta un punto inexplicable.

—Ah, sólo un día —dijo.

—Y anteriormente, ¿cuándo le vio?

—Pues, no le había visto desde que era muy joven. Mis padres se trasladaron a Pensilvania en mil novecientos veinte.

—Y desde entonces (exceptuando esa visita de un solo día en mil novecientos treinta y ocho), ¿tuvo algún contacto con su tío?

—No, creo que no. Era un hombre un poco raro..., un solitario. Un poco alcohólico, me figuro.

—Bueno, es usted un sobrino cariñoso. Pero en vista de lo que acaba de explicar, ¿le sorprende que su tío no le hablase nunca de Jenkins? No tuvo muchas ocasiones, ¿verdad que no?

—Tuvo una en mil novecientos treinta y ocho —replicó Harley en tono retador. Turnbull levantó los hombros y dijo:

—He terminado.

Cimbel empezaba a poner cara de aburrimiento. Se prometía algo más parecido a unos fuegos artificiales.

—¿Tiene otros testigos la defensa? —preguntó. Wilson sonrió torvamente.

—Sí, Señoría —contestó. Era su gran momento, y volvió a sonreír mientras decía amablemente—: Me gusta ría llamar al estrado al señor Henry Jenkins.

En el pesado silencio que se produjo, el juez Cimbel Preguntó, echándose hacia delante:

—¿Quiere decir que desea llamar al querellante como testigo de la defensa?

—Sí, Señoría —respondió con voz muy serena. Cimbel hizo una mueca.

—Llame a Henry Jenkins —le dijo al escribano, con acento fatigado, desplomándose de nuevo en el sillón.

Turnbull parecía alarmado. Se mordía el labio, tratando de decidir si debía oponerse a tan asombroso proceder, pero acabó levantando los hombros, mientras el escribano voceaba el nombre del fantasma.

Luego echó a correr por el pasillo y cruzó la puerta. Se oyó su voz en la antesala, y en seguida regresó, más pausadamente, seguido del goteo de sangre: Pat. JISS. Pat. JISS...

—Un momento —dijo Cimbel, despertando de la modorra—. No me opongo a que preste declaración, señor Jenkins, pero el Estado no habría de verse sometido al gasto innecesario de tener que tapizar la silla del testigo cada vez que usted la ocupa. Alguacil, busque una alfombra o algo que se pueda colocar sobre la silla antes de tomar juramento al señor Jenkins.

Trajeron, pues, a toda prisa un lienzo alquitranado y lo colocaron sobre la silla. Jenkins se materializó el tiempo suficiente para prestar juramento, y luego se sentó.

—Explíqueme, señor Jenkins —pidió Wilson—, ¿cuántas «entidades astrales» (que creo es la denominación que se da a sí mismo) existen?

—No tengo manera de saberlo. Millones y millones.

—En otras palabras, ¿tantas como seres humanos que murieron de muerte violenta?

Turnbull se puso en pie con repentina agitación; pero el fantasma sorteó limpiamente el cepo.

—No lo sé. Sólo sé que son miles de millones. La sonrisa perduraba sin empañarse.

—Y todos esos millones y millones nos rodean continuamente, por todas partes, sólo que permanecen invisibles. ¿No es así?

—Oh, no. Muy pocos permanecen en la Tierra. Y de estos pocos, poquísimos tienen algo que ver con los hombres. Para nosotros, la mayoría de seres humanos: resultan muy molestos.

—Bien, ¿cuántos diría usted que hay en la Tierra? ¿Cien mil?

—Quizá más. Pero la cifra es bastante acertada. Turnbull interrumpió súbitamente.

—Me gustaría saber el significado de estas preguntas. Protesto contra este curso del interrogatorio nada pertinente al caso.

Wilson era un portento en dignidad legalista. Y replicó:

—Estoy tratando de elucidar unos factores de gran valor, Señoría. Esto puede cambiar el carácter entero del caso. Le pido que tenga unos momentos de paciencia.

—El abogado defensor puede continuar —dijo secamente Cimbel.

Wilson enseñó los caninos en una sonrisa. Y volvió a dirigirse al goteo sanguinolento que tenía delante.

—Bien, pues, lo que sostiene su abogado es que el difunto señor Harley permitió

que una «entidad astral» ocupara su hogar durante veinte años o más, con su conocimiento y consentimiento plenos. A mí el hecho se me antoja completamente improbable, pero supongamos por un momento que ocurrió así...

—¡Ciertamente! Es la verdad.

—Entonces, dígame, señor Jenkins, ¿tiene usted dedos?

—¿Si tengo qué...?

—Me ha oído muy bien —espetó Wilson—. ¿Tiene dedos, dedos de carne y hueso, capaces de dejar huella?

—No. Yo...

Wilson se lanzó más resueltamente:

—¿O tiene una fotografía de usted, o muestras de su caligrafía... o alguna forma de identificación material? ¿Tiene alguna de esas cosas?

La voz sonó claramente querrellosa:

—¿Qué quiere decir?

La voz de Wilson, en cambio, se tornó áspera, amenazadora.

—Quiero decir si puede demostrar que la entidad astral que se supone ha habitado la casa de Zebulon Harley es usted precisamente. ¿Era usted... o era otro de esos centenares de miles de cosas intangibles, desconocidas, sin fisonomía, sin rostro que, según usted ha declarado, vagan por toda la faz de la Tierra, errando por donde les viene en gana, sin que ni rejas ni cerraduras puedan detenerlas? ¿Puede demostrar que es un ser determinado, particular?

—¡Señoría! —La voz de Turnbull fue más bien un alarido, cuando el abogado logró ponerse en pie por fin—. ¡La identidad de mi cliente no ha sido puesta en duda en ningún momento!

—¡Pues ahora la ponemos! —rugió Wilson—. El abogado de la parte contraria ha presentado a un personaje al que llama «Henry Jenkins». ¿Quién es ese Jenkins? ¿Qué es? ¿Es siquiera un solo individuo... o una asociación organizada de estas misteriosas «entidades astrales» que hemos de creer que están por todas partes, pero a las que nunca vemos? Y si es un individuo, ¿es el que se pretende? ¿Y cómo podemos saberlo, aunque él lo afirme? Que presente pruebas: fotografías, partida de nacimiento, huellas digitales. Que traiga un testigo identificador que haya conocido a ambos espectros y esté dispuesto a jurar que los dos son uno y el mismo. Sin este requisito, ¡no hay caso! ¡Señoría, pido que el tribunal pronuncie sentencia inmediatamente en favor del demandado!

El juez Cimbél miró fijamente a Turnbull.

—¿Tiene algo que decir? —le preguntó—. El argumento de la defensa parece muy razonable. Si no puede presentar pruebas de alguna clase sobre la identidad de su cliente, no tengo otra alternativa que fallar por la defensa.

Por un momento, la sala quedó en el más completo silencio. Wilson triunfante, Turnbull furioso y fracasado.

¿Cómo se podía identificar a un fantasma?

Pero entonces llegó una tranquila y regocijada voz desde la silla del testigo.

—Esto ya dura demasiado —dijo, dominando el siseo y chapoteo de su propia sangre—. Creo que podré presentar una prueba que dejará satisfecho al tribunal.

El rostro de Wilson cayó con la velocidad de un ascensor rápido. Turnbull contenía el aliento, temiendo dar paso a la esperanza.

El juez Cimbel le recordó:

—Está bajo juramento. Continúe. No se oyó ningún otro sonido en la sala mientras la voz proseguía:

—El señor Harley, aquí presente, se ha referido a una visita que hizo a su tío en mil novecientos treinta y ocho. Yo puedo dar fe de ello. Pasaron una noche y un día juntos. No estaban solos. Yo estaba allí.

Nadie miraba a Russell Harley; si lo hubieran hecho j habrían visto la repentina palidez de enfermo que cubría su rostro.

La voz continuó, implacable:

—Quizá no debí escuchar a escondidas como lo hice, aunque, de todos modos, el viejo Zeb nunca tuvo secretos para mí. Escuché, pues, lo que decían. A la sazón, el joven Harley trabajaba en un Banco de Filadelfia. Era su primer empleo importante. Necesitaba dinero, y lo necesitaba urgentemente. Había un desfalco en su departamento. Una mujer llamada Sally...

—¡Cállese! —chilló Wilson—. Esto no tiene nada que ver con las pruebas de su identificación. ¡No se aparte de la cuestión!

Pero Turnbull había empezado a comprender, y también gritaba, casi demasiado excitado para expresarse de un modo coherente:

—Señoría, debe permitir que mi cliente hable. Si demuestra estar enterado de una conversación privada entre el difunto señor Harley y el demandado, habría de considerarse prueba definitiva de que gozaba de la confianza del difunto señor Harley, ¡con lo cual queda demostrado que no es otro que la entidad astral que ha ocupado Harley Hall durante tanto tiempo!

Cimbel dio unos enérgicos cabezazos.

—Permítaseme recordar al abogado del demandado que se trata del testigo solicitado por él mismo. Siga, señor Jenkins.

La voz empezó de nuevo:

—Como iba diciendo, la mujer se llamaba...

—¡Cállese, maldito sea! —chilló Harley. Poniéndose en pie de un salto, se volvió hacia el juez con expresión implorante—. ¡Está deformando lo sucedido! ¡Mándeles que se calle! Sí, claro, yo sabía que mi tío tenía un fantasma. Y es éste, de acuerdo, ¡maldita sea su alma negra! Puede quedarse con la casa, si quiere; yo me marcharé. ¡Me marcharé de este maldito Estado!

Entonces se puso a balbucear incoherencias y se volvió rápidamente. Sólo la intervención de un agente de la autoridad impidió que huyera de la sala. Cuando el público hubo retornado, o casi, a la normalidad, el Juez Cimbel, sudoroso y molesto,

dijo:

—Por lo que a mí respecta, la identificación del testigo es completa. ¿Tiene alguna otra prueba que presentar la defensa?

Wilson levantó los hombros malhumorado.

—No, Señoría.

—¿Y el abogado del demandante?

—Nada, Señoría. Lo doy por terminado. Cimbel se rastrilló el escaso cabello con la mano y parpadeó.

—En tal caso —dijo—, fallo en favor del demandante. Ordeno, pues, que el demandado, Russell Joseph Harley, deberá evacuar del lugar de autos todo hechizo, estrella de cinco puntas, talismán u otro medio de exorcismo empleado; que deberá desistir de realizar intento alguno, sea de la naturaleza que fuere, para expulsar en el futuro al ocupante; y que a Henry Jenkins, el demandante, se le permitirá el pleno uso y la ilimitada ocupación del lugar conocido por Harley Hall por todo el tiempo que dure su... humm... existencia natural —a continuación dio un mazazo—. El juicio ha terminado.

—No lo tome tan a pecho —dijo una voz benigna detrás de Russell Harley. Éste giró, arisco, sobre sus talones. Nicholls subía por la calle tras él, y Wilson iba a la zaga de Nicholls.

—Han perdido el caso —dijo Nicholls—, pero siguen con vida. Permitan que les invite a beber. Ahí, quizá.

Y les empujó hacia un bar coquetón y les hizo sentar sin darles tiempo para expresar una protesta.

—Dispongo de unos minutos —dijo—. Luego me tendré que marchar definitivamente. Es un asunto urgente.

Llamó a un camarero y pidió para todos. Luego miró al joven Harley y sonrió gozosamente al mismo tiempo que dejaba caer un billete sobre la mesa para pagar la cuenta.

—Harley —dijo—, yo tengo un lema que usted debería recordar en ocasiones como la presente. Se lo ofrezco, si lo acepta.

—¿Cuál es?

—«Lo peor todavía ha de llegar». Harley enseñó los dientes en una mueca de rabia y no dijo nada. Wilson replicó:

—Lo que me choca es que no vinieran a vernos antes del juicio con esos informes sobre este encantador e ilícito cliente que usted me suministró. Habríamos tenido que resolver la cuestión fuera del juzgado.

Nicholls respondió, encogiéndose de hombros:

—Tenían sus razones. Al fin y al cabo, un caso más o un caso menos de exorcismo no importa. En cambio, los juicios sientan precedentes. Usted es abogado, Wilson, ¿no comprende qué quiero decir?

—¿Precedentes? —Wilson le miró boquiabierto por un momento; luego abrió

exageradamente los ojos.

—Ya veo que me comprende. —Nicholls hizo un gesto afirmativo—. A partir de ahora, en este Estado (y en todos los de la nación, por obra y gracia de la cláusula de «total es buena fe y asenso» de la Constitución) ¡un fantasma tiene derecho, legal, a frecuentar una casa!

—¡Santo Dios! —exclamó Wilson. Y se puso a reír, no a grandes carcajadas, pero sí desde el fondo de su pecho. Harley miraba fijamente a Nicholls.

—Dígame de una vez y sin rodeos —susurró—, ¿qué papel representa usted en todo esto? Nicholls volvió a sonreír.

—Medítelo un rato —respondió en tono ligero— y empezará a entenderlo. —Olisqueó el vino una vez más, dejó el vaso sobre la mesa, cuidadosamente... Y se esfumó.

Como he dicho antes, nunca fui lector de *Weird Tales*; cultivaban un tipo de ficción que no me cautivaba. No obstante, en 1950, cuando se publicó por fin *Ritos Legales*, *Weird Tales* estaba a punto de completar sus treinta años de existencia, y me satisface bastante haber figurado en sus páginas al menos una vez antes de que dejara de publicarse, aunque no fuera sino a medias, o sea, en una colaboración. Era el cuento más largo de aquel número, y le dedicaron la cubierta.

Ritos legales y *El hombrecillo del metro* son los dos únicos relatos de ficción que he escrito en colaboración con otra persona, y lo cierto es que este modo de trabajar no me satisfizo demasiado. Más adelante tuve ocasión de colaborar en cuatro o cinco libros que no eran de ficción, y tampoco me gustó el sistema, y ninguna de tales obras tuvo éxito. Soy, fundamentalmente, un solitario, y me gusta tener la responsabilidad plena de lo que escribo.

En el caso de *Ritos legales* me parece que el comienzo aparece, en su mayor parte, tal como lo refundió la escena del juicio es principalmente mía; y el final... Ya no lo recuerdo.

El 17 de noviembre de 1941, el día que presenté y vendí *Bridle and Saddle*, Campbell me habló de su proyecto de iniciar una nueva sección en *Astounding*, titulada «Probabilidad Cero». Sería una sección de relatos cortos, pero cortos de verdad, de quinientas a mil palabras, que habrían de ser unas mentiras plausibles y entretenidas al estilo de las famosas fanfarronadas del barón de Münchhausen, Campbell pensaba que, además del valor como entretenimiento que tuvieran dichos trabajos, la sección ofrecería una puerta de entrada a los principiantes, los cuales podrían empezar a introducirse en el mercado sin tener que competir tan duramente con los autores acreditados. Sería como una escalera para ascender a la categoría de profesionales.

En teoría, la idea era buena, y hasta dio cierto fruto, Ray Bradbury, que más tarde sería uno de los escritores más conocidos y apreciados de ciencia ficción, entró en el género con un trabajito para «Probabilidad Cero», en el número de julio de 1942 de *Astounding*. Hal Clement y George O. Smith también publicaron cosas en «Probabilidad Cero» casi en los mismos comienzos de sus respectivas carreras.

Por desgracia, no dio bastante resultado. Campbell tuvo que poner la sección en marcha con profesionales, en la confianza de que los aficionados la llevarían adelante en cuanto vieran qué quería él. Sin embargo, nunca hubo bastantes aficionados que alcanzasen el nivel que Campbell exigía, ni siquiera para narraciones ultracortas poco complicadas, y después de aparecer una docena de veces a lo largo de dos años y medio, la sección «Probabilidad Cero» se suprimió. Campbell abandonó el empeño.

El mismo 17 de noviembre quiso que yo le escribiera un «Probabilidad Cero». A mí me encantó que me considerase ya en tal grado de virtuosismo como para poder encargarme que hiciera lo que él quería, a la medida. Me senté en seguida a la máquina y le escribí una narración ultracorta titulada *El gran juego*. El 24 de noviembre de 1941 se la enseñé. El le echó un vistazo, y con viva sorpresa por mi parte, me la devolvió. No era lo que necesitaba.

Me gustaría recordar de qué trataba este relato, porque yo lo tenía en suficiente estima como para presentarlo a la revista *Collier's* (revista de gran tirada que infundía mucho respeto) en 1944... y, por supuesto, lo rechazaron. Sin embargo, el título no me trae nada a la memoria, y el

relato ya no existe.

Lo intenté por segunda vez y produje un relato «robot positrónico» humorístico titulado *Primera ley*. Se lo enseñé a Campbell el 1 de diciembre, y tampoco le gustó. No obstante, esta vez guarde el trabajito. Gracias a Dios, había acabado aprendiendo que hay que guardar cuidadosamente para la eternidad las obras literarias, por muchas veces que te las rechacen. *El gran juego* fue el decimoprimeros de los cuentos míos desaparecidos, y fue también el último.

En el caso de *Primera ley*, vino un tiempo en que una revista que en 1941 no existía me pidió un trabajo. La revista en cuestión era *Fantastic Universe*, cuyo director, Hans Stefan Santesson, me pidió un relato a un precio que habría estado bien en 1941, pero que a mitad de los años cincuenta no me sentía inclinado a aceptar. Sin embargo, me acordé de *Primera ley* y se lo mandé. El lo aceptó y lo publicó en el número de octubre de 1956 de *Fantastic Universe*, y, más tarde, yo lo incluí en *El resto de los Robots*.

Pero volvamos a «Probabilidad Cero»... Probé por tercera vez con un cuento corto titulado *Cronogato*, que escribí la mañana del domingo 7 de diciembre de 1941, terminándolo momentos antes de que la radio enloqueciera con las noticias de Pearl Harbour. Se lo llevé a Campbell al día siguiente (¡la vida sigue!) y esta vez lo aceptó, aunque «no demasiado entusiásticamente», según mi diario.

CRONOGATO

Esto me lo contó hace mucho tiempo el viejo Mac, que vivía en una choza en lo alto de la ladera opuesta, en la montaña vecina a mi antigua casa. Había sido prospector minero en los Asteroides durante la fiebre (de prospecciones) del 1937, y ahora se pasaba la mayor parte del tiempo alimentando a sus siete gatos.

—¿De dónde le viene su amor a los gatos, señor Mac? —le pregunté un día.

El viejo minero me miró y se rascó la barbilla.

—Mire usted —respondió—, me recuerdan a los animalitos que tenía en Palas. Eran muy parecidos a los gatos —el mismo tipo de cabeza, digamos— y no he visto en mi vida otros tan inteligentes. ¡Todos murieron!

Sentí pena, y así lo dije. Mac exhaló un profundo suspiro.

—No he visto otros tan inteligentes —repitió—. Eran mininos cuatridimensionales.

—¿Cuatridimensionales, señor Mac? Pero... la cuarta dimensión es el tiempo.

Esto lo había aprendido yo el año anterior, en tercer curso.

—De modo que tiene algunos estudios, ¿eh? —Sacó la pipa y la llenó pausadamente—. Claro, la cuarta dimensión es el tiempo. Aquellos mininos tenían unos treinta centímetros de largo, quince de alto y diez de ancho, y se extendían hasta la mitad, más o menos, de la semana próxima. Esto son cuatro dimensiones, ¿verdad? Si les acariciabas la cabeza, ellos quizá no moviesen la cola hasta el día siguiente. Algunos de los mayores no empezaban a moverla hasta dos días después. ¡De veras!

Yo tenía una expresión dubitativa, pero no dije nada. Mac continuó:

—Además, eran los mejores perros guardianes de toda la creación. Tenían que serlo. Si descubrían a un ladrón o a un tipo peligroso, aullaban como condenados. Y si uno veía a un ladrón hoy, empezaba a chillar ayer, de manera que siempre estábamos advertidos con veinticuatro horas de anticipación.

La boca se me abrió sola.

—¿De verdad?

—¡Se lo juro! ¿Sabe cómo solíamos alimentarlos? Esperábamos que se durmieran, y sabíamos que entonces estaban ocupados en digerir la comida. Aquellos gatitos transtemporales, digerían la comida tres horas, invariablemente, antes de haberla ingerido, dado que sus estómagos retrocedían este lapso en el tiempo. De modo que cuando se dormían, nosotros mirábamos la hora, les preparábamos el alimento y se lo dábamos tres horas después, exactamente.

Había encendido ya la pipa, y chupaba a placer. Movié la cabeza tristemente.

—Con todo, una vez me equivoqué. Pobre Cronogatito. Se llamaba «Joe» y era precisamente mi preferido. Una mañana se durmió a las nueve y, no sé por qué, yo me hice la idea de que eran las ocho. Naturalmente, le llevé la comida a las once. Lo busqué por todas partes, pero no lo encontré.

—¿Qué había pasado, señor Mac?

—Pues que no se podía esperar que las entrañas de ningún Cronogatito resistieran el desayuno solo dos horas después de haberlo digerido. Habría sido pedir demasiado. Por fin lo encontré bajo la caja de las herramientas, en el cobertizo exterior. Se había arrastrado allá y había perecido de indigestión una hora antes. ¡Pobrecito! En lo sucesivo, siempre me ponía el despertador; así no volví a cometer aquella equivocación.

Tras estas palabras hubo un silencio breve, triste. Luego dije, en un respetuoso susurro:

—Antes, usted ha dicho que murieron todos. ¿Pecieron todos de esta misma manera?

Mac movió la cabeza solemnemente.

—¡No! Solían contagiarse nuestros resfriados y morían algo así como entre una semana y diez días antes de haberse contagiado. Para empezar, ya no había muchos gatitos de aquéllos; un año después de haber llegado los mineros a Palas no quedaban sino unos diez, y todavía éstos bastante débiles y enfermizos. Lo malo era, compañero, que cuando morían se hacían cisco; se corrompían muy aprisa. Especialmente el transformador que tenían en el cerebro y que era lo que los hacía portarse de aquella manera. El caso nos costó millones de dólares.

—¿Cómo fue, señor Mac?

—Vea usted, unos científicos de la Tierra tuvieron noticia de nuestros gatitos y de que probablemente morirían todos antes de que ellos pudieran llegar allá, en el próximo empalme. De modo que nos ofrecieron un millón de dólares por cada gatito que les conserváramos.

—¿Y los conservaron?

—Pues, lo intentamos, pero los animalitos no aguantaron. Una vez muertos, ya no nos servían para nada, y teníamos que enterrarlos. Intentamos conservarlos en hielo; pero así lo único que no se estropeaba era el exterior. Por dentro, se formaba una fea mezcla, y era el interior precisamente lo que querían los científicos.

»Como es lógico, si cada minino muerto representaba para nosotros un millón de dólares perdidos, no queríamos que pecieran. Uno de nosotros imaginó que si pusiéramos a un gatito de aquéllos dentro de agua caliente, cuando estuviera a punto de morir, el agua le penetraría dentro. Luego, después de fallecido, helaríamos el agua, de manera que todo formara un sólido pedazo de hielo, y de este modo el gatito se conservaría.

Pregunté automáticamente:

—¿Resultó?

—Lo intentamos varias veces, hijo, pero no lográbamos helar el agua bastante aprisa. Para cuando la teníamos helada, el transformador cuatridimensional del cerebro del minino se había corrompido ya. Helamos el agua más y más aprisa pero, nada. Al final no nos quedaba más que un solo minino, y también se disponía a perecer. Estábamos desesperados... cuando he ahí que a uno de los compañeros se le

ocurrió una idea. Concibió un aparato complicado que helaría el agua así, ¡zas!, en una fracción de segundo.

«Cogimos al último animalito, lo pusimos en el agua caliente y conectamos la máquina. El minino nos dirigió una última mirada, soltó un gemidito curioso y murió. Apretamos el botón y convertimos gato y agua en un sólido bloque de hielo en un cuarto de segundo —Mac exhaló un suspiro que debía pesar una tonelada—. Pero fue inútil. El Cronogatito se estropeó antes de los quince minutos, y perdimos el último millón de dólares.

Yo contenía el aliento.

—Pero, señor Mac, acaba usted de decir que helaban al Cronogatito en un cuarto de segundo. ¡No tenía tiempo de estropearse!

—Ahí está la cosa, amiguito —dijo fatigadamente—. Lo helábamos demasiado aprisa, maldita sea. ¡El gatito no se conservaba porque helábamos aquel agua caliente tan endiabladamente aprisa que el hielo quedaba tibio todavía!

Lo más inusitado de este pequeño trabajo es que no se publicó bajo mi propio nombre. Campbell quería que en aquella primera «Probabilidad Cero» hubiese un cuentecito que pareciera de un no profesional, precisamente para estimular a los recién venidos que confiaba querían introducirse. Para aquella primera sección tenía tres trabajos; los otros dos eran obra de L. Sprague de Camp y Malcolm Jameson. Ambos llevaban más tiempo en el oficio y eran más conocidos que yo (a pesar de *Cae la noche*). Siendo el más insignificante de todos, a mí me correspondió utilizar un seudónimo y fingirme un recién llegado.

Comprendí el punto de vista de Campbell y, sólo un poquitín remolón, di mi conformidad. Utilicé el nombre de George E. Dale. Es la única vez que he utilizado seudónimo en las revistas. Años después utilicé el de Paul French en una serie de seis novelas de ciencia ficción para adolescentes, y ello por motivos que no vienen a cuento aquí. Era un caso especial. Por lo demás, en 1971 y 1972 las seis novelas aparecieron en rústica bajo mi propio nombre. Ahora *Cronogato* aparece aquí bajo mi propio nombre, con lo cual la cuenta queda, por fin, completamente saldada.

Siguió entonces un período de dos meses durante el cual no escribí nada.

Hubo varias causas. En primer lugar, Pearl Harbour hizo entrar a Estados Unidos en la guerra, el mismo día que yo escribía *Cronogato*, y aquellos dos primeros que siguieron al desastre fueron demasiado nefastos y acongojadores como para dejar mucho campo libre a la ciencia ficción.

Y por si esto no hubiera bastado, había llegado el tiempo de someterme, otra vez, a los exámenes de aptitud que me darían, o me negarían, el permiso para realizar investigaciones. Un segundo fracaso significaría probablemente mi final definitivo en Columbia. Por consiguiente, durante las horas que no trabajaba en la pastelería de mi padre o no estaba pendiente de la radio, tenía que estudiar. No había tiempo para nada más, en absoluto.

Cubriendo la apuesta casi a la desesperaba, me matriculé para trabajar de graduado en la Universidad de Nueva York, sólo por si me suspendían nuevamente en la otra. Después de los exámenes, a finales de febrero de 1942, asistí realmente a unas clases en dicho centro, mientras esperaba que publicaran las notas... Pero no quiero tenerles a ustedes intrigados. El viernes día trece salieron las dichosas notas. Y esta vez había aprobado.

En el tiempo que medió entre los exámenes y la publicación de los resultados, conseguí escribir *Victoria involuntaria*. Era éste un relato del tipo «robot positrónico» continuación de ¡No definitivo! que no pertenece a dicha clase. Evidentemente, yo trataba de cultivar el concepto de serie cuanto pudiera, con la esperanza de colocar mejor mis obras.

Lo presenté a Campbell el 9 de febrero de 1942, y si creía que se sentiría incapaz de rechazar un relato de una serie, quedé bonitamente desengañado. *Crepúsculo* y la serie *Fundación* no le habían impresionado tanto como para que se sintiera incapaz de dar a su negativa un tono altamente severo.

El 13 de febrero, el mismo día que entraba en la sagrada lista de aquéllos a quienes se permite

realizar investigaciones para conseguir el título de doctor, mi ánimo quedó un poco malparado al recibir *Victoria involuntaria* devuelta, con una crítica negativa, que consistía en lo siguiente, $\text{CH}_3\text{C}_2\text{CH}_2\text{CH}_2\text{SH}$. Campbell sabía muy bien que ésta era la fórmula del «butil-mercaptano», que da a la mofeta su mal olor; yo lo sabía muy bien, y Campbell sabía muy bien que yo lo sabía.

¡Ah, bueno!, conseguí venderlo, a pesar de todo, a *Super Science Stories*, cuyo director había sucedido a Pohl, el 16 de marzo de 1942, y apareció en el número de agosto del mismo año. Aunque no lo incluí en *Yo, Robot*, sí lo hice, por necesidad, en *El resto de los Robots*.

Con todo, después de eso vino otro período seco, el más largo que tendría que sufrir en mi vida. Terminado *Victoria involuntaria*, transcurrirían catorce meses (!) sin que me acercara a la máquina de escribir. No se trataba de la convencional «obstrucción del escritor», naturalmente, porque no me ha afectado nunca. Más bien se trataba del advenimiento de un amplio y triple cambio en mi vida.

El primer cambio consistía en que estaba empezando mis investigaciones químicas en serio bajo la dirección del profesor Charles R. Dawson. La investigación es una tarea que requiere todas las horas del día, y yo tenía que combinarla aún con el trabajo en la tienda de mi padre, de modo que, inevitablemente, me quedaba muy poco tiempo para escribir.

Además, como si no bastara con eso, se produjo, simultáneamente un segundo cambio...

En enero de 1942 ingresé en una asociación denominada «The Brooklyn Writer's Club», que me había enviado una tarjeta postal de invitación. Yo interpreté el gesto como un reconocimiento de mi categoría de «escritor»; de modo que no podía rehusar.

La primera reunión a que asistí tuvo lugar el 19 de enero de 1942. Y resultó bastante agradable. Yo agradecía la oportunidad de apartar mi mente de exámenes universitarios y desastres de guerra (aunque recuerdo que pasé parte de aquella primera reunión hablando de la posibilidad de que bombardearan Nueva York).

La mayoría de los componentes del club no ocupaban en la profesión un lugar más elevado que el mío; tampoco ninguno de ellos —aparte de mí, claro— se dedicaba a escribir ciencia ficción. La principal actividad consistía en leer cada uno trozos de sus obras, solicitando las críticas de los demás. Como pronto descubrieron que yo leía «con expresión», pasé a ser el lector principal, y me gustaba este papel. (Habían de transcurrir ocho años todavía, antes de que descubriera que tenía dotes innatas para la tarima del conferenciante).

El 9 de febrero de 1942 es la fecha de la tercera reunión a que asistí. Estaba presente en ella un joven a quien no conocía: Joseph Goldberger. Tenía un par de años más que yo. Aquel día leí yo como siempre, y Goldberger quedó suficientemente impresionado como para proponer, cuando aplazamos la reunión, que nos citáramos los dos para reunimos, junto con nuestras respectivas novias, y conocernos mejor. Algo turbado, hube de explicar que no tenía novia. Con gesto expansivo, él contestó que me procuraría una.

Y lo hizo. El 14 de febrero de 1942 (día de San Valentín y habiéndome examinado yo el día anterior) nos reunimos en el Astor Hotel a las ocho y media de la noche. Con él estaba su amiguita, la cual iba acompañada de una amiga suya, Gertrude Blugerman, que era la cita desconocida que me reservaban... Me enamoré, y cuando no pensaba en mis investigaciones, pensaba en ella.

Pero todavía se produjo un tercer cambio, en cierto modo el más drástico...

Con la guerra, la situación laboral cambió súbitamente: por todas partes pedían técnicos de todas clases.

Robert Heinlein, por ejemplo, era un ingeniero instruido en Annapolis. La mala salud le había obligado a retirarse del servicio activo en la Marina, y retirado continuaba, pero sus relaciones con Annapolis le abrieron la posibilidad de trabajar como ingeniero civil en la Estación Experimental Aero-Naval (Naval Air Experimental Station) del U. S. Navy Yard de Filadelfia. Y se puso a buscar otras personas aptas que se dejaran persuadir y se reunieran con él allá. Las buscaba en especial entre sus colegas autores de ciencia ficción.

Logró que L. Sprague de Camp se fuera también a la NAES, y el 30 de marzo de 1942 recibí yo una carta pidiendo que considerase la posibilidad de irme con ellos.

Soy hombre más bien de ideas fijas y, después de trabajar año y medio por mi título de doctor, normalmente no habría ni admitido la posibilidad de desistir, como no fuera por una fuerza mayor... Pero la fuerza mayor se había presentado. Estaba enamorado y tenía ganas de casarme; más todavía que de conseguir el título. Se me ocurrió, pues, que quizá pudiera interrumpir los trabajos para mi doctorado con pleno consentimiento de la Universidad, debido a la circunstancia

bélica, y que hasta quizá me autorizasen plenamente a reanudar los estudios después de la guerra. De este modo, aceptando un empleo y aplazando —aplazando, tan sólo— las investigaciones, podría casarme.

Me fui a Filadelfia el 10 de abril para realizar una entrevista y al parecer cumplía yo las condiciones deseadas. Acepté el empleo y el 14 de mayo, habiendo dejado la pastelería de mi padre por fin y (al menos como obrero) para siempre, me trasladé a Filadelfia. Afortunadamente, esta ciudad estaba solo a hora y media de Nueva York, en tren. (Por aquellas fechas no sabía conducir un coche, y aunque hubiera sabido, no habría podido procurarme gasolina; estaba racionada). De modo que todos los fines de semana regresaba a Nueva York.

El 24 de dicho mes, había logrado ya convencer a Gertrude de que me aceptase como marido, y el 26 de julio nos casábamos.

Durante aquellos meses me tenía sin cuidado el hecho de no escribir nada. Tenía muchas cosas en que pensar, primera, la guerra; segunda, mi empleo; tercera, la boda.

Por otra parte, hasta principios de 1942 nunca pensé en mis escritos sino como una ayuda para cubrir los gastos de mis estudios. Escribir era divertido, me entusiasmaba, y los éxitos conquistados me satisfacían muchísimo... pero lo había hecho con una finalidad concreta, y la había conseguido. No sospechaba siquiera que la de escritor pudiera ser mi profesión, que tuviera la menor posibilidad de hacer de ello una carrera.

Mi carrera era la de químico. Mientras escribía y vendía cuentos, estudiaba de firme en Columbia. Tenía el propósito de ganarme la vida —una vez conseguido el doctorado— realizando investigaciones para una industria importante, con un sueldo magnífico... cien dólares semanales, por ejemplo. (Siendo hijo del dueño de una pastelería, criado durante la depresión, sufría ataques de vértigo si intentaba imaginar más de cien dólares semanales que señalaban el límite de mis ambiciones).

Claro, mi sueldo en Filadelfia era sólo de cincuenta dólares semanales; pero por aquellos días una pareja joven tenía bastante. Los impuestos eran bajos, el apartamento nos costaba 42,5 dólares al mes y la comida para dos en un restaurante ascendía a dos dólares (incluida la propina).

No era la cumbre de mis sueños; pero, al fin y al cabo, se trataba únicamente de un empleo temporal. Terminada la guerra, volvería a mis investigaciones, conquistaría el título y encontraría un empleo mejor. Mientras tanto, hasta un salario de 2600 dólares anuales parecía eliminar la necesidad de escribir nada. El día de la boda llevaba escritos cuarenta y dos relatos, de los cuales había vendido veintiocho (y todavía vendería tres más). En un período de cuatro años de soltero había cobrado, por los veintiocho cuentos, 1788,5 dólares. Lo cual representaba unos ingresos medios de algo menos de 8,6 dólares semanales, o 64 dólares por relato.

Entonces nunca soñé que pudiera salir mucho mejor librado. No tenía el propósito de escribir jamás otra cosa que ciencia ficción o fantasías para revistas baratas, que pagaban a centavo la palabra cuando más... o a centavo y cuarto si daban gratificación.

Para llegar a los pobres cincuenta dólares semanales de mi empleo habría tenido que escribir y vender unos cuarenta cuentos al año, y en aquellos tiempos me parecía inconcebible poder hacerlo.

Había sido buena idea darle a la máquina para pagarme los gastos del colegio cuando no tenía otra fuente de ingresos; pero ahora, ¿para qué habría tenido que escribir? Además, con seis días de trabajo, o sea, cuarenta y cuatro horas semanales, y el apasionamiento de un matrimonio reciente, ¿quién habría tenido tiempo?

Parecía desvanecerse hasta el hecho de que existiera la ciencia ficción. Me había dejado la colección de revistas en Nueva York; ya no veía periódicamente a Campbell, ni a Pohl, ni a ninguno de mis camaradas del género. Apenas leía siquiera las revistas más conocidas cuando salían.

Pude haber dejado morir por completo mi ciencia ficción, y con ella mi carrera de escritor, si no hubiera sido por los momentos del mundo externo y unos ligeros cosquilleos en mi interior, que indicaban (aunque por aquel entonces yo no lo supiera) que escribir significaba para mí muchísimo más que un simple recurso para ganar un poco de dinero.

Por ejemplo, apenas había empezado a trabajar en la NAES cuando salió el número de junio de 1942 de *Astounding*, que publicaba mi relato *Bridle and Saddle* y le concedían el honor de la cubierta.

Yo era completamente incapaz de resistir la tentación de llevarme un ejemplar al trabajo y enseñarlo. No podía menos que sentirme orgulloso de la categoría conquistada como «escritor».

Más tarde, en el verano y el otoño de aquel mismo año, se publicaron tres relatos más: *Victoria unintentional* e *Imaginario* en el *Super Science Stories* de Pohl, y *La novatada* en *Thrilling Wonder Stories*. Cada uno de ellos reavivó en mí la ciencia ficción.

Y aunque mi tertulia de editores, escritores y lectores de ciencia ficción de Nueva York estaba lejos, no había quedado completamente abandonado.

Conmigo, en la NAES, trabajaban Robert Heinlein y L. Sprague de Camp, y mantenía con ambos una estrecha relación social. Naturalmente, habían dejado de escribir en aquel período, pero ambos eran mucho más famosos que yo, y yo los adoraba como a grandes héroes. Por añadidura, John D. Clark, que era un ardiente aficionado a la ciencia ficción y había escrito y publicado un par de narraciones en 1937, vivía entonces en Filadelfia y nos veíamos a menudo. Los tres conservaron a mi entorno la atmósfera de la ciencia ficción.

Sin embargo, el verdadero empujón vino el 5 de enero de 1943. Aquel día recibí una carta de Fred Pohl comunicándome que se proponía refundir *Ritos legales* para intentar venderlo otra vez. Muy interesante. Lo cierto es que no lograría vender aquel trabajo hasta seis años después; pero, naturalmente, yo no podía adivinar que había de suceder así. A mí me parecía que la venta estaba al caer y que yo era un escritor «todavía en activo».

Además, *Ritos legales* era una fantasía, y hasta la fecha yo no había podido satisfacer mi antiguo y constante deseo de escribir una fantasía y venderla a *Unknown*.

Cinco veces lo había intentado, y siempre había fracasado.

El 13 de enero, de modo repentino, una semana después de recibida aquella carta y catorce meses después de haber escrito mi último relato, el ansia de escribir me dominó. Me senté a la máquina y escribí una fantasía titulada *¡Autor! ¡Autor!*

Pronto descubrí que faltaba algo. Era la primera vez que intentaba escribir algo para Campbell sin conferenciar previamente con él. Echaba de menos la inspiración que nacía, indefectiblemente, de conversar con él; echaba de menos su estímulo. En verdad, no estaba seguro de si sería capaz de escribir nada sin él. Así pues, la narración salía renqueando y había días que me quedaba seco. No terminé el primer borrador hasta el 5 de marzo, y la versión definitiva no estuvo lista para ser llevada al correo hasta el 4 de abril de 1943.

Había necesitado cerca de tres meses para escribir un relato. Tenía doce mil palabras; pero *Bridle and Saddle*, que tenía la mitad más, lo había escrito en sólo tres semanas.

Quizá si me hubiesen rechazado *¡Autor! ¡Autor!*, hubiese transcurrido mucho tiempo sin que tuviera valor para probar otra vez. Afortunadamente, no pasé por esta experiencia. Envié el original a Campbell por correo (era la primera vez que le enviaba algo por correo en lugar de entregárselo personalmente) el 6 de abril de 1943 y el día 12 recibí el cheque. Ni siquiera me pidió que lo revisara y, lo que es más, Campbell me concedió una gratificación, por primera vez desde *Crepúsculo*. Cobré centavo y cuarto por palabra, o sea 150 dólares en total. El sexto intento en *Unknown* había triunfado.

Era el equivalente de tres semanas de sueldo en la NAES por un trabajo que me había costado —ahora lo dejo, ahora lo emprendo— tres meses. Sin embargo, el trabajo de aquellos tres meses en *¡Autor! ¡Autor!* había sido de naturaleza totalmente distinta al de tres semanas en la NAES, y recibir un cheque de 150 dólares en este caso me alborozaba mucho más que otro similar, o incluso mayor, ganado en un empleo en el que a la entrada y la salida tienes que marcar tu tarjeta en el reloj. (Sí, ciertamente, en la NAES tenía que hacerlo).

Sucedió, no obstante, que la gozosa excitación con que celebré la venta resultó prematura. Había escalado las alturas de *Unknown* demasiado tarde, y aunque tenía el dinero, no tuve la revista. Roben Heinlein me trajo la triste noticia el 2 de agosto, menos de cuatro meses después de haberles enviado el relato.

Unknown había vivido una etapa difícil. No se vendía bastante y, después de los dos primeros años de su publicación, hubo de dejar de salir cada mes y reducirse a un número cada dos meses. Con la guerra, el papel escaseaba y Street and Smith Publications habían decidido ahorrar el que les suministrasen para *Astounding*, que tenía más éxito, y abandonar *Unknown*.

Después de la fecha en que aceptaron mi relato, sólo saldrían otros tres números de la revista, y en ninguno quedaba espacio para *¡Autor! ¡Autor!* El cuento permaneció en los sótanos de Street & Smith indefinidamente; vendido, pero no publicado, y en consecuencia el cheque de 150 dólares perdió gran parte del encanto que había tenido.

Sin embargo, el final ha sido feliz. Veinte años después, Don Bensen, de Pyramid Publications, publicaba una antología en rústica de cuentos de *Unknown* y me pidió un prólogo.

Con alegre nostalgia, acepté el encargo, y escribí dicho prólogo el 15 de enero de 1963, casi a los veinte años del día que empecé a redactar el único cuento que había vendido a la revista. En el curso del prólogo hice alusión a la triste historia de mis intentos de escribir para *Unknown*.

Los años sesenta no eran como los cuarenta. En 1963, el solo enunciado de que existiera un cuento de Asimov inédito despertaba interés, y Bensen me escribió antes de los tres días, pidiéndomelo. Yo saqué el original (ya ven, ahora los conservaba, incluso durante veinte años) y se lo envié.

El me pidió permiso para incluirlo en una segunda antología de cuentos de *Unknown* (haciendo observar que la revista lo había aceptado). Yo le expliqué que, además, necesitaría el permiso de Campbell y del editor. Ambos tuvieron la gentileza de dárselo, y en enero de 1964, veintiún años después de haber sido escrito, ¡*Autor!* ¡*Autor!* se publicó por fin, y yo alcancé —en cierto modo y de soslayo— las páginas de *Unknown*.

¡AUTOR! ¡AUTOR!

Granara Dorn, pensó y no por primera vez, además, que es muy comprometido jurar que desafiarás agua y fuego por una chica, por más que la quieras. A veces ella te coge por tu desdichada palabra.

Ésta es una manera de decir que su novia le había sacado de su camino, secuestrado e intimidado para que hablase en la sociedad literaria de una tía solterona. ¡No se rían! No es nada divertido visto desde la tribuna del orador. ¡No les digo nada de algunas caras que tienes que mirar!

Pasando por alto los detalles, a Graham Dorn lo habían echado sobre la tribuna y obligado a ponerse en pie. El leyó un discurso sobre «El lugar de la novela de misterio en la literatura americana», con voz asustada. Ni siquiera el hecho de que lo hubiera escrito su preciosa June (he ahí parte del soborno para conseguir que lo leyera, en primer lugar) disimulaba el hecho de que aquello era una birria.

Y luego, mientras se encenagaba —hablando en sentido figurado— en su propio charco de sangre mental, las arpías se abalanzaron sobre él; porque, ¡ay!, había llegado el momento de la discusión informal y el variado parloteo femenino.

—Oh, señor Dorn, ¿trabaja usted siguiendo una inspiración? Quiero decir, ¿se sienta y se le ocurre, inmediatamente, una idea? ¿Y tiene que pasarse la noche en vela, bebiendo café, hasta que la ha plasmado?

—Ah, sí. Ciertamente —(Sólo trabajaba de dos a cuatro de la tarde, día sí, día no, y bebía leche).

—Oh, señor Dorn, usted tiene que entregarse a las pesquisas más extraordinarias para reunir tantos asesinatos extraños. ¿Cuánto tiempo necesita antes de poder escribir un cuento?

—Unos seis meses, en general —(Los únicos libros de referencia que utilizó jamás eran una enciclopedia en seis volúmenes y un almanaque mundial de dos años atrás).

—Oh, míster Dorn, ¿elaboró su Reginald de Meister según un personaje real? Hubo de hacerlo. Es, ¡oh!, tan convincente hasta en los últimos detalles...

—Lo moldeé según un querido compañero de mí infancia —(Dorn no había conocido en su vida a nadie parecido a De Meister. Vivía en el constante temor de topar con alguien que se le pareciera. Hasta poseía un anillo construido con gran arte que contenía un sutil veneno oriental, para utilizarlo precisamente en caso de que topara con un hombre así Digámoslo en honor de De Meister).

Allá, fuera del conglomerado de mujeres, June Billings permanecía en su asiento, sonriendo con asqueroso orgullo de dueña y señora.

Graham se pasó un dedo por el cuello y representó, lo más discretamente que pudo, la pantomima de morir asfixiado. June sonrió, movió la cabeza afirmativamente, le envió un beso, y no hizo nada.

Graham decidió en ese momento vivir una vida austera, solitaria, sin mujeres y no

poner, nunca más, en sus narraciones sino personajes femeninos malvados.

Contestaba con monosílabos, alternando los «síes» con los «noes». Sí, alguna vez tomaba cocaína. Estimulaba el impulso creador. No, no creía que pudiera consentir que Hollywood se adueñara de De Meister. Opinaba que los filmes no son auténticas expresiones del verdadero arte. Por otra parte, no eran sino un capricho pasajero. Sí, leería los originales de la señorita Crum, si se los traía. Con muchísimo gusto, además. Leer trabajos de aficionados era divertidísimo; pero los editores son, en verdad tan brutos...

Cuando anunciaron los refrigerios, se produjo el vacío en un santiamén. La cabeza de Graham sólo necesitó una fracción de segundo para serenarse. La masa de femineidad se había condensado en un solo ejemplar, que medía cerca de metro y medio y pesaba unos cuarenta kilos. Graham poseía metro ochenta y ocho y unos noventa y un kilos de materia humana. Probablemente, habría podido pasarle cuentas sin ninguna dificultad, en particular dándose la circunstancia de que ella tenía los brazos ocupados sosteniendo un paquidermo, o una bolsa. No obstante, le daba cierto reparo, por no decir asco, tumbarla de un puñetazo. No parecía un gesto demasiado recomendable.

La joven se le acercaba con un clarísimo y desagradable brillo de admiración y fervor en los ojos, y Graham sentía, detrás, la pared. En ninguno de los dos lados había puerta alguna al alcance de la mano.

—Oh, señor De Meister... por favor, por favor, permítame llamarle así. Su personaje es tan real para mí que no puedo pensar en usted como Graham Dorn, simplemente. ¿Verdad que no le molesta?

—No, no, claro que no —gargarizó Graham lo mejor que pudo por entre treinta y dos piezas dentales dispuestas todas a la vez al ataque—. En mis momentos más frívolos, a veces yo mismo creo ser Reginald.

—Gracias. No puede figurarse, querido señor De Meister, cómo esperaba el momento de conocerle. He leído todas sus obras, y opino que son maravillosas.

—Me alegra que lo piense así —automáticamente se puso a interpretar el cuento de la modestia— En realidad no es nada, ya sabe. ¡Ja, ja, ja! Me gusta agrandar a los lectores, pero todavía debería mejorar muchísimo. ¡Ja, ja, ja!

—Pero es verdad, ¿sabe? —Lo decía con gran vehemencia—. Quiero decir bueno, realmente bueno. Me parece maravilloso ser un escritor como usted. Ha de parecer casi como si uno fuera Dios.

—A los editores no se lo parece, hermanita —murmuró Graham con mirada ausente.

La hermanita no captó el murmullo. Y prosiguió:

—Ser capaz de crear personajes vivientes sacados de la nada; abrir almas para todo el mundo; expresar los pensamientos con palabras; dibujar cuadros y crear mundos... He pensado muchas veces que un escritor era la persona de toda la creación adornada de más excelsas dotes. Es mejor ser un escritor inspirado pasando

hambre en una buhardilla, que un rey en su trono. ¿No lo cree usted?

—Indiscutiblemente —mintió Graham.

—¿Qué son los groseros bienes materiales del mundo comparados con la maravilla de urdir emociones y gestas en un pequeño mundo propio, independiente?

—Eso, eso, ¿qué son en verdad?

—Y la posteridad, ¡piense en la posteridad!

—Sí, sí. Pienso a menudo.

Ella le cogió la mano.

—Sólo quería pedirle un pequeño favor. Usted podría... —La muchacha se sonrojó levemente—. Usted podría darle al pobre Reginald (si permite, al menos por una vez, que le llame así) la oportunidad de casarse con Letitia Reynolds. Crea usted una Letitia un poquitín demasiado cruel con Reginald. Esta crueldad me hace llorar, a veces, horas seguidas. Pero es que él es demasiado, demasiado real para mí.

Y de algún lugar emergieron los encajes de un volante de pañuelo y subieron hacia los ojos de la muchacha. Ésta apartó después el pañuelo, sonrió con vehemencia y se escabulló. Graham Dorn inspiró profundamente, cerró los ojos y se abandonó en brazos de June.

Después los abrió con una sacudida.

—Puedes considerar nuestro compromiso deteriorado hasta el punto de ruptura —dijo muy severo—. Sólo la consideración que me merecen tus pobrecitos padres, tan ancianos, evita que en lo sucesivo seas la exnovia de Graham Dorn.

—¡Qué noble eres, cariño! —Le dio masaje en la manga con la mejilla—. Ven, te llevaré a casa y lavaré tus pobres heridas.

—De acuerdo, pero tendrás que transportarme tú. ¿No tiene acaso un hacha tu deliciosa y adorable tía?

—¿Por qué?

—En primer lugar, ha tenido la desfachatez de presentarme como el cerebro padre, ¡Dios me ayude!, del famoso Reginald de Meister.

—¿Y no lo eres?

—Salgamos de este inmundo lugar, Y métete esto en la cabeza: yo no soy pariente, ni siquiera mentalmente, de ese personaje. Lo repudio. Lo arrojo a las tinieblas. Le escupo. Lo declaro hijo ilegítimo, sucio degenerado, vástago de un perro de presa, y que me cuelguen si vuelve a meter jamás su cochina nariz patricia en mi máquina de escribir.

Estaban en el taxi. June le arregló la corbata.

—De acuerdo, hijito, déjame leer la carta.

—¿Qué carta?

La muchacha tendió la mano.

—La de los editores.

Graham enseñó los dientes y sacó la carta del bolsillo del chaleco.

—Se me ocurría la idea de invitarme yo mismo a tomar el té en su casa, en casa

de aquel maldito corazón de pedernal. Tiene cita con un buen pellizco de estricnina.

—Ya despoticarás después. ¿Qué te dice? Hummm —eehmm— «no alcanza la calidad esperada..., da la sensación de que De Meister no está en su forma habitual... una pequeña revisión quizá en este sentido... estoy seguro de que se puede readaptar la novela..., se la devuelvo en paquete separado...» —La joven dejó la carta a un lado—. Ya te dije que no debías matar a Sancha Rodríguez. Era lo que necesitabas precisamente. Te estás volviendo tacaño en el capítulo amoroso.

—¡Escríbelo tú! Yo he terminado con De Meister. Se está haciendo tan popular que las mujeres me llaman señor De Meister, y los periódicos publican mi retrato con el encabezamiento: De Meister. Ya no tengo personalidad. Nadie ha oído hablar nunca a Graham Dorn. Soy, invariablemente: «Dorn, Dorn, ya sabes, el tío que escribe aquello de

De Meister, ya sabes». June soltó un gritito.

—¡Tonto! Tienes celos de tu propio detective.

—No tengo celos de mi personaje. ¡Mira! Aborrezco las historias de detectives. No he leído una desde que supe pronunciar palabras de dos sílabas. Escribí la primera como una sátira aguda, tajante, mordaz; para que volase toda esa falsa escuela de escritores de misterio. Por eso inventé a De Meister. Era el detective que había de acabar con todos los detectives. El Asno Completo, de Graham Dorn.

»Y resulta que el público se llena el corazón de esta porquería, junto con serpientes, víboras e hijos desagradecidos. Yo escribí una novela de intriga tras otra, intentando convertir al público... —Graham Dorn dejó caer un poco los hombros, ante lo fútil que resultaba todo—. ¡Ea, bueno! —Sonrió levemente, y su gran alma se elevó por encima de la adversidad—. ¿No comprendes? Yo tengo que escribir otras cosas. No puedo malgastar mi vida. Pero ¿quién leerá una novela seria de Graham Dorn, ahora que estoy tan absolutamente identificado con De Meister?

—Puedes utilizar un seudónimo.

—No quiero. Estoy orgulloso de mi nombre.

—Pero no puedes dejar a De Meister. No pierdas la cabeza, querido.

—Una prometida normal —se quejó amargamente Graham— querría que su futuro marido escribiera cosas realmente buenas y llegara a tener un nombre importante en la literatura.

—Si yo quiero que lo hagas, Graham. Pero ¡sólo un poquito de De Meister de vez en cuando para pagar las facturas que se acumulan...!

—¡Ah! —Graham se bajó el sombrero hasta los ojos de un puñetazo para esconder los sufrimientos de un espíritu fuerte atormentado—. Ahora me estás diciendo que no puedo llegar a la cima si no prostituyo mi arte de una manera inenarrable. Ya estamos en tu casa. Baja. Yo me voy a la mía, a escribir una carta picante, sobre asbesto, a nuestro senil MacDunlap.

—Haz lo que quieras, ni más ni menos, ricura —le apaciguó June—. Y mañana, cuando te sientas mejor, irás a verme y llorarás sobre mi hombro y planearemos

juntos una revisión de Muerte en la tercera cubierta, ¿no es cierto?

—Nuestro noviazgo está roto —afirmó Graham en tono altanero.

—Sí, cariño. Estaré en casa mañana a las ocho.

—Lo cual no puede interesarme ni pizca. ¡Adiós!

Directores y editores son intocables, por supuesto. A los míos les corresponde en herencia la mano tendida y la sonrisa enseñando los dientes en buena forma, el cabezazo de consenso y la palmadita en la espalda.

Pero quizá en alguna parte, en el secreto de las madrigueras donde se refugian los escritores cuando la noche descende, se tomen una venganza particular... Allí quizá se pronuncien frases que nadie puede oír y se escriban cartas que no necesitan ser echadas al buzón, y hasta es posible que se entronice el retrato de un director, que sonríe pensativo, sobre la máquina de escribir para que sirva de blanco en un ocasional juego de dardos.

Un retrato así de MacDunlap, utilizado para tal fin, alegraba el cuarto de Graham Dorn. Y Graham Dorn en persona, llevando la vestimenta que solía usar para escribir (traje de calle y máquina) miraba ceñudo la quinta hoja de papel que había metido en la máquina. Las otras cuatro colgaban del canto de la papelería, condenadas por su diluida y lechosa suavidad.

Graham empezó: «Distinguido Sr., —y añadió con mala uva—: o Sra., según sea el caso».

Y como le vino la inspiración, tecleaba furiosamente, sin hacer caso de la leve espiral de humo que se elevaba de las recalentadas teclas:

«Usted dice que el De Meister de esta narración no le merece mucho aprecio. Bien, yo tampoco tengo gran opinión de De Meister. Punto. Puede esposar el viscoso corpachón de usted con el suyo y tirarse por el puente de Brooklyn. Y deseo que hayan drenado bien el río East antes de que ustedes salten.

»En adelante, mis obras apuntarán a una meta más alta que la vil prensa de usted. Y llegará el día en que pueda volver la mirada hacia este período de mi carrera con el aborrecimiento que me...».

Alguien estaba dando golpecitos en el hombro de Graham mientras éste escribía el último párrafo, y Graham lo movía, enojada e inútilmente, a intervalos.

Ahora se detuvo, se volvió y se dirigió muy cortésmente al desconocido que había entrado en la habitación:

—¡Por los recondenados infiernos! ¿Quién es usted? Ah, y puede irse sin tomarse la molestia de contestar. No le consideraré grosero.

El recién llegado sonrió gentilmente. El movimiento de cabeza que hizo envió hacia Graham el aroma de una brillantina fina. La delgada y apretada mandíbula destacaba enérgicamente, y su voz sonó bien modulada cuando dijo:

—De Meister es mi nombre. Reginald de Meister.

Graham descendió disparado hasta sus cimientos mentales y notó que se resquebrajaban.

—¡Club! —exclamó.

—¿Decía usted...?

Graham se rehizo.

—He dicho «glub», palabra clave que significa, ¿qué De Meister?

—El De Meister —explicó afablemente De Meister.

—¿Mi personaje? ¿Mi detective?

De Meister se acomodó en una silla y sus rasgos, finamente cincelados, asumieron aquel aire de aburrimiento bien educado tan admirado en los mejores círculos. Encendió un cigarrillo turco, cuya marca reconoció Graham al momento como la favorita de su detective, golpeándolo primero lenta y cuidadosamente contra el dorso de la mano, gesto también típico en él.

—Se lo digo, viejo —empezó De Meister—. Esto es en verdad extremadamente chocante. Supongo que soy su personaje, ya sabe; pero no sentemos nuestro trato sobre tal base. Sería terriblemente enojoso.

—Glub —dijo otra vez Graham, a guisa de respuesta.

Al mismo tiempo su mente iba examinando febrilmente alternativas: ya no bebía, por el momento, y era una lástima; por lo tanto, no estaba borracho. Tenía un estómago de acero inoxidable, y la habitación no estaba demasiado caldeada, de manera que no se trataba de una alucinación. No soñaba jamás, y —como convenía a un artículo que le daba dinero— tenía la imaginación bajo control estricto. Además, dado que, como a todos los escritores le consideraban bastante loco, la demencia quedaba fuera de cuestión.

Con lo cual De Meister era, simplemente, algo imposible. Y Graham se sintió aliviado. Es en verdad un triste escritor el que no ha aprendido el arte de pasar por alto los imposibles cuando escribe un libro. De modo que, muy suavemente, dijo:

—Aquí tengo un volumen de mi última obra. ¿Le importaría mencionar la página que le corresponde y volver a meterse en ella? Estoy muy ocupado, y Dios sabe que de usted me basta y me sobra con la basura que escribo.

—Eh, yo he venido por cuestión de negocios, compañero. Primero tengo que llegar a un arreglo amistoso con usted. La situación actual se me hace endiabladamente incómoda.

—Oiga, ¿no sabe que me está molestando? No tengo la costumbre de hablar con personajes míticos. Por regla general, no ando por ahí en su, compañía. Por lo demás, ya es hora de que su madre le explique que usted no existe realmente.

—Mi querido compañero, yo he existido siempre. La existencia es una cosa tan subjetiva... Si una mente piensa que eso o aquello existe, pues existe de verdad. Por ejemplo, yo he existido en la mente de usted desde la primera vez que me imaginó.

Graham se estremeció.

—Oiga, la cuestión es ¿qué hace usted fuera de mi mente? ¿Se le antojaba demasiado estrecha? ¿Quería más espacio para moverse?

—De ningún modo. Es una mente bastante satisfactoria, a su manera, pero yo he

conseguido una existencia más concreta, desde esta tarde, y por eso aprovecho la oportunidad de comprometerle a usted cara a cara en la conversación sobre negocios que le mencioné antes. Vea usted, aquella damita delgada, sentimental, de su sociedad...

—¿Qué sociedad? —interrogó Graham con voz hueca. Ahora todo se le aparecía tremendamente claro.

—Aquélla a la que usted ha soltado un discurso sobre la novela de detectives... —De Meister se estremeció a su vez—. Ella creía en mi existencia; de modo que, naturalmente, existo.

Terminó el cigarrillo y lo arrojó lejos con un negligente movimiento de la muñeca.

—Una lógica —declaró Graham— irrefutable. Veamos, ¿qué quiere usted? Y la respuesta es «no».

—¿No se da cuenta, viejo, de que si deja de escribir las aventuras de De Meister me condena a la existencia fantasmal, aburrida, de los detectives de ficción jubilados?

Tendría que vagar por las grises nieblas del limbo con Holmes, Lecocq y Dupin.

—Una idea fascinante, pienso. Un destino muy adecuado.

Los ojos de Reginald de Meister adquirieron un brillo glacial, y Graham recordó súbitamente el párrafo de la página 123 de El caso del cenicero roto:

Sus ojos, hasta ese momento perezosos y distraídos, se endurecieron en dos charcos gemelos de hielo azul y traspasaron al mayordomo, que retrocedió tambaleándose, con un grito ahogado en los labios.

Evidentemente, De Meister no perdía ninguna de las características que tenía en las novelas que adornaba con su presencia.

Graham retrocedió tambaleándose, con un grito apagado en los labios.

De Meister dijo con aire amenazador:

—Será mejor para usted que las novelas de intriga con De Meister continúen. ¿Me comprende?

Graham se repuso y echó mano de una débil indignación.

—Espere un poco. Usted se está saliendo de madre. Recuérdelo: en cierto modo, yo soy su padre. Es cierto. Su padre cerebral. Usted no me puede presentar ningún ultimátum ni venirme con amenazas. No es de buen hijo. Es una falta de amor y de respeto.

—Y otra cosa —continuó el otro, impasible—. Hemos de solucionar el asunto de Letitia Reynolds. Se está poniendo endiablidamente molesto, ya sabe.

—Y usted ahora se está poniendo tonto. Mis escenas de amor han sido ampliamente citadas como milagros de ternura y sentimiento que no se encuentran ni en una de cada mil novelas de intriga y asesinato... Espere y le traeré unos juicios críticos. No me importan demasiado sus intentos de imponerme lo que debo hacer; pero que me cuelguen si permito que censure mi estilo.

—Olvide las críticas. Ternura y todas esas monsergas es precisamente lo que no

quiero. Ando a la deriva en pos de la hermosa dama por espacio de cinco volúmenes ya, portándome como el asno más insufrible. Eso ha de terminar. —¿De qué modo?

—En la novela que está escribiendo ahora, he de casarme con ella. O esto, o hacer de ella mi querida; una querida buena y respetable. Y tendrá usted que dejar de crearme tan condenadamente Victoriano y caballeresco con las señoras. Soy un ser humano y nada más, viejo.

—¡Imposible! —objetó Graham—. Y en la imposibilidad va incluida esta última pretensión. De Meister se puso serio.

—Realmente, viejo amigo, para ser escritor, manifiesta usted la más espantosa falta de interés por el bienestar de un personaje que le ha sustentado muchísimos años.

Graham sintió un elocuente nudo en la garganta. —¿Que me ha sustentado? En otras palabras, usted cree que no podría vender verdaderas novelas, ¿eh? Bien, se lo demostraré. No escribiría otra sobre De Meister ni por un millón de dólares. Ni siquiera por un cincuenta por ciento de los derechos de autor y todos los derechos de la televisión. ¿Qué le parece?

De Meister arrugó el ceño y pronunció esas palabras que han sido el trueno de la condenación para tantos delincuentes:

—Veremos, pero usted y yo no hemos terminado todavía.

Y, sacando un mentón enérgico, desapareció.

La contraída faz de Graham se distendió y, lenta, muy lentamente, se llevó las manos a la cabeza y se palpó el cráneo con cuidado.

Por primera vez en una larga y razonablemente picaresca vida mental, sentía que sus enemigos tenían razón y que un buen lavado en seco no perjudicaría en nada en su mente.

¡La de cosas que tenía en ella!

Graham Dorn apretó el timbre con el codo por segunda vez. Recordaba claramente que June le había dicho que estaría en casa a las ocho. La mirilla se abrió.

—¡Hola!

—¡Hola!

¡Silencio!

Graham dijo, plañidero:

—Fuera llueve. ¿Puedo entrar a secarme?

—No sé. ¿Estamos prometidos, señor Dorn?

—Si no lo estoy —respondió él muy tieso—, resulta que estuve rechazando las ansiosas insinuaciones de un centenar de muchachas apasionadas (y todas muy guapas) sin ningún motivo evidente.

—Ayer decías...

—¡Ah!, pero ¿quién hace caso de lo que digo? Tengo esa clase de extravagancias.

Mira, te he traído un ramillete —pasó unas rosas por delante de la mirilla.

June abrió la puerta.

—¡Rosas! ¡Cuan plebeyo! Entra, ricura, y ensucia el sofá. Eh, eh, antes de que des otro paso, ¿qué traes bajo el otro brazo? ¿No será el original de Muerte en la tercera cubierta?

—Exacto. Aunque no aquella excrecencia de manuscrito. Esto es cosa muy distinta.

La voz de June se hizo glacial:

—¿No será eso tu preciosa novela? ¿Verdad que no?

Graham levantó la cara con energía.

—¿Cómo lo sabías?

—Me baboseaste toda contándome el argumento en la fiesta de cumpleaños de MacDunlap.

—No te lo conté. No es posible que lo hiciera, a menos que estuviese borracho.

—Pero es que lo estabas. Como una sopa. Y por un par de cócteles de más.

—Pues, si estaba borracho, no podía contarte el verdadero argumento. —¿No discurre la acción en un distrito minero?

—Ehhh..., sí...

June movió la cabeza, rememorando.

—Lo recuerdo bien. Primero te emborrachaste y te mareaste. Luego mejoraste y me contaste los primeros capítulos. Entonces me maree yo. —La muchacha se acercó al enfurecido escritor—. Graham —arrulló dulcemente, apoyando la rubia cabeza en su hombro—, ¿por qué no sigues con las aventuras de De Meister? Te dan por ellas unos chequecitos tan hermosos...

Graham se revolvió para deshacerse del abrazo.

—Eres una desdichada mercenaria, incapaz de comprender el alma de un escritor. Puedes considerar roto nuestro compromiso. —Se sentó con gesto enérgico en el sofá, cruzó los brazos y añadió—: A menos que consientas en leer el borrador de la novela y hagas el análisis de la narración como de costumbre.

—¿Puedo hacerte el análisis de Muerte en la tercera cubierta primero?

—No.

—¡Bien! En primer lugar, tu interés por el amor empieza a dar náuseas.

—No es verdad —Graham levantaba un índice indignado—. Mi estilo amoroso respira una fragancia dulce y sentimental, como de los viejos tiempos. Aquí traigo la revista que lo dice —rebuscó por la cartera.

—Bah, patrañas. ¿Vas a citar al fulano ese del Clarion de Pillsboro, Oklahoma? Será primo segundo tuyo, probablemente. Ya sabes que tus dos últimas novelas se quedaron muy por debajo de la media en derechos de autor. Y Tercera cubierta ni siquiera te la aceptarán nunca.

—Tanto mejor... ¡Huy! —Graham se frotó el cráneo con fuerza—. ¿Por qué has hecho eso?

—Porque el único punto donde podía pegar tan fuerte como quería, sin dejarte inválido, era en la cabeza. ¡Escucha! La gente está cansada de tu endurecida Letitia

Reynolds. ¿Por qué no dejas que se empape la «lustrosa corona de cabello rubio» de petróleo y conozca la proximidad de una cerilla?

—Pero, June, ese personaje lo saqué de la vida real. ¡Eres tú!

—¡Graham Dorn! Yo no estoy aquí para escuchar insultos. El mercado de la novela de intriga se inclina hoy por la acción y el amor auténtico y pasional, y tú sigues atascado en las dulces viscosidades sentimentales de hace cinco años.

—Pero ése es el carácter de Reginald de Meister.

—Pues cámbiale el carácter ¡Oye! Has introducido a Sancha Rodríguez. Muy bien. Yo la apruebo. Es mexicana, fogosa, apasionada, quita el aliento y está enamorada de él. ¿Y qué haces tú? Primero él se porta como un caballero impecable y luego la matas a ella a mitad del relato.

—Humm, ya veo... Tú crees, de veras, que la cosa mejoraría haciendo que De Meister saliera de su torre de marfil. Un par de besos, o...

June apretó los preciosos dientes y los maravillosos puños.

—¡Oh, cariño, y cómo me alegra que el amor sea ciego! Si alguna vez vislumbrara, aunque sólo fuese un poquitín, yo no lo resistiría. Oye, gomoso remilgado y escurridizo, vas a encargarte de que De Meister y Rodríguez se enamoren. Van a vivir una aventura amorosa que abarcará todo el libro, y puedes poner a tu horrible Letitia en un convento de monjas. Tal como la pintas, allá será mucho más feliz, probablemente.

—Eso es todo lo que tú sabes del asunto, amor mío. Pero se da la casualidad de que De Meister está enamorado de Letitia Reynolds y la quiere; no a esa tal Rodríguez.

—¿Por qué lo crees?

—Porque me lo ha dicho él.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Reginald de Meister.

—¿Qué Reginald de Meister?

—El mío.

—¿Qué significa eso de tu Reginald de Meister?

—Mi personaje, Reginald de Meister.

June se levanto, se permitió unas cuantas inspiraciones profundas y luego dijo, con voz sosegada:

—Volvamos a empezar desde el principio —desapareció un momento, y luego regresó con una aspirina—. ¿Tu Reginald de Meister, el de tus libros, te ha dicho, en persona, que está enamorado de Letitia Reynolds?

—Exacto.

June engulló la aspirina.

—Mira, June, te lo explicaré exactamente igual como él me lo explicó a mí. Todos los personajes existen de verdad..., al menos en las mentes de sus autores. Y cuando la gente empieza a creer en ellos, empiezan a existir en la realidad, porque la

realidad es lo que cree la gente (en lo que a ellos respecta), y ¿qué es la existencia al fin y al cabo?

A June le temblaban los labios.

—Oh, Gramie, no, por favor. Si té encerrasen en un asilo, mamá no permitiría que me casara contigo.

—¡June, no me llames Gramie, por amor de Dios! Te digo que vino a verme y quiso decirme qué había de escribir y cómo tenía que hacerlo. Fue casi tan malo como tú. ¡Oh, vamos, nena, no llores!

—No puedo evitarlo. ¡Siempre creí que eras un loco, pero nunca pensé que estuvieras loco!

—Muy bien, ¿y dónde está la diferencia? No lo discutamos más. Ya no volveré a escribir ninguna novela de intriga en mi vida. Después de todo... —Y se permitió su poquito de indignación—, cuando las cosas se ponen de tal manera que mi propio personaje (¡mi propio personaje!) quiere decirme qué debo hacer, es que, en verdad, hemos llegado demasiado lejos.

June miró por encima del pañuelo.

—¿Y cómo sabes que era realmente De Meister?

—Oh, diablos. Tan pronto como se golpeó el cigarrillo en el dorso de la mano y empezó a soltar «ges» como copos de nieve en una tormenta, comprendí que había llegado lo peor.

Sonó el teléfono. June se levantó de un salto.

—No respondas, Graham. Es del manicomio, probablemente. Les diré que no estás aquí... Diga, diga. ¡Oh, señor MacDunlap! —June exhaló un suspiro de alivio, pero en seguida cubrió el micrófono y susurró con voz alterada—: Podría ser una trampa... ¡Diga, diga, señor MacDunlap!... No, no está aquí... Sí, creo que podré comunicarme con él... En el Martin's mañana al mediodía... Se lo diré... ¿Con quién...? ¿¿¿Con quién??? —Y colgó repentinamente.

—Graham, mañana tienes que almorzar con MacDunlap.

—¡Pagando él! ¡Solamente si paga él!

Los grandes ojos azules de June aumentaron de tamaño y se hicieron más azules.

—Y Reginald de Meister comerá contigo.

—¿Qué Reginald de Meister?

—El tuyo.

—¿Mi Reg...?

—Oh, Gramie, no; por favor —los ojos se le humedecían—. ¿No lo ves, Gramie? Ahora nos encerrarán a los dos en un asilo para dementes... y también a MacDunlap. Y probablemente nos metan a los tres en la misma celda acolchada. ¡Oh, Gramie, hay una multitud tan espantosa!

Y la faz se le deshizo en llanto.

Grew S. MacDunlap (lo de que la S. quiera decir «Some» —«un tal»— es una vil falsedad propalada por sus enemigos) estaba solo en la mesa cuando entró Graham

Dorn. Graham libó de ahí unas gotitas de satisfacción.

Lo que le complacía no era tanto la presencia de MacDunlap como la ausencia de De Meister, ya lo comprenden.

MacDunlap le miró por encima de las gafas y se tragó una píldora para el hígado. Eran su dulce favorito.

—¡Ajá! Ya está aquí. ¿Qué significa esta broma pesada que me está gastando? Usted no tenía derecho a mezclarme con una persona como De Meister sin avisarme que era un ser real. Quizá hubiese tomado precauciones. Habría podido contratar un guardaespaldas. Habría podido comprarme un revólver.

—No es real. ¡Maldita sea! La mitad del personaje fue idea de usted.

—Eso es una calumnia —replicó MacDunlap acaloradamente—. ¿Y qué quiere decir al asegurar que no es real? Cuando hizo la presentación de sí mismo me tomé, de golpe, tres píldoras para el hígado, y no desapareció. ¿Sabe qué son tres píldoras? Tres píldoras de la clase que yo las uso (el médico debería caerse muerto, nada más) harían desaparecer a un elefante..., si no fuese real. Lo sé.

Graham insistió en tono fatigado:

—No importa; sólo existe en mi mente.

—Ya lo sé que existe en su mente. Su mente debería ser objeto de una investigación por parte de los inspectores de la pureza de alimentos y medicamentos.

Las diversas y muy corteses réplicas que se le ocurrieron simultáneamente a Graham fueron desechadas al momento por contener una proporción excesiva de enérgicos tacos anglosajones. Al fin y al cabo (¡ja, ja!) un editor es un editor, por muy anglosajón que sea. Graham dijo, pues:

—Entonces, la cuestión que se plantea es ¿cómo podemos librarnos de De Meister?

—¿Librarnos de De Meister? —Del brusco sobresalto que tuvo, a MacDunlap le salieron disparadas las gafas fuera de la nariz, y las cogió al vuelo con una mano. La voz se le cargaba de emoción—. ¿Quién quiere librarse de él?

—¿Lo quiere usted merodeando a su alrededor?

—Dios no lo quiera —exclamó MacDunlap entre escalofríos—. Comparado con él, mi cuñado es un ángel.

—No tiene nada que hacer fuera de mis libros.

—Por mi parte, tampoco tiene nada que hacer dentro. Desde que empecé a leer sus originales, el doctor añadió al número de específicos que ya tomaba unas píldoras para los riñones y un jarabe para la tos —miró el reloj y se tomó una píldora para los riñones—. Quisiera que mi peor enemigo tuviera que publicar libros un año, nada más.

—Entonces, ¿por qué —preguntó Graham pacientemente— no quiere desembarazarse de De Meister?

—Porque nos hace, publicidad. Graham le miraba, inexpresivo.

—¡Oiga! ¿Qué otro escritor tiene un verdadero detective? —prosiguió

MacDunlap—. Todos los demás son de ficción. Todo el mundo lo sabe. Pero el suyo... el suyo es real. Podemos dejarle resolver casos y que los periódicos le llenen de elogios. A su lado, el Departamento de Policía parecerá una miseria. Llegará a...

—Ésa —interrumpió categóricamente Graham— es en todos los sentidos la proposición más descarada con que me han ensuciado los oídos en toda mi vida.

—Produciría mucho dinero.

—El dinero no lo es todo.

—Nombre una cosa que no consiga el dinero... ¡Ssstt! —Faltó poco para que fracturase de un puntapié el tobillo izquierdo de Graham, y se levantó con sonrisa convulsiva—. ¡Señor De Meister!

—Lo siento, querido amigo —respondió una voz letárgica—. No he podido acudir antes, ya sabe. Montones de compromisos. Se habrá aburrido mucho.

A Graham Dorn las orejas le temblaban espasmódicamente. Miró por encima del hombro y se tumbó para atrás todo lo que pudo estando sentado. Reginald de Meister había criado monóculo desde la visita anterior, y su mirada monocular estaba calculada para helar la sangre. Pero saludó con naturalidad:

—¡Mi querido Watson! ¡Cuánto me alegra verle! Me alegra endiabladamente.

—¿Por qué no se va al diablo? —preguntó Graham con curiosidad.

—Mi querido amigo. Oh, mi querido amigo.

—Eso es lo que me gusta —cacareó MacDunlap—. ¡Bromas! ¡Guasa! Luego todo se empieza más a gusto. Y ahora, ¿pasamos a hablar de negocios?

—Ciertamente. La comida estará en marcha ya, ¿no? Entonces me limitaré a pedir una botella de vino. El de siempre, Henry.

El camarero cesó de aguardar por allí, se fue a toda prisa y regresó con una botella. La abrió, haciendo gorgotear el caldo en un vaso.

De Meister sorbió delicadamente.

—Es usted muy amable, viejo compañero, al hacerme, en sus novelas, un parroquiano de este establecimiento. Hasta ahora es lo indicado, y resulta de lo más agradable. Todos los camareros me conocen. Señor MacDunlap, doy por entendido que ha convencido usted al señor Dorn de la necesidad de continuar las aventuras de De Meister.

—Sí —respondió MacDunlap.

—No —dijo Graham.

—No le haga caso —replicó MacDunlap—. Es temperamental. Ya conoce usted a los escritores.

—No le haga caso a él —interpuso Graham—. Es microcéfalo. Ya conoce a los editores.

—Oiga, viejo amigo. Me figuro que MacDunlap le habrá señalado ya el lado desagradable de ponerse terco.

—¿Cuál, por ejemplo, viejo pelma?

—Pues el de que le persiga un fantasma.

—Sí, que se me ponga detrás y grite: «¡Uhhh!».

—Mi querido amigo, soy mucho más sutil. Puedo fastidiarle a uno, de veras, con métodos más modernos, más al día. Por ejemplo, ¿ha tenido sumergida alguna vez su individualidad? —Soltó una risita malévola.

Una risita cuyo sonido resultaba familiar. Graham recordó súbitamente. Estaba en la página 103 de La muerte galopa por el campo:

Sus perezosos párpados aletearon. Se ríó con risa ligera y melodiosa, y aunque no dijo palabra, Hank Marslowe se acobardó. Aquella ligera risa sonaba preñada de amenazas, y, a pesar de todo, el fornido ranchero no se atrevió a llevar las manos a las pistolas.

A Graham seguía pareciéndole una risita aborrecible, pero se acobardó, y no se atrevió a coger sus armas.

MacDunlap se lanzó por el agujero de momentáneo silencio que se había creado:

—Ya lo ve, Graham. ¿Para qué andar jugando con fantasmas? No son entes razonables. ¡No son humanos! Si quiere más derechos de autor...

Graham se enfureció:

—¿Quiere dejar de mencionar el dinero? Desde hoy en adelante, sólo escribiré novelas con desgarradoras emociones humanas.

La sonrojada faz de MacDunlap cambió súbitamente.

—No —dijo.

—La verdad, cambiando de tema por un momento —y el acento de Graham se volvió extremadamente dulce, pues las palabras le salían untadas de jarabe de maple...—, es que tengo aquí un manuscrito para que usted lo mire. —Graham cogió firmemente por la solapa al sudoroso MacDunlap—. Es una novela que representa el trabajo de cinco años. Una novela que se apoderará de usted por su fuerza; le estremecerá hasta lo más íntimo de su ser y abrirá un nuevo mundo. Una novela que...

—No —dijo MacDunlap.

—Una novela que acabará con la falsedad de este mundo, descubriendo las entrañas de la verdad. Una novela...

MacDunlap, como no podía levantar el brazo más arriba, cogió el manuscrito.

—No —repitió.

—¿Por qué condenados infiernos no la lee? —inquirió Graham.

—¿Ahora?

—Empiece.

—Oiga, ¿y si la empezara mañana, o pasado? Ahora tengo que tomar el jarabe para la tos.

—Desde que yo estoy aquí, no ha tosido.

—Le avisaré inmediatamente...

—Ésta —dijo Graham— es la primera página. ¿Por qué no empieza? Le subyugará inmediatamente.

MacDunlap leyó dos párrafos y dijo:

—¿Se desarrolla el argumento en una población minera?

—Sí.

—Entonces, no puedo leerlo. Soy alérgico al polvo del carbón.

—Pero ese polvo de carbón no es de verdad, MacIdiota.

—Eso —hizo notar MacDunlap— también lo decía usted de De Meister.

Reginald de Meister golpeó cuidadosamente la punta de un cigarrillo contra el revés de la mano con un aire sutil que Graham reconoció inmediatamente como señal de que estaba tomando una decisión repentina.

—Esto es de un aburrimiento devastador, ya saben. No se centran en el verdadero asunto, podríamos decir. Adelante, MacDunlap, no es momento para medias tintas.

MacDunlap se fajó el lomo espiritual y dijo:

—Muy bien, señor Dorn, con usted no se puede ser complaciente. En lugar de darme De Meister, me ofrece polvo de carbón. En vez de la mejor publicidad en cincuenta años, me da significación social. De acuerdo, señor Tiolisto Dorn, si en el término de una semana no llega a una avenencia conmigo, en buenas condiciones, entrará en la lista negra de todas las casas editoras de prestigio de los Estados Unidos y del extranjero. —Blandiendo el índice, añadió a grito pelado—: Incluida Escandinavia.

Graham rió despreocupadamente.

—¡Bah, tonterías! —replicó—. Se da el caso de que ocupó un puesto en la Sociedad de Autores, y si usted intenta fastidiarme, seré yo quien haga inscribir su nombre en la lista negra. ¿Qué le parece?

—Me parece muy bien. ¿Y si yo demuestro que usted es un plagiarista?

—¿Yo? —Articuló boquiabierto Graham, recobrándose apenas de un ataque de alegría—. ¿Yo, el escritor más original de estos dos últimos lustros?

—¿Ah, sí? Y quizá no recuerde que en todos los casos que describe cita los cuadernos de notas de De Meister sobre casos anteriores. —¿Y qué?

—Que los tiene. Reginald, muchacho, enseñe al señor Dorn su cuaderno de notas del último caso... Vea eso. Eso es El misterio de las piedras miliarias, y contiene, detalladamente, hasta el menor incidente de su novela... Además, con un año de anterioridad a la publicación del libro. Perfectamente auténtico.

—¿Y qué?

—¿Acaso tiene usted derecho a copiar las notas del cuaderno de De Meister y llamar a la copia una novela original de intriga y asesinato?

—¡Vaya, señor paciente de parálisis mental, ese cuaderno de notas me lo inventé yo!

—¿Quién lo ha dicho? Es la letra de De Meister, como puede demostrar cualquier experto en caligrafía. ¿Y acaso tiene usted un pedazo de papel, un documento o convenio, ya sabe, que le dé derecho a utilizar los cuadernos de notas de otro?

—¿Cómo podría suscribir un convenio con un personaje de ficción?

—¿Qué personaje de ficción?

—Usted y yo sabemos que De Meister no existe.

—Ah, pero ¿y el jurado? ¿Lo sabe? Cuando yo declare que tomé tres píldoras fuertes para el hígado y él no desapareció, ¿qué docena de hombres dirá que no existe?

—Eso es chantaje.

—En efecto. Le doy una semana. O, en otras palabras, siete días.

Graham Dorn se volvió desesperadamente hacia De Meister:

—Usted también es cómplice. Y en mis libros siempre le atribuyo un finísimo sentido del honor. ¿Es honorable esto?

—Mi querido compañero —respondió De Meister, levantando los hombros—. Todo esto y... perseguirle además —Graham se puso en pie—. ¿Adonde va?

—A casa, a escribirle una carta a usted —las cejas de Graham se juntaban en una expresión de desafío—. Y esta vez la echaré al correo. No cedo. Lucharé hasta la última trinchera. Y además, De Meister, venga a fastidiarme una sola vez, y yo le arrancaré la cabeza y derramaré la sangre por todo el traje nuevo de MacDunlap.

El escritor salió con paso firme. Mientras desaparecía por la puerta. De Meister desapareció en la nada.

MacDunlap emitió un ladrido blando; después engulló una píldora para el hígado, otra para los riñones y una cucharada sopera de jarabe para la tos, en rápida sucesión.

Graham Dorn estaba sentado en el recibidor de casa de June, y como había terminado con las uñas hacía rato, empezaba a roerse los primeros nudillos.

En aquel instante, June no estaba allí, y a Graham se le antojaba que así era mejor. Una muchacha entrañable, sí; en realidad era una muchacha dulce y entrañable. Pero no pensaba en ella.

Estaba ocupado en una serie de miasmáticos saltos hacia atrás a lo largo de los seis días precedentes:

«—Oye, Graham, ayer en el club conocí a tu compinche. Ya sabes, a De Meister. Me quedé atónito. Siempre había tenido la idea de que era una especie de Sherlock Holmes que no existía. Me has marcado un tanto, chico. No sabía... ¡En!, ¿adonde vas?».

«—Eh, Dorn, me han dicho que tu jefe, De Meister, ha regresado a la ciudad. Sin duda pronto tendrás material para otras novelas. ¡Qué suerte, chico, tener quien te dé los argumentos cortados y cosidos! ¿Eh? Bueno, adiós».

«—Caramba, Graham, ¿dónde estarías anoche? La aventura de Ann no llegaba a ninguna parte sin ti; o al menos no habría llegado si no hubiese sido por De Meister. El preguntó por ti; me imagino que se sentía desamparado sin su Watson. Ha de ser maravilloso servirle de Watson a un tal... ¡Señor Dorn! ¡Lo mismo le digo a usted, señor!».

«—Me la has jugado buena Yo pensaba que aquellas locas aventuras te las inventabas. Bien, bien, la verdad es más estrambótica que la ficción. ¡Ja, ja, ja!».

«—Los agentes de policía niegan que el famoso criminólogo aficionado Reginald de Meister se haya interesado por este caso. Nuestros reporteros no se han podido poner en contacto con De Meister en persona para pedirle un comentario. De Meister es más conocido por el público a través de sus brillantes soluciones de una docena de crímenes narradas en forma de ficción por su llamado “Watson”, Grayle Doone».

Graham se estremecía y los brazos le temblaban en una espantosa sed de sangre. De Meister le estaba atormentando... pero que muy bien. Estaba perdiendo su personalidad, tal como le había amenazado De Meister.

Poco a poco, Graham fue tomando conciencia de que el ruido monótono de timbre que percibía hacía rato no procedía de su cabeza sino, al contrario, de la puerta de la vivienda.

Tal pareció ser también la opinión de June Billings, cuyo penetrante grito bajó disparado por las escaleras propinando un fuerte «uppercut» a los tímpanos de Graham.

—Eh, tú, drogado, mira quién llama a la puerta antes de que la vibración eche la casa al suelo. Yo bajaré dentro de media hora.

—¡Sí, querida!

Graham arrastró los pies hasta la puerta y abrió.

—Ah, vaya. Saludos —dijo De Meister, pasando adentro.

Los apagados ojos de Graham miraron asombrados; luego despidieron llamas, al mismo tiempo que de sus labios salía una especie de gruñido animal. El escritor adoptó esa postura de gorila tan reconfortante para machos americanos de sangre caliente en momentos como aquél, y se puso a saltar alrededor del detective, que parecía un tanto confundido.

—Mi querido amigo, ¿está enfermo?

—No estoy enfermo —explicó Graham—, pero usted pronto dejará de interesarse por mi estado, porque voy a lavarme las manos con la sangre más roja de su corazón.

—Pero, digo yo, después tendrá que limpiárselas. Sería una huella demasiado evidente, ¿verdad que sí?

—Ya basta de alegre chunga. ¿Tiene alguna última palabra que pronunciar?

—Pues, no en especial.

—Mejor así. Sus últimas palabras no me interesan.

Y entró en acción como el rayo, lanzándose sobre el infortunado De Meister como un elefante macho. El detective le esquivó por la izquierda, lanzó un brazo y un pie, y Graham describió un arco parabólico que terminó con la destrucción total de una mesilla, un jarrón de flores, una pecera y un metro y medio de pared.

Graham parpadeó y se apartó de la ceja izquierda una carpa dorada curiosa.

—Mi querido amigo —murmuró De Meister—, oh, mi querido amigo.

Graham recordó, demasiado tarde, aquel párrafo de Desfile de pistolas:

Los brazos de De Meister eran dos trallas veloces como el rayo mientras con seguros y rápidos golpes dejaba indefensos a los dos bandidos. No por la fuerza

bruta, sino por su profundo conocimiento del judo, los derrotó fácilmente, sin que se le alterase la respiración. Los maleantes gemían de dolor.

Graham gemía de dolor.

Levantó el muslo derecho un par de centímetros para que la cabeza del fémur pudiera resbalar hacia el puesto que le correspondía.

—¿No sería mejor que se levantara, viejo camarada?

—Me quedaré aquí —respondió muy dignamente Graham— y contemplaré el suelo en vista de perfil hasta que me plazca o hasta que me vea capaz de mover un músculo. No me importa cuál. Y ahora, antes de que pase a tomar otras medidas con usted, ¿qué diablos quiere?

Reginald de Meister se ajustó el monóculo con la mayor pulcritud.

—¿Sabe?, creo que el ultimátum de MacDunlap expira mañana.

—Y usted y él también, confío.

—¿No quiere reconsiderar la cuestión?

—¡Ja!

—En verdad —suspiró De Meister—, eso no nos lleva a ninguna parte. Usted me ha procurado una situación muy agradable en este mundo. Al fin y al cabo, en sus libros me ha hecho muy conocido de todos los clubs y los mejores restaurantes; amigo íntimo, ya sabe, del alcalde y el comisario de policía, propietario de un sobreático en Park Avenue y de una magnífica colección de arte. Y todo persiste, viejo amigo. Realmente enternecedor.

—Es notable —murmuró Graham— la atención con que no estoy escuchando y la claridad con que no oigo ni una de las palabras que me dice.

—No obstante —dijo De Meister—, no se puede negar que mi mundo de ficción me conviene más. Es bastante más fascinador, está más libre de la obtusa lógica, más apartado de las necesidades del mundo material. En resumen, debo volver allá, a una participación activa. ¡Tiene tiempo hasta mañana!

Graham canturreó una tonadilla alegre con unas notas desafinadas.

—¿Es una nueva amenaza, De Meister? —Es la vieja, intensificada. Voy a despojarle hasta del último vestigio de su personalidad. Y con el tiempo, la opinión pública le obligará a escribir como (para parafrasearle a usted mismo) el Comparsa Total de De Meister. ¿No vio la etiqueta que los chicos de la prensa le colocaron el otro día, viejo?

—Sí, señor Cochino de Meister; y ¿no leyó un articulito de media columna en la página diez del mismo periódico? Se lo leeré yo: «Famoso criminólogo en 1-A. Entrará pronto en el cuartel, dice la junta de reclutamiento».

Por un momento. De Meister no hizo ni dijo nada. Luego, una después de otra, hizo las siguientes cosas: se quitó el monóculo pausadamente, se sentó con gesto fatigado, se frotó la barbilla con aire abstraído y encendió un cigarrillo después de un largo y esmerado golpeteo. Cada uno de estos cuatro gestos los reconoció el entrenado ojo de autor de Graham Dorn como representando por sí mismos una

profunda conturbación y una gran pena por parte de su personaje.

Y nunca, en ninguno de sus libros, recordaba Graham que De Meister hubiese hecho aquellas cuatro cosas sucesivamente.

Por fin, el detective habló:

—En verdad, no sé por qué había de meter en su último libro oficinas de reclutamiento. Ese afán de someterse a los tópicos, ese endemoniado, deseo de seguir las noticias al minuto es la maldición de la novela de intriga. Una verdadera obra de misterio no tiene época; no habría de tener ninguna relación con los acontecimientos corrientes; debería...

—Sólo hay un camino —interrumpió Graham— de librarse del reclutamiento...

—Al menos hubiera podido mencionar que solicitaba un aplazamiento, con el pretexto que fuese.

—Sólo hay un camino —repitió Graham— para librarse del reclutamiento...

—Negligencia criminal —insistió De Meister. —¡Oiga! Vuélvase a los libros y no le rellenarán de plomo.

—Escríbalos, y me iré. —Piense en la guerra. —Piense en su ego.

Dos hombres fuertes estaban enfrentados cara a cara (o lo habrían estado si Graham no se hubiera encontrado todavía en posición horizontal) y ninguno de los dos cedía en nada. ¡Impase!

Pero la dulce y femenina voz de June Billings interrumpió y quebró la tensión:

—¿Puedo preguntar, Graham Dorn, qué haces en el suelo? Hoy lo he barrido y no significa un cumplido para mí eso de que quieras perfeccionar mi trabajo.

—No estoy barriendo el suelo. Si mirases con atención —replicó amablemente Graham—, verías que tu adorado novio yace aquí convertido en un montón de cardenales y un semillero de dolores y sufrimientos. —¡Has destrozado mi mesita! —Me he roto la pierna. —Y mi mejor lámpara. —Y dos costillas. —Y la pecera.

—Y la manzana de Adán.

—Y no me has presentado a tu amigo.

—Y la vértebra cervi... ¿Qué amigo?

—Éste.

—¡Amigo! ¡Ja, ja! —Los ojos se le humedecieron. June era tan joven, tan frágil para entrar en contacto con las duras y brutales realidades de la vida—. Éste —murmuró con voz entrecortada— es Reginald de Meister.

Entonces De Meister partió un cigarrillo en dos, gesto preñado de la más profunda emoción.

June dijo pausadamente:

—Vaya... vaya, usted es diferente de como me lo figuraba.

—¿Cómo me imaginaba? —inquirió De Meister, con una modulación de tonos bajos, estremecedores.

—Diferente de como le veo... Era por las aventuras que me habían referido.

—Hasta cierto punto, señorita Billings, usted me recuerda a Letitia Reynolds.

—Lo creo. Graham me dijo que la describía fijándose en mí.

—Una pobre imitación, señorita Billings. Devastadoramente pobre.

Ahora estaban a unos quince centímetros uno del otro, fijos los ojos por una admiración mutua, y Graham soltó un grito penetrante. Se puso en pie de un salto mientras la memoria le golpeaba la frente.

Recordaba un párrafo de El caso del chanclo enlodado. E igualmente otro de Los asesinos floridos. Y también algunos pasajes de La tragedia de Hartley Manor, Muerte de un cazador, Escorpión blanco y, para decirlo con muy breves palabras, de cada una de las demás obras.

El párrafo decía:

De Meister poseía cierto hechizo que atraía irresistiblemente a las mujeres.

Y June Billings era —como se le había ocurrido pensar con frecuencia a Graham en sus momentos de ocio— una mujer.

Simplemente, la fascinación le manaba, pegajosa, de los oídos hasta cubrir el suelo de una capa de quince centímetros de grosor.

—Sal de esta habitación, June —le ordenó.

—No quiero.

—Tengo que discutir una cosa con De Meister, de hombre a hombre. Exijo que salgas de esta habitación.

—Váyase, por favor, señorita Billings —dijo De Meister.

June titubeó, y con vocecita débil respondió:

—Muy bien.

—Quédate —gritó Graham—. No permitas que te dé órdenes. Exijo que te quedes.

June cerraba la puerta muy dulcemente detrás de sí.

Los dos hombres se enfrentaron. Tanto en los ojos del uno como del otro había ese brillo indicador de que un hombre fuerte ha llegado al límite de su tolerancia. Un brillo de enemistad terca, impercedera; sin tregua ni cuartel. Era exactamente la clase de situación que Graham Dorn regalaba, de modo invariable, a sus lectores cuando dos hombres fuertes luchaban por una misma mano, un mismo corazón, una misma muchacha.

Los dos exclamaron al unísono:

—¡Hagamos un trato!

Graham dijo:

—Me has convencido, Reggie. Nuestro público nos necesita. Mañana empezaré otra aventura de De Meister. Démonos las manos y olvidemos el pasado.

De Meister tuvo que vencer la emoción que le embargaba. Apoyó la mano en la solapa de Graham.

—Mi querido amigo, soy yo el convencido por tu lógica. No puedo permitir que te sacrifiques por mí. Hay en ti grandes cosas que han de salir al exterior. Escribe tus novelas sobre minas de carbón. Son más importantes que yo.

—No podría, compañero. Después de todo lo que has hecho por mí, no. Mañana empezamos de nuevo.

—Graham, pa... padre mental mío, no puedo permitirlo. ¿Piensas que no tengo sentimientos, sentimientos filiales... así, en un sentido espiritual?

—Pero ¿y la guerra? Piensa en la guerra. Miembros mutilados. Sangre. Todo eso.

—Debo quedarme. La patria me necesita.

—Pero si yo dejo de escribir, con el tiempo tú dejarás de existir. No puedo permitirlo.

—¡Bah, eso! —De Meister se rió con despreocupada elegancia—. Las cosas han cambiado últimamente. Ahora es tanta la gente que cree qué existo, que estoy demasiado asido a la existencia real para que se me pueda separar de ella. Ya no tengo que pensar más en el limbo.

—¡Ah! —Graham apretó los dientes y se expresó en tono sibilante—: Ésas son sus ideas, ¡so víbora! ¿Supone que no veo que está colado por June?

—Oiga, viejo amigo —replico De Meister en tono altanero—. No puedo consentirle que hable a la ligera de un amor fiel y sincero. Yo quiero a June, y ella me quiere a mí; lo sé. Y si se quiere poner pesado y Victoriano por esta realidad, puede tragarse una ración de nitroglicerina y luego ponerse espita con un martillo.

—¡La nitroglicerina se la daré yo a usted! Esta misma noche me voy a casa y empiezo otra aventura de De Meister. Usted formará parte de ella, y quedará metido en ella otra vez. ¿Qué le parece?

—Nada, porque usted no puede escribir otra novela sobre De Meister. Ahora soy demasiado real, y no puede dominarme así, a su antojo. Dígame, ¿qué le parece esto a usted?

Graham Dorn necesitó una semana entera para decidir qué le parecía aquello. Y lo que le pareció resultó absolutamente impublicable.

Lo cierto era que no podía escribir.

O sea, se le ocurrían ideas asombrosas para grandes novelas, dramas emotivos, poemas épicos, brillantes ensayos... pero no podía escribir nada sobre Reginald de Meister.

Muy sencillo, la máquina de escribir se había quedado, poco ha, sin «R» mayúscula.

Graham lloraba, maldecía, se mesaba el cabello, y se untaba las yemas de los dedos con linimento. Probó con máquina de escribir, pluma, lápiz, tiza, carbón y sangre.

No podía escribir.

Sonó el timbre, y Graham abrió la puerta de un tirón.

MacDunlap entró tambaleándose y se derrumbó sobre las primeras dunas de papel desgarrado con la idea de ir a refugiarse derechamente en los brazos de Graham.

Graham le dejó caer. —¡Ah! —exclamó con dignidad glacial. —¡Mi corazón! — se lamentó MacDunlap, hurgándose los bolsillos en busca de las píldoras para el

hígado.

—No fallezca aquí —sugirió con delicadeza Graham—. La gerencia no me permitiría arrojar carne humana al incinerador.

—Graham, hijo mío —dijo emotivamente MacDunlap—, no habrá más ultimátums. ¡Se acabaron las amenazas! Vengo a llamar a la puerta de sus sentimientos más delicados, Graham... —Hizo un interludio como por falta de aire—, yo le quiero como a un hijo. Esa mofeta de De Meister debe desaparecer. Por mi bien, debe usted escribir nuevas aventuras de De Meister. Graham..., quiero decirle una cosa, en secreto. Mi esposa está enamorada de ese detective. Me dice que yo no soy romántico. ¡Yo! ¡No romántico!

¿Puede comprenderlo?

—Sí, puedo —fue la trágica respuesta—. Hechiza a todas las mujeres.

—¿Con aquella cara? ¿Con aquel monóculo?

—Así lo dicen todos mis libros.

MacDunlap se puso rígido.

—¡Ah, ja! ¡Siempre usted! ¡Drogado! Si al menos una vez se hubiera detenido el tiempo necesario para dejar que su mente se enterase de lo que la máquina de escribir iba diciendo...

—Usted insistió. Comercio femenino —a Graham ya no le importaba nada. ¡Mujeres! Y soltó una risita amarga. Ninguna padecía ningún mal que un cartucho de dinamita no pudiera remediar.

MacDunlap se perdía entre «heñís» y «hums».

—Bueno, comercio femenino. Muy necesario... Pero, Graham, ¿qué haré yo? No es solamente mi esposa, sino que, además, ella tiene cincuenta acciones de MacDunlap Inc. a su nombre. Si me abandona, pierdo el control de la compañía. Piénselo, Graham. Una catástrofe para el mundo editorial.

—Grew, viejo camarada —Graham exhaló un suspiro tan profundo que las uñas de los pies le vibraron por contagio emocional—. Tanto daría que yo se lo dijera también. June, ya sabe, mi prometida, está enamorada de ese gusano. Y él la quiere a ella porque June es el prototipo de Letitia Reynolds.

—¿El qué de Letitia? —preguntó MacDunlap, sospechando vagamente que se trataba de un insulto.

—No importa. Han arruinado mi vida —Graham sonrió valerosamente y reprimió las poco viriles lágrimas, después que las dos primeras hubieron rodado por sus mejillas.

—¡Pobre muchacho!

Los dos hombres se estrecharon las manos convulsivamente.

—Cogido en una prensa por ese monstruo asqueroso —dijo Graham.

—Exacto —asintió MacDunlap. Y apretaba la mano de Graham como si estuviera ordeñando una vaca—. Tiene que escribir novelas sobre De Meister y llevarle allá, junto al infierno, que es el sitio que le corresponde. ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo! Pero hay un pequeño inconveniente. —¿Cuál?

—No puedo escribir. Ahora es tan real que no puedo meterlo en un libro.

MacDunlap comprendió qué significaban las gruesas oleadas de papel que cubrían el suelo. Se llevó las manos a la cabeza y gimió:

—¡Mi compañía! ¡Mi esposa!

—Siempre queda el Ejército —dijo Graham.

MacDunlap levantó la vista.

—¿Y Muerte en la tercera cubierta, la novela que rechacé hace tres semanas?

—Ésa ya no cuenta Es agua pasada. Ya le ha afectado.

—¿Incluso sin publicarla?

—Claro. En esa obra es donde mencioné que tendría que entrar en filas. En ella le ponía en 1-A.

—A mí se me ocurrirían sitios mejores donde ponerle.

—¡MacDunlap! —Graham Dorn se levantó de un salto y agarró la solapa de MacDunlap—. Quizá podríamos revisarla.

MacDunlap tosió con tos seca y reprimió un gruñido apagado.

—Podemos poner en ella todo lo que queramos.

MacDunlap se asfixiaba un poquito.

—Podemos resolver la situación.

La faz de MacDunlap había adquirido un tono morado.

Graham sacudió la solapa, y todo el cuerpo de MacDunlap se balanceó.

—Diga algo, ¿quiere?

MacDunlap se apartó de un tirón y tomó una cucharada de jarabe para la tos; se llevó una mano al corazón y le dio unas palmaditas; movió la cabeza y enarcó las cejas.

Graham se encogió de hombros.

—Bueno, si le da por ponerse murrio, allá usted. La revisaré sin su ayuda.

Localizó el original y hundió animadamente los dedos en el teclado. Funcionaban bien, prácticamente sin chirrido alguno en las articulaciones. Adquirió velocidad, y más velocidad, y luego emprendió su carrera habitual. La máquina galopaba alegremente bajo el acostumbrado chorro de vapor.

—Va bien —gritó Graham—. No puedo escribir relatos nuevos, pero sí revisar los antiguos, todavía inéditos.

MacDunlap miraba por encima del hombro del otro. Respiraba solamente de tarde en tarde.

—Más rápido —decía MacDunlap—, ¡más rápido!

—¿A más de treinta y cinco? —preguntó severamente Graham—. ¿Olvida que la gasolina está racionada? Cinco minutos más.

—¿Y él estará allí?

—Está siempre. Esta semana ha estado todas las tardes en casa de June —Graham escupió el fino polvo de marfil a que había reducido los últimos milímetros de sus

incisivos—. Pero, que Dios le ayude a usted si su secretaria no cumple como debe.

—Hijo mío, puede usted fiarse de mi secretaria.

—A las nueve ha de leer esta revisión.

—A menos que caiga muerta.

—Con la suerte que tengo, caerá. ¿Creerá lo que he escrito?

—Al pie de la letra. Ha visto a De Meister. Sabe que existe.

Los frenos chirriaron y el alma de Graham descendió, por simpatía, hasta cada una de las moléculas arrancadas de las cubiertas por el roce.

Subió las escaleras a saltos, mientras MacDunlap iba renqueando detrás.

Tocó el timbre y entró en tromba. Reginald de Meister, de pie en el interior, recibió el pleno impacto de un índice que le señalaba, y sólo la presteza con que echó la cabeza atrás le salvó de convertirse en un personaje mítico tuerto.

June Billings estaba de pie a un lado, silenciosa e inútil».

—Reginald de Meister —gruñó Graham con acento siniestro—, prepárese para cumplir la pena.

—¡Ah, chico —dijo MacDunlap—, y que no se librará!

—¿Y a qué debo —preguntó De Meister— su dramática pero poco ilustradora declaración? Esto me resulta confuso, ¿saben? —Encendió un cigarrillo con delicado gesto y sonrió.

—Hola, Gramie —dijo June, llorosa.

—¡Lárgate, mujer perversa!

June se estremeció. Se sentía como la heroína de un libro, desgarrada por sus propios sentimientos. Naturalmente, estaba en la mismísima gloria. De modo que dejó que las lágrimas le corrieran por la cara y adquirió un aire abandonado.

—Volviendo al tema, ¿a qué viene todo esto? —preguntó De Meister con acento fatigado.

—He transformado Muerte en la tercera cubierta.

—¿Y qué?

—La revisión —continuó Graham— está en estos momentos en manos de la secretaria de MacDunlap, una chica por el estilo de June Billings, mi exnovia. Es decir, se trata de una muchacha aspirante a estúpida irremediable, pero que no ha llegado todavía a tal estado. Dará fe a todo lo que lea. —¿Y qué?

La voz de Graham adquirió un acento ominoso. —¿Se acuerda, quizá, de Sancha Rodríguez? Por primera vez, Reginald de Meister se estremeció. Tuvo que apretar el cigarrillo, porque se le caía.

—Murió, asesinada por Sam Blake, en el capítulo sexto. Estaba enamorada de mí. Vaya, compañero, ¿en qué enredos me está usted metiendo!

—No llegan ni a la mitad del lío en que se encuentra ya, viejo amigo. En la nueva versión Sancha Rodríguez no muere.

—¡Morir! —clamó una voz femenina, tajante pero muy clara—. Yo le informaré de si he muerto o no. ¿Dónde estuviste este mes pasado, so embaucador?

Esta vez De Meister no pudo coger el cigarrillo. Ni lo intentó siquiera. Había reconocido a la aparecida. Ésta le habría parecido a un observador sin prejuicios, pura y simplemente, una esbelta muchacha latina dotada de unos ojos oscuros, que lanzaban destellos, y unas uñas largas, relucientes... Pero para Reginald de Meister era Sancha Rodríguez, ¡que regresaba de ultratumba!

La secretaria de MacDunlap había leído y había creído.

—Señorita Rodríguez —dijo De Meister con una voz que sonaba como un latido subyugador—, ¡qué fascinante resulta verla!

—Señora de Meister, tu esposa, so timador, so embustero, escoria del suelo, escorpión de la hierba. ¿Y quién es esa mujer?

June se había retirado, con mucha dignidad, detrás de la silla más próxima.

—¿Señora De Meister? —suplicó Reginald, volviéndose luego, desamparado, hacia Graham Dorn.

—Ah, te habías olvidado, ¿verdad que sí? So lengua de víbora, so perro rastrero... Yo te enseñaré qué representa engañar a una débil mujer. Con estas uñas, voy a hacerte picadillo.

De Meister retrocedía furiosamente.

—Pero, cariño...

—No me vengas con melindres. ¿Qué estás haciendo con esta mujer? —Pero, cariño... —No me des ninguna excusa. ¿Qué estás haciendo con esta mujer?

—Pero, cariño...

—¡Cállate! ¿Qué estás haciendo con esta mujer?

Reginald de Meister estaba de pie en un rincón, y su señora esposa blandía los puños ante su rostro.

—¡Contéstame!

De Meister desapareció.

La señora De Meister desapareció tras él inmediatamente.

June Billings se deshizo en lágrimas sinceras. Graham Dorn cruzó los brazos y la miró severamente. MacDunlap se frotaba las manos, y tomó una píldora para los riñones.

—No fue culpa mía, Gramie —dijo June—. En tus libros explicabas que hechizaba a las mujeres, sin excepción, de modo que no pude evitarlo. En lo más íntimo, le aborrecía. Me crees, ¿verdad?

—¡Vaya cuento inverosímil! —exclamó Graham, sentándose a su lado en el sofá—. Vaya cuento inverosímil. Pero quizá te perdone.

MacDunlap dijo con voz trémula:

—Hijo mío, has salvado mis acciones. Y también me has devuelto a mi mujer, claro. Y, recuérdalo, me prometiste una novela de De Meister cada año. Graham rechinó los dientes.

—Una nada más, y haré que la señora De Meister le atormente hasta la muerte, y siempre tendré a mano una novela inédita, sólo por si acaso. Y usted publicará mi

gran novela, ¿verdad que sí, Grew, viejo camarada? —Glub —exclamó MacDunlap. —¿Verdad que sí?

—Sí, Graham. Por supuesto, Graham. No cabe duda, Graham. Es cosa segura, Graham.

—Entonces, déjenos solos ahora; tengo que discutir asuntos de gran importancia con mi prometida.

MacDunlap sonrió y cruzó la puerta de puntillas.

«Oh, amor, amor», musitaba, mientras tomaba una píldora para el hígado, seguida de un sorbo de jarabe contra la tos.

Dos puntos debo resaltar acerca de *¡Autor! ¡Autor!* Creo que en esta narración se me dieron mejor las escenas amorosas que en todas las anteriores. Acaso se deba al hecho de que era la primera que escribía de casado.

En segundo lugar, hay alusiones, muy de época, al racionamiento y otros fenómenos sociales muy presentes en la mente de todo el que haya vivido la Segunda Guerra Mundial. Había advertido, a Bensen de la existencia de dichas alusiones y de la imposibilidad de eliminarlas de la narración, puesto que formaban parte integrante del argumento. No obstante, Bensen les quitó toda importancia con un simple levantamiento de hombros, y en la breve introducción: que dedicó al cuento decía a los lectores: «Y no se inquieten por las alusiones a los organismos de racionamiento y de reclutamiento militar... considérenlas parte del marco histórico, del mismo modo que considerarían un rascamoño o un falbalá en una narración de tiempos más antiguos». Y yo suscribo su declaración.

Si me hubiese dormido en la rosada nube de satisfacción que me envolvió ante la venta de *¡Autor! ¡Autor!* por unos meses, la desaparición de *Unknown* quizá me habría descorazonado. Acaso hubiera parecido demostrar que no estaba destinado a poner nuevamente en marcha mi carrera, a fin de cuentas, y quizá —otra vez— todo hubiera seguido un curso distinto.

Sin embargo, a las tres semanas de la venta, volvía a darle a la máquina. El nuevo relato era *Sentencia de muerte* y pertenecía a la ciencia ficción. Escribir continuaba siendo una tarea lenta; siete semanas para ultimar un cuento de siete mil palabras. Se lo envié Campbell y el 8 de julio lo aceptó, centavo y un cuarto por palabra otra vez.

Esto significaba que la defunción de *Unknown* quedó amortiguada por el hecho de que había escrito y vendido otra narración.

SENTENCIA DE MUERTE

Brand Gorla sonrió incómodo.

—Estos bichos exageran, ya sabe.

—¡No, no, no! —Los ojos albinorosados del hombrecillo se abrieron súbitamente—. Dorlis era grande cuando todavía no había entrado en el Sistema Yégano ningún hombre. Era la capital de una Confederación Galáctica mayor que la nuestra.

—Bien, entonces digamos que era una capital antigua. Lo admitiré y dejaré el resto para un arqueólogo.

—Los arqueólogos no sirven. Lo que yo he descubierto requiere un especialista en su propio campo. Y usted forma parte de la Junta.

Brand Gorla parecía dubitativo. Se acordaba de Theor Realo en su último año de estudiante... un pequeño ser humano mal formado que acechaba por alguna parte en el trasfondo de sus recuerdos. Hacía muchísimo tiempo, pero el albino había sido un tipo raro. Eso se recordaba sin ninguna dificultad. Y seguía siéndolo.

—Intentaré ayudar —dijo Brand—, si me dice usted qué quiere.

Theor le miraba vivamente.

—Quiero que exponga ciertos hechos ante la Junta. ¿Me promete hacerlo?

Brand se escabullía.

—Aunque le ayude, Theor, tendré que recordarle que soy un miembro joven de la Junta Psicológica. No tengo mucha influencia.

—Debe hacer cuanto pueda. Los hechos hablarán por sí mismos. —Al albino le temblaban las manos.

—Adelante. —Brand se resignó. Se trataba de un antiguo condiscípulo. No se podía ser demasiado tajante en ciertas cosas.

Brand Gorla recostó la espalda en el asiento y se relajó. La luz de Arturo brillaba a través de las ventanas, que tocaban al techo, difundida y suavizada por el cristal polarizador. Pero hasta esa versión diluida de la luz solar resultaba excesiva para los rosados ojos del otro, que se hacía pantalla con la mano mientras hablaba.

—He vivido veinticinco años en Dorlis, Brand —dijo—. He penetrado en lugares que nadie sabía que existieran, y he descubierto cosas. Dorlis fue la capital cultural y científica de una civilización mayor que la nuestra. Sí, lo fue, y particularmente en psicología.

—Las cosas pretéritas siempre parecen mayores —Brand se dignó sonreír—. Existe un teorema en este sentido, que encontrará usted en cualquier texto elemental. Los estudiantes de primer año lo llaman, invariablemente, el teorema de «GOD» (ya sabe, de Dios, en inglés). Es por las iniciales de la expresión inglesa de Good-Old-Days (o sea, «Los buenos tiempos antiguos»), ya sabe. Pero continúe.

Theor frunció el ceño ante aquella digresión y procuró disimular los inicios de una mueca sarcástica.

—Siempre se puede echar por la borda un hecho desagradable pegándole una

etiqueta. Pero contésteme a esto: ¿Qué sabe usted de ingeniería psicológica?

—No existe tal cosa —replicó Brand encogiéndose de hombros—. Al menos en el sentido matemático estricto. Toda la propaganda y todo lo que se anuncia no es sino una tosca forma de ingeniería psicológica de «si no la yerro la acierto»... muy eficaz en ocasiones. Acaso usted quiera decir esto mismo.

—De ningún modo. Quiero decir experimentos auténticos, con grandes masas de gente, bajo condiciones controladas y por un período de años.

—Se habló mucho de esas cosas; pero no son factibles en la práctica. Nuestra estructura social no soportaría gran cantidad de tales experimentos, y no sabemos bastante todavía para montar controles efectivos.

Theor dominaba su excitación.

—Pues los antiguos sí sabían bastante. Y montaron controles.

Brand reflexionó flemáticamente.

—Asombroso e interesante, pero ¿cómo lo sabe?

—Porque encontré los documentos relativos al caso. —Hizo una pausa; le faltaba el aliento—. Un planeta entero, Brand. Un mundo completo elegido convenientemente, poblado de seres sometidos a un control estricto desde todos los ángulos. Estudiados, clasificados, y sujetos a experimentación. ¿No se imagina el cuadro?

Brand no notaba ninguno de los signos habituales de trastorno mental. Una investigación más a fondo, quizá... Respondió, inalterable:

—Debe haber sufrido un error de interpretación. Es totalmente imposible. No se puede controlar así a los seres humanos. Demasiadas variables.

—He ahí la cuestión, Brand. No eran humanos.

—¿Qué?

—Eran robots positrónicos. Todo un mundo de robots, Brand, sin otra cosa que hacer que vivir y reaccionar y ser observados por un equipo de psicólogos de verdad.

—¡Es una locura!

—Tengo pruebas... porque el mundo de los robots sigue existiendo. La Primera Confederación cayó en pedazos, pero aquel mundo de robots continuó en marcha. Todavía existe.

—¿Cómo lo sabe?

Theor Realo se puso en pie.

—¡Porque he vivido allí estos últimos veinticinco años!

El director de la Junta se quitó la bata de ribetes encarnados y se metió la mano en el bolsillo para sacar un cigarro largo, nudoso y decididamente no oficial.

—Absurdo —refunfuñó— y demente por completo.

—Eso es —asintió Brand—, y no puedo soltárselo a la Junta así por las buenas. No me escucharían. Primero tengo que exponérselo a usted, y luego, si usted puede respaldarlo con su autoridad.

—¡Oh, qué locura! Jamás me habían contado nada tan... ¿Quién es el sujeto?

—Un chiflado, lo reconozco —suspiró Brand—. Estaba en mi clase, en Arturo U., y ya entonces era un albino medio loco. Inadaptado como el diablo, loco por la historia antigua; la clase de sujeto que cuando se le mete una idea en la cabeza la lleva hasta el fin a base de darle y darle, terca, calladamente. Dice haber andado husmeando por Dorlis veinticinco años seguidos. Consiguió una información completa sobre toda una civilización, prácticamente.

El director de la Junta chupaba el cigarro con furia. —Sí, lo sé. En los seriales del telestato, el aficionado brillante es siempre el que descubre las grandes cosas. El francotirador. El lobo solitario. ¡Tonterías! ¿Ha consultado usted al Departamento de Arqueología?

—Sí. Y obtuve un resultado interesante. A nadie le importa Dorlis. Vea usted, ya no se trata de historia antigua siquiera, sino de quince mil años atrás. De un mito, prácticamente. Los arqueólogos que se precian no pierden demasiado tiempo en ello. Es precisamente el descubrimiento que un lego, borracho de libros y con la mente dirigida en una sola dirección, había de realizar. Después, por supuesto, si la cuestión sale bien, Dorlis se convertirá en el paraíso de los arqueólogos.

El jefe de la Junta torció el vulgar semblante en una mueca espantosa.

—Esto no halaga mucho nuestro amor propio. Si hay algo de verdad en lo que me dice, la llamada Primera Confederación debió tener un conocimiento de la psicología tan superior al nuestro que nosotros, en comparación, no somos sino unos pobres imbéciles delirantes. Además, debieron construir unos robots positrónicos setenta y cinco veces superiores a todo lo que nosotros hemos proyectado siquiera. ¡La Galaxia! ¡Piense en las matemáticas que se requiere!

—Mire, señor, he consultado a casi todo el mundo. No le explicaría a usted el asunto si no estuviera seguro de haber comprobado todos los extremos. Lo primero que hice fue acudir a Blak, que es matemático consejero de la Unidad de robots. Y él dice que eso no tiene límite. Con el tiempo, el dinero y el progreso en psicología suficientes (no olvide este punto) se podrían construir robots así ahora mismo.

—¿Qué pruebas tiene?

—¿Quién? ¿Blak?

—¡No, no! El amigo de usted. El albino. Usted ha dicho que tenía documentos.

—Los tiene. Los traigo aquí. Tiene documentos... y no se puede negar su antigüedad. Desde el domingo pasado estuve haciéndola comprobar de todas las formas posibles. Yo no sé leerlos, naturalmente. No sé si hay alguien que sepa, excepto Theor Real

—Lo cual equivale a tener que guardar las armas en el almacén, ¿verdad? Tenemos que aceptar la palabra del albuelo.

—Sí, en cierto modo. Aunque no pretende saber descifrar más que algunos fragmentos. Dice que eso está emparentado con el centauriano antiguo, y yo he ordenado a unos lingüistas que se pongan a estudiarlo. Se podrá descifrar el texto, y si la traducción de mi amigo no es fiel, lo sabremos.

—Muy bien. Veámoslo.

Brand Gorla sacó los documentos montados en plástico. El jefe de la Junta los apartó y cogió la traducción. Mientras leía iban elevándose unas columnas de humo.

—Hummm —comentó—. Supongo que los demás datos estarán en Dorlis.

—Theor sostiene que hay de cien a doscientas toneladas de planos y modelos, en total, nada más que sobre el cerebro de los robots positrónicos. Siguen guardados allá, en el sótano de origen. Pero esto es lo que menos importa. El ha estado personalmente en el mundo de los robots. Se procuró fotomoldes, grabaciones teletipo, toda clase de detalles. No están acoplados; son, evidentemente; el trabajo de un lego que casi no sabe nada de psicología. Pero aun así, ha conseguido reunir datos suficientes para demostrar de un modo bastante concluyente que el mundo en que se encontraba no era..., no era... pues... natural.

—Y eso, ¿lo trae aquí también?

—Todo. La mayor parte está en microfilm, pero he traído el proyector. Aquí tiene los oculares.

Una hora después, el jefe de la Junta decía:

—Mañana convocaré una reunión y presentaré el caso.

Brand Gorla sonrió tensamente.

—¿Enviaremos una comisión a Dorlis?

—Eso será —contestó secamente el otro— cuando consigamos (si la conseguimos) una adjudicación de la Universidad para este asunto. Mientras, confíeme este material, por favor. Quiero estudiarlo un poco más.

Teóricamente, el Departamento Gubernamental de Ciencia y Tecnología ejerce el control administrativo de todas las investigaciones científicas. Sin embargo, en la realidad, los grupos de investigación pura de las grandes universidades son cuerpos perfectamente autónomos y, por regla general, el Gobierno no se preocupa de discutirles esa autonomía. Pero una regla general no es una regla universal.

De modo que, si bien el jefe de la Junta arrugó el ceño, se enfureció y juró, no pudo negar una entrevista a Wynne Murry. Para dar a este último el título que le corresponde, diremos que era subsecretario encargado de psicología, psicopatía y tecnología mental.

Además, era, por derecho propio, un psicólogo de categoría.

Así pues, el jefe de la Junta podía contemplarle con mirada furiosa, pero nada más.

El secretario Murry pasó por alto, alegremente, aquella mirada de fuego. Se frotó el mentón contra la ropa y dijo:

—Viene a resultar un caso de información insuficiente. ¿Lo expresaremos así?

El jefe de la Junta replicó con frialdad:

—No veo qué información quiere. La opinión del Gobierno en materia de adjudicaciones universitarias vale únicamente como consejo, y, en este caso, podría decir yo, el consejo no es acogido con gusto.

Murry alzó los hombros.

—No tengo nada que decir contra la adjudicación. Pero ustedes no abandonarán el planeta sin el permiso del Gobierno. Y ahí es donde entra en juego la insuficiencia de la información.

—No hay otra información que la que le hemos dado.

—Pero las noticias se han filtrado al exterior. ¡Con tanto secreto infantil e innecesario!

El viejo psicólogo se sonrojó.

—¡Secreto! Si no conoce el estilo de vida académico, yo no puedo remediarlo. No se pueden poner en conocimiento del público las investigaciones, y en especial las más importantes, hasta que se han logrado progresos concretos. Cuando regresemos, le enviaremos copias de todos los documentos que publiquemos.

Murry movió la cabeza.

—Hum..., hum... No basta. Irá usted también a Dorlis, ¿verdad?

—Hemos informado al Departamento de Ciencia en este sentido.

—¿Por qué?

—¿Por qué quiere saberlo?

—Porque ha de tratarse de algo muy importante; de no ser así, no iría personalmente el jefe de la Junta. ¿Qué es eso de una civilización más antigua y un mundo de robots?

—Bien, pues ya está enterado.

—Sólo de vagas nociones que hemos logrado recoger por ahí. Quiero los detalles.

—Ahora no los tenemos. No los sabremos hasta que estemos en Dorlis. —
Entonces, iré con ustedes.

—¿Qué?

—Ya ve, yo también quiero conocer los detalles.

—¿Por qué?

—Ah —Murry estiró las piernas y se levantó—, ahora es usted quien pregunta. Inútilmente, vamos. Sé que a las universidades no les entusiasma mucho la supervisión del Gobierno; y sé que no puedo esperar ninguna ayuda voluntaria de ninguna fuente académica. Pero ¡por Arturo!, esta vez tendré una colaboración, y no me importa que luchen poco o mucho. La expedición de ustedes no irá a ninguna parte, si no me integro yo en ella... como representante del Gobierno.

Como mundo, Dorlis impresiona poco. Su importancia en la economía galáctica es nula; está alejado de las grandes rutas comerciales; sus indígenas son atrasados e incultos; su historia, oscura. Y sin embargo, en los montones de derribos que cubren una antigua civilización, hay oscuras pruebas de un advenimiento de llamas y destrucción que arruinaron el Dorlis de tiempos anteriores... la mayor capital de una Federación mayor.

En algunos lugares de aquellas ruinas, unos hombres de un mundo nuevo hurgaban, tanteaban y trataban de comprender.

El jefe de la Junta movió la cabeza y se echó hacia atrás el canoso cabello. Hacía una semana que no se afeitaba.

—Lo malo es —dijo— que no tenemos puntos de referencia. El idioma lograremos descifrarlo, supongo, pero nada se puede hacer con la numeración.

—Yo creo que ya se ha logrado mucho.

—¡Palos de ciego! Juegos de adivinanzas fundados en las traducciones de su amigo el albino. No cimentaría ninguna esperanza en tales terrenos.

—¡Tonterías! —replicó Brand—. Usted invirtió dos años en la Anomalía Nimia, y hasta el momento sólo ha invertido dos meses en esto, que requiere un trabajo mil veces mayor. No es eso lo que le fastidia —Brand hizo una mueca malhumorada—. No se necesita ser psicólogo para ver que lleva pegada a su persona la condición de miembro del Gobierno.

El jefe de la Junta mordió la punta de un cigarro y la escupió a metro y medio. Luego dijo pausadamente:

—Tres son las cosas que más me irritan de ese idiota obstinado. Primera, no me gusta que el Gobierno interfiera. Segunda, no me gusta tener a un extraño husmeando por ahí cuando nos hallamos en la cumbre de lo más grande que se ha dado en la historia de la psicología. Tercera, ¿qué requetestrellas quiere? ¿Qué objetivo persigue?

—No lo sé.

—¿Qué habría de perseguir? ¿Ha pensado usted en ello siquiera? —No. Francamente, no me importa. Si yo fuera usted, le ignoraría.

—¡Usted sí! —respondió en tono violento el jefe de la Junta—. Usted piensa que basta tan sólo con ignorar la participación del Gobierno en este asunto. Le supongo informado de que Murry se da el título de psicólogo...

—Lo estoy.

—E imagino que sabe que demuestra un interés devorador por todo lo que hemos hecho.

—Cosa muy natural, diría yo.

—¡Ah! Y sabe además... —Bajó la voz tan instantáneamente que a Brand le sorprendió—. Muy bien, Murry está en la puerta. Tómelo con calma.

Wynne Murry saludó con una sonrisa, pero el jefe de la Junta movió la cabeza sin sonreír.

—Bueno, señor —dijo Murry en tono fanfarrón—, ¿sabe que llevo cuarenta y ocho horas de pie? Ustedes tienen algo aquí. Algo gordo.

—Gracias.

—No, no. Hablo en serio. El mundo de los robots existe.

—¿Se figuraba que no?

El secretario levantó los hombros con aire amistoso.

—Uno posee cierto escepticismo innato. ¿Qué planes tienen para el futuro?

—¿Por qué lo pregunta? —El jefe de la Junta escupía las palabras como si se las

arrancasen una a una.

—Para ver si coinciden con los míos.

—¿Y cuáles tiene usted?

—No, no —objetó el secretario, siempre risueño—. Usted primero. ¿Cuánto tiempo piensa estar aquí?

—Todo el que se necesite para empezar un estudio a fondo de los documentos del caso.

—Eso no significa nada. ¿Qué entiende por empezar un estudio a fondo?

—No tengo la menor idea. Puede requerir años enteros.

—¡Ah, maldición!

El jefe de la Junta enarcó las cejas y no dijo nada.

El secretario se miraba las uñas.

—Doy por supuesto que usted sabe dónde está situado ese mundo de robots.

—Naturalmente. Theor Realo estuvo allí. Hasta el momento, los informes que nos dio han resultado muy exactos.

—Es cierto. ¡El albino! Bien, ¿por qué no vamos allá?

—¡Ir allá! ¡Imposible!

—¿Puedo preguntar por qué?

—Mire —respondió el jefe de la Junta con reprimida impaciencia—, usted no está aquí por invitación nuestra, y tampoco le pedimos que nos diga lo que debemos hacer; pero sólo para demostrarle que no busco pelea, voy a obsequiarle con un pequeño tratamiento metafórico de la cuestión. Suponga que nos regalan una máquina enorme y complicada, compuesta de materiales y principios de los que casi no sabemos nada. Es tan grande que ni siquiera podemos distinguir la relación entre sus diversas partes, por no hablar ya de la finalidad de toda ella. Pues bien, ¿me aconsejaría usted que atacase las misteriosas y delicadas partes móviles de la máquina con un rayo fulminante antes de saber cómo se maneja todo aquello?

—Comprendo su postura, naturalmente, pero se está convirtiendo en un místico. La metáfora es bastante forzada.

—En modo alguno. Esos robots positrónicos fueron construidos según principios que, por el momento, nosotros desconocemos en absoluto y los hicieron para lograr objetivos que no podemos imaginar. Lo único que sabemos, más o menos, es que los pusieron aparte, completamente aislados, para que se labraran su destino por sí mismos. Destruir tal aislamiento sería destruir el propio experimento. Si vamos allá en grupo, introduciendo factores nuevos, imprevistos, provocando reacciones no apetecidas, lo arruinaremos todo.

El menor trastorno... —¡Cuentos! Theor Realo estuvo allá.

El jefe de la Junta perdió la paciencia de repente.

—¿Cree que no lo sé? ¿Se imagina qué habría sucedido si ese maldito albino no hubiera sido un fanático ignorante, desprovisto de las más elementales nociones de psicología? ¡La Galaxia sabrá qué daños ha causado el idiota ese!

Hubo un silencio. El secretario se golpeaba los dientes con una uña pensativa.

—No sé... No sé. Pero tengo que descubrirlo. Y no puedo esperar años enteros.

Murry se fue, y el jefe de la Junta se volvió, echando chispas, hacia Brand.

—¿Y cómo vamos a impedirle que se traslade al mundo de los robots, si le viene en gana?

—No sé cómo podrá ir si nosotros no se lo permitimos. El no es el jefe de la expedición. —Ah, ¿no lo es? Eso es lo que iba a decirle a usted momentos antes de que entrase él. Desde que llegamos, han aterrizado en Dorlis tres naves de la flota.

—¿Qué?

—Lo que oye.

—Pero ¿para qué?

—Eso, hijo mío, es lo que yo tampoco entiendo.

—¿Le importa que pase? —preguntó en tono campechano Wynne Murry, y Theor Realo levantó repentinamente unos ojos ansiosos de los papeles, irremediamente desordenados, que tenía sobre la mesa.

—Entre. Le dejaré un asiento libre.

El albino, con los nervios en tensión, despejó una silla.

Murry se sentó, haciendo cabalgar, una sobre otra, sus largas piernas.

—¿Le han dado un trabajo aquí también? —Con el mentón indicaba la mesa escritorio.

Theor movió la cabeza y sonrió débilmente. Con gesto casi automático, amontonó los papeles y los volvió boca abajo.

En los meses transcurridos desde que había regresado a Dorlis con un centenar de psicólogos, más o menos famosos y renombrados, se había sentido relegado, cada vez más, del centro de los acontecimientos. Ya no quedaba sitio para él. Salvo cuando contestaba las preguntas que le hacían sobre la verdadera situación del mundo de los robots, que sólo él —y nadie más— había visitado, no representaba ningún papel. Y aun ahí descubría, o creía descubrir, una cólera reprimida de que hubiera sido él quien lo visitara, y no un científico competente.

Era irritante. Sí, en cierto modo siempre había sido igual.

—Usted dispense... —Había dejado sin respuesta la última observación de Murry.

—Digo que es muy raro que no le hayan asignado una misión. ¿Verdad que fue usted quien descubrió ese mundo?

—Sí —el albino se animaba—. Pero se me escapó de las manos. Salió fuera de mi alcance.

—Sin embargo, usted estuvo en el mundo de los robots.

—Pero me dicen que fue un error, que hubiera podido arruinarlo todo.

—Lo que les revienta —contestó el otro, con una mueca—, creo yo, es que usted posee un montón de datos de primera mano que ellos no tienen. No se deje engañar por los caprichosos títulos que se dan y no se considere una insignificancia. Vale más

un lego con sentido común que un especialista ciego. Usted y yo (que también soy lego en la materia, ya sabe) hemos de defender nuestros derechos. Ea, coja un cigarrillo.

—No fumo... Cogeré uno, gracias.

El albino sentía una gran corriente de simpatía por aquel hombre tan alto que tenía delante. Puso los papeles boca arriba otra vez y encendió el cigarrillo con mano valiente, aunque insegura.

—Veinticinco años —Theor hablaba con precaución, sorteando los imperiosos deseos de toser.

—¿Contestaría a unas cuantas preguntas sobre ese mundo?

—Supongo que sí. Es para lo único que me utilizan ahora. Pero ¿no sería mejor que se las hiciera a ellos? A estas horas ya lo tendrán todo descifrado, probablemente —Theor lanzaba el humo tan lejos de sí como podía.

—Con franqueza —replicó Murry—, no han empezado todavía, y yo quiero los datos sin el riesgo de una traducción psicológica incorrecta. En primer lugar, ¿qué clase de personas (o cosas) son esos robots? No tiene ninguna fotoimpresión de ellos, ¿verdad que no?

—Pues, no. No me gustaba tomarlas. Pero no son cosas. ¡Son personas!

—¡No! ¿Tienen figura de... de personas?

—Sí... en gran parte. Exteriormente, por lo menos. Yo me traje unos estudios microscópicos que pude conseguir sobre la estructura celular. Los tiene el jefe de la Junta. Por dentro son distintos, ya sabe, muy simplificados. Pero usted no se daría cuenta. Son interesantes... y simpáticos.

—¿Son más sencillos que la vida del planeta donde viven?

—¡Oh, no! Es un planeta muy primitivo. Y... y... —le interrumpió un acceso de tos apagó el cigarrillo, aplastándolo lo más disimuladamente que pudo—. Poseen una base protoplásmica, ya sabe. No, creo que tengan la menor idea de que son robots.

—No. No imaginaba que fueran a tenerla. Y en ciencia, ¿cómo están?

—No lo sé. Nunca tuve ocasión de verlo. Y todo es tan diferente... Creo que se necesitaría ser un experto para comprenderlo.

—¿Tenían máquinas?

El albino parecía sorprendido.

—Pues claro. Muchísimas, y de todas clases.

—¿Grandes ciudades?

—¡Sí!

En los ojos del secretario asomaba una mirada pensativa.

—Y usted los aprecia. ¿Por qué?

Theor Realo se animó de repente.

—No lo sé. Simplemente, eran amables. Nos llevábamos bien. No me molestaban para nada. No sabría señalar una causa concreta. Quizá se deba a que me cuesta tanto seguir adelante, de regreso a mi país, y a que no era tan difícil tratar con ellos como

con personas de verdad.

—¿Eran más acogedores?

—No... No puedo afirmarlo. Nunca me aceptaron del todo. Yo era extranjero, al principio no conocía su idioma... y todas esas cosas. Pero —el albino levantó los ojos con repentina animación— yo los comprendía mejor. Adivinaba mejor lo que pensaban. Yo... pero no sé el porqué.

—Hmm... hmm... hmm. Bueno..., ¿otro cigarrillo? ¿No? Tengo que darle una paliza a la almohada. Se hace tarde. ¿Qué le parece una partida de golf conmigo mañana? He preparado un pequeño campo. Servirá. Venga. El ejercicio le renovará el aire de los pulmones.

Sonrió y se fue. Y murmuró una frase para su colete: «Parece una sentencia de muerte». Y silbando pensativamente se encaminó hacia sus aposentos.

Se repetía la frase al día siguiente cuando se encontraba delante del jefe de la Junta, con la cintura ceñida por el fajín del cargo. No se sentó.

—¿Otra vez? —exclamó el jefe de la Junta con aire de fatiga.

—¡Otra vez! —asintió el secretario—. Pero ésta para ir al grano de verdad. Es posible que tenga que tomar la dirección de su grupo.

—¿Qué? ¡Imposible, señor! No prestaré oídos a semejante proposición.

—Tengo el nombramiento —Wynne Murry sacó el cilindro de metaloide que se abría con sólo una presión del pulgar—. Tengo plenos poderes y los puedo utilizar según mi propio criterio. Firma, como observará usted, el presidente del Congreso de la Federación.

—Ya... Pero ¿por qué? —El jefe de la Junta, haciendo un gran esfuerzo, respiraba normalmente—. Aparte de un despotismo arbitrario, ¿hay algún otro motivo?

—Y muy poderoso, señor. En todo momento, ustedes y nosotros hemos considerado esta expedición desde ángulos muy distintos. El Departamento de Ciencia y Tecnología no contempla el mundo de los robots desde el punto de vista de una curiosidad científica, sino desde el de su posible interferencia con la paz de la Federación. No creo que usted se haya detenido nunca a considerar el peligro que encierra ese mundo de robots.

—No veo ninguno. Está perfectamente aislado y es del todo inofensivo.

—¿Cómo puede saberlo?

—Por la naturaleza misma del experimento —gritó enojado el jefe de la Junta—. Los primeros que lo proyectaron querían un sistema lo más completamente cerrado posible. Y aquí los tiene en un lugar que no podría hallarse más alejado de las rutas comerciales, en una región del espacio muy escasamente poblada. El objetivo fundamental era que los robots se desarrollaran libres de interferencias. Murry sonrió.

—No estoy de acuerdo sobre este punto. Mire, lo malo de usted es que es un teórico. Usted mira las cosas tal como deberían ser, y yo, que soy un hombre práctico,

las miro tal como son. No se puede montar ningún experimento para dejar que siga indefinidamente por su propio impulso. Se da por descontado que en alguna parte hay un observador, por lo menos, que vigila y modifica la situación según indican las circunstancias.

—¿Y entonces? —preguntó estólidamente el jefe de la Junta.

—Entonces, los observadores de este experimento, los antiguos psicólogos de Dorlis, desaparecieron con la Primera Confederación, y el experimento ha seguido, por su propio impulso, durante quince mil años. Se acumularon pequeños errores, convirtiéndose así en errores grandes, que introdujeron factores extraños que provocaron nuevos errores. Es una progresión geométrica. Y no ha habido nadie que la interrumpiera.

—Pura hipótesis.

—Quizá. Pero a usted sólo le interesa el mundo de los robots, y yo tengo que pensar en toda la Federación.

—¿Y qué peligro, exactamente, puede representar el mundo de los robots para la Federación? Por Arturo, que no sé adonde quiere ir a parar, señor mío. Murry suspiró.

—Lo diré llanamente, pero no me critique si le parezco melodramático. La Federación no ha librado una guerra interna durante siglos. ¿Qué ocurrirá si entramos en contacto con esos robots? —¿Teme a un solo mundo?

—Es posible. ¿Qué sabemos de su ciencia? Los robots son capaces de comportamientos raros, a veces.

—¿Qué ciencia pueden poseer? No son superhombres electrometálicos. Son débiles criaturas protoplásmicas, pobre imitación de la verdadera humanidad, construidas alrededor de un cerebro positrónico adaptado a una serie de leyes psicológicas humanas simplificadas. Si lo que le asusta es la palabra «robot»...

—No, no me asusta la palabra; pero he hablado con Theor Realo. Es el único que los ha visto, ya sabe.

El jefe de la Junta soltaba, a chorro, una serie de maldiciones calladas. El fallo estaba en haber dejado que un engendro de lego retrasado mental se metiera entre piernas y se situara en un lugar donde poder charlar y hacer daño.

—Tenemos el relato completo de Realo —contestó—, y lo hemos evaluado total y expertamente. Se lo aseguro, no encierra ningún peligro. El experimento tiene un carácter tan exclusivamente académico que no le dedicaría ni dos días si no fuese por el tremendo alcance que ofrece la cuestión. Por lo que nosotros vemos, el objetivo en sí consistía en construir un cerebro positrónico que contuviera modificaciones de un par de axiomas fundamentales. No hemos examinado bien los detalles, pero han de ser de segundo orden, pues se trataba del primer experimento de esta naturaleza jamás puesto en marcha, y hasta los grandes psicólogos míticos de aquellos días habían de avanzar paso a paso. Esos robots, se lo digo, no son ni superhombres ni bestias. Se lo aseguro... como psicólogo.

—Lo siento. Yo también lo soy. Un poco más a ras de suelo, me temo. Eso es

todo. ¡Pero hasta pequeñas modificaciones...! Piense en el espíritu general de combatividad. Éste no es el término científico; pero no estoy de humor para tecnicismos. Ya sabe qué quiero decir. Nosotros, los humanos, solíamos ser combativos. Al fin hemos eliminado aquella pasión. Un sistema político y económico estable no alienta el derroche de energías en combates. No se trata de un factor de supervivencia. Pero suponga que los robots sí lo sean. Suponga que, como resultado de una evolución equivocada durante los milenios que no los ha vigilado nadie, se hayan vuelto mucho más combativos de como los hicieron sus primeros creadores. Serían entonces unos vecinos muy incómodos.

—Y suponga que todas las estrellas de la Galaxia se convirtiesen en novae. No nos angustiemos por cosas imaginarias.

—Queda otro punto —Murry pasó por alto el vivo sarcasmo de su interlocutor—. A Theor Realo le gustaban esos robots. Los quería más que a la gente de verdad. Se sentía en su sitio allí, y todos sabemos que ha sido un inadaptado total en su propio mundo.

—¿Qué significa eso? —preguntó el jefe de la Junta.

—¿No lo ve? —Wynne Murry enarcó las cejas—. A Theor Realo le gustan los robots porque es como ellos, evidentemente. Le garantizo desde este mismo instante que un análisis psíquico completo de Theor Realo pondría de manifiesto la modificación de varios axiomas fundamentales, y los mismos, precisamente, que los de los robots.

»Y fíjese usted en que —el secretario continuaba sin interrumpirse— Theor Realo trabajó un cuarto de siglo para demostrar un hecho determinado, cuando toda la ciencia se habría reído de él hasta dejarlo sin aliento, si lo hubiera sabido. Hay un fanatismo tremendo en eso; una genuina y sincera perseverancia inhumana. ¡Esos robots son así, probablemente!

—No me brinda ninguna lógica. Arguye usted como un maniaco, como un idiota lunático.

—No necesito pruebas matemáticas estrictas. Tengo que proteger la Federación. Me basta con una duda razonable, y ésta existe, usted lo sabe. Los psicólogos de Dorlis no eran tan superiores. Habían de progresar paso a paso, como usted mismo ha observado. Sus humanoides (no los llamemos robots) eran simples imitaciones de seres humanos, pero no podían ser muy buenas. Los humanos poseemos ciertos sistemas de reacción muy complejos, complicadísimos..., elementos tales como conciencia social, una tendencia a establecer sistemas éticos, y cosas más corrientes, como la caballerosidad, la generosidad, la honradez, etc., etc., que, sencillamente, no se pueden copiar. No creo que esos humanoides puedan poseer tales sistemas. Pero si han de tener perseverancia, que implica en la práctica tenacidad y combatividad, si no me hice una idea falsa de Realo. Pues bien, si han conquistado un atisbo de ciencia al menos, no los quiero corriendo sueltos por la Galaxia, aunque nosotros los superemos mil o un millón de veces en número. ¡No pienso permitirselo!

El semblante del jefe de la Junta había adquirido una expresión de inquietud.

—¿Qué se propone hacer?

—Todavía no lo he decidido. Pero creo que voy a organizar un desembarco en pequeña escala en el planeta.

—Eh, espere. —El viejo psicólogo se había puesto en pie y rodeaba la mesa. Ahora cogía al secretario por el codo—. ¿Está seguro de lo que hace? Las posibilidades de ese experimento masivo quedan fuera de todo posible cálculo previo que hagamos usted o yo. No puede saber qué destruirá.

—Lo sé. ¿Cree que me divierte lo que estoy haciendo? Éste no es un trabajo de héroe. Soy bastante psicólogo para saber qué clase de investigación está en marcha; pero me han enviado aquí para proteger a la Federación, y me propongo hacerlo lo mejor que sepa y pueda... Cierto que se trata de una tarea cochina, pero no puedo remediarlo.

—No es posible que lo haya meditado a fondo. ¿Qué puede saber de la visión que nos proporcionaría sobre las ideas fundamentales de la psicología? Esto equivaldría a la fusión de dos sistemas galácticos, que podría elevarnos hasta cimas que importarán en conocimiento y poder un millón de veces más que todo el daño que pudieran causar los robots, aunque fuesen superhombres electrometálicos.

El secretario se encogió de hombros.

—Ahora es usted el que juega con posibilidades vagas.

—Oiga, le haré un trato. Bloquéelos. Aíslelos con sus naves. Monte guardias. Pero no los toque. Denos más tiempo. Denos una oportunidad ¡Debe hacerlo!

—Lo había pensado. Pero tendría que conseguir el consentimiento del Congreso. Sería muy caro, ya sabe.

El jefe de la Junta se dejó caer en el sillón con furiosa impaciencia.

—¿De qué clase de gastos está hablando? ¿Se da cuenta de la importancia y la cuantía de los beneficios, si tenemos éxito?

Murry reflexionó; luego, con una media sonrisa, dijo:

—¿Y si progresan hasta poder realizar vuelos interestelares?

El jefe de la Junta se apresuró al prometerlo.

—Entonces, retiraré mis objeciones.

—Tendré que entendérmelas con el Congreso. —El secretario se levantó.

El semblante de Brand Corla permanecía cuidadosamente impasible mientras contemplaba la curvada espalda del jefe de la Junta. Las alegres y entusiasmadas charlas dirigidas a los miembros de la expedición que estuvieran libres carecían de sustancia.

Brand Gorla las escuchaba irritado.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó.

El jefe de la Junta encogió los hombros, pero no se volvió.

—He mandado llamar a Theor Realo. El locuelo salió para el continente Oriental la semana pasada...

—¿Por qué?

La interrupción encendió en ira al viejo.

—¿Cómo puedo entender 10 que haga aquel engendro? ¿No ve que Murry tiene razón? Psíquicamente, Theor es anormal. No deberíamos dejarle suelto, sin vigilancia. Si se me hubiera ocurrido algún día mirarle dos veces seguidas, no le habría dejado. De todos modos, ahora regresará y se quedará aquí —bajó la voz hasta un leve murmullo—. Debía haber llegado hace dos horas.

—Es una situación imposible, señor —dijo llanamente Brand.

—¿Lo cree?

—¿Cree usted que el Congreso aceptará que se patrulle indefinidamente el mundo de los robots? Cuesta mucho dinero, y el ciudadano medio de la Galaxia no considerará que ello justifique el aumento de los impuestos. Las ecuaciones psicológicas degeneran en axiomas de sentido común. En realidad no entiendo cómo Murry se avino a consultar al Congreso.

—¿No? —El jefe de la Junta acabó por ponerse frente a su subordinado—. Mire, el muy tonto se considera psicólogo, ¡la Galaxia nos ayude!, y éste es su punto débil. Se adula a sí mismo diciéndose que en el fondo de su corazón no querría destruir el mundo de los robots, pero que el bien de la Federación lo exige. Por eso aceptará encantado todo pacto razonable. El Congreso no lo soportará indefinidamente; no es preciso que me lo diga —hablaba sosegada, pacientemente—. Pero yo pediré diez años, dos, seis meses..., todo lo que pueda conseguir. Y algo lograré. En ese tiempo, nos enteraremos de cosas nuevas sobre dicho mundo. Sea como fuere, reforzaremos nuestra posición y renovaremos el acuerdo, cuando expire. Todavía salvaremos la empresa.

Hubo un corto silencio, y el jefe de la Junta suspiró:

—Bueno, aquí está. Muy bien, Gorla, siéntese; me pone nervioso. Echémosle un vistazo.

Theor Realo cruzó la puerta como un cometa y se detuvo, jadeando, en el centro de la habitación. Luego miró a ambos con ojos débiles, semientornados.

—¿Cómo ha ocurrido todo esto?

—¿Todo el qué? —inquirió fríamente el jefe de la Junta—. Siéntese. Quiero hacerle unas preguntas.

—No. Contésteme primero usted a mí.

—¡Siéntese!

Realo se sentó. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Van a destruir el mundo de los robots.

—No se inquiete.

—Usted mismo dijo que lo harían si los robots descubrían los viajes interestelares.

Usted lo dijo. ¡So tonto! ¿No ve...? —Se le quebró la voz.

El jefe de la Junta frunció el ceño, desazonado.

—¿Quiere calmarse y hablar con sentido?

El albino rechinó los dientes y emitió las palabras con esfuerzo.

—Es que conocerán los viajes interestelares dentro de muy poco tiempo. Los dos psicólogos se lanzaron hacia el hombrecillo.

—¿Qué?!

—Bueno... bueno, ¿qué se imaginan? —Realo dio un salto con toda la furia de su desesperación—. ¿Creen que aterricé en un desierto o en medio de un océano y exploré un mundo yo solito? ¿Piensan que la vida es un libro de historietas? Ellos me capturaron apenas aterricé y me llevaron a una gran ciudad. Al menos, yo creo que era una gran ciudad. Era diferente de las nuestras. Tenía... Pero no se lo diré.

—No piense en la ciudad —chilló el jefe de la Junta—. Le capturaron. Continúe.

—Y me estudiaron. Estudiaron mi máquina. Luego, una noche, me marché para avisar a la Federación. Ellos no sabían que me marchaba. No querían que me marchase —la voz se le quebró—. Y yo me habría quedado de buena gana, pero la Federación debía saberlo.

—¿Les explicó algo de su nave?

—¿Cómo podía explicárselo? No soy mecánico. No conozco la teoría ni la construcción. Pero les enseñé a manejar los mandos y les dejé mirar los motores. Esto es todo.

Brand Corla dijo en un murmullo:

—Entonces, no hallarán la manera. Con eso no les basta.

La voz del albino se elevó en un grito repentino de triunfo:

—Oh, sí, la hallarán. Los conozco. Son máquinas, ya saben. Trabajarán sobre el problema. Y volverán sobre él. No lo abandonarán nunca. Y lo resolverán. Recogieron de mí datos suficientes. Apuesto a que les bastarán.

El jefe de la Junta le dirigió una larga mirada y le volvió la espalda con aire de cansancio.

—¿Por qué no nos lo explicó?

—Porque ustedes me arrebataron mi mundo. Yo lo descubrí; solo; absolutamente solo. Y cuando hube hecho todo el trabajo realmente importante y les invité a participar, me echaron fuera. No supieron obsequiarme sino con lamentaciones porque había aterrizado en ese mundo y acaso lo hubiera estropeado todo por interferir. ¿Por qué habría de contárselo? Descúbranlo por sí mismos, si son tan sabios que pueden darse el gustazo de despacharme a puntapiés.

El jefe de la Junta pensaba con amargura: «¡Mal dotado! ¡Complejo de inferioridad! ¡Manía persecutoria! ¡Estupendo! Todo encaja ahora, cuando nos hemos tomado la molestia de alejar los ojos del horizonte y ver lo que teníamos ante las propias narices.

Ahora que todo se ha perdido».

—Muy bien, Realo —dijo en voz alta—. Todos salimos derrotados. Váyase.

Brand Gorla preguntó, con voz tensa:

—¿Se acabó? ¿Se acabó de verdad?

El jefe de la Junta respondió:

—Se acabó verdaderamente. El experimento primitivo, como tal, ha terminado. Las distorsiones creadas por la visita de Realo serán sobradamente importantes para convertir todo lo que estamos estudiando aquí en un lenguaje muerto. Además... Murry tiene razón. Si llegan a descubrir los viajes interestelares, serán peligrosos.

—Pero ustedes no van a destruirlos —gritaba Realo—. No pueden destruirlos. No han hecho ningún daño a nadie.

No le respondieron, y él siguió delirando:

—Me vuelvo allá. Les avisaré. Estarán preparados. Les avisaré.

Retrocedía hacia la puerta, con el delgado y blanco cabello hirsuto y los ojos, de encarnados bordes, saliéndosele de las órbitas.

El jefe de la Junta no se movió para detenerle cuando salió disparado.

—Déjele que se vaya. Aquello fue su vida. Ya no me importa.

Theor Realo se lanzó hacia el mundo de los robots a una velocidad que casi le sofocaba.

Allá lejos, al frente, había la mota de polvo de un mundo aislado lleno de imitaciones artificiales de seres humanos bregando y luchando como partes que eran de un experimento periclitado. Abriéndose paso a ciegas hacia la nueva meta de los viajes interestelares, que habían de ser su sentencia de muerte.

Se dirigía hacia aquel mundo, hacia la misma ciudad donde lo «estudiaron» la primera vez. La recordaba bien. Su nombre estaba formado por las dos primeras palabras que aprendió del idioma de aquella gente: ¡Nueva York!

El 26 de julio de 1943, que era lunes, fue uno de los escasos días libres que pude tomarme durante la guerra. (Al fin y al cabo era el primer aniversario de mi boda). Aquel día estaba en Nueva York, y visité a Campbell lo mismo que en los buenos viejos tiempos. Hablé con él de otro relato para la serie *Fundación* y también de otro para la de los «robots positrónicos». A partir de entonces, en las escasas ocasiones en que pasé un fin de semana en Nueva York, nunca dejé de visitar a Campbell y, por supuesto, sosteníamos una correspondencia regular.

Definitivamente, había vuelto a la literatura. Mi producción era escasa; no obstante, durante los años que quedaban de guerra escribí dos series «robot positrónicas», *Atrapa esa liebre* y *Paradoxical Escape*, que aparecieron en los números de febrero de 1944 y agosto de 1945, respectivamente, de *Astounding*. En su momento, ambas quedarían incluidas en *Yo, Robot*. (La segunda aparece bajo el título de *Escape —La fuga—*. La palabra «Paradoxical» la había añadido Campbell, que algunas veces, muy pocas, cambiaba los títulos, y a mí no me gustaba).

Durante los citados años también escribí no menos de cuatro relatos de la serie *Fundación*. Fueron: *El grande y el pequeño*, *La cuña*, *La mano muerta* y *El Mulo*. Todos aparecieron en *Astounding*, por supuesto, los tres primeros en los números de agosto de 1944, octubre de 1944 y abril de 1945, respectivamente.

El Mulo batió varios récords para mí. Era la narración más larga que había escrito hasta la fecha: cincuenta mil palabras. Aun así, y a pesar de que había de trabajar en ella en los cortos ratos libres que me dejaban el matrimonio y mi empleo, la terminé en tres meses y medio. La presenté el 21 de mayo de 1945 y la aceptaron el 29. (En verdad, durante la guerra no se me rechazó nunca nada, y tampoco tardaron en aceptar mis trabajos. Que no presenté a nadie más que a Campbell).

Más todavía, a principios de 1944 Campbell elevó el precio base a centavo y medio por palabra, y unos meses después, a centavo y tres cuartos. *El Mulo* me supuso un cheque de 875

dólares. Fue, con mucho, el mayor que recibí jamás por un solo relato. La verdad es que a finales de la guerra, escribiendo en mis ratos libres, ganaba la mitad del dinero que cobraba en mi empleo de la NAES, a pesar de que me habían ascendido y a finales de la guerra cobraba sesenta dólares semanales.

Por otra parte, *El Mulo* era el primer relato que había publicado en forma de serial. Apareció en dos partes en los números de noviembre, y diciembre de 1945 de *Astounding*.

De los cuentos de *Fundación* de los tiempos de la guerra, *El grande y el pequeño* y *La cuña* están incluidos en *Fundación*, mientras que *La mano muerta* y *El Mulo*, juntos, forman el total de *Fundación e Imperio*.

Durante los dos años que van de mediados de 1943 a mediados de 1945, escribí un solo cuento. No pertenecía ni a la serie de *Fundación* ni a la de *Robot positrónico*; me lo había inspirado directamente la NAES. Este cuento era *Callejón sin salida*, que escribí durante septiembre y los primeros días de octubre de 1944. Se lo presenté a Campbell el 10 de octubre, y el día 20 fue aceptado.

CALLEJÓN SIN SALIDA

«Una sola vez en toda la historia galáctica se descubrió una raza de seres inteligentes». Ligurn Vier, Ensayos de historia.

I

De: Oficina de Provincias Exteriores.

A: Loodun Antyok, Administrador Público Jefe, A-8.

Tema: Supervisor Civil de Cefeo 18, Situación Administrativa como:

Referencias:

- Decreto del Concejo 2515, del año 971 del Imperio Galáctico, titulado «Nombramiento de Funcionarios del Servicio Administrativo, Métodos para el Revisión de,»
- Ordenanza Imperial, Ja 2374, fechada 243/ 975 G. E.
- En virtud de la referencia (a) queda usted nombrado por la presente para el cargo aludido en el tema. La jurisdicción del citado cargo de supervisor civil de Cefeo 18 se extenderá sobre los vasallos no-humanos del emperador que vivan en el planeta bajo las cláusulas de autonomía expresadas en la referencia (b).
- Los deberes del cargo del tema abarcarán la supervisión general de todos los asuntos internos no-humanos, la coordinación de los comités investigadores e informadores autorizados por el Gobierno, y la preparación de informes semestrales sobre todas las fases de asuntos no-humanos.

C. Morly, jefe de la O. de P. E., 12/977 G. E.

Loodun Antyok había escuchado muy atento, y ahora sacudía blandamente la redonda cabeza.

—Amigo, me gustaría ayudarle; pero ha cogido por los cuernos al toro que no debía coger. Será mejor que lleve este asunto a la Oficina.

Tomor Zammo volvió a derrumbarse sobre el sillón y se frotó furiosamente el pico que tenía por nariz, se pensó mejor lo que iba a decir y, en su lugar, respondió sosegadamente:

—Sería lógico, pero no práctico. Ahora no puedo hacer un viaje a Trántor. Usted es el, representante de la Oficina en Cefeo 18. ¿Está completamente inerme?

—Pues, hasta como supervisor civil, tengo que moverme dentro de los límites de la política de la Oficina.

—Bien —gritó Zammo—, entonces dígame qué política sigue la Oficina. Soy jefe de un comité investigador científico, bajo autorización imperial directa y se me

supone investido de los poderes más amplios; sin embargo, a cada recodo del camino me veo detenido en seco por las autoridades civiles, que no saben sino soltarme el grito de loro de «política de la Oficina» para justificarse. ¿Qué es política de la Oficina? Todavía no me han dado una definición aceptable.

La mirada de Antyok permanecía directa e inalterada.

—Tal como yo lo veo —dijo— (y esto no es oficial, de modo que no me lo puede exigir luego), la política de la Oficina consiste en tratar a los no-humanos lo más decentemente que se pueda.

—Entonces, ¿qué autoridad tienen...? —¡Ssssttt! No sirve de nada levantar la voz. La verdad es que Su Majestad Imperial es muy humanitario discípulo de la filosofía de Aurelion. Puedo decirle por lo bajo que se sabe muy bien que fue el emperador en persona el primero en sugerir que se estableciera este mundo. Puede usted apostar a que la política de la Oficina se sujetará muy estrictamente a las ideas imperiales. Y también puede apostar a que yo no puedo navegar contra esa clase de corriente.

—Bien, hijo mío —los carnosos párpados del fisiólogo retemblaron—, si adopta esa actitud, perderá el puesto. No, no mandaré que le echen. No insinuaba tal cosa, ni mucho menos. Simplemente, el puesto se disipará debajo de sus pies, ¡porque aquí no se hará absolutamente nada!

—¿De veras? ¿Por qué? —Antyok era bajo, rosado y regordete, y a su mofletuda cara solía serle difícil mostrar otra expresión que la de una blanda y alegre cortesía... pero ahora estaba muy serio.

—Usted no lleva mucho tiempo aquí. Yo, sí —Zammo frunció el ceño—. ¿Le molestará que fume? —Sostenía en la mano un cigarro nudoso y duro, y lo encendió despreocupadamente a fuertes chupadas. Después continuó en tono áspero—: Aquí no caben humanitarismos, gobernador. Usted trata a los no-humanos como si fueran humanos, y esto no le resultará bien. En realidad, no me gusta la palabra «no-humanos». Son animales. —Son inteligentes —adujo mansamente Antyok. —Bueno, animales inteligentes, pues. Presumo que los dos términos no se excluyen. Sea como fuere, inteligencias distintas mezcladas en un mismo terreno no pueden dar buenos resultados.

—¿Propone que los matemos a todos? —¡No, Galaxia! —Hizo un ademán con el cigarro Propongo que los miremos como objetos de estudio, y solamente eso. Si se nos permitiera, podríamos aprender muchas cosas de esos animales. Conocimientos (permítaseme señalar) que se podrían aprovechar en beneficio inmediato de la raza humana. Ahí tiene usted humanidad. Ahí tiene el bien de las masas, si le interesa el culto invertebrado de Aurelion.

—¿A qué se refiere, por ejemplo?

—Para citar lo más obvio... habrá oído hablar de su química, supongo.

—Sí —reconoció Antyok—. He hojeado la mayoría de comunicaciones de los nohumanos publicadas en los diez últimos años. Espero hojear otras.

—Humm. Bueno... Entonces, todo lo que debo decir es que su terapia química es muy completa. Por ejemplo, he sido testigo presencial, de la curación de un hueso fracturado (lo que se entiende por hueso fracturado, entre ellos) empleando una píldora. El hueso quedó entero y sano en quince minutos. Naturalmente, ninguna de sus drogas causaría un beneficio a los humanos. La mayoría nos matarían rápidamente. Pero si descubriésemos cómo actúan en los no-humanos... en los animales...

—Sí, sí. Comprendo la importancia que tendría.

—Ah, ¿lo comprende? Eso me halaga. Un segundo punto es el de que esos animales se comunican de una manera desconocida. —¡Por telepatía!

Los labios del científico se contorsionaban mientras iba repitiendo:

—¡Telepatía! ¡Telepatía! ¡Telepatía! Lo mismo podría haber dicho mediante una poción de bruja. Nadie sabe nada de la telepatía salvo su nombre. ¿Cuál es el mecanismo de la telepatía? ¿Cuáles son sus elementos fisiológicos y psíquicos? Me gustaría descubrirlo, pero no puedo. Si he de escucharle a usted, la política de la Oficina lo prohíbe.

—Oiga... Perdóneme, doctor, pero no le entiendo bien. ¿Cómo se lo impiden? Seguro que la Administración Civil no ha intentado siquiera obstaculizar la investigación científica sobre esos no-humanos. Por supuesto, no puedo responder enteramente de lo que hiciera mi antecesor; en cuanto a mí...

—No se ha producido ninguna interferencia directa. No aludía a eso. Pero ¡por la Galaxia, gobernador! Nos ata las manos el espíritu de todo el montaje. Ustedes nos mandan que los tratemos como a seres humanos. Les permiten que tengan su jefe propio y una autonomía interna. Los miman y les conceden lo que la filosofía de Aurelion llamaría «derechos». Yo no puedo tratar con su jefe.

—¿Por qué no?

—Porque se niega a darme carta blanca. No nos permite realizar experimentos con un sujeto, cualquiera que sea, sin el consentimiento de éste. Los dos o tres voluntarios que conseguimos nunca fueron demasiado brillantes. Es una situación imposible.

Antyok levantó los hombros desamparado. Zammo continuó:

—Por añadidura, es absolutamente imposible aprender nada que valga la pena sobre el cerebro, la fisiología y la química de esos animales si no podemos echar mano de disecciones, experimentos dietéticos y drogas. Ya sabe, gobernador, la investigación científica es un juego duro. El humanitarismo no tiene mucha cabida en ella.

Loodun Antyok se daba unos golpecitos en el mentón con índice dubitativo.

—¿Tan difícil ha de ser? Esos no-humanos son criaturas inofensivas. Seguramente la disección... Quizá si usted los abordara de otra manera... Tengo la sospecha de que se gana su enemistad Quizá adopte una actitud un tanto despótica.

—¡Despótica! Yo no soy uno de esos psicólogos lloriqueantes tan en boga estos

días. No creo que se pueda resolver un problema que requiere disecciones enfocándolo con lo que se suele llamar la «actitud personal acertada», según la jerga de la época.

—Lamento que piense así. A todos los administradores de categoría superior a A-4 se les exige una formación sociopsicológica.

Zammo se quitó de la boca el pedazo de cigarro que tenía, y volvió a metérselo después del adecuado intervalo despectivo.

—Entonces, convendrá que emplee un poco de su técnica en la Oficina. Ya sabe, yo tengo amigos en la corte imperial.

—Bueno, vamos, no puedo ir a plantearles el asunto así por las buenas. La política fundamental no entra en mi jurisdicción, y estas cosas sólo las puede iniciar la Oficina. Pero, ya sabe, podríamos ensayar un método indirecto. —Con una leve sonrisa, añadió—: Estrategia. —¿De qué clase?

Antyok levantó de pronto un índice, mientras dejaba caer ligeramente la otra mano sobre las hileras de informes encuadernados en gris apilados junto a su sillón. —Pues mire, los he repasado casi todos. Son aburridos, pero contienen algunos hechos. Por ejemplo, ¿cuándo nació el último ser no-humano en Cefeo 18? Zammo meditó muy poco. —No lo sé. Y no me importa.

—Pero a la Oficina, sí. En Cefeo 18 no ha nacido ni un solo niño no-humano... en los dos años que hace que se ha establecido este mundo. ¿Sabe usted la causa? El fisiólogo se encogió de hombros. —Hay demasiados factores involucrados. Habría que estudiarlo.

—De acuerdo, pues. Supongamos que usted redacta un informe...

—¡Informes! He escrito veinte.

—Redacte otro. Haga resaltar los problemas no resueltos. Dígales que tiene que cambiar de métodos. Exponga el problema del promedio de nacimientos. La Oficina no se atreverá a ignorarlo. Si los no-humanos mueren, alguien tendrá que responder ante el emperador. Usted ve que...

Zammo le miró fijamente, con ojos sombríos». —¿Con eso moveremos el caso? —Hace veintisiete años que trabajo para la Oficina. Sé cómo funciona.

—Lo pensaré —Zammo se levantó y salió con paso gallardo. La puerta se cerró de golpe detrás de él.

Horas después, Zammo la decía a un colaborador suyo;

—Antes que nada, es un burócrata. Nunca abandonará las ortodoxias del papeleo ni se atreverá a jugarse el pellejo. Hará muy poca cosa por sí mismo; aunque quizá haga algo más si lo utilizamos con conducto.

De: Cuartel General Administrativo, Cefeo 18. A: O. de P. E.

Tema: Proyecto 2563 de Provincias Exteriores, Parte II —Investigación Científica de no-humanos en Cefeo 18, Coordinación de la.

Referencias:

(a) Carta de la O. de P. E. Cef-N-CM/jg, 100 132, fechada en 302/975 G. E. (b)

Carta Ad. C. G.-Cef 18. AA-LA/mn, fechada en 140/977 G. E.

Contenido:

- Grupo Científico 10 División de Física y Bioquímica, informe titulado «Características fisiológicas de los no-humanos de Cefeo 18, Parte XI», fecha 172/977 G. E
- El contenido 1, incluido en la presente, lo enviamos para información de la O. de P. E. Conviene observar que la Sección XII, párrafos 1-16 del Cont. 1, se refiere a posibles cambios en la política actual de la O. de P. E, en relación a los no-humanos, en vistas a facilitar investigaciones físicas y químicas en la actualidad, procediendo bajo la autorización de la referencia (a).
- Se somete a la consideración de la O. de P. E. que la referencia (b) ha discutido ya posibles cambios en los métodos de investigación y que Ad. C. G.-Cef 18 sigue opinando que tales cambios son prematuros todavía. A pesar de todo, sugiere que la cuestión del promedio de nacimientos de no-humanos sea objeto de un proyecto de la O. de P. E. asignado a Ad. C. G.-Cef 18 en vista de la importancia que el Grupo Científico ha concedido al problema, como se evidencia en la Sección V del Contenido 1.

L. Aníyok, Superv. Ad. C. G.-Cef 18, 174/977

De: O. de P. E.

A: Ad. C. G.-Cef 18.

Tema: Proyecto 2.56? Provincia Exterior —Investigaciones Científicas de los nohumanos de Ce-feo 18, Coordinación de,

Referencia:

(a) Carta Ad. C. G.-Cef 18. AA-LA/mn, fecha 174/977 G. E.

- En respuesta a la sugerencia contenida en el párrafo 2 de la referencia (a) se considera que la cuestión del promedio de nacimientos de no-humanos no cae dentro de la jurisdicción de Ad. C. G.-Cefeo 18. En vista del hecho de que el Grupo Científico 10 ha informado de que la pretendida esterilidad puede ser debida probablemente a deficiencias químicas del suministro de alimento, todas las investigaciones a realizar en este campo quedan confiadas al Grupo Científico 10 como propiamente autorizado.
- Las tareas de investigación de los diversos Grupos Científicos continuarán de acuerdo con las normas actuales sobre la cuestión. No se prevé ningún cambio de política.

C. Morily, jefe de O. de P. E., 786/977 G. B.

II

El periodista, por flaco y desgarrado en los gestos, parecía sombríamente alto. Se llamaba Gustiv Bannerd, y su fama iba acompañada de una auténtica capacidad... dos cosas que no siempre andan juntas, a pesar de las máximas de la moral elemental.

Loodun Antyok le tomó las medidas con recelo y dijo:

—De nada serviría negar que tiene usted razón. Pero el informe del Grupo Científico tenía carácter confidencial. No comprendo cómo...

—Se filtró —concluyó Bannerd, empecinado—. Todo se filtra.

Antyok estaba claramente desconcertado; su rosado semblante se arrugaba levemente.

—Entonces, tendré que tapar el agujero que hay aquí. No puedo dar paso libre a su crónica. Tiene que eliminar primero toda alusión a quejas del Grupo Científico. Usted lo comprende, ¿verdad?

—No —Bannerd estaba sobradamente tranquilo—. Es una cosa importante, y yo tengo mis derechos, según el decreto imperial. Yo creo que el Imperio debería saber lo que pasa.

—Es que no pasa —replicó Antyok, desesperado—. Todo lo que usted alega es falso. La Oficina no cambiará de política. Le he enseñado las cartas.

—¿Cree que puede enfrentarse a Zammo cuando presiona con toda su fuerza? —preguntó burlonamente el periodista.

—Lo haré..., si le creo equivocado.

—¡Sí! —puntualizó Bannerd llanamente. Luego, con súbita vehemencia, dijo—: Antyok, el Imperio tiene una cosa muy importante aquí; una cosa mayor de lo que el Gobierno parece advertir. Y la están destruyendo. Están tratando a esas criaturas como animales.

—En verdad... —empezó Antyok en tono débil.

—No me hable de Cefeo 18. Es un parque zoológico. Es un zoo de primera clase, donde sus anquilosados científicos atormentan a esas pobres criaturas pinchándolas con palos por entre los barrotes. Ustedes les echan comida; pero al mismo tiempo las tienen en jaulas. ¡Lo sé! Hace dos años que son el tema de mis reportajes. Casi estuve viviendo con ellas.

—Zammo dice...

—¡Zammo! —repitió el periodista con desprecio.

—Zammo dice —insistió Antyok con atormentada firmeza— que en realidad los tratamos demasiado como a seres humanos.

Las largas y rectas mejillas del periodista se tensaron.

—Zammo es más bien pariente de los animales, por derecho propio. Es un fanático de la ciencia. Nos pasaríamos con unos cuantos menos como él. ¿Ha leído usted las obras de Aurelion?

Esta última pregunta la espetó de modo súbito.

—Humm. Sí. Comprendo al emperador...

—El emperador se inclina hacia nosotros. Lo cual es bueno... mucho mejor que montar la persecución del último reino.

—No sé adonde se encamina usted.

—Esos extraños pueden enseñarnos muchas cosas. ¿Comprende? Cosas que no les sirven de nada a Zammo y a su Grupo Científico; no son telepatía, no son química. Son una manera de vivir y de pensar. Los extraños no tienen delincuentes, no tienen inadaptados. ¿Qué esfuerzo se está llevando a cabo para estudiar su filosofía? ¿O para aprender de ellos en cuanto a planificación social?

Antyok se puso pensativo; se le alisó la rolliza cara.

—Es una consideración interesante. Sería un problema para psicólogos...

—Ni pensarlo. La mayoría son unos charlatanes. Los psicólogos señalan problemas; pero dan soluciones falaces. Necesitamos hombres de Aurelion. Hombres de la

Filosofía...

—Pero oiga, no podemos convertir a Cefeo 18 en... en un estudio metafísico. — ¿Por qué no? Puede hacerse fácilmente.

—¿Cómo?

—Olvídese de la observación de tubos de ensayo. Permita que los extraños organicen una sociedad libre de humanos. Concédales una independencia sin trabas y permita una mezcla de filosofías...

Antyok dejó oír su nerviosa réplica:

—Esto no se puede hacer en un día.

—Pero podemos empezar en un día.

El gobernador dijo pausadamente:

—Bien, yo no puedo impedirle que lo intente —se puso confidencial; sus mansos ojos se volvieron pensativos—. De todos modos, si publica el informe del Grupo Científico 10 y lo denuncia fundándose en motivos humanitarios, usted mismo se segaré la hierba bajo los pies. Los científicos son gente poderosa. —Y nosotros, los de la Filosofía, también.

—Sí, pero hay un camino fácil. No es necesario que despotriquee sencillamente, haga notar que el Grupo Científico no resuelve sus problemas. Hágalo sin sentimentalismos y deje que los lectores mediten el punto de vista de usted por sí mismos. Coja el problema del promedio de nacimientos, por ejemplo. Ahí tiene algo interesante. Por todo lo que la ciencia es capaz de hacer los no-humanos pueden extinguirse en una generación. Señale que se necesita un enfoque más filosófico O escoja algún otro punto evidente Utilice su propio buen criterio, ¿eh? —Antyok

dirigía una sonrisa conciliadora al periodista, al mismo tiempo que se levantaba—. Pero, por amor de la Galaxia, no promueva un asunto feo. Bannerd estaba rígido y poco asequible.

—Quizá tenga razón.

Más tarde, Bannerd escribía a su amigo, en un mensaje por cápsula: «No es inteligente, en modo alguno. Está desorientado; no tiene una línea que le guíe por la vida. Sin duda, es perfectamente incompetente para su puesto. Pero es maniobrero y hombre de componendas; sortea las dificultades mediante compromisos y prefiere hacer concesiones que adoptar una postura inflexible. En este sentido, puede ser valioso. Tuyo en Aurelion».

De: Ad. C. G.-Cef 18. A: O. de P. E.

Tema: Promedio de nacimientos de no-humanos en Cefeo 18, Reportaje sobre el.

Referencias:

- Carta Ad. C, G.-Cef 18. AA-LA/mn, fecha 174/977 G. E.
- Decreto Imperial, Ja2374, fechado en 243/ 975 G. E.

Contenido:

1-G. Reportaje de Bannerd, fechado en Cefeo 18, 201/977 G. E.

2-G. Reportaje de Bannerd, fechado en Cefeo 18, 203/977 G. E.

- La esterilidad de los no-humanos de Cefeo 18, comunicada a la O de P E. en la referencia (a) ha sido tema de reportajes periodísticos de la prensa galáctica. Dichos reportajes van incluidos en la presente para información de la O. de P. E. como Contenidos 1 y 2 Aunque los mencionados reportajes se fundan en material considerado confidencial y no abierto al público, el citado reportero defendió su derecho de libre expresión según los términos de la referencia (b).
- En vista de la publicidad inevitable y de las malas interpretaciones, también ahora inevitables, por parte del público en general, solicitamos que la O. de P. E. indique la política futura sobre el problema de la esterilidad de los no-humanos. L. Antyok, Superv. Ad. C. G.-Cef 18, 209/977 G. E.

De: O. de P. E. A: Ad. C. G.-Cef 18.

Tema: Promedio de nacimientos de no-humanos en Cefeo 18, Investigación del.

Referencias:

(a) Carta Ad. C. G.-Cef 18. AA-LA/mn, fecha 209/977 G. E. (b) Carta Ad. C. G.-Cef 18. AA-LA/mn, fecha 174/977 G. E.

- Se tiene el propósito de investigar las causas y los medios de evitar el desfavorable fenómeno en el ritmo de nacimientos mencionado en las referencias (a) y (b). Por ello se ha montado un plan titulado «Promedio de

nacimientos de no-humanos en Cefeo 18, Investigación del», al cual, en vista de la importancia crucial del asunto, se le ha concedido una prioridad A A.

- El número asignado al plan en cuestión es el 2910, y todos los gastos que deparese cargarán a la Asignación número 18/78.

C. Morily, jefe O. de P. E., 223/977 G. E.

III

Si el mal humor de Tomor Zammo disminuyó dentro de los terrenos de la Estación Experimental del Grupo Científico 10, su amabilidad, en cambio, no había mejorado. Antyok se hallaba de pie, en solitario, junto a la ventana de observación del laboratorio principal.

Este laboratorio principal de campo era un espacioso patio dotado con el medio ambiente propio de Cefeo 18 para incomodidad de los experimentadores y conveniencia de los experimentados. Por la ardiente arena y a través del aire, seco y rico en oxígeno, resplandecía el fulgor de los cálidos y blancos rayos solares. Bajo aquel fuego, los nohumanos, unos seres rojo-ladrillo, membrudos y de piel arrugada, se amontonaban posados sobre los cuartos traseros, en postura de descanso de uno en uno, o de dos en dos.

Zammo salía del laboratorio y se detuvo, sediento, a beber un poco de agua; luego levantó la vista. El labio superior, mojado, le relumbraba. —¿Le gustaría entrar ahí dentro?

Antyok movió la cabeza negativamente, muy resuelto.

—No, gracias. ¿A qué temperatura están en este momento?

—A cincuenta y cuatro grados centígrados, si hubiera sombra. Y se quejan de frío. Es la hora de beber. ¿Quiere ver cómo beben?

Del surtidor del centro del patio brotó un chorro de agua y las figurillas de los extraños se pusieron en pie inseguras y arrancaron a correr a saltos, vivamente, a un trote medio muy elástico. Después se arremolinaron junto al agua, empujándose unos a otros. El centro de sus rostros quedó desfigurado de pronto por la proyección de un tubo carnosos largo y flexible, que introducían en el chorro y lo retiraban goteando.

La maniobra se prolongó varios minutos. Los cuerpos se hinchaban; las arrugas desaparecían. Los no-humanos se retiraban poco a poco, caminando hacia atrás, con el tubo aspirador entrando y saliendo de sus rostros, antes de quedar reducido por fin a una masa rosada, arrugada, encima de una boca ancha y sin labios. Entonces fueron a tenderse a dormir en grupos, en los rincones sombreados, redondos y satisfechos.

—¡Animales! —exclamó Zammo con desprecio.

—¿Cuántas veces beben? —preguntó Antyok.

—Cuántas quieren. Pueden aguantar una semana sin beber, si es preciso. Nosotros los abrevamos todos los días. Tienen el depósito de reserva debajo de la piel. Comen al atardecer. Ya sabe, son vegetarianos.

Antyok sonrió satisfecho.

—Es bonito procurarse un poco de información de primera mano de vez en cuando. No puedo pasarme todo el tiempo leyendo informes.

—¿Es bonito? —Sin darle importancia añadió—: ¿Qué noticias hay? ¿Qué hay de los muchachos con pantaloncitos de encaje de Trántor?

Antyok alzó los hombros, dubitativo.

—Por desgracia, no conseguimos que la Oficina dé una respuesta clara. Como el emperador simpatiza con los aurelionistas, el humanitarismo está a la orden del día. Ya lo sabe usted.

Hubo una pausa durante la cual el gobernador se mordía el labio, indeciso.

—Además, ahora tenemos este problema del promedio de nacimientos. Ya sabe, al final lo han asignado a Ad. C. G., y con prioridad doble A, encima.

Zammo refunfuñó algo, en voz baja. Antyok dijo:

—Es posible que usted no se dé cuenta, pero ese proyecto tendrá preferencia sobre todos los demás trabajos que se lleven a cabo en Cefeo 18. Es importante. —En seguida se volvió hacia la ventana de observación e inquirió pensativamente, sin el menor asomo de preámbulo—: ¿Cree usted que esas criaturas pueden ser desdichadas?

—¡Desdichadas! —explotó Zammo.

—Bueno, pues —se apresuró a rectificar Antyok— mal ambientadas. ¿Me entiende? Es difícil procurar un medio ambiente propicio a una raza de la que sabemos tan poco.

—Oiga, ¿ha visto alguna vez el mundo de donde las trajimos?

—He leído los informes...

—¡Informes! —dijo con infinito desprecio—. Yo lo he visto. A usted, esto de ahí quizá le parezca un desierto; pero para esos diablos es un paraíso rezumante. Tienen todo el alimento y toda el agua que pueden engullir. Tienen un mundo para ellos solos, con vegetación y cursos de agua naturales, en lugar de un terrón de sílice y granito metido en cavernas para hacer crecer en él, a la fuerza, unos hongos, y en lugar de obtener agua calcinando yeso. Antes de diez años habrían muerto todos, no habría quedado una sola de esas bestias. Nosotros las hemos salvado. ¿Desdichadas? Pu-a-a-a, si lo son no tienen la mitad de decencia que la mayoría de los animales.

—Bueno, quizá. Sin embargo, se me había ocurrido una idea.

—¿Una idea? ¿Qué idea? —Zammo sacó un cigarro.

—Quizá ustedes podrían sacarle provecho. ¿Por qué no estudiar a esas criaturas de una manera más integrada? ¿Por qué no dejar que desarrollen su propia iniciativa? Al fin y al cabo, tenían una ciencia altamente evolucionada. Los informes la mencionan muy a menudo. Denles problemas que solucionar.

—¿Como, por ejemplo...?

—Oh... oh —Antyok agitaba las manos desamparado—. Los que ustedes crean más provechosos. Por ejemplo, naves espaciales. Métenlas en el cuarto de control y estudien sus reacciones.

—¿Por qué?

—Porque la reacción de sus mentes ante instrumentos y controles adaptados al temperamento humano puede enseñarles muchísimo a ustedes. Además, creo que resultaría un aliciente más efectivo que todos los que han empleado. Conseguirá más voluntarios, entre esos extraños, si piensan que van a realizar un trabajo interesante.

—Ya está saliendo el psicólogo que hay en usted. Humm. De momento, la idea parece mejor de lo que resultará, si duda, en la realidad. Consultaré con la almohada. ¿Y dónde conseguiría el permiso, en todo caso, para dejarles manejar naves espaciales? No tengo ninguna a mi disposición, y seguramente, recorrer toda la cadena burocrática para que nos dieran una, requeriría mucho papeleo.

Antyok meditaba; la frente se le arrugó ligeramente.

—No han de ser forzosamente naves espaciales. A pesar de todo... si usted quisiera redactar otro informe y hacer la sugerencia como por propia iniciativa... insistiendo en ella, ¿comprende?... quizá encontrase la manera de enlazarla con mi proyecto sobre la natalidad. Con una prioridad doble A se obtiene prácticamente todo lo que se quiere, ya sabe, no hay preguntas.

Zammo manifestó una falta de interés casi desconsiderada.

—Bueno, quizá. Entretanto, tengo en marcha unas pruebas sobre el metabolismo basal, y se me hace tarde. Lo pensaré. No deja de ser una idea.

De: Ad. C. G.-Cef 18.

A: O. de P. E.

Tema: Provincia Exterior Proyecto 2910, Parte I —Promedio de nacimientos de nohumanos en Cefeo 18, Investigación del.

Referencia:

(a) Carta O. de P. E. Cef-N-CM/car, 115 097, 223/977 G. E.

Contenido:

1. Grupo Científico 10 informe Físico y Bioquímico, Parte XV, fecha 220/977 G. E.

- Adjuntamos el contenido 1 para información de la O. de P. E.
- Dedicamos atención especial a la sección V, párrafo 3 del contenido 1 en el que se pide que se asigne una nave espacial al Grupo Científico 10 para utilizarla en investigaciones aceleradas autorizadas por la O. de P. E. La Ad. C. G.-Cef 18 considera que tales investigaciones pueden servir muy eficazmente para aumentar la efectividad del trabajo emprendido en el proyecto del tema, autorizado por la referencia (a). En vista de que la O. de P. E. ha concedido alta prioridad al proyecto del tema, se sugiere que se tome inmediatamente en

consideración lo que solicita el Grupo Científico.

L. Antyok, Superv. Ad. C. G.-Cef 18, 240/977

De: O. de P. E. A: Ad. C. G.-Cef 18.

Tema: Provincia Exterior, Proyecto 2910 —Promedio de nacimientos de no-humanos en Cefeo 18, Investigación del.

Referencia:

(a) Carta Ad. C. G.-Cef 18. AA-LA/mn, fecha 240/977 G. E.

- La Nave de Entrenamiento AN-R-2055 queda a disposición de Ad. C. G.-Cef 18 para emplearla en la investigación sobre los no-humanos de Cefeo con respecto al tema del proyecto y otros autorizados de P. E., como se pedía en el Contenido 1 para la referencia (a).
- Se pide urgentemente que se acelere por todos los medios posibles el trabajo en el tema del proyecto.

C. Morily, jefe O. de P. E., 251/977 G. E.

IV

El pequeño y rojizo ser debía de haber soportado más incomodidades de lo que su porte quería admitir. Estaba cuidadosamente inmerso en una temperatura que hacía andar a sus compañeros humanos con la camisa desabrochada y sudando a mares.

Tenía una voz aguda y una expresión cuidada:

—A esta temperatura tan baja, el ambiente me parece húmedo, aunque no hasta un extremo insoportable.

Antyok sonreía.

—Ha sido muy amable viniendo; pero una prueba realizada en la atmósfera que tenían ustedes allá... —La sonrisa se había vuelto triste.

—No importa. Ustedes, los habitantes del otro mundo, han hecho por nosotros más de lo que supimos hacer nunca nosotros mismos. Es un favor al que yo sólo correspondo muy imperfectamente al soportar alguna incomodidad —siempre parecía expresarse de una manera indirecta, como si enfocara los pensamientos de costado, como si hablar lisa y llanamente fuese contrario a la etiqueta.

Gustiv Bannerd, sentado en un ángulo de la habitación, con una larga pierna cabalgando sobre la otra, movía la pluma ágilmente, y dijo:

—¿Verdad que no les molestará que tome nota?

El cefeidano no-humano dirigió una breve mirada al periodista:

—No tengo inconveniente.

Antyok insistía en dar explicaciones:

—Ahora no se trata de una simple visita de sociedad, señor. No le habría sometido a ninguna molestia para eso solamente. Hay problemas importantes que considerar, y usted es el jefe de su pueblo.

—Estoy convencido de que le animan a usted muy buenas intenciones —respondió el cefeidano, moviendo la cabeza afirmando—. Tenga la bondad de continuar.

El gobernador tenía serias dificultades para traducir sus pensamientos en palabras.

—Es un asunto —dijo— muy delicado y que no abordaría nunca, si no fuese por la grandísima importancia de la... humm... de la cuestión. Yo soy únicamente el portavoz de mi Gobierno...

—Mi pueblo considera que el Gobierno del otro mundo es muy bondadoso.

—Pues, sí, son bondadosos. Por esta razón los acongoja el hecho de que el pueblo de usted ya no se reproduzca.

Antyok hizo una pausa y aguardó con ansiedad una reacción que no se produjo. La cara del cefeidano permanecía inmóvil, a excepción del leve y tembloroso movimiento del arrugado sector correspondiente al deshinchado tubo de aspiración de líquidos. Antyok continuó:

—Es un asunto que no me decidía a plantear debido a sus aspectos extremadamente personales. El principio fundamental de mi Gobierno en estas materias es el de la no interferencia; por ello hemos hecho cuanto hemos podido por estudiar el problema sin molestarles a ustedes. Pero, francamente, hemos...

—¿Han fracasado? —terminó el cefeidano, advirtiendo la pausa del otro.

—Sí. O al menos, no hemos sabido descubrir ninguna deficiencia concreta al reproducir el medio ambiente exacto del mundo de origen de ustedes; por supuesto, con las modificaciones necesarias para hacerlo más habitable todavía. Naturalmente, se piensa que debe existir alguna deficiencia química. Por ello le suplico tenga la buena voluntad de ayudarnos en esta cuestión. Su pueblo de usted está muy adelantado en el estudio de su propia bioquímica. Si usted no quiere, o si prefiere no...

—No, no, puedo ayudarles —el cefeidano parecía muy animado en este sentido. Las lisas superficies de su cráneo, sin pelo y con la piel suelta, se arrugaban reaccionando de una manera singular a una emoción incierta—. No es ésa una cuestión que ninguno de nosotros hubiera pensado que pudiera acongojarles a ustedes, los habitantes del otro mundo. El hecho de que así ocurra no es sino otra prueba más de su benévola amabilidad. Este mundo de aquí nos parece un paraíso en comparación con el que nosotros habitábamos. No falta nada. Las condiciones que se nos brindan aquí sólo las conocíamos por las leyendas de nuestro Siglo de Oro.

—Pues...

—Pero hay una cosa; una cosa que quizá usted no entienda. No podemos esperar que inteligencias distintas piensen del mismo modo.

—Intentaré comprender.

La voz del cefeidano se había dulcificado, aumentando en tonos bajos, líquidos:

—En nuestro mundo de origen, nos moríamos; pero luchábamos. Nuestra ciencia, desarrollada a lo largo de una historia más antigua que la de ustedes, perdía el combate; pero aún no lo había perdido del todo. Quizá se debiera a que nuestra ciencia era fundamentalmente biológica, antes que física como la de ustedes. Su pueblo descubrió nuevas formas de energía y alcanzó las estrellas. Nuestro pueblo descubría verdades nuevas en el campo de la psicología y la psiquiatría y edificaba una sociedad laboriosa, Ubre de enfermedades y delitos. No es necesario que nos preguntemos cuál de los dos enfoques merece más elogio; pero no cabe ninguna duda acerca de cuál cosechó al final los mayores triunfos. En nuestro mundo agonizante, sin medios de vida ni fuentes de energía, nuestra ciencia biológica no podía hacer otra cosa que dulcificar la muerte.

»Y sin embargo, luchábamos. Desde hacía siglos nos abríamos camino, tanteando y volviendo a tantear, hacia la energía atómica, y poco a poco empezaba a brillar la chispa de la esperanza de que conseguiríamos vencer los límites bidimensionales de nuestra superficie planetaria y alcanzaríamos las estrellas. En nuestro sistema no había otros planetas que nos sirvieran de etapas. No teníamos nada hasta la estrella más próxima, que distaba unos veinte años-luz, y no teníamos idea de la posibilidad de que existieran otros sistemas planetarios, sino que más bien nos inclinábamos por creerlo al revés.

«Pero todo tipo de vida tiene tendencia a sobrevivir, aunque sea inútilmente. En los últimos días ya sólo quedábamos cinco mil. Cinco mil, nada más. Y nuestra primera nave estaba lista. Una nave experimental. Seguramente habría fracasado. De todos modos, habíamos deducido ya, acertadamente, todos los principios de propulsión y navegación.

Hubo una larga pausa; los ojillos negros del cefeidano parecían vidriosos al rememorar el pasado.

—¿Y entonces llegamos nosotros? —interpuso el periodista, desde su rincón.

—Y entonces llegaron ustedes —convino sencillamente el cefeidano—. Y todo cambió. Energía la teníamos a pedir de boca. Disponíamos de un mundo nuevo, a nuestra medida, un mundo ideal de verdad. Si los problemas sociales los habíamos solucionado tiempo atrás nosotros mismos, nuestros más difíciles problemas de medio ambiente nos los solucionaron otros, y de un modo no menos completo.

—¿Entonces? —Aguijoneó Antyok.

—Entonces... hubo algo que no marchaba bien. Nuestros antepasados habían luchado siglos y siglos por alcanzar las estrellas, y entonces, de pronto, resultó que pertenecían ya a otros. Habíamos luchado por la vida, y nos encontramos con que la vida era un regalo que otros seres nos ponían en las manos. Ya no hay motivo para luchar. Ya no hay nada que conseguir. Todo el universo es propiedad de la raza de ustedes.

—Este mundo les pertenece —dijo afablemente Antyok.

—Por consentimiento. Es un regalo. No nos pertenece por derecho propio.

—A mi entender, ustedes se lo han ganado.

El cefeidano tenía los ojos clavados en el semblante del otro.

—Usted está cargado de buenas intenciones, pero dudo que lo comprenda. No tenemos adonde ir, salvo este mundo que nos han regalado. La función de la vida consiste en luchar, y esta función nos la han arrebatado. La vida ya no puede interesarnos. No tenemos descendencia... porque no queremos. Es nuestra manera de apartarnos del camino de ustedes.

Distraídamente, Antyok había sacado el fluoro-globo del asiento de la ventanilla y lo hacía girar sobre la base. Al girar, la chillona superficie reflejaba luz, y su mole, de casi un metro de altura, flotaba en el aire con gracia y ligereza incongruentes. Después Antyok preguntó:

—¿Es la única solución que se les ocurre? ¿La esterilidad?

—Otra sería escapar —susurró el cefeidano—, pero ¿en qué lugar de la Galaxia hay sitio para nosotros? Es toda de ustedes.

—Efectivamente, si quieren ser independientes no queda ningún lugar más próximo que las Nubes de Magallanes. Las Nubes de Magallanes...

—Y ustedes no nos dejarían marchar. Lo hacen todo con buena intención, ya lo sé.

—Sí, lo hacemos con buena intención... pero no podríamos dejarles marchar.

—Es una bondad equivocada.

—Quizá; pero ¿no podrían consolarse? Poseen un mundo.

—Es un fenómeno que no se puede explicar bien. Ustedes tienen mía mente distinta. No podríamos consolarnos. Creo, gobernador, que ha pensado sobre esto en otras ocasiones. El concepto de callejón sin salida en el que nos sentimos atrapados no es nuevo para usted.

Antyok levantó la vista, estremecido, y con una mano detuvo el fluoro-globo.

—¿Es que me lee el pensamiento?

—Es sólo una suposición. Y acertada, me parece.

—Sí..., pero ¿puede leerme el pensamiento? El pensamiento de los seres humanos en general, quiero decir. Es un punto interesante. Los científicos dicen que no, pero a veces me pregunto si no será, sencillamente, que no quieren. ¿Puede contestarme? O quizá le retengo indebidamente.

—No..., no... —Pero el pequeño cefeidano se envolvió mejor en el abrigo y escondió el rostro, por un momento, en la esterilla del cuello, calentada eléctricamente—. Ustedes, los del otro mundo, hablan de leer mentes. No, no es eso, en absoluto; pero tampoco sabría explicar en modo alguno qué es Antyok musitó el antiguo proverbio:

—No se le puede explicar qué es la vista a un ciego de nacimiento.

—Sí, así es, exactamente. Ese sentido al que ustedes llaman muy equivocadamente «leer el pensamiento» no se nos puede aplicar a nosotros. No se

trata de que no podamos recibir las sensaciones adecuadas; se trata de que ustedes no las transmiten, y nosotros no sabríamos explicarles la manera de hacerlo.

—Humm-mm-mm.

—Naturalmente, hay ocasiones, momentos de gran concentración mental o tensión emocional por parte de uno de ustedes, en que algunos de nosotros, los más expertos en este sentido, los de mirada más penetrante, por así decirlo, descubrimos algo. Es una cosa incierta; sin embargo, yo mismo me he preguntado a veces...

Con gran cuidado, Antyok volvió a poner el fluoro-globo en rotación. Su rosado semblante parecía absorto en meditaciones, mientras sus ojos permanecían fijos en el cefeidano. Gustiv Bannerd estiró los dedos y releyó las notas tomadas, moviendo los labios en silencio.

El fluoro-globo seguía girando, y poco a poco parecía que el cefeidano se iba poniendo tenso, mientras sus ojos se desviaban hacia el coloreado tornasol de la frágil superficie del globo.

—¿Qué es eso? —preguntó al cabo de unos momentos.

Antyok tuvo un sobresalto; luego su rostro se distendió en una placidez casi de risa.

—¿Esto? Una moda galáctica de tres años atrás. Lo cual significa que este año es ya una reliquia irremediablemente anticuada. Es un artificio perfectamente inútil, pero bonito. Bannerd, ¿podría regular las ventanas de modo que no haya transmisión?

Se oyó el leve chasquido de un contacto, y las ventanas se convirtieron en curvadas regiones de oscuridad, mientras en el centro de la habitación el fluoro-globo devenía súbitamente el foco de un resplandor rosáceo que parecía saltar al exterior a oleadas. Antyok, figura escarlata en una sala escarlata, colocó el globo sobre la mesa y lo hizo girar con una mano que iba goteando en rojo. A medida que el fluoro-globo giraba, sus colores iban cambiando, cada vez más de prisa, se mezclaban unos instantes y luego se dissociaban en contrastes más extremados.

Antyok hablaba en medio de una atmósfera imponente de arco iris fundido, cambiante.

—La superficie es de un material que manifiesta una fluorescencia variable. Casi no tiene peso, es extremadamente frágil, pero está equilibrado giroscópicamente, de manera que, con la precaución normal, pocas veces cae. Es bastante bonito, ¿no le parece? Se oyó la voz del cefeidano que llegaba de algún punto de la sala:

—Extremadamente bonito.

—Pero ha dejado va de interesar; sigue existiendo después de haber pasado de moda. La voz del cefeidano sonaba abstraída:

—Es muy bonito.

Bannerd, ante un gesto de su jefe, iluminó la sala de nuevo, y los colores desaparecieron. El cefeidano dijo:

—He ahí una cosa que a mi gente le gustaría. —Miraba el globo, fascinado.

Antyok se levantó.

—Será mejor que se vaya. Si se queda más tiempo, la atmósfera puede producirle efectos perjudiciales. Le doy las gracias humildemente por su amabilidad.

—Yo se las doy humildemente a usted por la suya. —El cefeidano también se había levantado.

—Ah, de paso —dijo Antyok—, la mayoría de su gente ha aceptado nuestro ofrecimiento de dejarles estudiar la construcción de nuestras naves espaciales. Supongo que usted comprende que nos proponíamos estudiar cómo reaccionan ante nuestra tecnología. Confío que este proceder estará de acuerdo con el sentido ético de usted.

—No es necesario que me dé excusas. Yo mismo tengo ahora las piezas de un piloto humano. Ha sido muy interesante. Nos recuerda los trabajos que nosotros habíamos hecho... y nos hace ver lo cerca que estábamos de la meta.

El cefeidano se marchó, y Antyok se sentó, con el ceño fruncido.

—Bueno —le dijo a Bannerd, con acento algo tajante—. Confío que recordará lo que hemos convenido. No puede publicar esta entrevista.

—Muy bien —respondió Bannerd, levantando los hombros.

Antyok continuaba en su sillón, jugueteando con la pequeña figurilla de metal de la mesa escritorio.

—¿Qué opina sobre esta cuestión, Bannerd?

—Esos seres me dan lástima. Creo comprender su estado de ánimo. Hemos de educarlos para que lo superen. La Filosofía puede lograrlo.

—¿Lo cree de veras?

—Sí.

—No podemos dejarles marchar, claro está.

—Oh, no. Ni hablar. Nos queda demasiado que aprender de ellos. Esta sensación que tienen ahora representa solamente una fase pasajera. Cambiarán de parecer, sobre todo cuando les concedamos la independencia más completa.

—Quizá. ¿Qué opina de los fluoro-globos, Bannerd? Le han gustado. Quizá deberíamos encargarnos varios millares. La Galaxia sabe que por estos días infestan el mercado, y están baratos.

—Parece buena idea —asintió Bannerd.

—Sin embargo, la Oficina no estará de acuerdo. Los conozco.

El periodista entornó los ojos.

—Y no obstante, podría ser lo más indicado. Necesitan cosas nuevas que les atraigan.

—¿Sí? Bueno, pues quizá se pudiera hacer algo. Yo podría incluir la reseña que ha hecho usted de la entrevista en un informe mío y cargar un poco el acento en la cuestión de los globos. Al fin y al cabo, usted es miembro de la Filosofía y puede tener influencia cerca de gente importante cuya palabra pesara mucho más que la mía en la Oficina. ¿Me comprende...?

—Sí —musitó Bannerd—. Sí.

De: Ad. C. G.-Cef 18 A: O. de P. E.

Tema: Proyecto 2010 de P. E. Parte III. Promedio de nacimientos de no-humanos en Cefeo, Investigación del.

Referencia:

(a) Carta O. de P. E. Cef-N-CM/car, 115 097, fecha 223/977 G. E.

Contenido:

1. Reseña de la conversación entre L. Antyok, de Ad. C. G.-Cef 18, y Ni-San, juez supremo de los no-humanos en Cefeo 18

- El Contenido 1 va adjunto en ésta para información de la O. de P. E.
- La investigación del tema proyecto emprendido en respuesta a la autorización de la referencia (a) la continuamos según las nuevas directrices indicadas en el contenido 1. La O. de P. E. puede estar segura de que se emplearán todos los medios para combatir la nociva actitud psicológica que prevalece actualmente entre los no-humanos.
- Es de notar que el juez supremo de los no-humanos de Cefeo 18 manifestó interés por los fluoro-globos. Se ha iniciado una investigación preliminar sobre este hecho de la psicología no-humana.

L. Antyok, Superv. Ad. C. G.-Cef 18, 272/977 G. E.

De: O. de P. E. A: Ad. C. G.-Cef 18.

Tema: Proyecto 2910 de P. E.; Promedio de nacimientos de no-humanos en Cefeo 18, Investigación del.

Referencia:

(a) Carta Ad. C. G.-Cef 18. AA-LA/mn, fecha 272/977 G. E.

- Con referencia al contenido 1 de la referencia (a) el Departamento de Comercio ha destinado cinco mil fluoro-globos para ser transportados a Cefeo 18.
- Se recomienda que Ad. C. G.-Cef 18 utilice, para calmar la insatisfacción de los nohumanos, todos los métodos que no estén en contradicción con la necesidad de obedecer las proclamas imperiales.

C. Morily, jefe, O. de P. E., 283/977 G. E.

V

La comida había terminado, habían traído el vino y sacado los cigarros. Se habían formado grupos de interlocutores, y el capitán de la flota mercante constituía el centro del más numeroso. Su brillante uniforme blanco oscurecía bastante los de sus

oyentes

Su discurso tenía un tono más bien complacido:

—El viaje no ha sido nada. En otra ocasión tuve más de trescientas naves bajo mi mando. Sin embargo, nunca había transportado un cargamento como éste. ¡Por la Galaxia! ¿Qué quieren hacer ustedes con cinco mil fluoro-globos, en este desierto?

Loodun Antyok se rió con carcajada suave.

—Son para los no-humanos. Confío que no haya sido una mercancía difícil de transportar.

—No, difícil no. Pero voluminosa. Son frágiles, y no podía cargar más de veinte en una nave, dadas las normas del Gobierno sobre embalaje y precauciones contra rupturas.

Pero supongo que el Gobierno sabrá qué hace con su dinero.

Zammo sonrió.

—¿Es la primera experiencia que tiene de los métodos del Gobierno, capitán?

—¡No, Galaxia! —estalló el astronauta—. Yo procuro evitarlo, por supuesto, pero a veces uno se ve en el lío, quieras o no quieras. Y vaya asco si uno se mete; ésa es la verdad. ¡Conducto oficial! ¡Papeleo burocrático! Basta para cortarle el crecimiento a uno y coagularle la sangre. Es un tumor, una vegetación cancerosa de la Galaxia. Yo suprimiría de un manotazo todo ese estorbo.

—Es usted injusto, capitán —protestó Antyok—. No lo comprende.

—¿Sí? Bueno, pues, como perteneciente a esa burocracia —pronunció la palabra sonriendo amablemente—, ¿qué le parece si nos explicara cómo ve usted la situación, gobernador?

—Pues, miren —Antyok parecía un poco confuso—, gobernar es un asunto serio y complicado. En este Imperio nuestro, hemos de preocuparnos de millares de planetas y de billones de personas. Casi queda fuera de toda facultad humana supervisar la tarea del Gobierno sin una organización férrea. Creo que en la actualidad, nada más los funcionarios del Servicio Administrativo imperial suman unos cuatrocientos millones, y para coordinar sus esfuerzos y reunir sus conocimientos, es indispensable que exista eso que usted llama burocracia y papeleo. Hasta el menor paso, por absurdo que pueda parecer, por molesto que pueda resultar, tiene alguna utilidad. Cada pedazo de papel es un hilo de unión del trabajo de cuatrocientos millones de seres humanos. Suprima usted el Servicio Administrativo y habrá suprimido el Imperio; y con él desaparecerán la paz, el orden y la civilización interestelares.

—¡Vamos...! —exclamó el capitán.

—No. Lo digo en serio —tan en serio que casi se había quedado sin aliento—. Las normas y el sistema del montaje administrativo han de ser suficientemente minuciosas, completas y rígidas para que en caso de haber funcionarios incompetentes, y a veces se nombra uno (sí, pueden reírse, pero también hay científicos incompetentes, y periodistas, y capitanes), en caso de haber algunos

funcionarios incompetentes, digo, no causen mucho perjuicio. Porque, en e peor de los casos, el sistema marcha por sí mismo.

—Sí —refunfuñó el capitán, con acritud—, ¿y si nombran a un administrador capaz? Entonces éste queda atrapado dentro de la misma telaraña rígida y se ve sumido forzosamente en la mediocridad.

—En modo alguno —replicó Antyok con calor—. Un hombre capaz sabe maniobrar dentro de los límites de las normas y conseguir lo que desea.

—¿Cómo? —preguntó Bannerd.

—Pues..., pues... —De repente, Antyok se sentía incómodo—. Un método consiste en procurarte la calificación de prioridad A, o doble A, si es posible, para tu empresa.

El capitán echaba la cabeza para atrás con objeto de soltar una tremenda carcajada; pero no llegó a oírsele, porque la puerta se abrió de golpe y unos hombres asustados se precipitaron dentro de la habitación.

—Señor, las naves han desaparecido —gritaban—. Los no-humanos se han apoderado de ellas por la fuerza.

—¿Qué? ¿Todas?

—Sí, todas. Naves y criaturas...

Dos horas después volvían a estar reunidos los cuatro, a solas en la oficina de Antyok. Éste decía fríamente:

—No han cometido ningún error. No han dejado ni una sola nave, ni siquiera la de entrenamiento, Zammo. Y no hay una sola nave del Gobierno disponible en toda esta mitad del Sector. Para cuando hayamos podido organizar la persecución, se encontrarán ya fuera de la Galaxia y a mitad de camino de las Nubes de Magallanes. Capitán, la responsabilidad de montar una guardia conveniente le incumbía a usted. El capitán exclamó:

—Era el primer día que pasábamos fuera del espacio. ¿Quién podía saber...?

Zammo interrumpió acaloradamente:

—Espere un poco, capitán. Voy empezando a comprender. Antyok —dijo ahora con tono duro—, usted ha proyectado todo esto.

—¿Yo? —Antyok presentaba una expresión singularmente fría, casi indiferente.

—Esta misma noche nos ha dicho que un gobernador inteligente podía lograr que le asignaran una empresa con una prioridad A para lo que quisiera llevar a cabo. Usted consiguió esta asignación para, ayudar a los no-humanos a huir.

—¿De veras? Usted perdona, pero ¿cómo es eso posible? Fue usted precisamente, en uno de sus informes, quien aludió al tema del descenso de la natalidad. Y fue Bannerd, aquí presente, el que con sus artículos sensacionalistas asustó a la Oficina hasta hacerles convertir la empresa en una de doble prioridad especial. Yo no he tenido nada que ver con todo ello.

—Usted sugirió que yo mencionase el promedio de natalidad —arguyó Zammo, violentamente.

—¿Yo? ¿De veras? —replicó Antyok sosegadamente. —Ah, y el caso es —bramó de súbito Bannerd— que usted sugirió que mencionase el promedio de nacimientos en mis artículos.

Los tres le habían rodeado y lo acorralaban. Antyok se arrellanó en el sillón y dijo tranquilamente:

—No sé qué quieren decir con eso de sugerencias. Si me están acusando, tengan la bondad de atenerse a pruebas, pruebas legales. Las leyes del Imperio reclaman material escrito, filmado o transcrito, o declaraciones de testigos. Todas mis cartas como gobernador están archivadas aquí, en la Oficina y en otros sitios. Yo no he solicitado nunca una empresa con prioridad A. La Oficina me la asignó, y los responsables de que me la asignaran fueron Zammo y Bannerd. Al menos por escrito.

La voz de Zammo era casi un gruñido inarticulado.

—Usted me engatusó para que enseñara a esas criaturas a manejar una nave espacial.

—Eso lo sugirió usted. Tengo archivado el informe que redactó proponiendo que se estudiaran sus reacciones ante los instrumentos humanos. Y también lo tiene la Oficina.

Las pruebas..., las pruebas legales son claras. Yo no he tenido nada que ver en todo ello.

—¿Ni siquiera con los globos? —preguntó Bannerd.

—Jamás pedí ninguno —respondió fríamente Antyok—. Eso fue una idea de la Oficina, aunque me figuro que los amigos de Bannerd, los de la Filosofía, respaldaron la idea.

Bannerd se estaba asfixiando. De pronto escupió:

—Usted le preguntó al jefe de los cefeidanos si sabía leer el pensamiento. Usted le indujo a manifestar interés por los globos.

—Vamos, vamos. Usted redactó personalmente la reseña de la conversación, que también tengo archivada. No podrá demostrar lo que dice —Antyok se puso en pie—. Tendrán que dispensarme. Debo preparar un informe para la Oficina.

Ya en la puerta, se volvió.

—En cierto modo, el problema de los no-humanos ha quedado solucionado, aunque sea solamente a gusto de ellos. Ahora se reproducirán, y tendrán un mundo que se habrán ganado por sí mismos. Era lo que querían.

»Otra cosa. No me acusen de tonterías. Llevo veintisiete años en el Servicio, y les aseguro que las pruebas escritas que he dejado bastan y sobran para demostrar que he obrado con toda fidelidad y pulcritud en todo lo que hice. Y, capitán, me alegraría mucho continuar nuestra conversación de hace un rato, cuando a usted le vaya bien, para explicarle cómo un gobernador capaz sabe mantenerse dentro de los trámites burocráticos y, no obstante, conseguir lo que quiere.

Llamaba la atención que una cara tan redonda, lisa, infantil, pudiera mostrar una sonrisa tan sardónica.

De: O. de P. E.

A: Loodun Antyok, Administrador Público Jefe, A-8.

Tema: Servicio Administrativo, Permanecer en el.

Referencia:

(a) Decisión Tribunal. Ser Ad. 22.874-Q, fecha 1/978 G. E.

1. En vista de la favorable opinión expresada por la referencia (a) queda usted absuelto por la presente de toda responsabilidad por la huida de los no-humanos de Cefeo 18. Se le pide que esté preparado para su próximo nombramiento. R. Horpritt, jefe, Ser Ad., 15/978 G. E.

Las cartas que constituyen la mayor parte de este relato (que contiene uno de los raros ejemplos que he inventado de inteligencias extraterrestres) se fundan —como sin duda les gustará saber— en la clase de material que entraba y salía continuamente de la NAES (y, por lo que me consta, sigue entrando y saliendo). Ese estilo ampuloso no lo he inventado yo. No sabría inventarlo aunque quisiera.

Cuando se publicó el cuento, L. Sprague de Camp señaló muy satisfecho una laguna en el estilo de las mencionadas cartas: yo había cometido la ligereza de hacer que un funcionario de jerarquía inferior se dirigiese a otro de categoría superior diciendo, «se requiere» en lugar de «se sugiere». El inferior sólo puede sugerir, muy humildemente, y sólo el superior puede requerir con aspereza.

Callejón sin salida fue objeto de una distinción que me gustaría mencionar.

Después de la guerra empezó la avalancha de antologías de ciencia ficción, que desde entonces ha ido creciendo en anchura y profundidad. Pocos serán, si hay alguno, los escritores de ciencia ficción cuyas obras hayan pasado a formar parte de tantas antologías como las mías; pero el primer relato mío que se incluyó en una de ellas no fue *Cae la noche*, ni un «robot positrónico» ni una narración de la serie *Fundación*. Fue *Callejón sin salida*.

A principios de 1946 Groff Conklin sacaba la primera de sus numerosas antologías de ciencia ficción —la titulaba «Lo mejor de la ciencia ficción»— y allí encontrarán *Callejón sin salida*. Este relato, por el que Campbell me había pagado 148,75 dólares (un centavo tres cuartos por palabra), había ganado otros 42,50 dólares (medio centavo por palabra). Lo cual significa que *Callejón sin salida* me ha producido dos centavos y cuarto por palabra, lo cual representaba un precio muy elevado, por aquellos tiempos.

Hablando con toda propiedad, el dinero para la inclusión en la antología se lo dieron a Street & Smith; pero éstos tenían la sana costumbre de entregar ese dinero al autor, voluntariamente y sin que les obligara la ley a hacerlo así. Ésta fue la primera indicación de que una obra podía representar más dinero del que se cobra por su venta inicial.

El 8 de mayo de 1945, una semana antes de terminar *El Mulo*, terminó la guerra en Europa. Naturalmente, se inició entonces la desmovilización de tantos hombres como fuera posible de los que habían combatido en Europa, sustituyéndolos por otros, escogidos entre los que se lo habían pasado bien en la patria.

Hasta entonces, durante toda la guerra, yo había recibido periódicamente aplazamientos de mi entrada en filas por mi condición de químico investigador que trabajaba en un puesto importante para el esfuerzo bélico. Aunque había continuas revisiones de las normas de reclutamiento y raro era el mes que no parecía que un día u otro tuviese que ser reclutado. (Esto me tenía en vilo, se lo digo a ustedes, pero no tenía la sensación de sufrir un atropello. Lo que predominaba en mi ánimo era un sentimiento vago y escurridizo de culpa por no haber sido reclutado ya, junto con un poco de vergüenza por el alivio que me producían los aplazamientos).

Durante 1944, la incertidumbre llegó al extremo de que me llamaron para un reconocimiento físico, y resultó que sufría una miopía tan acusada que me hacía inútil para el servicio militar.

Después del día de la victoria en Europa, se autorizó a la maestranza de Marina para que retuviese un tanto por ciento únicamente de los empleados que habían obtenido aplazamientos, dejando que los otros fueran reclutados. Era de suponer que la maestranza quería conservar los empleados más importantes; pero sabían una treta mejor, según la versión que se nos dio. Se

quedaban todos aquellos empleados comprendidos en quinta que poseían las cualidades físicas requeridas para entrar en filas, y no extendían sus alas protectoras sobre los que no las poseían, fuese por exceso de edad o por defecto físico. De este modo confiaban continuar con todos... los aptos por haberlos declarado necesarios, y los viejos o inútiles físicamente... por estas mismas razones.

Yo, como empleado sin condiciones para el servicio militar, quedé comprendido entre los declarados no esenciales.

Y entonces (sin duda lo han adivinado) el Ejército rebajó las condiciones físicas requeridas. El resultado fue que los empleados de maestranza con mala vista u otros defectos leves se vieron en inminente peligro de entrar en filas, mientras que otros, que por todo lo demás valían lo mismo que ellos, salvo que se hallaban en buenas condiciones físicas, no estaban. (Tanto da que se rían un poco).

Durante los cuatro meses que siguieron al día de la victoria en Europa, yo no hacía otra cosa que ir y venir y ocuparme del reclutamiento, y ningún día estaba seguro de si al siguiente no recibiría la orden de movilización. Mientras esperaba, las bombas atómicas caían sobre Hiroshima y Nagasaki, y los japoneses se rindieron formalmente el día 2.

El 7 de septiembre de 1945, recibí el aviso de alistamiento. No me gustó nada, por supuesto, pero traté de tomármelo filosóficamente. La guerra había terminado y, fueran cuales fuesen las dificultades que tuviera que afrontar durante los dos años que esperaba pasar en filas, al menos ninguna de ellas consistiría en que alguien disparase contra mí. Ingresé en el Ejército el 1 de noviembre de 1945, como soldado raso.

Naturalmente, durante todo el jaleo sobre el reclutamiento, que culminó con el ingreso en filas, no escribí nada. Hubo entonces una interrupción de ocho meses, la más larga en tres años.

El 7 de enero de 1946, no obstante, mientras todavía me debatía con la instrucción militar fundamental en Camp Lee (Virginia) empecé otro relato «robot positrónico», titulado *Testimonio*. Utilicé una máquina de escribir de uno de los edificios administrativos.

Naturalmente, fue un trabajo lento. No terminé el primer borrador hasta el 17 de febrero, y entonces todo quedó interrumpido cuando, aquel mismísimo día, descubrí que figuraba entre los que serían enviados al Pacífico Sur a participar en la «Operación Encrucijada». Fue ésta la primera prueba atómica de la postguerra, en la isla de Bikini (que más tarde dio su nombre a un traje de baño tan breve como para reaccionar sobre el temperamento masculino —en teoría— como una bomba atómica). El hecho de que una semana después recibiera el cheque por la inclusión de *Callejón sin salida* en una antología contribuyó muy poco a elevar mi ánimo.

Partimos el 2 de marzo de 1946, viajando en tren y barco, y llegamos a Honolulu el 15 de marzo. Allí se inició una larga espera antes de que pudiéramos continuar hasta Bikini (la prueba de la bomba atómica se aplazó, por supuesto). Cuando el tiempo se me hizo demasiado largo, reemprendí *Testimonio*. Persuadí a un librero comprensivo para que me dejara encerrado en el edificio cuando cerraba para comer, de manera que pudiera disponer de una hora diaria para estar a solas con la máquina de escribir. Terminé el relato el 10 de abril, y al día siguiente lo envié por correo a Campbell. El 29 de abril recibí aviso de que lo habían aceptado. Por aquellas fechas, el precio por palabra había subido a dos centavos.

Jamás fui a Bikini. En la metrópoli un error administrativo hizo que dejaran de pagarle la subvención a mi esposa. El 28 de mayo me enviaron a casa para indagar qué pasaba. Por la fecha en que llegué a Camp Lee, la confusión se había disipado. No obstante, puesto que ya estaba allí, solicité una «licencia para investigación» alegando que iba a reemprender el trabajo para mi doctorado. Salí del Ejército, con la graduación de cabo, el 26 de julio.

Testimonio fue el único relato que escribí vistiendo el uniforme.

En cuanto estuve fuera del Ejército tomé las medidas necesarias para volver a Columbia, después de una ausencia de algo más de cuatro años, a reanudar mis trabajos para la obtención del diploma, bajo la dirección del profesor Dawson.

En mi mente todavía no cabía la menor duda de que mi carrera era la química. En los cuatro años de matrimonio había escrito nueve relatos de ciencia ficción y una fantasía, y los había vendido todos... aunque todos a Campbell.

Si *Unknown* había perecido, pensaba, angustiado, *Astounding* también podía desaparecer. Si ocurría esto, o si Campbell se retiraba, no estaba nada seguro de continuar vendiendo mis producciones.

La situación se presentaba mejor en la postguerra que antes de la contienda, no cabe duda.

Durante los cuatro primeros años de mi matrimonio, había ganado, escribiendo, 2667 dólares, o sea, un promedio de 13 dólares semanales. Esto era aproximadamente el cincuenta por ciento más de lo que había ganado de soltero, a pesar de escribir menos cuentos.

El precio por palabra se había doblado, y aún me quedaba la esperanza de los derechos adicionales, o sea de cobrar dinero por relatos ya vendidos. *Callejón sin salida* había sido incluido ya en una antología, y el 30 de agosto de 1946, sólo un mes después de haber salido del Ejército, me enteré de que había hecho otra venta similar. Una nueva antología de ciencia ficción, «*Aventuras en el tiempo y el espacio*», publicada por Raymond J. Healey y J. Francis McComas, incluiría *Cae la noche*, y yo cobraría por ello 66,50 dólares.

Además, lo de las antologías no fue lo único. Aquel mismo año, el número de septiembre de 1946 de *Astounding* llegó a los quioscos con *Testimonio*. (¡Ojalá hubiera sabido yo cuando lo escribía que por la fecha en que se publicase ya estaría fuera del Ejército, y sin contratiempo!). Casi al mismo tiempo, recibí un telegrama preguntándome cuánto quería por llevarla al cine. El caballero interesado resultó ser nada menos que Orson Welles. Con gran entusiasmo, el 20 de septiembre le vendía yo los derechos sobre el relato mencionado para la radio, la televisión y el cine, confiando hacerme famoso (rico no podía hacerme, porque el pago total ascendió únicamente a 250 dólares).

Por desgracia, no ocurrió nada. Hasta la fecha, Welles no ha utilizado nunca mi narración. Aunque el cheque sí fue útil para pagarme los estudios.

Sin embargo, a pesar de todo, todavía parecía incuestionable que pudiera confiar en ganarme ni siquiera el sustento un año de cada dos con mis escritos, y menos ahora que tenía mujer y confiaba, con el tiempo, en tener hijos.

Así pues, otra vez a estudiar, con una pequeña suma en la libreta de ahorros como parachoques, unas subvenciones del Gobierno por mi calidad de exsoldado y, naturalmente, con la esperanza de ganar un dinero suplementario escribiendo.

En septiembre escribí todavía otro cuento «robot positrónico», apresurándome a terminarlo antes de que empezara el semestre de otoño y tuviera que sumergirme en el trabajo. Campbell lo aceptó en seguida y lo publicó en el número de marzo de 1947 de *Astounding*. Posteriormente, este cuento y *Testimonio* fueron incluidos en *Yo, Robot*.

Iniciado el semestre, se me hizo difícil encontrar tiempo para escribir. Hacia finales de 1946 logré empezar otro relato de la serie *Fundación*; lo titulé *Now You See It...* Lo terminé el 2 de febrero de 1947 y lo presenté a Campbell el 4. Por aquellas fechas estaba yo bastante harto de *Fundación* e intenté poner punto final a la serie con *Now You See It...*

Pero Campbell no lo quiso así. Tuve que revisar el final para que admitiese una continuación, y el día 14 Campbell lo aceptó. Apareció en el número de enero de *Astounding* y con el tiempo constituyó el primer tercio de mi libro *Segunda Fundación*.

En mayo de 1947 escribí una narración que, por primera vez en más de dos años, no era ni un relato de los de *Fundación* ni un «robot positrónico». Lo titulé *¡No hay relación!* Lo ofrecí a Campbell el 26 de mayo, y lo aceptó el día 31.

¡NO HAY RELACIÓN!

Raph era un americano típico de su tiempo. Muy feo, además, juzgado por los raseros americanos de nuestros días. Tenía exageradamente desarrollada la estructura ósea de las mandíbulas, y los músculos estaban a tono con los huesos. Tenía la nariz arqueada y ancha, y los ojos, pequeños, negros y muy separados por la extensión de la antedicha nariz. Tenía el cuello grueso, el cuerpo ancho y los dedos espatulados, con fuertes uñas curvadas.

Si se hubiese erguido sobre las recias piernas de pies grandes y bien almohadillados habría llegado casi a los dos metros treinta centímetros. De pie o sentado, su masa se aproximaba al cuarto de tonelada.

Con todo, su frente se elevaba en un arco nada menguado y su capacidad craneal no era escasa. Su manaza enorme movía delicadamente la pluma, y su mente ronroneaba confortablemente en marcha cuando él se inclinaba sobre la mesa de trabajo.

Lo cierto es que su esposa y la mayoría de sus amigos americanos le consideraban un sujeto bien parecido.

Lo cual pone de manifiesto la alquimia de un largo desplazamiento por el eje del tiempo.

Raph hijo era una edición más reducida de nuestro americano típico. Todavía adolescente, no había perdido aún la vellosa barba de la infancia, que se extendía como una negra y muy rizada estera sobre el pecho y la espalda, aunque ya empezaba a clarear y quizá antes de un año nuestro héroe se pusiera ya por primera vez la camisa adulta que cubriría la orgullosa piel desnuda de la edad viril.

Pero en el ínterin llevaba sólo pantalones y, sentado, se rascaba distraídamente un punto favorito situado encima mismo del diafragma. Sentía curiosidad, mezclada con un poco de aburrimiento. No era desagradable ir con su padre al museo cuando había gente. Hoy era día de cierre, sin embargo, y los largos pasillos elevaban un eco solitario cuando los pisaba.

Además, se sabía de memoria todo lo que había en él; casi todo huesos y piedras. — ¿Qué es aquello? — preguntó.

— ¿Qué? — Raph levantó la cabeza y miró por encima del hombro. Luego pareció alegrarse—. Ah, es una cosa completamente nueva. Es una reconstrucción del Primate Primitivo. Me lo enviaron los de la Agrupación North River. ¿No es, en verdad, un buen trabajo? — Volvió a sumirse en su tarea, a caballo de un momentáneo estremecimiento de placer. El Primate Primitivo no estaría expuesto al público sino hasta dentro de una semana al menos, hasta que le hubiera preparado un sitio honroso, con unos alrededores adecuados; pero, por el momento, lo tenía en su despacho y era su preferido.

Sin embargo, Raph hijo contemplaba el «buen trabajo» con unos sentimientos completamente distintos. Lo que él veía era una figura como de araña, de tamaño

aborrecible, con unas piernas y unos brazos delgados, cubierta de pelo y con una cara fea, de fisonomía menuda y con unos ojos grandes y salientes. —Bueno, ¿qué es, papá? —insistió. Raph se agitó impaciente.

—Pues, es una criatura que vivió hace millones de años, creemos. Esto es lo que le da el aspecto que tiene.

—¿Por qué? —insistió el joven.

Raph cedió. Por lo visto, tendría que emprender el tema desde sus raíces y dejarlo listo por entero, de una vez.

—Pues en primer lugar, adivinamos cómo eran los músculos, por la forma de los huesos, y vemos los lugares en que encajarían los tendones y por dónde pasarían algunos nervios. Por los dientes, adivinamos el tipo de aparato digestivo que debía tener el animal, y por los huesos de los pies, qué postura podía adoptar. En lo demás, nos regimos por el principio de analogía, es decir, por el aspecto exterior de las criaturas existentes hoy en día que tengan la misma clase de esqueleto. Por ejemplo, por esto lo hemos cubierto de pelo rojo. La mayoría de los primates actuales (son criaturitas insignificantes, prácticamente extinguidas) tienen el pelo rojizo, unas callosidades desnudas en las posaderas... —Raph hijo corrió hacia la parte posterior de la figura y se cercioró de este particular—, poseen largas y carnosas narices, y unas orejas cortas, fruncidas. Son de dieta no especializada; de ahí las piezas dentarias para todo uso, y hacen vida nocturna, lo cuál explica el gran tamaño de los ojos. Es muy sencillo, en realidad. ¿Qué? ¿Has quedado satisfecho, jovencito?

Entonces el hijo, después de cavilar sobre ello, dijo en tono despectivo:

—Sin embargo, a mí me parece ni más ni menos que un «eekah». Solamente un «eekah» viejo y feo.

Raph le miró fijamente. Por lo visto, le había pasado algo por alto.

—¿Un eekah? —dijo—. ¿Qué es un eekah? ¿Una criatura imaginaria que te has encontrado en algún libro?

—¡Imaginaria! Oye, papá, ¿es que nunca entras en casa del archivero?

He ahí una pregunta embarazosa, porque, ciertamente, «papá» nunca lo veía; o al menos desde que era una persona mayor. De niño, ni que decir tiene, el archivero, como custodio de toda la ficción hablada, escrita y grabada del mundo entero había tenido para él un hechizo indefectible. Pero después había crecido...

—¿Hay algún cuento nuevo sobre eekahs? No recuerdo ninguno de cuando yo era joven.

—No lo entiendes, papá.

Uno casi habría creído que Raph hijo se hallaba al borde mismo de una exasperación que era demasiado cauto para expresar. Con aire ofendido, explicó:

—Los eekahs son seres reales. Vienen del Otro Mundo. ¿No te han hablado de eso? A nosotros nos han hablado hasta en la escuela, y en la revista de la agrupación. En su país andan cabeza abajo; sólo que ellos no lo saben, y aquí tienen el mismo aspecto que los Antiguos Primitivos.

Raph reunió sus asombradas facultades. Comprendía la incongruencia de interrogar a su hijo, todavía adolescente, sobre datos arqueológicos, y titubeó un momento. Al fin y al cabo, él había oído hablar de ciertas cosas. Habían circulado noticias sobre vastos continentes existentes en el otro hemisferio de la Tierra. Le parecía que había informes sobre la existencia de vida en ellos. Todo quedaba un poco caliginoso... quizá no siempre fuera cuerdo ceñirse tan estrictamente al campo que a uno le interesaba, y nada más.

—¿Se cuentan los eekahs entre las agrupaciones? —le preguntó al muchacho.

Éste se apresuró a contestar, con un movimiento afirmativo:

—El archivero dice que saben pensar tan bien como nosotros. Poseen máquinas que cruzan los aires. Así han llegado aquí.

—¡Chico! —reprendió Raph en tono severo.

—No miento —gritó el joven, agraviado—. Pregunta al archivero y verás qué dice él.

Raph recogió pausadamente los papeles. Era día de cierre, pero encontraría al archivero en casa, sin duda.

El archivero era un anciano miembro de la Agrupación Gurrow de Río Rojo y pocas personas vivientes podían recordar alguna época en que no lo hubiera sido. Había ocupado el cargo por consenso general, pues era archivero por la misma razón que Raph era celador del museo. Le gustaba serlo, quería serlo y no concebía otra clase de vida.

Es difícil colegir la estructura social de la Agrupación Gurrow, a menos que uno hubiera nacido en ella, aunque poseía una flexibilidad que casi le quitaba todo sentido a la palabra «estructura». El «gurrow» particular cogía cualquier empleo para el que se creyera apto, y todo el trabajo que quedara y fuera preciso hacer, o se realizaba en común, o por turno según un orden determinado por sorteo. Dicho así, parece demasiado sencillo como para que funcionara bien, pero en realidad las tradiciones que se habían acumulado en los cinco mil años desde que, se suponía, se había establecido la primera Agrupación Voluntaria de Gurrows, hacían el sistema complicado, flexible... y eficaz.

El archivero estaba en su casa, como había anunciado Raph. Se desarrolló la embarazosa ceremonia de renovar una relación antigua e injustamente descuidada. Raph había utilizado la biblioteca de referencia del archivero, por supuesto, pero siempre indirectamente... Sin embargo, en otro tiempo fue niño, un apasionado estudiante a los pies del saber acumulado, pero había dejado disipar aquella pasión.

La habitación en que ahora entraba estaba abarrotada de grabaciones y, en menor grado, de material impreso. El archivero intercalaba saludos y excusas.

—Han llegado cargamentos de otras agrupaciones —decía—. Se necesita tiempo para catalogarlos, ya sabe, y parece que ya no sé encontrarlo como solía —encendió la pipa y empezó a chupar vigorosamente—. Creo que tendré que buscarme un ayudante fijo. ¿Qué le parecería su hijo, Raph? Pasa horas y horas aquí, lo mismo que

usted veinte años atrás.

—¿Recuerda aquellos tiempos?

—Mejor que usted, creo, ¿piensa que a su hijo le gustaría?

—Podría hablar usted con él. Es posible que le guste. Puedo decir sinceramente que la arqueología le fascina. —Ralph cogió un disco al azar y miró la etiqueta de identificación—: Hum-mm... de la Agrupación de Joquin Valley. Está muy lejos de aquí.

—Muy lejos —asintió el archivero—. Yo les envié algunos nuestros, claro está. Los trabajos de nuestra agrupación gozan de gran estima en todo el continente —afirmó con orgullo de propietario—. En realidad —continuó, apuntando la boquilla de la pipa a su interlocutor—, el tratado que usted escribió sobre primates extinguidos ha sido distribuido por todas partes. He enviado dos mil ejemplares y todavía siguen pidiéndolo. Es un éxito considerable... tratándose de arqueología.

—Pues la arqueología es lo que motiva mi presencia aquí... La arqueología y lo que mi hijo me ha dicho que usted le ha contado —a Raph le costaba cierto esfuerzo entrar en materia—. Parece que usted habló de unas criaturas procedentes de los antípodas, llamadas eekahs, y me gustaría que me proporcionara todos los datos que usted posea sobre ellas.

El archivero adquirió una expresión pensativa.

—Bueno, podría contarle aquí mismo lo que recuerdo en este instante, o acaso podríamos ir a la biblioteca a consultar las referencias.

—No se moleste en abrir la biblioteca por mí. Es día de cierre. Basta con que me dé unas nociones sobre el asunto, y buscaré las referencias más tarde.

El archivero mordió la pipa, empujó el sillón contra la pared y desenfocó los ojos pensativamente.

—Bien —dijo—, supongo que la cuestión comienza con el descubrimiento de los continentes del otro lado. Esto ocurrió hace cinco años. ¿Está enterado, quizá?

—Sólo del hecho escueto. Sé que los continentes existen, como lo sabe ya todo el mundo. Recuerdo que una vez especulábamos sobre el brillante campo que representarían para una investigación arqueológica, pero ahí terminó todo.

—Ah, entonces se le pueden contar a usted muchas más cosas. Ya sabe que los nuevos continentes no los descubrimos nosotros directamente. Cinco años atrás, un grupo de seres que no eran «gurrows» llegaron a la Agrupación de Bahía del Este en un aparato que volaba... fundado en unos principios científicos concretos (según descubrimos más tarde) apoyados principalmente en el empuje vertical del aire. Hablaban un lenguaje claramente inteligente y se daban a sí mismos el nombre de eekahs. Los gurrows de la Agrupación de Bahía del Este aprendieron su idioma —muy sencillo, pero lleno de sonidos imposibles de pronunciar— y yo poseo una gramática del mismo, si le interesa.

Raph rehusó con el ademán El archivero continuó:

—Los gurrows de la agrupación, ayudados por los de la Montaña del Hierro —

que, como sabe, se especializan en cosas de acero— construyeron reproducciones de la máquina voladora. Hubo un vuelo sobre el océano... y debo decir que hay varias docenas de volúmenes que hablan de ello, de la máquina voladora y de una ciencia llamada aerodinámica..., nuevas geografías y hasta un nuevo sistema filosófico fundado en la pluralidad de inteligencias. Todos salidos de las agrupaciones de Bahía del Este y de la Montaña del Hierro. Un trabajo notable para haber sido realizado en cinco años nada más, y todo disponible aquí.

—Pero los eekahs... ¿están todavía en la Agrupaciones de Bahía del Este?

—Humm-mm-mm. Estoy seguro. Se negaron a regresar a sus propios continentes. Se dan el nombre de «refugiados políticos».

—¿Politi... qué?

—Así se expresan ellos —contestó el archivero—, y ésa es la única traducción que tenemos.

—Bueno, bueno, y ¿por qué refugiados políticos? ¿Por qué no refugiados geológicos, o refugiados eróticos? Yo creo que una traducción debería tener sentido.

El archivero se encogió de hombros:

—Le remito a usted a los libros. Ellos sostienen que no son delincuentes. Yo sólo sé lo que le estoy diciendo.

—Bueno, entonces ¿qué figura tienen? ¿Posee algún retrato?

—En la biblioteca.

—¿Leyó mis Principios de arqueología?

—Les eché un vistazo.

—¿Recuerda los dibujos del Primate Primitivo?

—Me temo que no.

—Entonces, oiga, vayamos a la biblioteca, de todos modos. —Pues, claro — refunfuñó el archivero, poniéndose en pie.

El gobernador de la Agrupación Gurrow de Río Rojo ostentaba un cargo que en lo fundamental no difería en nada del de celador del Museo, o del de archivero, o de cualquiera de los otros empleos voluntarios. Esperar una diferencia sería imaginarse una sociedad en la que la aptitud rectora escasea.

En realidad, todos los empleos de una Agrupación Gurrow —en la que la palabra empleo designa un trabajo regular cuyos frutos afectan a otras personas aparte del propio trabajador— se dividen en dos clases: una, empleos voluntarios, y otra, empleos involuntarios, o comunitarios. Los de la primera clase son todos iguales. Si a un gurrow le gusta abrir zanjas útiles, hay que respetar su inclinación y honrar su trabajo. Si nadie hace por impulso propio ese trabajo, y se considera que conviene hacerlo, entonces dicha tarea se convierte en un empleo comunitario, y se realiza por turno o por sorteo, según convenga... esto puede resultar molesto, pero es inevitable.

De ahí que el gobernador viviese en una casa no más espaciosa ni lujosa que las demás, no presidiera nunca ninguna mesa, ni tuviera otro título particular que el nombre de su empleo, y que no fuera envidiado, ni odiado, ni adorado.

Le gustaba ordenar el comercio intergrupal, supervisar las finanzas comunes y juzgar los infrecuentes desacuerdos que se producían. Por supuesto, no recibía víveres suplementarios ni privilegios energéticos por desempeñar la tarea que le gustaba.

Por lo tanto, no fue para pedir permiso, sino para ordenar debidamente sus cuentas por lo que Raph se detuvo a visitar al gobernador. El día de cierre no había terminado aún. El gobernador estaba pacíficamente sentado en el sillón que ocupaba después de comer, con el cigarro en los labios y el libro que reservaba para esta ocasión en las manos. Aunque seis hijos y una esposa tuvieran algo de intemporal, hasta ellos ofrecían una especie de aire de sobremesa.

Al entrar, Raph fue objeto de un saludo múltiple, que le hizo llevarse las manos a los oídos, pues si los gobernadorcitos (único título aplicable, digo como autor) tenían algún empleo era el de hacer ruido. Ciertamente, era lo que más les gustaba, y ciertamente también, otros cosechaban la mayoría de los frutos de tal afición, pues los oídos de los propios vocingleros parecían a prueba de estruendos.

El gobernador les impuso silencio.

Raph aceptó un cigarro.

—Tengo intención de dejar la Agrupación por una temporada, Lahr —dijo—. Mi trabajo lo requiere.

—No nos alegrará que se marche, Raph. Confío que no sea para mucho tiempo.

—Espero que no. ¿Qué tenemos en Unidades Comunes?

—Oh, muchísimas cosas para lo que usted se propone, estoy seguro. ¿Adonde piensa irse?

—A la Agrupación de Bahía del Este.

El gobernador movió la cabeza y soltó un pensativo anillo de humo.

—Desgraciadamente, nuestros libros registran un superávit en favor de Bahía del Este (puede comprobarlo, si lo desea), pero las Unidades Comunes de Intercambio se harán cargo del transporte y los gastos necesarios.

—Bien, estupendo. Pero, dígame, ¿qué puesto me corresponde en la nómina de la comunidad?

—Humm-mm-mm, tendré que procurarme las listas. Perdóneme un momento.

Se alejó paseando su pesada humanidad por la habitación y salió al pasillo. Raph hizo una pausa para darle un golpecito al menor de los hijos, que se le echaba encima, gruñendo con fingida ferocidad y luciendo unos dientes deslumbrantes..., negro fardo de piel espesa, con el largo hocico infantil que todavía no se había ensanchado, ni había perdido la forma de sus antepasados animales de medio millón de años de antigüedad.

El gobernador regresó con un grueso volumen y unas grandes lentes. Abrió el libro cuidadosamente, pasó las páginas hasta que encontró el punto apetecido y deslizó un dedo meticuloso por las columnas, en sentido descendente.

—Queda solo la cuestión del suministro de agua, Raph —dijo—. Tiene que

formar parte de la cuadrilla de conservación esta semana próxima. No queda ningún otro servicio durante dos meses al menos.

—Estaré de regreso antes. ¿No hay ninguna posibilidad de que alguien me sustituya en la conservación del agua?

—Humm-mm-mm, alguien encontraré. En todo caso, siempre puedo enviar a mi hijo mayor. Va llegando a la edad de trabajar y debe probarlo todo. A lo mejor le gusta trabajar en la presa.

—¿Sí? Entonces, si le gusta, dígamelo. Puede sustituirme regularmente.

El gobernador sonrió dulcemente.

—No se haga ilusiones, Raph. Si se le ocurre la manera de conseguir que dormir nos beneficie a todos, seguro que lo tomará como ocupación fija. Y, a propósito, ¿por qué se va usted a la Agrupación de Bahía del Este, si no le importa comentarlo?

—Quizá se ría, pero he descubierto que existen unos seres llamados eekahs.

—¿Eekahs? Sí, ya sé —el gobernador señaló con el dedo—. ¡Criaturas de ultramar! ¿No?

—¡Cierto! Pero ahí no acaba todo. Vengo de la biblioteca. He visto reproducciones tridimensionales, Lahr, y son Primates Primitivos, o casi. Son primates, primates inteligentes. Tienen ojos pequeños, nariz chata y mandíbulas completamente distintas... pero son, al menos, primos segundos nuestros. Tengo que verlos, Lahr.

El gobernador alzó los hombros. Aquello no le despertaba el menor interés.

—¿Por qué? Se lo pregunto por pura ignorancia, Raph. ¿Importa mucho que usted los vea?

—¿Si importa? —Evidentemente, la pregunta había asombrado a Raph—. ¿No sabe qué ha ocurrido estos últimos años? ¿No ha leído mi libro de arqueología?

—No —dijo el gobernador resueltamente—. No lo leería ni para ahorrarme un turno en la recogida de basuras.

—Lo cual demuestra, probablemente, que usted sirve más para la recogida de basuras que para la arqueología. Pero no importa. Hace cerca de diez años que lucho en solitario en favor de mi teoría de que el Primate Primitivo era una criatura inteligente, con una civilización bien desarrollada. No tengo de mi parte sino la necesidad lógica, que es lo último que la mayoría de arqueólogos aceptarían jamás. Ellos quieren algo tangible. Exigen los restos de una agrupación, artefactos, estructuras, libros... y otras cosas. Y todo lo que yo puedo ofrecerles es un esqueleto con una gran capacidad craneana. Salvo las estrellas, Lahr, ¿qué esperan que sobreviva en diez millones de años? El metal muere. El papel muere. La película muere.

»Sólo perdura la piedra, Lahr. Y los huesos petrificados. Un cráneo con el hueco para un cerebro. Y algunos utensilios, viejos cuchillos afilados, muelas de pedernal.

—Bien —respondió Lahr—, ahí tiene sus artefactos.

—A eso lo llaman eolitos, piedras erosionadas. Y no lo aceptarían. Los muy

idiotas las llaman piedras naturales, que presentan esa forma por causas puramente físicas —sonrió con ferocidad científica—. Pero si los eekahs son primates inteligentes, yo Habré demostrado mi teoría.

Raph había viajado otras veces, aunque jamás hacia el este, y la degradación de la agricultura que observaba por el camino le impresionó. En los primeros tiempos de la historia, las Agrupaciones de Gurrows no se habían especializado en absoluto. Cada una se bastaba por sí misma, y el comercio era un gesto amistoso antes que una cuestión de necesidad.

Lo mismo sucedía todavía en muchas agrupaciones. La suya propia, la del Río Rojo, era quizá típica. Unos ochocientos kilómetros tierra adentro, enclavada en un fértil terreno de cultivo, la agricultura continuaba siendo su eje central. El río proporcionaba algo de pesca, y existía una industria láctea bien desarrollada. En realidad, era la exportación de víveres la fuente de la saludable situación de las reservas de Unidades Comunes.

Sin embargo, a medida que se internaban hacia el este, las agrupaciones que encontraba concedían cada vez menos atención al suelo, poco profundo, y mucha más a los humeantes edificios fabriles.

En la Agrupación de Bahía del Este, Raph encontró un centro comercial cuya prosperidad dependía principalmente de los barcos. Era una agrupación más populosa de lo normal, más aglomerada; en ocasiones las casas distaban incluso menos de cien metros una de otra.

Raph sintió un desazonado hormigueo ante la idea de vivir tan apretujado con otros. Los muelles eran peor todavía, con multitud de gurrows dedicados a los numerosos empleos comunitarios de carga y descarga.

El gobernador de esta agrupación era un joven nuevo en su cargo, dominado por el placer que le producía el ejercerlo y emocionado por el gozo de dar la bienvenida a un forastero distinguido.

Raph fue obsequiado con una comida excelente, amenizada con un largo discurso sobre la derivación exacta de cada uno de los platos. Para sus oídos provincianos, ternera de la Agrupación de la Pradera, patatas de la Agrupación de las Tierras del Nordeste, café de la Agrupación del Istmo, vino de la Agrupación del Pacífico y fruta de la Agrupación de los Lagos Centrales eran denominaciones raras, maravillosas.

Saboreando los cigarros —de la Agrupación de Isla del Sur—, abordó el tema de los eekahs. El gobernador de Bahía del Este se mostró solemne y un poco inquieto.

—El hombre a quien necesita ver es Lernin. Le alegrará mucho ayudarle a usted cuanto pueda. ¿Dice usted que sabe algo de los eekahs?

—Digo que me gustaría saber algo. Se parecen a una especie animal extinguida con la que estoy muy familiarizado.

—Ah, comprendo, entonces ése es el campo que le interesa.

—Quizá pudiera contarme algunos detalles de su llegada, gobernador —sugirió muy cortésmente Raph.

—Entonces yo no era gobernador, amigo mío, y por consiguiente no poseo información de primera mano, pero los registros son claros. Ese grupo de eekahs que llegaron con su máquina voladora... ¿Ha oído hablar de esos ingenios aeronáuticos?

—Sí, sí.

—Sí. Bueno... al parecer eran fugitivos.

—Eso me han dicho. Sin embargo, ellos sostienen que no son criminales. ¿No es así?

—Sí. Muy raro, ¿verdad? Confiesan que les condenaron (lo reconocieron después de un largo y hábil interrogatorio, en cuanto hubimos aprendido su idioma), pero niegan que fuesen malhechores. Al parecer, estuvieron en desacuerdo con su gobernador sobre principios de política.

Raph movió la cabeza con aire de persona enterada:

—Ah, y se negaron a acatar la decisión comunitaria. ¿No es verdad?

—Más desorientador todavía. Insisten en que la decisión no había sido comunitaria. Afirman que la administración había dictado la política por su propio antojo.

—¿Y no la sustituyeron?

—Al parecer, a los que creen que habría que sustituirla los acusan de criminales... como les ocurrió a ellos.

Hubo una franca pausa de incredulidad. Luego Raph preguntó:

—¿Le parece verosímil la versión?

—No, me atengo simplemente a sus palabras. Por supuesto, el idioma eekah es toda una barrera. Algunos sonidos nos resultan imposibles de pronunciar; las palabras tienen significados distintos según el lugar que ocupan en la frase y según pequeñas diferencias de inflexión. Y sucede a menudo que las palabras eekahs, aun en las mejores traducciones, son un perfecto rompecabezas.

—Debieron quedar sorprendidos al encontrar gurrows aquí —indicó Raph—, si ellos pertenecen a un género diferente.

—¡Sorprendidos! —El gobernador bajó la voz—. ¡Le diré si quedaron sorprendidos! Oiga, esta noticia, por razones obvias, no se hizo pública; por consiguiente, espero que usted recordará que es confidencial. Los tales eekahs mataron a cinco gurrows antes de que pudiéramos desarmarlos. Poseían un instrumento que expulsaba pedazos metálicos a grandes velocidades gracias a una reacción química controlada. Ahora nosotros los hemos copiado. Naturalmente, dadas las circunstancias, no los calificamos de criminales, porque es razonable suponer que no sabían que fuésemos seres inteligentes —sonrió apesadumbrado—. Al parecer somos similares, en figura, a unos animales de su mundo.

O al menos así lo dicen.

Pero Raph se había galvanizado por un entusiasmo repentino:

—¡Estrellas del cielo! Dijeron eso, ¿no es verdad? ¿No entraron en detalles? ¿Qué clase de animales?

Había cogido al gobernador por sorpresa.

—Pues, no lo sé. Dicen nombres en su lenguaje. Nos llamaban «osos» gigantes.

—Gigantes, ¿qué?

—Osos. No tengo la menor idea de qué son, excepto que, presumiblemente, se parecen a nosotros. No conozco animales similares en América.

—Osos, osos. —Raph balbuceaba la palabra—. Eso es interesante. Más que interesante. Es estupendo. ¿No sabe, gobernador, que entre nosotros se discute mucho acerca de los antepasados de los gurrows? Unos animales vivientes emparentados con el gurrow sapiens tendrían una enorme importancia —Raph se frotaba las manazas de placer.

El gobernador estaba contento de la sensación que había causado.

—Y lo más asombroso del caso es que se designan a sí mismos por dos nombres —añadió.

—¿Dos nombres?

—Sí. Nadie conoce la distinción todavía, por mucho que los eekahs nos lo expliquen, salvo que uno es un nombre más general y el otro más específico. La base de la diferencia escapa a nuestra comprensión.

—Comprendo. ¿Qué es «eekah»?

—Es... es el específico. El general es... —El gobernador tropezaba ligeramente con las sílabas difíciles— chimpancé. Eso, así es. Hay un grupo que se llaman eekahs y otros grupos que se dan otros nombres. Pero todos ellos se denominan chim... eso que dije antes.

El gobernador hurgaba en su mente en busca de otros datos curiosos de los muy variados que conocía; pero Raph le interrumpió:

—¿Puedo ver a Lernin mañana?

—Por supuesto.

—Entonces, lo veré. Gracias por su amabilidad, gobernador.

Lernin era un individuo ligero, que probablemente no pesaba más de ciento diez kilos. Además, tenía un andar levemente defectuoso, padecía cierta cojera. Pero ninguno de ambos hechos impresionó demasiado a Raph, en cuanto se pusieron a conversar, porque Lernin era un pensador capaz de imponer su vigor a otros.

La primera mitad de la conversación se caracterizó por la vehemencia de Raph y las respuestas y comentarios, luminosos y brillantes como rayos, de Lernin. Pero después se produjo una repentina traslación del centro de gravedad, y fue Lernin el interrogador.

—Usted me perdonará, docto amigo —decía Lernin con una rigidez característica, pero a la que sabía dar un tono muy amistoso—, si su problema me parece poco importante. No —levantó una mano de largos dedos—, no según el poco complicado interloquio de los tiempos, sino simplemente poco importante para mí, porque fijo mi interés en otras cuestiones, aunque también poco importante para la agrupación, para todas las agrupaciones, para todo gurrow individual desde uno a

otro extremo del mundo.

He ahí una idea trastornadora. Por un momento, Raph se sintió ofendido; ofendido en lo más profundo de su sentido de individualidad. Y se le notó en el semblante. Lernin se apresuró a añadir:

—Mis palabras acaso suenen descorteses, groseras, poco civilizadas. Pero debo explicarme. Debo hacerlo, porque usted es primordialmente un científico social y lo comprenderá... acaso mejor que nosotros mismos.

—Es el objetivo de mi vida —replicó Raph, enojado— y me importa muchísimo. No puedo conceder la preferencia a los de otros.

—Lo que estoy diciendo debería ser el objetivo de la vida de todos... aunque sólo sea porque puede convertirse en el medio de salvar las vidas de todos nosotros.

Raph empezaba a sospechar toda suerte de posibilidades, desde una forma rara de bromear hasta el desequilibrio mental que sobreviene, a veces, con la edad. Sin embargo, Lernin no era viejo.

Lernin dijo con un fervor impresionante:

—Los eekahs del Otro Mundo son un peligro para nosotros, porque no son amigos nuestros.

Raph replicó muy naturalmente:

—¿Cómo lo sabe?

—Amigo mío, nadie ha vivido en más estrecho contacto que yo con estos eekahs que han llegado aquí, y considero que son gente con un contenido emocional extraño al nuestro. He recogido hechos raros que nos es difícil interpretar, pero que, en todo caso, apuntan hacia distintas direcciones.

»Le enumeraré unos cuantos: Los eekahs de grupos organizados se matan periódicamente unos a otros por motivos oscuros. A los eekahs les resulta imposible vivir de modo distinto al de las hormigas (es decir, en enormes y apretujadas colectividades) y no obstante también les resulta difícil tolerar la presencia de los demás. O, para emplear la terminología de los científicos sociales, son gregarios sin ser sociales, del mismo modo que los gurrows son sociales sin ser gregarios.

Han elaborado códigos de conducta, que, según nos dicen, enseñan a sus pequeños, pero que en la práctica general desobedecen todos, por razones que nosotros no entendemos. Etc., etc., etc.

—Yo soy arqueólogo —dijo, inflexible, Raph—. Esos eekahs sólo me interesan en el aspecto biológico. Si puedo averiguar la curvatura de su fémur, me importa muy poco la curva de sus procesos intelectuales. Si puedo seguir la forma del cráneo, me tiene sin cuidado que la forma de su ética nos parezca misteriosa.

—¿No cree que sus demencias puedan afectarnos a nosotros, aquí?

—Estamos distanciados de ellos, por ambos océanos, casi diez mil kilómetros, o más —contestó Raph—. Tenemos nuestro mundo, y ellos tienen el suyo. No hay relación entre nosotros.

—No hay relación —musitó Lernin—. Otros han dicho lo mismo. Sin embargo,

los eekahs han llegado aquí, y pueden venir otros detrás. Nos dicen que el Otro Mundo está bajo el dominio de unos pocos, los cuales se ven dominados a su vez por un raro afán de seguridad que confunden con una palabra eekah llamada «poder», la cual parece significar el predominio de la voluntad de uno sobre la suma de voluntades de la comunidad. ¿Qué pasará si ese «poder» se extiende hasta nosotros?

Raph puso su mente a la tarea. El problema era ridículo, completamente ridículo. Parecía imposible imaginarse aquellos extraños conceptos.

Lernin decía:

—Esos eekahs explican que mucho tiempo atrás su mundo y el nuestro estaban muy juntos. Dicen que en su mundo hay una hipótesis científica bien conocida sobre una traslación continental. Esto quizá le interese a usted, porque de otro modo le resultaría difícil reconciliar la existencia de fósiles de Primates Primitivos estrechamente emparentados con eekahs vivientes a diez mil kilómetros de distancia.

Las nieblas se despejaron del cerebro del arqueólogo mientras levantaba la vista con vivo interés, no trastornado por demencias.

—Ah, debería haberme dicho eso antes.

—Lo digo ahora como un ejemplo de lo que puede lograr si se une a nosotros y nos ayuda. Hay otra cosa. Esos eekahs son científicos físicos, como nosotros, pero con una diferencia impuesta por su propia pauta cultural. Como viven en enjambres, piensan en enjambre y su ciencia es fruto de una sociedad hormiguero. Individualmente, son lentos y nada imaginativos; colectivamente, cada uno suministra una migajita distinta de la que aporta su vecino; de modo que levantan una gran estructura con una rapidez asombrosa. Aquí, en cambio, un individuo es muchísimo más inteligente, pero trabaja solo. Usted, por ejemplo, no sabe nada de química, imagino.

—Unas cuantas cosas fundamentales, pero nada más —admitió Raph—. Eso lo dejo para el químico.

—Sí, naturalmente. Yo sí soy químico. No obstante, esos eekahs, aunque inferiores a mí mentalmente, y sin ser químicos en su propio mundo, saben más química que yo. Por ejemplo, ¿sabía usted que existen elementos que se desintegran espontáneamente? —Imposible —estalló Raph—. Los elementos son eternos, inalterables...

Lernin se puso a reír.

—Así se lo enseñaron a usted. Así me lo enseñaron a mí. Así lo enseñé yo a otros. Sin embargo, los eekahs tienen razón, porque lo he comprobado, y tienen razón en todos los detalles. El uranio da origen a una radiación espontánea. Habrá oído hablar del uranio, por supuesto... Más aún, he descubierto radiaciones de energía aparte de las producidas por el uranio, que deben de tener su origen en vestigios desconocidos por nosotros, pero que los eekahs conocen. Y estos elementos que faltan encajan bien en las llamadas tablas periódicas que algunos químicos han tratado de introducir en la ciencia. Aunque hago mal utilizando ahora la palabra «introducir».

—Bueno —dijo Raph—, ¿por qué me cuenta eso? ¿Me ayudará también a resolver mi problema?

—Acaso encuentre —respondió irónicamente Lernin— un soborno regio. Vea usted, la producción de energía del uranio es constante, por completo. Ningún cambio del medio externo puede afectarla, y como consecuencia de la pérdida de energía, el uranio se convierte poco a poco en plomo, a un ritmo absolutamente constante. Ya en estos momentos un grupo de científicos nuestros utiliza este fenómeno como base de un método para determinar la edad de la Tierra. Vea usted, siendo así, para determinar la edad de un estrato de roca no se necesita más que descubrir un sector de dicha roca que contenga vestigios de uranio (que es un elemento muy extendido) y determinar la cantidad de plomo (y aquí puedo añadir que el plomo procedente del uranio difiere del plomo ordinario y se caracteriza fácilmente) y entonces es muy sencillo determinar el período de tiempo que aquel estrato lleva en estado sólido. Por supuesto, si se encuentra un fósil en dicho estrato, será de la misma época. ¿Me explico?

—¡Estrellas del cielo! —Raph se puso en pie, temblando—. ¿No me engaña? ¿Es verdaderamente posible hacer eso?

—Es posible. Hasta es fácil. Le diré que nuestra gran defensa, incluso en estas avanzadas fechas, consiste en que colaboremos para la ciencia. Ahora formamos una sociedad, amigo mío, de muchas, muchísimas agrupaciones, y queremos que usted se nos una. Si lo hace, será muy sencillo extender nuestro plan de investigación de edad a las regiones que indique; regiones ricas en fósiles. ¿Qué dice a ello? —Les ayudaré.

Es dudoso que las agrupaciones gurrows hubiesen sido nunca testigos de una empresa comunitaria de la amplitud de la presente. La Agrupación de Bahía del Este, como hemos advertido antes, era un centro de embarque, y, en verdad, un buque transatlántico no quedaba fuera de las posibilidades de una agrupación que comerciaba con todas las latitudes de ambas costas de las Américas. Lo inusitado era la amplitud de la cooperación de gurrows de muchas agrupaciones, gurrows de muy distintas inclinaciones.

No es que todos fueran felices.

Raph, por ejemplo, en la mañana concreta que nos ocupa, a seis meses de la fecha de su llegada a Bahía del Este, andaba buscando ansiosamente a Lernin.

Éste, por su parte, no buscaba otra cosa que una mayor rapidez.

Se encontraron en los muelles; y Lernin, mordiendo la punta de un cigarro puro y caminando hacia un sector donde estaba permitido fumar, dijo:

—Usted, amigo mío, parece preocupado. ¿No será, en verdad, por los progresos de nuestro buque oceánico?

—Estoy preocupado —contestó gravemente Raph— por los informes que he recibido de la expedición que investiga la edad de las rocas.

—¡Ah...! ¿Y eso le pone triste?

—¡Triste! —estalló Raph—. ¿Los ha visto?

—He recibido una copia. Y hasta he leído algunos trozos. Pero dispongo de poco tiempo, y la mayor parte me lo salté. ¿Quiere hacer el favor de ilustrarme?

—Desde luego. Durante los tres últimos meses, se han investigado tres de las regiones que indiqué como ricas en fósiles. La primera se encontraba en el sector de la propia Agrupación de Bahía del Este. Otra, en el de la Agrupación de Bahía del Pacífico, y la tercera en la de los Lagos Centrales. Pedí con toda intención que éstas fuesen las primeras porque son los sectores más ricos y porque están muy distantes unos de otro. ¿Sabe, por ejemplo, la edad que, según me dicen, tienen las rocas que pisamos en estos momentos?

—Creo que dos mil millones de años es la fecha más antigua que he visto.

—Sí, ésa es la cifra para las rocas más para las capas ígneas profundas de basalto. En cambio, las capas superiores, los estratos sedimentarios recientes, que contienen docenas de fósiles del Primate Primitivo, ¿qué antigüedad cree que les atribuyen a éstas?

¡¡Quinientos billones de años!! ¿Cómo es posible? ¿Lo entiende?

—¿Billones? —Lernin miró de soslayo hacia el techo—. Es raro.

—Añadiré algo más. La Agrupación de la Costa del Pacífico tiene cien billones de años de antigüedad (según me dicen) y la de los Lagos Centrales, casi ochenta billones.

—¿Y las otras mediciones? —inquirió Lernin—. ¿Las que no afectaban a esos estratos de usted?

—He ahí lo más peculiar de todo. La mayoría de investigaciones que se realizaron fueron llevadas a cabo en estratos no particularmente fosilíferos. Se guiaban por sus propios criterios de elección, fundados en razonamientos geológicos (y lograron resultados consistentes), y hallaron de un millón a dos mil millones de años, dependiendo de la profundidad y de la historia geológica particular de la región puesta a prueba. Sólo mis sectores dan estos resultados fantásticos, imposibles.

—Pero ¿qué dicen de todo esto los geólogos? —preguntó Lernin—. ¿No puede haber algún error?

—Indudablemente. Pero han realizado cincuenta mediciones bien hechas, razonables. Han probado el método por sí mismos, y están contentos. Hay tres anomalías, no cabe duda, pero las contemplan con ojo ecuánime como originadas por factores desconocidos. Yo no lo veo de este modo. En estas tres mediciones está el secreto —Raph se interrumpió, embravecido—. ¿Hasta qué punto está usted seguro de que la radiactividad sea una constante absoluta?

—¿Seguro? ¿Se puede estar alguna vez seguro de algo? Nada de lo que sabemos hasta la fecha afecta al caso, y tal es igualmente el testimonio concreto de nuestros eekahs. Además, amigo mío, si quiere usted insinuar que la radiactividad fue más intensa en el pasado que en el presente, ¿por qué sólo sería así en las regiones ricas en fósiles que usted señaló? ¿Por qué no en todas partes?

—Efectivamente, ¿por qué no? He ahí otro aspecto de un problema que cobra

importancia día tras día. Medítelo. Tenemos regiones que manifiestan una radiactividad pretérita anormal, y regiones con una riqueza en fósiles anormal. ¿Por qué han de coincidir esas zonas, Lernin?

—Surge una respuesta insoslayable, por sí misma, amigo mío. Si su Primate Primitivo existía en una época en que ciertas regiones poseían una radiactividad elevada, ciertos individuos penetraron en ella y murieron. Las radiaciones radiactivas son terriblemente mortíferas, por supuesto. Radiactividad y fósiles, ahí lo tiene usted.

—¿Y por qué no otras criaturas? —interrogó Raph—. Sólo se hallan en exceso Primates Primitivos, y eran seres inteligentes. No se dejarían coger en la trampa de una radiación peligrosa.

—Quizá no fueran inteligentes. Al fin y al cabo, su inteligencia no es más que una teoría sentada por usted, y no un hecho demostrado.

—Ciertamente; pero, en todo caso, poseían una inteligencia superior a sus contemporáneos; animales de cerebro pequeño.

—Quizá ni eso. Usted lo presenta todo muy novelesco.

—Es posible —Raph hablaba en un susurro—. Creó que puedo conjurar visiones de una gran civilización de hace un millón de años... o más antigua aún. Una gran potencia; una gran inteligencia... que se ha desvanecido por completo, salvo por los leves susurros de unos huesos petrificados que conservan la enorme cavidad ocupada en otro tiempo por el cerebro, y una mano huesuda, con cinco dedos, curvada en leves signos de habilidad manipuladora... con un pulgar oponible. Debieron ser inteligentes.

—Entonces, ¿qué los mató? —objetó Lernin, encogiéndose de hombros—. Varios millones de especies han sobrevivido.

Raph levantó la vista, algo colérico. —No puedo acompañar a su grupo, Lernin, bajo la etiqueta de voluntario. Ir al Otro Mundo podría ser útil, es cierto, si pudiese dedicarme a mis propios estudios. Si he de dedicarme a lo que usted quiera, para mí sólo puede ser un trabajo comunitario. No puedo poner mi alma en él.

Pero la mandíbula de Lernin tenía un gesto enérgico. —Tal solución no sería equitativa. Somos muchos, amigo mío, los que en este caso sacrificamos nuestras propias inclinaciones. Si todos pusiéramos en primer lugar nuestras preferencias y cada uno investigara el Otro Mundo según sus apetencias particulares solamente, no realizaríamos el gran objetivo que nos guía. No podemos prescindir ni de uno solo de nuestros hombres. Hemos de trabajar todos como si nuestras vidas dependieran de la solución de este problema de los eekahs, porque, créame, sí dependen.

Las mandíbulas de Raph se torcieron en un gesto de disgusto.

—Por parte de ustedes, hay cierta aprensión hacia esas criaturillas débiles, estúpidas. Por mi parte, existe un problema concreto que tiene un tremendo atractivo para mí. Y entre ambas cosas no veo ninguna relación posible, en absoluto.

—Tampoco yo. Pero escúcheme un momento. Un grupito de hombres nuestros, de los de mayor confianza, regresaron la semana pasada de una visita al Otro Mundo.

No era, como lo será la nuestra, una visita oficial No establecieron ningún contacto. Fue una franca maniobra de espionaje, de la que le doy cuenta ahora Y le pido reserva sobre este particular. —Naturalmente.

—Nuestros hombres se procuraron hojas eekah de acontecimientos.

—¿Decía usted...?

—Es un nombre creado para designar aquellas cosas. En varios centros de población eekah salen diariamente hojas impresas con los acontecimientos y sucesos del día, además de eso que llaman creaciones literarias.

La noticia despertó inmediatamente el interés de Raph.

—Se me antoja una idea excelente.

—Sí, en esencia lo es. No obstante, parece que los eekahs sólo encuentran interesantes los sucesos antisociales. Sin embargo, dejémoslo así. Lo que quiero decirle es que la existencia de las Américas es sobradamente conocida por allá, en la actualidad; y que todo el mundo habla de ellas como de un «país nuevo lleno de oportunidades». Las diversas agrupaciones independientes de eekahs lo miran con un deseo generalizado. Eekahs hay muchos; están abarrotados; tienen una economía irracional. Necesitan tierras nuevas, y esto es lo que son las nuestras para ellos: tierras nuevas y deshabitadas.

—Deshabitadas, no —señaló mansamente Raph.

—Para ellos, sí —insistió Lernin con voz de trueno—. He ahí el gran peligro. Para ellos, las tierras donde viven gurrows están deshabitadas, y se disponen a ocuparlas, tanto más cuanto que sus diversos grupos han luchado con frecuencia entre sí para quitarse las tierras unos a otros.

Raph encogió los hombros.

—Aun así, son...

—Sí. Son débiles y tontos. Ya lo dijo antes, y es cierto. Pero sólo individualmente. Saben unirse para un objetivo. No cabe duda, vuelven a separarse cuando han conseguido su propósito; pero, momentáneamente, se unen y se vuelven fuertes, cosa que quizá nosotros no sepamos hacer... y usted mismo sirve de ejemplo. Además, poseen armas de guerra perfeccionadas en el ardor de los combates. Sus máquinas voladoras, por ejemplo, son unas armas de guerra formidables.

—Pero si las hemos copiado...

—¿En gran cantidad? También hemos copiado sus explosivos químicos, pero sólo en el laboratorio, y sus tubos disparadores y sus vehículos acorazados, aunque sólo en talleres experimentales. Y todavía hay más... una cosa que han inventado en estos últimos cinco años, pues nuestros propios eekahs no saben nada de ella.

—¿Y qué es?

—No lo sabemos. Sus hojas de acontecimientos hablan de ella (los nombres que le dan no significan nada para nosotros), pero el contexto deja entender que es algo terrorífico; hasta se lo parece a los mismos eekahs, siempre tan sedientos de matanzas. Parece que no existen pruebas de que la hayan usado todavía, ni de que

todos los grupos de eekahs la posean... pero la utilizan como la amenaza suprema. Acaso lo vea usted todo más claro cuando le presentemos todas las pruebas, una vez emprendido el viaje.

—Pero ¿qué es? Usted lo menciona como si se tratara de aparecidos.

—Pues mire, ellos también hablan de esa cosa como de un espectro. Pero ¿qué podría ser un espectro para, un eekah? He ahí la parte más horripilante de la cuestión. Hasta el momento sólo sabemos que implica el bombardeo de un elemento al que llaman plutonio (del cual no sabemos nada, como tampoco lo saben nuestros propios eekahs) con unos objetos llamados neutrones, que nuestros eekahs dicen que son partículas subatómicas, sin carga eléctrica, lo cual nos parece completamente risible.

—¿Y eso es todo?

—Todo. ¿Quiere abstenerse de emitir juicio hasta que le hayamos enseñado las hojas? Raph movió la cabeza asintiendo, aunque con renuencia.

—Muy bien.

Los pesados pensamientos de Raph giraban dentro de las ranuras que se habían abierto con el tiempo, mientras permanecía allí solo».

Eekahs y Primates Primitivos. Unas criaturas vivientes de costumbres estrambóticas, y unas criaturas muertas que debieron aspirar a escalar altas cumbres. Un presente sórdido de explosivos y bombardeos neutrónicos, junto con un pasado glorioso, misterioso... ¡No hay relación! ¡No hay relación!

En junio de 1947 había trabajado ya en mis investigaciones para el doctorado con una entrega total (ya no trabajaba en la pastelería; mi hermano menor, Stanley, me habla sustituido) casi un año entero. Estaba en la fase de trabajo personal y empezaba a pensar en escribir la tesina. Lo cual más bien me daba miedo, porque estas disertaciones parecen reclamar un estilo ampuloso en extremo, y yo llevaba ya nueve años procurando escribir bien, por lo cual temía que, simplemente, no sería capaz de hacerlo lo bastante mal como para que me concedieran el diploma.

Los experimentos que realizaba a la sazón exigían que, periódicamente, disolviera en agua un compuesto llamado catecol. El catecol existía en agujas finas, plumosas, fofas, que se disolvían en agua con gran facilidad. En realidad, cuando espolvoreaba catecol en el vaso de laboratorio, las agujas separadas se disolvían apenas tocar la superficie del líquido. Distraídamente, se me ocurrió que si el catecol hubiera sido todavía un poco más soluble, ya se habría disuelto antes de tocar la superficie.

Naturalmente, pronto se me ocurrió que el hecho podía servirme de base para un relato divertido. No obstante, se me ocurrió que en lugar de escribir un verdadero cuento fundado en esa idea, podía redactar un falso documento de investigación del tema, con lo cual me iniciaría un poco en el estilo confuso y ampuloso.

Realicé esta tarea el 8 de junio de 1947, y hasta le di a mi narración el título largo y enrevesado que los documentos de investigación suelen tener tan frecuentemente —*Las propiedades endocrónicas de la tiotimolina resublimada*— y lo acompañé de tablas, gráficos y pretendidas referencias a periódicos inexistentes.

No estaba muy seguro de que la *Tiotimolina* fuese materia publicable (de nada serviría utilizar el título completo cada vez). Sin embargo, *Astounding* publicaba artículos serios sobre temas que interesasen especialmente a los lectores de ciencia ficción, y se me ocurrió la posibilidad de que a Campbell le interesase un artículo humorístico que bordease la frontera de la ciencia ficción.

Por consiguiente, se lo llevé el día 10, y él lo aceptó casi al momento.

LAS PROPIEDADES ENDOCRÓNICAS DE LA TIOTIMOLINA RESUBLIMADA

La correlación de la estructura de moléculas orgánicas y sus diversas propiedades físicas y químicas ha proporcionado en los últimos años una visión íntima acrecentada del mecanismo de las reacciones orgánicas, sobre todo en las teorías de la resonancia y la mesomería, según se han desarrollado en el último decenio. La solubilidad de los compuestos orgánicos en variados disolventes ha adquirido un interés particular a este respecto a través del descubrimiento reciente de la naturaleza endocrónica de la tiotimolina.

Se sabe desde tiempos muy antiguos que la solubilidad de los compuestos orgánicos en disolventes polares tales como el agua queda acrecentada por la presencia en los núcleos hidrocarbonados de radicales hidrófilos, es decir, de grupos sedientos de agua, tales como los grupos hidroxilo (—OH), amino (—NH_2), o ácido sulfónico (SO_3H). En los casos en que las características físicas de dos compuestos dados —particularmente el grado de subdivisión del material— sean iguales, el tiempo de disolución —expresado en segundos por gramo de material y milímetro de disolvente— disminuye con el número de grupos hidrófilos presentes. El catecol, por ejemplo, con dos grupos hidroxilo en el grupo bencénico, se disuelve muchísimo antes que el fenol, que tiene un solo grupo hidroxilo en el núcleo. Feinschreiber y Hravlek, en sus estudios sobre el tema, han sostenido que al aumentar el hidrofiliismo el tiempo de disolución tiende a cero. El hecho de que este análisis no es absolutamente correcto se puso de manifiesto cuando se descubrió que la tiotimolina compuesta se disuelve en agua (en la proporción de un gramo por mil) en menos un segundo doce décimas. Es decir, se disuelve antes de que se haya añadido el agua.

Anteriores comunicaciones de los mencionados laboratorios indicaban que la tiotimolina contenía al menos cuatro grupos hidroxilo, dos grupos amínicos y uno de ácido sulfónico. La presencia de un radical nitrosilo (—NO_2) por añadidura no ha sido confirmada, y todavía no existe ninguna prueba relativa a la naturaleza del núcleo hidrocarbonado, aunque parece segura la presencia de una estructura al menos parcialmente aromática.

El endocronómetro. —Los primeros intentos por medir cuantitativamente el tiempo de Polución de la tiotimolina toparon con dificultades considerables debido a la propia naturaleza negativa de la estimación. El hecho de que el producto químico se disolviera antes de la adición de agua, hacía que el paso lógico y natural siguiente fuera el de retirar el agua después de producirse la disolución y antes de la adición. Lo cual, afortunadamente para la ley de conservación de la masa energía, no ocurrió jamás, puesto que la disolución nunca se producía si después no había de verificarse la adición de agua. Por supuesto, con ello surge inmediatamente la cuestión de cómo podía «saber» por adelantado la tiotimolina si el agua le será añadida luego o no.

Aunque esto no queda propiamente dentro de nuestra jurisdicción como químico-físicos, se han publicado muy recientemente, durante el último año, estudios sobre los problemas psicológicos y filosóficos que el caso plantea.

A pesar de todo, las dificultades químicas implicadas se fundan en el hecho de que el tiempo de disolución varía enormemente con el estado mental preciso del experimentador. Un período de titubeo, aunque levísimo, en la adición del agua reduce el tiempo negativo de la disolución, y no es infrecuente que lo deje por debajo de los límites de detección. Para evitarlo, se ha construido un ingenio mecánico, del diseño esencial del cual ya hemos hablado en un documento anterior (6). Este ingenio, denominado endocronómetro, consiste en una Celdilla de dos centímetros cúbicos de tamaño dentro de la cual se coloca el peso deseado de tiotimolina, asegurándose de que se llene una pequeña extensión del fondo de la celdilla de disolución, de un milímetro de diámetro interno. A la celdilla se le acopla una micropipeta de presión automática que contenga un volumen específico del disolvente en cuestión. Cinco segundos después de haber cerrado el circuito, este disolvente se vierte automáticamente dentro de la celda donde se halla la tiotimolina. Durante el tiempo de acción, se enfoca un rayo de luz sobre la pequeña extensión celular descrita más arriba, y en el instante de la disolución, la transmisión de esta luz ya no quedará obstaculizada por la presencia de la tiotimolina sólida. Tanto el instante de la disolución —en cuyo momento la transmisión de la luz queda registrada por un dispositivo fotoeléctrico— como el instante de la adición de disolvente se pueden determinar con una exactitud de más de un 0,01%. Si se resta el primer valor del segundo, se puede determinar el tiempo (t) de disolución.

El proceso completo se verifica en un termostato mantenido a 25,00 °C... con una exactitud de 0,01 °C.

Pureza de la tiotimolina. —La extraordinaria sensibilidad de este método ilumina poderosamente las desviaciones resultantes de impurezas minúsculas existentes en la tiotimolina. (Como no se ha ideado ningún método de síntesis de laboratorio, sólo se puede obtener prácticamente a través de un prolongado y tedioso aislamiento de su fuente natural, la corteza del arbusto *Rosácea karlsbadensis* rufo). Por consiguiente, se han llevado a cabo grandes esfuerzos por purificar la sustancia a través de repetidas recristalizaciones por medio de la conductividad del agua (bidestilada en un aparato de estaño puro) y mediante sublimaciones finales. Una comparación de los tiempos de disolución (T) en varias fases del proceso de purificación se exhibe en la tabla I.

Es obvio, según muestra la tabla I, que para una medición auténticamente cuantitativa, hay que emplear tiotimolina pura como la descrita. Después de la segunda resublimación, por ejemplo, el error incurrido en hasta una docena de determinaciones ha sido inferior a un 0,7%, siendo los valores extremos de -1,119 segundos a -1,126 segundos.

En todos los experimentos descritos a continuación, se ha utilizado tiotimolina

purificada en este grado.

TABLA I

(12 observaciones)				
Estado de purificación	«T» Medio	«T» extremos		% de error
Ya aislado	-0,72	-0,25	1,01	34,1
Primera recristalización	-0,95	-0,84	-1,09	9,8
Segunda recristalización	-1,05	-0,99	-1,10	4
Tercera recristalización	-1,11	-1,08	-1,13	1,8
Cuarta recristalización	-1,12	-1,10	-1,13	1,7
Primera resublimación	-1,12	-1,11	-1,13	0,9
Segunda resublimación	-1,122	-1,12	-1,13	0,7

Tiempo de disolución y volumen de disolvente.— Como parecería razonable, los experimentos han demostrado que el volumen creciente de disolvente permite que la tiotimolina se disuelva con mayor rapidez, es decir, con un tiempo crecientemente negativo de disolución. Por la figura 1 podemos ver, sin embargo, que este aumento de las propiedades endocrónicas se nivela rápidamente con un volumen de disolvente de 1,25 ml. aproximadamente. Este interesante efecto en meseta ha aparecido con variables volúmenes de disolventes utilizados en estos laboratorios, lo mismo que en todos los casos el tiempo de disolución tiende a cero con un volumen creciente de disolvente.

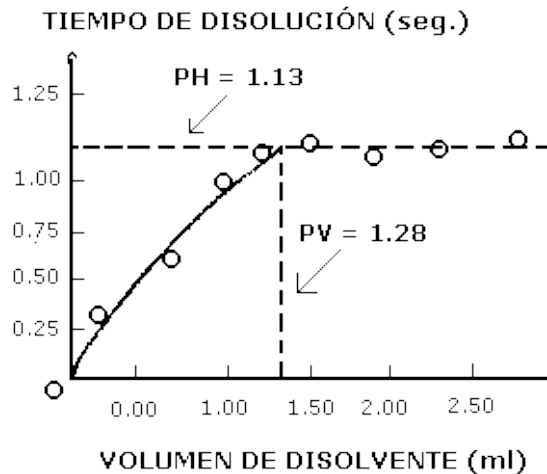


figura 1

Tiempo de disolución y concentración de un ión dado. —En la figura 2 se dan los resultados del efecto del tiempo de disolución (T) variando el volumen de disolvente, en el que el disolvente consiste en concentraciones variables de disolución de cloruro sódico. Puede verse que, si bien en cada caso el volumen que alcanza esta meseta difiere notablemente con la concentración, las alturas de la meseta son constantes (es decir: -1,13). El volumen al que se alcanza, que en lo sucesivo denominaremos Volumen Meseta (VM) disminuye con el descenso de la concentración del cloruro sódico, acercándose al VM para el agua a medida que la concentración de NaCl tiende a cero. Es obvio, por consiguiente, que una disolución de cloruro sódico de concentración desconocida puede caracterizarse con toda exactitud por la determinación de su VM, si no hay ni vestigio de otras sales.

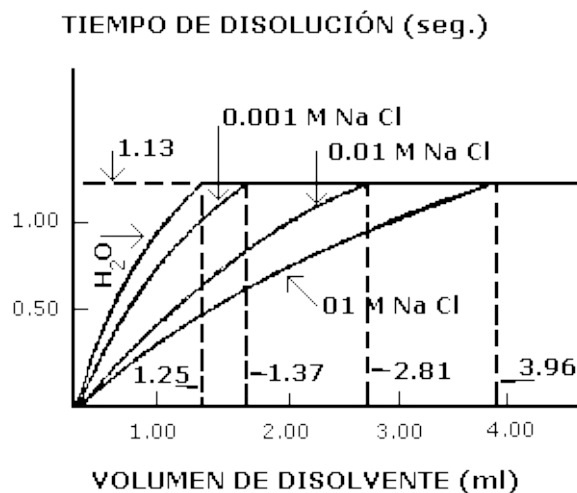


figura 2

Esta utilidad del VM se extiende asimismo a otros iones. La figura 3 nos da las curvas endocrónicas para disoluciones 0,001 molares de cloruro sódico, bromuro sódico y cloruro potásico.

El VM es igual en cada caso, dentro de los límites de error experimental —puesto que las concentraciones son iguales en todos los casos—, aunque las Alturas de Meseta (AM) son diferentes.

Una conclusión de tanteo a la que se puede llegar a través de estos datos experimentales es la de que las AM son características de la naturaleza de los iones presentes en la disolución, mientras que el VM es característico de la concentración de estos iones. La tabla II da los valores de Altura de Meseta y Volumen de Meseta para una gran variedad de sales en idénticas concentraciones, si se presentan solas.

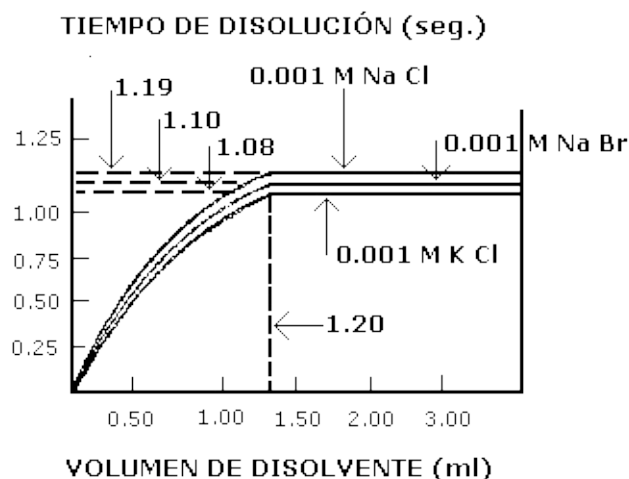


figura 3

La variación más interesante que hay que observar en la tabla II es la del VM con la valencia tipo de la sal presente. En el caso de sales que contengan pares de iones monovalentes —es decir, cloruro sódico, cloruro potásico y bromuro sódico— el VM es constante para todos. Lo cual vale también para aquellas sales que contienen un ión con una sola carga, y otro ión con dos cargas —o sea, sulfato sódico, cloruro cálcico y cloruro magnésico— en la que el VM, aunque igual en los tres, varía notablemente del de los del primer grupo. Por consiguiente, el VM parece ser función de la energía iónica de la disolución.

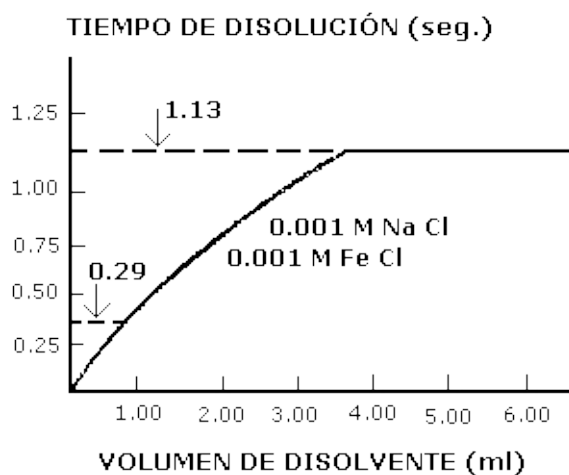


figura 4

Este efecto se produce también en relación con la Altura de la Meseta, aunque con menor regularidad. En el caso de iones de una sola carga, como en el de las tres sales anotadas en la tabla II, la AM se acerca muchísimo a la del agua misma. Desciende considerablemente donde haya iones con doble carga, tales como el sulfato o el calcio. Y cuando están presentes los iones fosfato o férrico, con triple carga, el valor desciende a un cuarto nada más del que tenía en el agua.

TABLA II

Disolvente (disoluciones salinas en concentración 0,001 M)	Altura de Meseta (AM) segundos	Volumen de Meseta (VM) mililitros
Agua	-1,13	1,25
Disolución de cloruro sódico	-1,13	1,37
Disolución de bromuro sódico	-1,10	1,37
Disolución de cloruro potásico	-1,08	1,37
Disolución de sulfato sódico	-0,72	1,59
Disolución de cloruro cálcico	-0,96	1,59
Disolución de cloruro magnésico	-0,85	1,59
Disolución de sulfato cálcico	-0,61	1,72
Disolución de fosfato sódico	-0,32	1,97
Disolución de cloruro férrico	-0,29	1,99

Tiempo de disolución y mezcla de iones. — Los experimentos actualmente en marcha en estos laboratorios se interesan por la cuestión, extremadamente importante, de la variación de las propiedades endocrónicas de la tiotimolina en presencia de mezclas de iones. El estado de nuestros conocimientos en la actualidad no autoriza conclusiones muy generales, pero hasta nuestro trabajo preliminar hace concebir esperanzas sobre el desarrollo futuro de los métodos endocrónicos de análisis. Así, en la figura 4, tenemos la curva endocrónica tratándose de un disolvente constituido por una mezcla 0,001 M de cloruro sódico y 0,001 M de cloruro férrico

en disolución. En este caso, pueden observarse dos rápidos cambios de pendiente: el primero en un tiempo de disolución de $-0,29$, y el segundo en un tiempo de $-1,13$, que constituyen las AM características del cloruro férrico y el cloruro sódico respectivamente. (Véase tabla II). La AM de una determinada sal parecería, pues, no afectada por la presencia de otras sales.

Sin embargo, éste no es el caso, definitivamente, para el VM, y es hacia la elucidación cuantitativa de la variación del VM con impurezas en el disolvente hacia donde dirigimos ahora nuestros mayores esfuerzos.

Sumario. —Las investigaciones de las cualidades endocrónicas de la tiotimolina han demostrado que:

- Para obtener resultados cuantitativos es necesaria una cuidadosa purificación del material
- El aumento del volumen de disolvente origina un aumento del tiempo negativo de disolución hasta un valor constante conocido por Altura de Meseta (AM) en un volumen de disolvente conocido como Volumen de Meseta (VM).
- El valor de la AM es característico de la naturaleza de los iones presentes en el disolvente, variando con la energía iónica de la disolución, y no variando con la adición de otros iones.
- El valor del VM es característico de la concentración de los iones presentes en el disolvente, siendo constante para diferentes iones en disolución de igual energía iónica, pero variando notablemente con la mezcla de segundas variedades de iones.

Como resultado de todo ello se sugiere que los métodos endocrónicos ofrecen un medio de análisis rápido —2 minutos o menos— y exacto —dentro de un 0,1% por lo menos— de sustancias inorgánicas solubles en agua.

BIBLIOGRAFÍA

1. P. Krum y L. Eshkin. *Journal of Chemical Solubilities*, 27, 109-114 (1944). «Referente a la solubilidad anómala de la tiotimolina.»
2. E. J. Feinshreiber y Y. Hravlek. *Journal of Chemical Solubilities*, 22, 57-68 (1939). «Velocidades de disolución y grupos hidrófilos.»
3. P. Krum, L. Eshkin y O. Nile. *Annals of Synthetic Chemistry*, 115. 1122-1145; 1208-1215 (1945). «Estructura de la tiotimolina, Partes I y II».
4. G. H. Freudler. *Journal of Psychochemistry*, 2, 476-488 (1945). «Iniciativa y determinación: ¿influye en ellas la dieta? Según los experimentos de solubilidad de la tiotimolina.»
5. E. Harley-Short. *Philosophical Proceedings and Reviews*, 15, 125-197 (1946).

«Determinismo y libre albedrío. Aplicación de la solubilidad de la tiotimolina al marxismo dialéctico.»

6. P. Krum. *Journal of Chemical Solubilities*, 29, 818-819 (1946). «Un dispositivo para la medición cuantitativa de la velocidad de disolución de la tiotimolina.»
7. A. Roundin, B. Lev y Y. J. Prutt. *Proceedings of the Society of Plant Chemistry*, 80, 11-18 (1930). «Productos naturales aislados de arbustos del género *Rosacea*.»
8. Tiotimolin kak Ispitatel Markssiiskoy dilektiki. B. Kreschiatika. *Journal Nauki i Sovetskoy Ticorii*. Volumen 11, número 3.
9. Philossophia Neopredelennosti i Tiotimolin, Molvinski Pogost i Z. Brikalo. *Mir i Kultura*. Vol. 2, núm. 31.

Cuando Campbell aceptó este trabajo, puse una cautelosa condición. Sabía que se publicaría en primavera y sabía que en primavera tendría yo los «exámenes orales»... la última barrera en el camino hacia mi título de doctor. Y no quería que ningún austero miembro de la junta de examen decidiese que me burlaba de las investigaciones químicas y se sintiera lo bastante ofendido como para votar contra mí, fundándose en que no poseía un temperamento adecuado para el alto honor del doctorado. Por ello le pedí a Campbell que lo publicara bajo seudónimo.

Cuando la revista, con mi artículo, llegó por fin a los quioscos, a mediados de febrero de 1948, me asusté al ver que Campbell había olvidado por completo lo del seudónimo. El artículo se publicó con mi nombre, y al cabo de tres meses debía someterme a los exámenes orales. Mi nerviosismo fue en aumento cuando empezaron a circular por el departamento de química, casi de repente, varios ejemplares de la revista.

El 20 de mayo de 1948 tuve el examen oral. El tribunal examinador había visto el artículo. Después de una hora y veinte minutos de tormento, la última pregunta (me la hizo el profesor Ralph S. Halford) fue: «Señor Asimov, cuéntenos algo de las propiedades termodinámicas del compuesto tiotimolina».

Yo estallé en una carcajada histérica de puro alivio, porque se me antojó al momento que si se hubieran dispuesto a darme calabazas no se habrían divertido gastándome bromas bienintencionadas (el profesor Halford había hecho la pregunta en tono jovial y todos los demás sonreían). Me hicieron salir, todavía riendo y, al cabo de veinte minutos de espera, los examinadores salieron a su vez, me estrecharon la mano y me dijeron; «Le felicitamos, doctor Asimov».

Mis compañeros de estudios se empeñaron en echarme gaznate abajo cinco «manhattan» aquella tarde, y como en situación normal soy abstemio y no estoy nada habituado al alcohol, cogí acto seguido una borrachera fenomenal. Necesité tres horas para serenarme.

Después de las ceremonias oficiales, el 1 de junio de 1948, quedé convertido en el doctor Isaac Asimov.

Según vino a resultar, el hecho de que Campbell no empleara un seudónimo (y apostaría a que lo hizo intencionadamente, porque era más listo que yo) fue un factor favorable. Además de que el tribunal no lo tomó en mal sentido, el artículo se hizo relativamente famoso, y, en consecuencia, yo también.

Aunque *Tiotimolina* apareció en *Astounding*, como todos los relatos que escribí por aquellas fechas, circuló mucho fuera del mundo habitual de la ciencia-ficción. Mediante la propia revista, por reimpressiones en periódicos poco importantes, por copias ilegales mimeografiadas, o incluso por conducto oral, pasó de un químico a otro. Gente que no me conocía en absoluto como escritor de ciencia ficción se enteró de la tiotimolina. Fue la primera vez que mi fama traspasó los límites de mi campo.

Más todavía, aunque *Tiotimolina* era fundamentalmente un trabajo de fantasía, el estilo no correspondía a la ciencia ficción. Mirado desde este punto de vista, era el primer trabajo de no ficción que había publicado profesionalmente, el heraldo de una gran cantidad que vendría, más tarde.

Pero lo que más me divirtió fue que un número sorprendente de lectores se tomara el artículo en serio. Me explicaron que semanas después de aparecido el articulito, las bibliotecarias de la New York Public Library se veían abrumadas ante las turbas de jovencuelos ansiosos que querían ver ejemplares de los inventados periódicos que yo había citado como seudoreferencias.

Pero volvamos al verano de 1947...

En un período de cinco años había vendido catorce relatos, todos a Campbell, del primero al último. Lo cual no significa que fuese el único editor del género, ni mucho menos. Seguían publicándose la mayoría de las revistas que había antes de la guerra (aunque solamente *Astounding* se desenvolvía verdaderamente bien) y habrían aceptado gustosas trabajos míos. Y si Campbell hubiese rechazado alguna de las narraciones que le ofrecí, habría probado fortuna con alguna de aquellas otras revistas... Pero como no las rechazó, yo no la probé.

La revista *Startling Stories*, en la que yo había publicado hacía cinco años y medio *Navidad en Gánimedes*, editaba en cada número una «novela corta» de cuarenta mil palabras. Sin embargo, no les resultaba fácil procurarse una narración publicable, y tan extensa, todos los meses, especialmente dándose el caso de que sólo pagaban la mitad que *Astounding*.

Por consiguiente, el director de la revista (Sam Merwin hijo) se veía obligado, en ocasiones, a acudir a los escritores que se sabía eran capaces de producir un cuento de tal extensión. Por la fecha en que yo escribía *Tiotimolina*, Merwin vino a verme para indicarme que escribiera una novela corta.

Startling, me explicó, había publicado siempre relatos que cargaban el acento en la aventura; pero, a imitación de *Astounding*, y sus éxitos, él había persuadido al dueño para que publicara narraciones que cargaran el acento en el aspecto científico. ¿Querría considerar, pues, la posibilidad de escribir una novelita principal para *Startling*?

Me sentí tremendamente halagado. Además, como he dicho antes, no estaba satisfecho de haberme convertido en escritor para un solo editor, y habría acogido muy a gusto toda oportunidad de demostrarme a mí mismo que era capaz de escribir sin la sombra protectora de Campbell. De modo que acepté, y me pasé buena parte del verano de 1947 (en los ratos en que no estaba ocupado preparando los datos experimentales para la inminente disertación de los exámenes para el doctorado) escribiendo un cuento que titulé *Envejece conmigo*.

El 3 de agosto tenía el primer borrador completo. El 26 tenía la primera parte pasada a limpio y la presenté a Merwin. El la aprobó. El 23 de septiembre le presentaba la narración completa, sin abrigar la menor duda de que la aceptaría. No obstante, el 15 de octubre de 1947 Merwin me dijo que —¡ay de mí!— *Startling* había decidido no lanzarse a la ciencia masiva, después de todo, sino a la aventura, y que yo tendría que revisar desde el principio hasta el fin *Envejece conmigo*, y todavía sin ninguna garantía de que luego lo aceptasen.

Es muy sintomático el hecho de que no acogiera tal petición filosóficamente, como otras veces. ¡Muy al contrario! Hacía más de cinco años que Campbell no había rechazado un relato mío... ¿Cómo se permitía pues rechazarlo alguien como Merwin, que comparado con el otro era un «don nadie»? ¡Y más teniendo en cuenta que había sido él quien había venido a verme a mí para que le escribiera la novelita!

No me esforcé nada por disimular mi enfado. Cogí el original y salí muy tieso del despacho, presa de una cólera muy visible. Después ofrecí el trabajo a Campbell, explicándole al detalle lo que había pasado... He tenido siempre la costumbre, al ofrecerle un trabajo a un director, de decirle si el trabajo en cuestión ha sido rechazado previamente por otros. No es necesario hacerlo así; que yo sepa, ninguna norma ética obliga a un escritor a seguir semejante pauta. Sencillamente, yo lo hago, y —que yo sepa también— nunca han dejado de aceptarme un trabajo por este motivo.

El caso es que Campbell rechazó la novelita; aunque no (de eso estoy seguro) porque la hubieran visto otros primero; sino que me hizo notar errores más que suficientes para que yo acabara convenciéndome de que quizá Merwin no hubiera sido demasiado arbitrario al rechazarla. Disgustado, metí el trabajo dentro de un cajón, y no me acordé de él durante casi dos años.

Este repudio vino en mal momento. Yo estaba cada vez más absorbido en completar mi investigación, escribir la disertación y, sobre todo, buscaba ansiosamente un empleo. No tenía mucho tiempo para escribir. El rechazo de la obra me había descorazonado y humillado bastante, y, como consecuencia, me pasé cerca de un año sin intentarlo otra vez. Fue la tercera larga retirada de mi carrera de escritor y, hasta la fecha, la última.

No encontraba empleo; el ansiado título de doctor no era, después de todo, un pasaporte hacia la abundancia. Y esto también me humillaba.

Acepté un ofrecimiento del profesor Robert C. Elderfield para un año de investigaciones posdoctorales por su cuenta, por cuatro mil quinientos dólares, trabajando con drogas contra la malaria. Acepté, aunque no con mucho entusiasmo, y empecé a trabajar para él el 2 de junio de 1948, al día siguiente de haber conquistado oficialmente mi doctorado... Al menos así disponía de un año más para encontrar empleo.

Al mes siguiente me habla sosegado lo suficiente como para pensar en escribir un relato de ciencia ficción: *La carrera de la reina encarnada*. El 12 de julio quedó terminado y lo presenté a Campbell. Lo aceptó el día 16, y estuve una vez más en la tarea.

LA CARRERA DE LA REINA ENCARNADA

Ahí tienen un rompecabezas. ¿Es un delito traducir al griego un libro de texto de química?

O digámoslo de otro modo: si una de las mayores centrales atómicas del país queda completamente destruida en un experimento no autorizado, ¿ha de haber forzosamente un delincuente cómplice del hecho?

Estos problemas sólo se presentaron con el tiempo, por supuesto. Empezamos con la central atómica... agotada. Quiero decir auténticamente agitada. No sé exactamente la magnitud de la potencia fisionadora... pero en dos relampagueantes microsegundos, lo tuvo todo fisionado.

No hubo explosión. No hubo una densidad indebida de rayos gamma. Se trataba simplemente de que las partes móviles de la estructura entera se habían fundido. Todo el edificio principal estaba algo caliente. La atmósfera, en más de dos kilómetros a la redonda, se puso suavemente templada. Quedó tan sólo un edificio muerto, inútil, cuyo reemplazo costó después cien millones de dólares.

Ocurrió a eso de las tres de la madrugada, y hallaron a Elmer Tywood sólo en la cámara central de alimentación. Se puede resumir en poco espacio lo que se encontró.

- Elmer Tywood —doctor miembro de Esto y socio honorario de Aquello en otro tiempo joven colaborador del primitivo Proyecto Manhattan y actualmente profesor activo de Física Nuclear— no era un entrometido. Tenía un Pase Clase A Sin Restricciones. Pero no se halló dato alguno acerca del objetivo que pudiera haberle guiado allí en aquellos momentos. Una mesa sobre ruedecillas contenía instrumental cuya fabricación no constaba en ninguna parte que se hubiera solicitado jamás. También eso constituía una sola masa fundida... no demasiado caliente para tocarla.
- Elmer Tywood estaba muerto. Se hallaba tendido junto a la mesa; la cara, congestionada, casi negra. No se apreciaba ningún efecto de radiación. No se notaba fuerza externa de ninguna clase. El médico dijo que había sido una apoplejía.
- En la caja fuerte del despacho de Elmer Tywood encontraron dos artículos desconcertantes: veinte hojas de papel de escribir de 35x45, llenas de algo que parecía cálculos matemáticos, y un volumen tamaño folio en un idioma extranjero, que resultó ser griego. Y el asunto traducido a tal idioma resultó ser química.

El secreto con que se envolvió el desastre fue tan aterrador que todo lo que se refería al mismo quedaba muerto. Es la única palabra que puede describirlo. Veintisiete hombres y mujeres, contados todos, incluidos el secretario de Defensa, el

secretario de Ciencia y dos o tres más de tan elevada jerarquía que el público en general no los conocía en absoluto, entraron en la central generadora durante el período de investigación. A todos los que habían estado en la central aquella noche, al físico que identificó a Tywood, al médico que lo examinó, los sometieron a un virtual arresto domiciliario.

Ningún periódico conoció la noticia. Ningún locutor de radio o de televisión la supo. Unos pocos miembros del Congreso se enteraron de algún fragmento.

¡Y era muy natural! Cualquiera persona, grupo o nación capaces de extraer la energía disponible del equivalente de veinte a cincuenta kilogramos de plutonio sin hacerlo estallar tenía la industria de América y su defensa tan por completo en la palma de la mano que la luz y la vida de ciento sesenta millones de personas se podían apagar entre dos bostezos. ¿Fue Tywood? ¿O Tywood y otros? ¿O simplemente otros, a través de Tywood?

¿Y mi empleo? Yo era el señuelo, o el hombre de paja, si lo prefieren. Alguien ha de rondar por la universidad y obtener información sobre Tywood. Al fin y al cabo, había desaparecido. Podía tratarse de una amnesia, un atraco, un secuestro, un asesinato, una fuga, una demencia, un accidente... Yo podía dedicarme a esta tarea durante cinco años seguidos y coleccionar miradas hoscas y acaso desviar la atención. Sin duda alguna, la cosa no anduvo por estos caminos.

Pero no crean que estuve en el ajo de la cuestión desde el principio y por completo. No era uno de los veintisiete hombres que he mencionado al principio, aunque mi jefe sí lo era. Pero sabía algo, lo suficiente para ponerme en marcha.

El profesor John Keyser se dedicaba también a la física. No llegué hasta él inmediatamente. Debía llenar un montón de formalidades rutinarias del modo más concienzudo que supiera. No tenía sentido alguno. Pero era muy necesario. El caso es que ahora estaba en la oficina de Keyser.

Las oficinas de los profesores son características. Nadie les quita el polvo sino alguna cansada mujer de la limpieza que entra y sale arrastrando los pies a las ocho de la mañana. Pero, de todos modos, el profesor nunca se fija en el polvo. Montones de libros, no demasiado ordenados. Los más cercanos a la mesa son los que el profesor lee más; las conferencias se las copia de allí. Los que están fuera del alcance de la mano se encuentran donde los dejó, al devolverlos, un estudiante que los pidió prestados. También hay revistas profesionales que parecen baratas y son endiabladamente caras, esperando por allí hasta que quizá algún día alguien las lea. Y abundancia de papeles en la mesa; algunos con frases garabateadas.

Keyser era un hombre mayor, de la generación de Tywood. Tenía la nariz grande y bastante rojiza, y fumaba en pipa. Sus ojos tenían esa mirada campechana y nada rapaz que casa bien con un empleo académico... sea porque esa clase de empleo atrae a esa clase de hombre, sea porque tal tipo de empleo produce tal tipo de hombre.

—¿A qué trabajo se dedica ahora el profesor Tywood? —pregunté.

—Investigaciones físicas.

Respuestas similares rebotan en mi rostro. Unos años atrás solían volverme loco. En esta ocasión, dije, simplemente:

—Eso ya lo sabemos, profesor. Son los detalles lo que busco.

El me guiñó el ojo con aire tolerante:

—Sin duda los detalles no le servirán de mucho, a menos que usted también sea un físico investigador. ¿Importa mucho... dadas las circunstancias?

—Quizá no. Pero ha desaparecido. Si le ha ocurrido algo que se deba... —Esbocé muy intencionadamente un gesto de pelea— a un juego sucio, la causa puede nacer del trabajo que estuviera haciendo... A menos que sea un hombre rico y lo hayan eliminado por dinero.

—Los profesores de universidad no suelen ser ricos —objetó Keyser con una risita seca—. La mercancía que expendemos suele ser poco apreciada por abundar muchísimo en el mercado.

Yo pasé por alto la observación, porque sé que mi aspecto me perjudica. En realidad terminé los estudios con la calificación de «muy bueno», traducida al latín para que el presidente de mi colegio pudiera leerla, y en toda mi vida nunca he jugado un partido de rugby. Pero mi aspecto físico parecía decir exactamente lo contrario.

—Entonces, sólo podemos tomar en consideración su trabajo —comenté.

—¿Piensa en espías? ¿En intrigas internacionales?

—¿Por qué no? ¡Ha ocurrido otras veces! Al fin y al cabo, es un físico nuclear, ¿verdad?

—Lo es. Pero también hay otros. También lo soy yo.

—Ah, pero quizá él sepa algo que usted no sabe.

Keyser apretó los dientes. Cogidos por sorpresa, los profesores se comportan exactamente igual que las demás personas. Keyser replicó, envarado:

—Según recuerdo, Tywood ha publicado documentos sobre el efecto de la viscosidad de los líquidos en las proximidades de la línea de Rayleigh, sobre ecuaciones de campo de órbitas elevadas y sobre el espía en las órbitas de acoplamiento de dos nucleones, pero su trabajo principal versa sobre momentos cuadrupolares. Yo soy bastante competente en estas materias.

—¿Trabaja ahora en momentos cuadrupolares? —Quería abstenerme de poner el dedo en la llaga de nadie, y creo que lo conseguí.

—Sí... en cierto modo —casi restañaba los dientes—. Es posible que acabe por llegar a la fase experimental. Parece haber pasado la mayor parte de su vida trabajando en las consecuencias matemáticas de una teoría especial suya propia.

—Como éstas —y le arrojé una hoja.

Era una de las que había en la caja fuerte de Tywood. Lo más probable, sin embargo, era que aquello no significara nada, aunque sólo fuera por haberse encontrado en la caja fuerte de un profesor. Es decir, a veces los profesores ponen cualquier papel en la caja fuerte apremiados por la necesidad del momento, porque el cajón de la mesa donde deberían guardar el papelito en cuestión está lleno de

ejercicios de examen sin calificar. Y, por supuesto, después nunca sacan nada. Habíamos encontrado en dicha caja fuerte empolvados frascos de cristales amarillentos con unas etiquetas apenas legibles; unos libritos mimeografiados que databan de la Segunda Guerra Mundial, con la calificación de «Reservados»; una copia de un antiguo anuario del colegio; algunas cartas relativas a un posible empleo de director de investigaciones de la American Electric, con fecha de diez años atrás, y, por supuesto, unos papeles de química en griego.

La hoja suelta también se encontró allí. Estaba enrollada como un diploma académico, con una anilla de goma sujetándola y sin ninguna etiqueta ni ningún título descriptivo.

Unas veinte hojas aparecían cubiertas de señales de tinta, meticulosas y diminutas...

Yo tenía una hoja de aquel pliego. No creo que nadie en el mundo tuviera más de una. Y estoy seguro de que ningún hombre, excepto uno, supiera que la pérdida de aquella hoja determinada y la pérdida de la vida de aquel hombre determinado serían dos acontecimientos tan simultáneos como el Gobierno pudiera conseguir.

Por ello le arrojé la hoja a Keyser como si fuese un papel que hubiera encontrado en el campus arrastrado por el viento.

Keyser lo miró con gran atención, y lo volvió del dorso, que estaba en blanco. Sus ojos recorrieron desde la línea superior a la inferior, y después subieron de la inferior a la superior.

—No sé a qué se refiere esto —dijo, las palabras le parecieron ácidas hasta a él.

No respondí nada. Me limité a doblar el papel y me lo volví a guardar en el bolsillo interior de la chaqueta.

Keyser añadió en tono petulante:

—Ustedes los legos se equivocan al pensar que a los científicos les basta con mirar una ecuación y decir: «Ah, sí...» y luego pueden ponerse a escribir un libro sobre ella. La matemática no posee una existencia propia; no es más que un código arbitrario ideado para describir observaciones físicas o conceptos filosóficos. Cada hombre puede adaptarlo a sus necesidades particulares. Por ejemplo, nadie puede mirar un símbolo y estar seguro de lo que significa. Hasta la fecha, la ciencia ha utilizado todas las letras del alfabeto, mayúsculas, minúsculas y en bastardilla, y cada una de ellas simboliza diversas cosas. Ha utilizado letras en negrita, letras góticas y letras griegas, lo mismo mayúsculas que minúsculas; subrayados, superrayados, asteriscos y hasta letras hebreas. Científicos distintos utilizan símbolos diferentes para el mismo concepto e idéntico símbolo para conceptos distintos. De modo que si usted le enseña a uno, quienquiera que sea, una página suelta como ésa, sin darle noticia de la materia investigada ni de la simbología particular empleada, la persona en cuestión no le hallará ningún sentido.

—Pero usted ha dicho que trabajaba en momentos cuadrupolares —le interrumpí—. ¿Y esto no le da ningún sentido? —Me di unos golpecitos en el lugar del pecho

donde la hoja de papel había ido practicando un agujero en la chaqueta durante dos días.

—No sabría descifrarlo. No he visto ninguna de las relaciones corrientes que esperaba estuvieran implicadas. Al menos no he reconocido ninguna. Aunque, evidentemente, no puedo comprometerme.

Hubo un corto silencio, al cabo del cual, dijo:

—Le daré una indicación. ¿Por qué no consulta a sus alumnos?

Yo enarqué las cejas.

—¿Quiere decir en sus clases?

—¡No, por amor de Dios! —Parecía molesto—. ¡Sus alumnos en investigación! ¡Los candidatos al doctorado! Han trabajado con él. Conocen los detalles de su labor mejor que yo y que nadie de esta facultad, y podrían saber de qué se trata.

—Es una buena idea —dije en tono indiferente. Y lo era. No sé por qué, pero a mí no se me hubiera ocurrido jamás. Me imagino que será porque parece muy natural suponer que cualquier profesor ha de saber más que ningún estudiante.

Keyser se cogió la solapa, al mismo tiempo que yo me levantaba para salir.

—Por lo demás —dijo—, me parece que sigue usted una pista equivocada. Se lo digo en confianza, ¿comprende?, y no lo diría jamás si no fuera por lo extraordinario de las circunstancias; pero a Tywood no se le considera una gran figura en la profesión. Ah, sí, es un buen profesor, lo reconozco; pero los documentos que ha publicado sobre investigaciones no han gozado nunca de mucho aprecio. Siempre tendió hacia vagas elucubraciones teóricas, no respaldadas por pruebas experimentales. Ese papel que trae usted constituye, probablemente un ejemplo más. No es posible que nadie quisiera..., quisiera raptarle por una cosa así.

—¿De veras que no? Comprendo. ¿Tiene alguna idea de por qué se ha marchado, o adonde ha ido?

—Nada en concreto —respondió haciendo un puchero con los labios—, pero todo el mundo sabe que está enfermo. Tuvo un ataque hace un par de años que le obligó a dejar las clases por un semestre. Y no se repuso del todo. El costado izquierdo le quedó paralizado durante un tiempo; todavía cojea. Otro ataque le mataría. Y puede sobrevenirle en cualquier momento.

—Entonces, ¿cree que ha muerto?

—No sería imposible.

—Pero ¿dónde está el cadáver, entonces?

—Pues... eso es lo que debe descubrir usted, supongo. Lo era. Y me marché.

Me entrevisté con cada uno de los cuatro alumnos de investigaciones de Tywood en un volumen de caos llamado laboratorio de investigación. Esos laboratorios de investigaciones para estudiantes suelen tener a dos esperanzados trabajando en ellos, es decir, una población flotante de dos, porque cada año, poco más o menos, se van reemplazando.

Por consiguiente, el laboratorio tiene sus pilas de equipo en hileras. En los bancos

del aposento se encuentra el instrumental de uso inmediato, y en tres o cuatro cajones más cercanos están los recambios y suplementos de uso más probable. En los cajones más distantes, en los estantes más próximos al techo, en rincones apartados, quedan descoloridos restos de pasadas generaciones de estudiantes..., trastos raros que nunca se utilizan ni nunca se tiran a la basura. Se suele afirmar, por cierto, que ningún estudiante investigador conoció jamás todo lo que contenía su laboratorio.

Los cuatro estudiantes de Tywood estaban preocupados. Aunque tres de ellos lo estaban principalmente por su situación personal. Es decir, por el efecto posible de la ausencia de Tywood en la situación de su «problema». Deseché a los tres mencionados —confío que ahora ya tienen sus diplomas— y llamé al cuarto.

Era el que tenía un aspecto más demacrado y el que se había mostrado menos comunicativo; cosa que yo tomaba por un signo esperanzador.

En este momento estaba sentado muy erguido en la silla de duro respaldo que había a la derecha de la mesa, mientras yo me arrellanaba en un crujiente sillón giratorio y me apartaba el sombrero de la frente. Se llamaba Edwin Howe y, más tarde, también consiguió el diploma. Lo sé porque ahora es un tío importante del Departamento de Ciencia.

—Me figuro que usted hace el mismo trabajo que los otros muchachos —dije.

—Todo es trabajo nuclear, en cierto modo.

—¿Pero no es exactamente el mismo?

El movió la cabeza despacio.

—Escogemos aspectos distintos. Ya sabe usted, uno tiene que inclinarse por una cosa muy concreta, de lo contrario no podrá publicar nada. Todos hemos de conquistar nuestros títulos.

Lo dijo exactamente igual que usted o yo diríamos: «Tenemos que ganarnos la vida». Y acaso sea la expresión equivalente para ellos.

—Muy bien —contesté—. ¿Qué aspecto ha escogido usted?

—Yo hago las matemáticas —respondió él—. Quiero decir, con el profesor Tywood.

—¿Qué clase de matemáticas?

El sonrió levemente, envolviéndose en la misma clase de atmósfera que yo había observado en el caso del profesor Keyser aquella mañana. Una especie de atmósfera de «¿Y cree de verdad que yo puedo explicar mis profundos pensamientos a un tontucio como usted?».

No obstante, lo que dijo en voz alta fue:

—Sería un poco complicado explicarlo.

—Yo le ayudaré —aduje—. ¿Sería algo como eso? —Y le arrojé la hoja de papel.

Éste ni siquiera le echó una ojeada general. Se limitó a cogerla al instante y emitió un leve gemido:

—¿De dónde la ha sacado?

—De la caja fuerte de Tywood.

—¿Tiene también las otras?

—Están bien guardadas —contesté, saliendo por la tangente.

El se tranquilizó un poco; sólo un poco.

—No se la habrá enseñado a nadie, ¿verdad que no?

—Se la he enseñado al profesor Keyser.

Howe emitió un sonido descortés con el labio inferior y los incisivos superiores.

—Ese jumento. ¿Y qué ha dicho?

Yo puse las palmas de las manos cara arriba, y Howe soltó la carcajada. Luego dijo, con aire distraído:

—Bueno, eso son garabatos que suelo hacer yo.

—¿Y a qué se refieren? Póngalos de modo que yo pueda entenderlos.

Noté un claro titubeo. Y él me dijo:

—Mire. Esto es materia confidencial. Ni siquiera los otros estudiantes de Papá saben nada de ello. Tampoco yo creo saberlo todo. Ya sabe, en este caso no se trata de perseguir un diploma; se trata del Premio Nóbel de Papá Tywood, y significará para mí el cargo de profesor auxiliar en el Instituto Tecnológico de California. Esto ha de ser publicado antes de que nadie hable de ello.

Yo moví la cabeza muy despacio y hablé dando un acento muy suave a mis palabras:

—No, hijo. Usted está en un error. Tendrá que hablar de esto antes de que se publique, porque Tywood ha desaparecido y quizá haya muerto, o acaso no. Y si ha muerto, quizá lo hayan asesinado. Y cuando el departamento sospecha que se ha cometido un asesinato, todo el mundo habla. De modo que la cosa se le pondrá fea, muchacho, si intenta quedarse algo en secreto.

El truco salió bien. Yo sabía que saldría, porque todo el mundo lee novelas policíacas y se sabe todos los clisés. El estudiante saltó de la silla y fue soltando las palabras como si tuviera el libreto delante.

—Sin duda —dijo—, no sospechará usted que yo..., yo sea capaz de una cosa así. Oiga..., oiga, mi carrera...

Le empujé hacia la silla de nuevo con las primeras gotitas de sudor en la frente. Por mi parte, recité el segundo párrafo:

—Yo no sospecho nada de nadie todavía. Y si habla, camarada, no se hallará en ningún conflicto.

El muchacho estaba dispuesto.

—Todo lo que voy a decirle ahora es estrictamente confidencial.

Pobre chico. No sabía el sentido de la palabra «estrictamente». No permaneció nunca fuera de la mirada de un agente desde aquel instante hasta que el Gobierno decidió enterrar el caso con el único comentario final de «?». (Sí, entre comillas. Y no bromeo. Hasta la fecha, el caso no está ni abierto ni cerrado. Está simplemente «?»). El dijo, dubitativo:

—Supongo que usted sabe qué es tiempo de traslación.

Claro que sabía qué era. Mi chico mayor tiene doce años y se empapa de los programas de tele de la tarde hasta que se hincha visiblemente con la bazofia que absorbe por los ojos y los oídos.

—¿Qué me dice del tiempo de traslación? —pregunté.

—En cierto sentido, podemos realizarlo. En realidad es lo que podríamos llamar traslación microtemporal...

Faltó poco para que yo perdiera la paciencia. La verdad es que creo que la perdí. Parecía obvio que trataba de engañarme; y sin ninguna finura. Estoy acostumbrado a que la gente piense que tengo cara de tonto, ¡pero no tanto! Así pues, con voz muy gutural, pregunté:

—¿Quiere usted decirme que Tywood se encuentra en alguna parte del tiempo, lo mismo que Ace Rogers, el Agente del Tiempo Solitario? —(Ése era precisamente el programa favorito de mi chico. Aquella semana Ace Rogers, solito, ski ayuda de nadie, le paraba los pies a Genghis Khan).

Pero el muchacho puso una cara tan disgustada como debía tenerla yo.

—No —gritó—. Yo no sé dónde está Papá. Si usted me hubiera escuchado, he dicho «traslación microtemporal». No, esto no es un espectáculo de la tele, ni es magia; se da el caso de que esto es ciencia. Por ejemplo, le supongo enterado de la equivalencia materiaenergía.

Hice un signo afirmativo malhumorado. Lo sabe todo el mundo, desde lo de Hiroshima, en la penúltima guerra.

—De acuerdo, pues —continuó él—, eso vale como punto de partida. Mire, si coge una masa material y le aplica una traslación temporal (ya sabe, la hace retroceder en el tiempo) usted crea realmente materia en el punto del tiempo al que la envía. Para ello tiene que emplear una cantidad de energía equivalente a la cantidad de materia que ha creado. En otras palabras, para enviar un gramo (o un kilogramo, para el caso) de lo que sea atrás en el tiempo, tiene que desintegrar este gramo, o este kilogramo de materia por completo, para procurarse la energía que se precisa.

—Humm-mm-mm —dije yo—, esto sería crear esa cantidad de materia en el pasado. ¿Y no destruye usted la misma cantidad de materia al quitarla del tiempo presente? ¿No significa eso crear la cantidad equivalente de energía?

El parecía tan molesto como un sujeto sentado sobre un abejorro que no estuviera muerto. Por lo visto, nunca se admite que los legos puedan discutir con los científicos.

—Yo trataba de simplificar para que usted pudiera entenderlo —me dijo—. En realidad, es mucho más complicado. Sería muy bonito que pudiéramos utilizar la energía de la desaparición para producir una reaparición, pero eso sería trabajar en un círculo, créame. Las exigencias de la entropía lo impedirían. Para expresarlo de un modo más riguroso, la energía se precisa para vencer la inercia del tiempo y actúa precisamente de tal modo que la energía en ergios necesaria para mandar al pasado una masa, en gramos, es igual a esa masa multiplicada por el cuadrado de la

velocidad de la luz en centímetros por segundo. Lo cual resulta ser la ecuación de equivalencia masa-energía de Einstein. Puedo darle la fórmula matemática, ya sabe.

—Lo sé —procuré suavizar y volver a su sitio parte de aquella mal empleada vehemencia—. Pero, todo eso, ¿lo comprobaron experimentalmente? ¿O lo han calculado sobre el papel, nada más?

Evidentemente, lo que importaba era que continuara hablando.

En los ojos del muchacho había esa luz singular que me han dicho que se enciende en los de todo estudioso investigador cuando le piden que hable del problema que le obsesiona. Lo discutiré con cualquiera, hasta con un «simple patán»... que era lo que convenía en aquel momento.

—Vea usted —dijo con el acento del hombre que te comunica la trampa de un negocio sucio—, el origen de toda esa cuestión fue el asunto ese del neutrino. Desde finales de los años treinta están buscando el neutrino, y no lo han encontrado. Es una partícula subatómica sin carga y con una masa mucho menor todavía que la del electrón. Naturalmente, es casi imposible localizarlo, y no lo ha sido todavía. A pesar de lo cual, siguen buscando; porque, suponiendo que exista, las energías de algunas reacciones nucleares no se pueden equilibrar. Así pues, Papá Tywood tuvo la idea, hace unos veinte años, de que una parte de energía iba desapareciendo, en forma de materia, atrás en el tiempo. Nos pusimos a trabajar en ello (o sea, se puso él) y yo he sido el primer estudiante que ha colaborado con él en esta investigación.

«Evidentemente, teníamos que trabajar con cantidades de materia pequeñísimas y... bueno, fue un golpe genial por parte de Papá que se le ocurriera utilizar vestigios de isótopos radiactivos. Ya sabe usted, siguiendo su actividad con contadores, se puede trabajar hasta con unos pocos microgramos. La variación de la actividad con el tiempo debería seguir una ley muy definida y sencilla que no se ha alterado jamás por ninguna condición de laboratorio conocida.

»Bien, nosotros habíamos mandado una motita quince minutos atrás, digamos, y quince minutos antes de que lo hiciéramos (todo estaba dispuesto automáticamente, comprenda usted) la cuenta saltó a casi el doble de lo previsto, descendió al valor normal, y después se desplomó (en el momento que lo mandábamos para atrás) por debajo de lo que normalmente hubiera debido ser. Comprenda, el material se remontó sobre sí mismo en el tiempo, y durante quince minutos lo contamos duplicado...

Yo le interrumpí:

—¿Quiere decir que tenían los mismos átomos existiendo en dos sitios al mismo tiempo?

—Sí —respondió con leve sorpresa—, ¿por qué no? Por eso utilizamos tanta energía: el equivalente para crear dichos átomos —luego siguió precipitadamente—: Voy a decirle en qué consiste mi trabajo particular. Si se manda quince minutos atrás el material, aparentemente se manda, al mismo lugar con respecto a la Tierra, a pesar de que ésta en quince minutos ha recorrido unos veinticinco mil setecientos cincuenta kilómetros alrededor del Sol, y el propio Sol recorre otros millares de kilómetros,

etc., etc. Pero hay ciertas menudas discrepancias que yo he analizado y que resultan debidas, posiblemente, a dos causas.

«Primera: existe un efecto de rozamiento (si se puede emplear esta expresión), de manera que la materia se desvía un poco con respecto a la Tierra; dependiendo de cuanto se haga retroceder en el tiempo, y de la naturaleza de dicho material. Por otro lado, parte de la discrepancia sólo se puede explicar presuponiendo que el paso a través del tiempo requiere a su vez cierto tiempo.

—¿Cómo es eso? —exclamé.

—Lo que quiero decir es que parte de la radiactividad se distribuye uniformemente por el tiempo de traslación como si el material sometido a prueba hubiese reaccionado durante la marcha atrás en el tiempo según una cantidad constante. Mis cálculos muestran que... mire, si usted tuviera que ser trasladado para atrás en el tiempo, envejecería un día por cada cien años. O, para expresarlo de otro modo, si usted pudiera estar observando una esfera que registrara el tiempo en el exterior de una «máquina de tiempo», su reloj andaría veinticuatro horas mientras la esfera registradora retrocedería cien años. Ésa es una constante universal, creo, porque la velocidad de la luz es asimismo una constante universal. Sea como fuere, ése es mi trabajo.

Al cabo de unos minutos de digerir lo que acababa de escuchar, pregunté:

—¿De dónde sacaban la energía necesaria para sus experimentos?

—Montaron una línea especial de la central generadora. Papá es un pez gordo aquí, y logró que se la concedieran.

—Humm-mm-mm. ¿Cuál fue la mayor cantidad de materia que mandaron hacia el pasado?

—Pues... —Y levantó la vista al techo— creo que una vez mandamos para atrás una centésima de miligramo. O sea, diez microgramos.

—¿Intentaron alguna vez enviar algo al futuro?

—Eso no resulta —contestó—. Es imposible. No se pueden cambiar los signos de ese modo, porque la energía requerida se vuelve más que infinita. Es una proposición en un solo sentido.

Yo clavaba la vista en mis uñas.

—¿Cuánta materia podría enviar para atrás en el tiempo si fisionara..., digamos unos cien kilogramos de plutonio? —Yo me decía que, en todo caso, los hechos se volvían demasiado evidentes.

La respuesta no tardó en venir:

—En la fisión del plutonio —dijo—, no se convierte en energía más allá de un dos por ciento de la masa. Por consiguiente, cien kilogramos de plutonio, consumidos totalmente, mandarían hacia el pasado uno o dos kilogramos.

—¿Y eso es todo? ¿Podrían controlar esa energía? Quiero decir que un centenar de kilogramos de plutonio significan una explosión mayúscula.

—Todo es relativo —replicó él un tanto pomposo—. Si se coge toda esa energía y

se suelta en pequeñas cantidades cada vez, se puede manejar. Si se soltara toda de golpe, pero se utilizase con la misma rapidez con que se libera, también se podría controlar. Al enviar materia hacia el pasado, la energía se puede utilizar más aprisa todavía de lo que se produce incluso mediante la fisión. Teóricamente, por lo menos.

—Pero ¿cómo se desembarazan de ella?

—Se distribuye a través del tiempo, naturalmente. Por supuesto, el tiempo mínimo a través del cual se puede trasladar materia dependería, por tanto, de la masa de materia. De otro modo, uno se expone a tener una densidad de energía demasiado grande con relación al tiempo.

—Muy bien, muchacho —dije yo—. Voy a llamar al cuartel general, y ellos enviarán un agente que le acompañará a casa. Usted se quedará allí un tiempo.

—Pero... ¿por qué?

—No será mucho tiempo.

No fue mucho... y después se lo compensaron.

Yo pasé la tarde en el cuartel general. Teníamos una biblioteca allá..., una biblioteca muy especial. La mañana siguiente a la explosión, dos o tres agentes se habían ido calladamente a las bibliotecas de física y química de la Universidad. Eran expertos en la cuestión. Estos agentes localizaron todos los artículos que Tywood había publicado en todos los periódicos científicos y habían arrancado hasta la última página de los mismos. Por lo demás, no estropearon nada.

Otros hombres repasaron archivos de revistas y listas de libros. Al final se montó en el cuartel general una habitación que representaba una «Tywoodeca» completa. No se había perseguido un objetivo concreto al hacerlo así. Representaba tan sólo un ejemplo de la perfección y la amplitud —la totalidad, diríamos— con que se enfocaba un problema de esta índole.

Yo revolví toda aquella biblioteca. No los documentos científicos. Sabía que no encontraría en ellos nada de lo que buscaba. Pero Tywood había escrito una serie de artículos para una revista veinte años atrás, y éstos sí los leí. Y me tragué toda muestra de correspondencia particular que pudieron reunir.

Después, me limité a sentarme a meditar... y me asusté.

Me acosté a eso de las cuatro de la madrugada y tuve pesadillas.

A pesar de lo cual estaba en el despacho particular del jefe a las nueve de la mañana.

Es un hombre fornido, el jefe, con pelo gris acero, perfectamente alisado. No fuma, pero tiene una caja de cigarros en el despacho y cuando quiere pasar unos segundos sin decir nada, coge uno, lo hace rodar un poco, se lo clava en medio de los labios y lo enciende con mucho cuidado. Por entonces, o ya tiene algo que decir, o no tiene que decir nada en absoluto. Y suelta el cigarro en el cenicero y deja que se consuma solo.

Solía gastar una caja de cigarros cada tres semanas, y todas las Navidades la mitad de los regalos que recibía contenían cajas de cigarros.

Sin embargo, ahora no cogía ninguno. Se limitaba a cerrar las manazas, juntando ambos puños sobre la mesa, y a mirarme con la frente arrugada.

—¿Qué se fragua?

Se lo expliqué. Muy despacio, porque la traslación microtemporal no le sienta bien a nadie, especialmente si uno la llama viaje en el tiempo, como lo hice yo. Como signo de lo sería que estaba la cosa diré que no me preguntó más que una sola vez si estaba loco.

Cuando hube terminado, nos quedamos mirándonos fijamente el uno al otro. Por fin él dijo:

—¿Y usted cree que intentó mandar algo hacia el pasado..., algo entre medio kilo y un kilo... y que así fue como mandó por los aires una central entera?

—Parece una explicación lógica —respondí.

Y le dejé en paz un rato. Él meditaba, y yo quería que siguiera haciéndolo. Quería que pensara, si fuera posible, en lo mismo que estaba pensando yo; para que así no tuviera que explicárselo...

Porque me repugnaba tener que explicárselo...

En primer lugar, porque era una locura. Y en segundo, porque era demasiado horrible.

Así pues, guardé silencio, y él continuó pensando, y de vez en cuando sus pensamientos salían a la superficie.

Al cabo de un rato, dijo:

—Suponiendo que el estudiante, Howe, le haya dicho la verdad (y, de paso, será conveniente que compruebe sus cuadernos de notas, que espero habrá depositado usted...).

—Toda el ala de aquel piso está fuera de jurisdicción, señor. Edwards tiene los cuadernos de notas.

—Muy bien —prosiguió el jefe—. Suponiendo que nos contara todo lo que sabe, ¿por qué saltó Tywood de menos de un miligramo a casi medio kilo? —Sus ojos descendieron hasta mí, con una mirada dura—. Ahora usted se está concentrando en el aspecto de viaje por el tiempo. Deduzco que para usted ése es el punto crucial y la energía que se precisa no es más que un detalle incidental, puramente incidental.

—Sí, señor —dije en tono sombrío—. Eso pienso, exactamente.

—¿No ha reflexionado que podría equivocarse? ¿Qué podría haber invertido la cuestión?

—No le comprendo bien.

—Pues mire, usted dice que ha leído todo lo de Tywood. De acuerdo. Era uno de aquel puñado de científicos de después de la Segunda Guerra Mundial que lucharon contra la bomba atómica; querían un estado universal... Está enterado, ¿no?

Yo asentí.

—Padecía un complejo de culpabilidad —afirmó el jefe con energía—. Había ayudado a producir la bomba y por las noches no podía dormir pensando en lo que

había hecho. Alimentó este miedo durante años y años. Y aunque la bomba no se empleó en la Tercera Guerra Mundial, ¿se imagina lo que debía significar para él cada día de incertidumbre? ¿Puede imaginarse el horror que retorció su alma mientras esperaba que otros tomaran la decisión, hasta que se llegó por fin al Compromiso del Sesenta y Cinco?

«Tenemos un análisis psiquiátrico completo de Tywood y varios otros congéneres suyos, realizado durante la última guerra. ¿Lo sabía usted?

—No, señor.

—Es cierto. Después del sesenta y cinco dejamos de preocuparnos, por supuesto, dado que con el establecimiento del control mundial en materia de energía atómica, la recogida de reservas de bombas atómicas en todos los países y el establecimiento de investigaciones conjuntas entre las varias esferas de influencia del planeta, la mente científica se sintió libre de la mayoría de conflictos éticos que la atormentaban.

»Pero lo que se averiguó por aquellos días era cosa grave. En 1964, Tywood tenía un morboso odio subconsciente contra la idea misma de la energía atómica. Empezó a cometer errores; equivocaciones serias. Llegó el momento en que hubimos de apartarle de toda clase de investigaciones. Y lo mismo sucedió con varios otros, aunque la situación se presentaba mal por aquellos días. Acabábamos de perder la India, si lo recuerda.

Considerando que yo me encontraba en la India en aquellos momentos, había de acordarme. Pero seguía sin ver adonde se dirigía.

—Bueno —prosiguió—, ¿qué pasaría si alguna reminiscencia de aquella actitud quedó enterrada en el subconsciente de Tywood hasta el final? ¿No ve usted que ese viaje por el tiempo es un arma de doble filo? ¿Por qué mandar una cantidad de cualquier sustancia hacia el pasado, al fin y al cabo? ¿Por el gusto de realizar una demostración? Habría demostrado su teoría lo mismo si sólo enviaba una fracción de miligramo. Supongo que con ello bastaba para que le dieran el Premio Nóbel.

»Pero había una cosa que podía lograr con medio kilo de materia, y no con un miligramo, y esta cosa era dejar agotada una central generadora. De modo que esto es lo que debió de proponerse. Había descubierto una manera de consumir cantidades inconcebibles de energía. Mandando al pasado cuarenta kilogramos de polvo podía destruir todo el plutonio existente en el mundo; podía agotar la energía atómica por un período indefinido.

Yo no estaba nada impresionado, pero traté de que no se notara demasiado. Y me limité a decir:

—¿Le cree capaz de imaginarse que podría salir incólume de la aventura más de una vez?

»La suposición se funda en el hecho de que no era un hombre normal. ¿Cómo sabe si era capaz de imaginarse que sí podría? Además, podría haber detrás de él otros hombres (con menos ciencia y más cerebro) perfectamente dispuestos a seguir adelante a partir de este punto.

»¿Se ha localizado ya a alguno de tales hombres? ¿Hay pruebas de que existan?

Una corta espera, y su mano fue hacia la caja de cigarros. Su mirada examinaba atentamente el que había cogido y lo volvía ora de esta punta, ora de la otra. Un poco más de espera. Yo tenía mucha paciencia.

Luego lo soltó decididamente, sin encenderlo.

—No —dijo. Me miró fijamente; me contempló de hito en hito como si quisiera penetrarme con la mirada y dijo—: Entonces, ¿todavía no le convence la suposición?

Yo levanté los hombros.

—Bueno... No me parece acertada.

—¿Tiene una idea propia?

—Sí. Pero no me decido a hablar de ella. Si me equivoco, soy el hombre más equivocado que haya existido en el mundo; pero si acierto, soy el más acertado.

—Escucho —dijo él, llevando la mano debajo de la mesa.

Era el cierre hermético. La habitación estaba acorazada, perfectamente aislada para el sonido y para toda clase de radiaciones, excepto en caso de explosión nuclear. Y con la disimulada señal aparecida fuera en la mesa de su secretaria, ni el presidente de Estados Unidos habría podido interrumpirnos.

Yo me arrellané en el asiento y dije:

—Jefe, ¿recuerda por casualidad cómo conoció a su esposa? ¿Fue por una cosa sin importancia?

Debió considerar mi pregunta un non sequitur. ¿Qué otra cosa podía parecerle? Pero ahora me daba rienda suelta, y tendría sus buenos motivos, supongo. De modo que se limitó a sonreír y respondió:

—Yo estornudé, y ella se volvió. Era en la esquina de una calle.

—¿Por qué motivo estaba usted en aquella esquina en aquel momento? ¿Por qué estaba ella? ¿Recuerda qué le hizo estornudar? ¿Dónde cogió el resfriado? ¿O de dónde vino la motita de polvo? Imagine el sinfín de factores que hubieron de coincidir en el lugar y el momento precisos para que usted conociera a su esposa.

—Supongo que nos habríamos conocido en otro momento, si no nos hubiéramos encontrado entonces.

—No sabe si se habrían conocido. ¿Cómo sabe a quién no ha conocido nunca porque en una ocasión en que podía volverse a mirar atrás no se volvió; porque en una ocasión en que habría podido llegar tarde no llegó tarde? La vida de usted se bifurca en cada instante, y usted emprende por una de las bifurcaciones casi al azar; y lo mismo hacen las demás personas. Empiece veinte años atrás y las bifurcaciones se separan más y más con el transcurso del tiempo.

»Usted estornudó y conoció a una chica: aquélla y no otra. Como consecuencia, usted tomó ciertas decisiones, y la chica también las tomó; y las tomó asimismo la chica a quien usted no conoció y también el hombre que la conoció a ella, y la gente que conocieron todos ustedes en lo sucesivo. Y su familia y la familia de aquella muchacha... y sus hijos.

»A causa de haber estornudado usted hace veinte años, quizá hayan fallecido cinco personas, o cincuenta, o quinientas que podrían estar vivas; o acaso estén vivas unas personas que estarían muertas. Lleve el ejemplo doscientos años atrás, o dos mil años atrás, y un estornudo (incluso de una persona que no figure en ningún libro de historia) podría significar que ninguno de los que vivimos ahora estuviera en este mundo.

El jefe se rascó el pescuezo.

—Sí, ondas que se ensanchan. Leí un cuento una vez...

—También lo leí yo. No es una idea nueva..., pero me gustaría que la meditara un poco, porque quiero leerle un artículo del profesor Elmer Tywood en una revista de hace veinte años. Era inmediatamente antes de la última guerra.

Tenía copias de la película en el bolsillo, y la blanca pared servía de magnífica pantalla, para lo cual estaos destinada precisamente. El jefe hizo ademán de volverse cara a ella; pero yo lo detuve con un gesto.

—No, señor —le dije—. Quiero leérselo yo. Quiero que usted escuche.

El se recostó de nuevo.

—El artículo —proseguí— se titula: ¡El primer gran fracaso del hombre! Recuerde, esto era inmediatamente antes de la guerra, cuando la amarga desilusión que produjo el fracaso final de las Naciones Unidas estaba en su punto álgido. Lo que le leeré son unos extractos de la primera parte del artículo. Dicen así:

«... Que el Hombre, con su progreso técnico, no haya sabido solucionar los grandes problemas sociológicos de la actualidad es la segunda gran tragedia que le ha sobrevenido a la raza. La primera, y acaso la mayor, consistió en que, en otro tiempo, estos mismos grandes problemas sociológicos sí fueron solucionados; y sin embargo aquellas soluciones no resultaron permanentes, porque entonces no existía la perfección técnica que poseemos hoy.

»Era como tener pan sin mantequilla, o mantequilla sin pan. Nunca ambas cosas a la vez...

«Pensemos en el mundo helénico, del que arrancan en realidad toda nuestra filosofía, nuestras matemáticas, nuestro arte, nuestra ética, nuestra literatura..., toda nuestra cultura... En los días de Ferieles, Grecia, como nuestro propio mundo en microcosmos, era una sorprendente amalgama de ideologías contradictorias y maneras de vida conflictivas. Pero luego vino Roma, que adoptó la cultura, e impuso, por la fuerza, la paz.

No cabe duda, la Pax Romana sólo duró doscientos años; pero desde entonces no ha existido ningún período semejante...

»La guerra quedó abolida. El nacionalismo no existía. El ciudadano romano lo era de todo el Imperio. Pablo de Tarso y Flavio Josefo eran ciudadanos romanos. Españoles, norteafricanos, ilirios vistieron la púrpura. Existía la esclavitud, pero era una esclavitud indiscriminada, impuesta como castigo, en la que se caía como sanción por el fracaso económico, traída por las diversas fortunas de la guerra. Nadie

era esclavo natural... por culpa del color de su piel o de su lugar de nacimiento.

»La tolerancia religiosa era completa. Si se hizo una excepción muy pronto en el caso de los cristianos fue porque ellos se negaban a aceptar ese principio de tolerancia; porque se empeñaban en que sólo ellos sabían la verdad... un principio que la civilizada Roma aborrecía...

»Con toda la cultura occidental bajo una sola polis, con el cáncer de los particularismos religiosos y nacionales ausente, con una civilización elevada entronizada, ¿cómo no supo el Hombre conservar lo conquistado?

»Fue porque, tecnológicamente, el antiguo helenismo continuaba atrasado; porque sin una civilización de máquinas, el precio del ocio —y por ende de la civilización y la cultura— de unos pocos era la esclavitud de muchos. Porque la civilización no encontraba los medios para traer comodidad y bienestar para toda la población.

»Por ello las clases oprimidas se volvieron hacia el otro mundo, y hacia religiones que menospreciaban los beneficios materiales de éste..., de modo que fue imposible cultivar la ciencia, en su verdadero sentido, durante más de mil años. Más adelante, a medida que el ímpetu inicial del helenismo se desvanecía, al Imperio le faltó la fuerza técnica para derrotar a los bárbaros. En realidad no fue hasta después del año 1500 cuando la guerra se convirtió suficientemente en función de los recursos industriales de una nación para permitir que la gente establecida en un país pudiera derrotar fácilmente a los nómadas y las tribus invasoras...

«Imaginen, pues, si los griegos antiguos hubiesen aprendido unos atisbos nada más de la química y la física modernas. Imaginen si el crecimiento del Imperio hubiera ido acompañado del crecimiento de la ciencia, la técnica y la industria. Imaginen un Imperio en el que las máquinas hubieran sustituido a los esclavos, en el que todos los hombres hubieran gozado de una parte decente de los bienes del mundo, en el que la legión se hubiera convertido en la columna acorazada contra la cual ningún bárbaro pudiera levantarse. Imaginen un Imperio que, por consiguiente, se hubiera extendido por todo el mundo, sin prejuicios nacionales ni religiosos.

»Un Imperio de todos los hombres..., todos hermanos..., eventualmente todos libres...

»Si la Historia se pudiese cambiar; si aquel primer gran fracaso se hubiera podido impedir...

Y en este punto me detuve.

—¿Entonces? —preguntó el jefe.

—Entonces —respondí— me parece que no es nada difícil relacionar todo eso con el hecho de que Tywood volase una central entera en su ansiedad por enviar algo al pasado, mientras en la caja fuerte de su oficina encontrábamos capítulos de un libro de química traducido al griego.

La cara del jefe iba cambiando, mientras meditaba. Después comentó en tono espeso:

—Pero no pasó nada.

—Lo sé. Pero, oiga, el alumno de Tywood me ha dicho que se tarda un día en retroceder un siglo en el tiempo. Suponiendo que el objetivo perseguido fuese la Grecia antigua, hemos de retroceder veinte siglos, y, por tanto, necesitamos veinte días.

—Pero ¿se puede detener el proceso?

—Yo no lo sé. Tywood quizá lo supiera. Pero ha muerto.

La enormidad de aquel asunto se presentó ante mí, de repente, de un modo mucho más vivo y claro que la noche anterior...

Virtualmente, toda la humanidad se hallaba sentenciada a muerte. Y al paso que esto se reducía a una horrible abstracción, había un hecho concreto que la convertía en una realidad insoportable: el hecho de que yo me incluía también en ella. Y mi esposa, y mi hijo.

Además, se trataba de una muerte sin existencia anterior. Una cesación de la vida, nada más. El final de un aliento. El desvanecimiento de un sueño. El correr de una sombra hacia el no-espacio y el no-tiempo eternos. La verdad era que aquello no sería morir; sería, simplemente, no haber nacido nunca.

¿O acaso existiría yo? ¿Existiría yo..., mi individualidad..., mi ego..., mi alma, si quieren llamarlo así? ¿Otra vida? ¿En otras circunstancias?

Nada de eso lo pensé con palabras entonces. Pero si en aquella situación un nudo frío en el estómago pudiera traducirse en palabras, sonaría de un modo parecido, creo.

El jefe siguió, vigorosamente, por el camino de mis pensamientos.

—Entonces, disponemos de unas dos semanas y media. No hay tiempo que perder.

Vamos.

Sonreí con la mitad de los labios nada más.

—¿Qué haremos? ¿Perseguir el libro?

—No —replicó él fríamente—, pero hay dos cursos de acción que debemos seguir. Primero, es posible que usted se haya equivocado por completo. Todo ese razonamiento circunstancial puede resultar una falsa orientación, que quizá nos hayan puesto delante ex profeso para encubrir la auténtica verdad. Hay que comprobarlo.

»En segundo lugar, es posible que acierte..., pero ha de haber alguna manera de detener el libro, distinta a la de perseguirlo con una máquina de tiempo, quiero decir. En tal caso, hemos de descubrir cuál es.

—Sólo querría decir, señor, que si es una falsa pista, sólo un loco la consideraría verosímil. De modo que, supongamos que estoy en lo cierto, y supongamos que no hay manera de detener el proceso.

—Entonces, joven, voy a estar muy ocupado durante dos semanas y media, y le aconsejo que usted también lo esté. El tiempo se nos pasará más aprisa de este modo.

Naturalmente, tenía razón.

—¿Por dónde empezamos? —pregunté.

—Lo primero que necesitamos es una lista de todos los subordinados y subordinadas de Tywood que cobran un sueldo del Gobierno.

—¿Por qué?

—Razonemos. Es su especialidad, ya sabe. Tywood no sabía griego, creo que podemos suponerlo sin temor a equivocarnos; entonces, la traducción ha debido hacerla otra persona. No es probable que nadie hiciera un trabajo así de balde, y tampoco lo es que Tywood lo pagara de sus fondos particulares... y menos con un salario de profesor.

—Es posible —señalé— que le interesara un secreto más riguroso que el que permite recurrir a un empleado del Gobierno.

—¿Por qué? ¿Qué peligro corría? ¿Es delito traducir al griego un libro de química? ¿Quién deduciría de este simple hecho una trama como la que usted ha descrito? Tardamos media hora en dar con el nombre de Mycroft James Boulder, anotado como «Informador», y descubrir que en el Catálogo de la Universidad se le mencionaba como profesor auxiliar de Filosofía, y comprobar por teléfono que entre los diversos méritos que le adornaban figuraba el de conocer a la perfección el griego ático.

Lo cual fue una coincidencia... porque cuando el jefe levantaba la mano hacia el sombrero, el teletipo de intercomunicación de los despachos dio un chasquidito y resultó que Mycroft James se hallaba en la antesala, después de dos horas de insistir continuamente en que quería ver al jefe.

Éste volvió a dejar el sombrero y abrió la puerta del despacho.

El profesor Mycroft James Boulder era un hombre gris. Tenía el cabello cano y los ojos grises. Vestía, además, traje gris.

Pero, sobre todo, tenía una expresión gris; gris por una tensión que parecía retorcer todas las líneas de su delgado semblante.

Boulder dijo mansamente:

—Hace tres días que solicito audiencia con un hombre responsable. Y no puedo llegar a un nivel más alto que el de usted.

—Acaso el mío sea suficientemente elevado —respondió el jefe—. ¿Qué le ocurre? —Interesa muchísimo que me concedan una entrevista con el profesor Tywood.

—¿Sabe dónde está?

—Estoy completamente seguro que está bajo custodia del Gobierno.

—¿Por qué?

—Porque sé que planeaba un experimento que implicaba el quebrantamiento de las normas de seguridad. Los acontecimientos ocurridos, por lo que yo sé y puedo colegir, fluyen naturalmente de la suposición de que las normas de seguridad han sido, efectivamente, quebrantadas. He de suponer, pues, que al menos se ha intentado el experimento. Debo descubrir si ha concluido felizmente.

—Profesor Boulder —dijo el jefe—, creo que usted sabe leer griego.

—Sí, sé... —respondió en tono frío.

—Y ha traducido textos químicos para el profesor Tywood cobrando con dinero del Gobierno.

—Sí... en calidad de asesor legalmente empleado.

—Sin embargo, tal traducción, dadas las circunstancias, constituye un delito, porque le hace a usted cómplice del delito de Tywood.

—¿Puede establecer alguna relación?

—¿Y usted puede no establecerla? ¿O no está enterado de las ideas de Tywood sobre un viaje por el tiempo?, o... ¿cómo lo llaman ustedes...? ¿Traslación microtemporal?

—¿Ah? —Boulder sonrió levemente—. De modo que se lo ha explicado.

—No, no me lo explicó —replicó ásperamente el jefe—. El profesor Tywood ha muerto.

—¿Qué? —A continuación añadió—: No le creo.

—Falleció de apoplejía. Mire esto.

Tenía una fotografía de las tomadas la primera noche de la caja fuerte de la pared. La faz de Tywood aparecía alterada, pero reconocible... Estaba tendido en el suelo, y muerto.

La respiración de Boulder se entrecortó. Estuvo mirando la fotografía tres largos minutos, según el reloj eléctrico de la pared.

—¿Dónde está eso? —preguntó.

—Es la central atómica.

—¿Había terminado su experimento?

El jefe se encogió de hombros.

—No podemos saberlo. Cuando lo encontramos había perecido ya.

Boulder tenía los labios apretados y descoloridos.

—Hay que determinarlo como sea. Es preciso nombrar una comisión de científicos, y, si es necesario, hay que repetir el experimento...

El jefe se limitó a mirarle y cogió un cigarro. No le había visto pasar nunca tanto rato... y cuando lo dejó consumido, dijo:

—Hace veinte años, Tywood escribió un artículo para una revista...

—¡Ah! —El profesor curvó los labios—. ¿Esto es lo que les ha dado la pista? Pueden pasarlo por alto. Ese hombre no es más que un científico físico y no sabe nada ni de historia ni de sociología. Son sueños de colegial, nada más.

—Entonces usted no cree que enviando la traducción que hizo hacia el pasado se pueda inaugurar un Siglo de Oro, ¿verdad que no?

—Claro que no. ¿Cree usted que se pueden inculcar los acontecimientos y progresos de dos mil años de trabajo lento a una sociedad que no esté preparada para ellos? ¿Piensa usted que un gran invento o un gran principio científico nace hecho y derecho en la mente de un genio divorciado de su medio ambiente cultural? Newton

retrasó veinte años la publicación de la ley de la gravitación universal porque la cifra entonces en boga del diámetro de la Tierra ofrecía un error de un diez por ciento. Arquímedes estuvo a punto de inventar el cálculo infinitesimal; pero no llegó a hacerlo porque no conocía las cifras arábicas, inventadas por algún hindú anónimo, o por un grupo de hindúes.

»Para el caso, la simple existencia de una sociedad esclavista en la Grecia y la Roma antiguas significa que las máquinas no podían atraer demasiada atención, puesto que los esclavos resultaban mucho más baratos y más adaptables. Y apenas se podía esperar que los hombres de verdadero nivel intelectual gastaran sus energías en ingenios ideados para trabajos manuales. El mismo Arquímedes, el mayor ingeniero de la Antigüedad, se negó a publicar ninguno de sus inventos prácticos; sólo las abstracciones matemáticas. Y cuando un joven le preguntó a Platón para qué servía la geometría, le expulsaron inmediatamente de la Academia como a hombre de alma mezquina, no-filosófica.

»La ciencia no progresa dando un gran salto hacia delante, sino que avanza lentamente en las direcciones que le permiten las grandes fuerzas que moldean la sociedad y que, a su vez, son moldeadas por ésta. Ningún gran hombre avanza sino a hombros de la sociedad que le rodea...

En este punto, el jefe le interrumpió:

—Entonces, ¿y si nos explicara qué papel representó usted en el trabajo de Tywood? Aceptaremos su palabra de que la historia no se puede cambiar.

—Oh, sí se puede; aunque no a propósito... Mire usted, cuando Tywood requirió mis servicios por primera vez para que tradujese algunos fragmentos de libros de texto al griego, yo acepté por el dinero que con ello ganaría. Pero él quería la traducción sobre pergamino; se empeñaba en que utilizara la terminología del griego antiguo (el lenguaje de Platón, para emplear sus propias palabras) independientemente del giro que tuviera que dar al significado literal de los párrafos, y lo quería escrito a mano, en rollos.

»Sentí curiosidad. Yo también encontré ese artículo de revista. Me resultaba difícil sacar las conclusiones obvias, dado que las conquistas de la ciencia moderna sobrepasan las especulaciones de la filosofía en tantísimos aspectos. Pero con el tiempo supe la verdad, y entonces comprendí que la teoría de Tywood de cambiar el curso de la historia era demasiado infantil. Hay veinte millones de variables para cada instante del tiempo, y ningún sistema matemático (ninguna psichistoria matemática, si se me permite acuñar una frase) se ha desarrollado todavía lo suficiente como para manejar ese océano de funciones variables.

»En resumen, cualquier variación de los acontecimientos de dos mil años atrás cambiaría toda la historia subsiguiente, pero no de una manera predecible.

El jefe sugirió con falso sosiego:

—Lo mismo que la chinita que inicia el alud, ¿no?

—Exacto. Veo que tiene cierta idea de la situación. He meditado profundamente

semanas y semanas antes de entrar en acción, y me he dado cuenta de que debía actuar..., debía actuar.

Se oyó un bramido bajo. El jefe se había puesto en pie y el sillón se caía para atrás. El jefe rodeó la mesa; tenía ya una mano en la garganta de Boulder. Yo daba un paso para detenerle; pero él me apartó con un gesto...

Sólo apretaba un poco la corbata. Boulder podía seguir respirando. Se había puesto muy pálido, y mientras el jefe estuvo hablando, él se limitó a esto: a respirar. El jefe dijo:

—Claro, veo perfectamente cómo decidió que debía actuar. Sé que algunos de ustedes, filósofos débiles mentales, creen que es preciso arreglar el mundo. Quieren echar el dado otra vez para ver qué sale. Quizá ni siquiera les importe si seguirán vivos en la nueva decoración, o que nadie pueda saber qué han hecho ustedes.

Pero han de crear a pesar de todo. Han de darle otra oportunidad a Dios, por decirlo de algún modo.

»Quizá sea que, sencillamente, quiero vivir; pero el mundo podría ser peor. Podría ser peor de veinte millones de maneras distintas. Un sujeto llamado Wilder escribió una vez una obra teatral titulada *La piel de nuestros dientes*. Quizá la haya leído usted. Sostenía la tesis de que la humanidad ha sobrevivido por eso precisamente, por la piel de los dientes. No, no voy a hacerle un discurso sobre la Era Glaciar que casi nos barre. No sé bastante. Ni siquiera le hablaré de la victoria de los griegos en Maratón, ni de la derrota de los árabes en Tours, ni de los mongoles retrocediendo en el último instante, sin haber sido derrotados siquiera... porque no soy historiador.

»Pero coja el siglo veinte. Los alemanes fueron detenidos en el Mame dos veces durante la Primera Guerra Mundial. Lo de Dunkerque sucedió en la Segunda Guerra Mundial, y fuera como fuese, los alemanes fueron detenidos en Moscú y Stalingrado. En la última guerra habríamos podido utilizar la bomba atómica, y no la empleamos, y cuando parecía que ambos bandos iban a emplearla se produjo el Gran Compromiso..., precisamente porque el general Bruce se retrasó al despegar del aeropuerto de Ceilán el tiempo suficiente para recibir el mensaje directamente. Uno después de otro, así por este estilo, golpes de buena suerte a lo largo de toda la historia. Por cada «si», condicional, que no se produjo y que nos habría elevado a la cumbre en caso de haberse producido, hubo veinte «sís» que no se produjeron y que nos habrían llevado al desastre en caso de producirse.

»Ustedes han apostado a esta posibilidad contra veinte; han apostado todas las vidas de la Tierra. Y han hecho la apuesta en firme, además, porque Tywood envió realmente el texto en cuestión al pasado.

La última frase la pronunció muy lenta y marcada, al mismo tiempo que abría la mano, de modo que Boulder pudiera caer y derrumbarse sobre la silla.

Pero Boulder se puso a reír.

—¡So jonio! —exclamó con amargura—. ¡Cuan cerca puede estar del blanco, y por qué gran distancia puede errarlo! Entonces Tywood ¿envió su libro al pasado?

¿Está seguro?

—En el lugar del suceso no se encontró ningún texto de química en griego —dijo sombrío el jefe—. Y habían desaparecido millones de calorías de energía. Lo cual no cambia el hecho, sin embargo, de que disponemos de dos semanas y media para... para divertirle a usted de lo lindo.

—Bah, tonterías. No me salga con dramatismos estúpidos, por favor. Escúcheme, e intente comprender. Hubo en otro tiempo unos filósofos griegos, llamados Leucipo y Demócrito, que elaboraron una teoría atómica. Decían que toda materia está compuesta de átomos. Las clases de átomos eran distintas y no podían cambiar de carácter, y por las distintas combinaciones entre unos y otros formaban las diversas sustancias que se encuentran en la naturaleza. Esa teoría no era fruto de experimentos ni de la observación. Surgió, por lo que fuese, ya completa y ultimada.

»El poeta didáctico romano Lucrecio, en su *De Rerum Natura* —*De la naturaleza de las cosas*—, elaboró más aún dicha teoría, de forma que logró darle, en toda su extensión, un carácter asombrosamente moderno.

»En la época helenística, Hero construyó una máquina de vapor, y las armas de guerra casi llegaron a mecanizarse. A dicho período se le ha dado el nombre de Edad Mecánica Abortada, porque terminó perdiéndose en la nada, pues, por lo que fuere, ni creció fuera de su entorno social y económico ni encajó en él. La ciencia alejandrina fue un fenómeno raro y bastante inexplicable.

«También se puede mencionar la antigua leyenda romana sobre los libros de la Sibila que contenían informaciones misteriosas, recibidas directamente de los dioses...

»En otras palabras, caballeros, si bien ustedes tienen razón al pensar que cualquier cambio en el curso de los acontecimientos pasados, por pequeño que sea, tendría unas consecuencias incalculables, y si bien yo también creo que aciertan al suponer que cualquier cambio producido al azar tendría muchas más probabilidades de empeorar la situación que de mejorarla, debo hacerles notar que, no obstante, se equivocan por completo en sus conclusiones finales.

»Porque ESTE es el mundo resultante de que FUERA enviado, hacia el pasado, el texto griego de química.

»Ésta ha sido una carrera de la Reina Encarnada, si se acuerdan ustedes de *A través del espejo*. En el país de la Reina Encarnada, uno tenía que correr tan aprisa como pudiera para continuar, simplemente, en el mismo sitio. ¡Así ha sucedido en este caso! Tywood pudo pensar que estaba creando un mundo nuevo, pero fui yo quien preparó las traducciones, y tuve buen cuidado de que sólo se incluyeran aquellos trozos que dieran cuenta de los raros fragmentos de conocimiento que los antiguos consiguieron, al parecer, de ninguna parte.

»Y la única intención que me animaba, con tanto correr y correr, era la de quedarme en el mismo sitio.

Pasaron tres semanas; tres meses; tres años. No sucedió nada. Cuando no sucede

nada, uno no tiene ninguna prueba. Abandonamos todo intento de explicación, y terminamos, el jefe y yo, por dudar nosotros mismos de todo aquello.

El caso no quedó cerrado. A Boulder no se le podía considerar un criminal sin tenerle al mismo tiempo como un salvador del mundo, y viceversa. Se le ignoró. Y al final el caso no quedó resuelto, ni cerrado, sino simplemente puesto en un archivo para él solo, bajo la denominación de «?», y lo enterraron en el sótano más profundo de Washington.

Ahora el jefe está en Washington, y es un pez gordo. Yo soy jefe regional de la Oficina.

En cambio, Boulder sigue de profesor auxiliar. En la Universidad se asciende muy despacio.

La carrera de la reina encarnada, mi relato número cincuenta y ocho, fue el primero que escribió el doctor Asimov.

En septiembre empecé otro relato, *Madre Tierra*, y se lo presenté a Campbell el 12 de octubre de 1948. Después de una revisión relativamente pequeña del final, también lo aceptó.

MADRE TIERRA

—Pero ¿está completamente seguro? ¿Está seguro de que, aunque uno sea historiador profesional, puede distinguir siempre entre victoria y derrota?

Gustav Stein, que se había desahogado con esa burlona pregunta, formulada con una amplia sonrisa debajo de un mostacho gris del que acababa de apartar un vaso vacío, no era historiador.

Pero su compañero sí lo era, y aceptó la cariñosa embestida sonriendo a su vez.

Para la Tierra, el apartamento de Stein era realmente de lujo. Claro que le faltaba la vacía intimidad de los Mundos Exteriores, puesto que delante de su ventana se extendía hacia lo lejos un fenómeno que sólo se daba en el planeta donde él nació: una ciudad. Una gran ciudad, llena de gente cuyos hombros rozaban unos con otros, cuyos sudores se mezclaban...

El apartamento tampoco estaba equipado con su propia central de energía y su propio suministro de cosas necesarias. Carecía incluso del cupo más elemental de robots positrónicos. En resumen, le faltaba la dignidad de bastarse a sí mismo, y, como la mayoría de las cosas de la Tierra, era simplemente parte de una comunidad, una unidad pendiente de un grupo, una porción de una turba.

Pero Stein era terrícola de nacimiento y estaba acostumbrado a ello. Además, al fin y al cabo, según los niveles de la Tierra, el apartamento seguía siendo de lujo.

Pero mirando al exterior por las mismas ventanas ante las cuales se extendía la ciudad, uno podía ver las estrellas y, entre ellas, los Mundos Exteriores, en los que no había ciudades, sino únicamente jardines; donde los céspedes eran fajas de esmeralda, donde todos los seres humanos eran reyes y adonde esperaban, muy en serio y muy en vano, ir todos los terrícolas buenos algún día.

Exceptuando a unos cuantos que estaban mejor enterados; como Gustav Stein.

Las tardes de los viernes con Edward Field pertenecían a esa clase de ritual que se entroniza con la edad y la vida sosegada. Un ritual que les partía la semana agradablemente a un par de solterones maduros y les proporcionaba un motivo inocuo para entretenerse con el jerez y las estrellas. Un ritual que los apartaba de lo desagradable de la vida y, sobre todo, les permitía hablar.

Especialmente Field, como conferenciante, erudito y hombre de pocos medios, citaba capítulos y versos de su todavía incompleta Historia del Imperio Terrestre.

—Espero el último acto —explicaba—. Entonces la titularé Ocaso y caída del Imperio, y la publicaré.

—Siendo así, debes de confiar que el último acto llegará pronto.

—En cierto sentido, ha llegado ya. Lo que ocurre, sencillamente, es que vale más esperar a que todos reconozcan ese hecho. Mire, so escéptico, cuando un Imperio, o un Sistema Económico o una Institución Social caen, se producen tres momentos, tres tiempos.

Field hizo una pausa para lograr el pleno efecto y aguardó pacientemente a que

Stein dijera:

—¿Cuáles son esos tres tiempos?

—Primero —Field enderezó el índice derecho— viene el tiempo en que aparece un pequeño nudo que señala el camino inexorable hacia el final. No se ve ni se reconoce hasta que el final ha llegado ya, y entonces el nudo originario se hace visible para la mirada retrospectiva.

—¿Y puede decirme cuál es ese pequeño nudo?

—Creo que sí, pues cuento ya con la ventaja de siglo y medio de visión retrospectiva. Vino cuando la colonia del sector Sirio, Aurora, obtuvo por primera vez el permiso del Gobierno Central de la Tierra para introducir robots positrónicos en su vida comunal. Evidentemente, volviendo la vista hacia aquel momento, quedaba despejado el camino hacia una sociedad completamente mecanizada, fundada en el trabajo de los robots y no en el de los hombres. Y es esta mecanización la que ha constituido y seguirá constituyendo el factor decisivo en la lucha entre los Mundos Exteriores y la Tierra.

—¿De veras? —murmuró el fisiólogo —Cuan infernalmente listos son ustedes los historiadores. ¿Cuál y cuándo fue la segunda vez que el Imperio cayó?

—El segundo momento en el tiempo —Field dobló suavemente el dedo medio— llega cuando ante los ojos del experto se levanta una señal tan grande y clara que se puede distinguir sin ayuda de la perspectiva. Y este momento ha pasado también al establecer los Mundos Exteriores, por primera vez, un cupo de inmigración contra la Tierra. El hecho de que la Tierra fuese incapaz de impedir una acción tan claramente perjudicial para ella fue un grito que todos pudieron oír, y eso tuvo lugar hace cincuenta años.

—Mejor. ¿Y el tercer momento?

—¿El tercer momento? —Ahora le tocó el turno al dedo anular—. Ése es el menos importante. Es cuando el mensaje se convierte en una pared con un enorme «FIN» garabateado en ella. Entonces lo único que se requiere para conocer que ha llegado el final no es perspectiva ni entrenamiento, sino simplemente la facultad de escuchar una videgrabación.

—Supongo que el tercer momento en el tiempo no ha llegado todavía.

—No, evidentemente; si hubiera llegado no tendría que preguntarlo. Sin embargo, puede llegar pronto; por ejemplo, sí estalla una guerra.

—¿Cree que estallará?

Field no quiso comprometerse.

—Los tiempos están inseguros y se extiende por la Tierra una oleada de sentimentalismo fútil por el problema de la inmigración. Si estallara una guerra, la Tierra sería derrotada rápida y definitivamente, y se erigiría el muro.

—¿Está seguro? ¿Está completamente seguro de que uno, aunque sea historiador profesional, sabe distinguir siempre entre victoria y derrota?

Field sonrió. Y dijo:

—Es posible que usted sepa algo que yo no sé. Por ejemplo, ahora se habla de una cosa llamada el «Proyecto Pacífico».

—No lo había oído mentar nunca —Stein volvió a llenar los dos vasos—. Hablemos de otras cuestiones.

Levantó el vaso hacia la ancha ventana, de modo que las estrellas lejanas se reflejaran con un fulgor rosado movedizo en el transparente líquido, y brindó:

—Para que terminen felizmente todos los contratiempos de la Tierra.

Field levantó el suyo.

—Por el Proyecto Pacífico.

Stein bebió un sorbito y dijo:

—Estamos brindando por dos cosas distintas. —¿De veras?

Es muy difícil describir ninguno de los Mundos Exteriores a un indígena de la Tierra, pues lo que se precisa no es tanto la descripción de un mundo sino la de un estado mental. Los Mundos Exteriores —unos cincuenta, que empezaron por ser colonias, pasaron luego a dominios y más tarde a naciones— difieren muchísimo unos de otros en un sentido físico. Pero el estado de espíritu es el mismo en todos ellos.

Es un fenómeno que nace de un mundo en principio no apto para el género humano, y sin embargo poblado por la flor y nata de los difíciles, los diferentes, los osados, los extraviados.

Para expresarlo con una sola palabra, es el universo de la «individualidad».

Tenemos, por ejemplo, el mundo de Aurora, a tres parsecs de la Tierra. Fue el primer planeta colonizado fuera del Sistema Solar y representó el alba de los viajes interestelares. De ahí su nombre.

En un principio, acaso, tenía aire y agua; pero según los raseros terrestres era rocoso y estéril. La vida vegetal que existía allí, alimentada por un pigmento verde amarillento sin ninguna relación con la clorofila y sin la eficacia de ésta, daba a las regiones relativamente fértiles un aspecto bilioso, decididamente desagradable para los ojos no habituados. No existía vida animal alguna que superara la fase unicelular y la correspondiente a las bacterias. Nada peligroso, naturalmente, puesto que los dos sistemas biológicos, el de la Tierra y el de Aurora, no guardaban ninguna relación química entre sí.

Muy lentamente, Aurora se convirtió en una especie de mosaico con parcelitas pequeñas intercaladas. Primero vinieron los cereales y los árboles frutales; luego, arbustos, flores y hierbas. Siguieron los rebaños de ganado. Y, como si conviniera evitar una copia demasiado fiel del planeta metrópoli, vinieron también robots positrónicos a construir edificios, cultivar campos, establecer las unidades de energía. En resumen, a realizar el trabajo y a convertir el planeta en verde y humano.

Teníamos ahí el lujo de un mundo nuevo y con unos recursos minerales ilimitados. Había un exceso incalculable de energía atómica distribuida en nueve fundaciones y a disposición tan sólo de miles, o, como máximo, millones de seres a

quienes servir, y no a miles de millones. Se produjo el vasto florecimiento de la ciencia física en mundos donde había espacio para cultivarla.

Tomemos como ejemplo el hogar de Franklin Maynard, quien vivía, acompañado de su esposa, sus tres hijos y veintisiete robots, en una finca que distaba más de sesenta y cinco kilómetros de su vecino más cercano. Sin embargo, por onda-comunitaria, podía, si así lo deseaba, compartir la sala de estar de cualquiera de los setenta y cinco millones de habitantes de Aurora... con cada uno en particular, y con todos simultáneamente.

Maynard conocía centímetro a centímetro su valle.

Sabía dónde terminaba, bruscamente, dejando el puesto a los despeñaderos inhóspitos, a cuyas indeseables pendientes se aferraban agoraramente las angulosas y afiladas hojas de la aliaga indígena... como por odio a la materia, más suave, que le había usurpado el puesto bajo el sol.

Maynard no tenía que salir de aquel valle. Era diputado de la Reunión y miembro del Comité de Agentes Extranjeros, pero podía resolver todos los asuntos, salvo los, más esenciales, por onda-comunitaria, sin tener que sacrificar siquiera aquella preciosa intimidad que gozaba de una forma que ningún terrícola podía comprender.

Hasta el asunto actual se podía llevar a cabo por onda-comunitaria. Por ejemplo, el hombre que estaba sentado con él allí en la sala de estar era Charles Hijkman, el cual se hallaba en realidad en su propia sala de estar de una isla en medio de un lago artificial poblado por cincuenta variedades de peces y que se encontraba a más de cuarenta kilómetros de allí.

El enlace era una ilusión, por supuesto. Si Maynard hubiera querido estirar un brazo, habría podido palpar la invisible pared.

Hasta los robots estaban habituados a la paradoja, y cuando Hijkman levantó la mano para coger un cigarrillo, el robot de Maynard no hizo ningún movimiento por satisfacer el deseo, aunque hubo de transcurrir medio minuto antes de que pudiera satisfacerlo el del propio Hijkman.

Los dos hombres conversaban como mundo-exteriorícolas que eran; es decir, secamente y con sílabas demasiado cortadas para tener un acento amable, aunque, en verdad, tampoco lo tenían hostil. Simplemente, les faltaba algo indefinible, esa crema —aunque agria y escasa a veces— de la sociabilidad humana que tanto se inculca a los habitantes de los hormigueros de la Tierra.

Maynard decía:

—Hace tiempo que necesito una comunión particular, Hijkman. Mis deberes en la Reunión de este año...

—Perfecto. Queda entendido. Puede empezar ahora, por supuesto. En realidad me interesa más aún porque me han hablado de la superior calidad de sus terrenos y paisajes. ¿Es cierto que alimentan el ganado con hierba importada?

—Me temo que aquí hay una pequeña exageración. En realidad algunas de mis mejores lecheras se alimentan de importaciones de la Tierra en la época del parto;

pero alimentarlas así continuamente sería prohibitivamente caro, me temo. Sin embargo, producen una leche de calidad extraordinaria. ¿Puedo tomarme la libertad de enviarle la producción de un día?

—Sería extremadamente amable —Hijkman inclinó la cabeza con aire grave—. Habrá de aceptar unos salmones míos a cambio.

Para un ojo terrestre, los dos hombres podrían haber parecido muy semejantes. Ambos eran altos, aunque no fuera de lo común para Aurora, donde la talla normal de un hombre adulto es de metro ochenta y cinco a metro ochenta y siete. Ambos eran rubios y de músculos fuertes, con unos rasgos fisonómicos agudos, pronunciados. Aunque ninguno de los dos estaba por debajo de los cuarenta, todavía llevaban sus respectivos años con toda gallardía.

Hasta aquí, el preámbulo. Entonces, sin cambiar de tono, Maynard enfocó el objetivo auténtico de su llamada.

—El Comité, ya sabe usted —dijo—, en la actualidad se ocupa preferentemente de Moreanu y sus conservadores. Nosotros, los independientes, quisiéramos tratarlos con mano firme. Pero antes de emprender semejante camino con la calma y la seguridad necesarias, me gustaría formularle unas preguntas.

—¿Y por qué a mí?

—Porque usted es el físico más importante de Aurora.

La modestia es una actitud antinatural, una actitud que sólo con grandes dificultades se inculca a los niños. En una sociedad individualista representa una virtud inútil; por consiguiente, Hijkman estaba libre de semejante lastre. Se limitó pues a inclinar la cabeza con objetivo asentimiento a las últimas palabras de Maynard.

—Y —continuó éste— porque es uno de los nuestros. Usted es independiente.

—Estoy afiliado al partido. Pago las cuotas, pero no despliego gran actividad.

—De todos modos, es hombre de confianza. Bueno, pues, dígame, ¿ha oído hablar del Proyecto Pacífico?

—¿El Proyecto Pacífico? —Había en sus palabras una delicada interrogación.

—Se trata de algo que está ocurriendo en la Tierra. Pacífico es el nombre de un océano de la Tierra; pero, muy probablemente, el nombre en sí no signifique nada.

—No tenía la menor noticia.

—No me extraña. Pocos la tienen, ni siquiera en la misma Tierra. Ah, por cierto, nuestra comunión, ésta de ahora, se realiza vía rayo-cerrado y no debe divulgarse nada.

—Comprendo.

—Sea lo que fuere el Proyecto Pacífico (y nuestros agentes se muestran extremadamente vagos), cabe suponer que representa una amenaza. Mucha de esa gente que en la Tierra pasan por científicos parece relacionada con él. Y también muchos políticos de los más radicales y alocados de aquel planeta.

—Humm. Tiempo atrás hubo una cosa a la que llamaron Proyecto Manhattan.

—Sí —alentó Maynard—. ¿Qué sabe de aquello?

—Bah, es una cosa antigua. Se me ha ocurrido por la analogía de las denominaciones. El Proyecto Manhattan data de antes de los viajes extraterrestres. Hubo una guerrita de nada en la Edad Oscura, y ése es el nombre que dieron a un grupo de científicos que desarrollaron la energía atómica.

—¡Ah! —La mano de Maynard se cerró en un puño—. ¿Y qué piensa entonces que puede salir del Proyecto Pacífico?

Hijkman reflexionó. Luego, en voz baja, preguntó:

—¿Cree que los de la Tierra planean una guerra?

En el semblante de Maynard apareció una repentina expresión de disgusto.

—Seis mil millones de personas. O mejor, seis mil millones de semimonos acumulados en un solo sistema, a punto de estallar, enfrentándose con unos millones, en total, de los nuestros. ¿No le parece una situación peligrosa?

—¡Bah, números!

—De acuerdo. ¿Estamos a salvo, a pesar de los números? Dígamelo. Yo soy gobernador, nada más; en cambio usted es físico. ¿Tiene la Tierra una posibilidad, sea como fuere, de ganar una guerra?

Hijkman permaneció solemnemente sentado en su silla y reflexionó con calma. Luego dijo:

—Razonemos. Hay tres grandes clases de métodos mediante los cuales un individuo o un grupo pueden lograr sus fines contra una oposición. Por orden de menor a mayor sutileza, a estas tres clases las podríamos denominar física, biológica y psicológica.

»Bien, la física podemos eliminarla sin reparo. La Tierra no tiene una base industrial. No posee la técnica necesaria. Cuenta con recursos muy limitados. En la actualidad ni siquiera tiene un científico físico de gran talla. De modo que es absolutamente imposible que los terrícolas puedan idear ningún recurso físico-químico que no conozcamos ya los de los Mundos Exteriores. Siempre, por supuesto, que las condiciones del problema impliquen un enfrentamiento de la Tierra, ella sola, contra uno de los Mundos Exteriores, o contra todos. Doy por descontado que ninguno de los Mundos Exteriores se aliaría con la Tierra para atacarnos a nosotros.

—Por supuesto que no. Ni pensar en tal cosa. Bórresela de la mente.

—Entonces, no se puede concebir el empleo, por sorpresa, de armas físicas corrientes.

Sería inútil seguir discutiendo este punto.

—Siendo así, ¿qué opina de su segunda clase: la biológica?

Hijkman enarcó las cejas poco a poco.

—Vea, aquí no pisamos un terreno tan firme. Me dicen que en la Tierra hay algunos biólogos muy competentes. Claro, como yo soy físico y no biólogo, no estoy en condiciones de juzgar por mí mismo. De todos modos, creo que en ciertos campos limitados son bastante expertos. En ciencia agrícola, por supuesto, para poner un

ejemplo patente. Y en bacteriología. Humm...

—Sí, ¿qué sucedería en una guerra bacteriológica?

—¡Es una idea! Aunque no, no, perfectamente inconcebible. Un mundo rebosante y reducido como la Tierra no puede permitirse el lujo de luchar con gérmenes contra un amplio enrejado de cincuenta mundos dispersos. Los terrícolas estarían muchísimo más expuestos a epidemias, es decir, a una réplica de la misma clase. En realidad, yo diría que, dadas las condiciones de vida que disfrutamos aquí en Aurora, y en los otros Mundos Exteriores, no se desarrollaría de verdad ninguna enfermedad contagiosa. No, Maynard. Puede consultar a un bacteriólogo; pero creo que le dirá lo mismo.

—¿Y la tercera clase? —inquirió Maynard.

—¿La psicológica? Mire, ésa es impredecible. Sin embargo, los Mundos Exteriores son comunidades inteligentes y cuerdas, no manejables por la propaganda ordinaria, ni por ningún emocionalismo insano. Veamos, me preguntaba...

—¿Qué?

—¿Y si el Proyecto Pacífico no fuese sino eso, precisamente? Quiero decir, un enorme montaje para mantenernos en un estado de ansiedad. Un proyecto ultrasecreto, pero del que se filtra algo de la manera más conveniente y en el momento oportuno, a fin de que los Mundos Exteriores cedan algo ante la Tierra, simplemente como medida de precaución...

Hubo un silencio prolongado.

—¡Imposible! —estalló, colérico, Maynard.

—Usted reacciona como se pretendía. Usted titubea. Pero no insisto demasiado en la interpretación. Es sólo una idea.

Hubo un silencio más prolongado aún, y luego Hijkman volvió a tomar la palabra:

—¿Quiere preguntarme algo más?

Maynard salió, con un sobresalto, de una especie de divagación.

—No... no...

La onda cesó, y apareció una pared donde un momento antes se veía el espacio libre.

Despacio, con terca incredulidad, Franklin Maynard movía la cabeza.

Ernest Keilin subía las escaleras, encariñado con todos los siglos pasados. Era un edificio antiguo, preñado de historia. En otro tiempo albergó el Parlamento del Hombre, y de él salieron palabras que retumbaron por las estrellas.

Era un edificio alto. Se remontaba, se extendía, se erguía. Se elevaba hacia las estrellas; hacia unas estrellas que ahora se habían alejado.

Ya no albergaba el Parlamento de la Tierra, que había sido trasladado a un edificio más moderno, neoclásico, un edificio que imitaba muy imperfectamente los estilismos arquitectónicos de la antigua Era Pre-atómica.

No obstante, el viejo edificio conservaba su pomposo nombre. Oficialmente,

seguía siendo la Casa Estelar, aunque en la actualidad sólo daba cobijo a los funcionarios de una burocracia reducida.

Keilin bajó en el duodécimo piso y el ascensor descendió, rápidamente, a su espalda. El luminoso rótulo pregonaba suave, calladamente: «Oficina de Información». Keilin entregó una carta a la recepcionista. Aguardó. Al cabo de un rato cruzaba la puerta que decía: «L. Z. Cellioni —Secretario de Información».

Cellioni era bajo y moreno. Tenía el cabello abundante y negro; llevaba un delgado bigotito negro. Cuando sonreía, mostraba unos dientes de una blancura asombrosa, y muy regulares... por lo que solía hacerlo a menudo.

Estaba sonriendo en este instante, mientras se levantaba y alargaba la mano. Keilin la estrechó; aceptó una silla y después un cigarro.

—Estoy muy contento de verle, señor Keilin —dijo Cellioni—. Ha sido muy amable cogiendo el avión en Nueva York para venir aquí al poco rato de haberle avisado.

Keilin torció las comisuras de los labios y dibujó un leve gesto con una mano, como quitándole importancia a todo aquello.

—Y ahora —continuó Cellioni— creo que le gustaría que le explicara el motivo de la llamada.

—No rechazaría una explicación, en modo alguno —contestó Keilin.

—Por desgracia, es difícil saber exactamente cómo hacerlo. Como secretario de Información me encuentro en una situación difícil. Debo salvaguardar la seguridad y el bienestar de la Tierra y, al mismo tiempo, acatar nuestra tradicional libertad de prensa. Natural y afortunadamente, no tenemos censura; pero también es natural que en ciertas ocasiones uno desee que la hubiera.

—¿Se refiere esto a mí? —preguntó Keilin—. Lo de la censura, quiero decir.

Cellioni no contestó directamente. Lo que hizo fue volver a sonreír, con una sonrisa lenta y desprovista de jovialidad.

—Usted, señor Keilin, dispone de uno de los programas de video preferidos del público y más influyentes. Por ello el gobierno siente un interés especial por usted.

—El tiempo es mío —replicó Keilin tozudamente—. Lo pago. Pago impuestos por los beneficios que me reporta. Me atengo a todas las disposiciones vigentes sobre temas prohibidos. De modo que no veo qué interés puede sentir el gobierno por mí.

—Oh, me ha interpretado mal. Ha sido culpa mía, supongo, por no expresarme con bastante claridad. Usted no ha cometido ningún delito ni faltado a ninguna ley. Sus dotes de periodista merecen toda mi admiración. A lo que me refiero es a su actitud de comentarista en ciertas ocasiones.

—¿Con respecto a qué?

—Con respecto —respondió Cellioni, con repentina aspereza en los delgados labios— a nuestra política acerca de los Mundos Exteriores.

—Mi actitud de comentarista representa lo que siento y creo, señor secretario.

—Lo admito. Tiene derecho a sentir y creer por su cuenta. Sin embargo, es poco

juicioso propagar ciertos sentimientos y creencias casi todas las noches a un público de cincuenta millones de personas.

—Poco juicioso, según usted, quizá. Pero legal, según todo el mundo.

—A veces es necesario anteponer el bien del país a una interpretación estricta y egoísta de la legalidad.

Keilin golpeó el suelo dos veces y frunció el ceño con aire sombrío.

—Oiga —dijo—, hable claro. ¿Qué quiere?

El secretario de Información extendió las manos hacia delante.

—En una palabra... ¡cooperación! De veras, señor Keilin, no podemos permitir que debilita la voluntad del pueblo. ¿Se da cuenta de la situación de la Tierra? ¡Seis mil millones de habitantes y una reserva de víveres en descenso! ¡Es insoportable! La única solución consiste en emigrar. Ningún terrícola patriota puede dejar de ver la justicia de nuestra posición. Ningún ser humano razonable, de cualquier parte que sea, puede dejar de ver cuan justa es.

—Estoy de acuerdo con la premisa que sienta usted de que el problema de la población es grave —replicó Keilin—, pero la emigración no es la única manera de solucionarlo. En realidad, la emigración es el método más seguro de precipitar el desastre.

—¿De veras? ¿Por qué lo dice?

—Porque los Mundos Exteriores no aceptarán emigrantes, y ustedes sólo pueden obligarlos mediante la guerra. Pero nosotros no podemos ganar una guerra.

—Dígame —adujo Cellioni mansamente—, ¿ha tratado alguna vez de emigrar? Creo que reúne las condiciones precisas. Es bastante alto, color del cabello más bien claro, inteligente...

Keilin se sonrojó. Y objetó secamente:

—Padezco fiebre del heno.

—Bien —dijo el secretario sonriendo—, entonces ha de tener buenos motivos para estar en desacuerdo con su política genética y racista.

Keilin replicó acaloradamente:

—No me dejaré influir por motivos personales. Censuraría la política de aquellas gentes si poseyera las cualidades óptimas para emigrar. Pero mi censura no cambiaría nada. La política se la dictan ellos y pueden imponerla. Además, es una política que admite ciertas justificaciones, aunque sea equivocada. El género humano se dirige de nuevo hacia los Mundos Exteriores, y a ellos (los que llegaron allá primero) les gustaría eliminar ciertos defectos del mecanismo humano que el tiempo ha puesto de manifiesto. Un paciente de fiebre del heno es un caso feo, genéticamente hablando. Un predispuesto al cáncer lo es más todavía. Sus prejuicios contra el color de la piel y del cabello son insensatos, por supuesto, pero puedo afirmar que les interesa la uniformidad, la homogeneidad. En cuanto a la Tierra, podemos hacer mucho incluso sin la ayuda de los Mundos Exteriores.

—¿Qué, por ejemplo?

—Habría que introducir robots positrónicos y cultivo hidropónico, y (sobre todo) hay que implantar el control de la natalidad. Un control de nacimientos inteligente, fundado en principios psiquiátricos firmes ideado para eliminar las tendencias psicóticas, las enfermedades congénitas...

—Como se hace en los Mundos Exteriores...

—De ningún modo. Yo no he mencionado principios racistas. Hablo solamente de enfermedades mentales y físicas comunes a todos los grupos étnicos y raciales. Y, sobre todo, el número de nacimientos se ha de mantener por debajo del de defunciones hasta que se haya alcanzado cierto equilibrio.

Cellioni dijo con aire sombrío;

—Nos faltan las técnicas industriales y los recursos necesarios para introducir una tecnología robot-hidropónica en algo menos de cinco siglos. Además, las tradiciones de la Tierra, así como los códigos éticos en vigor prohíben el trabajo de los robots y los alimentos artificiales. Pero más que nada, prohíben que se mate a niños no nacidos. Ea, vamos, Keilin, no podemos permitir que siga propagando estas teorías por la televisión.

No logra su propósito; distrae la atención; debilita las voluntades.

Keilin le interrumpió irritado.

—Señor secretario, ¿quiere una guerra?

—¿Si yo quiero una guerra? ¡Vaya pregunta descarada!

—Entonces, ¿cuáles son los directores de la política del gobierno que sí la quieren?

Por ejemplo, ¿quién es el responsable del rumor intencionado del Proyecto Pacífico?

—¿El Proyecto Pacífico? ¿Dónde le han hablado de tal cosa?

—Me reservo mis fuentes de información.

—Entonces, se lo diré yo. Le hablé de este Proyecto Pacífico Moreanu, de Aurora, en su reciente viaje a la Tierra. Sabemos más de lo que se figura sobre usted, señor Keilin.

—Lo creo, pero no reconozco haber recibido ninguna información de Moreanu. ¿Por qué se imagina que podía conseguir informaciones de tal fuente? ¿Será porque permitieron deliberadamente que alguien le contara a él esa patraña?

—¿Una patraña?

—Sí. Creo que el Proyecto Pacífico es un engaño. Una trampa destinada a inspirar confianza. Creo que el gobierno se propone dejar filtrar el pretendido secreto a fin de reforzar su política bélica. Es un truco que forma parte de una guerra de nervios sobre los terrícolas, y que acabará por acarrear la ruina de la misma Tierra. Y comunicaré esta teoría mía a la gente.

—No se la comunicará, señor Keilin —dijo Cellioni en tono sosegado.

—Sí se la comunicaré.

—Señor Keilin, su amigo Ion Moreanu está pasando apuros en Aurora, quizá por

un exceso de amistad con usted. Cuide de no pasarlos usted iguales por exceso de amistad con él.

—No me preocupa —el periodista soltó una carcajada breve, se puso en pie y se dirigió hacia la puerta... Y sonrió gentilmente cuando la halló bloqueada por dos hombrones—. ¿Quiere decir que estoy bajo arresto desde este mismo momento?

—Exacto —respondió Cellioni. —¿De qué se me acusa? —Bueno, más tarde lo pensaremos. Keilin salió... escoltado.

En Aurora los acontecimientos eran como imágenes en un espejo —aunque muy aumentadas— de lo narrado anteriormente.

El Comité de Agentes Extranjeros de la Reunión llevaba varios días en asamblea... Lo estaba desde el día en que Ion Moreanu y su Partido Conservador llevaron a cabo el gran reto por conseguir un voto de retirada de la confianza. El hecho de haber fracasado se debía en parte a la mejor dirección general de los independientes, y en parte, también, a la actividad de este mismo Comité de Agentes Exteriores.

Las pruebas se acumulaban desde hacía varios meses, y cuando el voto de confianza resultó favorable, por un margen notable, a los independientes, el Comité pudo arremeter según sus propios medios».

Moreanu fue citado en su propia casa y colocado bajo arresto domiciliario. Aunque este procedimiento no era legal, dadas las circunstancias —hecho que Moreanu señaló con gran vehemencia— se llevó a cabo con todo éxito y sin novedad alguna.

A Moreanu le interrogaron durante tres días seguidos, con acentos corteses y tonos ecuánimes que apenas se desviaban de una tranquila curiosidad. Los siete inquisidores del Comité se turnaban para el interrogatorio, y a Moreanu sólo se le concedían intervalos de diez minutos de descanso durante las horas que el Comité permanecía reunido.

Al cabo de tres días manifestó los efectos. Estaba ronco de tanto pedir un careo con sus acusadores, cansado de insistir en que se le notificase la naturaleza exacta de las acusaciones, y con las cuerdas vocales destrozadas de tanto gritar que el procedimiento era ilegal.

El Comité acabó por leerle unas declaraciones...

—¿Es esto cierto o no? ¿Es esto cierto o no?

Moreanu no podía hacer más que mover la cabeza con fatiga mientras le envolvían en la tela de araña.

Negó la competencia de las pruebas, y le informaron llanamente de que aquel interrogatorio lo realizaba un Comité Investigador y no era un juicio...

El presidente dio, por fin, unos mazazos. Era un hombre recio, de voluntad de hierro. Habló durante una hora, resumiendo los resultados de la investigación; aunque sólo citaremos una breve parte de lo que dijo:

—Si usted simplemente hubiera conspirado con otros en Aurora —empezó—,

podríamos comprenderle y hasta perdonarle. Sería una falta que compartiría con muchos hombres ambiciosos de la historia. Pero no se trata de eso, en modo alguno. Lo que nos horroriza y nos despoja de compasión es su afán por asociarse con los restos infrahumanos, ignorantes y plagados de enfermedades de la Tierra.

«Usted, el acusado, se encuentra aquí bajo una pesada acumulación de pruebas que demuestran que ha conspirado con los peores elementos de la mestiza población de la

Tierra...

Al presidente le interrumpió un angustiado grito de Moreanu:

—Pero ¡el motivo! ¿Qué motivo pueden atribuirme para...?

Al acusado lo derribaron, de un empujón, sobre la silla. El presidente hizo una mueca despectiva y se desvió de la lenta gravedad del discurso que tenía preparado, para improvisar un poco.

—No le corresponde a este Comité —objetó— averiguar los motivos que le impulsaran. Hemos puesto sobre el tapete los hechos concretos. El Comité tiene realmente pruebas... —Hizo una pausa para mirar a la fila de miembros, a su derecha y a su izquierda, y luego continuó—: Creo poder decir que el Comité tiene pruebas que indican la intención de usted de utilizar potencial humano terrícola para dar un golpe que le erigiese en dictador de Aurora. Pero como no se ha hecho uso de tales pruebas, no me adentraré por este campo, excepto para decir que un acto así no sería incompatible con su carácter, tal como se ha manifestado en el curso de los interrogatorios.

El presidente volvió al discurso preparado:

—Los que estamos aquí presentes hemos oído algo, creo, de un plan denominado «Proyecto Pacífico», que, según se rumorea, representa un intento que quiere llevar a cabo la Tierra para recuperar los dominios que perdió.

»No sería necesario hacer resaltar aquí que tal intento ha de estar condenado al fracaso. Y sin embargo, no es inconcebible que sufriéramos una derrota. Una sola cosa puede hacernos tambalear, y es una debilidad interna insospechada. La genética es todavía, después de todo, una ciencia imperfecta. Incluso con veinte generaciones detrás de nosotros, pueden surgir en puntos dispersos rasgos indeseables, cada uno de los cuales representa una mella en el escudo de acero de la fuerza de Aurora.

»Ése es el Proyecto Pacífico: el empleo de nuestros propios criminales y traidores contra nosotros; y si pueden encontrarlos en nuestros concejos internos, hasta es posible que los terrícolas triunfen.

»El Comité de Agentes Extranjeros existe para combatir esa amenaza. En el acusado tocamos los bordes de la telaraña. Debemos continuar...

Por lo menos, el discurso sí continuó.

Cuando hubo terminado, Moreanu, pálido, con ojos que le salían de las órbitas, dio un puñetazo:

—¡Pido la palabra!

—El acusado puede hablar —dijo el presidente.

Moreanu se puso en pie y paseó la mirada por la sala largos segundos. La sala, adecuada para un público de setenta y cinco millones, por onda comunitaria, aparecía desierta. Sólo estaban los inquisidores, el equipo legal, los secretarios oficiales... Y con él, en carne y hueso, sus guardianes.

Le habría salido mejor con un público. Si no, ¿a quién podía apelar? Su mirada se apartaba con desaliento de cada una de las caras en que se iba posando; pero no encontraba nada mejor.

—En primer lugar —dijo—, niego la legalidad de esta reunión. Me han rehusado mis derechos constitucionales de personalidad e intimidad. He sido juzgado por un grupo sin la categoría de tribunal, compuesto por individuos convencidos por adelantado de que soy culpable. Se me ha negado la adecuada oportunidad de defenderme. En realidad, se me ha tratado desde el principio como a un criminal declarado ya culpable y que sólo espera la sentencia.

»Niego en absoluto y sin la menor reserva haber participado en ninguna actividad perjudicial para el Estado o tendente a subvertir ninguna de sus instituciones fundamentales.

«Acuso vigorosamente y sin reserva a este Comité de utilizar de modo deliberado su poder para ganar batallas políticas. No soy culpable de traición, sino de desacuerdo. Estoy en desacuerdo con una política dedicada a la destrucción de la mayor parte de la raza humana por motivos triviales e inhumanos.

»En lugar de destrucción, debemos asistencia a esos hombres condenados a una vida dura y desdichada solamente porque fueron nuestros antepasados y no los suyos los primeros en llegar a los Mundos Exteriores. Con nuestra tecnología y nuestros recursos, pueden crear y desarrollar de nuevo...

La voz del presidente se levantó por encima del vehemente discurso de Moreanu:

—Se está saliendo del tema. El Comité está muy dispuesto a escuchar todos los alegatos que formule usted en su propia defensa; pero un sermón sobre los derechos de los terrícolas queda fuera del campo legítimo de la discusión.

La audiencia se dio por formalmente terminada. Fue una gran victoria política para los independientes. De los miembros del Comité, sólo Franklin Maynard no quedaba satisfecho del todo. Le seguía atormentando una pequeña duda, insistente.

Se preguntaba...

¿Debía probar una última vez? ¿Debía hablar una vez, una sola vez más, con aquel monito raro que era el embajador de la Tierra? Tomó una rápida decisión y la puso en práctica al instante. Sólo una pausa para procurarse un testigo; pues incluso tratándose de él, de Maynard, una comunión privada con un terrícola podía resultar peligrosa.

Luiz Moreno, embajador de la Tierra en Aurora, tenía, si no vamos a puntualizar demasiado sobre el caso, una desdichada figura de hombre. Lo cual no se debía, precisamente, a la casualidad. En conjunto, los diplomáticos de la Tierra en el

extranjero solían ser o negros, o bajos, o mustios, o débiles... o las cuatro cosas a la vez.

Era una manera de protegerse, porque los Mundos Exteriores ejercían una fuerte atracción sobre todos los terrícolas. Los diplomáticos acostumbrados a la fascinación de Aurora, por ejemplo, no podían por menos que sentir una fortísima renuencia a volver a la Tierra. Peor y más peligroso resultaba todavía el hecho de que la estancia en aquellos otros mundos significaba contraer una simpatía creciente por aquellos semidioses de las estrellas y un extrañamiento cada vez mayor con respecto a los terrícolas, que parecían todos habitantes de barrios bajos.

A menos, por supuesto, que el embajador se sintiera rechazado. A menos que se sintiera un tanto despreciado. En este caso no se podía soñar en otro servidor más fiel de la Tierra, en nadie menos asequible al soborno.

El embajador de la Tierra sólo medía un metro y medio, poquísimos más; era calvo y tenía la frente inclinada hacia atrás, un rosáceo simulacro de barba y los ojos enrojecidos.

Sufría un leve resfriado cuyos ocasionales productos se limpiaba con un pañuelo. Y sin embargo, a pesar de todo lo dicho, era un intelectual.

Para Franklin Maynard, ver y escuchar al terrícola era un verdadero sufrimiento. Sentía náuseas cada vez que le oía toser, y se estremecía de asco cada vez que le veía limpiarse la nariz. No obstante, le dijo:

—Su Excelencia, nos hemos puesto en comunicación a petición mía porque deseo informarle de que la Reunión ha decidido pedir al gobierno de usted que le retire del cargo que ahora ocupa.

—Ha sido usted muy amable, consejero. Ya sospechaba algo. ¿Y por qué motivo?

—El motivo no entra en los límites de nuestra conversación. Creo que un Estado soberano tiene derecho a decidir por sí mismo si un diplomático extranjero es persona grata o no. Además, no creo que necesite que le ilustren sobre este punto.

—Muy bien, pues —el embajador hizo una pausa para manejar el pañuelo y murmurar unas palabras de excusa—. ¿Eso es todo?

—Todo, no —respondió Maynard—. Hay una cosa que me gustaría mencionar. ¡Quédese!

Las enrojecidas ventanillas de la nariz del embajador se dilataron y encendieron un poco más, pero su dueño sonrió y dijo:

—Es un honor.

—El mundo de ustedes, Excelencia —dijo Maynard con aire severo—, despliega en estos últimos tiempos cierta beligerancia que nosotros, los de Aurora, encontramos muy molesta e innecesaria. Confío que usted verá en el regreso a la Tierra una excelente oportunidad para utilizar su influencia contra nuevas manifestaciones como la ocurrida recientemente en Nueva York, donde dos arturianos fueron atropellados por una turba. La próxima vez acaso no nos demos por satisfechos con el pago de una indemnización.

—Aquello fue un desbordamiento emocional, consejero Maynard. Espero que no considerará que unos cuantos muchachos gritando por las calles sean una auténtica manifestación de beligerancia.

—Tal actitud viene respaldada por los actos de su gobierno en muchos sentidos. El reciente arresto de Ernest Keilin, por ejemplo.

—Que es un asunto puramente interno —replicó sosegadamente el embajador.

—Pero que no demuestra un espíritu razonable con respecto a los Mundos Exteriores. Keilin era uno de los pocos terrícolas que hasta hace poco podía hacer oír la voz de dichos mundos. Era bastante inteligente para comprender que ningún derecho divino protege al hombre inferior por el simple hecho de que sea inferior. El embajador se inmutó:

—No me interesan las teorías aurorianas sobre diferencias raciales.

—Un momento. Su gobierno debe darse cuenta de que la mayor parte de sus planes se han desbaratado con el arresto de Moreanu, el agente de usted. Ponga de relieve el hecho de que nosotros, los de Aurora, estamos ahora mucho mejor informados que antes de la mencionada detención. Con ello quizá el gobierno de ustedes se modere un poco.

—¿Es Moreanu un agente mío? Vaya, consejero, si me retiran la confianza, me marcharé. Pero, sin duda, la pérdida de la inmunidad diplomática no afecta a mi inmunidad personal, de hombre honrado, sobre acusaciones de espionaje.

—¿No es ése su trabajo?

—¿Acaso los aurorianos dan por descontado que espionaje y diplomacia son lo mismo? A mi gobierno le gustará saberlo. Tomaremos las debidas precauciones.

—Entonces, ¿usted defiende a Moreanu? ¿Niega que haya trabajado para la Tierra?

—Yo sólo me defiendo a mí. En cuanto a Moreanu, no soy tan estúpido como para decir nada.

—¿Por qué estúpido?

—¿El hecho de defenderle no significaría una nueva condena contra él? Ni lo acuso, ni lo defiendo. La querrela que su gobierno tenga con Moreanu, lo mismo que la del mío con Keilin (a quien usted defiende con vehemencia más que sospechosa), es un asunto interno. Y ahora me voy.

La comunión se rompió, y casi instantáneamente la pared se desvaneció otra vez.

Hijkman estaba mirando pensativamente a Maynard.

—¿Qué piensa de él? —preguntó éste.

—Pienso que es una deshonra que esa parodia de ser humano pise el suelo de Aurora. —Estoy de acuerdo con usted; y, sin embargo..., sin embargo...

—¿Qué?

—Casi me siento dispuesto a mirarlo como al amo y a vernos a nosotros como danzando al son de su música. ¿Está enterado de lo de Moreanu?

—Por supuesto.

—Bueno, le condenarán, lo enviarán a un asteroide. Su partido será disuelto. A primera vista, todo el mundo diría que tales actos representan una gran derrota para la Tierra.

—¿Queda alguna duda en la mente de usted sobre si lo es o no?

—No estoy seguro. Hond, el presidente del Comité, insistió en airear su teoría de que Proyecto Pacífico era el nombre que la Tierra daba a un ardid para utilizar traidores internos en los Mundos Exteriores. Pero yo no soy de ese parecer. No estoy seguro de que los hechos concuerden con tal idea. Por ejemplo, ¿de dónde sacamos las pruebas contra Moreanu?

—No sabría decirlo, en verdad.

—De nuestros agentes, en primer lugar. Pero ¿cómo las consiguieron ellos? Las pruebas eran demasiado convincentes. Moreanu hubiera podido protegerse mejor...

Maynard titubeaba. Parecía intentar sonrojarse, sin conseguirlo.

—Bueno, para decirlo en pocas palabras, yo creo que fue el embajador terrestre quien, de uno u otro modo, nos regaló la mayor parte de las pruebas. Creo que se aprovechó de la simpatía de Moreanu por la Tierra primero para atraérselo y después para traicionarle.

—¿Por qué?

—No lo sé. Para asegurar la guerra, quizá... con este Proyecto Pacífico aguardándonos.

—No lo creo.

—Lo comprendo. No tengo pruebas. Sólo sospechas. El Comité tampoco me creería. He creído que quizá una última conversación con el embajador pudiera revelar algo; pero su simple presencia despierta todas mis antipatías, y me he pasado la mayor parte del tiempo procurando apartarlo de mi vista.

—Ea, se está volviendo emocional, amigo mío. Es una debilidad desagradable. Me han dicho que ha sido nombrado delegado para la Reunión Interplanetaria de Héspero. Le felicito.

—Gracias —respondió Maynard distraídamente.

Luiz Moreno, exembajador en Aurora, había regresado a la Tierra muy a gusto. Estaba lejos de los panoramas artificiales que parecían desprovistos de vida propia, existentes sólo en virtud de la enérgica voluntad de sus poseedores. Lejos de aquellos hombres y mujeres demasiado bellos y de sus pensativos y omnipresentes robots.

Había regresado al zumbido de la vida, al ruido de pisadas, al roce de unos hombros con otros, al sentir en la cara el aliento de otra persona.

No es que pudiera experimentar todas estas sensaciones por entero. Los primeros días habían transcurrido en animadas conferencias con los jefes del gobierno de la Tierra.

En realidad, hasta al cabo de una semana no llegó el momento en que pudo considerarse verdaderamente relajado.

Se hallaba en una de las más raras pertenencias del lujo terrestre: un jardín en la

azotea. Con él estaba Gustav Stein, el desconocido psicólogo que, a pesar de todo, era uno de los primeros promotores del plan conocido por la opinión pública con el nombre de Proyecto Pacífico.

—Las pruebas confirmatorias —decía Moreno con satisfacción casi horripilante— concuerdan todas hasta el momento, ¿verdad?

—Hasta el momento. Sólo hasta el momento. Tenemos que recorrer un largo camino.

—Pero continuarán saliendo bien. Alguien que haya vivido en Aurora cerca de un año, como yo, no puede dudar de que vamos por buen camino.

—Humm-mm-mm. A pesar de todo, yo sólo me guiaré por los informes de laboratorio.

—Y hará muy bien —tenía el cuerpecito casi tieso de regocijo interior—. Un día será distinto. Stein, usted no ha conocido a esa gente, a los de los Mundos Exteriores. Acaso haya topado con los turistas, en sus hoteles especiales, o corriendo por las calles en sus coches cerrados, equipados con las más puras atmósferas particulares, de aire acondicionado, para sus bien educadas narices; observando los panoramas a través de un periscopio móvil y apartándose con un estremecimiento ante el contacto de un terrícola.

»Pero no los ha conocido en su propio mundo, seguros en su enfermiza y corrompida grandeza. Vaya allá, Stein, a que le desprecien, una temporada. Vaya a enterarse de lo bien que podrá competir con sus cuidados céspedes al sentirse dulcemente pisoteado.

»Y sin embargo, cuando tiré de las cuerdas adecuadas, Ion Moreanu cayó... Ion Moreanu, el único entre todos ellos capaz de comprender el funcionamiento de la mente de otro hombre. Es la crisis que acabamos de vencer. Ahora se nos presenta un camino fácil y despejado.

»En cuanto a Keilin —dijo de pronto, más para sí mismo que para Stein—, ya pueden soltarlo. En lo sucesivo ya no podrá decir casi nada que nos ponga en el menor peligro. Tengo una idea. La Conferencia interplanetaria se inaugura en Héspero antes de un mes. Podríamos enviarle a redactar el informe de la reunión. Con ello daremos una prueba fehaciente de buena amistad... y le tendremos fuera durante el verano. Creo que lo podemos disponer así.

Lo dispusieron.

Héspero era el menor de todos los Mundos Exteriores, el último colonizado, el más distante de la Tierra. De ahí le venía el nombre. En un sentido físico, no era el más dotado para una gran reunión diplomática, puesto que no contaba con buenas instalaciones. Por ejemplo, la red de ondas-comunitarias no se podía ampliar lo suficiente como para satisfacer a todos los delegados, secretarios y administradores necesarios en una reunión a la que estaban convocados cincuenta planetas. Por ello se habían preparado reuniones personales en edificios requisados para este fin.

Sin embargo, el hecho de haber elegido aquel punto de reunión encerraba un

simbolismo que no se le escapaba a nadie. Entre todos los mundos, Héspero era el más alejado de la Tierra. Si bien la distancia espacial —cien parsecs o más— era lo de menos. Lo importante era que Héspero no lo habían colonizado terrícolas, sino habitantes de Fauno, un Mundo Exterior.

Pertenecía, por tanto, a la segunda generación, y no tenía «Madre Tierra». Para ellos la Tierra no era más que una vaga abuela, perdida entre las estrellas.

Como de costumbre en tales reuniones, en las asambleas generales se hace muy poca labor verdadera. El tiempo de las mismas se reserva para pregonar lo que se desea hacer llegar a los oídos de los ciudadanos de las respectivas naciones. Las verdaderas negociaciones tienen lugar en los pasillos y en las mesas de los comedores, y más de un conflicto insoluble se ha reblandecido con la sopa y se ha disipado con las avellanas.

Sin embargo, en este caso particular se presentaban dificultades también particulares. La onda-comunitaria no prevalecía en todas partes ni lo invadía todo tanto como en Aurora, pero sí ocupaba un lugar destacado en todos los mundos. Por ello los grandes y majestuosos personajes experimentaban cierta sensación de ultraje y merma al verse obligados a acercarse unos a otros en carne y hueso, sin la reconfortante intimidad de una pared invisible que los separase, sin la cálida seguridad de saber que tenían el interruptor al alcance de la mano.

Se enfrentaban unos a otros con desazonado embarazo y procuraban no verse comiendo; procuraban no encogerse ante un contacto involuntario. Hasta el servicio robot estaba racionado.

Ernest Keilin, el único representante de televisión acreditado de la Tierra, se daba cuenta de algunas de estas cuestiones sólo de la manera vaga con que las describimos aquí. No podía tener una visión interior más clara. Tampoco habría podido tenerla nadie criado en una sociedad donde los seres humanos sólo existen en plural y donde a una casa le basta con estar desierta para suscitar temores.

De modo que las tensiones más sutiles se le escapaban en el banquete oficial dado por el gobierno hesperiano durante la tercera semana de la conferencia. Sin embargo, otras tensiones no se le pasaban por alto.

Después de la comida, la reunión, como es natural, se dividió en grupitos. Keilin se unió al de Franklin Maynard, de Aurora. Como delegado del mundo mayor era, por derecho propio, el más noticiable.

Maynard hablaba despreocupadamente entre sorbo y sorbo al cóctel que tenía en la mano. Si la carne le hormigueaba un poco por la proximidad de otras personas, disimulaba magistralmente esta sensación.

—La Tierra —decía— es fundamentalmente impotente contra nosotros, siempre que evitemos aventuras militares impredecibles. Y si queremos evitar dichas aventuras tenemos que estar unidos en el terreno económico. Hagamos que la Tierra se dé cuenta de la medida en que su economía depende de nosotros, por los materiales que sólo nosotros podemos suministrarle, y no se hablará más de espacio

vital. Y si estamos unidos, la Tierra nunca osará atacar. Trocará sus estériles afanes por motores atómicos... o no, como prefiera.

Y se volvió para mirar a Keilin con cierta altanería, con lo cual éste se sintió espoleado y replicó:

—Pero los productos manufacturados de ustedes, consejero (o sea, los que envían a la Tierra), no nos los regalan. Los intercambian por productos agrícolas.

Maynard sonrió con una sonrisa fina como la seda.

—Sí, creo que el delegado de Tethys se ha referido extensamente a este hecho. Entre nosotros prevalece la fantasía de que únicamente las semillas terrestres crecen bien...

Le interrumpió sosegadamente otro asistente, que dijo:

—Mire, yo no soy de Tethys, pero lo que usted dice no es una fantasía. Yo cultivo centeno en Rhea, y nunca he logrado imitar el pan de la Tierra. Sencillamente, no tiene el mismo gusto —se dirigió a todos los oyentes en general—: Es más, hace cinco años importé media docena de terrestres con visado de trabajadores agrícolas para que vigilaran a los robots. Ya sabe, es gente que hace maravillas con el suelo. Donde ellos escupen, el maíz crece hasta una altura de cuatro metros y medio. Su intervención mejoró un poco el problema. El empleo de simientes terrestres también contribuyó. Pero aunque uno cultive cereales venidos de la Tierra, los nacidos aquí ya no dan buena simiente para el año próximo.

—¿Ha hecho analizar sus tierras por nuestro departamento de agricultura? —preguntó Maynard.

Ahora le tocó al rheano el turno de mostrarse altanero:

—No las hay mejores en todo el sector. Y el centeno es de máxima calidad. Envié un quintal métrico a la Tierra para su control alimentario, y me lo devolvieron con las mejores calificaciones —se rascaba el mentón con aire pensativo—. De lo que hablaba antes era del sabor. No parece tener el preciso...

Maynard quiso quitarle importancia:

—Uno puede prescindir del buen sabor, temporalmente. Tendrán que venir a buscarnos aceptando nuestras condiciones, esas hordas de hombrecillos de la Tierra. Nosotros sólo renunciaríamos a ese misterioso gusto; en cambio ellos tendrían que renunciar a los motores atómicos, la maquinaria agrícola y los vehículos. En verdad, no sería mala idea intentar prescindir de esos sabores terrestres que tanto le preocupan a usted. Apreciemos en cambio el de los productos cultivados en nuestro suelo... que podría resistir muy bien la comparación, si le diésemos oportunidad.

—¿Ah, sí? —El rheano sonreía—. Estoy viendo que usted fuma tabaco terrestre.

—Una costumbre que puedo dejar, si tengo que hacerlo.

—Probablemente, dejando de fumar. Yo no utilizaría tabaco de los Mundos Exteriores para nada, como no sea para matar mosquitos.

El hombre soltó una carcajada, quizá demasiado sonora, y se apartó del grupo. Maynard le siguió con la mirada, molesto.

A Keilin el pequeño inciso sobre centeno y tabaco le causó cierta satisfacción. Miraba a aquellas personalidades como una imagen reducida de ciertas realidades galactopolíticas. Tethys y Rhea eran los planetas mayores del sur galáctico, así como Aurora era el mayor del norte. Los tres planetas eran igualmente racistas y exclusivistas. Sobre la Tierra, tenían opiniones similares y perfectamente compatibles. A primera vista uno habría pensado que no les quedaba campo para la discordia.

Pero Aurora era el Mundo Exterior más antiguo, el más adelantado, el más fuerte en el terreno militar... y, por lo tanto, aspiraba a una especie de jefatura moral de los otros mundos. Lo cual bastaba para despertar oposiciones, y Rhea y Tethys servían de puntos focales para aquellos que no reconocían el caudillaje de Aurora.

Keilin se sentía sombríamente satisfecho de tal situación. Si la Tierra sabía inclinar su peso de modo adecuado, primero en una dirección, luego en otra, podía acabar produciendo una grieta, hasta quizá una fragmentación...

Keilin fijaba la mirada en Maynard con cautela, casi furtivamente, y se preguntaba qué efecto tendría la escena anterior en el debate del día siguiente. El auroriano se estaba mostrando ya más callado de lo que exigía la buena educación.

Un momento después, un subsecretario, o un funcionario de segunda categoría, se abrió paso entre los grupos de invitados y llamó a Maynard con el ademán.

Los ojos de Keilin siguieron al auroriano, que se retiraba con el recién llegado, vieron cómo le escuchaba muy atento, cómo profería un asombrado «¿Qué?» perfectamente inconfundible para el ojo, aunque se produjera demasiado lejos para ser percibido por el oído, y luego vio cómo cogía un papel que el otro le entregaba.

En consecuencia, la sesión del día siguiente se desarrolló de un modo completamente distinto a como Keilin habría profetizado.

Keilin descubrió los detalles en los teleprogramas de la noche. Al parecer, el gobierno terrestre había enviado una nota a todos los gobiernos que tomaban parte en la conferencia, advirtiéndoles lisa y llanamente que cualquier pacto entre ellos sobre cuestiones militares o económicas se consideraría un gesto hostil hacia la Tierra y sería objeto de las contramedidas adecuadas. La nota denunciaba a los tres planetas, Aurora, Tethys y Rhea, por igual. La nota los acusaba de estar tramando una conspiración imperialista contra la Tierra, etc., etc., etc. —¡Tontos! —Exclamaba Keilin rechinando los dientes, faltándole poco para dar cabezazos contra la pared de puro enojado—. ¡Tontos! ¡Tontos! ¡Tontos! —Y la voz se fue perdiendo, siempre murmurando esta sola y única palabra.

A la próxima sesión de la conferencia concurrió, desde muy temprano, una enfurecida colección de delegados empeñados sólo en triturar y desmenuzar en la nada todo desacuerdo que pudiera subsistir entre ellos. Al final de la asamblea, todos los asuntos concernientes al comercio entre la Tierra y los Mundos Exteriores habían quedado en manos de una comisión plenipotenciaria.

Ni la misma Aurora habría podido prometerse una victoria tan completa y fácil, y

Keilin, de regreso a la Tierra, anhelaba que su voz pudiera elevarse en los estudios de televisión, para poder vocear su disgusto.

Sin embargo, en la Tierra, algunos sonreían.

De regreso a la Tierra la voz de Keilin fue bajando y ahogándose cada vez más... perdida en un clamor, mucho más potente, que reclamaba acción.

La popularidad de Keilin disminuía en la misma proporción que aumentaban las restricciones comerciales. Poco a poco, los Mundos Exteriores iban apretando el nudo. Primero instituyeron la estricta aplicación de un sistema nuevo de licencias de exportación. Después prohibieron que se exportara a la Tierra toda materia susceptible de ser empleada en un «esfuerzo bélico». Y, finalmente, echaron mano de una interpretación amplísima respecto a qué se pudiera considerar utilizable para el mencionado «esfuerzo».

Los artículos importados de lujo —y los de primera necesidad también— desaparecieron, o alcanzaron precios fuera de las posibilidades de la gran mayoría de la población.

De modo que la gente desfilaba, las voces se elevaban en gritos, las banderas ondeaban bajo el sol... y las piedras volaban contra los consulados...

Keilin gritaba furiosamente y temía volverse loco.

Hasta que, de súbito, Luiz Moreno, por propio impulso, se ofreció para aparecer en el programa de Keilin y someterse a un interrogatorio sin limitación alguna, en su calidad de exembajador en Aurora y actual ministro sin cartera.

Para Keilin aquello era casi como volver a nacer. Conocía a Moreno, y sabía que no era tonto. Con Moreno en el programa, tenía asegurado un público como nunca lo hubiera tenido. Y si Moreno contestaba a sus preguntas, acaso pudiera desvanecer ciertos temores y despejar ciertas confusiones. El mero hecho de que Moreno deseara utilizar su programa —el suyo— como caja de resonancia pudiera muy bien significar que quizá se hubiesen pronunciado ya por una política exterior más flexible y sensata. Quizá Maynard hubiera acertado, y la presión estuviera obrando efecto y actuando de la manera prevista.

La lista de preguntas, por supuesto, se la habían presentado a Moreno por adelantado; pero el exembajador había indicado que las contestaría todas, así como también las adicionales que se considerasen necesarias.

El caso parecía ideal. Demasiado ideal quizá, dada la situación, pero sólo un tonto malvado habría podido pararse en minucias.

Hubo la preparación y la introducción adecuadas... y cuando estuvieron uno frente al otro, con la mesita entre ambos, la aguja encarnada que señalaba el número de televisores sincronizados con aquel canal sobrepasaba bien los cien millones. Y había un promedio de 2,7 oyentes por aparato. Venía el momento de entrar en materia; la presentación oficial.

Keilin se frotaba la barbilla lentamente, mientras esperaba la señal.

Luego empezó:

P. —Secretario Moreno, la cuestión que interesa a toda la Tierra por el momento se refiere a la posibilidad de una guerra. ¿Qué le parece si empezamos por ella? ¿Cree usted que habrá guerra?

R. —Si la Tierra es el único planeta que tomamos en consideración, yo digo: No, decididamente, no. En su historia, la Tierra ha tenido demasiadas guerras, y ha aprendido muchísimas veces cuan poco se puede ganar con la guerra.

P. —Usted ha dicho: «Si la Tierra es el único planeta que tomamos en consideración...». ¿Da a entender, pues, que factores que están fuera de nuestro control la provocarán?

R. —Yo no digo «la provocarán»; pero sí digo «podrían provocarla». Naturalmente, no puedo hablar en nombre de los Mundos Exteriores. No puedo simular qué esté al corriente de sus motivaciones y sus intenciones en este momento de la historia de la Galaxia. Es posible que se decidan por la guerra. Confío que no lo harán. No obstante, si eligieran la guerra, nosotros nos defenderíamos. En todo caso, nosotros no atacaremos nunca; nosotros no seremos quienes iniciemos una acción bélica.

P. —¿Acierto, pues, si digo que, a criterio de usted, no existen diferencias fundamentales entre la Tierra y los Mundos Exteriores que no se puedan resolver mediante negociaciones?

R. —Claro que acierta. Si los Mundos Exteriores desearan de verdad una solución, no podría seguir existiendo ningún desacuerdo entre ellos y nosotros. P. — ¿Va incluido ahí el problema de la inmigración?

R. —Decididamente. Nuestra actitud en esta materia es clara y no admite reproche. En la situación actual, doscientos millones de seres humanos ocupan el noventa y cinco por ciento del terreno disponible en el universo. Seis mil millones (o sea, el noventa y siete por ciento de toda la humanidad) se amontonan en el otro cinco por ciento. Tal situación es obviamente injusta y, peor todavía, inestable. Sin embargo, la Tierra, ante tamaña injusticia, siempre ha estado dispuesta a tratar este problema admitiendo soluciones progresivas. Nosotros aceptaríamos cupos razonables y razonables restricciones. No obstante, los Mundos Exteriores se han negado a discutir esta cuestión. En el transcurso de diez lustros, han rechazado todos los esfuerzos de la Tierra por abrir negociaciones.

P. —Si continúa esta actitud de los Mundos Exteriores, ¿cree usted que entonces habrá guerra?

R. —No puedo creer que esta actitud continúe. Nuestro gobierno no cesará de confiar en que los Mundos Exteriores acaben por reconsiderar su actitud en esta cuestión; en que su sentido de la justicia y el derecho no ha muerto, sino que está dormido únicamente.

P. —Señor secretario, pasemos a otro tema. ¿Piensa que la Comisión de los Mundos Unidos, instituida recientemente por los Mundos Exteriores para dirigir el comercio con la Tierra, representa un peligro para la paz?

R. —En el sentido de que los actos de dicha Comisión indican un deseo por parte de los Mundos Exteriores de aislar a la Tierra y debilitarla económicamente, puedo decir que sí lo representa.

P. —¿A qué actos se refiere, señor?

R. —A los de restringir el comercio interestelar con la Tierra hasta el punto de que, en valores de crédito, el total asciende ahora a menos del diez por ciento de lo que ascendía hace tres meses.

P. —Pero ¿es que estas restricciones representan de verdad un peligro económico para la Tierra? Por ejemplo, ¿no es cierto que el comercio con los Mundos Exteriores representa una parte insignificante del total del comercio terrestre? ¿Y no es cierto que lo que importamos de los Mundos Exteriores llega solo, en el mejor de los casos, a una pequeñísima minoría de la población?

R. —Las preguntas de usted encierran ahora una profunda falacia, muy corriente entre nuestros aislacionistas. En valores de crédito, es cierto que el comercio interestelar sólo representa el cinco por ciento de nuestro comercio total; pero la verdad es que importamos el noventa y cinco por ciento de nuestros motores atómicos. También importamos el ochenta por ciento de nuestro torio, el sesenta y cinco por ciento de nuestro cesio, y el sesenta por ciento del molibdeno y el estaño. La lista se podría prolongar casi indefinidamente, y se ve con toda claridad que ese cinco por ciento es un porcentaje muy importante, vital. Además, si un gran fabricante recibe un cargamento de moldeadores de acero de Rhea, no se sigue de ahí que el beneficio recaiga sólo sobre él. Todo hombre de la Tierra que utilice herramientas de acero u objetos manufacturados con aparatos de acero sale beneficiado.

P. —¿Pero no es cierto que las restricciones actuales en el comercio interestelar de la Tierra han reducido nuestras exportaciones de ganado y cereales casi a la nada? ¿Y no lo es que, lejos de perjudicar a la Tierra, ello significa una bendición para nuestro propio pueblo hambriento?

R. —He aquí otra falacia grave. Es cierto que la provisión de víveres de la Tierra es trágicamente insuficiente. El gobierno será el último en negarlo. Pero nuestras exportaciones de alimentos no significan una merma seria de tal provisión. Se exporta menos de un quinto del uno por ciento de nuestros alimentos, y a cambio obtenemos, por ejemplo, fertilizantes y maquinaria agrícola, lo cual compensa con grandes creces dicha pequeña pérdida, aumentando la eficiencia agrícola. Por consiguiente, al comprarnos menos alimentos, los Mundos Exteriores se han lanzado, en efecto, a recortar nuestra ya insuficiente provisión de alimentos.

P. —¿Está dispuesto a reconocer, pues, secretario Moreno, que al menos parte de la culpa de esta situación hay que achacársela a la misma Tierra? En otras palabras, llegamos a mi siguiente pregunta: ¿No fue un error diplomático de primera magnitud el hecho de que el gobierno publicase aquella inflamada nota denunciando las intenciones de los Mundos Exteriores antes de que éstas se hubiesen manifestado

palmariamente en la Conferencia Interplanetaria?

R. —Yo creo que estas intenciones estaban muy claras en aquel momento.

P. —Usted perdone, señor; pero yo estaba presente en la conferencia. Por la fecha en que se publicó la nota, los delegados de los Mundos Exteriores se encontraban casi en un punto muerto. Los de Rhea y Tethys se oponían resueltamente a toda acción económica contra la Tierra, y había grandes probabilidades de que Aurora y su bloque hubieran salido derrotados. La nota de la Tierra abortó inmediatamente tal posibilidad. R. —Bueno, ¿qué es lo que pregunta usted, señor Keilin?

P. —En vista de mis declaraciones, ¿cree usted que la nota de la Tierra fue un error diplomático criminal que ahora solo se puede remediar con una política inteligente de conciliación?

R. —Utiliza usted un lenguaje muy fuerte. Sin embargo, no puedo contestar a su pregunta directamente, porque no estoy de acuerdo con la premisa fundamental que sienta usted. No creo que los delegados de los Mundos Exteriores pudieran actuar de la manera que usted dice. En primer lugar, es bien sabido que los Mundos Exteriores se jactan con gran arrogancia de que el porcentaje de demencias, psicosis y hasta desajustes menores de la personalidad son una lacra que está desapareciendo en su sociedad. Uno de los argumentos más poderosos que esgrimen contra la Tierra es el de que nosotros tenemos más psiquiatras que fontaneros, y con todo estamos en apuros por falta de los primeros. Los delegados de la conferencia representaban lo mejor de esa sociedad tan estable. Y ahora, ¿quiere usted que crea que esos semidioses habrían cambiado de opinión por un puntillo momentáneo, y habrían instaurado un cambio importante en la política de cincuenta mundos? No los creo capaces de una actitud tan pueril y perversa, y por ello debo insistir en que toda medida que tomaran se fundaba, no en ninguna nota de la Tierra, sino en motivaciones que calan mucho más hondo.

P. —Pero yo vi el efecto que producía en ellos con mis propios ojos, señor. Recuerde, se los hería con un lenguaje que ellos consideraban insolente por parte de un pueblo inferior. No puede haber duda, señor, de que, en conjunto, los hombres del Mundo Exterior son personas notablemente centradas, a pesar del sarcasmo de usted; aunque su actitud respecto a la Tierra represente un punto débil en esta estabilidad.

R. —¿Me está haciendo preguntas, o está defendiendo los puntos de vista y la política racista de los Mundos Exteriores?

P. —Bien, aceptando su parecer de que la nota de la Tierra no causó ningún daño, ¿qué beneficio podía reportar? ¿Por qué había que enviarla?

R. —Yo creo que era justo que presentásemos nuestro punto de vista sobre el problema ante el tribunal de la opinión pública galáctica. Creo que hemos agotado el tema. ¿Qué pregunta quiere hacerme ahora? Es la última, ¿verdad?

P. —Lo es. Se ha dicho recientemente que el gobierno terrestre tomará medidas severas contra los que intervengan en actividades de contrabando. ¿Está ello en consonancia con el punto de vista del gobierno de que la disminución de las

relaciones comerciales va en detrimento del bienestar de la Tierra?

R. —Lo que nos importa ante todo es la paz y no nuestro bienestar inmediato. Los Mundos Exteriores han adoptado ciertas restricciones comerciales. Nosotros no estamos conformes con ellas y las consideramos una gran injusticia. A pesar de todo, las observaremos, para que ningún planeta pueda decir que hemos dado el menor pretexto para las hostilidades. Por ejemplo, me cabe el privilegio de anunciar aquí, por primera vez, que durante el mes pasado cinco naves que viajaban con una matrícula terrestre falsa fueron detenidas cuando se dedicaban a introducir en la Tierra material de los Mundos Exteriores. Sus géneros fueron confiscados y su tripulación encarcelada. He ahí una prueba fehaciente de nuestras buenas intenciones.

P. —¿Naves de los Mundos Exteriores?

R. —Sí. Pero que viajaban bajo matrícula terrestre falsa; recuérdelo.

P. —¿Y los hombres encarcelados son ciudadanos de los Mundos Exteriores?

R. —Eso creo. De todos modos, no sólo faltaban a nuestras leyes, sino también a las de sus patrias, con lo cual hipotecaban doblemente sus derechos interplanetarios. Y creo que la entrevista debería terminar aquí. P. —Pero esto...

Y en este punto fue donde la emisión terminó bruscamente. El final de la última frase de Keilin no lo oyó nadie, excepto Moreno. Dijo:

—... Significa la guerra.

Pero Luiz Moreno ya no estaba en las ondas. Por lo cual, mientras se ponía los guantes, sonrió y, con un sentido tremendo, encogió los hombros en un pequeño gesto de indiferencia.

Aquel levantamiento de hombros no tuvo testigos.

La Reunión de Aurora seguía en curso. Franklin Maynard se había retirado un momento, completamente agotado. Se hallaba frente a su hijo, a quien veía por primera vez con uniforme.

—Al menos tú estás seguro de lo que sucederá, ¿verdad que sí?

En la respuesta del joven no había ningún cansancio, ninguna aprensión, nada que no fuera una satisfacción completa.

—¡Así es, papá!

—Entonces, ¿no te inquieta nada? ¿No crees que nos han manejado para llevarnos a este punto?

—¿Y a quién le importa si nos han manejado? Es el funeral de la Tierra.

Maynard movió la cabeza.

—Pero ¿no te das cuenta de que nos han situado en mal terreno? Los ciudadanos de los Mundos Exteriores que tienen detenidos faltaron a la ley. La Tierra está en su derecho.

—Espero que no harás afirmaciones semejantes en la Reunión, papá —replicó el joven, frunciendo el ceño—. Yo no veo que la Tierra tenga ninguna justificación. De acuerdo, y si hacían contrabando, ¿qué? Era solamente porque algunos mundoexterianos están dispuestos a pagar precios de estraperlo por los comestibles

terrestres. Si en la Tierra tuvieran seso, volverían la vista hacia otra parte, y todo el mundo saldría ganando. Bastante ruido arman afirmando que necesitan nuestro comercio. Entonces, ¿por qué no hacen algo por conseguirlo? En todo caso, no veo por qué habríamos de dejar a unos buenos aurorianos, ni a otros ciudadanos de los Mundos Exteriores, en manos de aquellos hombres-mono. Puesto que no quieren soltarlos por las buenas, les obligaremos. De otro modo, la próxima vez ninguno de nosotros estaría a salvo.

—En fin, veo que has adoptado la opinión general.

—Es mi propia opinión. Si además es la general es porque tiene lógica. La Tierra quiere una guerra. Bueno, la tendrán.

—Pero ¿por qué quieren guerra, eh? ¿Por qué nos fuerzan la mano? Toda nuestra política económica de los meses pasados iba dirigida a obligarles a cambiar de actitud, sin guerra.

Maynard hablaba consigo mismo, pero su hijo le replicó con el argumento definitivo:

—No me importa por qué motivo quieren la guerra. Ahora la tienen, y los aplastaremos.

Maynard regresó a la Reunión, pero mientras el ronroneo del debate volvía a llenar la sala, él pensaba, con una punzada de resquemor, que aquel año no habría alfalfa terrestre. Lo lamentaba por la leche. En verdad, hasta la ternera parecía algo menos sabrosa...

La votación tuvo lugar a primeras horas de la mañana. Aurora declaró la guerra. La mayoría de mundos de su bloque se le unieron al amanecer.

Más tarde, los libros de historia bautizarían aquella contienda con el nombre de «La Guerra de las Tres Semanas». Durante la primera semana, fuerzas aurorianas ocuparon varios asteroides transplutonianos; y en el comienzo de la segunda semana el grueso de la flota de la Tierra quedó poco menos que completamente destruido en una batalla librada en la órbita de Saturno ante una flota de Aurora que no llegaba a una cuarta parte de aquélla, numéricamente.

Las declaraciones de guerra de los Mundos Exteriores que hasta entonces habían permanecido neutrales siguieron como las explosiones de una traca.

Dos horas antes de cumplirse los veintiún días de hostilidades, la Tierra se rindió.

Las negociaciones de las cláusulas de paz tuvieron lugar entre los Mundos Exteriores. A la Tierra no se le reservaba otra actividad que la de firmar. Las condiciones de paz fueron desacostumbradas, acaso únicas, y, bajo la fuerza de una humillación sin precedentes, todas las hordas de la Tierra quedaron sumidas a la vez y repentinamente en un silencio nacido de una cólera y una vergüenza demasiado grandes para ser expresadas en palabras.

Las repetidas condiciones fueron quizá mejor comentadas por una voz en la televisión auroriana dos días después de haber sido publicadas. Podemos citar parte del comentario:

«... Ni en el interior de la Tierra ni en su superficie hay nada que nosotros, los de los Mundos Exteriores, podamos necesitar o querer. Todo lo que valía algo en la Tierra salió de ella siglos atrás en las personas de nuestros antepasados.

«Ellos nos llaman hijos de la Madre Tierra; pero la denominación es falsa, porque nosotros descendemos de una Madre Tierra que ya no existe, una Madre que nos trajimos con nosotros. La Tierra de hoy tiene con nosotros, a lo sumo, un parentesco de primos; nada más.

»¿Necesitamos sus recursos? Diablos, no los tienen ni para ellos mismos. ¿Podemos utilizar su industria o su ciencia? Están casi difuntos porque les faltan las nuestras. ¿Podemos utilizar su potencial humano? Diez hombres de los suyos no valen ni como un solo robot, ¿queremos siquiera la dudosa gloria de gobernarlos? No existe tal gloria. Como inferiores impotentes e incompetentes que son respecto a nosotros, sólo representarían un lastre. Consumirían unos alimentos, un trabajo y una capacidad administrativa que mejor será aprovechar para nosotros mismos.

»De modo que no tienen nada que darnos, salvo el espacio que ocupan en nuestros pensamientos. No tienen nada de qué libertarnos sino de ellos mismos. No pueden beneficiarnos con nada sino con su ausencia.

»Por este motivo se han redactado las cláusulas de paz tal como se ha hecho. No les deseamos ningún mal; de modo que allá se las compongan con su sistema solar. Que vivan allí, en paz. Que se forjen un destino a su manera, y no les estorbaremos ni con el menor asomo de nuestra presencia. Pero nosotros, por nuestra parte, también queremos paz. Forjaremos nuestro futuro a nuestro modo. De manera que no queremos su presencia. Y con este objetivo ante la vista, una flota de los Mundos Exteriores patrullará los límites de su sistema, y estableceremos bases de los Mundos Exteriores en sus asteroides más periféricos, para asegurarnos de que no se aventuren por nuestro territorio.

»No habrá comercio, ni relaciones diplomáticas, ni viajes, ni comunicaciones. Quedan proscritos, desterrados, herméticamente sellados. Aquí nosotros tenemos un universo nuevo, una segunda creación del Hombre, un Hombre superior...

«Ellos nos preguntan: “¿Qué será de la Tierra?” Nosotros contestamos: «Es un problema que la Tierra misma deberá resolver. El crecimiento de la población se puede controlar. Los recursos se pueden explotar eficientemente. Los sistemas económicos se pueden revisar. Lo sabemos, porque lo hemos llevado a cabo. Si ellos no lo saben, que sigan los pasos del dinosaurio y dejen espacio libre».

»¡Sí, que dejen espacio libre, en lugar de estar pidiendo siempre espacio!»

De este modo una cortina impenetrable fue envolviendo lentamente el Sistema Solar. Las estrellas del firmamento de la Tierra volvieron a ser estrellas nada más, como en los fenecidos días pretéritos en que la primera nave atravesó la barrera de la velocidad de la luz.

El gobierno que había hecho la guerra y la paz dimitió; pero lo cierto es que no había nadie para ocupar su puesto. Los diputados eligieron a Luiz Moreno —ex-

embajador en Aurora, ex-ministro sin cartera— como presidente provisional, y la Tierra en conjunto estaba demasiado atontada para declararse de acuerdo, o en desacuerdo. Sólo se notaba un alivio generalizado al ver que existía alguien dispuesto a cargar con la tarea de tratar de guiar los destinos de un mundo encarcelado.

Muy pocos se daban cuenta de cuan cuidadosamente se había preparado este final, ni de a través de qué esmerados cálculos se hallaba Moreno en el sillón de la presidencia.

Ernest Keilin decía desamparado desde la pantalla de la televisión:

—Ahora somos únicamente nosotros mismos. Para nosotros no hay universo, ni hay pasado: solo la Tierra y el futuro.

Aquella noche volvió a tener noticias de Moreno, y antes de la mañana salió hacia la capital.

La presencia de Moreno parecía incongruente con las líneas rígidamente formales de la mansión presidencial. Volvía a estar resfriado y hablaba con voz ronca.

Keilin lo miraba con hostilidad; un odio casi devorador en el que notaba cómo los dedos se le retorcían en los primeros gestos de un estrangulamiento. Quizá no debía haber venido... Bueno, ¿qué importaba?, la orden era sobradamente clara. Si no hubiese venido voluntariamente, le habrían traído a la fuerza.

El nuevo presidente le miró con ojo penetrante.

—Tendrá que cambiar de actitud hacia mí, Keilin. Sé que me mira como a un Enterrador de la Tierra (¿no es ésta la frase que empleó anoche?), pero tiene que escucharme sosegadamente un rato. En su estado actual de rabia contenida, dudo que pueda oírme.

—Oiré todo lo que usted diga, señor presidente.

—Bueno... las formalidades externas, al menos. Esto resulta esperanzador. ¿O acaso cree que he instalado en esta sala un video-rastreador?

Keilin se limitó a enarcar las cejas.

Moreno dijo:

—No, no lo instalé. Estamos completamente solos. Hemos de estar solos; de lo contrario, ¿cómo podría decirle sin peligro que todo está dispuesto para que usted salga elegido presidente bajo una constitución que estamos preparando ahora? Eh, ¿qué le parece?

Luego sonrió ante la blanca sorpresa de la faz de Keilin.

—¡Ah, no lo cree! Bien, ya no puede hacer nada para impedirlo. Antes de una hora será cosa pública, ¿comprende?

—¿Yo voy a ser presidente? —Keilin pugnaba con una voz extraña, ronca. Después, con algo más de firmeza, añadió—: Usted está loco.

—No, yo no. Los de allá fuera lo están. Los de los Mundos Exteriores —los ojos, el semblante, la voz de Moreno adquirieron una vehemencia maligna, de tal modo que uno olvidaba que fuese, un monito con aspecto de hombre eternamente resfriado. Uno ya no se fijaba en la arrugada y huidiza frente. Uno olvidaba la calva cabeza y el

traje mal cortado. Sólo quedaba la brillante y luminosa mirada de sus, ojos y el filo cortante de su voz. Eso sí se notaba.

Keilin alargó la mano en busca de una silla, a ciegas, mientras Moreno se le acercaba y hablaba con creciente pasión.

—Sí —decía—. Aquéllos de allá, entre las estrellas; los semidioses; los majestuosos superhombres; la raza superior, hermosa y fuerte. Ellos están locos. Aunque sólo nosotros, los de la Tierra, lo sabemos.

»Usted ha oído hablar del Proyecto Pacífico. Lo sé. Lo denunció a Cellioni en cierta ocasión y lo llamó un engaño. No lo es. Y casi nada de dicho proyecto permanece en secreto. En realidad, su único secreto consiste en que no había nada secreto.

«Usted no es tonto, Keilin. Sencillamente, nunca se detuvo a analizar los hechos desde el principio hasta el fin. Y sin embargo, estaba sobre la pista. Usted lo percibía bien. ¿Qué fue lo que me dijo aquella vez, cuando me entrevistó en su programa? Algo acerca de que la actitud del mundo exteriorano con respecto al hombre de la Tierra era el único punto flaco de la estabilidad del primero. Eso fue, ¿verdad? ¿O algo por el estilo? Muy bien, pues, ¡estupendo! Entonces tenía usted en la mente el primer tercio del Proyecto Pacífico, y no era ningún secreto, al fin y al cabo, ¿verdad que no?

«Pregúntesele, Keilin, ¿cuál era la actitud del auroriano típico hacia el terrícola típico? ¿Un sentimiento de superioridad? Es la primera idea que se le ocurre a uno, supongo. Pero, dígame, Keilin, si se sentía superior, realmente superior, ¿había de sentir la necesidad de llamar a cada momento la atención sobre este hecho? ¿Qué clase de superioridad es la que tiene que ser apuntalada continuamente con frases tales como «hombres mono», «infracreaturas», «semianimales de la Tierra», etc., etc.? Ésa no es la tranquila seguridad interna de quien se siente superior. ¿Malgasta usted epítetos con las lombrices de tierra? No, aquí hay otra cosa.

»Bien, enfoquemos la cuestión desde otro ángulo. ¿Por qué los turistas de los Mundos Exteriores se alojan en hoteles especiales, viajan en coches cerrados y se atienen a leyes rígidas, aunque no escritas, contra toda relación social con nosotros? ¿Tienen miedo a la polución? Es raro que no teman comer nuestros víveres, beber nuestro vino y fumar nuestro tabaco.

»Vea usted, Keilin, en los Mundos Exteriores no hay psiquiatras. Los superhombres están demasiado bien centrados; o al menos eso dicen ellos. En cambio aquí en la Tierra, ya es proverbial, tenemos más psiquiatras que fontaneros, y cada uno cuenta con mucha clientela. De modo que somos nosotros, y no ellos, quienes sabemos la verdad sobre este complejo de superioridad de los Mundos Exteriores, los que sabemos que se trata de una simple y alocada reacción contra un abrumador sentimiento de culpa.

»¿No cree que puede ser eso? Mueve la cabeza como si disintiera. ¿No ve que un puñado de hombres que se aferran a una Galaxia mientras miles de millones perecen

por falta de espacio, ha de experimentar en el subconsciente una sensación de culpa, adopte la forma que adopte? Y como no quieren compartir el botín, ¿no ve usted que el único recurso que tienen para justificarse consiste en tratar de convencerse de que, al fin y al cabo, los terrestres somos inferiores, que no merecemos la Galaxia, que allá se ha creado una raza nueva de hombres y que nosotros no somos más que los enfermizos restos de una raza antigua que debería extinguirse como el dinosaurio, por obra y gracia de las leyes inexorables de la naturaleza?

»Ah, si pudieran convencerse de eso, ya no se sentirían culpables, sino simplemente superiores. Sólo que no ocurre así; nunca. La idea de la superioridad necesita un cultivo constante, una repetición, un refuerzo constantes. Y ni aun así convence del todo.

»Lo mejor de todo sería que pudiesen fingir que la Tierra y su población no existen siquiera. Por ello, si usted visita la Tierra, evite a los terrestres, y así no le causarán la incomodidad que le provocaría no verles bastante inferiores. A veces, en lugar de inferiores le parecerían desdichados, y nada más. O peor todavía, hasta podrían parecerle inteligentes... como lo parecía yo, por ejemplo, en Aurora.

«Alguna que otra vez surgía un mundo exteriorano como Moreanu capaz de reconocer el sentimiento de culpa como tal, y sin miedo a expresarlo en voz alta. Moreanu hablaba del deber que tenían los Mundos Exteriores con la Tierra... con lo cual representaba un peligro para nosotros. Porque si los demás le hubiesen escuchado y hubiesen ofrecido a la Tierra una ayuda simbólica, en sus mentes se habría aliviado el sentimiento de culpa, aun sin prestar una ayuda permanente a la Tierra. De modo que Moreanu fue eliminado a través de nuestras maniobras, dejando el camino libre a los inflexibles, a los que se negaban a reconocer la culpa y cuya acción, por consiguiente, se podía predecir y manipular.

«Por ejemplo, les envías una nota arrogante y ellos responden automáticamente con un embargo inútil, que sólo sirve para proporcionarnos el pretexto ideal para declarar la guerra. Luego pierdes la guerra rápidamente, y los enojados superhombres te aíslan. Se acabó la comunicación, se acabó el contacto. Ya no existes y ya no les molestas. ¿No es así de sencillo? ¿No ha salido de maravilla?

Por fin Keilin pudo hablar:

—¿Quiere decir que todo esto lo había planeado de antemano? —preguntó—. ¿Provocó usted la guerra intencionadamente con objeto de aislar la Tierra de la Galaxia? ¿Envió a los hombres de la Flota Metropolitana a una muerte segura porque quería que nos derrotasen? Vaya, usted es un monstruo, un... un...

Moreno arrugó la frente.

—Sosiéguese, por favor. Ni la cosa fue tan sencilla como se imagina, ni yo soy un monstruo. ¿Piensa acaso que la guerra bastaba con... provocarla, sencillamente? Había que alimentarla con suavidad, de la manera precisa, y encaminarla hacia el final adecuado. Si nosotros hubiésemos dado el primer paso, si hubiéramos sido los agresores, si de una u otra forma hubiésemos echado la culpa sobre nuestros

hombros... entonces los Mundos Exteriores habrían ocupado la Tierra y la habrían desmenuzado. Vea usted, si nosotros hubiéramos cometido un crimen contra ellos, ya no se sentirían culpables. Por otra parte, si hubiésemos librado una guerra larga, o hubiéramos causado grandes destrozos, ellos lograrían descargarse de la culpa.

»Pero no lo hicimos. Nos limitamos, tan sólo, a encarcelar a unos contrabandistas de Aurora, obrando de acuerdo con nuestros derechos. Ellos tuvieron que declararnos la guerra por este motivo, porque sólo así podían proteger su superioridad, la cual a su vez los protegía contra los horrores de la culpa. Y nosotros perdimos en seguida. Apenas murió ningún auroriano. El sentimiento de culpa se fortaleció y dio como fruto, exactamente, el tratado de paz que nuestros psiquiatras habían previsto.

»En cuanto a lo de enviar hombres a la muerte, es algo que ocurre en todas las guerras... y una necesidad. Era preciso librar una batalla y, naturalmente, hubo bajas.

—Pero ¿por qué? —interrumpió Keilin—. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué cree usted que toda esa palabrería tiene algún sentido? ¿Qué hemos ganado? ¿Qué beneficio podemos sacar jamás de la situación presente?

—¿Ganar? ¿Me pregunta qué hemos ganado? Ea, pues, hemos ganado el Universo. ¿Qué ha sido lo que nos ha retenido hasta ahora? Usted sabe qué necesitaba la Tierra estos siglos pasados. Usted mismo se lo subrayó muy certeramente a Cellioni. Necesitamos una sociedad de robots positrónicos y una tecnología sobre la energía atómica. Necesitamos cultivos químicos y el control de la natalidad. Bien, ¿qué impedía todo esto, eh? Sólo la costumbre de siglos, que decía que los robots eran malos porque quitaban el trabajo a los seres humanos, que el control de la natalidad significaba asesinar niños aún no nacidos, etc., etc. Y, lo peor, siempre había la válvula de seguridad de la emigración, bien realmente permitida, bien como una esperanza próxima.

»En cambio ahora no podemos emigrar. Estamos clavados aquí. Peor todavía, hemos sufrido una derrota a manos de un puñado de hombres de las estrellas, y hemos tenido que aceptar, a la fuerza un tratado de paz humillante. ¿Qué terrícola no arderá subconscientemente de ganas de revancha? El sentido de conservación se ha doblegado muchas veces bajo ese tremendo afán de «saldar las cuentas».

»Y ésta es la segunda parte del Proyecto Pacífico: reconocer el motivo de la revancha. Así de sencillo.

»Pero ¿cómo sabemos que sucede verdaderamente así? Porque se ha demostrado docenas de veces en el transcurso de la historia. Derrota a una nación, pero no la aplastes por completo, y al cabo de una generación, de dos, o de tres, será más fuerte que antes. ¿Por qué? Porque en el ínterin habrá hecho sacrificios para posibilitar la revancha que no habría hecho por una simple conquista.

«¡Piénselo! Roma derrotó a Cartago sin grandes dificultades la primera vez; pero estuvo a punto de ser vencida la segunda. Cada vez que Napoleón derrotaba a una coalición europea sentaba las bases para otra, a la que ya le costaba un poquitín más derrotar, hasta que la octava le aplastó a él. Se necesitaron cuatro años para derrotar

al Kaiser Guillermo de la medieval Alemania, y seis años, mucho más peligrosos, para detener a su sucesor, Hitler.

»¡Ahí lo tiene! Hasta ahora, la Tierra sólo necesitaba cambiar de estilo de vida para conseguir un bienestar y una dicha mayores. Un objetivo secundario como ése podía esperar siempre. En cambio, ahora tiene que cambiar para tomarse la revancha, y esto no admite demoras. Yo quiero el cambio por el cambio mismo.

»Sólo que... no soy el hombre indicado para ponerme en cabeza. Estoy manchado por el fracaso del año pasado, y así continuaré hasta que, mucho después de que mis huesos se hayan convertido en polvo, la Tierra sepa la verdad. En cambio usted..., usted y otros como usted han luchado siempre en favor de la marcha hacia la modernización. Usted tomará las riendas. La tarea puede requerir cien años. Los nietos de hombres que no han nacido todavía quizá sean los primeros que vean la tarea completada. Pero usted la habrá visto empezar, al menos.

»¡Eh! ¿Qué dice?

Keilin estaba manoseando, mentalmente, el sueño. Le parecía ver, en una caliginosa distancia, una Tierra nueva, renacida. Pero el cambio de actitud era demasiado radical. No podía realizarse todavía, en aquel instante. Por ello movió la cabeza y dijo:

—¿Qué le hace pensar que los Mundos Exteriores tolerarán este cambio, suponiendo que lo que me cuenta sea verdad? Nos vigilarán de cerca, estoy seguro, y notaran un peligro cada vez mayor, hasta que decidan ponerle fin. ¿Me lo negará?

Moreno echó la cabeza atrás y soltó una carcajada silenciosa. Luego exclamó:

—Pero todavía nos queda la tercera parte del Proyecto Pacífico; una última, sutil e irónica tercera parte...

»Los mundoexterianos llaman a los hombres de la Tierra heces infrahumanas de una gran raza; pero los hombres de la Tierra somos nosotros. ¿Se da cuenta de lo que significa esto? Vivimos en un planeta en el que, durante mil millones de años, la vida (esta vida que ha culminado en el género humano) se ha ido adaptando. No existe ni un solo trocito microscópico del hombre, ni la menor función de su mente que no tengan como razón de ser alguna diminuta faceta de la composición física de la Tierra, o de la composición biológica de otras formas vitales terrestres, o de la composición sociológica de la comunidad que le rodea.

»En la forma actual del hombre, ningún otro planeta puede sustituir a la Tierra.

»Los mundoexterianos existen tal como son únicamente porque se trasplantaron unos pedazos de la Tierra. Allá hemos llevado tierra de labor, plantas, animales, hombres. Se mantienen rodeados de una geología artificial, nacida en la Tierra, que contiene, por ejemplo, aquellos vestigios de cobalto, zinc y cobre que la química humana necesita. Se rodean de bacterias y algas nacidas en la Tierra, poseedoras de la facultad de asimilar los mencionados vestigios inorgánicos de la manera precisa y en la cantidad exactamente adecuada.

»Y mantienen esta situación mediante importaciones continuas (importaciones de

lujo, las llaman) de la Tierra.

»Pero los Mundos Exteriores, aun contando con suelo terrestre depositado sobre una capa de roca, no pueden impedir que las lluvias sigan cayendo y los ríos sigan corriendo; de manera que se produce una mezcla, inevitable, si bien lenta, con el suelo indígena; una inevitable contaminación de las bacterias del suelo terrestre con las bacterias indígenas; y la exposición, en todo caso, a una atmósfera diferente y a unas radiaciones solares distintas. Y las bacterias terrestres desaparecen o cambian. Y entonces cambia la vida vegetal. Y luego cambia la vida animal.

»No se trata de un cambio brusco, claro. La vida vegetal no se volvería venenosa o no nutritiva en un día, ni en un año, ni en un decenio. Pero los hombres de los Mundos Exteriores ya notan la falta o el cambio de esos vestigios de compuestos que producen ese elemento tan tremendamente alusivo que llamamos «aroma» o «sabor». El cambio ha llegado hasta aquí.

«Pero llegará más lejos. ¿Sabe usted, por ejemplo, que en Aurora casi la mitad de las especies indígenas de bacterias tienen el protoplasma fundado en la química del fluorocarbono, y no en la del hidrocarbano? ¿Puede imaginarse la extrañeza esencial de un medio ambiente así?

»Bueno, pues, desde hace dos decenios, los bacteriólogos y fisiólogos de la Tierra han estudiado varias formas de la vida de los Mundos Exteriores (la única parte del Proyecto Pacífico que ha permanecido auténticamente secreta) y la vida terrestre trasplantada empieza a mostrar ya ciertos cambios a nivel subcelular. Incluso entre los seres humanos.

»Y ahí está la ironía del caso. Los mundoexterianos, con su racismo rígido y su política genética inflexible eliminan inexorablemente de su seno a todo niño que presente signos de adaptación a su respectivo planeta y que se aparte en algún aspecto de la norma general. Sostienen (y deben hacerlo, como resultado de sus propios procesos de pensamiento) un criterio artificial de humanidad «sana», fundada en la química terrestre y no en la suya propia.

»Pero ahora que han separado de ellos a la Tierra; ahora que no les llegará ni un ápice de suelo y de vida terrestres, un cambio se acumulará sobre otro. Vendrán las enfermedades, aumentará la mortalidad, las anormalidades infantiles se harán más frecuentes...

—¿Y luego? —preguntó Keilin, súbitamente interesado.

—¿Luego? Bueno, ellos son científicos físicos... y nos dejan a nosotros las ciencias inferiores, tales como la biología. Pero no pueden abandonar su sensación de superioridad ni su modelo arbitrario de perfección humana. No descubrirán el cambio hasta que ya sea demasiado tarde para combatirlo. No todas las mutaciones son claramente visibles, y se producirá una revuelta creciente contra las normas de aquellas rígidas sociedades mundoexterianas. Vendrá un siglo de revuelta física y social creciente que impedirá toda interferencia suya contra nosotros.

«Dispondremos de un siglo para reconstruirnos y revitalizarnos, y al final de ese

período nos enfrentaremos con una Galaxia exterior agonizante o transformada. En el primer caso, edificaremos un segundo Imperio Terrestre, más sabiamente y con más conocimiento de causa que el primero; un imperio fundado en una Tierra fuerte y modernizada.

»En el segundo caso, nos enfrentaremos con diez, veinte, o quizá los cincuenta Mundos Exteriores, cada uno con una variedad de hombre ligeramente distinta. Cincuenta especies humanoides, ya no unidas todas contra nosotros, cada una más y más adaptada a su propio planeta, cada una con suficiente tendencia al atavismo de amar a la Tierra, de mirarla como la gran primera Madre.

»Y el racismo habrá muerto; porque entonces la variedad, y no la uniformidad, será la característica fundamental del género humano. Cada especie de hombre tendrá un mundo propio, que no podrá ser sustituido por ningún otro, y en el que cualquier otro tipo no se adaptaría. Y se podrán colonizar más mundos en los que originar nuevas variedades todavía, hasta que de la gran mezcla intelectual la Madre Tierra pueda hacer nacer no un Imperio Terrestre, sino un Imperio Galáctico». Keilin dijo, hechizado:

—Usted lo prevé todo con tal seguridad...

—Nada es auténticamente seguro; pero las mentes más destacadas de la Tierra están de acuerdo en esto. Pueden surgir por el camino obstáculos en los que tropezar; pero apartarlos será la gran aventura que habrán de ultimar nuestros tataranietos. De nuestra aventura, una fase ha concluido felizmente y otra se está iniciando. Únase a nosotros, Keilin.

Poco a poco, Keilin empezaba a pensar que quizá Moreno no fuese un monstruo, después de todo...

Lo que más me interesa de *Madre Tierra* es que parece mostrar claras premoniciones de las novelas *Las cuevas de acero* y *El sol desnudo*, que escribiría yo en los años cincuenta.

Un detalle del relato que no sé explicar es el de haber puesto dos personajes cuyos nombres son Moreno, el de uno, y Moreanu, el del otro. No tengo la menor idea de por qué utilicé dos apellidos tan similares. El hecho no encerraba ningún significado, se lo aseguro; sólo descuido. También había un Maynard.

Fuera como fuese, al leer y releer el original, nunca me fijé en el pequeño defecto. En cambio sí lo advertí apenas vi el cuento en letra impresa. Tampoco tengo la menor idea de por qué no lo vio Campbell y no cambió los nombres.

Apenas vendida *Madre Tierra* empecé un nuevo relato de la serie Fundación titulado *And Now You Don't*. Éste sería el último. Lo mismo que *El Mulo*, tenía una extensión de cincuenta mil palabras, y no lo terminé hasta el 29 de marzo de 1949. Lo presenté a Campbell al día siguiente, y lo aceptó al momento. A dos centavos la palabra, me valió un cheque de mil dólares, el primero de cuatro cifras que cobraba.

Apareció como un serial en tres partes en los números de noviembre y diciembre de 1949 y enero de 1950 de *Astounding*, y llenó los dos tercios últimos de mi libro *Segunda Fundación*.

Sin embargo, por aquellas fechas se estaba produciendo un gran cambio en el campo de la ciencia ficción. La bomba atómica había alterado este género, transformándose de un despreciado campo de cuentos locos en una literatura de espantosa percepción. Una literatura que iba ganando, poco a poco, lectores y estimación. Estaban a punto de salir nuevas revistas, y las grandes casas editoriales empezaban a pensar en publicar colecciones regulares de novelas de ciencia ficción, en tela (que hasta entonces habían sido el dominio de casas pequeñas, especializadas, no más prósperas que las revistas, ni más prometedoras como fuente de ingresos). La cuestión de las

novelas mencionadas interesaba particularmente a Doubleday & Company Inc. (aunque, por supuesto, entonces yo no lo sabía). El 5 de febrero, mientras trabajaba en el último relato de la serie Fundación, asistí a una reunión del Hydra Club, grupo de profesionales de la ciencia ficción que vivían en Nueva York. Allí conocí a un editor de Doubleday, Walter I. Bradbury. Era precisamente quien trataba de montar una colección de ciencia ficción para Doubleday, y manifestó cierto interés por *El Mulo*.

Sin embargo, yo presté poca atención al caso. La idea de publicar un libro, un libro de verdad en lugar de relatos para revistas, me resultaba tan exótica que no lograba metérmela en la cabeza.

Pero Fred Pohl sí pudo. Había estado en el Ejército, destacado en Italia, y había ascendido hasta la graduación de sargento. Una vez licenciado, volvió a su oficio de agente literario. Yo le había contado, muy indignado, cómo Merwin rehusó mi relato *Envejece conmigo*, de modo que cuando Bradbury siguió buscando, Pohl le sugirió que echase un vistazo a este cuento mío.

Bradbury manifestó interés y, después de considerable pugna, Pohl consiguió arrebatarme el relato. («No vale nada», repetía yo continuamente; pues nunca me repuse del doble repudio sufrido).

No obstante, el 24 de marzo de 1949 recibí aviso de que Bradbury se quedarían con *Envejece conmigo* a condición de que lo ampliase hasta setenta mil palabras. Más aún, me pagaba una opción de 250 dólares, que quedarían en mi bolsillo aunque la revisión no resultara satisfactoria. Era la primera vez que me pagaban algo por adelantado, y yo estaba aturrido.

El 6 de abril empecé la revisión, y el 25 de mayo de 1949 la terminé, cambiando el título por el de *Un guijarro en el cielo*. El 29 de mayo, Doubleday aceptó la obra, y yo tuve que hacerme a la idea de que iba a publicarse un libro mío.

Pero simultáneamente, mientras luchaba con esta idea, se producía otro cambio.

Quedaba todavía el problema del empleo. Mientras trabajaba para el profesor Elderfield, seguía buscando un puesto para cuando aquel trabajo temporal llegase a su fin, en mayo de 1949. Y no cosechaba éxito ninguno.

El 13 de enero de 1949, el profesor William C. Boya, de la Facultad de Medicina de la Universidad de Boston visitaba Nueva York, y nos conocimos.

El profesor Boya era un asiduo lector de ciencia ficción, y mis cuentos le habían gustado. Habíamos sostenido correspondencia durante un par de años y nos habíamos hecho bastante amigos. Me dijo, pues, que se creaba un puesto en el departamento de bioquímica de la Facultad y me preguntó si podía interesarme. Claro que me interesaba, pero Boston está a doble distancia de Nueva York que Filadelfia, y a mí me costaba alejarme otra vez de la gran ciudad.

De modo que rechacé el ofrecimiento, aunque no de una manera muy tajante.

Y continué buscando empleo... y continué fracasando.

Por ello reconsideré mi actitud acerca del empleo en la Facultad de Medicina de la Universidad de Boston y escribí una carta al profesor Boyd diciéndole que quizá sí me interesase, al fin y al cabo.

El 9 de marzo de 1949 fui a Boston por primera vez en mi vida (en coche-cama... pero no dormí). Al día siguiente conocí al profesor Burnham S. Walker, jefe del departamento de bioquímica, quien me ofreció un empleo en la Facultad a cinco mil dólares anuales. Yo no vi más salida al dilema de encontrar empleo que la de aceptar.

¿Debía aceptar? ¿No había ninguna posibilidad de que me ganase la vida como escritor?

¿Cómo podía llegar honradamente a una decisión afirmativa? A mediados de 1949, hacía exactamente once años que escribía. En todo este tiempo, mis ganancias totales hablan ascendido a 7821,75 dólares, con un promedio de algo más de 710 dólares anuales, o sea, 13,70 por semana. En mis años mejores, como por ejemplo, el séptimo (desde mediados de 1944 a mediados de 1945, cuando vendí cuatro relatos, incluido *El Mulo*), había ganado 1600 dólares y entre el décimo y el undécimo juntos, había ganado 3300. Parecía, pues, que ni siquiera en años buenos podía contar con mucho más de treinta dólares semanales; y con eso no había bastante.

Naturalmente, ahora que iba a publicar un libro... Pero los libros eran incógnitas. Además, la venta del libro había llegado demasiado tarde. Por la fecha en que Bradbury aceptó *Un guijarro en el cielo*, ya estaba ligado al nuevo empleo, y dos días después, el 1 de junio de 1949, salía para Boston.

Aquí debo poner punto, porque los múltiples cambios lo pusieron también a la primera fase de mi carrera de escritor.

Me había separado de Campbell, y esta vez para siempre. Le veía de vez en cuando, y nos

escribíamos; pero aquella costumbre de las visitas casi semanales no se reanudaría nunca más. Aunque escribí para él y seguí publicando en *Astounding*, aparecieron nuevas revistas, como *The Magazine of Fantasy and Science Fiction* en 1949, *Galaxy Science Fiction*, en 1950, y otras. Mi mercado se ensanchó, y el precio por palabra subió más todavía, a tres centavos e incluso a cuatro centavos por palabra.

La aparición de mi primer libro, *Un guijarro en el cielo*, el 19 de enero de 1950, introdujo una nueva dimensión en la imagen que me hacía de mí mismo, en mi prestigio en el campo, y en mis ganancias. Siguiéron otros libros; unos, novelas nuevas; otros, colecciones de los relatos antiguos.

Mi puesto en la Facultad de Medicina de la Universidad de Boston me llevó a publicar cosas no pertenecientes a la ciencia ficción. El primer intento fue un libro para estudiantes de Medicina titulado *Biochemistry and Human Metabolism*. Este libro lo empecé en 1950 en colaboración con los profesores Walker y Boyd. Se hicieron tres ediciones, y aunque más bien fue un fracaso, me permitió descubrir que me gustaba tanto escribir no-ficción como ciencia ficción y me ayudó a iniciar una fase nueva de mi carrera de escritor.

Tomando en cuenta todo esto, no es de extrañar que mis ingresos como escritor empezaran a aumentar rápidamente casi al mismo tiempo que llegaba a Boston. En 1952 ganaba mucho más dinero como escritor que como profesor, y la diferencia aumentó —en favor del escritor— con el paso de los años. En 1957 había decidido (aunque todavía con cierta sorpresa por mi parte) que había sido escritor desde el principio, y que no era otra cosa. El 1 de julio de 1958, renuncié a mi salario y mis trabajos, aunque, de acuerdo con la Facultad, conservé mi título de profesor auxiliar de Bioquímica. Un título que he conservado hasta el día de hoy. Doy alguna que otra conferencia en la Facultad, cuando me lo piden, y también en otras partes, si me solicitan (cobrando mis honorarios). Por lo demás, me convertí en un escritor profesional e independiente.

Ahora escribir me resulta fácil, y todavía más satisfactorio. Dedico a la tarea unas setenta horas semanales, si se cuentan los trabajos subsidiarios de lectura de pruebas, confección de índices, indagaciones, etc., etc. Salgo a un promedio de siete u ocho libros por año, y éste, *The Early Asimov*, es el que hace el número 125.

Y, sin embargo, debo reconocer que desde 1949 no he vivido nada parecido al auténtico interés, la animación de aquellos primeros once «años de Campbell», cuando sólo escribía en mis ratos de ocio, y a veces ni siquiera entonces, cuando toda presentación de un relato significaba una ansiedad insoportable, cuando cada vez que me rechazaban uno me sentía profundamente desdichado, y cada vez que me lo aceptaban me sentía en éxtasis, y cada cheque de cincuenta dólares era la fortuna de un Cresos.

Y el 11 de julio de 1971, John Campbell, a la edad, todavía temprana, de sesenta y un años, falleció; a las siete y media de la tarde, mientras miraba la televisión, tranquila y pacíficamente, sin sentir ningún dolor.

No hay manera de expresar cuánto significaba para mí y cuánto hizo por mí, excepto, quizá, escribiendo este libro que evoca una vez más aquellos días de un cuarto de siglo atrás.



ISAAC ASIMOV (Petróvichi, Rusia, 2 de enero de 1920 - Nueva York, Estados Unidos, 6 de abril de 1992). Escritor y bioquímico estadounidense nacido en Rusia, aunque su familia se trasladó a Estados Unidos cuando él tenía tres años. Es uno de los autores más famosos de obras de ciencia ficción y divulgación científica.

Fue un escritor muy prolífico (llegó a firmar más de 500 volúmenes y unas 9000 cartas o postales) y multitemático: obras de ciencia ficción, de divulgación científica, de historia, de misterio... Baste decir que sus trabajos han sido publicados en nueve de las diez categorías del Sistema Dewey de clasificación de bibliotecas.